



EN TIEMPO DE HALCONES

Fran Zabaleta



de

Lectulandia

En el apasionante marco de la revuelta de Santiago de Compostela contra su amo a finales de la Edad Media tiene lugar esta historia de juegos de poder, traiciones y sed de venganza, amores apasionados y odios enconados, de hermanos contra hermanos, villanos contra nobles y nobles enfrentados entre sí.

Eran tiempos duros. Tiempo de halcones. Despiadados, los últimos señores feudales sometían al antiguo reino de Galicia a una creciente espiral de violencia. Hasta que la indignación estalló.

Estevo, un joven siervo de la gleba que ha tenido que huir de su aldea, se refugia en Santiago de Compostela con la doble esperanza de aprender un oficio y, sobre todo, adquirir la condición de hombre libre. El hambre y un callejón acabarán pronto con sus ilusiones.

En la llamada ciudad santa, el destino soñado por peregrinos de todo el mundo, anidan los rumores, las intrigas, las corruptelas y los juegos de poder. Dos poderosas familias aristocráticas, los Trastámara y los Moscoso, rivalizan; la cofradía de ladrones impone su ley a mendigos, rateros y prostitutas. Pero ellos, como también los menestrales y los burgueses, deben rendir cuentas e inclinarse ante el amo y señor de la Tierra de Santiago: el intocable arzobispo don Rodrigo de Luna. Cuando este ejerce el derecho de pernada con la esposa del vasallo de un noble local, la indignación se desborda. Entonces se aviva un sueño de libertad, justicia y paz que unos tratarán de defender y otros de aniquilar.

Lectulandia

Fran Zabaleta

En tiempo de halcones

ePub r1.0

libra 04.05.16

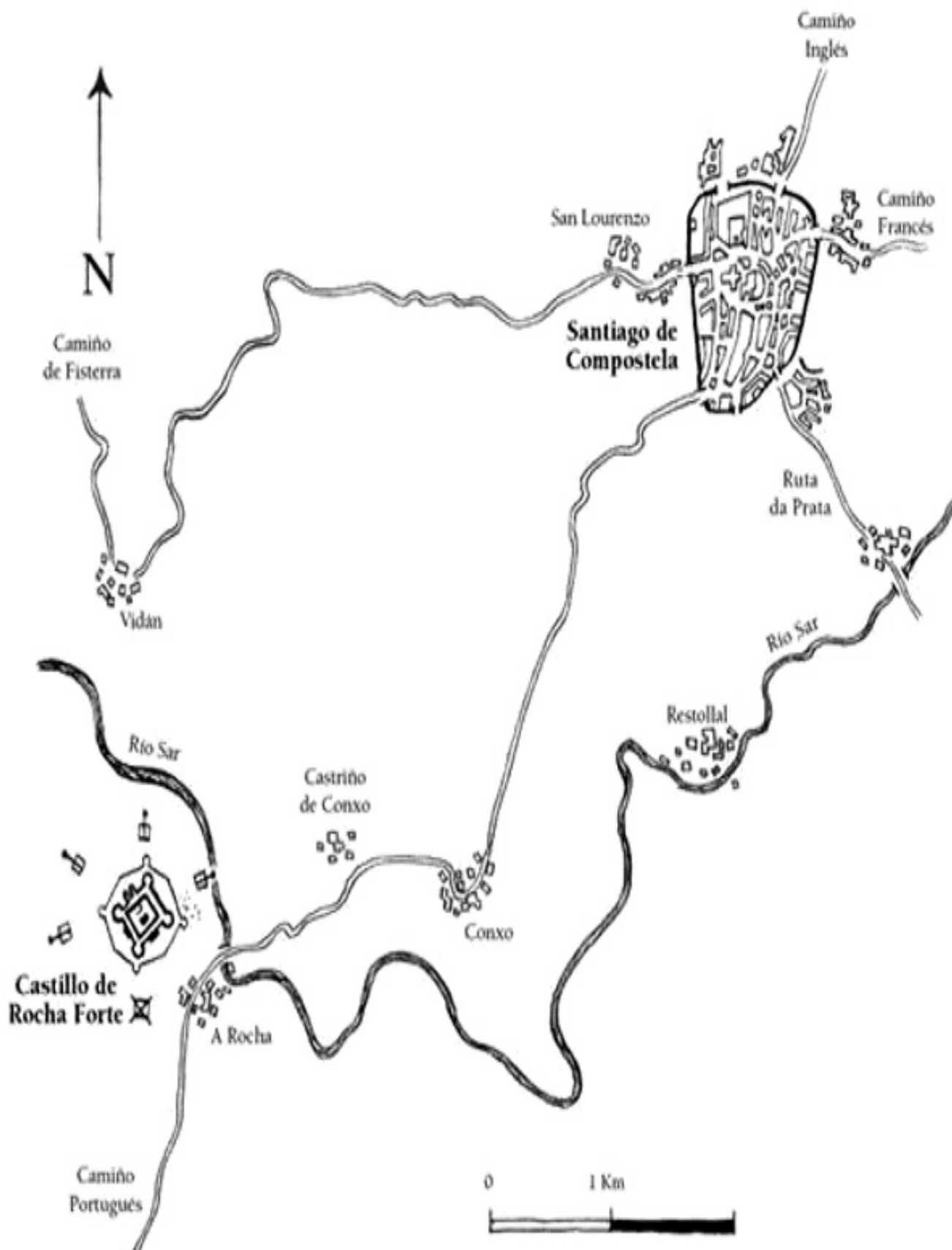
Título original: *En tiempo de halcones*
Fran Zabaleta, 2016
Ilustraciones: Pepe Medina
Diseño/Retoque de cubierta: Yolanda Artola

Editor digital: libra
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Aida, que siempre está ahí, tan lejos, tan cerca;
y para Sofía, que apareció entre las páginas de un libro
y se quedó para siempre.*

Santiago de Compostela y Rocha Forte



Santiago de Compostela en
En tiempo de halcones



PRÓLOGO

La chispa que prende los anhelos

**Enero de 1458,
algún lugar del reino de Galicia**

EL invierno clavaba sus garras en la tierra. El carromato avanzaba pesadamente por el camino embarrado. Maese Guímaro se arrebujó en la vieja capa encerada, en un intento vano por resguardarse algo más de la lluvia. Paseó la vista por la alfombra de hojas y arbustos pelados, los troncos musgosos y el ramaje desnudo que formaba un dosel sobre su cabeza y después echó una mirada furtiva a su compañero, sentado a su lado en el pescante con las riendas en la mano. La cabezota de maese Goros se movía con aprensión de un lado para otro, atenta a todo menos al sendero. Guímaro suspiró; casi podía leerle el pensamiento.

Pronto se haría de noche. Tenía ganas de calentarse frente a un buen fuego mientras se echaba un trago de vino caliente y especiado al colete. Oh, qué diablos, con un techo y una brazada de paja se conformaría; cualquier cosa era mejor que aquel aguacero gélido y aquel bosque solitario.

Las ruedas pisaron una rama caída, que estalló con un chasquido. Un cuervo graznó y levantó el vuelo.

—*Aire ruín, afástate de min* —murmuró Goros con voz queda. Sujetó las riendas con la mano izquierda y con la derecha aferró con fuerza la higa que llevaba colgada del cuello para protegerse del mal de ojo; luego se persignó—. Tú y tus ideas brillantes —masculló con un castañeteo de dientes y, tras dedicarle una mirada de reproche, añadió en un susurro—: Recuérdame que nunca más te haga caso.

Guímaro se volvió hacia él con una sonrisa. El gran sombrero de fieltro de ala ancha con el que se cubría soltó una rociada de agua sobre su compañero, que bufó airado.

—Puedes refunfuñar cuanto quieras, pero esta vez no nos han asaltado —le recordó, hablando también en voz baja. Aquel bosque interminable imponía silencios y alentaba temores, incluso a él—. ¿Quién en su sano juicio va a atacar a unos humildes viajeros con este tiempo infernal? —Incapaz de refrenarse, añadió con sorna—: ¡Hasta el mismísimo Olláparo debe de estar escondido en lo más profundo de su cueva rogándole al diablo que haga salir el sol!

—¡Calla, por Dios! —Goros se santiguó de nuevo, visiblemente alarmado ante la mención del monstruo de un solo ojo devorador de hombres—. ¿Acaso quieres tentar

la suerte? —susurró, mirando en derredor.

Guímaro se encogió de hombros y lo observó. Su figura grotesca, de talla menguada y espalda gibosa, hacía que las gentes le miraran con recelo, como si fuera uno de esos engendros que tanto temía. Sin embargo, había conocido a muy pocas personas con un corazón tan grande como el del enano.

—Pero has de reconocer que tengo razón —insistió—. Ni un maldito noble acecha los caminos cuando llueve. Prefieren esconderse como comadreas en sus torres y calentarse los huesos frente al hogar, bien provistos de vino caliente y pan recién hecho, así que deberías dar gracias por esta húmeda compañera. Ea, deja de preocuparte y disfruta del viaje. ¿Dónde estaríamos más seguros que aquí?

—Maldita sea, ¿cómo puedes estar de buen humor con un tiempo así? Y encima me vienes con fuegos y manjares, ¿pretendes torturarme?

—Lo haré hasta que admitas que tengo razón. Todavía no te lo he oído decir.

—¡Antes se helará el infierno! Y aún no estamos a salvo. —El enano sacudió las riendas para animar al viejo penco, que había reducido su marcha al iniciar el camino una prolongada ascensión—. Si yo fuera salteador, elegiría días como este para sorprender a los incautos.

—Pues habrá que agradecer que no lo seas.

—¿Salteador?

—Incauto.

Volvió a reinar el silencio, únicamente roto por el crujido de las ramas, la lluvia que amainaba y el resuello fatigoso del animal.

—No aguantará mucho más, el pobre —murmuró Goros al poco, señalándolo con la barbilla.

—Pronto descansará. Ya deberíamos estar llegando.

—Dios te oiga.

—Sería la primera vez.

Un poco más adelante alcanzaron la cima de un cerro, desnuda de árboles. Les golpeó un viento frío que heló las mejillas de Guímaro. También él se sentía inquieto, aunque jamás lo reconocería ante Goros. El reino se hallaba sumido en la violencia, víctima de guerras absurdas y rencillas de ciegos, y los caminos eran de todo menos seguros. ¡Malos tiempos para un par de viejos titiriteros ambulantes! Por si fuera poco, estaban atravesando las tierras del conde de Lemos, uno de los señores más rapaces, poderosos y despiadados de Galicia.

Contempló el paisaje. El cielo y la tierra eran un lienzo de tonos plomizos y parduscos. A través de la lluvia fina se vislumbraba un terreno suavemente ondulado, y aquí y allá, en las laderas que miraban al norte, se distinguían nítidas manchas de nieve. «Como ánimas errantes», pensó. Pero no lo dijo en voz alta.

Por fin dio con lo que buscaba: el leve resplandor de unos fuegos, no muy lejos.

—Allí —señaló.

Maese Goros aguzó la vista y luego se volvió hacia Guímaro, decepcionado.

—¡Eso es una aldeúcha!

—Es mayor de lo que parece desde aquí. De todas formas, es el único lugar habitado que podemos alcanzar esta noche. —Al percatarse de la contrariedad del enano, dulcificó el tono—. No te desanimes, Goros. ¿Para qué andamos por los caminos, si no? Esos labriegos no habrán visto unos cómicos en años. Hablarán de nosotros a sus nietos, ya verás.

—Me daré por satisfecho si no les cuentan cómo arrojaron a un trasgo al estercolero.

Guímaro le observó con expresión preocupada. Sabía que no eran palabras vanas. El aspecto de su amigo solía suscitar el miedo en las gentes, y del miedo a la violencia solo mediaba un paso muy pequeño, como en tantas ocasiones había comprobado. Pero Goros seguía hablando:

—En fin, qué le vamos a hacer. Al menos espero que conozcas una buena posada en ese agujero...

—En realidad nunca he estado ahí. ¡No pongas esa cara! Solo lo he divisado en alguna ocasión al pasar por el camino real, y creo que podría ser un buen lugar para detenernos. —Fingió no haber oído el bufido de Goros—. Esos aldeanos también tienen derecho a escuchar lo que nobles y curas callan. Y a fe que cada día que pasa es más urgente que alguien les abra los ojos.

—Mientras no nos abran ellos a nosotros la cabeza...

—Oh, yo no dejaría que eso me quitara el sueño. ¡Me gustaría conocer al bruto capaz de partir ese granito que llamas cabeza! —Compuso una mueca de guasa—. Claro que, si lo prefieres, podemos detenernos aquí y guarecernos en el carromato...

—¿Y pasar la noche en medio del bosque? —dijo Goros, alarmado—. ¡Pretendo llegar a viejo! Además —añadió con la voz más firme—, por una vez reconozco que tienes razón. —Guímaro enarcó las cejas, empezó a escapársele una sonrisa... y por prudencia calló—. Tenemos una tarea que hacer, esos pobres diablos nos necesitan más de lo que imaginan.

—A veces me pregunto si no estamos locos.

Goros azuzó al caballo.

—A mí lo que de verdad me preocupa es que seamos los únicos cuerdos.

El bebé estaba llorando otra vez. María dejó de revolver el puchero, apartó la vista del triste caldo con desaliento y se quedó inmóvil. El resplandor del hogar llenaba la estancia de sombras siniestras que ocultaban la piedra irregular de las paredes, oscurecida por el humo de mil fuegos y con clavos de los que colgaban los pocos enseres que poseían. El techo de paja estaba repleto de telarañas que se estremecían con el viento que se colaba por las rendijas. Se fijó en que la gruesa araña del rincón, sobre la cama, estaba encogida. «Va a seguir lloviendo un rato», pensó con desgana.

—¡Mujer, el crío! —demandó el Xosé, sentado al lado del fuego. Con la mano izquierda sujetaba el astil de la azada contra un tocón que mantenía firme entre los pies, mientras con una *machada* en la derecha daba pequeños y precisos golpes en el extremo del mango para reducir su circunferencia.

María sabía bien que nada podía hacer, así que no se levantó. Lo que le pasaba a su hijo era que tenía hambre; y ella, los pechos secos. La cosecha anterior había sido muy escasa y no habían podido pagar las rentas señoriales, así que el sayón se había apropiado del cerdo. ¡Llevaban meses engordándolo, contaban con él para el invierno! Sin cerdo no hubo matanza en otoño, y sin matanza las grasas huían del cuerpo más rápido que las pulgas del fuego. Llevaba un mes alimentándose de agua sucia y verduras podridas. ¿Cómo iba a quedarle leche?

Espió furtivamente a su marido. La espalda encorvada, el pelo oscuro con algún mechón que le caía sobre los ojos, la expresión dura y concentrada, las manos grandes y callosas. Solo llevaban tres veranos casados, pero a veces le daba la impresión de que había transcurrido toda una vida. El Xosé no era mal hombre. No se gastaba lo que no tenían en vino ni descargaba sus frustraciones en su espalda. No muy a menudo, al menos. Pero sentía que las cosas se le habían torcido y que, de alguna manera, él era el responsable. Se había casado tan enamoradiña, apenas una cría todavía... Ya ni se acordaba de qué le había atraído tanto del Xosé. En cambio, había aprendido lo que era un aborto y que se le muriera una criatura al poco de nacer.

La otra no tardaría en seguirle.

Ya no le quedaba leche. Solo el hambre, una comezón en el vientre que le robaba las fuerzas y le horadaba el entendimiento. Había que encontrar una solución. ¿Quizá, si se insinuaba al sayón, conseguiría que le diese algo de comida, lo justo para sobrevivir hasta la cosecha?...

En las últimas semanas la idea le rondaba con la tenacidad de una polilla. De repente le vinieron a la cabeza las palabras que siempre repetía el padre Bermudo: «¡Alejaos de las tentaciones del diablo! ¡Satanás sabe que la mujer es débil y os tentará!».

Qué sabría el padre. Lo último que sentía ella era lujuria. El sayón, sin embargo... Más de una vez había notado su mirada sobre la piel. Conocía bien aquella forma de mirar que parecía querer levantarle las sayas con la sola fuerza del deseo. «Los hombres te son así. Basta un cuerpo fresco para que se les nuble la mollera».

—*Muller!* —alzó la voz su marido, enfadado.

Mientras se acercaba a la cuna, María siguió dándole vueltas a la idea. El sayón estaba ya entrado en años, rondaría los cuarenta. Le faltaban varios dientes, tenía marcas de viruela en la cara y una expresión de cobra lasciva que le revolvía las tripas. «¿Y qué? —se dijo—. Tampoco te es cosa de pasarlo bien». Solo sería un instante. Unos cuantos manoseos, unos empujones y listo. Conseguiría algo para llevarse a la boca.

El Xosé no podía enterarse, eso no, aunque por ese lado no había problema. No sería la primera que hacía lo mismo para sacar adelante a su familia, y entre las mujeres de la aldea esas cosas se callaban. Le diría que alguna le había prestado un poco de comida.

Lo que realmente le preocupaba era que el sayón no siguiera considerándola atractiva. Cuando el desposorio, había tratado de llevársela detrás del pajar para estrenarla, pero ahora su cuerpo ya no era el mismo. ¿Y si se le reía en la cara?

Alzó al crío para calmarlo al menos unos instantes ofreciéndole el pecho y su mirada se detuvo en las hojas de laurel que adornaban la cuna: ramas bendecidas por el cura para proteger a los niños de tardos y tangaraños, un sortilegio poderoso. El día anterior le había pedido al padre Bermudo que también bendijera sus terruños. No solía hacerse hasta pasada la Semana Santa, pero una bendición más no podía sino beneficiarles.

Aunque él se hizo el evasivo, ella insistió y al final había conseguido arrancarle la promesa de que recorrería sus campos rociando agua bendita y recitando latines para que la próxima cosecha fuera abundante. El cura hallaría la forma de cobrarse el favor, aunque ya contaba con eso. Probablemente querría que su marido trabajase las tierras de la iglesia algún día adicional, en compensación. Bueno, pues que lo hiciera.

Deseó con fervor que las oraciones del padre se ganaran el favor del cielo. Al instante se le vino a la cabeza el sayón y la dominó la ansiedad. ¡Ojalá el buen Dios estuviera distraído! Si antes le había leído el pensamiento, mandarían un granizo sobre sus tierras. No, no se podía acercar al oficial hasta que el páter hubiera echado sus conjuros.

Los ladridos frenéticos de unos perros la devolvieron a la realidad. ¿Qué pasaba? ¿Una manada de lobos atacaba la aldea? Cuando el invierno era muy duro, y vaya si este lo estaba siendo, los lobos merodeaban cerca de las casas al acecho del menor descuido: una gallina suelta, una vaca debilitada, un bebé posado sobre un muro mientras la madre arrancaba malas hierbas... Cubrió con la mano la cabecita de su hijo.

—Xosé, espabila.

Le pareció oír un cascabeleo, gritos de niños, voces de adultos. ¿Qué estaba pasando?

—¡Xosé!

Su marido levantó sorprendido la cabeza. Entonces también él lo oyó y se puso en pie, con el azadón en la mano.

—Aguarda, mujer. Voy a ver qué *carallo* pasa. Cierra la puerta y no salgas.

Mientras el carromato avanzaba lentamente entre las casas seguido por perros escuálidos que no cesaban de ladrar, Guímaro estudiaba con atención la expresión de los hombres que abrían la puerta y salían de aquellas covachas. La impresión inicial

contaba, a menudo decidía si les recibirían con sonrisas o con palos, y por eso él y Goros, aprovechando que escampaba, se habían abierto las capas para dejar que se vieran los verdes y amarillos de sus jubones y calzas. A su lado, con las riendas en una mano, su amigo hacía chocar unas sonajas.

A los hombres siguieron las mujeres, y detrás de ellas chiquillos de caritas tiznadas y ojos maravillados. Al descubrir al enano, algunos se tapaban las narices para evitar que el azufre infernal se les metiera en el cuerpo.

—¿Qué diantres es eso?

—¡Por la Santiña, son cómicos! —exclamó un anciano—. Yo te vi unos cuando era joven, allá en Monforte.

El carromato se detuvo frente al atrio de la iglesia. Guímaro se levantó en el pescante, paseó la mirada por los presentes y después se inclinó.

—¡Bienhallados, honrados cristianos! —clamó con una voz clara y sonora—. Permitid que nos presentemos. Mi compañero, maese Goros —lo señaló—, el más famoso esgrimista y titiritero del reino, y yo, maese Guímaro, cantor de gestas tales que abren las bocas de las gentes. Para serviros.

Esa vez la reverencia fue más profunda y despertó risas nerviosas.

—Del mundo venimos cargados de baladas y romances que solo precisan de vuestros atentos oídos para ser vertidos, relatos que asombrarían al mismísimo rey de Roma —prosiguió. Se percató de que algunos aldeanos cruzaban miradas de incompreensión y decidió emplear un lenguaje más llano—. Con gusto os contaremos sucesos de tierras cercanas y lejanas, y a cambio solo os rogamos la caridad debida a los hermanos de fe, un mendrugo de pan y un techo donde guarecernos...

Nadie se movió. Por fin se oyó una voz.

—Pos que vayan pa la taberna —sugirió una muchacha menuda, con los ojos brillantes por la emoción.

Un coro de voces la secundó.

—Eso, eso...

—Sí, pa la taberna del Pascoal.

Mientras, las cabezas de todos se habían vuelto hasta dar con un hombretón de barba tupida que fruncía el ceño.

—¿Sois vos el tabernero? —preguntó Guímaro—. ¿Tendréis a bien acogernos?

El hombre no le respondió. Había erguido el cuello y parecía buscar a alguien entre el corrillo que se había formado. Guímaro, habituado, comprendió enseguida. En efecto, tras los más adelantados asomaba la única figura que llevaba capote de tela en vez de coraza de paja: el cura.

Las dos miradas se cruzaron, pero el padre no hizo gesto alguno. Se mantuvo imperturbable, la expresión altiva y avinagrada. El tabernero, indeciso, se volvió hacia Guímaro.

—Algún sitio haberá. En el pajar, quizá.

El aire era denso, con olor a tierra, sudor y humedad. La sala de la taberna se hallaba abarrotada y se palpaba la expectación. Goros siempre se encargaba de abrir la función con sus juegos malabares de cuchillos; era un maestro esgrimista, capaz de mantener en el aire cinco o incluso seis puñales mientras soltaba chanzas que despertaban la hilaridad.

Guímaro se fijó en un mocetón que se hallaba en un lateral, apoyado de espaldas en una puerta que debía de dar a una habitación interior: componía gestos de desdén y menoscababa la actuación de Goros con comentarios despectivos.

No fallaba, en todas las funciones había alguien como él. Sonrió para sí, muy lejos de preocuparse: el enano conocía su oficio y nunca descuidaba a los parroquianos.

Esta vez no fue menos. Unos minutos después, Goros se dirigió al joven:

—Sin duda mi destreza es escasa frente a la vuestra. ¿Deseáis probar? ¡Hacedlo, pues! —Y, sin esperar respuesta, fue arrojando los cuchillos con los que hasta entonces había estado cortando el aire.

Guímaro escuchó la oleada de ayes que recorrió la sala. Cuando el desdichado quiso percatarse de lo que sucedía, estaba aprisionado por varios puñales clavados en la puerta. Ni una sola de las hojas le rozó, pero todas se hundieron profundamente en la madera, a escasos dedos de su piel.

Maese Goros se llevó la mano a la boca con fingido espanto.

—¡Pardiez que os habéis quedado tan tieso que no distingo si sois hembra o varón! Con vuestra venia, lo comprobaremos. —Y lanzó el último cuchillo, que fue a hincarse entre las piernas del mozo. Este, con el rostro demudado, no fue capaz de contener la orina, que le corrió piernas abajo.

La carcajada general hizo retemblar la estancia, un rugido de tensiones liberadas, palmas en las piernas, zapateos. Goros saludó, agarró la jarra que le tendía el Pascoal riendo, liberó al infeliz y le ofreció la vasija al tiempo que unas alambicadas disculpas. Este tuvo el seso suficiente para aceptarlas y bebió de un trago.

—¡Arredemo, pos si hay más vino clávame otra vez! —dijo, enjugándose los labios con el dorso de la mano.

La carcajada que siguió a sus palabras fue más fuerte que la anterior.

Guímaro aprovechó para hacer sonar su vihuela. Los labriegos aullaron como una manada de verracos excitados.

—¡Un cantar, un cantar!

—¡La leyenda del *Burato do Inferno*!

—¡El cantare de los siete infantes!

Y así, entre chanzas, historias, baladas y romances, fue pasando la velada. Era ya noche cerrada, pero nadie quería retirarse. La aldea entera se apretujaba entre aquellas cuatro paredes e incluso fuera, pues los que no habían conseguido entrar atisbaban a través de los postigos abiertos, por una vez en sus vidas ajenos al frío, a la miseria, al hambre negra del invierno.

Mientras Guímaro daba fin a su último cantar, hizo una seña al enano, que salió de la taberna y regresó al poco cargado con un teatrillo. Las miradas chispearon con renovada expectación. Guímaro observó aquellos rostros que brillaban a la luz de las teas y asintió para sí.

Era el momento.

María había conseguido hacerse un hueco en la ventana, en el exterior. Había aguardado mucho rato a que volviera el Xosé, y al final no consiguió resistir la curiosidad. Tras asegurarse de que su bebé dormía, atrancó la puerta de la casa y se encaminó donde el Pascoal, ya que allí parecían haberse congregado todos.

Había llegado a tiempo para escuchar las últimas baladas del juglar, que le llenaron el pecho de burbujas. Qué voz tan hermosa... Aunque al principio se había sentido un tanto decepcionada al comprobar que ninguna de las canciones hablaba de gestas y romances de caballeros, después le dio igual.

Porque ningún cantar podía compararse con lo que vino a continuación. Aquel enano había pedido que se apagarán las antorchas y la noche se coló en el interior de la estancia. Era una sensación muy extraña. En la más completa oscuridad, María creyó hallarse enteramente sola pese a los cuerpos que la rodeaban.

Una candela iluminó un teatrillo y entre las telas cobró vida un muñeco. Luego apareció otro, y otro más. María compartió el pasmo que sacudió a los allí reunidos. ¿Cómo podía ser?... ¡Eran de trapo y madera, con unas caritas perfectamente talladas y dibujadas, pero se movían igual que si de pequeños hombres y mujeres se tratara!

Una dulce melodía de flauta aleteó y de súbito ya no eran marionetas, sino seres de carne y hueso que vivían en algún lugar misterioso. A María se le pasó por la cabeza una idea que le provocó un escalofrío: aquellos seres tan diminutos eran como los mismos hombres vistos por el Dios de los cielos. Le parecía como si ella misma fuera un dios lejano y curioso que observara a sus criaturas.

Sin saber por qué, se le vino el Xosé a la cabeza. Temerosa de que se percatara de su presencia, echó un vistazo rápido a los cuerpos que se apretaban en las sombras del interior y no consiguió localizarlo. Pero casi de inmediato los títeres perdieron nuevamente su sustancia de madera y se convirtieron en hombres y mujeres tan reales como sus vecinos, y María se olvidó de su marido. La historia la atrapó, le volteó el alma, le encendió la mirada. Hablaba de los campesinos de una pequeña aldea perdida entre las montañas, un pueblo que bien podría ser el suyo. Hablaba de las faenas y los sudores, sí, pero también de las alegrías y los goces de aquellos fascinantes labriegos. Había un muchacho y había también una muchacha, y los dos se querían con un amor como el de los romances. Las velas se apagaban y se encendían, ora aquí, ora allá, después varias a la vez, y la música fluía como un río manso o rompía como una tormenta dominada por el susurro del viento y el golpeteo de la lluvia.

El sonido metálico de una corneta estalló en sus oídos. Unos hombres a caballo aparecieron y un espasmo sacudió la taberna. Vestían diminutas corazas y portaban hierros desenvainados. Sus rostros parecían desencajados, oscuros y malvados como las imágenes de los diablos en la iglesia. Una flecha con fuego prendió en el techo de paja de una casa.

María, la mano en la boca, apenas podía contener su consternación. Todo aquello era tan real, tan cercano... El verano anterior, una aldea próxima había sido arrasada por unos caballeros a causa de una disputa entre nobles. Había imaginado el dolor y el sufrimiento cuando se lo contaron, pero ahora lo tenía allí, ante sus mismos ojos. ¿Es que el Dios de los cielos no iba a detener la matanza? ¿Acaso no veía lo mismo que ella? Los asaltantes rodearon la aldea, mataron a los hombres, violaron a las mujeres. La muchacha enamorada murió ante los ojos espantados de su amor. Los hombres de armas se reían con carcajadas estruendosas y Dios permanecía callado. En un santiamén, el pueblo entero ardió. Solo unos pocos, entre ellos el muchacho, consiguieron refugiarse en el bosque.

Goros sudaba tras el teatrillo. La puesta en escena exigía una concentración extrema, pues les obligaba a manejar gran número de marionetas y, al tiempo, estar pendientes de las candelas, de los pequeños fuegos que prendían en los minúsculos tejados de paja de las chozas y de alternar instrumentos. Aun así, le encantaba. Aquella era su obra maestra. Él mismo había labrado, pintado y vestido cada uno de los muñecos, y también había ayudado a Guímaro a perfilar la historia y los personajes.

Al resplandor fluctuante de las velas, reparó en las expresiones de los lugareños. El vino y el aguardiente que antes los habían excitado actuaban ahora como un bálsamo que centraba su atención. Buscó entre las cabezas hasta dar con la del cura. Con el ceño fruncido, por supuesto.

Goros sonrió para sí. «Pues todavía no has visto lo mejor...».

La historia continuaba y María se sentía arrastrada por ella. A partir de ese instante todo fue... extraño. Hubo duelo, sí, y hubo desesperación, pero también sucedió algo tan insólito que le hizo contener el aliento. Con el alma en vilo vio que aquellos campesinos que eran tan parecidos a ellos mismos, los supervivientes de la matanza, no se resignaron a su suerte, sino que comenzaron a hacer cosas desconcertantes. Avisaron a gentes de otros pueblos, se juntaron y hablaron con palabras nuevas, como justicia y opresión, que levantaban astillas de ansiedad en los pechos. El muchacho enamorado se dirigió a las gentes y dijo cosas que a María le parecieron muy verdaderas. Brotaron hoces y cuchillos de las manos. Gritaron consignas.

Escuchó el rumor de los asombros en el interior de la taberna y a su alrededor. En el teatrillo pasaba algo inimaginable: los labriegos en armas se enfrentaban a los nobles. María meneó la cabeza, aturdida por la fuerza de aquellas escenas que le acariciaban el estómago cual miel temprana y, al tiempo, turbada más allá de lo que querría reconocer. Sintió una opresión en el corazón, un miedo antiguo en la piel. Y, sin embargo, era tan hermoso, tan... esperanzador. Jamás habría imaginado un atrevimiento así. ¡Una vida libre de señores y sus oficiales, sin tributos que les robaran el pan de sus hijos, sin miedo! Se acordó del sayón y de sus planes de seducirlo y sintió vergüenza de sí misma. Aquel hombre era un escudero. Un noble, tan despreciable como todos los demás. Y ella había pensado...

Un golpe en el brazo la sacó de sus reflexiones. En la penumbra distinguió a su derecha, apoyado también en el marco de la ventana, a un muchacho de la aldea. Era apenas menor que ella, pero siempre lo había considerado un crío. Además era el hijo de un siervo que tenía fama de furtivo; y ella, una mujer libre.

Se miraron y María se fijó en que tenía las pupilas encendidas. Su expresión irradiaba luz, como si una antorcha le ardiera por dentro. En circunstancias normales ni siquiera le habría prestado atención, pues no era propio de su condición libre tratarse con siervos.

Pero esa noche nada era normal. Las palabras y las imágenes de la historia aquella rebotaban como guijarros en su cerebro. Le sonrió y él le devolvió una sonrisa entre tímida y radiante. De repente su impulso inicial de cercanía, de mera camaradería, se trocó en algo distinto, y por un instante se imaginó que ambos eran los protagonistas de la historia que acababan de escuchar.

Notó un cosquilleo en el estómago y se percató con sorpresa de que no lo sentía desde que el Xosé y ella anduvieran de enamorados.

Se le enrojecieron las mejillas y volvió a mirar al frente. ¿Cuándo se había vuelto tan atractivo aquel muchacho?

Guímaro escrutaba los rostros de los labriegos desde la oscuridad del teatrillo. Eran como niños. Almas sencillas, atrapadas por la dureza de sus vidas.

Por eso les hablaban con cuentos. Porque los cuentos eran el aliento de los sueños. Vivían en la memoria y respiraban en la memoria, se alimentaban de esperanzas y con ellas crecían en el silencio de la noche, cuando en el exterior arreciaba la tormenta. Los cuentos eran la chispa que prende los anhelos. Cabalgaban las nubes, llevados por el viento, en busca de una tierra donde germinar.

Los niños debían crecer y convertirse en hombres, y los cuentos les enseñaban el camino. Doquiera que fuesen, el hambre, las malas cosechas, el aumento de tributos y los desmanes de los poderosos abundaban más que las pulgas en un perro flaco. Los nobles campaban a sus anchas por el reino como halcones enloquecidos. Lemos, Sarmientos, Pimenteles, Soutomaiors, Ulloas, Andrades y Mariñas luchaban a cara

de perro, prisioneros de codicias y ambiciones desmedidas. Tres años antes, el papa Calixto había expedido una bula que se había leído en iglesias y conventos por la que excomulgaba a los que en Galicia asesinaban seglares y clérigos para apoderarse de sus bienes, a los que robaban ganado o cometían maldades que por ausencia del monarca, que vivía en la lejana Castilla y jamás pisaba tierras gallegas, quedaban impunes. Mal estaban las cosas cuando el mismísimo pontífice de Roma, todo un experto en abusos y tropelías, se veía obligado a expulsar de la Iglesia a aquellos malhechores.

No, Guímaro no culpaba a los labriegos, pobres diablos, por comportarse como chiquillos. Bastante tenían con sobrevivir atados a sus señores como bestias de carga, solo aptos para guiar el arado o parir nuevos siervos. Si de algo los culpaba era de pasividad. No lograba aceptar su apatía, la resignación de tantos a sus tristes destinos.

Por eso Goros y él se habían embarcado en aquel loco proyecto. Si conseguían que algunas pupilas brillaran, algunos pensamientos nacieran, algunos corazones latieran con un pulso nuevo, se daría por satisfecho. El mundo necesitaba más esperanzas. El mundo necesitaba más cuentos.

Un murmullo de voces desasosegadas le sacó de sus divagaciones. La batalla entre los nobles y los villanos había acabado con la victoria de los segundos. Imaginó que ese final tan poco frecuente era lo que provocaba la sorpresa y la inquietud, pero no tardó en darse cuenta de que se trataba de otra cosa.

El cura se encaminaba hacia la puerta apartando a los vecinos con malos modos. Guímaro maldijo para sus adentros.

—¡Maese! —le susurró Goros, que aguardaba a que el muchacho campesino se dirigiera a los vencedores.

La función debía continuar.

En la ventana, María se agitó intranquila. Percibía la tensión dentro de la taberna, las miradas que se cruzaban, los miedos que afloraban. El páter se había marchado y todo el mundo sabía lo que eso significaba. El sacerdote nunca se oponía frontalmente a nadie, pero siempre se encargaba de dejarles bien clara su opinión y tomaba buena nota de los que hacían caso omiso de sus insinuaciones.

Recordó que al día siguiente bendeciría sus fincas. Fue como si despertara de golpe. Pensó en regresar a casa antes de que más gente la viera, antes de que el propio Xosé se diera cuenta de que le había desobedecido.

Pero algo en su interior se resistía. Casi la aldea entera estaba presente. ¿Qué podría hacer el padre Bermudo contra todos? Las imágenes de la rebelión que acababa de contemplar revoloteaban en los límites de su imaginación.

Si permanecían unidos, el cura no podría...

Una sombra atravesó la estancia. Un vecino se abrió paso hacia la salida. Los susurros se incrementaron. En el teatrillo, el muchacho se dirigía a los labriegos

vencedores, pero muchos en la taberna ya no le escuchaban.

Otro vecino siguió al primero. Y luego otro más. María sintió un puño en la boca del estómago. La frustración le oprimía el pecho. ¿Es que no habían visto nada? ¿No se daban cuenta de que si permanecían juntos...?

¿Qué? Si permanecían juntos, ¿qué? ¿Iban ellos a enfrentarse a los hombres del señor? Solo eran campesinos.

La huida estaba generalizándose. La sola idea de que el señor se enterara de lo que allí habían presenciado les causaba pavor.

Ya nadie atendía a la función. María rebulló en la ventana y su mirada topó con el hijo del furtivo. Debía de ser el único que seguía absorto en el teatrillo. Tenía una expresión tan... ¡tan llena de vida! Le pareció tan hermoso, con aquellos ojos resplandecientes y una sonrisa soñadora...

¡Era solo un siervo, por la Santiña! Ni siquiera habría debido consentir en que se quedase a su lado. ¿Qué dirían las gentes si la veían?

Resolvió regresar a casa. Al día siguiente el páter bendeciría sus *leiras*. Y después se pasaría por la casa del sayón.

Haría lo que fuera para que no se le muriera su niño.

PRIMERA PARTE

La ciudad que llaman santa

De marzo a abril de 1458



Un siervo con un demonio dentro

DOS semanas atrás, cuando la divisó por primera vez tras un recodo del camino, se había quedado con la boca abierta. Nada en su corta vida le había preparado para una visión como aquella.

—*Arredemo* —musitó el muchacho, sin saber qué otra cosa decir.

En la distancia, recortada contra el sol poniente, Santiago de Compostela era un animal agazapado entre montañas, una portentosa criatura de piedra, humo y tornasol. Llevaba largas jornadas de viaje y por un momento se le ocurrió que, sin darse cuenta, había equivocado la senda y hallado la puerta hacia el Mundo Subterráneo, el mágico país donde moraban los gigantes. Por si acaso, trazó una cruz sobre el pecho y besó el saquito con hierbas que le colgaba del cuello, un remedio muy eficaz contra el mal de ojo.

—*Pasa, cousa mala, pasa, san Xoán bendito protexe a miña gorxa* —murmuró, sin perder de vista el prodigio de piedra para comprobar si retrocedía ante el poder del conjuro.

Pero Compostela no se desvaneció en el aire. Permaneció indiferente a los sortilegios, un bosque de campanarios, torres y tejados rodeado por una muralla recubierta de hiedra y musgo. Sobre ella destacaba la mole inverosímil de la catedral: una verdadera montaña de granito, una obra tan sólida y poderosa que solo gigantes podían haberla construido.

La ciudad era tan portentosa de lejos como fétida y caótica de cerca. Muy pronto se había dado cuenta de que Santiago era una cloaca, una madriguera de callejas de barro, paja podrida, estiércol y miseria.

—¿Qué miras, *paspán*? ¡Mueve el culo y quítate del medio, papanatas!

Rebosaba de gentes que hablaban en lenguas extrañas, de menestrales, ramerías, tabernas y mancebías, de tonsuras, mendigos y pjaras de cerdos. Azorado, se sumergió en el caos de aquella ciudad que llamaban santa. Ni en sus más oscuras pesadillas hubiera imaginado que existía un lugar así. Cada vez que escuchaba el reclamo de un vendedor, el «agua va» de una vecina, los lamentos de los pordioseros o las voces destempladas de los criados de algún burgués exigiendo paso, el corazón le daba un vuelco con sobresalto. Estaba hecho al silencio del campo y la soledad de los bosques. Estaba hecho a los horizontes despejados y a la tierra negra en los pies, al cielo abierto, al manto de estrellas sobre la cabeza y al fulgor de ánimas de las luciérnagas. En Compostela solo había humo, lodo, muros de piedra y el bullicio de la muchedumbre.

Se le vino a la cabeza una ocasión en que un predicador errante se había detenido en su aldea. Vestía pieles de cabra, llevaba una estaca por bastón y la mugre por compañera. Les habló largo rato de las maravillas de la ciudad del apóstol, de la que decía que no había otra igual en toda la tierra.

Aquella noche, mientras ardía la chasca en el hogar, su padre comentó que le gustaría verla alguna vez.

«¿Tan hermosa te será, padre?».

El hombre guardó silencio tanto tiempo que pensó que no le había oído, pero al cabo su voz se alzó sobre el crepitar del fuego:

«Yo no te sé, *fillo*. Pero tengo para mí que cosa de magia haberá, que te vienen de todas las tierras a verla y todos vanse como iluminados. Digo yo que el Señor la puso ahí pa que nos afagamos a lo que será el Paraíso, pos si todo fuera como esta aldea mala cosa...».

Desde aquel día, había querido contemplar con sus propios ojos aquella ciudad de santos y milagros sobre la que el Dios de los cielos posaba su dedo. Muchas veces fantaseaba con cómo sería el lugar que el mismo apóstol había elegido como morada para sus restos terrenales. Lo imaginaba hermoso como un amanecer de verano, repleto de gentes satisfechas y bien alimentadas, un paraíso donde nadie pasaría hambre ni frío y en el que no habría señores ni fortalezas de bandoleros. En Santiago, pensaba, uno debía de estar tan cerca de Dios que sentiría su mirada protectora.

No podía haberse equivocado más.

Y, sin embargo...

Pese al asombro y el azoramiento que la multitud le producía, pese a la miseria y la inmundicia, o quizá por todo ello, de alguna forma se daba cuenta de que había llegado al final de su viaje. La ciudad santa de Compostela, la más piadosa y la más pecadora de cuantas existían, era el mejor destino para alguien que llevaba un demonio dentro.

Además, ¿para qué darle vueltas? Estaba allí y allí iba a quedarse. No tenía otro sitio adonde ir.

Era bien pasado el mediodía. Un retortijón de las tripas le recordó su objetivo. Se había medio escondido en un pasadizo angosto entre dos casas para vigilar sin llamar la atención la entrada de un mesón cercano. En el tiempo que llevaba en Santiago ya había tenido ocasión de comprender que lo más conveniente era pasar desapercibido. «Igual que en el bosque», se dijo. También en el bosque convenía fundirse con los árboles, las rocas y la tierra para que ni los depredadores ni las presas se percataran de su presencia.

Una brisa traicionera llevó hasta sus narices el aroma de guisos que salía del establecimiento y comenzó a salivar. No recordaba haber sentido nunca tanta hambre. Y no sería porque el hambre y él no fueran viejos conocidos, que apenas podía recordar un invierno en el que no se hubiera sentido famélico. Pero al menos en su casa siempre hervía un caldo de berzas en el puchero para engañar al estómago.

Deseó intensamente un caldo no ya de berzas, sino de simples rastrosos.

La calle se hallaba desierta. Un pordiosero apareció por el extremo más alejado. Avanzó renqueando con el cuerpo encogido.

—*Merda* —masculló el muchacho.

¿Qué se le había perdido por allí? Debía de tratarse de uno de los mendigos oficiales, pues en caso contrario no se arriesgaría a limosnear tan cerca de la praza do Campo, donde podían verle los alguaciles del concejo.

Eso era algo que se aprendía pronto en Compostela. Cualquiera que llegase tenía derecho a tres días de cama y comida en uno de los hospitales de pobres y peregrinos, como el que el arzobispo mantenía al final de la rúa da Moeda Vella o el de los monjes de Celanova en la rúa de Ciquelo. Él mismo había disfrutado de su hospitalidad y se había llenado el bandullo con el potaje de habas y tocino que repartían los frailes. Había dormido sobre un montón de paja entre gentes a las que no entendía y se había sentido muy incómodo por la promiscuidad y los fuertes olores de los cuerpos.

Lo que daría en ese momento por volver allí...

Pasado el plazo de tres días, tan piadosa hospitalidad se acababa. Los que unas horas antes eran peregrinos se convertían en mendigos a los ojos de las autoridades y debían abandonar la ciudad, so pena de ser puestos unas horas en el cepo. Eso, la primera vez que te cogían; la segunda, te daban unos azotes o te cortaban una oreja, según el humor del mayordomo arzobispal; la tercera, te marcaban a fuego con las armas de Castilla.

El mendigo alcanzó la puerta del mesón, asomó la cara al interior y después, como si lo observado le satisficiera, se dejó caer a un lado de la entrada dispuesto a pedir limosna cuando saliera alguien.

El muchacho se estremeció de frustración. No quería testigos. Por un momento sopesó si marcharse o no, pero algo se retorció dentro de él.

Se quedaría. No iba a espantarle un mendigo, por muy oficial que fuera.

Estaba harto. Harto de ser burlado, harto de que el estómago le doliera. Había rastreado su presa, la había seguido desde su guarida hasta aquel mesón y solo le quedaba cazarla. Podía vestir cueros mal curtidos y calzar alpargatas de piel de cabra, pero sabía bien lo que se hacía. Su padre siempre le decía que era tan temerario como un lobezno que no ha sufrido el invierno y se cree el amo del bosque. «No hay quien te ponga ronza...».

Pensar en su padre le trajo a la cabeza también a su madre y a su hermana. Le dolió como si le clavaran un puñal en el pecho. Apretó los dientes para contener las lágrimas.

—*Maldita sea* —masculló. La rabia le daba fuerzas.

«Tú eres Estevo —se dijo—. Estevo, hijo de Estevo, nieto de Estevo. Ese eres tú».

Era lo único a lo que podía agarrarse. Estevo de Trobos, ese era su nombre porque

así se llamaba el pedazo de mundo en el que se levantaba el chamizo donde había nacido, al lado de un río, a un tiro de piedra de la aldea de Moreda, en el señorío de Lemos.

En algún lugar del infierno.

Rebulló en el pasadizo. «Ya no volverá a haber un Estevo en Trobos. Por mi culpa». Era siervo. Un siervo fugitivo.

No podía regresar a su aldea. Debía quedarse en Santiago al menos un año, pues ese era el plazo estipulado para que un siervo se convirtiera en hombre libre.

El problema era que en el bosque siempre podía trampear. Su padre reconocía de un simple vistazo el mejor lugar para montar un cepo de arco, una trampa de maza o una *caoniña*. Era experto en armar todo tipo de celadas y elegir el mejor cebo para cada una. Estevo le acompañaba desde crío y había aprendido el oficio.

«Demonio de recuerdos...». Por mucho que lo añorara, todo aquello era agua pasada. Siempre se había sabido distinto. Era demasiado osado, demasiado curioso. Le costaba someterse a las normas, como si necesitara comprobar por sí mismo las hechuras del mundo. Su padre se pasaba la vida tratando de domarle, pero no era hombre de maneras recias y más intentaba convencer con palabras que forzar su naturaleza.

Estevo rara vez le prestaba oídos. No soportaba su resignación ni su mansedumbre. Le exasperaba que cuando el señor paraba en su casa, el padre humillara la cabeza y ordenara a la madre que sacara las nabizas y las castañas que guardaban para el invierno y que eran su única reserva. Le soliviantaba su sumisión cuando el merino reclamaba servicios y tributos que no eran de ley, o que no osara abrir la boca cuando el sayón les trataba como si en vez de hijos de Dios fueran animales. No eran más que siervos, pero llevaban en aquella tierra más de lo que nadie podía recordar.

«¿Qué quieres que haga, rapaz? —Su padre meneaba la cabeza, incapaz de comprender su indignación—. *Ou parir ou rebentar, no hai outro camiño por onde botar*».

Cuando oía aquello, su sangre hervía como si una bicha maligna le quemara las carnes, y para no enfrentarse salía corriendo del chozo y se internaba en el bosque.

Él, que siempre se esforzaba por entenderlo todo, había tardado un mundo en comprender lo que su padre quería decir. Y cuando lo hizo, ya era demasiado tarde.

Ya se le había metido el diablo dentro.

Unas voces le sacaron de sus recuerdos. El dueño del mesón estaba despidiendo en la entrada al mercader al que seguía, que había terminado de comer. Era un hombre grueso, vestía paños de calidad y se cubría la calva con un sombrero emplumado, como si quisiera aparentar una juventud que ya no tenía. Empezó a caminar, de vuelta a su posada, con el paso cansino y tambaleante de quien ha dado

buena cuenta de viandas y licores, tarareando para sí una melodía y completamente ajeno a la presencia de Estevo en su escondrijo.

Sintió la urgencia de la acción. Unos meses antes ni habría sospechado que terminaría robando para sobrevivir; entonces todavía creía a pie juntillas que eso era pecado.

Pero ya no. Llevaba días sin comer.

Su presa pasó frente a él y siguió adelante. Estevo sabía que la calle desembocaba en otra de mayor tamaño que estaría más transitada. Si el hombre llegaba a ella, perdería su oportunidad. Sintió la tensión en cada músculo. Respiró hondo, se persignó brevemente y echó a correr.

Un golpetazo, un trastabilleo, y los dos rodaron por el suelo.

—¡Por mil diablos! ¿Qué...?

—Disculpe que no le viera a vuestra mercé, en esa época...

Vio con claridad que la mueca de miedo del mercader se evaporaba al descubrir que solo se trataba de un muchacho.

—¿Qué mala pulga te ha picado, granuja?

Todavía estaba intentando levantarse cuando Estevo torcía una esquina, alejándose precipitadamente.

El corazón le resonaba en el pecho. Lo había hecho. ¡Lo había conseguido, Virgen santísima! Todo había salido como imaginara, el pobre desgraciado ni se había dado cuenta de que le aliviaban del peso de la talega. ¡Qué fácil había resultado! Dejó que la euforia le corriera por las venas y calmara el ansia del estómago. Pronto podría comer.

Se metió en un callejón, se detuvo y echó un vistazo en derredor. Era un pasaje estrecho, con el suelo de tierra salpicado de basuras. Estaba vacío. Los dedos le temblaban de impaciencia al abrir la bolsa. Introdujo la mano y extrajo el puñado de monedas.

Se quedó estupefacto. Entre los maravedíes, ardites y cornados, que por sí solos ya le llenarían el estómago una buena temporada, refulgía una moneda de oro nuevecita. La observó con atención, embobado. Por una cara mostraba a un rey sentado en su trono con espada en la mano y un león a sus pies, y por el otro, dos diminutos castillos y dos leones, cada uno en su cuartel. Ni siquiera conocía el nombre de la moneda, cuánto menos su valor.

Una sonrisa incontenible le ensanchó la boca. Lo que sí sabía era que nunca había poseído tanto dinero. «Gracias, san Huberto, compañero». No es que confiara en los santos, pero san Huberto era el patrono de los cazadores. Y él era un cazador.

Un cazador magnífico.

Había intentado ganarse el pan. Se había ofrecido como peón. Se había ofrecido como mozo de cuadra. Como mulero, como aguador, como chico de posada. Había bajado hasta el río para probar suerte en las curtidurías, en las canteras, en los hornos de tejas y en los *fumeiros* donde se ahumaba el pescado. En todas partes había

recibido la misma respuesta.

«Corren malos tiempos, muchacho...».

Sí, corrían malos tiempos. El hambre, las malas cosechas, el aumento de tributos y los desmanes de los poderosos abundaban más que las hormigas sobre el cadáver de un gorrión.

«Ya no llegan peregrinos, ¿de qué te vamos a vivir?».

Había cientos como él, siervos huidos en busca de un mendrugo de pan.

Un día, cuando ya no resistía el hambre, se olvidó de la vergüenza, se fue a la salida del mercado de San Fiz y extendió la mano.

«Una limosna, por *caridade*...».

Fue como si se hubiera vuelto invisible. Unos y otros, dueñas, aprendices o criados, apartaban la mirada y fingían no verlo. Invisible para todos menos para los verdaderos mendigos, los que tenían cédula del concejo.

«¿Qué haces aquí, polluelo? ¿Te perdistes?».

Le habían rodeado varios tullidos, un hatajo de cuerpos marcados, harapos y violencias. El que se dirigió a él tenía la jeta repleta de granos purulentos y un ojo lechoso.

«Tengo hambre».

«Nos vas a hacer llorar. —Estevo no podía apartar la mirada del cuchillo en la mano del tuerto, que casi se relamía los labios del gusto que le daba aquella inesperada distracción—. Mira, guapo, como es la primera vez que te estás por aquí, te lo vamos a explicar clarito pa que no se te ofusque el magín. En esta ciudad solo sientan plaza los mendigos con póliza. Y tú no te tienes póliza, ¿es o no es, capón?».

Mientras recordaba aquello, Estevo se había apoyado contra la pared y se había dejado caer hasta el suelo. Lanzó un suspiro de puro regocijo. Ya no tendría que mendigar más. Iba a comer hasta hartarse, rediós. Se sentía ligeramente mareado, como si se hubiera metido en el cuerpo un buen trago de orujo. Solo de pensar en el banquete con que se iba a regalar se le hacía la boca agua.

Debía ser cauteloso. Un mesón estaba descartado, en ellos los clientes eran todos mercaderes o gentes holgadas y llamaría demasiado la atención. Un bodegón de las afueras sería lo mejor. Antes de alcanzar la muralla, el camino francés albergaba una buena cantidad de hostales, figones y mancebías más o menos encubiertas. Allí no destacarían sus ropas andrajosas. Con un poco de suerte, incluso encontraría un poco de paja caliente para dormir.

¡Ah, si ahora le viera...! Una nube repentina enturbió su mirada. Un recuerdo incómodo. Un deseo que ya nunca vería cumplido.

El dolor de una ausencia.

Todo había comenzado la noche en que los titiriteros llegaron a Moreda. Apoyado en el marco de la ventana de la taberna, Estevo vio desfilar ante sus ojos la magia de

unas vidas diminutas, tan extraordinarias como las historias del viejo Bartolomeu sobre el Mundo Subterráneo. Cuando los vecinos comenzaron a marcharse había tenido que morderse la lengua para no gritar de frustración.

María había estado a su lado durante toda la función, y hacia la mitad había cruzado con él una mirada emocionada. El corazón le había latido con fuerza, aunque comprendió que simplemente estaba cautivada por el espectáculo de los titiriteros. La idea de que compartieran al menos eso le cosquilleó en las sienes. Luego algo en sus ojos cambió, incluso le pareció que enrojecía y dirigió la vista de nuevo al teatrillo.

Cuando casi estaba a punto de terminar, la descubrió estudiándole con honda intensidad. Pero no dijo nada, y poco después se dio media vuelta y se marchó en dirección a su casa.

La siguió. Si alguien le hubiera preguntado qué pretendía, no habría sabido responder. Solo dejó que sus pies fueran tras la muchacha; no, no la muchacha: la mujer, pues estaba desposada y había dado a luz a dos criaturas.

Siempre había estado enamorado de María, aunque esta nunca le hubiera hecho el menor caso. Hasta esa noche. Esa noche, apoyado en la ventana de la taberna y con aquel mundo asombroso del teatrillo desplegándose ante ellos, había visto el brillo de sus pupilas y se habían sonreído. Por un instante, sintió un destello de... no sabía de qué.

O sí. Sí, lo sabía. Había captado el anhelo, el deseo contenido.

Cuando ella se disponía a abrir la puerta de su chozo, la llamó con voz queda:

«María...».

Ella dio un respingo. La vio mirar en derredor; aunque habían despejado las nubes, la luz de las estrellas era muy tenue y el mundo estaba en sombras.

«Soy yo, Estevo».

«¿Qué quieres? ¿Qué haces aquí?». Estevo notó el temor repentino.

Pensó en marcharse. ¿Qué hacía allí? Pero no, no se había equivocado. Había notado esa llama avivándose. Se acercó hasta detenerse a un paso y el aroma de su cuerpo le enardeció. No pretendía nada. No buscaba nada, solo prolongar un poco más aquella sensación. La deliciosa intimidad que habían compartido en la ventana.

Era tan hermosa...

María respiraba de forma audible, nerviosa. Pero no se metió en la casa. Su mano, que se disponía a abrir la puerta, descendió hasta su costado y se quedó allí, inmóvil.

Estevo también respiró agitadamente. Percibía su calor, que tiraba de él con fuerza, que le impedía alejarse. Escuchó un ladrido y el rumor de voces distantes. No conseguía pensar con claridad. Alargó la mano y buscó a tientas la de María. Cuando la encontró, le recorrió un estremecimiento.

Los cuerpos se buscaron en la negrura. Las bocas se encontraron con avidez. Estevo atrajo el talle de la joven hacia sí y tembló cuando sintió la piel bajo la tela de la cintura, la firme redondez de las caderas y las nalgas. Le sacudió la fuerza del deseo.

«Espera».

El pecho de María subía y bajaba con fuerza. Estevo no podía verle el rostro, pero notaba el movimiento de sus pechos contra la tela de la camisa.

«Aquí no. El Xosé».

Se introdujeron en el cobertizo de los aperos y se dejaron caer sobre la tierra fría.

Estevo jamás había sospechado que el mundo pudiera ser tan turbador.

«María. —En la oscuridad no podía distinguirla, pero notaba la piel desnuda contra su pecho. Hacía un buen rato que yacían inmóviles, absortos—. María, tú...». Calló. Quería decirle que era la mujer más hermosa que nunca conociera. Quería hablarle de lo que había sentido en el teatrillo, al ver a los titiriteros manejar aquellos seres diminutos y fascinantes. Quería decirle que se había sentido deslumbrado, como si alguien hubiera prendido una luz en medio de la oscuridad. Quería decirle tantas cosas y tenía tan pocas palabras...

«Tienes que irte. El Xosé volverá en cualquier momento», susurró ella.

Estevo percibió la dureza del tono y notó que se le encogía el corazón.

«Yo...».

«Vete. Cuida que no te vean».

No supo qué decir. Creyó que le arrancaban la piel. Lentamente, con sentimientos contradictorios, se levantó.

Se vistió en silencio en la oscuridad. María permanecía inmóvil, abandonada.

Se oyó el llanto de un bebé.

Esa vez fue un silbido lo que le arrancó de sus recuerdos. Alzó la vista, todavía dominado por la nostalgia. A cuatro o cinco pasos, bloqueando uno de los extremos del callejón, dos hombres no le quitaban ojo. Su actitud dejaba escasas dudas sobre sus intenciones.

Se puso en pie de un salto al tiempo que guardaba precipitadamente las monedas en la talega y la escondía debajo de la camisa.

—Vaya, vaya —masculló uno de ellos con una mueca torcida.

Se volvió hacia el otro lado del callejón y descubrió con inquietud que también allí había otros dos. Le habían cortado el paso. Maldijo en silencio su estupidez. Él solo se había metido en la ratonera.

Uno de los recién llegados se aproximó. Era alto, la barba recortada, el pelo rubio y una mirada asombrosamente clara. A su lado, Estevo reconoció al mendigo del mesón. En el lugar en el que debía estar la nariz se abría un agujero, señal de que había pasado por las manos del verdugo.

Le habían seguido. ¿Cómo podía haber sido tan ingenuo?

Pensó en sacar la honda, pero estaban demasiado cerca y no llevaba encima ninguna piedra. Su mano aferró el cuchillo que guardaba en las calzas y lo adelantó, amenazador. Era una simple hoja con mango de trapos, pero era todo lo que tenía.

Eso y el hambre.

—Dejadme en paz —gritó.

El rubio soltó una carcajada.

—¿Es él, Desfeito? —Cuando el mendigo asintió, se volvió hacia él—. Eso deberías haberlo pensado antes. —Hizo una seña con la cabeza a los hombres del otro lado y Estevo vio con el rabillo del ojo que comenzaban a acercarse—. Antes de meter la mano en nuestros bolsillos.

—No sé de qué hablas —respondió, tratando de pensar en una forma de escapar.

—Ya. Y ahora me dirás que esa talega que acabas de esconder es toda la herencia que tus pobres padres te dejaron antes de ir a pudrirse en el infierno.

—Al menos yo sé quiénes son mis padres. —Quería ganar tiempo. El rubio sonreía, confiado, peligroso. Estevo apretó los dientes. Le palpaban las sienes.

—En eso tienes razón —replicó el otro con una sonrisa de hielo en sus ojos—. Ni conocí a mis padres ni me importaron nunca una mierda. Si los encuentras en el infierno, escúpeles de mi parte. O mejor no, que igual eso los refresca.

—Ten cuidado, no vayas a encontrártelos tú.

El rubio chasqueó la lengua, en absoluto intimidado. En sus ojos brillaba la diversión. Se lo estaba pasando bien.

—Ese pajarillo que cazaste no era tuyo. No es tuyo ninguno en esta ciudad, a ver si nos entendemos, pero ese mercader en concreto tenía nuestra marca en la frente —meneó la cabeza como un cura amonestador—, y no me gusta nada que me hurten una presa. —Sonrió, mostrando una ristra de dientes asombrosamente blancos—. No señor, no me gusta nada. Pero tienes suerte, no vayas a pensar. ¿Sabes cómo me llaman? El Arcanxo, así me llaman. ¿Te das cuenta? El Arcanxo. Como un ángel, ¿verdad, muchachos? —Los demás rieron, lisonjeros—. Puedo ser muy comprensivo, cuando quiero. Anda, trae la talega esa y me pensaré si te dejo con vida. Oh, bueno, te daremos unos cuantos golpes, claro, pero solo para que aprendas la lección. Eso si no me enfadas.

Estevo se percató de que los otros dos hombres se le acercaban por detrás y supo que debía actuar inmediatamente. Ni se le pasó por la cabeza entregar la talega.

—Hablas demasiado —dijo.

Se lanzó hacia delante con el cuchillo en la mano, tan bruscamente que el rubio casi no tuvo tiempo de reaccionar. Era su única opción: apresarse al jefe y obligarles a dejarle una vía de escape. Pero el otro era más ágil de lo que había supuesto: le esquivó y reculó lo justo para librarse de su presa, aunque no consiguió evitar que el filo del hierro le abriera un corte profundo en la mejilla.

—¡Hideputa!

Los otros tres se le echaron encima y comenzaron a darle golpes y patadas. Antes de que pudiera reaccionar, lo habían inmovilizado.

El rubio se llevó una mano a la herida y contempló la sangre con absoluta incredulidad. La expresión de sus ojos, tan claros que parecían transparentes, se tornó

oscura.

—Me hirió —masculló en voz baja, sin acabar de creerse lo que le había sucedido—. Este malnacido me hirió... —Alzó la voz—. ¡A mí! ¡Me hirió, así lo lleve el demonio!

Se le acercó. Dos hombres le retorcían los brazos contra la espalda. Estevo contuvo el aliento. No iba a implorar piedad.

El Arcanxo le asestó un puñetazo en el rostro. El impacto lo impulsó hacia atrás e hizo brotar un chorro de sangre de su nariz. Lo siguiente fue un diluvio de golpes. Estevo sintió estallidos de dolor en la cara, en las costillas, en el vientre.

Gritó.

Después ya no supo dónde le dolía. Cuando la tormenta remitió, apenas le quedaba un hilo de consciencia.

—Revisadlo —oyó muy lejos.

Le quitaron la talega y el cuchillo.

—*Matádeo*. —La voz era hielo, otra vez—. Pero sin prisas. *A modo*.

En medio de la niebla que embotaba su mente, aquellas palabras llegaron extrañamente altas y claras. Iba a morir como un perro.

Así que de ese modo acababa todo. En un callejón perdido de una ciudad hedionda. Tuvo un último pensamiento para su madre. Un último ahogo de dolor.

Casi se sintió aliviado.

El jodido demonio iba a tener que buscarse otro cuerpo.

Una doncella con redaños

—MENCÍA, niña, apresúrate, no te quedes ahí parada...

El ama Einés dirigió una mirada de censura a la muchacha, que ni siquiera se percató: seguía contemplando el pórtico de la catedral con aquella forma que tenía de mirar, que parecía que se le iba el santo al cielo. A Einés le dolían los huesos aquella mañana. A su edad le costaba un gran esfuerzo permanecer de pie así fuera solo un rato, pero Mencía estaba absorta. El ama, resignada, echó un vistazo en derredor.

La praza dos Ourives se hallaba inusitadamente tranquila. Unos pocos vendedores de crucifijos y vieiras, así como los habituales ganchos de figones, posadas y mancebías sentados en la escalera de acceso a la catedral o desperdigados por la plaza, aunque ni ellos parecían prestar mucha atención a los escasos peregrinos que vagaban con el pasmo pintado en sus rostros. Hasta los talleres de los orfebres que daban nombre a la plaza estaban casi vacíos.

Einés suspiró sonoramente con la esperanza de que Mencía reaccionara. Como esta seguía en su mundo, la observó de reojo con devoción. Era una criatura de cabellera castaña y ojos verdes, dos candelas en medio de un rostro ovalado. Aquel día lucía su nuevo brial de terciopelo verde y, al contemplarla, un orgullo maternal le hinchó el alma. No en vano la había criado como si fuera su propia hija desde el mismo momento del parto. Ay, si no fuera tan rebelde...

—Dime, ama, ¿qué crees que vaticinará hoy la Santiña? —preguntó la muchacha con expresión soñadora.

Einés volvió a suspirar. Su mirada se dirigió al tímpano izquierdo de la puerta, que llamaban de las Tentaciones. En su extremo derecho destacaba la figura de una mujer semidesnuda. Estaba sentada como la Virgen Madre en su trono, pero en el regazo, en vez del Niño Dios, descansaba una calavera. Se estremeció y se persignó. La imagen había perdido buena parte de sus vivos colores originales, pero aun así parecía tener vida propia.

—Ay, hijita...

No comprendía la fascinación de la niña por aquella santa. La leyenda decía que se trataba de una doncella que había quedado preñada. Aunque insistió con tenacidad en su inocencia y aseguró que no había tenido conocimiento de varón, sus padres la mataron y la enterraron para ocultar su vergüenza. Y entonces se produjo el milagro, porque la virgencita, una vez enterrada, dio a luz una cabeza parlante que predecía el futuro.

Apartó la mirada de la escultura y se volvió hacia Mencía. Esta le dedicó una

sonrisa angelical y después, impulsivamente, se acercó, la rodeó con sus brazos y le estampó un beso en la mejilla.

—¿Sabes lo que me dice hoy, ama? Me susurra que este va a ser un año muy especial. Que voy a conocer al amor de mi vida.

Einés puso los ojos en blanco. En el fondo la entendía, pero la idea de que se la arrebataran le dolía muy dentro. Y no habría de faltar mucho: ese día cumplía catorce años. Ya era toda una mujer, aunque todavía fuera doncella en cabellos.

Al advertir su gesto, Mencía le plantó otro beso.

—Vamos, rodeemos por la Quintana —dijo con gesto travieso.

Einés se espantó. La Quintana de Pazos era la plaza que rodeaba la catedral por la cabecera. Atravesada por la Vía Sacra y cerrada por la notaría, el monasterio de San Paio de Antealtares y el edificio de la Canónica, estaba formada en realidad por dos espacios adyacentes: la Quintana dos Mortos, al sur y lindante con la praza dos Ourives, que se utilizaba como cementerio de los canónigos y de los miembros de las familias más destacadas de la ciudad; y la Quintana dos Vivos, al norte y lindante con la praza do Paraíso, que se utilizaba entre otras cosas para las reuniones del concejo de Santiago. A Einés no le gustaba nada atravesar la Quintana dos Mortos.

Mencía le guiñó un ojo.

—Es broma, ama —dijo con cariño—. Anda, crucemos por la catedral.

Una tufarada de incienso y sudor les asaltó nada más penetrar en el templo. Mencía avanzó unos pasos inseguros mientras sus ojos se adaptaban a la penumbra.

En aquel espacio inmenso, habitualmente atestado de fieles, mendigos, vendedores de cirios, rateros y canónigos, reinaba un silencio desacostumbrado, una quietud que le hizo cobrar conciencia de la santidad del lugar. Atravesó la nave con paso vivo, seguida de cerca por la vieja criada y por media docena de miradas escrutadoras que la desestimaron como presa en cuanto se percataron de que no era una peregrina.

Dirigió su vista hacia el triforio donde pernoctaban los romeros. Para su sorpresa, también se hallaba casi vacío. El olor que espesaba el aire no procedía de los pocos cuerpos presentes, sino de cuantos habían pasado por la catedral durante siglos; emanaba de los sillares mismos, impregnados de los humores de millares de devotos.

Al llegar al crucero hizo una genuflexión, se santiguó con fervor y continuó hacia la puerta norte. Cada año, por su aniversario, cumplía el mismo ritual. Se ponía su mejor vestido y se dirigía a la catedral. Lo primero que hacía era saludar a la Santiña del tímpano. Se quedaba quieta contemplándola con atención y ella le vaticinaba cómo iba a ser el año que comenzaba. Su hermano le decía que era una cabeza hueca, pero ella estaba segura de que la doncella agradecía su visita. ¡La pobre estaba tan sola! Ninguna de las figuras que tenía alrededor miraba hacia ella, como si le dieran la espalda de forma deliberada. Aunque, pensándolo bien, seguro que lo agradecía,

pues todas eran monstruos con cuerpo humano y patas de animal.

Cada vez que pensaba en lo que debió de sufrir la desdichada se estremecía. La imaginaba en la soledad de su cuarto, descubriéndose embarazada y sin saber cómo había podido suceder tal cosa. ¡Y pensar que sus propios padres la habían sacrificado! No concebía que el suyo fuera capaz de algo así. Xan Cabreiro tenía modales ásperos y cuando se enfadaba gritaba mucho, pero de ahí a matar a su hija... En el fondo, Mencía no dudaba de su cariño, así le costara un mundo demostrárselo. Aunque, ¿a qué hombre no le costaba mostrar sus sentimientos? Su padre era el dueño de la posada más lujosa de la ciudad y ella había visto muchas cosas que se suponía que las muchachas de su edad no debían ni imaginar.

Sí, ese año iba a ser especial. Mencía lo percibía en los huesos, se lo había susurrado la doncella. Notaba que la sangre corría por sus venas con una fuerza desconocida, haciéndole desear... algo. ¡Ah, si fuera capaz de poner en palabras los sueños que la desvelaban en mitad de la noche! A veces se desesperaba sin saber por qué, otras le invadía una alegría alocada, un deseo de vivir, de correr, de probar cosas nuevas. No reconocía su propio cuerpo. ¡Deseaba tanto tener una amiga a la que contarle lo que le sucedía! A veces pensaba en abrirle su corazón al ama, pero después se contenía. ¿Cómo iba a entender lo que le pasaba con lo vieja que era? Si se sincerara con ella, a buen seguro la encerraría en su alcoba y no la dejaría salir hasta que también ella fuera una anciana. ¡Si al menos su madre viviera!

Por eso aquel día tenía un sabor agridulce. Celebraba su cumpleaños, pero también era el aniversario del fallecimiento de su madre durante el parto. Cada año, tras saludar a la doncella del tímpano, atravesaba la catedral, salía por la puerta del Paraíso y se dirigía a la pequeña iglesia de Santa María la Antigua, que todos llamaban la Corticela, a prender una vela. Estaba casi pegada a la catedral, en el espacio que quedaba entre el ábside y el brazo norte, y el ama le había contado que aquella era, de entre todas las iglesias de Santiago, la favorita de su madre.

Al salir por la puerta del Paraíso le asaltó el ruido de la multitud. El contraste con el silencio de la praza dos Ourives era tan acusado que resultaba chocante.

A Mencía le fascinaba la ciudad en la que vivía. Desde muy pequeña contemplaba con embeleso a las gentes que abarrotaban las callejuelas de Santiago de Compostela: la diversidad de apariencias y vestimentas, las lenguas extrañas, las costumbres exóticas... Y de todos sus rincones la praza do Paraíso era con mucho su preferida. Allí desembocaban quienes entraban en la ciudad por la Porta do Camiño, un gentío que caía extasiado al suelo al alcanzar la meta tanto tiempo soñada. Allí mismo, a los pies de la Cruz dos Farrapos, se desprendían de sus ropas gastadas y se lavaban en la gran fuente de los leones, que tenía cuatro cabezas con caños de los que manaba agua, para entrar purificados en el templo del apóstol. Allí les atendían los monjes del cercano hospital de pobres, que procuraban prendas nuevas a los que carecían de recursos y quemaban las viejas. Allí les aguardaban los vendedores de conchas, que los peregrinos adquirirían con orgullo porque solo quienes terminaban su peregrinación

tenían derecho a llevarla como símbolo de su purificación. Allí se daban cita también los cambistas, los azabacheros, los traductores que llamaban *lingualleiros*, los vendedores de vino, zapatos, morrales de piel de ciervo, correas, cinturones y toda suerte de hierbas medicinales, los monjes que recibían limosnas y confesiones y los vendedores de cirios que los romeros prendían antes de entrar en el templo. En aquel lugar, Mencía tenía la impresión de que el mundo era más vasto de lo que alcanzaba a imaginar.

Nada más pisar la plaza, se percató de que algo extraño sucedía. De inmediato comprendió de qué se trataba: casi no se veían romeros. En su lugar, aprendices y recaderos deambulaban de aquí para allá en pequeños grupos, aparentemente muy agitados. En medio, un hombre aupado en una carreta se dirigía al corrillo que le rodeaba. Desde donde se hallaba no alcanzaba a oír sus palabras, pero el rostro le resultó familiar.

Recordó entonces que Einés no había querido salir a la calle esa mañana, y si al final había accedido a acompañarla se debía solo a que era su cumpleaños. El ama había dicho que por la ciudad circulaban todo tipo de rumores.

«Cuando el río suena, agua lleva», había repetido una y otra vez, sin querer precisar más.

No era necesario. Se suponía que ella no debía saberlo, pero en la posada había escuchado discutir a unos mercaderes sobre el último escándalo del arzobispo.

Don Rodrigo de Luna no le gustaba. Le parecía altanero y soberbio, siempre rodeado de su cortejo de parientes y cortesanos. Los compostelanos murmuraban que llevaba una vida disipada y que tenía «un desmedido apetito de hembras», una expresión que hacía que se le pusieran de punta los pelos del cogote. Había accedido al cargo por influencia de su tío, el que fuera todopoderoso condestable don Álvaro de Luna, pero este cayó en desgracia cinco años atrás y fue ajusticiado, por lo que la posición del arzobispo no era muy segura.

Mencía, oculta tras un biombo de la posada, había seguido la conversación con interés.

«Moscosos, Trastámaras, Soutomaiores, Andrades y demás aparentan rendirle pleitesía, pero yo os digo que son halcones acechando a su presa, nada más — exclamó uno con desdén—. En cuanto huelan su oportunidad, se lanzarán al cuello de don Rodrigo».

«Pues mejor ocasión que esta no van a tener», terció otro. Y a continuación contó una historia que la había turbado profundamente.

Al parecer, un oficial del arzobispo se había presentado en el convite nupcial de un oficial del pertiguero mayor don Roi de Moscoso, principal vasallo de Luna. En compañía de varios soldados, entró en el aposento donde los recién casados recibían los parabienes justo antes de consumir el matrimonio y requirió a la novia para que le acompañase a la presencia del arzobispo, que exigía de ella el *ius primae noctis*, el tributo corporal debido al señor natural. ¡El derecho de pernada! Hacía largo tiempo

que se hallaba en desuso, y ya en anteriores ocasiones su reclamación había levantado vendavales. Pero el hecho de que lo exigiera un hombre consagrado a Dios, nada menos que el arzobispo de Compostela, había soliviantado más los ánimos.

«Dicen que Moscoso ha jurado venganza —concluyó el hombre, meneando la cabeza—, y ya sabéis lo que eso quiere decir: revueltas y algaradas que mermarán nuestras ventas. ¡Siempre somos los mercaderes los que pagamos las consecuencias!».

En ese instante, al ver la plaza alborotada, Mencía intuyó que tenía que ver con aquello y deseó acercarse a ver qué se decía.

—Apresurémonos, niña —le urgió el ama, que la sujetó de la muñeca.

La siguió con una mueca de fastidio. Su curiosidad tiraba de ella en una dirección mientras la dueña lo hacía en la contraria. En realidad, había otra razón por la que no quería ausentarse tan rápido. Al lado de la puerta del Paraíso se hallaba el palacio arzobispal, cuyas dependencias acogían la *schola gramaticorum*. Allí cursaba estudios de gramática su hermano Martiño, y en ese momento debía de encontrarse dentro. Temió que le sucediera algo malo con tanto jaleo, pero Einés no soltaba a su presa.

Resignada, echando miradas furtivas a la plaza, se dejó llevar.

La Corticela era tan humilde y recogida como soberbia y concurrida era la catedral. Un diminuto templo de piedra, tan antiguo que sus muros ennegrecidos por el humo de los cirios parecían rezumar los ruegos de los miles de devotos que la habían pisado. No le costaba entender por qué aquella era la iglesia preferida de su madre. Se la imaginaba una mujer serena y hermosa, de ademanes tranquilos y dulce sonrisa. La soñaba con ella de la mano, ambas paseando por la ciudad, hablando de sus cosas.

Estaba segura de que su madre habría comprendido sus ansias. Con ella habría podido hablar de las cosas que se le pasaban por la cabeza, de la pena que sentía al ver a chiquillos medio muertos de hambre y de frío recogiendo los excrementos de las caballerías para ganarse unos cobres, de la indignación que la embargaba cuando los criados de algún gran señor apaleaban a los mendigos para abrirse paso. A ella habría podido hablarle de los humores extraños que la agitaban y preguntarle qué le estaba pasando.

Acababa de prender un cirio a la Virgen y se estaba arrodillando para rezar un avemaría cuando estalló un griterío en el exterior.

—¡Dios mío bendito! —exclamó el ama.

En la iglesia solo se hallaban ellas dos y una mujer de edad que oraba en un rincón. Mencía fue corriendo hasta la puerta y echó un vistazo a la plaza.

La agitación se había convertido en una turbamulta; un gentío vociferante se arremolinaba en torno al palacio arzobispal. Los rostros crispados por la rabia se deshacían en maldiciones. Aquí y allá brotaban piedras, palos y cuchillos. Alcanzó a oír gritos contra el arzobispo.

—¡Van a asaltar el palacio! —gritó, asustada.

—¡Ay, Dios mío de mi alma! —Einés se había llegado hasta su lado y observaba con expresión temerosa.

En ese momento, el hombre que estaba encaramado en una carreta, el que habían visto dirigiéndose a la multitud, soltó un grito que llenó la plaza y se desbordó por las calles, unas palabras que sonaron tan absurdas al sobrevolar la paja y el barro de la explanada, los muros de piedra solemne y los techos de colmo, tan inesperadas que Mencía se quedó con la boca abierta.

—¡Viva el rey!

Se volvió hacia el ama para preguntarle por qué gritaban aquello, qué tenía que ver el rey con la algarada, y las palabras murieron en su boca. El rostro de Einés estaba demudado, tan pálido como si estuviera contemplando una procesión de ánimas errantes.

—¿Estás bien? —Se acercó a ella, preocupada—. ¿Qué sucede, qué...?

No terminó la frase. La multitud coreaba, arrebatada:

—¡Viva el rey!

—¡Viva el rey!

La dueña parecía a punto de sufrir un colapso.

—¡Es el grito de la Fusquenlla! ¡Es la Irmandade Fusquenlla otra vez!

La muchacha recordó confusamente una historia que Einés le había contado de pequeña, algo sobre una revuelta de campesinos que se habían alzado contra los nobles y habían atacado Santiago. Siempre había pensado que se trataba de un cuento para amedrentar a los niños y que se portaran bien, como el Sacaúntos, el viejo que metía en un saco a los que desobedecían a sus padres.

—¡Viva el rey!

—¡Vamos, niña, vamos adentro! ¡No te quedes ahí!

El ama la sujetó por la manga y tiró de ella hacia el interior de la Corticela, pero Mencía se resistía a abandonar su posición. Su hermano estaba en el palacio. Martiño le llevaba unos años. Era un joven muy especial, que poseía una fina inteligencia, sabía hablar latines y recitar de corrido pasajes enteros de los libros que leía. Al principio su padre se había opuesto a que estudiara en la *schola gramaticarum*, pero él había insistido hasta conseguir vencer la resistencia paterna con el argumento de que en ella estudiaban los hijos de las principales familias de la ciudad. Aquello convenció a Xan Cabreiro, que siempre había soñado con hacerse un hueco entre los burgueses más ilustres. Aun así, cada vez que lo veía con un libro en las manos, refunfuñaba.

«¿Para qué diablos pierdes el tiempo con lecturas inútiles? ¡Pareces un fraile, rediós!».

Desde que entrara en la escuela, Martiño había ido perdiendo la timidez y fragilidad que le caracterizaban de niño y había ido engrosando de mente y de cuerpo; era como si encontrara en los libros el aplomo que le faltaba en la vida, como

si con los saberes acumulados hubiera ganado en altura y fortaleza. Se había transformado tanto que a menudo Mencía no entendía lo que decía, si bien le gustaba la seguridad en sí mismo que le daban los conocimientos.

Una mujer desgredada lanzó una piedra contra los vitrales del palacio arzobispal. Aunque el ruido de la plaza impidió que llegara hasta ella el sonido de los cristales rotos, Mencía se llevó las manos a la boca, alarmada por el destrozo. Aquellas eran de las pocas ventanas que tenían esas láminas casi mágicas, tan caras que una sola de ellas alimentaría con largueza a una familia durante todo un año.

En ese instante creyó distinguir a Martiño entre el gentío, cerca de una puerta lateral del palacio. El tiempo de un latido y desapareció. Se le escapó un grito.

—¡Martiño!

Echó a correr hacia el palacio, sorda al chillido de angustia de la dueña.

La plaza era un mar de rostros desdentados y quemados por el sol. Se introdujo en aquellas aguas embravecidas sin pensarlo, solo atenta a localizar a su hermano.

—¡Martiño! ¡Martiño!

Le alcanzó el hedor a estiércol y sudor de la multitud, pero se forzó a seguir adelante. Divisó frente a ella al agitador de la carreta. Se hallaba en compañía de otros dos hombres, algo apartado, contemplando el tumulto, y por sus ropas supo que se trataba de alguien de cierta posición. Cuando estuvo más cerca lo reconoció. Lo había visto más de una vez en la posada hablando con su padre, que le trataba con deferencia. En una ocasión Martiño le había dicho su nombre, pero no conseguía recordarlo. Alterada por el griterío, los empujones y la angustia, ni siquiera le causó extrañeza que fuera el instigador de la algarada. Se abrió paso hacia él.

—¡Ayudadme, por Dios!

El individuo la examinó de arriba abajo. Sus ojos refulgieron con un brillo lúbrico tan evidente que la sangre se agolpó en el rostro de Mencía.

—¿Y tú quién eres, corderito?

Uno de sus acompañantes soltó una carcajada.

—Soy la hija de Xan Cabreiro, el posadero. Vos lo conocéis. Debéis ayudarme, mi hermano está en la puerta del palacio, acabo de verlo... —soltó de carrerilla.

Si el agitador la reconoció, no dio muestras de ello. Se limitó a preguntar:

—¿Y qué hace tu hermano en el palacio del arzobispo?

—Asiste a la escuela de gramática. ¡Lo he visto, está atrapado!

El otro no se inmutó. Contempló un momento la muchedumbre y después se volvió hacia ella. Sus ojos destilaban desprecio.

—Así aprenderá a elegir mejor sus compañías.

Al comprender que allí no encontraría ayuda, Mencía sintió que le hervía la sangre.

—Si vos no tenéis arrestos, este corderito los tendrá por vos —replicó, airada.

Se alejó de allí seguida por las carcajadas del sujeto.

—¡Viva el rey! —bramaba el gentío a su alrededor.

La plaza, como una bestia hambrienta, la engulló.

Martiño Cabreiro se abría paso entre la turba con aprensión. Había intentado convencer a su amigo Arnao Calteno de la conveniencia de aguardar en el interior del palacio a que se disolviera el tumulto, pero el joven era demasiado impetuoso.

—¿Y escondernos como ratones? ¡No son más que pordioseros, por Dios!

Así que se había visto obligado a seguirle para no quedar en entredicho, aunque se le erizara todo el vello del cuerpo de puro miedo.

No soportaba la idea de perder el respeto de Arnao. Apenas se atrevía a albergar esperanzas más ocultas, pues era bien consciente de que los apetitos de su amigo iban por otros derroteros... y eran bien correspondidos. Las mujeres lo adoraban, era un maestro en satisfacerlas. Bien lo sabía él, que con demasiada frecuencia se veía obligado a escuchar sus hazañas.

Pese a todo, Martiño se decía que al menos disfrutaba de su amistad. Muchas doncellas suspiraban por la intimidad que Arnao guardaba solo para él. Era muy consciente de lo pecaminoso de sus deseos, pero por mucho que se mortificara se hallaban más allá de su voluntad. Cada vez que le veía tenía que refrenarse para no acariciarle la cabellera rubia o los músculos del pecho. Cada día a su lado era un sufrimiento dulce, un tormento que se le hacía tan imprescindible como el aire que respiraba. Cuando caía presa de sus delirios, Martiño se decía que condenaría sin vacilar su alma inmortal por una sola caricia de su amado.

Un gañán de ropas astrosas chocó con él, pegó el rostro al suyo y Martiño no pudo evitar una mueca de asco al percibir el aliento podrido. El otro sonrió despectivo.

—¡Mira el melindres! ¿Te incomoda mi jeta? —Y le soltó un esputo que le bautizó la cara.

Martiño retrocedió asustado, pero de inmediato se acordó de Arnao y lo buscó entre la multitud con el corazón en un puño. Al comprobar que iba delante y que no se había percatado del suceso, respiró aliviado y corrió hacia él.

—¡Mirad con qué prisa toma las calzas de Villadiego! —se carcajeó el otro.

Asqueado, Martiño se limpió el rostro con la manga. La zafiedad y la brutalidad le espantaban más allá de lo que podía soportar. Le repugnaban los cuerpos deformes, las palabras soeces y el hedor de la chusma.

—¡Arnao, aguarda! —reclamó con un tonillo de histeria en la voz. Pero su compañero avanzaba entre los alborotadores con decisión y no le escuchó.

Apretó el paso. Una piedra voló sobre su cabeza. En medio del jaleo creyó reconocer un rostro familiar que desapareció al instante.

—¿Mencía?

La visión se le antojó tan inaudita que dudó de sus ojos, pero la marea se abrió de nuevo.

—¡Mencía!

Su hermana oyó su nombre y comenzó a mover la cabeza de un lado para otro, buscándole, pero en ese instante algo la hizo trastabillar y desapareció de su visión.

—¡Arnao! —chilló Martiño, fuera de sí—. ¡Arnao! ¡Arnao, mi hermana!

Su compañero se volvió. Su expresión mostraba tal excitación que Martiño, admirado, comprendió que estaba disfrutando.

—¡Mi hermana! ¡Ha caído!

En el suelo, un desconocido pateó el costado de Mencía, que sintió una punzada de dolor. La gente al pasar la golpeaba y la pisoteaba sin siquiera verla. Trató de levantarse, pero las prisas de los que iban detrás la volvieron a tirar. Comprendió que había sido una inconsciente. El miedo le secó la garganta.

—¡Martiño! —gritó. Pero esta vez su voz sonó apagada por las lágrimas.

Alguien la agarró por las axilas desde atrás. Sintió un fuerte tirón, unos brazos fuertes que la levantaban y la abrazaban, oprimiéndole los pechos. Chilló, angustiada.

—Tranquila, tranquila —le susurró una voz conocida—. Soy Arnao, el amigo de tu hermano, te sacaremos de aquí.

—¡El ama está en la Corticela! —alcanzó a decir, muy aliviada.

Se dejó llevar.

Einés se hallaba al borde del colapso cuando vio aparecer al grupo. Mencía caminaba con dificultad, apoyándose de forma indecorosa en aquel Arnao que ella tenía bien calado, un truhan demasiado amigo de despojar a las doncellas de su flor. A su lado, con expresión desencajada, llegaba Martiño, su niño del alma.

—¡Ay, Virgen Santa! —balbució.

Al momento se hizo cargo de todo y dispuso que recostaran a la muchacha en el interior del templo. Un rápido examen le permitió comprobar con alivio que el daño no iba más allá de un susto y algunos rasguños y contusiones.

—Perdóname, ama.

Las disculpas le ablandaron el corazón, pero no el semblante.

—Eres una insensata. ¿Cuándo aprenderás a comportarte?

—Vi a Martiño y pensé que estaba en peligro...

Einés observó a los dos jóvenes de reojo. Martiño se había apoyado contra la pared y respiraba fuertemente, todavía agitado por la escandalera. ¡Pobrecito! Un muchacho tan delicado en medio de esa panda de gañanes... Sin embargo, Arnao parecía de lo más tranquilo, incluso divertido. Observaba a Mencía con un brillo en las pupilas que le provocó un estremecimiento de temor. «No te relamas, tunante, que esta dulce fruta no la has de catar —murmuró para sí—. De eso se encarga la señora Einés, puedes estar seguro».

Arnao le sonrió como si le hubiera oído, y Einés se dio cuenta de que había vuelto a hablar en voz alta. Se le subieron los colores a la cara. Tenía que controlar aquella manía suya de hablar sola.

El granuja clavó una mirada descarada en los pechos de la muchacha.

—¿Os encontráis bien, Mencía? —preguntó.

—Gracias a vos, Arnao —respondió ella.

Estaba medio tumbada en el suelo y reclinada contra la pared. Trató de erguirse, pero el estudiante la detuvo con un ademán.

—Descansad, por favor. En cuanto esa gentuza se disuelva os acompañaré hasta vuestra casa. —Se volvió otra vez hacia Einés y le dedicó una sonrisa insolente.

Eso sí que no. No podía consentirlo. Si le daba alas, aquel sinvergüenza era capaz de cualquier cosa.

—Os agradecemos vuestra ayuda, joven, pero bastará con la protección de Martiño —dijo con voz cortante.

Arnao ni se inmutó. Agitó la mano como si apartara una mosca y respondió mirando a Mencía:

—Descuidad, no será ninguna molestia. Así, Mencía, por el camino podréis ayudarme a convencer a vuestro hermano de lo absurdo de su decisión.

—¡Arnao! ¡Es un secreto! —Martiño había alzado la cabeza alarmado.

Einés no sabía de qué estaban hablando. ¿Decisión? ¿Qué decisión?

Arnao se encogió de hombros.

—Tarde o temprano tendrán que enterarse, ¿no es cierto?

—¿Qué decisión? —preguntó Mencía.

—A vuestro querido hermano no se le ha ocurrido disparate mayor que ordenarse sacerdote.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó Einés, sorprendida.

—¡Padre nunca lo consentirá! —Mencía también miraba perpleja a su hermano —. Eres el heredero, ¿quién llevará sus negocios cuando él no esté?

Martiño suspiró y lanzó una mirada acusadora a Arnao antes de responder.

—Tú te casarás algún día, ¿no? Tu esposo podrá encargarse de todo. ¡Con tal dote, no tendrás problema para encontrar marido, hermanita! Y conmigo en la Iglesia tampoco faltarán ayudas para medrar. Con la ayuda de Dios entraré en el cabildo de la catedral.

Einés no pudo contenerse más.

—¡Ay, alabado sea el Señor, mi Martiño sacerdote! —Se cubrió la boca con las manos. Aquella era una noticia por la que llevaba rezando muchos años. ¿Dónde sino en la Iglesia estaría más protegido su niño? Era demasiado delicado para bregar con brutos y mercaderes, solo atentos a sus mezquinas ganancias. Martiño estaba por encima de todo eso.

De repente, sospechó la razón por la que Martiño frecuentaba la compañía de Arnao. Su padre, Airas Calteno, era uno de los cambistas más poderosos de la ciudad

y su familia se alineaba desde hacía generaciones en el bando del arzobispo. Con su apoyo, convertirse en canónigo le resultaría mucho más fácil. ¡Qué listo era su niño, Virgen Santa! No se conformaba con ser sacerdote, aspiraba a convertirse en canónigo de la catedral.

Admirada, completamente encantada, a Einés se le ocurrió que Martiño era un alma divina, tan pura y virtuosa que hasta le pareció oír el alborozo de las trompetas celestiales que saludaban su decisión.

—Algo sucede. —La voz de Arnao, que se había acercado a la entrada, interrumpió sus ensueños—. ¡Tocan alarma! El cuerpo de guardia del arzobispo está saliendo del palacio.

—¡Ay, Señor! —gimió Einés. Al parecer, las trompetas no eran tan celestiales. Se persignó otra vez.

—¡Vamos, vamos, apurad! —les urgía el ama—. ¡No os quedéis ahí como pasmarotes!

Los soldados habían completado su trabajo con eficiencia y en ese momento recorrían el espacio rematando a los heridos con las alabardas. Mencía se sentía horrorizada. Estaba acostumbrada a la muerte, ¿quién podía no estarlo?, pero aquella matanza... La indiferencia de los soldados le robaba el aliento. ¿Cómo podía alguien acabar con un semejante con tanta frialdad?

Dejaron atrás la plaza y se internaron por las callejuelas, de regreso a la posada. Artesanos y tenderos cerraban sus puertas y corrían las trancas. Las calles, habitualmente repletas, aparecían desiertas.

Con el corazón en un puño, Mencía y Einés siguieron a Arnao y a Martiño. La muchacha se fijó en la tonsura de los dos jóvenes. Estaba habituada a ella, pues cuantos estudiaban en la escuela gramatical adquirían temporalmente la condición de clérigos, que mantenían en tanto no acabasen sus estudios. Pero siempre la había considerado algo pasajero. Ahora se daba cuenta de que Martiño la llevaría toda su vida.

Lo curioso era que, en el fondo, su decisión le parecía acertada. Su hermano era inteligente y despierto, pero también débil. De alguna forma, Mencía siempre lo había sabido. Pese a ser él tres años mayor, estaba habituada a que acudiera a ella en busca de amparo cuando temía algo. De niño disfrutaba jugando con ella y con sus muñecas de trapo, lo que sacaba de quicio al padre, que desdeñaba unos pasatiempos tan poco apropiados para un varón y le presionaba para que se juntara con los chiquillos del barrio. Pero Martiño era diferente. Si se hacía daño, corría a refugiarse bajo las faldas del ama o incluso las suyas, un polluelo bajo las plumas de la gallina. Mencía había asumido aquel extraño papel de hermana y madre con naturalidad, pero era consciente de que cuando se casara ya no podría estar a su lado para protegerle.

—Mencía... —Como si le hubiera leído el pensamiento, Martiño lanzó una

mirada atribulada a Arnao y después se dirigió a ella—. Padre se pondrá furioso si se lo digo yo.

—¡Estás loco! ¿Es que no puedes olvidarte de esa tontería? —exclamó Arnao—. ¡Mencía, tenéis que hacer algo para sacarle tanta necesidad de la cabeza!

Iba a responderle cuando, al pasar por la entrada de un callejón, oyó un grito. Un grupo de granujas descargaba una ventisca de golpes sobre un pobre desgraciado. Mencía se alarmó y, antes de que se diera cuenta de lo que hacía, echó a correr hacia allí.

—¡Niña! —gritó la dueña.

Pero ella siguió corriendo sin pararse a pensar en lo insensato de su comportamiento. Un individuo de barba recortada y pelambre rubia, que se mantenía algo apartado, soltó una imprecación al verla.

—¡Larguémonos! —ordenó.

Sus compinches liberaron al desdichado al que estaban apaleando y se apresuraron a huir por el otro extremo del callejón. Mencía fue consciente de que Arnao corría tras ella y agradeció que no la hubiera dejado sola. Era la segunda vez que la ayudaba aquel día.

Se detuvo junto al caído, respirando agitadamente. Alabado fuera el Señor. ¡Alabado fuera el Señor, era una insensata!

Se agachó y examinó a la víctima. Se trataba de un campesino, a juzgar por su camisa de paño basto y sus calzas grises. Tenía el rostro desfigurado y sangraba por una herida en el costado.

—¿Estáis loca? ¿Qué pretendíais? ¡Podrían haberos matado! —exclamó Arnao a su lado—. ¿Es que en vuestra familia no hay una brizna de sensatez?

Tras él llegó Martiño, pero Mencía solo tenía ojos para el muchacho.

—Está malherido —musitó.

Arnao no pareció escucharla.

—¡Diantres! ¡Sois una doncella, no un alguacil! ¿Qué más os da cómo esté? ¡Por lo que sabéis, este granuja bien podría ser un malhechor!

Mencía le clavó una mirada de hielo. ¿Cómo podía ser tan insensible? ¿Acaso no veía que aquel pobrecillo estaba sufriendo?

Arnao alzó las manos en un gesto de impotencia. Después la observó con atención.

—¡Una doncella con redaños! —Y meneó la cabeza de un lado para otro.

—¿Y vos, Arnao? ¿También sois una doncella?

Por un momento, el semblante del joven se demudó. Después, sin poder evitarlo, se echó a reír.

—Nunca había conocido a nadie como vos, Mencía.

Aquella simple frase desató en ella un torbellino interior. Contempló a Arnao con ojos nuevos. Lo había visto varias veces por la posada, pero nunca le había prestado demasiada atención. Sin embargo, ese día había acudido en su ayuda en dos

ocasiones sin pensárselo un instante. Y aquella risa franca, abierta... Le agradó que fuera capaz de reírse de sí mismo. «Una doncella con redaños», había dicho. Notó un calorillo interno y, con súbita timidez, le sonrió.

Un carraspeo les interrumpió. La dueña, jadeante, muy alterada, se interpuso entre ambos.

—¡Niña! ¡Eres una insensata!

El campesino había perdido el conocimiento. Mencía rogó en silencio a su madre que la ayudara. Ella la escuchaba desde el cielo. Ella la comprendía. ¿Es que no se daban cuenta de que aquellos malhechores iban a matarlo? Era tan joven como ella, con el pelo castaño apelmazado por la mugre y la sangre y un cuerpo que se adivinaba escuálido bajo los harapos. Se preguntó cuál sería su historia.

Tomó una decisión.

—Lo llevaremos a la posada.

—¡Ay, Dios! —barbotó Martiño, que no había dejado de contemplar con aprensión el callejón, temiendo que a los rufianes se les ocurriera volver.

Mencía siguió su mirada y pensó que los temores de Martiño no eran infundados.

—Si lo dejamos aquí, vendrán a rematar su faena.

La vieja se persignó.

—Niña, ¿cómo lo vamos a meter en la posada? Tu padre...

Pero Mencía estaba decidida. Acababa de contemplar una matanza de inocentes sin poder hacer nada para evitarla. El Señor la había conducido a aquel callejón por algún motivo, y para ella estaba claro cuál.

No permitiría otra muerte.

—Padre no tiene por qué enterarse. Lo acomodaremos en el cobertizo de la trasera de la posada. Él nunca asoma por allí.

—¡Ay, Señor! —murmuró el ama.

—No podemos hacer eso —intervino Martiño con expresión asustada—. Si padre se entera nos matará.

—¡No nos queda otra! ¿Quieres dejarlo aquí para que se desangre?

—¿Qué más te da? ¡No es más que un pordiosero!

Mencía sabía que a su hermano los pordioseros le daban asco, siempre se lo habían dado.

Respiró hondo, indignada.

—¿Quieres que le diga a padre que deseas ordenarte, Martiño?

Este bizqueó, pero permaneció callado.

Arnao intervino:

—Ea, no se hable más. Martiño, corre a la posada y tráete a dos mozos para trasladarlo. Y vos marchad con él, señora Einés, id preparando un lecho para el pobre diablo. Yo me quedaré aquí con Mencía por si acaso vuelven los que le asaltaron.

Pero el ama se negó.

—Yo también aguardaré con ella.

Arnao rio y se encogió de hombros.

—¡Está bien, como queráis! —Se volvió hacia su amigo—. ¡Corre, Martiño, no te quedes ahí parado! —Y luego miró a Mencía con una sonrisa tan adorable que esta tuvo que reprimir un suspiro.

Y pensar que hasta entonces no le había prestado atención...

Una campaña muy oportuna

EL ilustrísimo y reverendísimo don Rodrigo de Luna, por la gracia de Dios mitrado de la santa Iglesia y arzobispado de Santiago, capellán del rey, notario mayor del reino de Galicia y oidor de la Real Audiencia y del Consejo, entre otros muchos títulos y dignidades, bostezó sonoramente y dejó escapar una disimulada ventosidad.

Se hallaba sentado en un sillón de guadamecí cordobés y rodeado por un puñado de criados y servidores. Sus pies descansaban sobre un escabel repujado y en su mano sostenía una copa de plata labrada. A su lado, sobre las juncias, tomillos y demás hierbas olorosas que alfombraban el suelo, dormitaba un mastín.

Contempló con desgana el fuego que ardía frente a él y habló sin volver la mirada:

—¿No os parece que exageráis, Afonso? —El canónigo permanecía de pie a su izquierda, ligeramente inclinado sobre él para hurtar en lo posible la conversación de oídos indiscretos—. El alguacil mayor acaba de comunicarnos que la algarada ya ha sido aplastada.

—Con sangre, ilustrísima. Con demasiada sangre.

Rodrigo le concedió una mirada. Afonso Sánchez de Ávila era su primer secretario, además de contador mayor y chantre de la catedral. Uno de los pocos gallegos que tenía a su servicio. No se fiaba de los gallegos, gentes taimadas y retorcidas que sonreían con zalemas y te clavaban una daga así te dabas la vuelta. Oh, y tanto que lo eran. En los cinco años que llevaba en el cargo había tenido demasiadas ocasiones para comprobarlo. Afonso poseía la arteria de los de la tierra, además de una excelente formación como jurisconsulto, si bien su principal cualidad era la fidelidad. Confiaba en él y descargaba sobre sus hombros las tareas más tediosas de su dignidad.

«Si no fuera tan aburrido...», se dijo al observar el semblante grave de su servidor. Suspiró con fuerza y habló con el aire de hastiada suficiencia de un maestro que se dirige a un alumno especialmente torpe.

—Vos mismo me recomendasteis mano dura, Afonso. Diantres, ¿es que estoy rodeado de ineptos? Fue mi primo quien me sugirió que ejerciera el *ius primae noctis* para poner en su lugar a ese malnacido de Roi de Moscoso. —Meneó la cabeza con disgusto mientras crecía su indignación—. Yo no quería follarme a esa vaca. ¡Olía a meados de yegua! Pero mi primo insistió, dijo que reclamar mis derechos sobre un vasallo del pertiguero mayor serviría para recordarles a todos que el Moscoso es a su vez mi vasallo. ¡Cada vez que pienso que confié en él y le nombré pertiguero! ¡Y no

creáis que he olvidado que fuisteis vos quien me convenció para ofrecerle ese nombramiento!

Su primer secretario le contempló con expresión imperturbable.

—Era necesario, ilustrísima. Acababais de llegar al país y necesitabais ganáros el apoyo de la nobleza local.

—¡Para lo que me ha servido!

Afonso Sánchez de Ávila enderezó momentáneamente la espalda para estirar sus músculos doloridos y, de paso, refrenar su indignación.

Contempló al arzobispo con frialdad. Aquellos ojos, a punto de salirse de las órbitas, le recordaban a los de un viejo sapo lascivo que hubiera divisado alguna tierna ranita en las cercanías. Esa tarde vestía unos calzones cortos de colores abigarrados que sujetaba con un grueso cinto de oro y pedrería, y el pecho lo cubría con una camisa y un apretado jubón rojiverde que resaltaba su prominente tripa. Se había dejado la larga melena suelta de cualquier manera sobre los hombros. Todo en él señalaba a alguien demasiado amigo de excesos y francachelas. Muy poco adecuado para el cargo que desempeñaba.

Pero era el arzobispo, y él, un canónigo respetuoso con la jerarquía. Llevaba años haciendo lo imposible por alcanzar la concordia entre don Rodrigo y los señores gallegos. Bien sabía él lo muy necesaria que era, pues los nobles de su tierra estaban acostumbrados a actuar como reyezuelos de sus territorios. Había tratado de atraerse a los Moscoso, pero cada una de sus maniobras había sido desbaratada por la necesidad del arzobispo, así se lo llevarán los demonios.

Cada vez que creía haber enderezado la situación, don Rodrigo de Luna abría la boca y destrozaba el delicado encaje que él tejía con tanto esfuerzo. Los desatinos eran tantos que ya no sabía cómo remendar aquel saco de sandeces.

El verano anterior la situación había alcanzado nuevas cotas de tensión. El arzobispo se había dejado convencer de que el buen nombre de don Roi de Moscoso, hasta el momento más o menos fiel a su causa, suponía una amenaza para su posición. Para demostrar su poder, había consentido en que una flotilla de barcos atacara y saqueara de noche y por sorpresa la villa de Corcubión, en la que se hallaba doña Xoana de Castro, esposa de don Roi de Moscoso.

La escabechina había tenido como consecuencia aquello que Afonso llevaba años tratando de evitar: el acercamiento entre Moscoso y el conde de Trastámara, don Pedro Álvarez Osorio, los dos señores más poderosos de la Tierra de Santiago. Desde entonces se les veía juntos y en buen entendimiento, maquinando sus venganzas. Y ahora el disparate del *ius primae noctis* les había dado la excusa que necesitaban para ganarse la voluntad de los plebeyos.

Afonso echó un vistazo a los ayudas de cámara y escribanos que aguardaban a escasa distancia. Simulaban no prestar atención, pero todos aguzaban el oído. Se

preguntó cuántos estarían a sueldo de sus enemigos.

Se inclinó otra vez sobre el sillón del arzobispo; notó un crujido en la espalda pero apretó los dientes. Bajó aún más la voz:

—Quizá todavía estemos a tiempo de atraer al Moscoso a nuestra causa —sugirió con suavidad—. Si acusáis públicamente al conde de Trastámara de instigar la revuelta y exoneráis a don Roi de toda culpa, quizá...

—¡Cómo! ¡Si fueron los hombres de Roi de Moscoso los que jalearon a la plebe, por las barbas de los profetas, vos mismo me lo habéis asegurado! ¡Toda la ciudad lo sabe! ¿Pretendéis que quede como un imbécil?

—El pueblo cree lo que le dicen que crea, ilustrísima —replicó Afonso con paciencia—. Meditadlo por un instante. Moscoso tiene mucho que perder si se enemista con vos, para empezar el cargo de pertiguero mayor, que otro más lucrativo no hay. Pero es un noble orgulloso y no puede dejar sin respuesta una afrenta como la que vuestros hombres le infligieron el pasado verano en Corcubión. Por eso se volvió hacia Osorio, porque sabe bien de la inquina que este os guarda y de la ambición que le guía. A nadie se le escapa que el conde de Trastámara desea ver a su hijo Luis en vuestra silla.

—¡Ese malnacido tendrá que pasar por encima de mi cadáver!

El primer secretario obvió comentar que eso era precisamente lo que el conde pretendía. En cambio, continuó:

—Dios os guarde muchos años, ilustrísima. Mas, si rompéis esa alianza, Osorio por sí solo no tendrá fuerzas para enfrentaros. Acusad al conde de traición y encomendad al Moscoso que lo arreste. Don Roi lo verá como una muestra de vuestro favor y no se negará. Lo tendréis nuevamente comiendo de vuestra mano.

Pareció que el arzobispo iba a replicar, pero la mención de la comida debió de recordarle la bandeja dispuesta a la vera del sillón, repleta de hojuelas, rosquillas y pastelillos, porque sus dedos enjorjados agarraron un dulce y se lo llevaron a la boca con deleite.

—Comer de mi mano... —balbució con la boca llena—. Eso es lo que debería haber hecho desde el principio. ¿Cómo se atreve a incitar a la chusma contra su señor? No solo soy su arzobispo, también soy su señor natural. ¡Me debe obediencia y osa enfrentárame! —El primer secretario dejó que continuara la letanía de lamentos sin inmutarse. Conocía demasiado bien la propensión de don Rodrigo de Luna a compadecerse de sí mismo—. ¡Carga sobre mis hombros con una pesada responsabilidad, Afonso! ¿Y cómo me lo pagan? ¡Me creen débil y buscan la ocasión para clavarme un puñal en la espalda! ¡Instigar a la plebe es un acto de traición!

Su maldita espalda lo estaba matando. Aun así, tras unos instantes, volvió a la carga.

—La gente admira la fuerza, ilustrísima, pero los gallegos la admiran mucho más si va acompañada por la astucia. Ordenando a don Roi que arreste al Osorio mataréis dos pájaros con la misma saeta, pues mostraréis al tiempo vuestra perspicacia y

vuestra fuerza. Os atraeréis nuevamente el corazón del vulgo, que si algo admira es la sagacidad de los grandes hombres...

Rodrigo de Luna observó a su secretario con los ojos entrecerrados mientras se acariciaba las barbas recortadas. Afonso conocía a los nobles gallegos y solía darle buenos consejos. Quería hacerle caso, pero se lo impedía el amor propio. Si algo temía en este mundo era que se pusiera en duda su valía. Procedía de una familia que se había forjado a sí misma. ¡Qué demonios, era sobrino de don Álvaro de Luna, el favorito de Juan II de Castilla! Pero este había caído en desgracia, y desde entonces tenía la sensación de que todos conspiraban a sus espaldas, esperando el momento de librarse también de él.

Indeciso, paseó su mirada por la cámara. Pese al frío de marzo, se hallaba bien caldeada por el fuego del hogar. Contempló el grupito silencioso de escribanos y criados, los tapices de santos y milagros de las paredes, los pebeteros con incienso de romero que mantenían a raya el olor a humanidad. Para ocultar su irresolución, se levantó y se aproximó a una ventana. Echó un vistazo al exterior.

Frunció el ceño con desagrado. A sus pies, la praza do Paraíso parecía un campo de batalla tras una contienda. Los cuerpos de los villanos yacían despatarrados. La sangre manchaba la paja y la tierra. Su guardia rodeaba la plaza e impedía el acceso a las mujeres que acudían a reclamar a sus muertos, un montón de hembras sucias que se mesaban los cabellos, lloraban y gritaban sin recato alguno. Protegidos por los guardas, unos siervos cargaban los cadáveres en carros.

El asco se le subió a la garganta y un temor ácido le mordió las entrañas. ¡Había sido todo tan inesperado! Aquella gentuza se había atrevido a lanzar piedras contra su palacio. Los vidrios de la primera planta estaban rotos. ¡Destrozados! Costaban una fortuna... Era inaceptable.

Aun así, las palabras de su primer secretario zumbaban en sus oídos. No le parecía mal consejo premiar al Moscoso y acusar al Trastámara, pero le costaba dar su brazo a torcer. ¿Y si su clemencia se interpretaba como debilidad? Moscoso podría envalentonarse y atreverse a mayores desatinos.

El arzobispo no se tenía por ningún tonto. Sabía que aquella algarada solo había sido un aviso. Si el conde de Trastámara y el pertiguero mayor se mantenían unidos, sublevarían a la plebe. ¡Maldito fuera su primo! ¡En mala hora le había hecho caso con la mujerzuela aquella! No podía enfrentarse a todos. ¿Qué hacer? ¿Estaría en lo cierto Afonso?

Reparó en la única figura que permanecía sentada en la estancia, en un banco cerca del fuego. La esperanza agitó su corazón.

—¡Maese Mingos! —exclamó, acercándosele con premura; con el rabillo del ojo, se dio cuenta de la mueca de contrariedad de su secretario, pero hizo caso omiso—. ¡Maese Mingos, os necesito!

El interpelado ni siquiera se revolvió. Continuó escudriñando el fuego y acariciando distraídamente la cabeza de la criatura enroscada a sus pies. Era un individuo de carnes magras y vestimentas toscas que en algún momento debieron de ser el hábito de alguna orden menor. Sus barbas canas le ocultaban por completo la cara, salvo el reducto de los ojos y el mapa de arrugas que los cercaba. Despedía un efluvio rancio de polvo y años.

—¿Qué veis, maese Mingos? ¿Qué debo hacer? —imploró—. ¿Debo perdonar a Roi de Moscoso?

Era un sabio, un elegido de Dios. Curaba el mal de ojo, averiguaba el paradero de las cosas robadas o perdidas, quitaba los malos aires... En una ocasión, un villano al que había librado de un hechizo quiso agradecérselo regalándole tres docenas de huevos, pero de camino se lo pensó mejor y escondió una para cuando regresase. Al llegar junto a maese Mingos le ofreció las dos docenas restantes y este le espetó: «¿Por qué no las guardas donde ocultaste la otra?».

Esas cosas le impresionaban. ¿Cómo diantres lo había sabido? La única explicación posible era que tenía poderes, estaba convencido de ello. Lo que no acababa de agradarle era el espantajo que siempre le acompañaba: una criatura sucia, babeante, calva y de mirada huidiza, con el rostro marcado por la viruela, la mugre y la violencia. Dormitaba bajo la mano del viejo como un perro complacido por las caricias de su amo. Se trataba de su propia hija, que era sordomuda y tenía poderes de vidente.

Un gañido agudo, de animal herido, salió de la garganta de aquel ser. Alzó la cabeza y le clavó unos ojos sorprendentemente lúcidos. Rodrigo se estremeció.

Del agujero de la boca brotó algo ininteligible. Maese Mingos atrajo el rostro hacia sí con evidente ternura. La estancia entera contuvo la respiración. Siguió un intercambio de graznidos y gimoteos. Al cabo de un rato, la abominación se estremeció y se dejó caer sobre el suelo.

Maese Mingos acarició la cabeza de la muchacha, o lo que fuera, con delicadeza. Rodrigo se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración y la dejó escapar con suavidad.

—¿Y bien? —preguntó su primer secretario, seco.

—¡Silencio! —le respondió enojado.

El sabio se puso en pie con un crujido de huesos y comenzó a pasear por la estancia, seguido por una decena de miradas. Sus idas y venidas acabaron acercándole a una ventana. Contempló el exterior un rato y después regresó despacio al banco. La criatura se apresuró a enroscarse de nuevo entre sus piernas.

—Muy pronto recibiréis noticias. Hasta entonces, no debéis tomar ninguna decisión —habló al fin. Tenía una voz hechicera, profunda y serena al tiempo.

Rodrigo asintió vigorosamente y buscó con la mirada a su secretario.

—¡Noticias, recibiremos noticias! ¡Ya lo habéis oído, Afonso!

No había ardido media candela cuando un criado entró en la cámara.

—Ilustrísima...

Torció el gesto.

—¿Qué sucede? ¿No ves que estoy ocupado?

—Disculpad, ilustrísima, pero ha llegado un correo real.

Todas las miradas se volvieron hacia el vidente, que contemplaba ensimismado el fuego. Rodrigo pensó, admirado, que se hallaba ya muy lejos, en la tierra de los profetas.

Por un momento temió que la misiva real fuera una reprimenda por el percance de la novia raptada, pero enseguida se dio cuenta de que aquello había tenido lugar tan solo dos semanas atrás y respiró aliviado. El rey no podía estar al tanto. Todavía no.

El contenido era muy diferente del imaginado. Don Enrique IV tenía otras preocupaciones en mente. Aprestaba sus tropas para una nueva campaña contra Granada y le rogaba que se presentase el veinticinco de ese mes en Écija, con todas las gentes de armas que pudiera reunir, para incorporarse al real ejército.

En otras circunstancias, Rodrigo habría mostrado su contrariedad. Era el cuarto año, en otros tantos de reinado, que el rey le reclamaba para luchar contra el moro. Tres campañas iban, a cuál más inútil y costosa, ya que solían limitarse a unas cuantas talas, a la quema de sembrados y a la toma de alguna que otra pequeña villa.

Lo curioso era que el mismo monarca que se empecinaba verano tras verano en exhibir su ardor guerrero mostraba gran afición por las costumbres de la morería. Gustaba de vestir y sentarse a la usanza árabe y se rodeaba de sabios, astrólogos y poetas de aquella raza, a los que tenía por los más reputados de su tiempo. Hasta su guardia personal estaba compuesta por moros. No era de extrañar que sus campañas terminaran en treguas amistosas y banquetes en los que se agasajaba a los emisarios de Granada, que no tenían que esforzarse demasiado para alcanzar la paz con promesas de pagos que nunca llegaban. Campaña tras campaña, los nobles castellanos veían frustradas sus ansias de botín, por lo que mascullaban para sí y torcían el gesto cada vez con mayor descaro.

Cuatro años atrás don Enrique había sido coronado con gran alborozo popular; las gentes estaban hastiadas del funesto gobierno de su padre, que más gustaba de poetas y soñadores que de preocuparse por los muchos males del reino. Cuatro años habían bastado para dilapidar su buen nombre. Rodrigo sabía que el pueblo hablaba ya sin recato de la necesidad del rey.

No obstante, en esta ocasión la misiva elevó su ánimo. Contempló con veneración a maese Mingos, que tan oportunamente había predicho la llegada de las nuevas.

—¿Qué día es hoy? —preguntó al aire.

Cuando le informaron de que era el día de san Eulogio de Córdoba, once de marzo, se llevó la mano a la boca.

—¡Solo quedan dos semanas!

El plazo era imposible de atender, pero la demanda real no admitía demoras. Ni él estaba dispuesto a consentirlas, pues aquella campaña ponía en sus manos la excusa

perfecta para abandonar Santiago de Compostela por una temporada. Marcharía con el rey y dejaría atrás a aquellos nobles levantiscos; así tendrían tiempo para enfriar sus ánimos. Y si se esforzaba en la misión, el favor real le convertiría en un enemigo difícil de enfrentar.

—Leed, Afonso, leed.

Entregó la carta a su secretario. Satisfecho, se recostó en el sillón y acarició distraído la cabezota del mastín que dormitaba a su lado.

Sí, aquella campaña contra el moro era muy oportuna...

Afonso leyó con atención el mensaje del rey y también él comprendió que aquello era un regalo divino.

—Ilustrísima, el rey os pone en las manos la mejor de las oportunidades.

—¡Por supuesto, por supuesto! —asintió con displicencia el arzobispo—. Esto servirá para calmar las aguas agitadas.

—Quizá sirva para mucho más, ilustrísima.

—No os sigo.

Afonso dio unos cortos pasos en silencio y solo cuando estuvo junto a la ventana se volvió.

—Si abandonáis la ciudad en estos instantes de agitación, es muy posible que no podáis volver a entrar en ella. —Un destello de alarma en las pupilas de don Rodrigo le confirmó que había captado su atención—. Trastámara y Moscoso aprovecharán vuestra marcha para presentarla como huida y con el apoyo de los villanos no les costará hacerse fuertes tras las murallas. En cuanto se apoderen de la plaza, otros muchos nobles se les unirán.

El arzobispo soltó un bufido indignado.

—¡Y vos queríais que perdonase al Moscoso! ¡Esa... esa rata, esa sanguijuela!

Afonso no le respondió de inmediato. Miraba el hermoso corcel con gualdrapa real atado a una argolla del patio. El caballo del mensajero. «Vaya, maese Mingos —meditó con melancólica desgana—. Parece que vuestras dotes adivinatorias tienen mucho que ver con vuestra habilidad para la observación». Indudablemente, el farsante había visto llegar al mensajero y echado los dados.

—Sin embargo —dijo sin darse la vuelta—, si convocarais a vuestros vasallos a la campaña, estos no tendrían más remedio que acompañaros.

Un revuelo de susurros siguió a sus palabras. La propuesta no era frecuente, pero tampoco impropia.

—¿Con... convocarlos? ¿Llevarlos conmigo a Granada?

Afonso se volvió.

—De ese modo libraréis a la ciudad de agitadores. Los burgueses, sin los perros que les azuzan, retornarán a la calma. Y vos no solo impondréis de forma inequívoca vuestra condición de señor natural, sino que podréis vigilar a los halcones de cerca.

El camino a Granada es muy largo. Tiempo tendréis de sobra para ganaros confianzas y lealtades.

Don Rodrigo de Luna le escuchaba con atención. Afonso casi podía ver cómo la idea iba penetrando en su mollera. Sabía lo que estaba pensando: si se presentaba ante el rey con los nobles y sus mesnadas, don Enrique le estaría muy agradecido... lo que serviría para acallar las lenguas que a aquellas horas debían de estar vertiendo veneno en sus oídos por el asunto del *ius primae noctis*.

—Sois astuto, Afonso, sois muy astuto.

—Solo pretendo servirlos, ilustrísima. —Comprendió que había ganado la partida. Cuando Santiago se hubiera librado del prelado y de los señores, tiempo tendría él para ganarse las voluntades de los gremios. La ciudad recuperaría la paz.

—Pero la campaña será muy gravosa —reflexionó el arzobispo con voz frustrada—. Si convoco a mis vasallos deberé pagarles, y ya conocéis el estado de nuestras arcas.

«Arcas que vos os habéis encargado de vaciar», pensó el primer secretario, pero lo que dijo fue:

—Deberéis imponer nuevas gabelas, pero esta vez los señores que soliviantaron a las masas contra los tributos anteriores cerrarán la boca, pues sabrán que irán a parar a sus bolsillos. Además, solo será un adelanto: el rey correrá con los gastos y vos podréis resarcir al pueblo con reducciones futuras.

El arzobispo se acercó a él.

—¡Pardiez, Afonso! ¿Qué haría sin vos? —exclamó, sujetándolo por los hombros.

Molesto por la confianza, respondió:

—El tiempo dado es demasiado breve, no habrá oportunidad para convocar uno por uno a vuestros vasallos. Deberéis hacer un llamamiento general en la basílica.

—Tenéis razón.

Una vez tomada la decisión, estaba claro que don Rodrigo sentía el mordisco de la urgencia y se dejaba guiar. Ordenó a uno de sus secretarios que se sentara.

—Esta convocatoria será leída mañana en la Iglesia. Escribid, escribid...

Y comenzó a dictar entre órdenes y contraórdenes de preparativos, espoleado por la satisfacción de ponerse en movimiento. Decretó que al día siguiente, domingo, fuera leído públicamente el requerimiento de auxilio y que se fijara una copia en la reja que cerraba el coro de la catedral para que quien quisiera pudiera leerla y nadie pudiera alegar desconocimiento.

—No es que recele de que los nobles hagan tal cosa, no, eso sería impensable, pero mejor no dejar resquicios para la insidia, ¿no os parece, Afonso? —Sonrió, muy satisfecho de sí mismo, y siguió dictando—:... a vos, Roi de Moscoso, pertiguero mayor de nuestra tierra de Santiago, y a vos Álvaro de Soutomaior, hijo de Fernán Eáns de Soutomaior, y a vos Sueiro Gómez, hijo de Paio Gómez de Soutomaior... —desgranó la retahíla de vasallos—, estáis obligados a servirnos con vuestras personas

y gentes, especialmente cuando tenemos que ir en servicio del rey nuestro señor a la guerra de los moros infieles, enemigos de nuestra fe, según el derecho y la costumbre antigua de esta dicha nuestra Iglesia...

Comenzaba a declinar la luz del día. Los criados prendieron las gruesas velas de los candelabros. Poco a poco se iba perfilando el plan. Aunque el rey lo ordenara, no sería posible hallarse en Écija el día veinticinco fijado, pues antes había que recaudar los nuevos tributos y dar tiempo a los señores para que reunieran y pertrecharan sus mesnadas, amén de que el viaje llevaría sus muchas jornadas. Por otra parte, la Semana Santa estaba a punto de empezar y resultaba impensable que el arzobispo se ausentara antes de que concluyera.

—No podréis partir antes de tres semanas, ilustrísima —calculó Afonso—, el domingo de Resurrección.

—Al amanecer de ese día, todos los señores y sus ejércitos deberán hallarse extramuros de la ciudad, en la ermita de Santa Susana, para partir juntos hacia Granada. Así aprenderán de una vez por todas quién es su señor —terminó el arzobispo con un brillo triunfal en sus ojos saltones.

Afonso Sánchez de Ávila suspiró. Pues el día había comenzado de forma desastrosa, pero el buen Dios había puesto en sus manos, por mediación del rey, las herramientas para enderezarlo.

La posada del León Real

—SE va a poner bien.

Mencía observaba al herido con expresión esperanzada. Las fiebres comenzaban a remitir y la puñalada del costado parecía mejorar.

—Ay, hijita, eso está en manos del Señor... —El ama Einés aguardaba de pie a un lado, algo retirada y claramente incómoda por la situación.

—Se pondrá bien, lo sé —insistió, convencida, la muchacha. Había hecho ir a una curandera para que le cosiera las heridas y le diera corteza de sauce y tintura de árnica para calmar los espasmos y las calenturas. Todos los días rezaba a la Santiña para que se curase. Cada vez que podía escaparse de la mirada de su padre corría al cobertizo del patio trasero de la posada para humedecerle la frente y confortarle. No sabía si él se percataba de su presencia, pero le daba igual. A ella no le gustaría despertarse de pronto y encontrarse sola en un lugar desconocido.

Habían instalado un viejo camastro de paja en un rincón del cobertizo en el que solían guardar trastos, arcones con ropas viejas, aperos y muebles rotos; allí al menos estaba a salvo de ojos indiscretos.

—Si tu señor padre se entera...

—Le diré que hice lo que tiene que hacer una buena cristiana —cortó Mencía, resuelta—. ¿Querías que lo dejara allí tirado? Él lo entenderá, ya verás. —No es que confiara demasiado en ello, pero ya se las arreglaría para persuadirlo.

Cada vez que pensaba en los sucesos de aquel día se estremecía. Le costaba dormir por las noches, acosada por las imágenes de violencia que había presenciado en la praza do Paraíso. Le atormentaba el hecho de haberse quedado paralizada, incapaz de auxiliar a los desdichados que yacían heridos. Quizá por ello, pensó, y no por primera vez, había reaccionado de forma tan decidida cuando se toparon con el asalto.

—Eres más buena que la Santiña... —se enterneció la dueña—. No sé por qué me extraña, si ya de niña metías en la casa cuanto animal herido encontrabas, que mismamente parecía esto un hospital de bichos...

—No es lo mismo —replicó Mencía, ofendida. ¿Cómo iba a ser lo mismo cuidar a un animalito que preocuparse por un muchacho herido?—. Lo que me da rabia es que pasen estas cosas. ¡Asaltar a alguien a dos pasos de la catedral!

A veces pensaba que Einés solo veía lo que quería. En eso era como Martiño, que torcía el gesto asqueado cuando se le acercaba un pordiosero, como si temiera que le contagiara la pobreza. No entendía que no sintieran lástima.

Lo que más furiosa le ponía era que el mismísimo arzobispo se comportara como un bandido. ¿Cómo podía predicar el amor y la caridad de Cristo mientras ordenaba a sus hombres que mataran a los villanos?

Aquel pensamiento le llevó a otro. Observó a Einés con semblante calculador.

—Amita...

Vio que la vieja dueña le echaba una mirada recelosa y acto seguido dejaba escapar un gemido de aprensión.

—Ay, niña...

—¿Qué va a pasar con las familias de los muertos?

—Señor, Señor, esa *cabeciña* tuya me va a volver loca.

No hizo caso.

—¿De qué van a vivir?

El ama meneó la cabeza y trató de parecer firme.

—Una doncella como tú no tiene que preocuparse por esas cosas. Tú lo que tienes que hacer es comportarte como la dama que eres. Y pensar qué le vas a decir a tu señor padre cuando descubra lo que has hecho. Porque lo averiguará tarde o temprano, puedes estar segura.

Con un suspiro de frustración, Mencía se volvió hacia el herido. Se recuperaría. Lo que la inquietaba eran sus pesadillas. Se revolvía agitado, gimoteaba y hablaba en sueños, aunque era imposible entenderle.

Pobrecito. Acompañarlo mientras yacía inconsciente había hecho que se familiarizase con él. Ya llevaba tres días en ese estado.

Se preguntaba cuál sería su historia. No parecía un mendigo, no como los que abundaban en la ciudad, llagados y deformes. ¿De dónde vendría? Suponía que sería un siervo huido, a juzgar por la tela basta de la camisa y sus calzas de campesino. Había muchos que corrían a refugiarse en Santiago. ¡Pensar que se habría visto forzado a separarse de los suyos! Al verlo con la cara limpia se había dado cuenta de que era un muchacho muy atractivo. O lo sería si no estuviera tan consumido. Seguro que en su aldea había dejado a una moza suspirando por él.

El pensamiento hizo que se le viniera a la cabeza Arnao Calteno y un delicioso estremecimiento la recorrió.

—Ama...

—¿Sí, niña?

No dejaba de pensar en Arnao. Cuando menos se lo esperaba le asaltaba el recuerdo de la presión de sus brazos contra sus pechos al rescatarla entre el gentío. Había sido un movimiento provocado por la precipitación del momento, pero su simple evocación bastaba para que le subieran los colores a la cara.

¡Era tan distinto de su hermano! Le costaba entender por qué se habían hecho amigos. Martiño, de carácter apocado y taciturno, como si tuviera miedo del mundo, y Arnao, en cambio, tan seguro de sí mismo... Y siempre estaba de buen humor. Tenía una sonrisa pícaro muy atractiva.

—¿Crees...? —Se detuvo, insegura. Le daba vergüenza hablar de ello—. ¿Crees que soy bonita?

La dueña le dirigió una mirada suspicaz.

—¿A qué viene eso? —Frunció el ceño—. ¡Ay, señor, ese *langrán* te ha sorbido el seso!

Sentada en un lateral del jergón, Mencía suspiró. A veces creía que el ama le leía el pensamiento.

Era una tonta. Un joven como Arnao nunca se fijaría en ella, seguro que tenía un montón de muchachas suspirando por él. No solo era guapo, también era hijo de Airas Calteno, el cambista más rico de Santiago, regidor del concejo y mayordomo de la cofradía de los cambiadores, la más poderosa de cuantas había en Compostela. Cierto que ella era hija de Xan Cabreiro, el mayor posadero del burgo, pero el gremio de los posaderos no era uno de los más prestigiosos precisamente, y su padre, en cierta forma, era un recién llegado. La posición social de Arnao era muy superior a la suya. Su familia llevaba generaciones instalada en la ciudad.

—¡Es tan apuesto! —prorrumpió, incapaz de contenerse.

—¡Déjate de tonterías! —replicó Einés con su vehemencia habitual—. Ya te digo yo lo que es ese listo: un caradura, eso es lo que es, un engreído que va por ahí seduciendo a las doncellas decentes. ¡Claro que eres bonita, *tontiña*! La criatura más bonita y buena que conozco, y te lo digo yo que es como si te hubiera parido, por eso sé que ese Arnao no es para ti. Tú lo que necesitas es un hombre decente que te quiera, y no un sinvergüenza.

Mencía guardó silencio, algo enfurruñada. Sobre todo porque era muy posible que la dueña tuviera razón. Antes de la revuelta en la praza do Paraíso, apenas si había cruzado con Arnao un saludo en las contadas ocasiones en que había pasado a recoger a su hermano por la posada. Desde aquella mañana, en cambio, les había visitado tres veces, y en algún momento siempre había solicitado verla para preguntarle cómo se encontraba. Tanta visita e interés repentino la tenían en vilo, aunque cada vez que estaba frente a él se ponía tan nerviosa que parecía tonta. Ella no era así. Le daba rabia que no se le ocurriera qué responderle cuando le soltaba algún requiebro; seguro que también pensaba que todavía era una chiquilla. Él, tres años mayor, sabía mucho más de la vida.

Aun así, se pasaba el día esperando que apareciera y rogando por que su padre no estuviera presente. Había temido que este se enfadara, pero ocurría justo lo contrario. Como siempre, recibía a Arnao con zalemas y aspavientos, y al ver que no estaba allí de paso sino que la visita se alargaba, hasta había dejado de llamar inútil a Martiño. Así que Mencía tenía la mosca detrás de la oreja. Su padre nunca hacía nada sin intención.

Las fosas nasales de Xan Cabreiro venteaban los aires de la cocina como un lobo

que husmea a su presa.

—¡Espabila, Antonia! ¡Trae la carne y prende el fuego!

La cocina se hallaba tan ordenada y limpia como el taller de un orfebre. Pertrechado con su grueso mandil, rodeado de cuchillos, tridentes para trinchar, cazos, pucheros y marmitas perfectamente alineadas en las alacenas, e impregnado de los aromas de su bien provista despensa, de las hierbas y especias, las carnes en salazón y los embutidos, Xan Cabreiro se sentía arrebatado por una energía que le traspasaba, como esos santos extasiados por la contemplación divina que los maestros pintores reproducían en lienzos y tapices.

—¿Qué diablos te pasa, mujer? ¿Estás sorda?

Cabreiro era un portento de humanidad, una montaña de carne prieta que daba buena fe de sus habilidades: le encantaban los fogones. Para él, la cocina tenía algo de hechicería, de alquimia, que ponía a prueba sus habilidades y sus sentidos. Y se le daba bien, de eso no había duda. Su cocina siempre había atraído a nobles y burgueses, pues solo allí, en la posada del León Real, que muchos llamaban del Cabrito Real por culpa del desmañado artista que había confundido barbas y pelambreras al pintar el reclamo de la puerta, así se lo llevara el diablo al infierno, era posible sorprender al paladar y saborear los manjares más exquisitos.

—¿Qué vais a preparar, maese Xan? —le preguntó la criada mientras dejaba un buen pedazo de ternera sobre la gran mesa de madera.

Haciendo caso omiso de la pregunta, Cabreiro estudió los ingredientes dispuestos ante sí al tiempo que hacía recuento mental de lo que iba a necesitar. Allí estaban el tocino, la cecina de colas de castrón, el ajo, el pan, las berzas y las hojas frescas de nabo para el caldo que prepararía en primer lugar. Las berzas no acababan de convencerle, tenían fama de producir melancolía. Si algo no necesitaba ese día era una vianda que potenciase sus humores melancólicos. Aunque en realidad no tenía por qué preocuparse, pues tras el caldo pensaba preparar una capirotada de carnes sobre un lecho de pan y queso rallado, nuez moscada y pimienta, todo cubierto con huevos estrellados, y un timbal de aves en salsa de leche con almendras majadas, azúcar y mucha canela. La canela aceleraba la sangre y la nuez moscada templaba los nervios, con lo que contrastarían los efectos melancólicos de las berzas. Sí, podía funcionar, especialmente si concluía el yantar con una tabla de hojuelas, cerevias, prestiños con azembuzes y quizá unas tortas reales. No sería una comida abundante, pero tampoco esperaba demasiados comensales.

Ese pensamiento le desasosegó. Machacó los ajos para adobar la carne invadido por el desaliento. Sus negocios se resentían. El León Real se abría en la rúa do Preguntoiro, una de las principales de la ciudad, en la que se levantaban también las viviendas de los burgueses más ricos y de algunos nobles. Era la posada más lujosa de Santiago de Compostela. Y enteramente suya, rediós. Levantada piedra a piedra con el sudor de su frente.

Por fuera parecían tres edificios diferentes, las habituales casas de dos plantas y

buhardilla que se veían por doquier. Por dentro estaban unidos, de modo que disponía de un buen número de habitaciones y cámaras lujosamente decoradas. Se sentía orgulloso. Le había costado media vida construirla y otra media convertirla en lo que era. Allí paraban los principales mercaderes, nobles y prelados cuando visitaban la ciudad, atraídos por la comodidad de los aposentos y la fama de su cocina.

O eso habían hecho hasta hacía bien poco. En los últimos tiempos muchas estancias permanecían desalentadoramente vacías. Apenas conseguía atraer a algún que otro comerciante despistado, algún que otro hidalgo de poca monta. ¡Y pensar que antes no había día en que no alojara a diez nobles con sus séquitos y sus criados! Cada vez llegaban menos peregrinos. Al menos de cierta posición, que eran los que le interesaban. De los otros, de los zarrapastrosos, seguían llegando a carretadas, acuciados por el hambre y la inseguridad. Pero esos eran como naranjas secas: por mucho que se les exprimiera, apenas se les sacaba jugo. Se alojaban con los albergueros del cabildo o en los tugurios de la rúa do Camiño, de mucha menor calidad... y más baratos, mal rayo los partiera.

En otro tiempo, sus ganchos en el camino francés lograban echar el guante a señores de cuna y a mercaderes distinguidos, todos con la bolsa bien llena. Destacados en lugares alejados, como Arzúa o Melide, sus hombres fingían ser peregrinos que regresaban de la ciudad del apóstol. Entablaban amistad con los romeros o sus criados y les hablaban maravillas del León Real, donde aseguraban haberse alojado ellos mismos, e insistían en que dieran sus nombres para que los recibieran mejor. Otras veces simulaban vivir en la localidad en la que se encontraran y tener un familiar en Santiago que trabajaba en la posada. Les rogaban que le llevaran un mensaje de su parte, con la promesa de que el supuesto familiar les devolvería el favor tratándolos con gran miramiento si decidían hospedarse allí. La mayoría, hartos de posaderos timadores, veían el cielo abierto y, ¡ah, qué tiempos!, se apresuraban a refugiarse en sus brazos.

Dejó a un lado el mortero con los ajos machacados y cogió un cuchillo de tamaño mediano. Con movimientos precisos, cortó en picadillo un manojo de perejil. Después lo echó en el mortero y siguió majando la mezcla.

Tanto gancho no valía de nada si no había peregrinos a los que embaucar. Y eso no era lo peor. En los últimos tiempos, preocupado por la escasez de buenos huéspedes, había intentado diversificar sus ingresos invirtiendo en mercancías. ¡En mala hora! Con la plaga de bandoleros que infestaban el reino y que se refugiaban en las mismísimas torres de los señores que debían perseguirlos, suerte tenía si llegaba a Santiago uno de cada tres cargamentos. La idea de que algún maldito noble estuviera dándose un banquete con sus barricas de vinos del Ribeiro y sus sardinas de Pontevedra le revolvía las entrañas.

Tenía que hacer algo. Pronto. La ciudad era una marmita al fuego. Desde la algarada contra el arzobispo, las calles parecían cementerios abandonados. La gente tenía miedo. Los obradores de los artesanos permanecían cerrados a cal y canto, los

mercados vacíos, las iglesias atestadas de fieles. Por las noches había baile de felones, escaramuzas entre partidarios de una y otra facción que rompían el silencio con escandaleras.

Seleccionó uno de los cuchillos, lo desenvainó y comenzó a cortar en pequeños trozos la carne de ternera para la dobladura. Trabajaba mecánicamente, con golpes secos y precisos, mientras analizaba la situación. No pensaba quedarse de brazos cruzados viendo cómo se venía abajo el esfuerzo de toda su vida. Él no era de los que se quedaban sentados si le arrebataban la hacienda.

La convocatoria de cruzada del arzobispo había sorprendido a propios y extraños. Había que reconocer que era una jugada muy hábil. Con un solo golpe, desbarataba las intrigas de los nobles y recuperaba el control de la ciudad.

Pero aquello no convenía a sus propios planes. Todos sabían que él era hombre de Moscoso y la sublevación le dejaba en una posición incómoda. Claro que siempre había opciones, y una de ellas se la había brindado en bandeja el botarate de su hijo. ¡Por el más negro de los infiernos, pensar que pretendía hacer los votos! Cada vez que se le venía a las mientes semejante majadería se le inflamaban las venas del cuello y le hervía la sangre.

Descargó un violento tajo sobre la tabla. Pero ¿qué se pensaba el muy memo? ¿Creía que él se había pasado la vida bregando como un mulo de carga para que todo fuera a parar a manos de la Iglesia?

Se obligó a tranquilizarse. No tenía sentido calentarse con aquello, tiempo habría para sacarle tanta idiotez de la cabeza, así fuera a base de golpes. Lo que no podía entender era de dónde le había salido un hijo como aquel, tan melindroso como una doncella. ¡Por Cristo, si Mencía tenía más arrojo que él!

Meneó la cabeza y por centésima vez pensó que algún espíritu burlón le había estafado intercambiando el carácter de sus hijos. La cría poseía la determinación y el empuje de un muchacho... y Martiño el apocamiento de una mocita.

Por fortuna, su hijo hacía buenas migas nada menos que con Arnao Calteno, el hijo del principal cambiador de la ciudad... y uno de los partidarios del arzobispo. ¡En buena hora! ¿Cuánto tiempo llevaba él queriendo acercarse a un personaje con su influencia? Por una vez, el chorlito de Martiño había dado en el clavo. Aunque lo hubiera hecho sin intención, le había dado una oportunidad de salir bien librado de todo aquello.

Y no pensaba dejarla escapar.

En ese momento descubrió que le faltaba nuez moscada. Maldita fuera, tendría que enviar a alguien a comprarla. Alzó los ojos. No había nadie en la cocina aparte de él. ¿Para qué tantos criados si nunca estaban cerca cuando los necesitabas?

—¡Antón! —vociferó—. ¡Antón!

Esperó un buen rato.

—Pero ¿dónde estará ese jamelgo moro? —masculló para sí, molesto por la ausencia de respuesta. Dejó el cuchillo y fue a buscarlo. Cuando lo pillase...

Nada más pisar la huerta se topó de bruces con Mencía y la dueña Einés, que salían del cobertizo de los trastos.

—¿Habéis visto al cabeza hueca de Antón?

La niña negó con la cabeza. Cabreiro bufó.

—¡Maldito tarugo! ¿Dónde diablos...? —De pronto reparó en el nerviosismo de su hija, que se retorció las manos y le huía la mirada. Una sombra de recelo le atravesó el rostro—. ¿Qué hacíais ahí dentro?

—Oh, nada, padre. Buscábamos una jofaina, pero no la hemos encontrado...

—¿Y no puedes decirle a alguno de los criados que te la lleve? ¡Por Dios, chiquilla, a ver si aprendes a comportarte como la dama que quiero que seas! — Lanzó una mirada de reconvención a la dueña—. Y vos, ama, ¿en qué estáis pensando? Es vuestra tarea mostrarle cómo se ha de comportar una doncella de su posi...

La dueña ya estaba disculpándose, pero Cabreiro no la atendía. Observaba a su hija. Hasta ese momento no se había percatado, pero saltaba a la vista que había cambiado. ¿Cuándo había sucedido? Ya no era una chiquilla, su niña, sino una jovencita, y muy hermosa. Tanto como su madre.

Como si le hubieran quitado una venda de los ojos, entendió tanta visita del hijo del cambiador esos últimos tres días. Había imaginado que le movía la amistad por Martiño, pero nada más lejos de la realidad. El listo había descubierto una tierna manzana y quería hincarle el diente.

Escrutó a su hija, calculador.

—Te estás convirtiendo en una muchacha muy bonita.

Mencía se ruborizó.

—No digáis esas cosas, padre.

—No creas que no me he fijado en las caritas que le pones a ese Arnao —aventuró.

—¡Yo no le pongo ninguna cara!

—No, si no me parece mal. Es comprensible que te guste, es atractivo y de buena familia.

Su hija abrió la boca y la volvió a cerrar. Guardó silencio un instante, los labios apretados en una fina línea.

—Es un poco engreído, padre.

Cabreiro frunció el ceño. Había dado por supuesto que Mencía bebería los vientos por aquel Arnao. Si se ponía caprichosa, sus planes se irían al traste. Sabía demasiado bien que tenía un carácter endiablado cuando algo la contrariaba. Tenía a quien salir.

Respiró hondo y habló con severidad:

—Algún día tendrás que formar tu propia familia, y es mi deber velar por tu futuro.

Se puso roja como una berenjena. Pero mantuvo la expresión terca.

—Algún día, padre.

—¡Te juro que no te entiendo! —Dejó escapar un bufido—. ¿Qué te pasa? ¡Acabas de cumplir trece años! ¿Quieres convertirte en una vieja solterona? —Se dio cuenta demasiado tarde de que el ama, una vieja solterona, estaba delante. Con sus ropas grises, la toca blanca y aquellas arrugas cada vez más marcadas en la frente y las comisuras de los labios, parecía una gárgola carcomida por el tiempo. «Oh, maldita sea, tampoco he dicho nada que no sea verdad».

—Catorce.

—¿Qué?

—¡Acabo de cumplir catorce!

—Pues más a mi favor. Einés, decídselo vos.

—Mencía es todavía joven para pensar en casarse, maese Xan.

—¡Por todos los demonios! ¡Tiene catorce años, ella misma acaba de decirlo! Y no he dicho que vaya a casarse hoy, lo único que digo es que tarde o temprano tendrá que formar una familia. Muchas a su edad ya han parido su primera criatura. Y seré yo quien decida cuándo y con quién ha de matrimoniar, no ella.

—¡No soy un pedazo de carne en el mercado, padre! ¿Creéis que no me doy cuenta de vuestras intenciones? ¡Puedo ser joven, pero eso no me hace tonta!

Cabreiro comprendió que no le convenía seguir por ese camino... de momento. ¿Quién entendía a las mujeres? No había criaturas más retorcidas. Recordó una ocasión, años atrás, en que se le ocurrió cocinar una paloma que Mencía había llevado herida a la posada. No le dirigió la palabra en varios días. Y eso que la dichosa paloma estaba moribunda. Suspiró.

—Está bien, no te pongas así. Yo solo quiero lo mejor para ti, lo sabes, ¿verdad? Nada haría más feliz a tu querido padre que verte contenta.

Mencía dulcificó la expresión. Lanzó una mirada de reojo a la dueña y habló con voz repentinamente melosa.

—Hay algo que tengo que deciros, padre.

—¡Ay, Señor! —gimió el ama.

—¿Os acordáis de lo que pasó el sábado en la praza do Paraíso?

—¿Qué? —exclamó Cabreiro, sin entender adónde quería ir a parar—. ¿Cómo no me voy a acordar?

Con voz apresurada, Mencía le habló de lo sucedido al volver de la catedral. El asalto, el muchacho herido.

—¿Te enfrentaste tú sola a unos rufianes? ¿Estás loca? —Aquello iba más allá de lo razonable. ¡Era una mujer, por Dios!—. ¿Cómo demonios permitisteis algo así, Einés? ¡A veces creo que tenéis menos seso que ella!

Mencía puso carita de inocente.

—No, padre. Yo solo los descubrí, pero fue Arnao el que se enfrentó a ellos. Y Martiño también. Los dos se comportaron como unos valientes.

«Así que, después de todo, no es indiferente al hijo del cambiador...», pensó Cabreiro, y atrapó al vuelo la ocasión.

—¿Ves que ese Arnao es un buen muchacho, tontita? —dijo—. ¡Todo un caballero, como los de los romances! —Aun así, observó con atención a su hija. La conocía bien y sabía que si le contaba todo aquello era porque algo pretendía.

—Puede que tengáis razón, padre.

La sonrisa llenó la boca del posadero.

—¡Claro que la tengo!

—El caso es que el mozo, al que asaltaron...

Ahí estaba. Qué diablos, había salido a él.

—¿Qué pasa con él?

Mencia habló apresuradamente.

—Lo trajimos aquí, padre. Estaba malherido, no íbamos a dejarlo abandonado para que se desangrase. Eso no sería propio de buenos cristianos, ¿verdad que no? Además, el propio Arnao se empeñó en que lo trajéramos. Es muy considerado.

Cabreiro masculló una imprecación. Su hija era una lianta. Pero le convenía tenerla contenta: todo en esta vida era cuestión de toma y daca.

—¿Dónde está ese charrán?

Mencia le cogió de la mano y lo llevó al cobertizo. El herido estaba inconsciente y respiraba de manera entrecortada.

Lo examinó con semblante severo.

—Pobrecito —murmuró Mencia, sin soltarle la mano—. Debe de estar tan asustado...

Cabreiro meneó la cabeza. De sobra comprendía adónde quería ir a parar su hija. Toda su vida había sido así, incapaz de ver sufrir y quedarse de brazos cruzados. A él no le agradaba tanta lástima, pero imaginaba que era algo que estaba en la naturaleza de las mujeres.

—¿Se recuperará?

—Mandé traer una curandera y le aplicó sus pociones. Dijo que si no se le meten malos espíritus en la sangre se pondrá bien. Pero tengo miedo de que vuelvan a atacarle...

Cabreiro alzó las manos.

—Oh, de acuerdo, niña. Que se quede. —Una boca más o menos no iba a llevarle a la ruina—. Me vendrá bien un pinche de cocina, que Antonia está cada vez más atontada.

Mencia se volvió hacia él con expresión radiante y le dio un beso en la mejilla.

—¡Sois tan bueno, padre! —Enternecido, Cabreiro rebulló sobre sus pies sin saber qué hacer. Estaba a punto de decir algo, cuando Mencia se le adelantó—. Por eso... por eso...

¿Más? ¿Todavía había más? Eso no se lo esperaba.

—¿Qué? ¡Suéltalo ya!

—Por eso me atrevo a pedir os otra cosa. Veréis, no paro de pensar en las pobres familias de los que murieron en la praza do Paraíso. ¿Qué va a ser de ellas?

Cabreiro frunció el ceño de nuevo.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo?

—Alguien debería ayudarles. Y había pensado que podríamos darles algo de comida, a nosotros nos sobra. —El posadero iba a soltar un juramento, pero su hija continuó hablando atropelladamente—: Esperad, padre, pensadlo bien. Es poca cosa para nosotros, y en cambio mucho para ellos. Y tendrá su recompensa. Los Moscoso os lo agradecerán porque os ganaréis el favor de los humildes para su causa. Todo el mundo sabe que apoyáis a don Roi de Moscoso, así que será como si ellos mismos lo hicieran. Al mismo tiempo también os ganaréis el favor del arzobispo, pues verá que os preocupáis por los más débiles y que buscáis calmar los ánimos revueltos. Y, lo más importante, os atraeréis muchos apoyos entre los humildes y entre los cofrades del gremio de posaderos, que verán que sois un hombre caritativo. Quién sabe, quizá el próximo año os propongan para un puesto en el concejo...

Cabreiro contempló a su hija con estupor. Ojalá el baldragas de su hijo le llegara a la punta de los zapatos.

No le faltaba razón. Ayudar a esos miserables no le costaría mucho y podría servirle para ganarse a la vez al Moscoso y al arzobispo. Y, de paso, si movía bien sus hilos y Arnao quedaba prendado de Mencía, podría abrirle las puertas de la más rica y prestigiosa familia de Compostela, fieles servidores de la Iglesia: los Calteno. Una familia que siempre le había tratado con arrogancia y tachado de advenedizo.

«Pronto tendrán que tragarse su desprecio», se dijo.

Con el apoyo del arzobispo y de los Calteno, tendría al alcance de la mano su más intensa ambición: convertirse en regidor del concejo.

—Está bien, hija, les ayudaremos.

Sonrió cuando Mencía dejó escapar una exclamación de gratitud y le cogió la mano para besársela. No se lo permitió y, en cambio, le acarició la mejilla. Oyó el cloqueo feliz de Einés, que siempre se emocionaba con la menor muestra de afecto, y se encaró a ella.

—Ama, encargaos de localizar a esas familias y llevadles algo de comida. —Sabía que no le agradaría la tarea; era su forma de castigarla por no controlar a la niña. Y esta también tendría que pagar un precio. Se volvió hacia ella, que le sonreía de oreja a oreja, y dijo—: A cambio me tienes que prometer que serás amable con Arnao Calteno.

—Claro, padre. Seguro que no es tan engreído como parece.

Cabreiro le devolvió la sonrisa.

—Tú sé amable con Arnao y déjame el resto a mí. Deja todo en manos de tu padre, que sabe lo que te conviene.

Regresó a la cocina tarareando para sí, olvidados por completo la nuez moscada y Antón. El futuro, súbitamente, se presentaba muy halagüeño.

Mencía era astuta. Había maniobrado con habilidad para conseguir sus objetivos, y eso le llenaba de orgullo. Todavía era demasiado inexperta para darse cuenta de que

también él la había manipulado, pero aprendería con el tiempo.
Diantres, cómo se le parecía...

Lejos de oídos indiscretos

BERNAL EÁNS de Moscoso estiró los músculos en lo alto de su montura. Se habían detenido en un altozano. Ante ellos, la campiña se abría en un paisaje de tierras alomadas, bosques y parcelas de cultivo. Aquí y allá, en las vertientes de solana, comenzaban a brotar las hojas de los árboles.

—Padre... —Volvió los ojos hacia la figura de negro que estaba a su lado, a caballo, y como siempre tuvo que hacer un esfuerzo para contener el asco que le producía su visión.

Tenía lepra. Su padre, don Roi de Moscoso, el más poderoso señor de la Tierra de Santiago, era leproso. La enfermedad le deformaba los miembros y le corrompía el cuerpo con la insidia de un enemigo implacable. Los físicos le aplicaban pócimas malolientes, atormentaban su estómago con brebajes infernales y le aseguraban que todavía viviría muchos años, pero Bernal sabía que, aunque no pasaba de cincuenta, no le quedaba mucho tiempo. Cada vez estaba más desmejorado.

—¿Hummm? —Don Roi se arrebujo en su capa.

—¿Estáis seguro de que no es una celada? No me fío de estos Osorio.

—Nunca has tenido pelos en la lengua. —Notó la desgana en su voz—. Esa es tu fuerza, pero también puede ser tu perdición.

Su padre estaba de un humor melancólico. No apartaba la vista del paisaje que tenían ante ellos, y Bernal lo estudió a su vez. Un cielo de negros nubarrones aplastaba la tierra. El viento, preñado de tormentas y sal, comenzaba a soplar del oeste al ponerse el sol. Al fondo del valle localizó la vieja casona, algo apartada de una aldea y casi completamente rodeada por el bosque. Allí era donde les habían convocado, lejos de ojos y oídos indiscretos. Un lugar perfecto para una celada.

Su padre rompió el silencio.

—Son ellos o ninguno. La casa de Trastámara es poderosa, hijo. No lo olvides.

Bernal rebulló en la silla. «Son ellos o ninguno». Eso era cierto, aunque le fastidiara reconocerlo. Una vez que habían decidido enfrentarse al traidor del arzobispo, sus aliados naturales eran aquellos Trastámara. Sin embargo, no dio su brazo a torcer.

—Eso es lo que me preocupa. Que sean lo suficientemente poderosos para robarnos lo nuestro.

Don Roi tosió y volvió a arrebujoarse en la capa para defenderse del frío viento.

—Don Pedro Álvarez Osorio es un hombre de palabra. —Se volvió hacia Bernal con el rostro oculto por la capucha que ya nunca se quitaba—. Lo necesitamos, y le

mueven las mismas razones que a nosotros para renegar del arzobispo: la venganza y la ambición. No desdeñes nunca la fuerza de ambas. Además —añadió en tono pensativo—, fue compañero de armas de mi padre, tu abuelo. Los dos se entendían bien.

Bernal dio unas palmadas distraídas en el cuello del hermoso semental que su padre le había regalado. Llevaba estampado en la gualdrapa el escudo de armas familiar, una cabeza de oso con la lengua fuera.

—No es del conde de quien no me fío, sino de su hijo Pedro —replicó—. Es taimado.

—Mejor nos iría si también lo fuéramos nosotros. ¿Qué te preocupa? Los Osorio convocaron esta reunión.

—¿Y no os extraña? ¿A cuento de qué quieren que nos veamos en un lugar tan apartado? Ellos no son vasallos del arzobispo y no han sido convocados a la cruzada. Nada les va en nuestras disputas.

No se le escapó que su padre torcía el gesto bajo el capuz, y le dolió. Don Roi siempre le repetía que su fuerza era la ambición y su debilidad la falta de sutileza.

—Don Pedro es un viejo zorro. Algo trama, seguro, pero no contra nosotros, y quiero saber de qué se trata. Desecha tus dudas, Bernal. No se revolverá contra nosotros hoy. Es un hombre de honor y ha jurado que nos recibirá como hermanos. —Una tos ahogó sus últimas palabras.

—¿Os encontráis bien, padre?

Bernal se sobresaltó al oír esa voz. Se había olvidado por completo de su hermano Alvar, que aguardaba sobre su propia montura un poco apartado, como siempre. Ahogó un suspiro. Él nunca perdía el tiempo en cortesías, en cambio Alvar siempre se mostraba deferente. Le sacaba de quicio. Era supersticioso y crédulo, pero había que reconocer que no le faltaban arrestos. Siempre estaba metiéndose en grandes cosas, aunque nunca salía de ellas. Había que sacarlo.

—Menos palabras —atajó don Roi cuando recuperó el aliento—. Nos esperan, y por Dios que ardo en deseos de saber qué demonios se trae entre manos el conde. —Se volvió hacia los hombres de armas que les acompañaban—. ¡Prended las antorchas!

Espoleó su montura. Ni siquiera se volvió para comprobar si le seguían.

Bernal lo vio alejarse. Después, clavó las espuelas.

Don Pedro Álvarez Osorio, señor de Villalobos y conde de Trastámara, recibió a sus invitados con una sonrisa de bienvenida. Tenía el porte recio pese a que había dejado ya muy atrás la plenitud de la vida, el cuerpo tallado en cien batallas, la faz sanguínea de los que apuran los placeres. Una docena de años atrás había ganado el condado por su actuación como capitán de las tropas reales comandando los destacamentos que liberaron al anterior rey, Juan II, prisionero de Juan de Navarra. El

monarca le había entregado como recompensa el condado de Trastámara: «Fágovos merced por juro de heredad para siempre jamás de las tierras de Trastámara y Traba, que son del condado de Trastámara, en el dicho reino de Galicia, por enmienda de los robos y tomas y daños que fueron fechos a vos e a vuestras villas por el rey don Juan de Navarra e por otros de su opinión e valía...».

Vestido con sedas y bordados que resaltaban su grandeza, fue saludando uno por uno a los recién llegados mientras los ayudas de cámara acudían con jofainas para que se refrescaran y jarras de vino para calmar la sed. Después los guio hasta unos sillones dispuestos en un amplio óvalo en una estancia decorada con tapices. Él se sentó en el mayor, situado en uno de los extremos, lo que le permitiría observar a sus huéspedes.

Esperó a que se acomodaran mientras los examinaba. Ninguno conocía el motivo de su convocatoria, pero todos habían acudido. Era una buena señal. Allí estaban los Moscoso y las dos ramas de los Soutomaior, con él mismo los nobles más poderosos de la Tierra de Santiago. También los Mendoza, Montaos, Mera y demás tenentes de torres y señoríos.

Los observó con fría atención. Eran señores importantes, pero ninguno podía compararsele en dignidad. Diantres, desde luego que no. El condado de Trastámara había sido el más extenso y poderoso del reino hasta que de sus posesiones se desgajó un nuevo condado, el de Lemos.

Pensar en aquel nombre y agriársele el humor fue todo uno. El conde de Lemos se llamaba también Pedro Álvarez Osorio, como él. De hecho, eran familiares, pero se tenían jurado duelo a muerte y no podían encontrarse salvo a estocadas.

Apretó los dientes. Se había propuesto reunificar el territorio del antiguo condado y reclamar el lugar que le correspondía: el primero entre los nobles del reino de Galicia. Y ante él tenía las armas que precisaba.

—Queridos primos... —les saludó como era usual entre nobles.

Esperó a que se acallara el rumor de las conversaciones. Sus hijos le flanqueaban. Luis, el más joven, canónigo en Santiago, de aire tranquilo y bonachón, era algo grueso de cuerpo y muy piadoso, pero con sangre en las venas, como bien sabía don Pedro. Y le iba a hacer buena falta, pues tenía para él grandes proyectos. Álvaro, el primogénito, era intrépido como el que más, aunque poco sutil. Pedro, el mediano, se parecía más a él. El mismo arrojo, la misma tenacidad y el mismo carácter astuto. Sonrió para sus adentros al contemplarle de reajo y darse cuenta de la atención con la que escrutaba a los recién llegados. Le serían muy necesarias la astucia, el arrojo y la tenacidad. Álvaro era el heredero, por lo que a su muerte Pedro no tendría otro beneficio que el que consiguiera por sí mismo.

No le quitaba el sueño. Si de algo estaba seguro era de que sabría labrarse un nombre.

Muchos de los presentes le observaban ya, expectantes.

—Antes de comenzar, debo pedirlos que hagáis salir a vuestros pajes y secretarios

—solicitó con voz calmada, inclinándose hacia delante—. Lo que aquí hemos de tratar es de naturaleza delicada, como bien imagináis.

Notó el desconcierto y el recelo generalizados. Hizo un gesto con la mano y sus propios sirvientes comenzaron a marcharse. Los otros señores, tras un momento de duda, siguieron su ejemplo.

Cuando en la sala solo quedaron ellos se alzó una voz:

—¿Qué diantres os proponéis, don Pedro?

El conde localizó a su interlocutor. Sueiro Gómez de Soutomaior, por supuesto. Los Soutomaior jamás se mostraban intimidados. Ellos solos se bastaban para controlar todo el sur del reino, en disputa con el obispo de Tui y con el mismísimo adelantado de Galicia, al que incluso habían asaltado en su villa de Ribadavia. Se rió quedamente al recordarlo: habían sacado de su castillo a Diego Pérez Sarmiento por las barbas y lo habían llevado a lomos de caballo a la fortaleza de Soutomaior en Toroño, donde lo encerraron en una mazmorra. ¡Y todo a plena luz del día! Los Soutomaior tenían redaños, desde luego.

—Antes de responderos, don Sueiro, debemos asegurarnos de que el Señor bendice esta reunión —contestó, mirándole a los ojos.

Al oír sus palabras, su hijo Luis se levantó. Sus vestiduras talaes aletearon con aliento de cuervos. Elevó las manos y, con expresión beatífica, ordenó:

—¡Arrodillaos, siervos de Cristo!

Uno tras otro, con mayor o menor relucencia, los señores y caballeros fueron postrándose. El canónigo alzó el grueso crucifijo de oro que colgaba de su pecho.

—*Gloria in excelsis Deo!* Oremos, hermanos, para pedir al Señor apoyo y consejo —dijo, y a continuación comenzó a soltar latinajos con voz potente y gesto tan firme que más parecía ordenar que solicitar favores. La retahíla duró largo rato. Nadie osó moverse. Al cabo, dirigiéndose a los allí reunidos añadió con voz suave—: Que la paz y el amor de Nuestro Señor Jesucristo guíen nuestros corazones en estos tiempos aciagos. Que su misericordia nos libere de este apestoso arzobispo y dirija vuestros brazos justicieros para que arrastren por el lodo su infecta humanidad. —Y con faz arrobada trazó en el aire una bendición—. El Señor está con nosotros, padre. No se separa de nuestro lado.

Don Pedro sonrió, satisfecho de contar con el auxilio divino. Tener un hijo sacerdote siempre era una ventaja.

Fijó la vista de nuevo en Sueiro de Soutomaior, que se esforzaba por acomodarse en el sillón su voluminosa mole. Había llegado la hora de la verdad.

—Me preguntabais qué pretendo, Sueiro... No se trata aquí de lo que yo pretenda, sino de lo que todos debemos hacer para recuperar nuestra dignidad.

—Hablad por vos, conde. ¡Os aseguro que nadie me ha robado la mía!

Sueiro era un gallo ya entrado en años. Tenía fama de tragaldabas, capaz de las mayores proezas a la hora de llenarse el estómago. Decían que en una ocasión había cabalgado tres días sin descanso porque le hablaron de un mesonero en las tierras de

los Ancares que preparaba un jabalí con salsa de niscalos.

Don Pedro nunca le había preguntado si el esfuerzo había merecido la pena.

—No soy yo el que soporta la ignominia de un arzobispo violentador de doncellas, Sueiro —respondió con tono medido—. La afrenta fue dirigida a don Roi de Moscoso, pues el desposado era su vasallo. Pero el deshonor nos alcanza a todos si nos quedamos de brazos cruzados. Decidme, ¿hay alguno entre vosotros que defienda a este prelado?

Como esperaba, estalló una batahola de improperios y maldiciones.

El conde dejó que despotricaran del arzobispo. Se fijó en que el señor de Moscoso, cubierto por aquella sombría capucha negra y algo alejado de los demás a causa de su enfermedad, intercambiaba unas palabras con su hijo Bernal. El joven gesticulaba acalorado, pero el padre le contenía. No le costó interpretar la escena: Roi iba dispuesto a escuchar.

Eso estaba bien. Si se lo ganaba a él, el resto caerían en el cesto. Claro que también era su principal antagonista, pues ambas casas competían por el mismo espacio y los mismos vasallos. Los Trastámara habían sido pertigueros mayores antes de que los Moscoso se hicieran con el cargo. Por entonces, los Moscoso eran simples vasallos de los Trastámara. Luego habían medrado.

Lo saludó con una inclinación de cabeza y don Roi le devolvió el saludo. A su lado, su hijo Bernal mantenía el gesto hosco.

Alzó las manos para calmar los ánimos.

—Creo que estamos de acuerdo en que los desafueros del arzobispo Luna escapan a toda medida. Ahora lo que tenemos que acordar es nuestra respuesta común.

—¿Y qué podemos hacer? —intervino Pero Bermúdez de Montaos, uno de los señores menores de la casa Moscoso—. ¡Con la convocatoria de esa oportuna cruzada, el muy ladino nos ata de pies y manos! ¿O es que soy el único consciente de que en breve nos veremos obligados a abandonar nuestras tierras?

—No todos. Los Trastámara no somos sus vasallos y no hemos sido llamados. En cualquier caso, no soy yo el que debe decidir qué hacer. Esa tarea corresponde a don Roi, puesto que él es el principal agraviado.

Todos se volvieron hacia el encapuchado. Este tosió.

—Dejaos de monsergas, conde —declaró con voz cascada—. Los míos ya han hecho lo que debían, pero el Luna se ha cagado en los villanos. ¿O es que no os habéis enterado de lo que pasó en la praza do Paraíso? Si nos habéis llamado es que algo tenéis que decir. Soltadlo de una vez.

Don Pedro asintió, como si las palabras de Moscoso fueran completamente razonables, aunque tuvo que hacer un esfuerzo para tragarse la ira.

—Dentro de poco os veréis en la necesidad de abandonar vuestras tierras para ir a esa absurda guerra contra los moros. Algo que estaría bien si no fuera porque todos sabéis lo que sucederá cuando lleguéis a Granada. El rey contemporizará y todos regresaréis más pobres de lo que partisteis. Y eso no es lo peor. Lo peor es lo que

sucedirá aquí mientras estéis fuera.

—Los hombres de Luna ocuparán nuestras torres.

—Se harán con los señoríos.

—¡Maldito perro!

Pedro Álvarez Osorio asintió. Todo iba según lo planeado.

—Pero hay una alternativa.

Poco a poco, el runrún se acalló.

—Que no acudáis al llamado de cruzada.

Pedro Osorio, hijo segundón del conde de Trastámara, no perdía ripio. Se mantenía un tanto distante mientras analizaba cuanto sucedía en la sala con la avidez de un halcón que avizora su próxima presa.

Era arrojado como el que más. Se sabía mejor preparado que su hermano para ejercer la jefatura de la casa, pero él se tenía por un hombre de honor: era fiel a la familia. Así que tenía que buscarse la fortuna por otro lado.

Las gentes solían decir a sus espaldas que de pequeño le había mordido el Can do Urco, el perro del diablo, y que desde entonces no conocía la piedad. Aunque simulaba no enterarse de los comentarios, en el fondo le agradaba aquella leyenda. Sabía que la suerte de un hombre de armas se forja en la batalla.

Por eso le interesaba sobremanera cuanto sucedía en la sala. Al principio había discutido el plan de su padre porque confiaba en que la marcha del prelado y los señores les dejarían las manos libres para convertirse en los amos del reino, pues ¿quién podría plantarles cara entre los que quedasen? Pero su padre le había convencido de lo arriesgado de su apuesta. «Solos no podremos controlar todas las torres —argumentó—. Y, caso de hacerlo, no podremos defenderlas».

Aquello le había convencido. Su padre decía que esa era una de sus principales virtudes, no se cegaba como tantos caballeros incapaces de ver un palmo más allá de sus propias narices. Sí, necesitaban tener de su parte a los vasallos del arzobispo. Necesitaban aliados. Si conseguían convencer a los demás señores de que secundaran sus planes, habría enfrentamientos en la propia Tierra de Santiago.

Y una revuelta siempre era ocasión propicia para medrar. El objetivo del conde era convertir en arzobispo a su hijo Luis. Él juraría vasallaje a su hermano y conseguiría su propio feudo. Por eso estudiaba con atención los semblantes de los presentes y espiaba sus reacciones. Se jugaba su futuro.

—¡Eso sería traición! —La voz potente de Bernal acalló la bulla que se había armado tras la propuesta del conde—. ¿Pretendéis que el rey nos despoje de nuestros señoríos, Trastámara? Mal que nos pese, todos somos feudatarios de Luna. Si no acudimos a su llamado, hecho en nombre de don Enrique, ya podemos darnos por reos.

Pedro observó al heredero de los Moscoso con recelo. No le gustaba, nunca le

había gustado. Don Roi era un hombre juicioso, pero Bernal era uno de esos valentones a los que se les iba la razón en desatinos.

—Nunca antes habéis acudido a la cruzada —oyó responder a su padre.

—¡Nunca antes nos convocó el arzobispo! —alegó Bernal.

—Y si ahora lo hace, es porque teme que os quedéis atrás.

El señor de Moscoso permanecía callado tras su negro capuz, ajeno a las protestas de su hijo. Pedro imaginó que vacilaba y supo que había que presionarlo a él y no enzarzarse con Bernal.

—Vos seréis el más perjudicado, don Roi —tentó el conde, como si le hubiera leído el pensamiento.

Pero Bernal se apresuró a intervenir de nuevo, adoptando un aire de pretendida astucia.

—Hay otros métodos.

Un silencio espeso se hizo en la sala, roto solo por el crepitar de los leños en el hogar.

—¿A qué os referís? —inquirió el conde.

—El camino a Granada es muy largo y las condiciones del viaje, duras. ¿Quién está a salvo de un agua en mal estado o una carne infecta?

Aquello no era nada nuevo: los venenos corrían por el reino sin recato. Sin embargo, lo que Bernal proponía era matar a un arzobispo. El representante de Dios en la tierra. Se fijó en que más de uno se marcaba la cruz sobre el pecho. Aun así, podía leer la duda en los semblantes de muchos. Su padre tenía que cortar de raíz aquel intento antes de que la idea calara. Decidió echarle una mano.

—¿Veneno, Bernal? —Resopló con altivez—. ¿Es que no tenéis redaños para defender lo que os pertenece con la fuerza de vuestro brazo que necesitáis recurrir a armas de mujer?

El insulto levantó un vocerío. El rostro de Bernal Eáns de Moscoso se contrajo en un espasmo de ira.

—¿Osáis llamarme cobarde? —Se puso en pie y desenvainó su espada, que refulgió a la luz de las antorchas—. ¡Por mis muertos que pagaréis vuestra ofensa!

Pedro se guardó la sonrisa para sí. «Tan predecible como el oso de su escudo. Ponedle un panal de miel y correrá hacia él aunque esté lleno de abejas», se dijo.

—Dejad a vuestros muertos en paz, Bernal, no sea que terminen avergonzándose.

—¡Válate el diablo, cabrón! —barbotó el Moscoso, fuera de sí—. ¡Desenvainad si sois hombre!

«Qué fácil es», pensó Pedro con una mueca de desprecio.

—No acabo de entenderos, Bernal —dijo con voz calma, casi reflexiva, sin moverse del asiento—. Ilustradme, ¿sois hombre o mujer? Quizá ambas cosas según la ocasión lo requiera, pues un momento ha sugeríais venenos y ahora sacáis la espada como si en ella guardarais todo vuestro entendimiento.

—¡Basta! —Don Roi de Moscoso se puso en pie. Pese al desgaste de los años y la

enfermedad, era alto y de digna apostura. La sala guardó silencio—. Quieto, Bernal —ordenó. Su hijo se contuvo al oírlo, pero no envainó. «También los perros se contienen cuando sus amos tiran de la traílla», pensó Pedro. Moscoso se volvió hacia el conde de Trastámara—. El ultraje requiere una disculpa.

Don Pedro Álvarez Osorio le mantuvo la mirada. Pedro sabía lo que estaba pensando: aquellos Moscosos acrecidos habían sido en tiempos sus vasallos. Su padre no era hombre dado a ofrecer disculpas como hostias consagradas. Pero se jugaba demasiado. Los necesitaba.

—Tenéis razón, don Roi —dijo al fin el conde, arrancándose las palabras de la boca—. Sois mis huéspedes y os hemos faltado al honor. Os ruego que perdonéis la ofensa.

Roi de Moscoso, complacido, inclinó ligeramente la cabeza.

—No, padre —intervino Bernal con los ojos inyectados en sangre—. Es Pedro Osorio quien me ha agraviado.

Todos se volvieron hacia él. Notó el latido de sus sienes. «Con qué gusto te acallaría...», pensó. Pero su padre tenía razón. Los necesitaban. Y a fin de cuentas ya había logrado su objetivo.

Se irguió lentamente y amagó una reverencia.

—Aceptad mis disculpas, Bernal. No pretendía insultaros. —«Me limitaba a mostrar lo obvio».

La reacción del Bernal victorioso casi le hizo reír. Parecía un pavo real. «No te preocupes, baladrón. Terminarás encontrándome. Y no te va a gustar».

—Guardad el acero, Bernal —cortó el conde—. Tenemos mucho que acordar.

La discusión continuó por cauces más serenos. Una vez puestas las cartas sobre la mesa, solo quedaba convencerlos. Don Pedro Álvarez Osorio expuso su plan. Si el prelado partía para la guerra con sus mesnadas, la ciudad y las torres de la Tierra de Santiago quedarían a merced de los señores. Cuando el de Luna regresara se encontraría con un señorío cerrado a cal y canto para los suyos.

—¿Y el rey? —preguntó Alvar Paes de Soutomaior, cabeza de los Soutomaior de Toroño.

—Don Enrique nunca se ha caracterizado por actuar con precipitación.

—No podrá dejar de hacerlo en este caso —terció Sueiro—. Si desobedecemos al arzobispo, se verá obligado a intervenir para evitar que cunda el ejemplo.

El conde de Trastámara sonrió ladinamente. Se llamaban señores, pero poseían el seso de una cabra ciega. Menos mal que allí estaba él.

—El rey tiene oídos dispuestos a escuchar. Las nuevas de los abusos de Luna ya le habrán llegado. Yo mismo le he enviado una relación detallada de sus desmanes, incluido el incidente del *ius primae noctis*.

—No creo que con eso baste...

—Supongo que no. Pero si os presentáis como agraviados, víctimas del arzobispo, no tendrá más remedio que pensárselo. ¡Por las llagas de Cristo, todos conocemos a Luna y sabemos lo poco que le importa esta tierra! Aun así, reconozco que tenéis razón, no será suficiente. Por eso os propongo que lleguemos a acuerdos con los concejos de la Tierra de Santiago para ganarnos su apoyo.

Sus palabras provocaron la sorpresa que aguardaba. La sola idea de negociar con villanos se les antojaba una violación del orden natural de las cosas.

—¿Os habéis vuelto loco, don Pedro?

Su hijo Luis, que había permanecido plácidamente abstraído sin abrir la boca, eligió ese instante para intervenir.

—¡Es el deseo del Señor! ¿Pues no debemos velar, como señores que somos, por los más desfavorecidos, aquellos que confían en la fuerza de nuestros brazos para que les defendamos de los abusos de esa rata hedionda del arzobispo? ¡Luna es un engendro diabólico y nuestro sagrado deber es aniquilarlo!

Siguió un silencio desconcertado. Don Pedro miró a su hijo con orgullo apenas disimulado y aprovechó el momento.

—Si nos atraemos a los concejos, dominaremos la Tierra de Santiago. Y el apoyo de los burgueses dará más fuerza a nuestras reclamaciones ante el rey. —Era bien sabido que don Enrique simpatizaba antes con villanos y burgueses que con sus pares—. Un rey, recordadlo, ocupado con una guerra. Decidme, don Roi, vos os habéis probado en cien batallas, ¿qué es lo que más se necesita para hacer la guerra, aparte de hombres?

El señor de Moscoso alzó la cabeza. Don Pedro se dio cuenta de que casi lo tenía en sus manos; comenzaba a pensar que el plan no era descabellado.

—Dineros —respondió.

—Pues eso es lo que le daremos al monarca de Castilla. Así comprenderá que nada se halla más lejos de nuestra intención que traicionarle. Le haremos llegar buenos dineros para su campaña que tranquilizarán su conciencia. Le haremos saber que nos complacería acudir a su llamado... si fuera otro el arzobispo. Mientras, daréis largas a Luna para que hasta el último instante dude de si le acompañaréis o no. No queremos que también él decida quedarse, ¿no es así?

—Sois ladino, Trastámara —masculló don Roi—. Pero hay un problema. ¿De dónde vamos a sacar esos dineros?

Había contado con aquella objeción. El Moscoso, pese al cargo y la dignidad de pertiguero mayor, era pobre como una rata. Y esa era su ventaja.

—Yo pondré la mitad. El resto lo habréis de poner vosotros —paseó la mirada sobre todos los congregados—, pero no debería resultaros muy gravoso. Pedídselo a vuestros vasallos, a los burgueses y ricoshombres. Cuando Santiago sea nuestra, podréis compensarles con cargos provechosos.

—Sois ladino, Trastámara —repitió Moscoso. Esta vez, sin embargo, sonreía.

—Dios está de nuestra parte —replicó el conde—, ¿no es así, hijo?

—Dios detesta al arzobispo —afirmó Luis con gran seriedad; fijó la vista en el cielorraso como si retara al Señor a contradecirle y prosiguió—: Formaremos el ejército de Dios y con su ayuda arrastraremos por el barro a ese engendro del infierno, esa apestosa rata pecadora. Abriréis sus tripas y desparramaréis sus vísceras y el Señor os sonreirá desde el cielo —concluyó, y observó a los presentes con mirada beatífica.

Asintió complacido al escucharlo. Pues una vez que acabara con Rodrigo de Luna, su hijo Luis ascendería a la mitra de Compostela.

Y él, don Pedro Álvarez Osorio, se convertiría en el señor más poderoso del reino de Galicia.

Un hombre que puede matarme o dejarme con vida

CUANDO recobró la conciencia, Estevo de Trobos creyó hallarse ante una visión celestial. Una luz dorada, como haces de la misericordia divina, se filtraba por entre los tablones de madera de las paredes, y en el aire flotaba un hermoso ángel que le contemplaba con ternura. Gimió, mareado por la belleza de aquella aparición, y su mente se estremeció cuando la visión se inclinó sobre él y humedeció su frente con un paño. Pensó que había hallado el camino al Paraíso y se preguntó cómo san Pedro podía haberse equivocado tanto, pues le había dejado entrar.

—¿Cómo te llamas?

Los ojos de Estevo tardaron en enfocar. No era un ángel, sino una muchacha; por sus ropas, una doncella de noble cuna. Una desconfianza amamantada por siglos de servidumbre le hizo recelar, y no respondió.

La joven escrutó su rostro con el ceño fruncido. Un hoyuelo delicioso se le formó en las mejillas.

—Bueno, es igual. —Se encogió de hombros con una sonrisa tan hermosa que pareció que las nubes se abrían para dejar pasar un rayo de sol—. Ahora lo importante es que recuperes fuerzas. Has estado muy mal, ¿sabes? Pero te pondrás bien, ya verás. Únicamente tienes que descansar.

Estevo se encerró en el silencio. La belleza de la doncella, su brial de buen paño y la frescura de su risa le desconcertaban más allá de lo que podía expresar. Jamás había sospechado la existencia de una criatura como ella. ¿Qué pretendía? ¿Qué quería de él? No era más que un siervo huido...

Un siervo con un demonio dentro.

Se había levantado antes del alba, con el recuerdo de la piel de María cosquilleándole tras las retinas. Procurando no despertar a sus padres y a su hermana pequeña, abandonó el lecho familiar y se deslizó fuera de la choza.

Era una mañana fría y ventosa, y nuevamente caía un aguacero. Deseó volver a ver a María, pero resistió el impulso de acercarse hasta su casa. Sabía que no tenía derecho. ¿Qué iba a hacer, quedarse atisbando tras la ventana? Estaba casada. El Xosé, además, era un buen hombre. La culpa le retorció las tripas.

No había sido algo premeditado. Aquella historia de los cómicos se le había metido en los huesos. Siempre le había gustado María, pero nunca imaginó que pudiera suceder algo como lo de la noche anterior. No lo había buscado.

No tenía sentido darle vueltas.

Como siempre que le rondaba el desasosiego, se internó en el bosque. Revisaría las trampas. Decidió que si se hacía con dos piezas le llevaría una a ella. Se la dejaría en la entrada de la casa cuando el Xosé no estuviera. Eso estaría bien. Aunque tenía que andarse con cuidado: si le pillaban los hombres del señor de Lemos, el castigo por cazar en sus tierras sería brutal.

La espesa cortina de agua diluía los contornos y amortiguaba los olores y los otros sonidos. Había llovido durante todo el invierno. Las trochas eran barrizales y las hojas podridas de los robles formaban una capa viscosa que alfombraba el bosque y hacía muy difícil reconocer las trampas y localizar las madrigueras. Llevaba varios días sin cazar nada, salvo alguna triste rata de agua. Mientras caminaba entre la espesura, luchaba por apartar las imágenes que acudían a su mente. No solo las de la mujer. También las escenas del teatrillo, que le despertaban una confusa inquietud.

Pasó esas horas dando tumbos, aterido y famélico bajo la coraza de bálgos que le protegía del agua.

Cansado, acababa de decidir volver a casa cuando estalló un griterío. El contraste con el silencio reinante hasta entonces era tan grande que tardó un instante en identificar que se trataba de alaridos y relinchos.

Se quedó muy quieto. El ruido procedía de detrás de unas peñas cubiertas por la vegetación, a unos cien pasos. Se encontraba cerca del camino real.

«Un asalto», pensó. Un grupo de bandoleros atacando a unos mercaderes, algo tan habitual como el vino aguado en una taberna. Por eso solía mantenerse alejado de aquella zona. Ese día, sin embargo, había vagado sin rumbo, ensimismado, y algún diablo burlón le había conducido hasta allí.

Su primera reacción fue alejarse. Aquello no iba con él. No tenía más armas que la honda que siempre llevaba consigo y una hoja vulgar con empuñadura de trapos que utilizaba para montar sus trampas y que guardaba como un tesoro.

Pero tenía hambre, frío y estaba harto. Llevaba toda la mañana sacudido por ideas extrañas, ideas tan nuevas como los retoños de la ansiada primavera.

Con cuidado de no ser descubierto, deslizándose entre los arbustos del sotobosque, se aproximó al camino.

Los atacantes eran dos a caballo y cuatro peones. No tuvo dificultad en reconocerlos: hombres de armas de Alonso Osorio, el hijo y heredero del conde de Lemos, el principal entre los nobles del reino. Alonso era un joven de apetitos desmedidos. Asolaba sus propias tierras como si en vez de ser humano fuera bestia carroñera. Aún no había cumplido los dieciocho años, pero ya tenía casa de diez de a caballo y de vasallos y behetrías más de trescientos, su propia familia entre ellos.

Todos le temían como a la misma parca. Sus hombres campaban a sus anchas por la comarca y tomaban cuanto se les antojaba sin parar mientes en justicias ni derechos. Cuando salían a hacer cabalgadas, nada ni nadie se encontraba a salvo, ni aun los propios vasallos del caballero. Robaban vacas y mujeres que se llevaban a sus

torres para diversión de sus peones; metían a los hombres en cepos y los torturaban para sacarles hasta el último maravedí; asaltaban a peregrinos y buhoneros, y despojaban de sus rentas a los monjes de varios monasterios cercanos de los que el noble se había proclamado encomendero. No había quien les hiciera frente.

Alonso Osorio no se hallaba entre ellos, pero sí su mano derecha, Paio de Baz, al que llamaban el Tuerto porque tenía la cuenca derecha hundida desde que un mal golpe se la vaciara mientras practicaba con el estafermo. Un gigantón de ceja corrida, frente escasa y costurones en la piel. La larga pelambreira y las barbas endrinas le disimulaban las cicatrices, pero no conseguían ocultar la brutalidad de su aspecto.

—Seboso hideputa —masculló Estevo con un rechino de dientes.

En ese momento descubrió el carromato y se le encogió el corazón.

Guímaro comprendió que los asaltantes sabían hacer su trabajo. Mientras uno bloqueaba el camino con su caballo, los demás rodeaban el carro con las espadas desenvainadas y el jinete restante se situaba detrás para impedir la huida.

Estudió a los hombres de armas, sopesando sus posibilidades. No le sorprendía el encuentro, pero había confiado en que la lluvia les permitiera alejarse antes de que los localizaran. ¿A quién se le ocurriría salir de cabalgada con aquel tiempo infernal? Por eso se había empeñado en partir con el alba, pese a los rezongos de maese Goros y su propio malestar de huesos viejos. La estampida de los aldeanos la noche anterior era un síntoma, siempre lo era. Y si de algo le valían sus muchos años era para saber lo que vendría a continuación.

Maldijo para sí. Ya no tenía humor para tanto sobresalto. Quizá le había llegado el momento de dejar atrás la vida errante. La vida de juglar de concejo no era nada mala, lástima que las plazas fueran pocas y estuvieran más demandadas que una prostituta en un monasterio.

Aquellos matasietes no estaban allí para disfrutar del tiempo. Algún bocazas se había apresurado a irle con el cuento al noble de turno con la esperanza de ganarse una palmadita en el lomo. Y él había sido un mentecato al confiar en que la lluvia les ampararía. Como si no supiera de sobra que, si algo podía torcerse, se torcería.

—¿Qué se os ofrece? —preguntó con voz serena desde el pescante una vez que el alboroto se hubo calmado—. Si deseáis una función, me temo que llegáis un poco tarde. O un poco temprano, según se mire.

—Vaya, vaya —masculló desde lo alto de su caballo el grandullón con un solo ojo que parecía estar al frente de la partida—. Así que el titiritero nos ha salido gracioso.

—Dudo que lo entendáis, buen hombre, pero siempre he considerado más provechoso ser titiritero antes que títere.

—¡Maldita sea, Guímaro, cierra la boca! —susurró Goros a su lado, nervioso—. ¿Quieres que nos dejen tiesos aquí mismo?

El rufián, sin embargo, no dio muestras de entender la mofa.

—¿Buen hombre? —Soltó una carcajada destemplada—. ¡Hacía tiempo que no me llamaban algo así! —Se fijó en el enano y exclamó—: ¡Y por las pulgas de mi barba que nunca vi un tipejo tan feo!

—Id con cuidado, no vayáis a toparos con un espejo cualquier día de estos —replicó Goros, mosqueado.

La risotada de los demás hombres de armas resonó en el camino, tan absurda como inesperada.

—Pero ¿no me decías que cerrara la boca? —susurró con sorna Guímaro.

—¡Vaya, Tuerto, parece que te han calado!

—¡Cómo te vas a ver si nunca te lavas!

—¡Silencio! —El Tuerto cortó las chanzas, furioso. Se aproximó a Goros y le puso la punta de la espada en el pecho—. Óyeme bien, pedazo de mierda parido por una ramera. Tu madre era una zorra piojosa que se revolcaba con los perros hasta que te cagó a ti y la palmó del susto. —Movié la espada hacia Guímaro, como si estuviera decidiendo a cuál dejar frío—. Os creéis muy listillos con tantas palabras como os llenan esa boca apestosa que tenéis, pero estáis aviados si pensáis que podéis burlaros del conde con esa mierda de títeres. ¿Qué cojones os habéis creído? ¿Pensabais que podíais venir a meter vuestra porquería en las cabezas de los campesinos y después largaros como si nada?

—Cualquiera diría que estuvisteis ayer en la función, pero os aseguro que me acordaría de vuestra jeta. Es de las que no se olvidan.

—¡Silencio, basura! —Y, con el filo plano, le arreó un espadazo en el rostro que arrancó a Guímaro del pescante.

Cayó a plomo al barro del camino. La sangre fresca se mezcló con el lodo mientras jadeaba aturdido, tratando de incorporarse. Goros se llevó la mano al talabarte buscando un cuchillo, pero el Tuerto presionó la punta de la espada contra su grueso cuello.

—¡Ni se te ocurra, endriago! Y ahora los dos vais a veniros con nosotros, a ver si os mostráis tan gallitos cuando estéis ante nuestro señor. Imagino que no tendréis inconveniente en acompañarnos, ¿no es así? —preguntó con una mueca sarcástica dirigiéndose al caído.

Guímaro no apartó la mirada pero permaneció callado. De repente, sin embargo, se encogió de hombros.

—¿Por qué no? No se me ocurre nada mejor que hacer en un día de mierda como este.

El Tuerto escupió a un lado.

—¡Ja! ¡Me gusta este cabronazo! ¡Cualquiera diría que puede elegir! ¡Ja, ja! —Sus hombres empezaron a corear sus carcajadas, pero él las zanjó con una imprecación—: ¿A qué esperáis, mamarrachos? ¡Atadlos y en marcha, que estoy harto de esta lluvia del demonio!

Los peones no se hicieron de rogar. Con movimientos prestos, se desataron unas sogas que llevaban enrolladas en la cintura y los amarraron de pies y manos. Se disponían a echarlos en la trasera del carro, protegida por una lona combada, cuando un movimiento extraño los paralizó. Uno de los soldados hurgó bajo la tela que cubría los bultos y agarró algo.

—¡Por las pulgas de mi barba!

Un sonido incongruente bajo el aguacero.

Un lloriqueo infantil.

El Xosé se había vuelto loco. Cuando Estevo abandonó el cobertizo de los aperos, María se había quedado encogida en el suelo, anegada por una marea de sentimientos a los que no conseguía poner nombre. Notó muy hondo una sensación de impotencia que desató las lágrimas de sus ojos. Se sentía atrapada en una vida de barro y miseria. Esa noche había entrevisto un mundo como jamás soñara, imágenes que avivaban pavesas en su pecho. Y, sin embargo, se sentía tan sucia...

En el marco de la puerta apareció el Xosé.

—¡Ramera! —masculló.

Y allí comenzó su pesadilla.

Más tarde permaneció mucho tiempo aovillada en un rincón con la mirada perdida. El crío se había cansado de llorar y ya solo dejaba escapar un gimoteo intermitente. Se sentía incapaz de acercarse para consolarlo.

Tenía que hacer algo. El pensamiento iba y venía como un espantapájaros mecido por un viento caprichoso. Tenía que hacer algo, pero cada vez que intentaba moverse el dolor de los golpes la traspasaba.

El Xosé se había vuelto loco. Nunca antes lo había visto en tal estado, los ojos inyectados en sangre, la rabia en los puños. La había arrastrado por los pelos y la ropa hasta la choza y golpeado con saña, indiferente a sus súplicas y a los llantos del niño, hasta que María sintió que se rompía algo en su interior.

No sabría decir cómo sucedió. Fue un arrebato. Se había visto a sí misma agarrar el cuchillo y atravesar el vientre del Xosé; después, la masa de los intestinos desparramándose. La sangre. El hedor de las tripas. El terror en los ojos de su marido cuando fue consciente de que se moría.

El Xosé estaba muerto. Era tan fácil matar a un hombre... Había bastado un tajo de cuchillo para que se detuviera para siempre su corazón. Los ojos abiertos de su marido la contemplaban, tan fríos y viscosos como los de un pescado. Parecía antinatural que estuviera así de quieto, rodeado de los enseres cotidianos: las cazuelas, la escoba puesta del revés contra el quicio de la puerta, la azada que él siempre guardaba en la casa en vez de en el cobertizo porque temía que se la robaran.

Hizo un esfuerzo por salir de su aturdimiento. Por comprender. En pocas horas su vida entera se había desmoronado. Se le vino a la cabeza lo sucedido en el cobertizo.

Había pecado. Y el Señor la castigaba por ello. ¿Cómo decía el padre Bermudo? «¡El demonio acecha constantemente a las mujeres, tentándolas para apoderarse de su débil voluntad!». Hasta ese mismo instante no había entendido sus palabras.

En algún momento, avanzada la noche, tomó una decisión.

—¡Por los clavos de Cristo, mirad qué pajarito me he encontrado! —dijo Rudesindo, y empujó a alguien fuera del carro.

El escudero Paio de Baz abrió los ojos como platos y soltó una imprecación.

—¿Qué hace aquí esta furcia?

Sabía quién era. Una campesina de uno de los pueblos del coto señorial. Una putita orgullosa que más de una vez había pensado en beneficiarse. Notó que la sangre se le aceleraba. «Un regalito del cielo, alabado sea el Señor en las alturas».

Había estado de muy mal humor. Por culpa de aquellos malditos cómicos había tenido que abandonar el lecho de madrugada. Se había pasado horas cabalgando bajo la lluvia. Le dolían todos los músculos, estaba aterido y tenía un agujero en el estómago. ¡Dios, lo que daría por un buen fuego y una jarra de vino especiado!

Por si no fuera suficiente, se las daban de listillos y se chanceaban de él. Pero nadie se reía del Tuerto. Y menos que nadie unos titiriteros de tres al cuarto. A punto había estado de hincarles el hierro, pese a que las órdenes de su señor eran que los llevase a la torre.

Y, cuando menos lo esperaba, salía aquella zorra de la nada. Seguramente el alto se la había beneficiado y ahora se la llevaba consigo para disfrutarla a fondo antes de abandonarla en cualquier mancebía.

Pues el hideputa iba a tener que cambiar sus planes. «Gracias por el regalito, mierdecilla».

Desmontó y se acercó a ella.

—Vaya, vaya... —Examinó el cuerpo de la hembra, las sayas levantadas, los pechos rotundos bajo las ropas. Mendo la mantenía sujeta en el suelo—. ¿Así que querías escaparte? ¿Abandonar el abrigo de tu señor después de todo lo que hace por vosotros? ¡Así cumples con tus obligaciones de esposa y vasalla, largándote con los primeros que aparecen! ¡Maldita puta!

—Por favor, por favor, mi señor, os lo ruego, tened piedad...

Los berridos del bebé estaban sacándolo de sus casillas. No tenía hijos, mal que llevara años intentándolo. Ni sus dos esposas ni los cientos de zorras que se había tirado le habían dado un crío. Todas estériles, malditas fueran por siempre. No tenía herederos para recordarlo cuando se lo tragaran las llamas del infierno. Su estirpe de guerreros terminaba con él.

«Y estas zorras campesinas paren como conejas».

Se le nubló la vista. La lluvia, el frío, el malestar de la cabalgada. El enojo con el mundo. La furia que se le metía tras los ojos.

Buscó en la trasera del carro hasta encontrar la frazada que envolvía a la criatura. La atrajo hacia él y el mocoso arreció en sus llantos. Tenía la jeta de comadreja congestionada por el esfuerzo, las comisuras de la boca llenas de babas. Percibió el hedor a leche agria y contrajo el gesto con asco.

—Volved a subir a esa zorra al carro —ordenó a sus hombres.

Y acto seguido golpeó al llorón contra una de las ruedas. Se oyó un chasquido. Los alaridos cesaron abruptamente.

—¡Bendito sea Dios, qué alivio! —Y tiró el bulto, que cayó sobre el lodo del camino.

Un silencio viscoso se impuso en el claro. Sus hombres lo contemplaban mudos de asombro. Acusadores.

—¿Qué cojones os pasa? ¡No es más que el apestoso gazapo de una coneja!

Sus ojos registraron el cuerpecito inerte de su hijo, que se había deslizado fuera de la frazada. La cabecita aparecía doblada en un ángulo extraño. Tenía el cráneo roto y la sangre formaba un pequeño charco en el barro.

—¡Muévete, puta! —Alguien le dio un tirón brutal del corpiño.

El escudero se acercaba a ella. Apenas se percataba de lo que sucedía. Su hijo. Su hijito. Mientras la subían al carromato, deseó con toda sus fuerzas estar muerta. Se sentía flotar en una nube de aturdimiento.

De niña le gustaba bañarse en el río. Sumergía su cuerpo y se esforzaba por permanecer el mayor tiempo posible bajo el agua, luchando por vencer la fuerza de la corriente. Le gustaba aquel mundo donde los sonidos llegaban apagados y en el que podía sentir que volaba sobre el lecho del río, allá abajo, igual que un ángel volaba sobre la tierra.

También ahora se sentía flotar, ajena a cuanto la rodeaba. Como si se le hubiera escapado el alma del cuerpo y se contemplase a sí misma con desapego.

La arrojaron sobre las tablas del carro y la sombra del escudero asomó.

Observó al hombre con aturrida indiferencia mientras este procedía laboriosamente a quitarse el talabarte, la cota de mallas, el casco. Debía de ser de la edad del sayón, cuarenta años sobrados. Tenía la pelambreira gris, el pecho y el vientre surcados por cicatrices, el único ojo de un marrón algo acuoso. La otra cuenca vacía, cicatrizada. Visto así, sin tantos hierros, parecía mucho menos amenazador. Tosco. Ordinario.

—Ábrete de piernas, zorra.

Sintió que su única pupila recorría cada centímetro de su piel como una lengua pegajosa. Las manos bruscas estrujaron sus pechos, le arañaron las caderas, le contrajeron con violencia las nalgas.

Aquella mirada que parecía querer devorarla. La saliva a punto de rebosar los labios. El deseo. La deseaba de forma intensa, bestial.

Se obligó a apartar de su mente al soldado y a concentrarse en el hombre. Eso era lo que tenía delante: solo un hombre. «Uno que puede matarme o dejarme con vida», pensó, incongruente. Y que la deseaba.

La sangre le golpeaba las sienes, le corría por dentro con la fuerza de un torrente de primavera.

«No quiero morir».

El escudero se echó sobre ella y la penetró. Notó el desgarrón de la piel seca y la traspasó un trallazo de dolor. Se mordió el labio para no gritar mientras hacía lo posible por no pensar en lo que estaba sucediendo. Le vino a la mente, absurda, la ternura de Estevo. El Xosé desventrado en el suelo de su casa.

Su hijito querido.

Había pecado gravemente y aquel era su castigo.

No quería morir. Como el Xosé. Como su bebé.

Había sido tan fácil matarlo.

El sabor de la sangre de sus labios le llenó la boca de amargura.

—Aaah —dejó escapar un gemido ahogado.

El escudero se detuvo, sorprendido, y la miró como si la viera por primera vez. Reemprendió la cabalgada con mayor ímpetu.

María supo que pisaba terreno firme. Movié las caderas para recibirle mejor. Cerró los ojos. La naturaleza había seguido su curso y ya estaba lubricada.

Levantó los brazos. Dudó. Abrazó al soldado. Este se detuvo, atónito, y volvió a buscar el rostro de la mujer. María le dedicó una mirada tímida bajo los ojos medio cerrados, entreabriendo la boca. Notó cómo el miembro se endurecía más en su vagina.

—¡Eh, Tuerto, parece que le gusta!

El hombrón siguió embistiéndola. Volvió a gemir. Un momento después, con un estertor, vertió su semen. Aplastada por su peso, María apenas podía moverse. Todavía hizo un esfuerzo para acariciar el costado del hombre que la había violado.

«El asesino de mi hijo».

Después, su mirada se perdió en la lona del carro y se quedó inmóvil. El Xosé estaba muerto. Su bebé estaba muerto.

Quería vivir.

Una liebre tras los lobos

—ESTEVO. ME llamo Estevo.

Los ruidos de la mañana se colaban a través de las paredes del cobertizo. Escuchaba el ajetreo de los criados, el lamento de un mendigo apostado en alguna callejuela cercana. El sol primaveral atravesaba las rendijas y creaba juegos de luz sobre los cachivaches amontonados por doquier. Habían pasado varios días y notaba que le volvían las fuerzas.

La muchacha interrumpió el tarareo inconsciente con el que se acompañaba mientras aplicaba tintura de árnica sobre la herida de su costado. Su cara resplandeció.

—¡Por fin hablas! Yo soy Mencía, y estás en la posada de mi padre. Bueno, esto es el cobertizo de los trastos.

Estevo desvió la mirada. No sabía qué decir. «¿Es que no se da cuenta de que tengo un demonio dentro?», pensó.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella.

—Bien —dudó—. *Mellor*.

Mencía sonrió como si le hubiera dado una noticia estupenda.

—Entonces ya no tiene sentido que sigas aquí.

Aquellas palabras le dejaron helado. Apretó los dientes. Sin abrir la boca, comenzó a incorporarse. Se sentía débil y algo mareado, pero se le pasaría. Se quedó un momento sentado, recuperando el aliento, y lentamente se puso en pie.

—¿Qué haces? —se extrañó Mencía.

Estevo apretó más los dientes. No iba a mostrar su debilidad. Y no quería que se diera cuenta de que le dolía marcharse. Le había salvado la vida, le había cuidado, alimentado y protegido. Estaba en deuda con ella. Si le decía que se fuera, lo haría sin pestañear.

—Me voy.

—¿Te has vuelto loco? ¿Por qué? ¡No puedes irte, no estás bien todavía!

—Dijisteis que no tiene sentido que te siga aquí —barbotó con desconcierto.

La extrañeza dio paso a una mueca divertida.

—¡Oh, tonto! No me refería a que te marcharas, sino a que ya es hora de que vivas en la posada, con los demás.

Entonces fue Estevo el que abrió la boca por la sorpresa.

—¿En... en la posada?

—Mi padre dice que puedes ayudarle en la cocina. Pero no te preocupes —se

apresuró a añadir al malinterpretar el desconcierto de Estevo—, no será un trabajo pesado, solo tendrás que echarle una mano y hacer algunos recados; a él le encanta cocinar, ya verás.

Se dejó caer nuevamente en el catre, jadeando por el esfuerzo.

—¿Por qué? —consiguió articular.

Mencía sonrió de nuevo.

—¿Sabes? Si no tuvieras siempre el ceño fruncido, estarías más guapo —le reconvinó. Al ver que Estevo no reaccionaba, suspiró—. Estabas malherido. ¿Qué querías, que te abandonara allí para que te desangraras? ¡Y ahora no voy a dejar que te pase algo otra vez!

La miró de hito en hito. No entendía nada. Unos días antes estaba perdido y hambriento en una ciudad de locos y mendigos y ahora...

—No os pedí ayuda.

Cerró los ojos, pero la muchacha no se dio por enterada.

—¿Por qué te atacaron? ¿Quiénes eran?

Volvió a abrir los ojos. Hizo memoria.

—A uno le llamaron Arcanxo. —Pero no podía ser un ángel. No tenía nada que ver con Mencía.

La muchacha se llevó la mano a la boca.

—¡Virgen santa!

—¿Lo conocéis?

—He oído hablar de él. En la posada. Es un mal sujeto. Dicen que no hay negocio sucio en Santiago que no controle, desde el contrabando hasta... —se le encendió el rubor—, bueno, ya sabes, las mancebías y eso. Se cree un gran señor y se rodea de una banda de rateros y granujas que se comportan como si fueran los cortesanos de un conde. ¿Por qué te atacaron?

No le respondió. ¿Qué iba a decir? ¿Que se lo había buscado?

De sobra sabía que se lo merecía.

Tras la partida de los asaltantes, Estevo se quedó inmóvil, conmocionado por lo que acababa de presenciar entre los arbustos. El corazón le retumbaba en el pecho y el sabor de la sangre inundaba su boca. Se había mordido los labios.

Una punzada de dolor lo sacó de su aturdimiento. A través de las lágrimas contempló las palmas de sus manos, que se habían aferrado con fuerza a unos tojos. Tenía los pinchos incrustados profundamente en la carne. La lluvia, que estaba cesando, apenas lavó los hilillos de sangre, que se mezclaron con el barro.

¿Qué hacía allí María? ¿Por qué se escapaba con los cómicos? ¿Huía de él? No encontraba respuesta, y en realidad tampoco le importaba. Lo consumía un pensamiento: no había hecho nada, no se había movido.

El horror lo agarrotó.

Permaneció agachado tras los arbustos unos instantes más, hasta que el frío y el entumecimiento le sacaron de su sopor. No podía arrancarse de la cabeza a Paio el Tuerto. La indiferencia con que había matado al crío. La brutalidad de la violación.

Sentía un odio tan intenso que podía mascararlo. Hacía brotar gotas de sudor en su frente pese al frío reinante. «Hideputa, hideputa», mascullaba.

No tomó ninguna decisión, pero cuando al fin se puso en pie su cuerpo decidió por él. Se movió como en un sueño. Se acercó al diminuto cadáver. Tenía el cráneo fracturado y la mirada vacía.

Con las manos rasguñadas y ensangrentadas le cerró los ojos y empezó a cavar un hoyo a la vera del camino. Se rompió las uñas, pero siguió adelante con movimientos convulsos, el cuerpo estremecido por espasmos. Colocó con ternura aquel cuerpecito inocente en la pequeña tumba y rezó una torpe oración. Lo cubrió como pudo.

Cuando terminó, estaba sucio de fango, helado y dolorido, pero la actividad le había espabilado. Notaba la cabeza más clara. Y algo más...

Un demonio se le había metido en el cuerpo. Un ser hosco y hambriento, rebosante de odio. Lo notó deslizarse por su garganta, acomodarse en su vientre.

Dispuesto a todo.

Y supo que era capaz de cualquier cosa.

El bosque le rodeaba. Conocía sus sendas, sus sonidos y sus ritmos. Se sentía parte de él. Se quitó la coraza de bálogo, la dejó en un lugar donde pudiera recuperarla más tarde y echó a correr. Una liebre tras los lobos.

Sabía hacia dónde se dirigían y sabía también que era ya bien pasado el mediodía. El camino hasta la torre era largo, no tardarían en hacer un alto para reponer fuerzas y esa sería su oportunidad para adelantarles. Más al norte, el camino real daba un amplio rodeo para salvar una zona pantanosa, pero Estevo conocía bien los senderos que la atravesaban.

Corrió con el corazón latiéndole como un retumbo de tormentas; la cabeza, una ventisca. Era joven. Era trampero. Y se disponía a tender la celada más aventurada de su vida. Por su mente pasaban una y otra vez las imágenes de Paio de Baz. De María. Del crío. De María. Del Tuerto.

Atravesó las ciénagas sin apenas fijarse en dónde se posaban sus pies. Un revuelo de aves alarmadas le seguía, una algarabía de graznidos y de batir de alas. Luego el camino ascendía para superar una colina cubierta de arbustos y matorrales. Poco antes de la cima, en un tramo de curvas muy pronunciadas para salvar el desnivel, localizó el lugar que buscaba. Jadeaba por la carrera y se sentía febril, pero su cabeza funcionaba con lucidez. Veía lo que iba a suceder como si se estuviera desarrollando ante sus ojos. Su padre siempre decía que el mejor trampero no es el que elabora el mecanismo más complejo, sino el que es capaz de prever lo que harán sus presas.

Todavía estaba a tiempo. Escudriñó el lugar, calculó distancias y reacciones. Montó la trampa con esmero. Cuando lo tuvo todo preparado, se apoyó contra una roca y se dispuso a aguardar.

Oyó el chirrido de las ruedas antes de verlos. En el camino, a unos cincuenta pasos ladera abajo, distinguió al Tuerto y sus hombres. Avanzaban pesadamente, un jinete delante, otro cerrando la marcha, y tres rodeando el carro que crujía con el esfuerzo de la ascensión. Uno de los peones había sustituido a los juglares en el pescante. No vio a los prisioneros, por lo que supuso que debían de estar bajo la lona.

Cuarenta pasos.

Tragó saliva. Temblaba. El agotamiento y el frío minaron su decisión. Si seguía adelante ya no habría vuelta atrás. Le costaba moverse. Pensó en quedarse allí, sin hacer nada. Todavía estaba a tiempo.

Treinta y cinco pasos.

Sintió asco de sí mismo. El carromato se acercaba. Paio el Tuerto avanzaba al frente con la soberbia del que se sabe intocable. El monstruo que había asesinado a un crío inocente. Que había violado a María. El mismo que exigía servicios y tributos que no eran de ley y que disfrutaba humillando a los villanos. Se acordó de los campesinos del teatrillo de los cómicos.

Treinta pasos.

El momento de indecisión pasó. Con cierta precipitación, pues estaban ya justo donde quería, cogió una de las piedras que había dispuesto en el suelo y se puso de rodillas, oculto tras unos arbustos. Hizo silbar la honda sobre su cabeza.

El proyectil salió disparado directamente hacia su objetivo. Llevaba la vida entera practicando con la honda y tenía buena puntería. No se sobrevive en el bosque sin buena puntería.

Veinticinco pasos.

El canto golpeó al Tuerto en el bacinete. El gigantón soltó un bramido de alerta, se movió demasiado rápido en la silla y perdió el equilibrio. Cayó al suelo en medio de un estrépito de metales.

El carro se detuvo entre gritos y blasfemias. Oculto tras los matorrales, Estevo maldijo la suerte del bandido. El proyectil había impactado una pulgada más arriba de su objetivo y el casco le había salvado.

Preparó una nueva piedra. Una vez tomada la decisión de atacar, se dejaba llevar por su instinto. Siempre le ocurría lo mismo: en cuanto entraba en acción, la tensión desaparecía y era sustituida por una fría serenidad.

El grupo todavía no entendía qué había sucedido. Ni se les pasaba por la cabeza que les atacaran en el corazón de sus dominios. Eran hombres de armas; eran ellos los que atacaban.

Lanzó un nuevo proyectil, esta vez dirigido a las ancas del penco que tiraba del carromato. El impacto hizo que se levantara de manos y al punto, como él había previsto, echó a correr, arrastrando tras de sí el carro sin que el hombre que llevaba las riendas pudiera refrenarlo y obligando al Tuerto a dar un torpe salto hacia un lado para esquivar las ruedas. Un peón maldijo y se lanzó tras él para intentar detenerlo.

Estevo se puso en pie. Había tenido la precaución de cubrirse con la capucha para

que no le reconocieran, pero no podía disimular su condición de labriego. Uno de los peones le señaló y soltó un grito. El Tuerto le descubrió también y su mandíbula se desencajó. Parecía no creerse que un villano osara hacerles frente. Y mucho menos que se quedara allí, tan quieto como un espectro. Su mano empezó a alzarse en dirección a la higa que le colgaba del cuello.

De repente Estevo vio que le invadía la furia.

—¡Cogedlo! —aulló el escudero.

El otro jinete hincó espuelas y comenzó a ascender por la ladera, seguido de cerca por los dos peones que restaban. Se quedó muy quieto, de pie, observándolos acercarse entre resuellos e insultos. Tenían que avanzar cuesta arriba a través de un espeso breñal que les dificultaba los movimientos.

Era la primera vez en su vida que se enfrentaba a unos hombres de armas entrenados para matar. Hasta la última fibra de su ser gritaba que escapara, pero no se movió un palmo. Quería que fueran directamente hacia él.

Justo cuando comenzaba a pensar que su estratagema había fallado, oyó un relincho de dolor. El jinete se fue de bruces al suelo cuando la pata derecha de su cabalgadura quedó apresada en uno de los lazos que había tendido. Contuvo un grito de triunfo y aprovechó el desconcierto para hacer silbar de nuevo su honda.

El proyectil no alcanzó su destino porque el peón al que iba dirigido se agachó a tiempo, pero tampoco se perdió: impactó contra el costado del que iba detrás, que soltó un alarido. Tras el desconcierto inicial, los dos hombres reemprendieron la ascensión mientras su compañero trataba de liberar la mano del caballo. Estevo se dio la vuelta y echó a correr, seguido de cerca por las maldiciones y los jadeos de los peones. Temía que una daga se le clavara en la espalda en cualquier instante, pero no quería pensar en ello. Solo en correr.

Había elegido el terreno a conciencia. El sendero se estrechaba cada vez más, ahogado por la maleza. Viejos incendios habían permitido que florecieran las silvas y los tojos, que arañaban cual garras sus piernas y sus brazos. Apenas lo notaba. Lo embargaba una excitación salvaje, un torrente de energía que evaporaba el hambre, el frío y el agotamiento.

Corría como alma que lleva el diablo, internándose cada vez más en la espesura. Cada poco se obligaba a refrenar sus pasos para que no le perdieran la pista. Quería evitar que los hombres de armas abandonaran la persecución. Necesitaba que le siguieran un poco más.

Resollando por el esfuerzo, alcanzó el lugar que buscaba, una zona de zarzas y silvas que superaban la altura de un hombre. A partir de ese momento avanzó con gran cuidado hasta que localizó su objetivo.

Se apostó tras unas rocas al borde de la vereda. Frente a él, en el lado opuesto, se alzaba el tronco de un viejo castaño devorado por el musgo y las plantas trepadoras. Lo había descubierto unas semanas atrás mientras revisaba unas trampas.

Oyó acercarse a sus perseguidores. Ya no maldecían, estaban demasiado

ocupados en respirar. El que iba delante era el que llamaban Mendo, un tipo correoso, y el otro era Rudesindo, un bravucón con un chirlo que le cruzaba el rostro desde la sien hasta la barbilla. Avanzaban soltando mandobles a diestro y siniestro para desembarazarse de las silvas.

Cuando los tuvo a tiro, se puso en pie e hizo girar la honda. Mendo oyó el silbido y se volvió hacia Estevo. Sus ojos le atraparon en el mismo instante en que el proyectil salió disparado. Se agachó instintivamente, pero el objetivo no era él, sino un avispero que se ocultaba en el tronco carcomido del castaño.

El muchacho no esperó a ver qué sucedía. Echó a correr nuevamente, de regreso al camino principal, mientras a sus espaldas la espesura se llenaba de alaridos.

Descendió por un talud, indiferente a los peñascos, las zarzas y los guijarros sueltos de la pendiente. No quería pensar en las consecuencias de aquella locura. Se hallaba poseído por una fuerza extraña. Por primera vez en su vida, se sentía dueño de su voluntad.

Antes de localizar la carreta oyó los relinchos del caballo. Una curva más allá del lugar de la emboscada, Estevo había tendido una cuerda a la altura de las patas de las caballerías para cerrar el camino. Espantado, el penco no había visto el obstáculo y fue a estrellarse contra el suelo. Su padre siempre le decía que tenía maña para las trampas.

Oculto tras unos matorrales, observó.

El carromato estaba volcado. El animal se había quebrado una pata y desgarrado la cabeza por el golpe. Relinchaba lastimeramente sin que nadie le prestara atención y Estevo sintió pena por él.

El conductor yacía en el suelo, sujetándose el brazo derecho entre alaridos, y su compañero intentaba calmarlo. El Tuerto aguardaba algo más atrás. Se mantenía erguido sobre su caballo, pero tenía el rostro manchado de barro y sangre, la mano en la frente y la mirada perdida. No había ni rastro de los titiriteros ni de María.

Había funcionado. Su estratagema pretendía dividir a los asaltantes y provocar el vuelco del carro para que los prisioneros tuvieran oportunidad de escapar. Y había salido como lo había planeado. Todo indicaba que habían conseguido escabullirse.

Acababa de enfrentarse con éxito a seis hombres de armas.

Se sintió mareado.

Nunca le atraparían en su terreno, ¡ni siquiera le habían visto! Por un momento recordó la mirada de Mendo, pero estaba razonablemente seguro de que no le había reconocido. Las silvas le ocultaban. No, era imposible que le hubiera reconocido. Les había derrotado.

Aunque Paio de Baz seguía vivo y el niño de María estaba muerto.

Durante horas buscó sin éxito a María y los titiriteros. No fue tarea fácil, tuvo que moverse con grandes precauciones porque los hombres del Tuerto recorrían la zona.

Por suerte, habían quedado muy mermados. Paio de Baz no se apartó del camino. Mendo y Rudesindo apenas podían andar, desfigurados por las zarzas y las picaduras de las avispas. El caballo del segundo jinete se había lastimado una mano y el peón que conducía el carro se había fracturado un brazo, y caminaba apoyado en su compañero. En conjunto, ofrecían una estampa tan penosa que el Tuerto terminó por ordenarles con un ladrido malhumorado que reemprendieran el camino hacia la torre de Ínsua.

Estevo sabía que volverían. Paio de Baz no era hombre que perdonara una afrenta, enviaría una partida de búsqueda y esa vez harían bien su trabajo. Tenía que alejarse de allí cuanto antes, pero no podía abandonar a los fugitivos, que daba la impresión de que se los hubiera tragado la tierra. El cansancio y la tensión de la jornada comenzaban a hacer mella en él. Regresaron el frío y el hambre. Tras el ardor del enfrentamiento, su cabeza comenzaba a calibrar las consecuencias de la locura que acababa de cometer, aunque trataba de ahuyentar esos pensamientos.

Estaba poniéndose el sol cuando una masa de carne y músculo salió de entre unas peñas y se lanzó contra él con la intención de darle un buen trompazo.

—¡Soy amigo, soy amigo! —gritó Estevo al reconocer al enano.

—¡Por los cojones del rey leproso! ¿Tú quién diantres eres? —exclamó aquel, deteniéndose en seco.

Los dos titiriteros estaban enfangados de los pies a la cabeza, con las capas y las ropas rasgadas por cien partes. Se habían escondido en una cueva angosta parapetada por las rocas desde la que podían vigilar los alrededores sin ser vistos.

—¿Y María, maese? —preguntó Estevo con ansiedad, al no encontrarla allí dentro.

Guímaro lo observó con una expresión apenada que le provocó un escalofrío en la columna vertebral.

—¿La conocías mucho?

—Yo...

—No escapó, muchacho. Se quedó allí, tumbada en el carro, con la mirada perdida. Intentamos ayudarla, pero...

Estevo apretó los puños.

—¿Qué hacía en el carro?

—Sabemos tanto como tú. Ni siquiera nos dimos cuenta de su presencia hasta el asalto, debió de esconderse durante la noche.

Se tragó la decepción y la rabia.

—Hay que darse prisa. Los hombres del Tuerto volverán —dijo.

El juglar asintió.

Huía. Su respiración era un resoplido angustioso, las ramas le herían los pies y los costados. Escapaba. Se adentraba en el corazón de la espesura, en profundidades que

ni siquiera su padre había osado hollar. Sentía el pecho galopar con cada latido, la ansiedad de la fuga. Sabía que si se detenía darían con él. Solo podía correr y seguir corriendo hasta que su rastro se desvaneciera en el aire. Él, que se preciaba de cazador, se había convertido en presa.

Despertó con un estremecimiento en los huesos, la amargura en las sienes, la piel húmeda por la transpiración. Había dormido poco y mal. Abrió los ojos y descubrió el cielo de paja del cobertizo de la posada.

El desánimo le embargó. Se quedó tumbado, contemplando el techo. Había apartado de su mente lo sucedido tras encontrar a los cómicos. Pero ahí estaban otra vez los recuerdos. Golpeaban su mente con la fuerza del pedernal.

Les había conducido a otra cueva de las cercanías, más segura. Maese Guímaro tenía una mala torcedura en el tobillo y necesitaba reposo. Habían permanecido allí varios días, hibernando como osos en lo profundo de la gruta, recuperándose del agotamiento y atentos a la menor señal de la presencia de los hombres del Tuerto.

Por las noches, cuando la oscuridad se hacía opresiva, encendían una pequeña hoguera en la parte más recóndita de la caverna. La luz de las llamas avivaba los miedos. En esos momentos, la charla de maese Guímaro y maese Goros se convertía en un eficaz remedio contra temores y espíritus errantes. Estevo escuchaba sus historias fascinado, transportado por sus palabras y seducido por sus ademanes.

Lo difícil llegaba cuando se apagaban las voces y se quedaba solo con sus pensamientos. La preocupación por lo que pudiera estar pasando más allá de aquella guarida le carcomía. Temía las consecuencias de su locura.

Una noche salió con intención de tomar el aire, alejarse momentáneamente para acallar la tormenta de su cabeza. Pero una vez estuvo fuera, sin tomar una decisión consciente, echó a andar. En algún momento salió de su ensimismamiento y comprendió que sus pasos le guiaban a casa.

Trobos estaba en un claro del bosque. El silbido del viento teñía la noche de presagios. Entre los árboles, la silueta del chamizo se recortaba de modo extraño a la luz brillante de las estrellas.

Le llegó un olor a ceniza y comprendió que algo había sucedido. El corazón le comenzó a bombear con violencia. Un sudor frío le humedeció las manos. Trató de aferrarse a la idea de que solo era el humo del hogar apagado, pero sabía que no era así.

No se equivocaba. Su casa eran maderos quemados. Por el suelo había vasijas y escudillas rotas, y los restos de sus escasos muebles que el fuego no había terminado de devorar. No quedaba nada. Tampoco el corral de las gallinas, ni siquiera el pequeño cercado en el que su madre cultivaba unas pocas hortalizas. Todo había sido pateado, quemado, arrasado. Paseó entre los escombros de su vida anterior, tropezó, se tambaleó. Luchó sin éxito contra las lágrimas.

Algo se le quebró muy dentro y se llevó consigo hasta la última astilla de inocencia que le quedaba. Comprendió demasiado tarde que siempre había que pagar

un precio.

Mendo le había reconocido. Y él era el causante de aquello: de la desgracia de su familia.

Quiso esconderse, enterrarse, huir de sí mismo, pero no sabía cómo. La culpa le aguijoneaba. El temor. Tenía que averiguar qué había sido de sus padres y de su hermanita. Los imaginó cautivos en la torre del señor y la idea le oprimió el corazón.

Necesitaba confirmarlo. Se deslizó por las sombras hasta la casa de unos vecinos, en la aldea. En Moreda vivían dos muchachos más o menos de su edad, Lourenzo y Miguel, con los que solía ir al río a pescar. El recuerdo de esas tardes se le antojó muy lejano.

Un búho ululó en la noche y le provocó un sobresalto. Un perro ladró en alguna parte. Echó la mano a la cintura en busca del cuchillo, pero se percató de que se lo había dejado en la cueva. Maldijo para sus adentros.

Respiró hondo. Otra vez.

—¿Lourenzo? —susurró, acercándose a la ventana. La noche oprimía su piel—. ¡Despierta, Lourenzo!

—¿Quién? —respondió al cabo su amigo con voz adormilada. Poco después su cara asomaba en el vano—. ¡Estevo! —exclamó con voz ahogada—. Por todos los demonios, pensábamos que te habías ido.

—¿Qué pasó? —le apremió. Temía que le descubrieran en cualquier momento, pero no podía irse sin conocer la suerte de los suyos.

Alguien murmuró algo en el interior y Lourenzo se volvió. Se cruzaron palabras que Estevo no alcanzó a entender.

—Espérame en el cobertizo —propuso Lourenzo, nervioso—, aquí no podemos hablar. Te lo contaré todo.

Le hizo caso; estaba demasiado aturdido por esa noche interminable. Aguardó con impaciencia mientras el temor le devoraba las entrañas.

—Es mejor que te sientes —dijo Lourenzo cuando al fin abrió la puerta.

—¿Qué pasó? ¿Dónde están mis padres y mi hermana?

—¿De veras fuiste tú? ¿Asaltaste a los hombres del señor?

Si le quedaba alguna duda de que le habían reconocido, ahí estaba la prueba. Apretó los dientes.

—Cuéntamelo todo —le urgió.

Lourenzo carraspeó. Era un mozo tosco, tenía el negro pelo grasiento pegado al cráneo y la nariz quebrada porque de pequeño, como él siempre contaba con una risita tonta, «se golpeó contra una piedra». El chiste era viejo y ya no hacía gracia a nadie. Todos sabían que la piedra en cuestión volaba hacia su cara después de que su hermano Miguel se la lanzara por un quitame allá esas pajas.

Estaba muy nervioso, no cesaba de apoyarse en una pierna y en la otra. Estevo imaginó que temía que algún vecino descubriera que estaba con un proscrito. Porque eso era en lo que se había convertido. Un proscrito. La palabra se le cruzó en el

pecho, tan amorfa y desasosegante como la maldición pronunciada por un hechicero.

—*Foi o señor*. El hijo, Alonso, no el padre. Apareció con el Tuerto y un grupo de hombres a caballo, rodeó la aldea y ordenó que todo el mundo fuera a la iglesia. — No le miraba al hablar, como si se avergonzara de lo que estaba contando. Su cabeza se hundía en el pecho—. Con él venía Mendo, ya sabes, el de Telleiros. Tenía el cuerpo desfigurado por picaduras. Estaban furiosos, te lo juro, nunca los había visto así. El Tuerto dijo que les habían atacado un grupo de villanos en el camino real. Rudesindo murió por las picaduras de un nido de avispas al que les arrastraron. Parecía estar bien a pesar de los picotazos, ya sabes, pero de repente se le enrojeció todo el cuerpo y falleció en un decir amén.

Lourenzo calló y se le quedó mirando. Estevo comprendió que esperaba que le confirmase que él había participado, pero se limitó a pedirle que siguiera. Se le daba una higa la suerte de Rudesindo. Lourenzo carraspeó y añadió:

—También dijeron que todavía no habían conseguido capturar a nadie, pero que no pararían hasta dar con los malhechores. Mendo te reconoció, así que suponían que todos eran de aquí, de Moreda.

—¿Y mis padres? —le apremió.

—Nos ordenaron que entráramos todos en la iglesia, pero a tus padres se los llevó Paio de Baz. Dijo que iba a interrogarlos.

Estevo tragó saliva. Temía preguntar. Temía las respuestas como nunca había temido nada.

—¿Y mi hermana? —Tenía solo doce años.

—También se la llevó.

—¡Maldito bastardo! —Se levantó y se puso a dar vueltas por el reducido espacio—. ¿Adónde? ¿A la torre?

Lourenzo hurtó la mirada.

—A tu casa.

El temor era un punzón al rojo. Se le metió en las venas. Le abrasó las vísceras.

—No es cierto.

—Lo siento... —Lourenzo meneó la cabeza, nervioso—. Los metieron dentro, Estevo, y prendieron fuego. Nos dijeron que fue un accidente, que los ataron y que debió de saltar alguna chispa de la lumbre.

—¿Nadie hizo nada?

—Estábamos presos en la iglesia, ¿qué podíamos contra los hombres del señor?

—Nadie hizo nada...

—Nos vigilan día y noche y han amenazado con seguir quemando casa por casa hasta que aparezcan los culpables. ¿Qué podíamos hacer? —exclamó, muy agitado—. ¿Quiénes erais, Estevo? ¿Cuántos erais?

Lo contempló sin verlo, con infinito desprecio. Así que por eso se lo contaba todo.

—No ves el momento de irle al señor con los nombres, ¿verdad? De ese modo,

quizá perdone a tu familia.

—No entiendes... —balbució, apartando el rostro.

—¿Y los cuerpos?

—Están enterrados en una fosa común. En el cementerio. —Estevo dejó escapar un gemido ahogado. Le faltaba el aire—. Lo siento.

La ira. Honda, acerada. Se aproximó a Lourenzo hasta casi rozarlo.

—Yo solo. Fui yo solo. Me enfrenté a seis bastardos armados y los burlé. Yo solo maté a toda mi familia.

Percibió un movimiento a sus espaldas. En la entrada del cobertizo aparecieron Miguel, el hermano de Lourenzo, y su padre. Con horcas en las manos.

—Ni se te ocurra moverte —ordenó el padre.

Lourenzo se apartó con muchas precauciones.

—Lo siento, Estevo —murmuró, esquivo, mientras salía del cobertizo—. ¿Qué querías que hiciéramos? ¿Que dejemos que incendien nuestras casas también? ¡No pararán hasta que te cacen!

Le ataron. Le dejaron allí encerrado. Estevo no reaccionó. Ni siquiera les reprochó que le fueran a entregar.

¿Qué otra cosa podían hacer?

Un golpe en la pared. Abrió los ojos. No había dormido, pese a que llevaba toda la noche en vela. Ojalá el sueño acudiera a aliviarle. Ojalá.

«Ahí están», pensó. En unos instantes vería la cara del asesino de su familia. «Se han dado prisa». La luz del amanecer empezaba a colarse entre las rendijas de los tablones.

Un susurro.

—¿Estevo? ¿Estás ahí, muchacho?

Tardó en comprender.

—¿Maese Goros? —preguntó, también en voz baja.

—¿Puedes moverte?

—¡Estoy atado!

Más golpes, un crujido de maderas rotas. El enano asomó tras las tablas de la parte posterior del cobertizo.

—¿Estás bien? —preguntó Goros mientras le cortaba las ataduras con un cuchillo.

—¿Cómo...?

—Por las barbas de chivo del demonio, muchacho, te seguí. ¿Crees que no nos preocupamos por ti? Pero menos cháchara, estarán aquí en cualquier momento.

Salieron del cobertizo y echaron a correr hacia el bosque. La luz de la mañana era todavía pálida, pero ya definía los contornos y deshacía las sombras.

Un gallo cantó en alguna parte.

¿Harías eso por mí?

ARNAO CALTENÓ sería el vástago de la familia de cambistas y comerciantes más opulenta de la ciudad, pero se carcajeaba como un acemilero.

—¿Más vino, hermoso?

Una de las mozas de la taberna, jarra en mano, devoraba con la mirada al estudiante.

—¡Cómo negarse ante semejante beldad! —respondió este, algo beodo ya, devolviéndole con creces la sonrisa.

Martiño contó hasta tres. Estaba sentado al lado de Arnao, pero nadie se daría cuenta si se levantaba en aquel mismo instante y se marchaba. Su amigo era el centro de atención de la mitad de los allí congregados.

De todas las hembras, por supuesto; las tres o cuatro ramerías que rondaban por el local a la caza de alguna talega que meterse entre las piernas, y el par de criadas que se encargaban de servir las jarras de vino. Oh, estaba acostumbrado, aunque no podía evitar fruncir el ceño cada vez que alguna de aquellas marranas le dirigía un guiño lascivo a Arnao.

Pero no solo de ellas. Muchos aprendices y oficiales artesanos se acercaban a saludarle como si fuera el mismísimo papa de Roma, todo sonrisas y cortesías. Arnao era popular en el barrio... pese a que se encontraban cerca de la Porta Faxeira, la zona más tabernaria de la ciudad intramuros. O precisamente por eso. Ni siquiera el hecho de ser hijo de uno de los principales partidarios del arzobispo conseguía granjearle la desconfianza de las gentes, que se rendían ante su simpatía.

La moza, que decía llamarse Tareixa, sirvió el vino inclinándose desvergonzadamente para lucir sus encantos. Con la otra mano y la destreza que daba una larga práctica, aprovechó el movimiento para acariciar con descaro la entrepierna de Arnao.

—¡Pos parece que a este caballere de aquí *abaixo* gústole mucho también, que mismo semeja corcel encabritado!

—¡Ah, dulce Tareixa, no imaginas lo brioso que se muestra cuando le guían las bridas adecuadas! —La mano de su amigo tampoco se cohibía, pues le hurgaba bajo las faldas.

Martiño contempló la escena con un rictus de repugnancia y un vendaval de celos en el pecho. Aunque le disgustara, reconocía que la tal Tareixa tenía ese algo que encandilaba a los hombres. Sus formas rotundas y su desparpajo los atraía como una candela a las polillas.

Como si no fuera suficiente con tener que soportar la compañía de aquella gentuza en un antro hediondo. Por más que se esforzaba, no conseguía comprender qué encontraba su amigo en aquellas covachas repletas de garrapatas y ladillas. Una y otra vez se repetía que no volvería a dejarse arrastrar... y una y otra vez terminaba tragándose sus ascos y acompañándolo. Pero no podía evitar que se le avinagrara el gesto ante la idea de que le contagiara alguna afección. «Ay, Arnao, si tú supieras lo que hago por ti...».

Lo peor era que su propio corcel comenzaba a encabritarse ante el espectáculo del manoseo. Decidió poner en su sitio a aquella buscona y simuló dar un manotazo involuntario a su propia taza de vino. El líquido rojizo se derramó sobre las faldas de la muchacha.

Arnao se puso en pie de un salto para librar sus ropas de las salpicaduras y, entre carcajadas, exclamó:

—¡Mi bella Tareixa, tendré que libar vuestras prendas con mi boca sedienta!

La criada se las arregló para mostrarle una sonrisa resplandeciente al tiempo que lanzaba miradas furibundas a Martiño. Dejó la jarra encima de la mesa.

—Pos habrá que buscar compañía pa vuestro amigo, pa que le calme los nervios, que mismamente los tiene a flor de piel.

Y se alejó con un airoso meneo de faldas.

—¡Pardiez con la moza! —Arnao la siguió con la mirada y se relamió. Al darse la vuelta y descubrir el ceño fruncido de su amigo, compuso una mueca comprensiva—. ¡No te preocupes, Martiño, esta noche cabalgaremos por ese valle! —Se sentía expansivo y generoso, bendecido por el vino. Agrandó la sonrisa cuando una idea excitante atravesó su mente—. Ahora que lo pienso..., podríamos montarla los dos juntos, ¿eh? ¿Qué te parece? ¿Te gustaría? ¡Los dos juntos como hermanos que somos! ¡Por mis muertos, eso será divertido!

Vio que Martiño abría desmesuradamente los ojos y se le subían los colores a las mejillas. Imaginó que se sentía cohibido. «Bueno, cualquiera lo estaría, con la facha que Dios le ha dado», meditó. Era muy consciente de que la naturaleza había sido generosa con él y de que no todos podían tener la misma suerte. Martiño no valía una cáscara de cebolla, con sus carnes fofas y su enervante timidez. Le salvaba que era un excelente compañero, siempre dispuesto a echarle una mano con alguna tarea de la escuela demasiado compleja. Arnao admiraba su capacidad para entender y explicar conceptos que a él le parecían un galimatías, pero las mozas no babeaban por él. «Qué diantres —meditó, acunado por una benevolente simpatía alcohólica—, es mi amigo y para eso están los amigos, para ayudarse mutuamente».

Aquella noche se sentía audaz.

—Eso estaría bien, ¿eh, Martiño? —insistió, cada vez más excitado por la perspectiva de compartir mujer. Añadió a su sonrisa un gesto pícaro y dijo—: Uno

por delante y otro contra natura. ¡Los dos al mismo tiempo! ¿Cuál prefieres tú? ¡Seguro que nunca has entrado por la trasera de una moza! —El ataque de rubor de su compañero le hizo soltar una carcajada. Le dio una palmada amistosa en la espalda. ¡Ah, pardiez, cuánto tenía que aprender el pobre diablo! Menos mal que le tenía a él. Ardía en deseos de devorar cuanto la vida le ofreciera—. No te preocupes, caerá rendida a nuestros pies. ¿Pues no lo decía el bueno de san Agustín, que de placeres sabía lo suyo? *Ama et quod vis fac*. ¡Ama y haz lo que quieras! No creo que se refiriera a lo mismo, pero para el caso bien nos vale... —Era el único latinajo que se le había quedado en la memoria.

Martiño se agitó sobre el incómodo taburete. La tabla que les servía de mesa había quedado pegajosa por el vino. Buscó dónde apoyar los codos sin que se le pringaran las mangas del jubón, pero terminó asentando las manos sobre el regazo. Al seguir el movimiento, Arnao descubrió con sorpresa el bulto de sus calzas. La sonrisa le creció incontenible.

—No sé cómo puedes estar tan contento —refunfuñó Martiño—. ¿Es que no te preocupa lo que está pasando?

Arnao se dio cuenta de que cambiaba de tercio para ocultar su turbación, pero el comentario le agrió el humor.

—Resulta difícil olvidarlo, pardiez. —Hasta esa taberna dejada de la mano de Dios se hallaba atestada de menesterosos que despotricaban del arzobispo y especulaban en corrillos sobre lo que se avecinaba.

Toda la maldita ciudad vivía pendiente del enfrentamiento entre los señores por el asunto ese de la cruzada. Los nobles se habían quejado y don Rodrigo de Luna había replicado que el que no se presentara con sus mesnadas el día acordado sería despojado de sus cargos y dignidades. Además, la guardia arzobispal llevaba una semana invadiendo las casas de los burgueses para cobrarse las nuevas gabelas impuestas para sufragar la cruzada. Todo el mundo estaba descontento. Los alborotadores acusaban abiertamente al arzobispo de querer enriquecerse a costa del llamado de cruzada.

Al menos, las tabernas y las mancebías rebosaban, y ello pese a la proximidad de la Semana Santa. Arnao daba gracias a Dios por eso. ¡Por todos los demonios! Por muy Calteno que fuera, se le daban una higa las cuitas del arzobispo y de toda la dichosa Compostela. Pero su padre no dejaba de mesarse las barbas sin saber qué hacer ante una ciudad cada vez más hostil al prelado. «No se atreverán. No se atreverán», repetía como un salmo. «¿Atreverse a qué, rediós?», se guardaba para sí Arnao. Por mucho que alborotaran los villanos, un arzobispo era un arzobispo. Los señores se agitaban, la chusma vociferaba, pero al final todos terminarían rezando otra vez en la catedral. «¡Panda de gallinas histéricas!», despotricaba cuando su padre no le oía. Como si no hubiera cosas realmente importantes de las que ocuparse. Mencía, por ejemplo. No dejaba de pensar en la muchacha. Solo de imaginar la promesa de aquellos pechos que apenas había rozado se le hacía la boca agua...

Bueno, todo llegaría. Esa noche sentía un hormiguelo de anticipación en la piel. Iba a ser una velada gloriosa, así se lo llevaran todos los demonios. Tenía la entrepierna a punto de estallar.

—¿Qué crees que pasará? —preguntó Martiño. Hablar de lo que estaba pasando en Compostela le ayudaba a mantener a raya sus emociones. «¡Ay, señor!... Si tan solo te dieras cuenta de cuánto te amo...», pensó, traspasado por el deseo.

Arnao paseó la mirada por el local con evidente desgana. Unos cuantos artesanos jugaban a los dados en una mesa cercana. Los demás bebían y charlaban. El vino y el orujo corrían con generosidad.

—¿Que qué va a pasar? ¿Pues qué quieres que pase? Los señores terminarán por agachar la cabeza y se presentarán en la *carballeira* de Santa Susana el domingo de Resurrección. Han demostrado su fuerza al soliviantar a los villanos y ahora el arzobispo sabe que los ha de tener en cuenta, pero ahí se acaba todo. ¿Crees que van a arriesgarse a perder sus títulos y honores?

Martiño meneó la cabeza.

—Ojalá tuvieras razón, pero lo dudo.

—¿Por qué?

—Mi padre ha recibido la visita de Pedro de Neveiro, uno de los escuderos de Roi de Moscoso. Los señores han decidido enviar al rey una elevada suma como desagravio para demostrarle que no se niegan a participar en la campaña sino a acompañar a un prelado que consideran indigno.

—¿Y qué quería de tu padre el escudero? —preguntó, extrañado, su amigo.

Martiño contuvo un suspiro. Arnao era alegre y hermoso como un serafín, pero no le sobraban entendederas. El Todopoderoso, en su infinita sabiduría, no había querido poner tantos dones juntos en un mismo recipiente.

—Dineros, Arnao, eso quería. Dineros para sufragar la donación al rey. —Y el mentecato de su padre había visto el cielo abierto. ¿Es que el muy lerdo no comprendía que su apoyo al Moscoso echaba por tierra las pretensiones de su hijo de convertirse en miembro del cabildo catedralicio? El escudero había salido de la posada con una gruesa bolsa en la mano.

Por desgracia, su padre se había negado a desvelarle el acuerdo al que había llegado. «Ya te enterarás, muchacho, ya te enterarás... —le repitió varias veces, con la sonrisa a punto de escapársele del rostro—, ya te enterarás de lo mucho que vale tu señor padre». Y no había conseguido arrancarle una palabra más.

—Pues por mi casa no han pasado —comentó Arnao con displicencia, llevándose la taza a la boca.

La mirada, se percató Martiño con una punzada de celos, se le escapaba nuevamente tras aquella putita asquerosa.

—Tu padre apoya al arzobispo. ¿Cómo quieres que acudan a él? Si lo hicieran, se

apresuraría a irle con el cuento a Luna.

Arnao se encogió de hombros y cogió la jarra de vino para servirse más.

—Digo yo que los dineros no entienden de lealtades, ¿no es así? Bah, por mí, como si se matan. Por Dios, ¿qué nos va en ello? ¡Hemos venido aquí a beber y a divertirnos, no a amargarnos la noche con fruslerías!

—¿Cómo puedes decir eso? Si los señores se sublevaran, tu padre se verá en serios aprietos. Yo mismo...

—¿Tú qué? Tu padre apoya al Moscoso.

—Pero yo quiero entrar en el cabildo, y el cabildo depende del arzobispo. —Y para conseguirlo contaba con la influencia de los Calteno.

Arnao bufó.

—Pardiez, ¿todavía no se te ha sacado esa memez de la cabeza? Además, primero tendrás que ordenarte, digo yo. —Apuró la taza y volvió a servirse otra—. ¿Tu hermana no ha conseguido convencerte de que eso es una estupidez?

Martiño frunció el ceño.

—¿Qué sabrá Mencía de lo que me conviene? ¡Solo es una mujer! Ni eso todavía, pues es doncella.

Una sonrisa beatífica apareció en el rostro de Arnao. Se acercó a Martiño, puso al desgaire una mano en su pierna y exclamó:

—¡Ah, pero qué doncella! ¡Digna de un rey! ¡Qué te voy a contar que no sepas! Hermosa como una ninfa, dulce cual miel recién cosechada, y arrojada cual amazona... —Se le nubló la vista al recordar a la muchacha, en la que no se había fijado realmente hasta el día de la revuelta—. ¡Cada vez que pienso en cómo se enfrentó ella sola a aquellos bellacos!

Deliciosamente incómodo por la presión de la mano de su amigo muy cerca de su sexo, Martiño solo atinó a balbucir:

—¿De... de veras te gusta?

—¿Cómo puedes estar tan ciego? Tu hermana es una belleza. —Removió la mano sobre la pierna, aproximándose sin darse cuenta al bulto de las calzas de Martiño—. ¿Quieres que te diga la verdad? No dejo de pensar en ella. —Compuso una expresión de arrobamiento—. ¡Daría cualquier cosa por una caricia suya! Pero tú no pareces muy dispuesto a echar una mano a tu mejor amigo...

El corazón de Martiño galopaba frenético, profundamente turbado, temiendo que alguien les descubriera y, al mismo tiempo, deseando que aquel contacto se prolongara indefinidamente. La cabeza de Arnao estaba tan cerca de la suya que podía percibir el aroma que emanaba de su piel.

Soltó lo primero que se le vino a las mientes:

—Pues no diría yo que te gusta tanto. No paras de mirar a esa ramera.

Arnao dejó escapar una carcajada, y a su pesar Martiño sintió un cosquilleo de placer.

—¿Qué tendrá que ver una cosa con otra? ¡Diantres, Martiño! ¿Cómo se te ocurre

comparar a tu hermana con una criada de taberna? ¡Cada vianda tiene su momento!

Martiño tragó saliva. Le había costado muchísimos meses de esfuerzo acercarse a Arnao. Al principio solo lo hizo por tratarse de un Calteno, pues calculaba que necesitaría de amigos influyentes para hacer realidad sus aspiraciones de llegar a ser canónigo. Después se le había levantado en el pecho aquella obsesión contra natura y su vida se había convertido en un infierno. Por las noches una fiebre se apoderaba de su voluntad, un demonio que le arrastraba a cometer una y otra vez el pecado de Onán. Al acabar siempre le invadía el remordimiento y se postraba desnudo en el suelo, los brazos en cruz, para mortificar su carne pecadora.

Mas de nada valían penitencias ni oraciones. Si pasaba un día sin ver a Arnao, corría a su casa con cualquier excusa, solo para disfrutar de la dicha de contemplar su rostro. El menor desaire le dejaba mohíno, cualquier confidencia (y su amigo era propenso a relatar con pormenores sus conquistas) le dolía como si le oprimieran el corazón. Pero nada le importaba si seguía disfrutando de su compañía. Aquellas ramerías disfrutaban de su cuerpo un instante, pero él poseía su afecto y su confianza.

Haría lo que fuera para seguir teniéndolo cerca. Lo que fuera. Solo con imaginarse a su hermana con Arnao se le inflamaban los celos, pero estaba dispuesto a todo si con ello conseguía tenerlo cerca.

De súbito comprendió que tenía ante sí la oportunidad que llevaba mucho tiempo aguardando.

—Quizá podría ayudarte.

Aquello despertó el interés de Arnao.

—¿A qué te refieres?

—Podría... —simuló titubear— hablar con Mencía. Concertar una cita lejos de la vigilancia del ama Einés.

—¿Harías eso por mí?

Martiño se tragó la bilis. «¿Cómo puedes estar tan ciego? ¿Es que no te das cuenta de que haría cualquier cosa por ti?». Respiró hondo para calmarse.

—¿Lo dudas? —Lo tenía tan cerca que le costaba un esfuerzo tremendo no levantar una mano y acariciarle la mejilla—. Es solo que todo este lío me tiene muy preocupado. Mi padre se opone tajantemente a que me ordene. —Era el último año de ambos en la escuela catedralicia, en la que habían cursado estudios de gramática para mercaderes—. Sin su apoyo, la única forma de proseguir mi formación sería conseguir un beneficio del cabildo. Y para ello necesitaría de alguien que diera firmeza a mi solicitud.

—¿Un beneficio? —preguntó Arnao.

—He presentado mi solicitud, pero sin alguien que me respalde... —dejó caer Martiño, desesperado por la ceguera de su compañero.

—Por lo que veo, estás decidido a continuar con esta locura... —Se le iluminó el semblante cuando una idea le atravesó el magín—. ¡Quieres que hable con mi padre!

—Jamás se me ocurriría pedirte algo así.

—¿Por qué no lo has dicho antes? Hablaré con él si estás tan convencido, seguro que no tiene inconveniente en apoyar tu solicitud. Te juro que no lo entiendo, yo estoy harto de tanto *exordium*, *narratio*, *argumentatio* y *peroratio*..., aunque he de reconocer que la *ars poetriae* tiene sus ventajas para embobar doncellas.

Se le abrió la boca en una sonrisa demasiado libidinosa, a juicio de Martiño, que apartó de su mente ese pensamiento y preguntó esperanzado:

—¿De veras harías eso por mí?

—¡Por todos los demonios! ¿Pues no vas tú a endulzarme la vida con tu hermosa hermanita? ¡Claro que lo haré!

Martiño contuvo el grito de triunfo. Lo había logrado. Pero había algo más, otra oportunidad que no quería dejar escapar.

—Esa Tareixa... —aventuró.

—¡Olvídate de ella! —Arnao rio con despreocupado alborozo—. Era solo un pasatiempo sin importancia, una pulga al lado de la bella Mencía. Pero si me aseguras que hablarás con tu hermana...

—No, no, me refería... —Martiño se sonrojó—. Me refería a lo que decías antes, eso de que podríamos probar... Los dos juntos, digo... si a ti te apetece... —Cualquier cosa. Cualquier cosa con tal de tenerlo cerca, hasta soportar la visión de las carnes de aquella ramera. La imagen del cuerpo desnudo de su amado le hizo aventar con ansiedad.

—¡Ah, pillabán! ¡Empezaba a pensar que no tenías sangre en las venas! Déjalo de mi cuenta, ya verás. ¡Será una noche gloriosa!

Un burbujeo de esperanza

UN relincho llamó su atención. En un lateral del patio de la posada había una construcción de madera que servía de establo. En su interior, unos pocos caballos mascaban tranquilamente. A Estevo le sorprendió la calidad de los animales. Aquellos no eran los jacos de escasa alzada propios de las faenas agrícolas, sino palafrenes y corceles.

Se acercó a un semental roano de gran alzada. El animal detuvo su rumiar y lo contempló con ojos precavidos.

—Shh, bonito, shhh...

Cada año, justo antes de los calores del verano, los mozos de Moreda y otras aldeas cercanas organizaban batidas para conducir a las manadas de caballos cimarrones hacia los corrales de la torre de los Lemos, los señores de la comarca. Allí, jaleados por los vecinos, los mozos saltaban sobre los lomos de los espantados animales, les cortaban las crines y los marcaban con hierros al rojo. Era un espectáculo salvaje y primitivo, una fiesta de sudor y relinchos que atraía a gentes de toda la comarca. Los caballerizos de la torre seleccionaban los mejores potros, aquellos que habían de servir para monturas de las gentes de armas y otros más que presentaban buenas condiciones para las faenas agrícolas. El resto, asustados y sin pelambre, eran devueltos a los montes. Las crines eran muy estimadas. Se usaban para trenzar cuerdas de arco o se mezclaban con arcilla y estiércol para hacer una pasta con la que enlucir los muros de las fortalezas y hacerlos resistentes al agua. El sobrante era vendido a buhoneros que las llevaban a las ciudades, donde alcanzaban un alto precio.

Siempre le había fascinado aquella fiesta, el nervio de los caballos, la bravura de los agarradores que saltaban sobre las bestias para inmovilizarlas. Durante años había aguardado con ansia el momento en que él mismo se convertiría en agarrador.

—Tienes buena mano, muchacho.

El corazón le dio un brinco. Al volverse distinguió a un hombre de mediana edad que entraba en el establo cargado con dos cubos. Los dejó en el suelo y se acercó.

—Yo...

—Tú vas a ser el que trajo la niña Mencía. —Sonreía abiertamente, mostrando al hacerlo una boca medio despoblada. Unos cuantos cabellos castaños campaban a sus anchas por la cabeza desnuda—. Y yo te soy Paio, el mozo de cuadra.

Estevo lo observó con timidez. Tenía el rostro picado de viruelas, pero la viveza de su expresión se imponía. Paio señaló con el mentón al animal.

—No se deja acariciar por cualquiera, ¿sabes? Te es muy mirado el señorón. —Y después continuó sin transición—: ¿Y tú cómo te estás? Mala pinta no tienes, suerte tuviste, que si no llega a ser por la niña... Dicen que llegó justo a tiempo, que del lance no pasabas vivo, y digo yo que te será cierto porque aquí estás, ¿no? —Sonrió más todavía, como si lo que acababa de decir fuera una muestra irrefutable de su tremenda perspicacia, y le palmeó la espalda para darle ánimos—. Pero menos cháchara, que ya me dice la Mariña que hablo más que un cura recién ordenado en la misa del santo. Haberá que avisar a la dueña, ¿no?

Estevo lo miró con desconcierto, confundido por tanta palabra.

—Pos el que no parece muy hablador eres tú, *meu*. —Dejó escapar una carcajada. Tenía una mirada azul y bonachona—. Ea, bueno, que cada uno te es como te es y no será el Paio el que ponga mala cara, eso nunca. Y menos si tienes mano con las bestias, que eso es de gentes de buen corazón, te lo digo yo, malo no has de ser si este grandullón se deja acariciar. Porque yo te tengo para mí una cosa que bien me sé, y es que estos nobles brutos sábente mucho más de lo que parece, que enseguida te distinguen quién les quiere mal y quién les hará bien. Por qué es así no me lo preguntes, pero talmente es así...

Continuó hablando sin parar mientras él mismo acariciaba a la montura con cariño evidente.

—Ea —dijo finalmente—, te diré lo que vamos a hacer, *meu*. Tú te esperas en el cobertizo y yo iré a buscarla. Al ama, digo. No te es mala mujer, ya verás. Gruñona como una meiga arrugada, pero mala no. En la posada estarás bien, ¿no te hay sitio mejor para llenarse el buche! El maese Xan tiene sus humores, pero en eso de la comida no te hay sitio mejor, *dígocho eu*.

Y sin más se fue por donde había llegado, dejando a Estevo perplejo. Al poco regresó cargado con un barreño de madera y seguido por la dueña Einés, la anciana que había visto alguna vez con Mencía. Bajo su mirada ceñuda, Paio echó varios cubos de agua fría en el barreño, lo obligó a meterse en él desnudo y se dedicó a despellejarle la piel con un cepillo y a lavarle el pelo. Se dejó hacer, sin energía para ofrecer más resistencia que unos ocasionales gemidos de protesta. Cuando terminaron, el ama le entregó unas calzas rojiverdes, una camisa y un jubón morado con la imagen de un león coronado en la pechera.

—Que te quede bien clarito, mozo, una cosa es que le entrases por el ojo bueno a la niña Mencía, que es más buena que el pan candeal, y otra muy distinta que eches raíces aquí. Te voy a estar vigilando, y por la Santiña que a la primera trastada yo misma te pongo de patitas en la calle —le soltó la vieja. Y tras ordenarle que se presentara en la cocina regresó a la posada, dejando a Estevo plantado en el cobertizo con aquellas ropas en la mano.

—Perro ladrador... —El mozo de cuadra le guiñó el ojo en cuanto la dueña hubo cerrado la puerta—. Si ya te decía yo, como una meiga *arrugadiña*. Pero tú déjala ladrar, que ya verás que no muerde tanto como quiere parecer.

Estevo examinó con curiosidad las ropas mientras se vestía. Eran de buen paño, o al menos mejor que cualquier otro que hubiera vestido, tan suaves que casi no las notaba sobre la piel.

—Hala, hala, a la cocina —le instó Paio—. Y hazme caso, no te dejes impresionar por el señor. Grande te es como un gigante, y el genio lo tiene recio, pero has de estar bien, ya verás.

Estevo se dirigió a la entrada trasera de la posada embargado por una sensación de extrañeza. Una parte de su cabeza sentía curiosidad y la otra ansiaba largarse. ¿Qué pintaba él allí? Pero todas sus dudas quedaron relegadas en cuanto contempló el interior. Sus pies se detuvieron en el umbral, incapaces de dar un paso más, mientras trataba de absorber el lujo que le rodeaba.

—*Arredemo!* —musitó.

Ni siquiera se trataba de una cámara principal, solo de un simple pasillo que comunicaba la escalera que llevaba al piso superior con el resto de las dependencias. Aun así, para el muchacho bien podría tratarse de la entrada al mismísimo palacio subterráneo del Pico Sacro, donde el viejo Bartolomeu decía que vivía la reina Lupa con un dragón que protegía la entrada al Otro Mundo, un lugar mágico que había poblado sus sueños infantiles. Nunca había conocido otra cosa que chozas con suelo de tierra en las que bestias y hombres compartían espacio en torno al fuego central. Sus pies estaban hechos al barro del invierno y a la dureza de las piedras. El único mobiliario que conocía eran las alacenas, los arcones y el banco para sentarse, y solo en las iglesias había visto tapices o imágenes esculpidas.

Y hete aquí que la posada rezumaba riqueza, una opulencia de tapices que representaban banquetes imposibles, figuras regias que rendían sus tributos, caballeros y damas que más parecían seres sobrenaturales que criaturas humanas. Alfombras con arabescos cubrían los suelos donde en otras moradas no había sino paja y suciedad. Incluso el que no fuera tierra apelmazada lo que tapaban, sino un pavimento formado por pequeños recuadros de mosaico, despertó en él un temor reverente; le dio la impresión de que entraba en un templo y no en una hospedería. A su izquierda se abría una cámara que tenía el suelo cubierto por almohadones; por todas partes se veían cofres, arcones y escabeles de maderas negras con figuras talladas. Estevo perdió la mirada por los techos de madera y los canecillos de vivos colores y extrañas formas que sostenían el artesanado. Allá donde se detenían sus ojos, descubrían un nuevo motivo de maravilla.

—¡Vaya pinta de *paspán!* —resonó una voz cerca de él—. ¡Cierra la boca, que vayte entrar un moscón!

Una mujer vestida con ropas similares a las suyas, aunque con falda en lugar de calzas, le contemplaba desde el interior. Estevo notó que se le subían los colores a la cara y deseó desaparecer.

—Tú eres el mendigo ese, ¿no?, el de la niña Mencía...

Al parecer, todo el mundo en aquella casa de locos sabía quién era. Después se

percató de que la mujer estaba pisando una de aquellas telas del suelo y la alarma se reflejó en su rostro. Ella siguió su mirada.

—¿Qué...? —Comprendió la razón de su sobresalto y dejó escapar una carcajada—. ¡Pos sí que te estamos bien! ¡Así que el paparote nunca ha visto una alfombra! ¿De dónde has salido? ¡Pos sí que la niña te encontró un buen ejemplar, que me da que nunca viste otra cosa que el culo de los bueyes! —Había una cordialidad en su tono que restaba hierro al comentario.

—La dueña me dijo que me presentara en la cocina —replicó con más firmeza de la que sentía. No iba a dejar que le apabullaran.

—Pos ándate conmigo. Te llevaré con el Antón. Él saberá qué hacer contigo, digo yo. Aunque pa mí que le va a ser difícil la tarea...

Maese Xan era un amo exigente, pero en su casa hasta las ratas estaban gordas. A veces Estevo lo observaba cuando se ponía a cocinar. El corpachón del posadero se movía entre los pucheros con una agilidad sorprendente, la expresión absorta y los movimientos precisos, que más parecía estar oficiando alguna extraña ceremonia que preparando una comida. Si alguien lo interrumpía, le brotaban las fieras y echaba al desdichado con cajas destempladas así se tratara de señor o servilón, pero cuando terminaba de preparar lo que fuere que estuviese cocinando se le expandían los humores y no ponía reparos en que todos, servidumbre incluida, disfrutasen de sus platos. Estevo apenas daba crédito a tanta abundancia.

Se levantaba con el primer canto del gallo, faenaba todo el día y se acostaba bien entrada la noche con el cuerpo molido por el cansancio. Antón, que ejercía de criado principal (si bien él exigía que le llamaran maestresala, como si la dignidad fuera pegada al título), le tenía toda la jornada de un lado para otro acarreando agua de la fuente, vaciando los bacines, cargando con los morrales y las alforjas de los huéspedes o sacudiendo alfombras y tapices hasta que no les quedaba ni una mota de polvo que soltar. A los pocos días, Estevo ya había tenido oportunidad de comprender que mantener en orden una casa tan lujosa implicaba un trabajo de mulos.

Aun así, la faena no le resultaba difícil de soportar. Todo le parecía nuevo. La vieja Antonia decía que ahora las cosas no iban bien y que años atrás no había día en que el León Real no rebosara de nobles caballeros y grandes mercaderes llegados de quién sabía dónde. Acudían atraídos por la fama de los guisos de maese Cabreiro, que eran conocidos hasta en la mismísima Roma, donde más de un cardenal afirmaba haber descubierto el cielo entre los fogones del posadero. Pero en los últimos tiempos la inseguridad de los caminos había reducido el caudal de visitantes y la posada no era ni la sombra de lo que fuera.

Pese a las palabras de la criada, en las tablas del León Real resultaba difícil encontrar hueco para almorzar, y más de uno enviaba a un propio por delante para asegurarse un asiento.

—Mercaderuchos y escuderos, nada más —refunfuñaba la Antonia rociando con saliva a Estevo—. Ya no vienen caballeros a esta ciudad.

Con frecuencia, mientras atendía las demandas de Antón o echaba una mano en la cocina, observaba con disimulo a los huéspedes, escuchaba retazos de conversaciones y trataba de orientarse en el mar de vidas de la posada. Había varias mozas de servir que atendían a los huéspedes y les procuraban compañía. Una de ellas, Florinda, la moza que se había encontrado el primer día, era una hembra de carnes generosas que lucía sus encantos con meneos de faldas mientras bregaba con jarras y escudillas. Tenía buen ojo y mejor disposición para atraerse a mercaderes adinerados.

—Mira lo que quieras, hermoso, que este cuerpo no lo catarás —le espetó sin venir a cuento una tarde, quizá malinterpretando la atención con que Estevo la observaba—. Guapo eres un rato, eso sí, pero una tiene que velar por sí misma, que otros no lo harán por mí. Y yo te tengo aspiraciones que no incluyen echarse a perder con cualquier muerto de hambre, dicho sea sin ofender. Algún día seré señora y tendré mis propios criados, ya verás.

Estevo sonrió y pensó que muy probablemente conseguiría sus metas. Por el momento se esforzaba en alcanzarlas, pues no había noche que no calentase el catre de algún peregrino afortunado... en el completo sentido del término.

Antón era el que se ocupaba de organizar a la servidumbre, junto a la dueña Einés, además de atender a los huéspedes y hacerlos sentir como en su propia casa.

—Mira, muchacho —le explicó con el aire fanfarrón que adoptaba cuando se dirigía a los que estaban a sus órdenes—. Aquí tienes mucho que aprender. Lo primero, que los romeros son como niños abandonados por sus madres. Llevan tanto tiempo en los caminos y les han estafado tantas veces que basta la menor cortesía para que se deshagan en agradecimientos. —Compuso una sonrisa ladina—. Y no hay talega más generosa que la bien tratada.

A cambio de sus lisonjas, Antón obtenía pingües beneficios. Le explicó adónde debía enviar a los romeros cuando estos le solicitaban ayuda para cambiar sus monedas o adquirir vieiras, azabaches y cruces que servían como prueba de la peregrinación.

—Ha de parecer que no tienes interés, recuerda, haz como si la pregunta te cogiera de nuevas y tuvieras que reflexionar en la respuesta. Pero si te dicen que les han hablado de otro cambiador o de un azabachero honesto, convénceles de que son unos ladrones que venderían a su familia por un ardite e insiste en que es mejor que acudan a los que tú les recomiendas. Si lo haces bien, te quedarán eternamente agradecidos por el aviso y correrán a hacer sus negocios con quienes queremos.

—¿Y qué más da adónde te vayan? —preguntó Estevo con sorna.

Antón estaba demasiado satisfecho de sus muchas mañas como para percatarse de la guasa.

—Pero ¿tú eres parvo o qué? ¿Pues crees que te hay alguien honesto en esta ciudad? Anda, espabila, y recuerda que tienes que insistirles en que digan que van

recomendados por el León Real, que después esos malcontentos se hacen los listos.

Tales tejemanajes distaban mucho de sorprender a Estevo, pues también en su aldea había mozas que por unos cobres aliviaban a quien lo precisara y no faltaba quien ofrecía su lecho a los peregrinos para vaciarles mejor la talega. El negocio de los peregrinos era antiguo en el reino, y el que más o el que menos, ya fuera acemilero, cura o gran señor, aprestaba sus artimañas para ordeñar esa vaca. En Moreda emborrachaban a los viajeros para apalearlos y tirarlos al arroyo después de despojarlos, y el propio páter Bermudo decía que pocos romeros lo eran de verdad, que en su mayoría se trataba de pecadores sin remedio.

Estevo trabajaba, observaba y aprendía. Comprendió pronto que era maese Cabreiro quien estaba detrás de los manajes de Antón, pero sospechaba que Mencía no tenía idea de lo que se cocía bajo su propio techo.

La doncella le trataba con una cordialidad que le desarmaba. No había día en que no buscara un momento para encontrarse con él, como si en vez de señora y criado fueran ambos de la misma condición. Más de una vez, mientras Estevo barría una estancia o sacudía unas alfombras, la descubría observándole sonriente desde el quicio de la puerta. Le preguntaba por su recuperación o se interesaba por si se encontraba a gusto en la posada y hablaba con él de un montón de cosas dispares. Estevo la escuchaba, aunque la mayor parte de las veces respondía con monosílabos.

—Me gusta hablar contigo —le soltó Mencía un atardecer en que lo encontró sacando agua del pozo.

Estevo sonrió, pero se tragó lo que se le vino a la cabeza: que lo que realmente le gustaba era que alguien la escuchara. Pese a vivir en una posada repleta de gente, la muchacha se sentía muy sola. Pero a él no le importaban los motivos por los que le hablaba.

Sin responderle, siguió con su tarea. Le agradaba salir al patio en esos momentos, cuando el cri-cri de los grillos vestía de campo la ciudad y le llevaba los sonidos de su propia casa. A esa hora, rematadas las faenas de la jornada, su padre se sentaba en la entrada del chozo y dejaba que la oscuridad fuera envolviéndole. Estevo solía acompañarlo y el tiempo se escurría entre silencios mientras escuchaban a su hermanita parlotear en el interior con su madre.

Como si le leyera el pensamiento, Mencía le preguntó:

—¿Echas de menos tu hogar?

Estevo dio un respingo.

—Desde la puerta se veía el río —dijo al cabo de un momento.

Mencía asintió.

—Debe de ser un lugar muy bonito.

Le asaltó la imagen del chozo quemado.

—Ya no —espetó con sequedad.

Nada más responder, se arrepintió de sus palabras, que flotaron como jirones de niebla entre los dos. Mencía percibió el dolor y guardó silencio. Estevo se maldijo

para sus adentros.

—Perdonadme, Mencía. No quería...

La doncella se le acercó. Estevo percibió la calidez de su cuerpo, la fragancia a flores de su cabello. Las sombras alimentaban los sueños en derredor.

—Ahora esta es tu casa —murmuró Mencía. Y depositó un beso fugaz en su mejilla.

Mucho rato después, cuando ya la noche había despertado al frío, Estevo seguía en el patio, apoyado contra una pared, contemplando la oscuridad.

Si los criados y el trajín de la posada le fascinaban, no lo hacían menos sus clientes. Si uno quería enterarse de lo que sucedía o lo que estaba a punto de suceder en la ciudad, no había lugar mejor que el León Real para informarse. Allí acudían mercaderes, artesanos, gentes de iglesia, escuderos y peregrinos. Paio y los demás criados decían que antes había muchos más peregrinos, que ahora llegaban pocos, pero a Estevo le parecían una multitud. Ni siquiera durante las fiestas de su aldea había visto tanta gente junta. Le asombraban las hablas extrañas de los extranjeros, ya fueran romeros o comerciantes asentados en el burgo, que no había cristiano que descifrara. Se imaginaba a sí mismo viviendo en las lejanas tierras de las que procedían y hablando con similares gargajos y, maravillado de que alguien alcanzara a entenderse con aquellos galimatías, se echaba a reír él solo. Le fascinaban también sus modos y costumbres, pues si los francos demandaban quesos a cualquier hora, los de la Germania despreciaban el vino y reclamaban que la cerveza se les sirviera caliente como meados de yegua. Los de las tierras de la Italia tenían la tez oscura de la morisca y los ademanes corteses, mas uno no podía fiarse de sus gentilezas, pues tan pronto acordaban como desacordaban y siempre se salían con la suya. Los de las tierras del norte, cuyas caras parecían esculpidas en la misma nieve, con las pelambres tan rubias como la mies en sazón y los ojos fríos, se mostraban comedidos hasta que la cerveza desataba sus lenguas; entonces les brotaban los demonios del septentrión y aullaban como lobos en plena cacería.

También las gentes de la propia Compostela despertaban su curiosidad. Abundaban los hombres de religión. Algunos eran predicadores ambulantes, hermanos pobres que buscaban en el camino limosna para sus congregaciones y que no ponían reparos en beberse cuanto obtenían; otros eran paniaguados de casas principales con iglesia o capilla propia, pero en su mayoría formaban parte del cabildo de la catedral. Había también azabacheros, orfebres y muchos otros artesanos, ya fueran maestros, oficiales o simples aprendices, mozos de maestro, como los llamaban. Unos y otros compartían mesón y taberna, si bien a distintas horas; era curioso ver cómo al mediodía se llenaba la estancia de pieles, joyas y barrigas bien cebadas, a media tarde de peones, mozos y aprendices, y al caer el sol, de oficiales y artesanos de medio pelo, como si cada cual rehusara mezclarse con sus dispares.

No tardó mucho en darse cuenta de la agitación que reinaba en la ciudad. Se hablaba de disturbios callejeros y de bandas de salteadores en la noche. La indignación de los burgueses medraba a la par que los abusos de la soldadesca arzobispal, que campaba a sus anchas disolviendo a lanzazos cuanto corro divisaban. Unos días atrás, la guardia había confundido la junta anual que los maestros del gremio de caldereros celebraban en el atrio de la iglesia de San Fiz con una algarada, y el lance se saldó con un maestro y dos oficiales muertos por arma blanca y una buena docena de heridos.

En susurros se hablaba también del hambre. Estevo, que sabía bien lo que era y todavía no daba crédito a la abundancia de las despensas del León Real, torcía el gesto. Sin embargo, los cargamentos de vino, trigo, carnes y pescados que abastecían a la población escaseaban debido a los ataques de señores y bandoleros. En los arrabales el hambre campaba ya sin trabas y con él se incrementaba el descontento.

«No hay bolsa en la que no meta la mano ese arzobispo ladrón —se enfurecían los gremiales—. Con el cuento de la cruzada quiere llenarse la panza a costa de nuestros sudores».

Ya fueran principales o mozos, todos mascullaban entre dientes acerca de la convocatoria de cruzada y el pulso que los señores echaban al prelado.

—Irán, os lo digo yo —aseguraba un físico a sus compañeros de mesa mientras almorzaba—. Señores son y de armas tomar, no querrán perderse la ganancia. El dos de abril se presentarán en el arrabal de Santa Susana como si nada hubiera pasado, y aquí paz y después gloria.

—Aviados vamos si no se enfrentan al arzobispo.

Había quien callaba y quien hablaba demasiado, como siempre sucede, y también quien callaba hasta que el vino daba rienda suelta a su lengua.

—Falta hace quien ponga orden...

—Falta hace que el rey nos acuda.

Paio, con el que había hecho buenas migas, meneaba la cabeza con preocupación.

—Si el que debe administrar justicia se convierte en malhechor, ¿tenemos que callarnos y tragar? —decía—. Yo de cosas de señores no te sé, pero mucho no te hay que saber para ver que lo que hace este arzobispo está mal. Si él no nos protege, ¿a santo de qué pagamos rentas y servicios? ¡Ojalá el buen rey supiera de tantos desmanes!

Estevo se encogió de hombros.

—El rey lejos te está. —Nunca había conocido a nadie que lo hubiera visto, como tampoco se veía a los espíritus que provocan las tormentas.

—Cierto es, que el bendito nada de cuanto ocurre saberá. ¡Otro gallo cantara si lo supiera! Por eso digo que alguien debería informarle, para que ponga fin a los abusos. Este arzobispo te es mal bicho, que mismamente tiene jeta de zorro hambriento.

—¿Y quién te va a hacer tal cosa?

Ahí se les cerraban las bocas, que el problema se les antojaba tan complicado

como el de la Santísima Trinidad, que es una y trina a la vez aunque nadie lo entienda.

—Ojalá fuera cierto —murmuró Estevo, sintiéndose presa de algún indefinido anhelo—. Ojalá hubiera señores que velaran por sus vasallos.

El mozo de cuadra meneó la cabeza.

—Pues algo habría que hacer —le susurró, como quien alberga un deseo tan intenso que le desborda la piel.

Estevo se sentía bien hablando con Paio. Al escucharle se le vino a la cabeza la historia aquella de los títeres que los juglares habían representado en Moreda. Mientras el mozo de cuadras parloteaba, su mente revivía la rebelión de los villanos, las palabras bravas del campesino enamorado que habían conseguido que se levantaran las hoces contra los caballeros.

Crecía en él una ansiedad nueva, un burbujeo de esperanza en el pecho.

El mejor santiguador de bolsillos de la ciudad

EL primer secretario del arzobispo no las tenía todas consigo. El día había comenzado mal. Se había quedado dormido, algo completamente inusual, y despertó con la cabeza revuelta y un malestar en los huesos. Había soñado con aguas turbias.

Ese fue el primer presagio funesto.

Afonso Sánchez de Ávila se tenía por poco dado a supersticiones, así que apartó esos pensamientos y tras unas rápidas abluciones matinales salió corriendo de la Canónica, atravesó la Quintana de Pazos y entró con premura en la catedral por la Porta dos Ourives justo a tiempo para el servicio de prima y la eucaristía que aquel día oficiaba el propio don Rodrigo de Luna. Aquella jornada, segunda de abril del año del Señor de 1458, era domingo de resurrección, la fecha señalada para partir a la campaña contra el infiel. Y lo que pudiera suceder le robaba la escasa tranquilidad que pudiera quedarle.

Nada más atravesar la gran puerta del crucero, un murciélago se le vino encima como una sombra diabólica.

Ese fue el segundo presagio funesto...

... y la causa de la carcajada general que le recibió. La gran nave de la catedral distaba mucho de ser el lugar de paz y sosiego que a él le gustaba. Un enjambre de caballeros, escuderos, peones y criados saturaba el aire de voces y gritos; se oía el chirrido de metales y los relinchos de los caballos, porque hasta las monturas de los nobles habían entrado en sagrado. Y no solo eso. El arzobispo quería asegurarse de que incluso el último acemilero de su mesnada, el último mulo y la última gallina emprendían el camino de Granada con la bendición de Dios sobre sus almas pecadoras.

Se deslizó presuroso hasta su lugar en el coro mientras trataba de hacer caso omiso a las chanzas, pero estaba claro que ese no sería su día de suerte. Al pasar frente al altar, don Rodrigo le dedicó una mirada admonitoria... que fue rápidamente acompañada por las muecas burlonas de muchos canónigos.

Bien merecido se lo tenía por quedarse dormido, aunque sabía que no era ese el motivo de tanta befa. Como chantre del cabildo, Afonso solía mostrarse poco complaciente con desaliños e incumplimientos. Su rectitud le había ganado el rencor de los canónigos, al menos de aquellos que eran más dados a refocilarse con placeres mundanos que a cumplir con sus obligaciones.

Esos canónigos aguardaban con ansia lo que sucediera en el arrabal de Santa Susana nada más acabaran los oficios. El rumor de que había sido él quien había

convencido al arzobispo de convocar a los señores a la cruzada despertaba en muchos la esperanza de que, si no acudían, cayera en desgracia.

Y, a juzgar por las libreas de los que abarrotaban la catedral, no iban a quedar decepcionados: no se veía ni un solo escudo de armas de los vasallos principales de la Iglesia.

Afonso trató de concentrarse en la oración, pero los gritos y el trapaleo de bestias y hombres, el tintineo de las armaduras, el crujido de cueros y su propia inquietud le hicieron imposible la tarea. Finalmente se dio por vencido, rogó al Señor que le disculpase y se dedicó a examinar el espectáculo de la hueste. El ejército de Dios.

«Todos con las armas de Luna», pensó, contrariado. Todos vasallos directos, señores menores, simples caballeros, peones y destripaterrones arrancados de sus tierras.

El arzobispo alzó la sagrada forma. El volumen de la algarabía decayó ligeramente y algunos, aquí y allá, se arrodillaron. Estaba haciendo lo propio cuando don Rodrigo de Luna dejó escapar tres sonoros estornudos que retumbaron contra las altas paredes de la catedral.

La consternación acalló las voces, dobló las rodillas de los allí reunidos y llenó de cruces los pechos. Pues aquella era señal manifiesta de que un diablo se hallaba presente. Y un diablo que se atreviera a rondarles durante la consagración debía de ser en verdad bien poderoso.

Ese fue el tercer presagio funesto.

Afonso, poco dado a otorgar credibilidad a supercherías paganas, tragó saliva y buscó amparo en la señal de la cruz, pues signo más poderoso que ese no había.

Pero la desazón ya se había infiltrado en sus huesos.

Y el día solo acababa de comenzar.

Mencia estaba hecha un lío. Tenía la sensación de que sus pensamientos eran saltamontes que no paraban de brincar de un lado para otro. Por una parte estaba Arnao. Cuando pensaba en él sentía un cosquilleo, una expectación cargada de... ojalá supiera de qué, promesas indefinidas, un ansia escondida. Se despertaba en mitad de la noche con la imagen del estudiante en la cabeza y la piel enfebrecida. Cualquier cosa bastaba para recordárselo: un jubón parecido al suyo, una cabellera rubia entrevista por la ventana... No entendía qué le pasaba. ¿Sería eso el amor? Según los romances, el amor era algo hermoso, no esos nervios a flor de piel. ¡Se sentía estúpida! Y, sin embargo, ansiaba tanto volver a verle...

Pensar en el amigo de su hermano la llenaba de ilusión, pero al momento siguiente se le ponía un nudo en la garganta. Había sido la Semana Santa más extraña de cuantas recordaba. Todos los años por esas fechas las calles se llenaban de romeros y penitentes, los chiquillos corrían por las calles con sus carracas de madera y el mundo entero sentía que algo importante estaba a punto de pasar. El sábado de

gloria las campanas de las iglesias repicaban al unísono para anunciar el milagro de la resurrección del hijo de Dios. Las gentes rompían a cantar: «*Aleluia! Aleluia! Aleluia!*», mientras se abrazaban unas a otras entre alboroto de juglares, músicos y saltimbanquis. Las calles estaban llenas de puestos de vino, pastelillos de almendra y huevos de Pascua, y hasta la dueña Einés se mostraba contenta.

Ese año, sin embargo, todo estaba vacío y silencioso. El Viernes Santo, la procesión de los penitentes había acabado en trifulca cuando unos desconocidos lanzaron huevos podridos a los disciplinantes desde los tejados. Don Rodrigo de Luna, que cerraba la procesión, había sido alcanzado por varias andanadas.

Mencía no sabía qué pensar. Todo el mundo parecía nervioso. Su padre se pasaba el día rezongando, los criados hablaban en susurros, las gentes hurtaban las miradas. Algo grave iba a suceder.

Después estaba lo de la dueña. Cada vez que lo pensaba tenía que morderse los labios para no gritar de frustración. Quería a la vieja Einés como a su misma madre, pero en ocasiones se preguntaba si tenía una piedra por corazón.

¡No había hecho nada! ¿Cómo podía ser tan insensible? La misma ama se lo había confesado unos días atrás: «¡Por la Santiña, Mencía! ¿Crees que no tengo otra cosa que hacer? ¡No me queda tiempo, niña!». No había enviado alimentos para aliviar la situación de las pobres mujeres que perdieron a sus hombres en la algarada del palacio arzobispal. Y se había quedado tan tranquila, como si las excusas llenaran el estómago de los niños hambrientos.

Al menos, había podido averiguar dónde vivían esas familias. Si el ama Einés se quedaba cruzada de brazos, ella no pensaba hacer lo mismo.

Ese día se despedía el ejército arzobispal. Una de las familias vivía en el arrabal de Santa Susana, así que se le había ocurrido aprovechar que toda la ciudad estaría pendiente de la dichosa cruzada para encargarse de lo que nadie más parecía dispuesto a hacer. La dueña pensaría que había escapado para ver el alarde. La regañaría cuando volviera, pero sería mucho peor si descubría sus verdaderas intenciones.

—¿Os encontráis bien, Mencía?

Enfrascada como estaba en sus pensamientos, llevaba un buen rato caminando sin prestar atención a su acompañante, que, cargado con un cesto repleto de provisiones, había guardado hasta ese momento un silencio atento.

—Oh, sí, disculpa, Estevo.

Apenas había amanecido. Un viento frío bajaba por el Preguntoiro. No tardaría en romper a llover.

—Parecéis preocupada...

Mencía sonrió. Había algo en Estevo que le enternecía. Una tristeza profunda que le hacía pensar en cuánto debía de haber sufrido. Era tan reservado... ¡Apenas abría la boca! Pero no se sentía incómoda con él; su presencia le sosegaba los nervios. Era como si estuviera con un hermano mayor. Mayor de verdad, no como Martiño.

—Es por Martiño. Se comporta de una forma tan extraña...

Sin darse cuenta cabal de lo que hacía, animada por la intimidad que les brindaban las calles casi vacías y la quietud de la madrugada, comenzó a desgranar sus preocupaciones. Había tantas cosas que le rondaban la cabeza y que no tenía a quien contar... A medida que descendían por la rúa dos Ferreiros hacia las murallas, sus palabras fueron fluyendo con suavidad.

Desde hacía unos días notaba raro a su hermano. Era un muchacho difícil, taciturno, pero con ella siempre se había mostrado abierto y confiado. O así era antes.

«Ya era hora de que tantos latinajos sirvieran para algo —había espetado su padre a Martiño unos días atrás para sonrojo de la muchacha, que estaba presente—. ¡Ese Arnao es una buena pieza, por el Cristo! Trátalo bien, no vayas a fastidiarla ahora, que el mozo es plato de primera. ¡El muy bobalicón está embobado con tu hermana! ¡Tiene buen paladar el granuja!».

El semblante de Martiño se había demudado tan visiblemente que Mencía creyó por un momento que le habían atacado las fiebres. «¿Te encuentras bien?», le había preguntado.

Por toda respuesta, su hermano le dirigió una mirada cargada de... de odio. Fue tan inesperado, que Mencía creyó que le robaban el aliento y, cuando quiso preguntarle qué le sucedía, Martiño abandonó la habitación.

Más tarde había terminado de confundirla cuando le propuso que se encontrara a solas con Arnao.

—No lo entiendo, Estevo. ¿A qué viene decirme algo así? ¡Primero me mira como si le fuera a robar a su amigo y después me insinúa algo tan... tan...!

Se acercaban a la Porta Faxeira a través de un barrio donde residían clérigos, notarios y ricos artesanos cuyas casas ostentaban escudos heráldicos y tenían amplias entradas para que las caballerías pudieran acceder a los establos interiores.

—Y... —Estevo vaciló— ¿pensáis hacerlo? Veros con Arnao, digo.

—¡Ojalá lo supiera! Estoy tan confusa. Te parecerá una tontería, pero... —Le lanzó una mirada de reojo y notó que enrojecía—. ¿Qué se siente al estar enamorado? Quiero decir, ¿cómo se puede saber si lo que sientes es amor u otra cosa?

Estevo se encogió de hombros.

Al llegar a la pequeña plaza que se abría intramuros de la Porta Faxeira les asaltó el rumor de gentes. Vieron sombras embozadas que, solas o en grupos, se dirigían al Outeiro de Poldros, la colina en la que se alzaba la capilla de Santa Susana, más allá de las casuchas del arrabal de las murallas. Las grandes puertas estaban abiertas, flanqueadas por dos hombres de armas que contemplaban con indiferencia a los viandantes.

—Acuden al alarde —dijo Mencía—. ¿Crees que los nobles se presentarán?

A Estevo se le endureció la voz.

—Ojalá lo hagan.

Lo miró con curiosidad.

—¿Quieres que partan a la cruzada?

—Cuanto más lejos, mejor.

Mencía abrió la boca para responder, pero al fijarse en la expresión del mozo prefirió guardar silencio. ¡Si al menos confiara en ella! Seguro que hablar de lo que fuera que le hubiera sucedido le aliviaría, pero era tan reservado...

Desfeito no conseguía quedarse quieto. Llevaba un buen rato rondando los alrededores de la iglesia de Santa Susana y el frío de la madrugada se le había metido hasta el fondo del alma. Medio agazapado tras el tronco de un grueso roble, daba saltitos intermitentes sobre uno y otro pie mientras se frotaba las palmas y trataba de dominar el estúpido temblequeo.

El frío también se le colaba por el agujero que el verdugo había abierto en su cara en el lugar de la nariz. Maldito fuera el frío. Maldito fuera el frío y maldita fuera la estampa del Arcanxo, así se lo llevara el demonio al otro mundo. Él no tenía que estar ahí, no señor. Él tenía que estar calentito en su jergón con la gorda Xoana asfixiándole bajo sus gloriosas tetas. Ahí tenía que estar, y no muriéndose de frío en aquel arrabal. La culpa la tenía su maldita suerte. Desde hacía varias semanas la suerte se dedicaba a darle patadas en los riñones. No conseguía hurtar una talega decente. ¡Y eso que en tiempos había sido el mejor santiguador de bolsillos de la ciudad!

Estaba pasando una mala racha, eso era. ¿Es que un hombre decente no podía atravesar una mala racha? Las manos ya no le funcionaban como antes, que se le ponían responones los dedos y le gastaban malas pasadas cuando menos falta le hacía. ¡Malditos temblores! Unos días atrás se había librado por puro milagro de terminar balanceándose en el rollo del monte Ouriz gracias a que su perseguidor resbaló en un charco y se rompió la crisma. El problema era que ni siquiera había conseguido robarle la talega, pues cuando se aplicaba a ello se le vino el temblor a los dedos y el tipo se percató de la maniobra. Y de ahí la persecución, claro. La Xoana decía que era de tanto darle al orujo, que tenía empapada hasta el alma. ¡La muy guarra! ¿Qué sabría esa gorda estúpida, más borracha que un sacristán de aldea?

El Outeiro de Poldros dominaba una zona de campos y chozas miserables que descendía por un lado hasta el río Sarela y por el otro se daba de bruces con las murallas de la ciudad. A aquella hora imprecisa del amanecer, la fijada por el arzobispo para reunir a sus mesnadas, ya muchos esperaban con impaciencia el momento.

Una ocasión excelente para que los dedos de Desfeito mostraran de lo que eran capaces. El Arcanxo se lo había dejado muy claro: o volvía con un botín decente o ya podía buscarse otro lugar para vivir. Así que tenía que hacerse con alguna bolsa bien repleta, eso era lo que tenía que hacer.

Llevaba un rato calibrando posibles piezas sin acabar de decidirse cuando

descubrió un tabardo carmesí. Supo que había encontrado su presa: una inocente zagala que acudía a ver la partida de tantos caballeros y señores. Dejó escapar una risilla. Una tierna corderita de paños lujosos y talega bien repleta, una faena fácil y apetitosa.

Con repentina aprensión echó un vistazo en derredor, temeroso de que alguien pretendiera disputarle la presa.

Maldita fuera su estampa. En efecto, ya otros le habían echado el ojo. Reconoció al Viruelas en un extremo y, no muy lejos, a aquel tipejo engreído y bravucón, el Palante le llamaban, que tenía tanto cerebro como un mosquito recién nacido. El Viruelas, que era más listo que el hambre, se hacía el despistado y simulaba tener la atención prendida de una pelea de borrachos cercana, pero Desfeito llevaba demasiados años en el oficio y sabía que no le quitaba ojo a la doncella. Con el Palante no había confusión posible. El animalón no apartaba la mirada de la joven. ¡Sería lerdo! Casi podía oler el humo de la hoguera que tanta concentración estaba provocando en su mollera.

Conocía a la mocita. Era la Mencía, la hija del Cabreiro. La había visto alguna que otra vez camino de la catedral o del mercado. Una hembrita de armas tomar, por lo que contaban de ella.

Se fijó en el criado que la acompañaba. Algo en él le resultó conocido. Un joven de cabellos castaños y andares de patán labriego, pese a que sus ropas le identificaban como criado del León Real.

Y, sin embargo, juraría que nunca le había visto por aquella posada.

De pronto cayó en la cuenta. ¡Por las barbas del Cristo, qué estúpido era! ¿Pues no había sido la Mencía la que se les apareciera aquel día en el callejón? Y el palurdo aquel solo podía ser el mismo que había intentado robarles la presa, el patán campesino que se salvó por los pelos.

El mismo que había rajado la cara del Arcanxo.

«Vaya, vaya. *Mira ti o paxaro*». Sonrió quedamente.

Era su día de suerte.

El rey nos espera

MENCÍA tragó saliva una vez más. Nunca había imaginado que existiera un lugar como aquel. La Compostela extramuros era un anillo de chozas pegadas a las murallas, una aglomeración de hedores y basuras.

Avanzó por el laberinto de callejas con los ojos muy abiertos. Se sentía ridícula con sus ropas de buen paño y el repulgo de las faldas levantado para evitar que se le ensuciaran. A su alrededor, chiquillos de barrigas hinchadas jugueteaban desnudos en el fango mientras sus madres se afanaban en las chabolas. Algunas mujeres, los pechos vencidos al aire, sonreían desvergonzadamente a Estevo y la miraban a ella con desagrado.

—¡Eh, hombretón! ¿Adónde vas con esa niña? ¡Si buscas una hembra de verdad ven conmigo, guapo!

Mencía luchaba contra el rubor, contra el barro, contra el asco y el temor. Era una sensación casi física, como si se le hubiera adherido a la piel alguna sustancia viscosa. Pero, sobre todo, luchaba contra la vergüenza y la amargura. Vergüenza porque nunca había sospechado que hubiera gentes que vivían en tales condiciones mientras ella disfrutaba de tantas comodidades; amargura porque se daba cuenta de que lo que pretendía, llevar algo de comida a unas pocas familias, era pueril.

—¿Sabéis dónde es, Mencía?

—Sí, claro... —respondió. Pero después, al echar un vistazo en derredor, no tuvo más remedio que añadir—: Bueno, más o menos.

Mariña le había dicho que torciera primero a la derecha, después la segunda a la izquierda y finalmente la cuarta a la derecha, y ahí la tercera casa. Que en ella vivía una mujer, la Pascoala, que había quedado viuda y con dos niñas pequeñas. Entonces le había parecido fácil, pero... ¿qué significaba la segunda a la izquierda, por ejemplo? Es decir, esa mínima abertura entre dos chozas, ¿contaba o no contaba? Y aquel chamizo, ¿serían una o dos casas? Parecían tener un madero en medio, como dos borrachos agarrados al mismo palo...

Inesperadamente, se le humedecieron las mejillas. Oh, claro que sabía que tras las murallas había arrabales y casas de mancebía y que allí vivían pobres y mendigos, pero una cosa era oírlo y otra tenerlo delante. El ama Einés la había protegido bien. Mencía había creído conocer el mundo porque hablaba con muchos romeros, pero en ese momento se daba cuenta de lo poco que sabía en realidad.

Pese a sus esfuerzos por contenerlas, las lágrimas se deslizaban por sus mejillas a medida que la luz de la mañana iba descubriendo el horror en toda su extensión. La

pestilencia era atroz, aunque al rato se tornaba soportable si no se le prestaba atención. Sin embargo, la miseria no remitía por mucho que se la contemplara.

—¿Os sentís bien, Mencía? Tal vez deberíamos regresar.

Solo le faltaba que Estevo se preocupara por ella. Él, que probablemente había conocido sitios incluso peores.

—No. —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—. Vamos a encontrar a esa mujer y a darle lo que llevamos. Es lo menos que podemos hacer.

Estevo la observó inseguro, pero terminó asintiendo.

—Como queráis.

Avanzaron por las callejuelas seguidos por miradas hoscas y silencios. De cuando en cuando una puerta abierta dejaba entrever el interior de una de aquellas cuevas y revelaba cuerpos vencidos. Comenzó a lloviznar y el limo vomitó un hedor húmedo. Mencía apretó los dientes. No iba a darse por vencida.

Llegaron a un chamizo destartado. En el exterior, dos chiquillas de unos tres y cinco años se espulgaban mutuamente sobre un charco de lodo, indiferentes a la lluvia y al frío.

—¿Es aquí donde vive la Pascoala?

Las crías le lanzaron una mirada inquisitiva pero no se movieron. En sus cuerpecitos desnutridos destacaban los ojos grandes, apáticos. Mencía se estremeció. Sacó un pedazo de pan de trigo de la cesta de Estevo, lo partió en dos y se lo acercó a las niñas, que lo cogieron con recelo y se lo llevaron a la boca.

—¿Y vuestra madre? —preguntó con la garganta llena de lágrimas.

Las mocosas siguieron comiendo sin dejar de mirarla.

—Aquí hay alguien. —Estevo se había acercado a la abertura que hacía de puerta.

Un olor fétido a orines, moho, sangre y excrementos les golpeó con una intensidad casi física. Contuvieron la respiración mientras sus pupilas se acostumbraban a la penumbra.

—¡Por la Santiña!

Sobre un jergón de paja, seguramente podrida, yacía una mujer medio desnuda de cintura para abajo. Temblaba con violencia, sometida por unas fiebres que la hacían delirar. En un rincón yacía el bulto de un recién nacido cubierto de sangre.

—Está muerto —murmuró Mencía, sobrecogida por la escena, persignándose.

Estevo rebulló a su lado.

—Deberíamos irnos. Aquí poco podemos hacer, y estas calles no son seguras para vos...

—¡Se está muriendo por las fiebres del parto! Si fallece, ¿qué será de las niñas de ahí afuera? —exclamó Mencía, consternada—. ¿Cómo pueden vivir así? ¿Es que nadie les ayuda?

—¿Quién iba a hacerlo?

Siempre había dado por hecho que los señores se ocupaban de sus villanos y siervos y la Iglesia de los pobres. Siempre había estado ciega.

Supo lo que tenía que hacer, aunque la simple idea le repugnaba. Echó un nuevo vistazo al interior de la choza. Era un lugar infecto. Le asaltó el deseo de alejarse de aquella pesadilla.

Le invadió una sensación de íntima vergüenza y tragó saliva. ¿Cómo podía pensar en escapar y abandonar a aquella desdichada?

Tomó una decisión.

—¿Me ayudarás?

—¿Qué pretendéis?

—Limpiar este sitio. Y a la mujer. Enterrar a esa pobre criatura. Alimentar a esas niñas de fuera.

Estevo examinó la cueva, el cuerpo roto de la hembra, la miseria y la pobreza. Observó a la doncella.

—Claro.

—¡Oh, Estevo! ¡Sabía que podía confiar en ti!

Gabriel el Arcanxo había jurado vengarse del patán que le había desfigurado el rostro con una cuchillada, y cuando el Arcanxo juraba algo más le valía al infeliz que Dios y los santos le pillaran confesado. Era hombre rencoroso, sí, muy consciente de su posición y atento al menor desdoro. Y además, disponía de cuantos hombres necesitaba para tomarse sus desquites.

Durante días, el gremio de pícaros, limosneros y maleantes había buscado al campesino aquel. Así fueran esportilleros, mendigos, busconas o hurtadores, todos cuantos pagaban aduana al Arcanxo indagaron aquí y allá, husmearon como una jauría al acecho de su presa. Pero el muchacho parecía haberse convertido en humo. Nadie lo había visto. Nadie sabía quién era.

Y hete aquí que él, Desfeito, lo había encontrado. Qué pánfilos habían sido. Menudo hatajo de cretinos sin mollera. A ninguno se le había ocurrido pensar que la misma doncella que lo salvó lo había acogido en su posada.

Rio para sí. Él, Desfeito, era mucho más listo de lo que todos pensaban. Él tenía ojos y veía. Y le daba al caletre como otros al vino. La suerte le sonreía.

Lo que no acababa de entender era qué se le había perdido a aquella damita por tales andurriales. Con aquellas ropas tan delicadas lucía igual que una rosa en un estercolero. Era demasiado escuálida para él, que gustaba de perderse en carnes abundantes, nada que ver con la Xoana, desde luego, pero bonita lo era un rato largo, eso había que reconocérselo.

Y la muy locuela se metía en medio del muladar con el mismo desparpajo con el que habría recorrido la nave mayor de la catedral. Aquello al Desfeito le parecía tan raro como un molinero honrado, y el hijo de su madre no era ningún idiota, no como para tragarse que hubiera un molinero que diera la medida entera. Allí había algo muy extraño.

Hizo una seña al Viruelas y al Palante para que se disimularan y aguardaran a ver qué pasaba. Porque Desfeito era listo, sí. El mierda del patán ese era importante, pero no iba a salir corriendo. Y, quién sabía, si aguardaba un poco quizá se enterara de qué hacía la Mencía en un lugar tan poco apropiado para la hija de Xan Cabreiro.

Bien erguido sobre su alazán castrado, vistiendo loriga, tocado con yelmo y portando espada, don Rodrigo de Luna asistía al espectáculo de los hombres en armas con un rictus de malhumor.

Una llovizna fatigosa aplastaba las capas contra las espaldas, empapaba las gualdrapas de las monturas y convertía pendones y estandartes en trapos flácidos, despojados de toda gloria. Menudo día habían elegido, por muy Domingo de Resurrección que fuera.

Asustado por la irreverencia de su propio pensamiento, Afonso Sánchez de Ávila se llevó la diestra al agnuscdei que le colgaba del cuello y masculó una oración. Solo le faltaba comenzar aquella campaña sin la bendición del Señor.

A veinte pasos de donde estaban, una ramera se levantó las faldas con un gesto procaz, le dijo algo a un caballero montado y este soltó una carcajada. Afonso se tragó el desagrado y miró de reajo al arzobispo. También él había dirigido la vista a la mujerzuela con expresión de asco.

Afonso intentó permanecer imperturbable. Era muy consciente de que todos les observaban, a la espera de la orden de ponerse en marcha. Contempló la ciudad, al norte. Las torres de la catedral sobresalían, imponentes, por encima de los tejados, una hermosa metáfora del poder infinito de Dios. Ante las puertas y sobre las murallas distinguía las siluetas de los burgueses.

Escudriñó el cielo, pero las nubes le impidieron calcular la hora. Qué más daba. Estaba claro que los señores vasallos no comparecerían.

En ese instante, el arzobispo se volvió hacia él.

—¿Habrà pasado ya tercia, Afonso?

—Con seguridad, ilustrísima —respondió. Y después añadió—: No se van a presentar. Deberíamos partir ya, si me permitís que os lo diga. Cuanto más esperemos, más evidente será el desplante.

—Desplante que vos habéis provocado —subrayó don Rodrigo.

Prefirió guardar silencio.

—¡Vos, Afonso! —alzó la voz el arzobispo—. ¡Si no me hubierais recomendado convocarlos a cruzada, no tendríamos que soportar esta humillación!

La cohorte de caballeros jaleó sus palabras, un zumbido de asentimientos, reproches y medias sonrisas.

Afonso era un hombre honesto y no le dolían prendas en reconocer sus errores. Pero también era un hombre que amaba la justicia. Enfrentó la mirada de su ilustrísima y respondió con voz engañosamente calma:

—Es cierto, don Rodrigo, yo os lo aconsejé. Pero solo después de que rechazais mi primera sugerencia... —lanzó una ojeada al hechicero que tenía sorbido el seso del de Luna. Montaba un jaco a la diestra del arzobispo, con su hija, o lo que fuera, convertida en un bulto cual una joroba en su espalda—, por indicación de maese Mingos.

El adivino le devolvió una mirada impasible. Igual habría dado que se hubiera referido a una piedra.

Involuntariamente, tragó saliva. Las pupilas de aquel hombre le ponían nervioso. En realidad, todo él le ponía nervioso, siempre callado y al acecho. El arzobispo no daba un paso sin consultar con aquel majadero, así que él consideraba su obligación, como buen siervo de la Iglesia, hacer todo lo posible por reducir el alcance de esa mala influencia.

—¿De qué demontres habláis?

—Haced memoria. Os sugerí que intentarais conquistar a don Roi de Moscoso. Os dije que si le ordenabais arrestar al conde de Trastámara, conseguiríais atraerlo de nuevo a vuestro lado y romper así cualquier alianza entre los Moscoso y los Osorio. Esos dos buscan lo mismo, ilustrísima, solo se alían porque tienen un enemigo común.

—¡Yo! —exclamó el de Luna.

El primer secretario se tragó un suspiro.

—Vos, ilustrísima, en efecto, como sagazmente apuntáis —continuó con poca disimulada sorna—. En realidad, la Iglesia, a la que vos representáis con... tanta dignidad.

—¡Válgame el diablo a esos malnacidos! Mas no pretendáis confundirme, Afonso, que conozco bien vuestras artimañas. Insisto en que fuisteis vos quien me recomendó convocarlos a cruzada. Y también me dijisteis que si abandonaba la plaza dejando a los Moscoso, Osorio y Soutomaior detrás, perdería la ciudad. ¡Vos me habéis arrastrado a este embrollo! ¿Qué debo hacer ahora? ¿Meteros en prisión?

Afonso fijó la vista al frente, pensativo. El día había comenzado mal, como anunciaron los presagios. Luna era un amo tan firme como una veleta de plumas en medio de un vendaval. Pero quizá pudiera torcerse la suerte. Con fe todo era posible, ¿por qué habría de desear el Señor mal alguno a Santiago de Compostela?

Comprendió lo que tenía que hacer.

Recorrió el cortejo con la mirada y volvió a posarla en maese Mingos. Mantenía su habitual expresión imperturbable. Bastaría una palabra suya para que el arzobispo desestimase lo que iba a proponerle, pero Afonso contaba con que el vidente tuviera las mismas ganas de librarse de su compañía como él de la suya.

Habló con aparente indiferencia:

—Es vuestro privilegio, ilustrísima, y estoy seguro de que a más de uno le agradecería verme en prisión. —Sonrió, haciendo caso omiso del murmullo que se alzó tras sus palabras—. Aunque se me ocurre que podría seros más útil de otro modo.

—¿A qué os referís?

—Dejadme reparar el daño que yo mismo he causado. —Afonso era muy consciente de que la atención de todos estaba prendida de sus labios. Asumir culpas que no consideraba suyas le sentaba tan mal como un trago de vinagre, pero había ocasiones en que la dignidad debía dejarse a un lado por el bien común—. Dejad que mi hermano y yo nos quedemos en la ciudad —concluyó.

Se levantó un bisbiseo escandalizado del círculo de cortesanos. Su hermano Álvaro, que formaba parte del séquito, le dirigió una mirada sorprendida, pero Afonso solo tenía ojos para maese Mingos... que permanecía impassible. «¡Por todos los demonios! ¿Es que no tiene sangre en las venas? ¡Le estoy ofreciendo librarse de mí por una temporada y ni siquiera parpadea!».

—¿Me tomáis el pelo? ¿Por qué habría de hacer tal cosa?

Se obligó a concentrarse en sus argumentos.

—Porque es cierto que en cuanto os marchéis de Santiago el conde de Trastámara y sus secuaces harán lo posible por tomarla. Pero para conseguirlo necesitarán contar con la avenencia del cabildo, del concejo y de los gremios. Como sabéis, sin su acuerdo nadie puede mantener el control de la ciudad mucho tiempo.

Afonso estaba seguro de que don Rodrigo lo sabía porque en más de una ocasión había sufrido en propia carne los quebraderos de cabeza que tales juntas repartían como hostias consagradas. El cabildo catedralicio, al menos en su mayor parte, defendía las posiciones de la Iglesia, pero el concejo y los gremios mostraban una irritante tendencia a oponerse al gobierno arzobispal.

—¿Y eso qué tiene que ver con vos y vuestro hermano?

Afonso se tragó el suspiro de irritación. «¿Es que no ve más allá de sus narices?», se preguntó. Para él todo estaba claro.

—Mi hermano, en su calidad de alcalde designado por vos, forma parte del concejo. Y yo formo parte del cabildo. Entre ambos conseguiremos mantener a raya la ciudad. —O eso esperaba. Pero ¿qué opciones había?

Echó un vistazo a Álvaro para espiar su reacción. No tenía idea de cómo se lo tomaría, aunque imaginaba que no le haría ascos a la idea de quedarse en Santiago. Su hermano tenía ya más de cincuenta años, como él mismo, y de ello daban buena fe su lustrosa panza y sus muchos achaques. Se libraría con agrado de una expedición tan extenuante como estéril. Afonso no era ciego y sabía que hacía tiempo que Álvaro había sustituido su ardor guerrero por otro tipo de pasiones de más... baja naturaleza. Pasiones que se disfrutaban mejor en reposo y sin testigos por medio.

El arzobispo se rascó la sotabarba y su mirada escapó hacia el vidente. Este hizo como si la cosa no fuera con él.

—¿Y los gremios? —inquirió Luna, indeciso—. ¿Quién controlará a los gremios?

—Sus miembros más destacados forman parte del concejo, por lo que controlar este nos permitirá tenerlos vigilados. Además, Álvaro es teniente de la fortaleza de Rocha Forte, lo que nos permitirá dominar las vías de acceso de la mayor parte de los

productos a Santiago. Eso nos garantizará también el apoyo de los comerciantes.

El castillo de Rocha Forte era la principal fortaleza episcopal para el control de la ciudad y de los caminos que a ella llegaban desde Portugal, Pontevedra, Padrón, Muros o Noia. Se alzaba al sur, a dos tiros de piedra de donde se encontraban, en la parroquia que decían de Conxo, en la confluencia de los ríos Vilar y Sar, sobre un pequeño promontorio desde el que se divisaban las torres de la catedral. Rocha Forte era un símbolo de opresión y dominio. Afonso Sánchez de Ávila lo sabía, y sabía también del temor que su mero nombre despertaba en los compostelanos.

Don Rodrigo de Luna gruñó por lo bajo, malhumorado, y Afonso disimuló la sonrisa que le venía a los labios. Sabía lo que le pasaba a su señor. Estaba deseando conocer la opinión de Mingos, pero no podía preguntarle ante tantos testigos. Una cosa era contar con un hechicero en su séquito, algo habitual entre nobles, reyes y ministros de la Iglesia, y otra muy distinta dejar que él tomara las decisiones.

Don Rodrigo, al cabo de unos instantes, se volvió. Los cortesanos fingían hablar entre sí o contemplar el paisaje, pero no había uno que perdiera ripio de la conversación. Lanzó una mirada a maese Mingos, quien de súbito clavó la vista en él y compuso una apacible sonrisa.

—Pronto escampará —afirmó.

Afonso se fijó en que el rostro del arzobispo se iluminaba como si acabara de escuchar una profecía venturosa y se tragó el menosprecio.

El arzobispo alzó la voz:

—¡Tocad los clarines y pongámonos en marcha, que el rey nos espera! ¡Os aseguro que tendrá puntual noticia de los hechos de estos vasallos felones y que no le temblará la mano al castigarlos! Y a vos, Afonso, más os vale tener razón. Vos y vuestro hermano quedáis al frente de la ciudad. Y al frente espero encontraros cuando regrese. Responderéis de ello con vuestra vida y hacienda, ¿está claro?

—Como el agua, ilustrísima. Que el Señor os guarde y proteja.

El vidente le dedicó un casi imperceptible saludo con la cabeza.

Sonreía, el bastardo.

—¡Aparta, *paspán!*

El exabrupto le sacó bruscamente de su ensimismamiento. Pedro Osorio, disimulado bajo el capuz que le protegía de la lluvia, se volvió con presteza hacia el jinete que le abroncaba mientras su mano buscaba por puro instinto la empuñadura de la espada. El vacío que encontró le hizo recordar que tanto él como su hermano Luis pretendían pasar desapercibidos.

El soldado les examinó con suficiencia desde la altura de su jaco. Se trataba de un sueldado, a juzgar por la factura de sus armas y la calidad de su montura. Un miserable mercenario de mirada torcida y faltriquera hambrienta.

—Disculpad —masculló Pedro, conteniéndose, mientras agachaba la cabeza y

retrocedía para dejar paso libre. «Y da gracias de que voy embozado, mamarracho».

La lluvia había deslucido el alarde y estaba convirtiendo la marcha en un triste espectáculo. Las huestes arzobispales partían a luchar contra la morisma. «Así os podréis por el camino, obispillo. Vos y cuantos os acompañan».

—Ahí parte ese engendro del infierno, alabado sea el Señor —barbotó su hermano Luis con un deje de satisfacción—. ¡Que castigue su lascivia haciendo que se le corrompa la hombría!

—Me contentaría con que no volviese.

Pero Luis, vuelto hacia el arzobispo que se perdía a lo lejos, ni siquiera le oyó; se había lanzado ya a uno de sus frecuentes arrebatos.

—¡Enfrenta, oh Señor, a mis contrincantes, combate a los que luchan contra mí. Sea su camino tiniebla y resbaladero, y el ángel del Señor los acose!

—Amén. —Pedro Osorio se cruzó el pecho al desgaire, sin quitar los ojos de la serpiente de cabalgaduras, carromatos y peones que emprendía camino hacia el sur. De alguna forma le habría gustado partir con ellos para sacudirse el tedio de la paz. Una campaña era siempre una buena ocasión para ganar fama y honores, y anhelaba tanto la una como los otros.

Pero su padre el conde tenía razón. Los principales señores habían plantado cara al arzobispo, un desplante que convertía a los Osorio en los amos de la situación.

—Ha dejado a los Ávila al frente —dijo su hermano con un mohín de disgusto—. No me gusta el chantre, es un estirado.

Pedro sonrió.

—Un estirado que ve con malos ojos que algunos canónigos vivan con barraganas, quieres decir. No se me ocurre por qué extraña razón puede parecerle mal tal cosa.

—¡Si el propio Jesús vivía con María Magdalena, alabado sea el Señor!

—¿Ah sí? —inquirió Pedro con sorna.

—Bueno, más o menos. La cosa nunca ha estado del todo clara.

—En cualquier caso, no es Afonso el que me preocupa, sino Álvaro.

—¿El tenente de Rocha Forte?

Pedro asintió.

—Un hideputa. Y un buen guerrero.

—En fin, ¿y ahora qué? ¿Has pensado algo?

—Ahora, Luis, tenemos mucho que hacer si queremos que la fruta caiga en nuestra cesta. Y mejor será que empecemos cuanto antes.

No la entendía. No entendía por qué una doncella como ella se preocupaba por unos simples villanos. Había nacido entre almohadones y nunca le había faltado de nada. Era una dama, o lo sería cuando casara con el hijo de algún rico comerciante, puede que el Arnao ese que le había sorbido el seso u otro del estilo. Con la dote de

su padre y su belleza, tendría cuantos pretendientes deseara. Y sin embargo allí estaba, luchando con la mugre y la enfermedad como si fuera una criada cualquiera.

Estevo no podía dejar de espiarla de reajo. Incluso en ese momento, con el pelo alborotado por el esfuerzo y la faz arrebolada, estaba resplandeciente. Pensó que no era solo su belleza: era la luz de su expresión.

—Necesitaremos más agua —dijo Mencía.

Habían aseado a la mujer, envuelto el cadáver del bebé en la servilleta de lino que había tapado el cesto y alimentado a las chiquillas. Tras sacar el jergón de paja al exterior y sacudirlo, la muchacha trataba de limpiar el interior, aunque bastaba observarla para darse cuenta de que no tenía mucha experiencia en esas lides.

—Iré por ella.

Estevo cogió un cubo que habían encontrado en un rincón y fue a buscar un pozo. La mañana ya estaba avanzada, pero el arrabal parecía desierto. «Deben de estar todos en el alarde», pensó. Hasta allí llegaban los rumores apagados de las caballerías y el murmullo de la muchedumbre.

Un estruendo de clarines rompió la calma, seguido de un revoloteo de pájaros asustados. Por el hueco entre dos casuchas, contempló el Outeiro de Poldros. El ejército emprendía el camino. Había esperado con expectación la partida de los nobles, pero en ese momento no conseguía recordar por qué. Tenía la cabeza llena de Mencía. Nunca había conocido a nadie igual.

Absorto en sus reflexiones avanzó por los callejones del arrabal sin prestar atención a cuanto le rodeaba. Encontró un pozo, llenó el cubo y al darse la vuelta para regresar se topó con alguien inesperado.

—Vaya, vaya, mirad quién va...

Al ver al desnarigado, Estevo retrocedió hasta el petril.

—¿Qué quieres?

El mendigo exhibió algo parecido a una sonrisa. Su diestra adelantó un cuchillo al desgaire, como si no supiera bien qué hacía allí.

—Disfrutar de tu compañía, bonito. Ni te imaginas lo mucho que te hemos echado de menos. Fíjate que conozco a alguien que estará encantado de volver a verte.

No estaba solo. Otros dos compinches le guardaban las espaldas unos pasos más atrás, uno de ellos una bestia parda, a juzgar por su tamaño. Todos con hierros en las manos.

Maldijo su suerte. Y su torpeza. En el bosque se habría percatado de que se acercaban, pero allí, entre aquellas chozas...

—No tengo nada con vosotros.

—Eso tendrás que decírselo al Arcanxo, a ver si te está de acuerdo.

Estevo hizo un movimiento brusco, un amago de echar a correr, pero el desnarigado se le adelantó y le colocó la hoja en el cuello.

—Ni lo sueñes, hermoso. Si vuelves a intentarlo, te aseguro que será mucho peor.

—Soltó una risita absurda, que roció de saliva su rostro, y después hizo un gesto a uno de sus compañeros.

Algo le tapó la visión antes de que pudiera reaccionar. Un saco, comprendió. Estevo, acababan de meterle la cabeza en un saco. Estornudó cuando el polvillo de su interior se le introdujo en la nariz. Trató de revolverse, pero uno de los mendigos le sujetó con fuerza por detrás y le inmovilizó.

Mencía. Si se lo llevaban, ¿qué iba a hacer ella sola en aquel arrabal? Nunca se perdonaría que le sucediera algo. Creería que la había dejado abandonada.

Absurdamente, esa idea se le antojó mucho más insoportable que el destino incierto que le aguardaba.

Gabriel el Arcanxo

MENCÍA comenzaba a sentirse intranquila. Estevo tardaba mucho en volver.

Observó a la Pascoala, que yacía sobre el jergón de paja en un lado de la choza, y a las dos chiquillas, que aguardaban sentadas en el suelo a su lado. Sin duda seguían teniendo hambre, pero no protestaban. Se limitaban a esperar lo que la vida les llevara.

Desde que había entrado en el arrabal le daba la sensación de estar moviéndose en medio de una neblina que le nublabla el entendimiento. Y Estevo no regresaba. ¿Le habría pasado algo? No, qué le iba a pasar, seguro que estaba acostumbrado a sitios así.

Nada más pensarlo se sintió estúpida. ¿Cómo podría alguien acostumbrarse a... a eso?

Un ruido a sus espaldas.

—¡Estevo, por fin!

Pero no era él. La abertura de la entrada permanecía vacía, solo entraban el frío y la humedad. «¿Qué ha sido eso?», se preguntó, intranquila. ¿Había creído atisbar unos ojos que la espiaban?

Tenía que tomar una decisión. No podía quedarse mucho más allí, tarde o temprano Einés se daría cuenta de su ausencia y le caería un buen rapapolvo cuando llegase. Pero Estevo... ¿Dónde se habría metido?

No, no podía aguardar más. Sabría encontrar el camino de vuelta él solito.

Si es que volvía. La idea la paralizó. Que ella supiera, era la primera vez que Estevo salía de la posada. No es que estuviera encerrado ni nada por el estilo, pero podía ser que al encontrarse fuera se le hubiera ocurrido marcharse.

Qué tonta. Se estaba comportando como una tonta. ¿Cómo iba a desaparecer así, por las buenas? No le cabía en la cabeza. No le encajaba. Si quisiera irse se despediría. Estaba exagerando. Probablemente se había perdido y estaba intentando encontrar el camino de vuelta. ¡Sí, por supuesto, tenía que ser eso!

Bueno, pues ya lo encontraría. Ella necesitaba volver ya a casa, si su padre se enteraba de la escapada acabaría encerrándola para el resto de sus días en un convento. No quería dejar a las niñas allí, pero ¿qué iba a hacer con ellas? ¡Eran tan pequeñas! No podía llevárselas. ¿Qué pensaría la madre si se recuperaba? No, no *si...*, sino *cuando*. Porque se iba a recuperar. Ella se encargaría. Enviaría a Mariña con hierbas y un buen caldo para la mujer, eso haría. Y de paso le pediría a la criada que llevase el cuerpecito del bebé al camposanto de la capilla de Santa Susana y que

le diera dos monedas al cura para que bendijese su tumba. Eso estaría bien.

Estevo no regresaba.

Salió al exterior y echó un vistazo. Un hombre, el pelo pegado al cráneo en guedejas grasientas y la boca desdentada por la que asomaba la punta de la lengua, la repasó con descaro desde un chamizo cercano. Mencía sintió asco y se estremeció. Apartó la vista. No quería que pensara que quería provocarlo. Había oído historias de mujeres forzadas por desconocidos que después alegaban que les habían incitado con la mirada. Por eso su padre nunca la dejaba salir sin el ama.

Echó a andar apresuradamente, sin preocuparse por el barro o los excrementos que manchaban el repulgo de su falda ni por la lluvia que arreciaba. De refilón, se percató de que el individuo salía de su chamizo y comenzaba a seguirla. Aceleró todavía más el paso; el corazón le bombeaba con fuerza.

De repente ya no veía solo suciedad o miseria, sino un lugar desolado en el que cualquier cosa podía suceder. Creyó percibir algunas voces roncadas, ojos que la perseguían, bocas ávidas. Tal vez la dueña tuviera razón. Quizá aquel no fuera sitio para una... para una jovencita mimada. Le dolió el pensamiento, pero se tragó su dolor. Porque eso es lo que era, una tonta malcriada que se creía mejor que los demás. ¿Quién era ella para intentar subsanar lo que ni la Iglesia ni los señores remediaban?

No iba a dejarse intimidar con tanta facilidad. Seguro que el sujeto aquel había salido del chamizo por cualquier motivo que no tenía nada que ver con ella. Respirando agitadamente, se obligó a caminar más despacio.

Una sombra surgió de una esquina. Unos pasos apresurados, un encontronazo. Mencía soltó un grito y rompió a correr sin fijarse por dónde marchaba. Oyó unas carcajadas a sus espaldas.

—¡*Mirade* la zorrita! ¿Quieres rabo, ramerita? ¡No corras, que tengo un regalo para ti!

Mencía tropezó y se estampó de bruces contra el lodo del camino. Se levantó, el vestido convertido en un guñapo de barro. Sintió ganas de llorar.

Respiró hondo, intentando tranquilizarse. Aquello no tenía sentido, nadie quería hacerle daño. Buscaría la salida y regresaría a la posada. Con un poco de suerte, lograría cambiarse antes de que la dueña Einés se percatara.

¿Por dónde se iba? Mariña había dicho la segunda a la izquierda... ¿o era la tercera? Y ahora tenía que buscar el camino al revés... ¿por qué no se había fijado con más detalle a la ida? ¡Porque iba con Estevo y había dado por supuesto que él lo haría!

Alcanzó un pequeño espacio entre tres chozas, una mínima abertura en la que no cabrían dos personas juntas. Se detuvo para recuperar el resuello. La salida no podía estar lejos. Pero ¿por dónde? ¿Quizá por la derecha?...

Notó algo en el vientre. El tacto viscoso de unos dedos sobre su sexo, un tufo a cebollas podridas en su cuello. Un cuerpo se le pegó a la espalda.

—¿Te has perdido, corderita?

Mencía soltó un alarido e, instintivamente, dio un codazo en las costillas a su agresor. Oyó un gruñido de dolor.

Echó a correr.

Martiño se sentía sucio. Sucio, confuso y atormentado por los celos. La buscona aquella no había dejado de apretarse contra el talle de Arnao, toda carcajadas y guiños lascivos, mientras las tropas del arzobispo se perdían en el horizonte. Le entraron ganas de cerrar su boca de ramera con un guantazo.

Ah, ojalá tuviera la cabeza más despejada.

Regresaban ya. La chusma volvía también a sus cubiles una vez que el espectáculo había concluido. Un espectáculo que complicaba su futuro y le obligaba a replantearse su situación, a calcular con cuidado sus próximos pasos. Con el arzobispo ausente y la ciudad dividida, cada vez veía más complicado obtener un beneficio del cabildo para proseguir sus estudios. Hasta aquel momento había confiado en el padre de Arnao, pero comenzaba a plantearse si el cambista seguiría teniendo la suficiente influencia con el arzobispo fuera. Martiño era muy consciente de que si quería progresar en la vida necesitaba de algún valedor. Con su padre no podía contar.

—Que me aspen si entiendo para qué querías venir. —Arnao le dedicó una mueca burlona—. De acuerdo, tenías razón, los nobles no han acudido. ¿Y qué nos va en ello? ¡Más disfrutaríamos si continuáramos en el lecho con esta dama tan bien dispuesta!

—Pos todavía estamos a tiempo. —Tareixa le sonrió con picardía, arrimándose a él. Después se volvió hacia Martiño y le guiñó un ojo—. Que aquí el páter te se nos quedó con ganas anoche...

Martiño se sonrojó y apartó la vista. Tareixa no podía ser más vulgar, pero era lista como una comadreja. Sospechaba algo. «No, no sospecha nada. Lo sabe. Lo sabe todo». Era lógico que lo supiera. A poco que observara, se habría percatado de la renuencia con que la tocaba... y lo mucho que se le escapaban las manos hacia Arnao.

Habían pasado la noche, una vez más, en el cuartucho trasero de la taberna donde trabajaba la mujer, en los aledaños de la Porta Faxeira. Una noche más habían compartido hembra y sudores. La repugnancia que sentía por la fulana era grande, pero la tentación de acariciar el cuerpo desnudo de Arnao imponía sus fueros. Después llegaba el remordimiento, que le abatía como si cargara con una pesada cruz. Se sentía sucio, pecador. El terror le dominaba, un espanto casi físico por el convencimiento de estar condenando su alma. Una y otra vez se prometía que nunca más caería en la tentación. Una y otra vez volvía a dejarse arrastrar por la voracidad de sus deseos contra natura.

En ese momento, el asco y la aversión eran mayores que el deseo insatisfecho. El

Señor le observaba. El Señor siempre le observaba. El Señor conocía su alma negra.

—Id vosotros si os place. Yo he de regresar a casa.

—¡Martiño, no seas aguafiestas! ¿Qué te pasa ahora? ¡Pardiez que no hay quien te entienda!

Se acercaban de vuelta a Porta Faxeira. El fielato de la entrada ya estaba abierto. Los aldeanos y mercaderes que acudían a la plaza a vender sus productos hacían cola para pagar las alcabalas y se mezclaban con los oficiales y aprendices que retornaban del Outeiro de Poldros. El ruido de las conversaciones se confundía con los cacareos de las gallinas, los gruñidos de los cerdos y los reclamos de los mendigos.

La tarde anterior, Martiño había sacado fuerzas de flaqueza y hablado con su hermana para proponerle que se viera a solas con Arnao. Imaginarse a Mencía acariciando a su amado bastaba para que le ardiera el pecho de celos, pero el joven no le diría una palabra a su padre hasta que él cumpliera su parte del trato. Oh, no era que se negara de plano, pero siempre que le sacaba el tema argüía las excusas más peregrinas para justificar la demora.

Su hermana no había reaccionado como esperaba. Saltaba a la vista que le gustaba Arnao, pero en vez de echarse a sus brazos para agradecérselo se había enfadado. ¿Quién podía entenderla? Mientras no consiguiera que aquellos dos se ayuntaran, no obtendría su recomendación. Y el tiempo corría en su contra. ¿Cuánto duraría la influencia de los Calteno con la ciudad a punto de estallar?

Se disponían a separarse ante la entrada de la taberna cuando una mujeruca desgreñada salió corriendo de un callejón del arrabal y tropezó contra un grupo de gañanes. Uno de ellos, un mocetón de mejillas sonrosadas y aspecto aldeano, la agarró por el vestido.

—¡Eh, mira la pendanga! ¡Se ve que no puede resistirse a un buen mozo!

Una ristra de carcajadas, manos que la agarraron, tirones de las ropas.

—¡Pues no le hagas demérito, Xosé! ¡Y no te preocupes, mozuela, que si este no te satisface, conmigo sabrás lo que es bueno!

Martiño apartó la mirada. Aquellas fulanas harían cualquier cosa por un ardite. Asqueado, se volvió hacia Arnao para despedirse.

El semblante de su amigo había palidecido.

—¿Qué...? —No tuvo tiempo de más. Arnao, apartando de un empellón a Tareixa, corrió hacia la fulana.

Y entonces Martiño distinguió un rostro que conocía demasiado bien.

De pequeño le gustaba la oscuridad. La noche siempre había sido para él un territorio mágico, fascinante. En verano le encantaba bajar hasta el río, a un tiro de piedra de su casa, y tumbarse sobre la hierba de la orilla. Se quedaba muy quieto, escuchando los sonidos que le rodeaban mientras poco a poco iban asomando las estrellas como luciérnagas celestiales.

Era un momento prodigioso. El canto de los grillos se mezclaba con la brisa que mecía las ramas de los árboles. En el aire flotaba un susurro de espíritus. Tumbado en el suelo, con el universo para él, dejaba pasar las horas. Los demás, sus padres, los vecinos, no entendían que le gustara la noche. Para ellos era territorio de demonios y seres oscuros, el reino de los espíritus errantes que contemplaban con envidia a los vivos. Todos temían poner un pie fuera de sus casas en cuanto anohecía, lo que les condenaba en invierno a largas horas de encierro en torno a la lumbre.

A Estevo siempre le había gustado la oscuridad, pero en ese momento habría dado lo que fuera por un poco de luz. No tenía ni idea de dónde se encontraba. Con los ojos vendados y las manos y las piernas atadas, era poco más que un fardo sobre un suelo de tierra húmeda. Llevaba horas así. Los músculos entumecidos comenzaban a acalambrarse. El temor, que hasta entonces había conseguido mantener a raya, se iba filtrando como carcoma en su cerebro.

No quería dejarse atrapar por el miedo, pero Mencía le había contado que el tal Arcanxo era como un señor entre los bandidos, y Estevo sabía demasiado bien cómo se las gastaban los señores. No esperaba misericordia. «Ni te imaginas lo mucho que te hemos echado de menos», le había espetado Desfeito. Lo que quería decir que le habían estado buscando.

Respiró profundamente para serenarse y el hedor a orines y podredumbre invadió su nariz. Por enésima vez, trató de buscar una postura un poco más confortable y se recostó contra la pared. Percibió la humedad que se filtraba a través de su camisa y le sacudió un escalofrío.

Que le hubieran estado buscando quería decir que el Arcanxo quería vengarse. No acababa de entenderlo. ¿Por qué? ¿Qué valor tenía vengarse de alguien tan poca cosa como él? ¿Tan gran ofensa era robar una faltriquera a un mercader en su ciudad?

No sabía dónde se encontraba. Debía de llevar encerrado un buen puñado de horas, a juzgar por el hambre y la sed que sentía. A esas alturas Mencía ya habría vuelto a la posada convencida de que la había abandonado. De cuando en cuando le alcanzaban voces lejanas que no conseguía entender, alguna risa de mujer, el ladrido de un perro. Un rato antes había escuchado el tañido de una campana cercana, pero no había conseguido identificarla. Santiago estaba repleto de campanas, y él llevaba tan poco tiempo en la ciudad...

Despertó al notar una mano que le agarraba por la pechera del jubón, lo sentaba con violencia y le arrancaba el saco de arpillera que le cubría la cabeza. Deslumbrado por la luz de las antorchas, Estevo cerró los ojos.

—Es él, Arcanxo, os lo digo yo, el patán que osó rajaros, yo mismo lo atrapé...

Apretó los dientes y se esforzó por abrir los ojos y enfocar la visión.

La piel blanca, la barba recortada. El Arcanxo. Vestía una túnica de color mostaza con las mangas acuchilladas sobre un jubón azul y llevaba un collar de azabaches, un aspecto señorial que resultaba chocante en aquel cuchitril.

—¿Dónde se escondía? —le preguntó a Desfeito.

Estevo le miró de frente. No iba a dejarse amedrentar.

—Oh, eso es lo más curioso. No os lo vais a creer, mayordomo, pues aquí el mierda este te apareció bien escondido bajo unas faldas, je, je, mismamente así...

A Gabriel el Arcanxo siempre le había gustado cuidar su apariencia. Se sabía apuesto y era muy consciente de la ventaja que su gallardía le daba en un mundo de miseria y fealdad en el que las deformidades, las marcas de viruela, los miembros tullidos, los cuerpos contrahechos y las bocas desdentadas eran tan habituales como las chinches en las camas. En un mundo así, una piel clara, un cuerpo firme y un rostro hermoso se ganaban la admiración de las gentes. Por eso le enfurecía tanto el costurón todavía tierno que le cruzaba la mejilla derecha, desde la sien hasta la comisura de los labios.

Estudió al prisionero. Era el que había osado rajarle la cara... y seguir con vida después, lo que casi era un insulto mayor.

No se trataba solo de venganza. Era el respeto. Nadie que se atreviera a ponerle las manos encima podía continuar respirando. Si dejaba pasar una afrenta así, ¿quién iba a obedecerle?

Y aquel mierda todavía tenía redaños para sostenerle la mirada. Lo observó con curiosidad. Saltaba a la vista que el pobre diablo no tenía ni idea de quién era él.

Casi se sintió ofendido.

—¿Quién...? —Una palabra suelta había captado su atención.

—Mencía Cabreiro, mayordomo, ya sabéis, la hija del Xan Cabreiro, el posadero del León Real; ella fue la que lo salvó aquel día y la que lo escondió en su posada, por eso no pudimos encontrarlo...

Se volvió hacia el muchacho con renovado interés.

—¿Estás sirviendo en el León Real?

—Oh, seguro que lo está, mayordomo, ¡no pensaréis que es huésped de tan renombrada hostería, je je! Sí, sí, te ha de estarlo el muy bribón.

—Cierra la boca, Desfeito. —Se agachó hasta colocar su rostro a la altura del prisionero y volvió a preguntar—: A ver, ¿sirves en el León, sí o no?

El muchacho asintió.

—Vaya, vaya. Estás hecho un pozo de sorpresas.

Quizá, después de todo, convendría postergar el momento de darle su merecido. Tras la marcha del arzobispo, la situación de la ciudad era delicada. Los nobles se habían salido con la suya, pero no dominaban Compostela. Y no les iba a resultar fácil hacerlo, en el caso de que lo pretendiesen. El tesoro de la catedral y los tributos del señorío eran una tentación demasiado grande... que los hermanos Ávila defenderían con uñas y dientes.

Sí, la situación, por el momento, era moleestamente indefinida. Y no le gustaban las situaciones indefinidas. La inestabilidad siempre creaba problemas. Pudiera ser,

por ejemplo, que siguiera pagando sus sobornos a los hombres del arzobispo y ello le atrajera las iras de los señores. O que cambiara de tercio, apostara por los señores y estos acabasen refugiándose en sus torres a la primera de cambio. No, la inestabilidad no le gustaba nada. Era mala para el negocio.

Compuso su mejor sonrisa y habló con tono suave:

—Paréceme que te voy a cortar ese cuello que tienes. Nada personal, es solo que así son las cosas. Es lo que pasa cuando te dedicas a cazar pajaritos que no son para tu boca. —Alargó la mano y acarició con algo parecido a la ternura aquella mejilla barbilampiña. El chico no apartó la mirada—. Dime, ¿qué harías tú si pillaras a un raposo metiendo la patita en tu gallinero? Oh, sí, bien sé lo que harías... —Apartó la mano y, como quien no quiere la cosa, con calma, extrajo un cuchillo del cinto y se lo acercó al cuello—. ¡Es tan fácil!

Vio que el muchacho tragaba saliva y sonrió de nuevo. Siempre le funcionaba. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que una voz suave y una sonrisa podían ser mucho más amenazadoras que un grito.

—¿Queréis que mismamente yo le corte el cuello, mayordomo?

—Tse, tse. Hay cosas que uno debe hacer por sí mismo, Desfeito. —Contempló el cuchillo con curiosidad, como si no recordara qué hacía en su mano. Luego clavó de nuevo los ojos en su presa—. ¿Sabes? Me resultas simpático. Y yo tengo buen corazón. Háblame de lo que haces en el León. Dices que sirves allí, pero te dedicas a asaltar pajaritos. No me gustaría nada enterarme de que Cabreiro me roba la caza, no...

El muchacho abrió la boca al fin.

—No servía allí hasta... hasta ese día. El día en que vos... La doncella Mencía me llevó a la posada para que me recuperara.

—¿Y ahora trabajas allí? —Cuando lo vio asentir, Gabriel enarcó las cejas—. ¡Qué curioso! Así que a fin de cuentas me debes el no estar muriéndote de hambre en cualquier callejón.

El pobre imbécil tragó saliva. No apartaba la vista del hierro que seguía tan cerca de su garganta. Gabriel el Arcanxo sonrió con algo parecido a la melancolía. Un muchacho despierto. Y había aparecido justo cuando más lo necesitaba.

Al final, hasta iba a darle lástima deshacerse de él.

—¿Sabes, Desfeito? Has hecho bien. Has hecho muy bien, sí, trayéndomelo.

—Gústame estar a vuestro servicio, mayordomo —se infló el mendigo.

—Pero ahora vas devolverlo a su posada.

—¡Pero...!

—Porque —continuó sin hacer caso— a partir de ahora nos va a ser muy útil, sí. Va a devolvernos el favor de no matarlo desplumando a los pajaritos de la posada del León. Oh, sí, eso estará muy bien. Pero va a hacer algo más, algo muy importante. Va a mantener abiertos esos oídos, sí, tan abiertos que no se le escaparán ni los pedos de maese Cabreiro. Y después correrá a nuestro lado para repetirnos cada cosa que oiga,

eso va a hacer. ¿Verdad, muchacho, que harás todo eso para el Arcanxo?

La posada del León Real era el centro de reunión de los canónigos del cabildo, de los justicias, regidores y procuradores del concejo, de los mercaderes, los artesanos y de cuantos pintaban algo en aquella ciudad. Si algo se cocía en Compostela, eran los fogones de Cabreiro los que prestaban la llama.

Y ese mierdecilla acababa de brindarle una inesperada oportunidad para meter las narices en su cocina. San Dimas, el patrono de los ladrones, debía de estar mirándole con benevolencia desde el cielo.

—Cada semana, Desfeito irá a buscarte y vendrás de visita, sí. Nos entregarás el producto de tus descuidos. ¡Y más vale que sean generosos! Es tan fácil cortar un cuello... —Le acarició la garganta con la punta del cuchillo. Sonrió de nuevo—. También nos contarás todo lo que escuches, lo harás, ¿sabes?

—No sé si podré regresar —dijo el muchacho con voz firme—. La doncella habrá pensado que la abandoné en el arrabal.

—¡Oh, no te preocupes por eso! La hija del posadero es muy compasiva, ¿verdad? —Apartó el puñal y giró el cuello hacia el mendigo—. Dime, Desfeito, ¿lo es o no lo es?, ¿me equivoco? Ha ido al arrabal a cuidar de los hambrientos, fíjate si lo será. Incluso recogió a este una vez y le salvó la vida. ¿Por qué no habría de hacerlo una vez más? Anda, llévalo a la posada, pero antes...

Se volvió y, con un raudo movimiento de muñeca, rajó las dos mejillas del muchacho. La sangre fluyó con fuerza.

Gabriel el Arcanxo se irguió. Su sonrisa era de acero. Unas gotas habían salpicado su jubón.

—¡Oh, mierda! —se quejó. Se dirigió a Desfeito—: Dale lo que se merece y llévalo a la posada. Déjalo donde pueda verlo la doncella.

Salió del cubículo sin mirar atrás.

SEGUNDA PARTE

La ciudad disputada

De abril a junio de 1458



Un giro en la rueda de la Fortuna

ROI tiritaba. Encaramado en lo alto del castaño y medio oculto por los brotes tiernos de las hojas, el chiquillo oteaba el camino. Al final bajó la mirada al suelo.

—Pinto, tranquilo, Pinto —calmó a su perro, que no cesaba de gañir, como reprochándole que lo hubiera dejado allí abandonado. Seguramente percibía que algo raro estaba pasando, y no le faltaba razón. Roi había oído al cuco antes de desayunar, y eso era muy mala señal.

Hizo un esfuerzo por contener el temblequeo, medio enfadado consigo mismo. ¡Ni que no estuviera habituado al frío! Lo conocía muy bien. Los sabañones en invierno, las corrientes de aire que se colaban de madrugada por las rendijas de la choza y no sentir los dedos congelados cuando sacaba a pastar las ovejas del padre Cristovo, que a cambio le daba un pedazo de pan de borona reseco para que fuera tirando.

Al menos había dejado de lloviznar, aunque el goteo de las hojas sobre su cabeza era una tortura y hacía que le costara concentrarse en la tarea.

A sus pies, la ladera descendía suavemente hacia el río Mandeo, que corría al fondo, hacia la cercana desembocadura. Notó una punzada de inquietud. No, no le hacía ninguna gracia la tarea que le habían encomendado. Al principio le había enorgullecido que los mayores confiaran en él e incluso se había paseado muy estirado delante del Pero y el Xocas, pero ya no. Ahora estaba solo y nadie lo miraba con envidia.

Estaba demasiado cerca de las marismas. No le gustaban las marismas. Desde muy crío había oído hablar de los seres que las habitaban. Las ánimas de los que morían violentamente iban a esconderse allí. La vieja Escravitude decía que en una noche oscura podían verse luces pálidas que flotaban en el aire, y que eran los espíritus de los muertos que salían de sus escondrijos. También decía que si te quedabas allí mucho tiempo, amanecías con toses y fiebres, y en unos pocos días ibas a hacerles compañía a las ánimas.

Y después estaban los Esquerdos.

Desde su atalaya podía divisar el camino que iba de Betanzos a Bergondo y que pasaba por su aldea. Río abajo, en Bergondo, se alzaba la torre de O Baroço. Allí vivían los Esquerdos, que le daban más miedo que las mismísimas luces de las ciénagas.

Sacudió la cabeza para ahuyentar ese pensamiento. Tenía que vigilar. Si lo hacía bien, el páter dispondría del tiempo suficiente para ahumar y bendecir los campos, y

la cosecha sería abundante.

Pensar en la cosecha le recordó el agujero que notaba en las tripas. «*No comezo ou no fin, abril será ruín*», decían los mayores de su aldea. Abril era un mes de frío y de lluvia, pero sobre todo de hambre, porque ya no quedaba nada del trigo y el mijo del año anterior y los de ese año todavía estaban en los campos. Solo podían engañar al hambre con nabos y cebollas. Si cerraba los ojos veía las *filloas* que preparaban las mujeres con la sangre del cerdo tras la matanza de San Martiño, los atracones de callos, incluso olía el aroma de los garbanzos y las tripas en la olla, y la boca le salivaba como si de verdad estuviera comiendo.

Volvió a sacudir la cabeza. El camino de Bergondo seguía desierto. Dejó vagar la vista por los abedules, fresnos y sauces que señalaban la línea del río. Por el otro lado, a lo lejos, distinguió a los vecinos que acompañaban al páter para la ceremonia de la bendición de las tierras. Localizó en la distancia a su hermana Catalina; tenía ya trece años y era tan blanca y tan rubia que todos decían que parecía un ángel.

Un ladrido inquieto de Pinto llamó su atención. El perro gruñía, se le había erizado el pelo del lomo y no dejaba de mirar hacia un lado del camino.

—¡Quieto, Pinto! —le ordenó tras echar un rápido vistazo para cerciorarse de que nadie se aproximaba. Seguramente se trataba de un tejón. Los tejones ponían nervioso a Pinto—. ¡Calla, perro bobo, que nos van a oír!

No había acabado de decirlo cuando Pinto soltó un gañido, dio una voltereta en el aire y cayó a plomo sobre el camino. Roi tardó en comprender que lo que salía de su pecho era un virote de ballesta.

De entre los árboles cercanos surgió un hombre, que levantó la vista hacia él. Su sonrisa le heló la sangre.

—Ni se te ocurra, rapaz.

Cerró la boca, temblaba como nunca antes. Pero ya no era por el frío. El bandido le apuntó con la ballesta y Roi ni siquiera se dio cuenta de la repentina humedad que mojó sus piernas.

El padre Cristovo se acercó un poco más a la pequeña hoguera que sus feligreses habían prendido en la *leira* de la Escravitude con las ramas de laurel bendecido el domingo de Ramos. Se apretujaban a su alrededor robándole el aire, como las ovejas rodeaban a su pastor cuando intuían que el lobo las acechaba. Vive Dios que no les faltaban motivos.

Comenzó a recitar latines en voz baja, pero tuvo que detenerse por un acceso de tos. Le llegó un murmullo nervioso. Creían que la interrupción traería mala suerte, incluso alcanzó a oír un conjuro susurrado a toda prisa. Contuvo el impulso de volverse y reprenderlos. Eran supersticiosos e ignorantes, incapaces de distinguir entre una oración y un hechizo. Cuando regresaran a la aldea los amonestaría; en ese momento solo deseaba terminar cuanto antes.

Era la primera vez que los labriegos salían a los campos en varias semanas. Había sido un invierno duro, de fríos poco comunes y lluvias tan intensas que la tierra se ahogaba bajo un manto de fango y lodo. El río bajaba crecido, con sus aguas turbias y oscuras. La primavera ya debería de haber comenzado, pero el Dios Todopoderoso hacía sus propias cuentas y sus criaturas tenían muchos pecados que purgar.

Que el invierno se resistiera a retirarse tenía su lado bueno. Si los campesinos llevaban meses encerrados en sus chozas, otro tanto sucedía con los Esquerdos, así se pudrieran sus negras almas en el infierno. El muy noble caballero don Gómez Pérez das Mariñas, señor de amplios feudos, era un amo despótico. Desde la fortaleza de Suevos dominaba todo el valle de Betanzos y administraba sus tierras con la misma arbitrariedad que sus antepasados. Sus desmanes se contaban por cientos, más parecía ave rapaz que caballero, todo codicia de dineros y bienes ajenos. Nadie se atrevía a chistarle, pues gozaba de la confianza del mismo don Enrique, rey de Castilla, como antes gozó de la de su padre Juan, en cuya corte sirvió de paje, maestro de armas y justador de torneos. Contaban que en una ocasión había vencido en combate singular a un gigantesco alemán hasta entonces invicto. El monarca recompensó su hazaña otorgándole la estrella de ocho puntas que lucía en su escudo, tres mil maravedíes del juro de A Coruña y el cargo de gobernador de la villa de Betanzos.

Así que Mariñas había regresado a sus tierras. De eso hacía ya cuatro años, los mismos que llevaba el nuevo rey Enrique gobernando el reino. Desde entonces, todos vivían atemorizados por los soldados del de Suevos. Nadie salía a trabajar los campos si no era con horcas y cuchillos y en grupos de al menos veinte. Y siempre apostaban vigías para que los alertasen si se aproximaban hombres de armas.

Pero al señor de las Mariñas no le llegaba con sus hombres, pues estos se veían obligados a enmascarar sus saqueos con pretextos de justicia. Para exprimir mejor sus dominios, don Gómez había cedido la torre de O Baroço a cuatro hermanos, cuatro asesinos, los Esquerdos, que se encargaban de cuantas rapiñas podían desmerecer la honra de su señor. Las mujeres de buena presencia vivían amedrentadas: con frecuencia acababan en los serrallos del sultán o en los harenes de los *mawlas* de Granada, que pagaban verdaderas fortunas por las muchachas de cabellos rubios y piel blanca.

Tenía que concentrarse. Cuanto antes acabara, mejor para todos. Los Esquerdos debían de estar hambrientos como osos tras el letargo invernal.

Comenzó a rociar agua bendita a su alrededor con una rama de olivo a modo de hisopo. Con la cabeza solo a medias en lo que hacía, recitó rápidamente las fórmulas habituales de la bendición mientras los campesinos agachaban sus cabezas y unían sus manos en el pecho en señal de respeto.

Cuando pronunció el «*In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti*» le respondió un angustiado amén.

—¿A qué esperáis? ¡Vamos, vamos de una vez! —Agitó las manos con la intención de que los feligreses se dispersasen y trató de abrirse paso para regresar a la

aldea.

Nadie se movió.

—No están todas las fincas, páter —aventuró una de las mujeres.

—¡Bah, bah! Una parcela más o menos, el viento llevará el humo hasta ellas. ¿O tengo que explicaros el peligro que corremos aquí?

—El *nen* Roi está vigilando, padre.

—¡El *nen*, el *nen*! —rezongó, malhumorado.

Pero los aldeanos seguían ahí quietos y, pese a todo, Cristovo lo entendía. Necesitaban que la cosecha fuera abundante.

—El *nen* nos avisará, padre, y tendremos tiempo de refugiarnos en la iglesia. No es más que la *carreira dun can*...

Cristovo masculló una maldición por lo bajo. Los conocía bien, si no hacía lo que le pedían y las cosechas se malograban, le echarían las culpas a él.

—¡De acuerdo, de acuerdo! A ver, ¿a cuál le toca...? —No acabó la frase. Del pecho de una mujer que tenía a dos pasos brotó un virote de ballesta. La sangre, de un rojo intenso, trazó un arco que acabó en sus propias ropas.

Estallaron alaridos. Conmocionado, echó un vistazo en derredor, pero sabía lo que sucedía antes de verlo. Escuchó el ruido de los cascos de los caballos.

Sus dedos dibujaron una cruz sobre el pecho. «Dios mío, Dios mío, protégeme».

Ni siquiera se dio cuenta de la primera persona de su oración. Estaba aterrorizado. Los Esquerdos no respetaban ni lo más sagrado.

Eran alimañas.

Jadeando por el esfuerzo tras subir la empinada cuesta de la rúa dos Ferreiros, el notario Xoán Branco alcanzó la praza do Castro de Betanzos y se detuvo un momento.

—¿Estáis bien, señor? —le preguntó su criado, Sancho, con cara de preocupación.

Desestimó la pregunta con un gesto y contempló la plaza mientras recuperaba el resuello. Estaba flanqueada por casas señoriales, soportales y un embaldosado cubierto de paja que servía para tapar los hedores. La iglesia de Santiago presidía el espacio, con el santo esculpido a lomos de un corcel en plena batalla. Un estruendo de canteros y albañiles con cinceles, palancas y roldanas rompía la calma de la mañana. El burgo crecía y por todas partes se veían iglesias y casas a medio levantar. Xoán sintió un arrebató de orgullo. Amaba Betanzos. Le gustaban sus gentes honestas y laboriosas y agradecía mil veces que la villa fuera de realengo. Junto con la cercana Coruña y Baiona al sur, era una de las pocas que estaban bajo dominio real y escapaban de las garras rapaces de los señores feudales en el reino de Galicia.

Frunció el ceño. Escapaba en teoría, porque en la práctica rebosaba de caballeros. Paradójicamente, el que no fuera villa señorial hacía que muchos nobles levantarán

morada allí, donde ninguno era menos que otro. Las calles de Betanzos sabían mucho de refriegas entre Andrades, Mariñas, Lanzós y otros hidalgos menores, de esos que llevaban la honra en el puño y el acero en el corazón.

Además, aunque Betanzos fuera villa de realengo, sus proximidades estaban erizadas de torres en las que tenían sus guaridas caballeros y salteadores. Esa mañana había llegado la noticia de un nuevo asalto. Los Esquerdos una vez más, así los arrastrara el Demo Negro al infierno. Una aldea arrasada, varias doncellas raptadas y unos cuantos muertos, entre ellos un sacerdote. La gente ya no sabía qué hacer. Todos reclamaban que se acabara con tanta barbarie, pero nadie actuaba.

Por eso estaba él en ese momento en la praza do Castro. Le habían llamado para que acudiera a la reunión del concejo. Él era uno de los *homes bos* de Betanzos, uno de los representantes de los vecinos elegido para colaborar con los alcaldes, procuradores y jurados, que era como llamaban a los regidores, que gobernaban la villa. Tenía la obligación de acudir. No podía intervenir, pero sí votar cuando se lo requerían.

Y estaba deseando hacerlo. Hacer algo. Lo que fuera.

Poco después, sentado en la gran sala de techos artesonados del concejo, dudaba en poder lograrlo.

—¡El rey, el rey! —vociferaba el herrero Fernando Sobrado, mayordomo de su gremio, jurado vitalicio—. ¡Hay que informar al rey!

Su demanda se perdió en el caos que se desató, en las réplicas y contrarréplicas de los alcaldes y jurados. Pedro González de Vilousás, su hijo García y su sobrino Lope gritaban su desacuerdo, simulando estar escandalizados. La voz del primero se impuso.

—¡No podemos molestar a don Enrique por tal cosa! ¿Acaso puede él vigilar cada camino de su reino e investigar cada denuncia? Lo que debemos hacer es buscar aliados aquí, donde los necesitamos. Si el gobernador de la plaza no es capaz de imponer el orden, acudamos al señor de Andrade, que a buen seguro nos ayudará...

Xoán meneó la cabeza. «Ay, cómo se te ve el plumero...». Pedro González de Vilousás era hidalgo y familiar de Fernán Pérez de Andrade. Los Andrade y los Mariñas no se tragaban, estaban enfangados en mil pendencias por lindes y prestigios, como siempre sucedía cuando dos halcones se disputaban el mismo territorio. A Fernán Pérez de Andrade le había sentado fatal que el rey nombrara a Mariñas gobernador de Betanzos, que él consideraba de su propiedad pese a estar sometida a realengo, y se esforzaba cuanto podía en desacreditarle. Pero como no podía enfrentarse a él por las armas dentro de la villa, lo hacía a través de sus hombres en el concejo: los Vilousás. Y aquella agresión de los Esquerdos era una ocasión estupenda para meterle el dedo en el ojo a don Gómez.

—¿Cómo osáis decir tal cosa? —se indignó otro jurado, Martínez de Pardo—. ¡La agresión, si es que la hubo, que todavía hay que comprobarlo, se ha producido fuera de las murallas!

Martínez de Pardo era hombre de Mariñas, quedaba claro. Se suponía que el concejo representaba a la villa y solo debía responder ante el rey, pero estaba en manos de los señores.

—¡Fuera de las murallas pero en el alfoz! —gritó uno de Andrade.

—No tenemos la certeza de que haya sucedido nada, solo son rumores. ¡Y los rumores hablan de bandidos!

Aquello provocó un griterío indignado. Todos sabían que los bandidos eran los Esquerdos, y los Esquerdos eran hombres de Mariñas, pero ¿quién podía demostrarlo? Así que jugaban al gato y al ratón y nadie escuchaba a nadie.

Xoán sintió que le invadía el desánimo. ¿Es que a nadie le preocupaban esos pobres campesinos aterrados y asesinados? Entonces oyó algo inesperado.

—¡Tenemos hermandad! —exclamó el zapatero Gonzalo de Viladesuso, y sus palabras lograron que la algarabía disminuyera—. El rey sancionó la Santa Irmandade de A Coruña y Betanzos, cuatro años hace ya. ¿Hemos de acudir a pedir protección a los mismos que queman las aldeas si tenemos hermandad? ¡Debemos organizar nosotros la defensa!

Xoán volvió a interesarse por el debate. Aquello era otra cosa. La Santa Hermandad era la única opción que les quedaba si querían acabar con los ataques. Se trataba de una milicia formada por los villanos que contaba con sus propios alcaldes, cuadrilleros, diputados y procuradores y cuya constitución debía aprobar el rey. Bien sabía él que la de Betanzos no era la primera, al contrario, había habido muchas a lo largo del tiempo, en Sahagún, en Santiago o en la propia Betanzos unas décadas antes, cuando el hidalgo Roi Xordo levantó en armas a miles de villanos contra Nuno Freire de Andrade el Malo.

Suspiró. La hermandad era un arma poderosa: convertía a labriegos y burgueses en defensores del orden y la paz del reino, permitía que alcaldes villanos juzgaran a los malhechores por encima de los tribunales de los señores, reunía a las gentes en asambleas populares y les daba varas de justicia. Él mismo era alcalde electo de esta hermandad de Betanzos aprobada por don Enrique en 1454, nada más subir al trono.

Una de las normas de todas las hermandades era que si un ladrón se acogía en un castillo, el señor de la fortaleza estaba obligado a entregarlo a los alcaldes del pueblo y, si no lo hacía, la hermandad podía actuar contra él. Y eso era justamente lo que sucedía con los Esquerdos.

El problema era que la hermandad de Betanzos no funcionaba. Se hallaba al borde del fracaso porque en ella ocurría lo mismo que en el concejo de la villa: los señores habían conseguido infiltrarse y colocado a sus hombres para que gobernarán, hicieran y deshicieran.

Así pasó en ese momento. Las palabras del zapatero cayeron en saco roto, ahogadas por nuevas protestas y exclamaciones, y Xoán apretó los dientes de pura frustración. Una vez más, tanta alharaca iba a quedar en nada. Los hombres de Mariñas y de Andrade solo se ponían de acuerdo en una cosa: en impedir que el rey

metiera las narices en Betanzos.

Se puso a hacer cuentas mentalmente. El herrero Fernando Sobrado uno, el zapatero Gonzalo de Vilasuso dos, tres el escribano Alonso de Carballido, cuatro el mercader Roi de Toar. Esos eran todos, cuatro jurados entre doce, los únicos que no tenían otro señor que el soberano de Castilla. Todos además eran miembros elegidos por la hermandad, aunque atados de pies y manos.

Mala cosa. Imposible solución.

Se levantó de su asiento y fue retrocediendo hasta salir a la plaza. Era un día plomizo, húmedo, todavía frío pese a que ya estaban en abril. Dejó que sus pies le llevaran a su casa mientras reflexionaba sin tan siquiera percatarse de que su criado Sancho, que lo había esperado en el exterior del concejo, lo seguía un paso por detrás.

Atravesó la plaza con expresión absorta, ajeno a las miradas que le seguían, a los saludos que se retraían ante su ceño fruncido.

—¡Señor notario! ¡Ay, señor!

Tardó un instante en darse cuenta de que alguien le tocaba la manga. Alzó la cabeza y vio que se trataba de una mujer muy humilde, de edad ya madura, con el rostro curtido abotagado por las lágrimas. Sancho trató de apartarla, pero él se lo impidió.

—¿Qué os sucede, buena mujer?

—¡Ay, señor! —Tenía un papel en la mano que agitaba muy nerviosa. Xoán lo cogió y lo leyó por encima mientras ella empezaba a contarle—: Es que... *eu...* Mi marido falleció, y...

Se trataba de una demanda del concejo por una cuestión de herencias. La mujer estaba desesperada porque querían quitarle lo poco que le quedaba.

—Venid mañana por la mañana a mi casa y os atenderé. Quedaos tranquila, seguro que encontramos una solución.

La mujer se deshizo en agradecimientos. Xoán le sonrió y siguió adelante. A los pocos pasos ya se había olvidado de ella y volvía a estar absorto en sus pensamientos. Cruzó la rúa da Pescadería, que desembocaba en la de Travesa, donde vivía, sin ver siquiera los canastos de sardinas, jureles, rapes y fanecas expuestos en la calle, ni percibir el aroma salobre a mar ni el olor punzante de los montones de vísceras que alfombraban la calle.

Cada vez que los señores se enfrentaban, eran los villanos los que veían arder sus cosechas, esquilmar sus haciendas y segar sus vidas. Pestes, hambrunas, lluvias copiosas y codicias mermaban los ingresos de nobles y villanos, y por todo el reino, desde las cornisas del Cantábrico hasta las fronteras de Portugal, desde la Terra de Fóra del Bierzo hasta los cantiles del Finis Terrae, brotaban las flores del mal. Muchos señores buscaban resarcirse de tanta calamidad por la fuerza y cabalgaban sobre los lomos doblados de siervos y campesinos. Más que un círculo vicioso era una espiral creciente de violencia: los señores recurrían a la fuerza para obtener más ingresos, más tierras, más vasallos que generaran los dineros que las pestes y

calamidades les restaban. Robaban reses para mantener soldados y fortalezas; secuestraban mercaderes y campesinos para obtener rescates; ocupaban por la fuerza las jurisdicciones de la Iglesia, del rey y de los demás señores... Y en tales empeños provocaban a su vez más muertes y despoblamientos, mayores calamidades que mermaban sus ingresos y les llevaban a duplicar violencias en una carrera sin final. Eran tiempos duros.

Era el tiempo de los halcones.

Le dolían semejantes abusos, pero no sabía qué hacer. Había confiado tanto en la fuerza de la hermandad...

Con frecuencia, cuando por las noches contemplaba el fuego del hogar, con algún libro olvidado en su regazo y acompañado de la silenciosa presencia de su hermana Leonor, que pasaba el rato bordando, sentía la necesidad de clamar justicia e imaginaba un mundo donde no hubiera cabida para señores despiadados. Meses atrás había llegado a sus manos un ejemplar del *Roman de la Rose* y su lectura le sacudió como el mazo al hierro en la fragua. «Érase una vez, en los días de nuestros primeros padres y madres —escribía el poeta, Juan de Meun, un laico francés—, como atestiguan los escritos de los antiguos, la gente se amaba con un delicado y honesto amor, y no por codicia o ansia de lucro. La bondad reinaba en el mundo. Todavía ningún rey ni príncipe habían arrebatado, como criminales, lo que pertenecía a los demás. Todos eran iguales y no tenían ninguna propiedad privada propia. Conocían bien la máxima de que amor y autoridad no pueden morar juntos...».

Esos pensamientos tan nuevos abrieron un filo en su mente. «A un gran villano, al más corpulento, al más fornido, al más fuerte que pudieron encontrar, le hicieron príncipe y señor». Desde entonces devoraba cuantas obras hallaba, acudía al puerto, solicitaba de los capitanes que comerciaban con Francia o Inglaterra que le consiguieran este o aquel libro, lo dominaba un ansia de palabras frescas. «La tierra fue hecha en común para todos, ricos y pobres. ¿De dónde deduces tú, rico, tu propio derecho?», leyó, por ejemplo, en la quinta *Epístola de Clemente*, y el asombro le desbordó por los ojos. Y más todavía con el tratado *De civili dominio* de Juan Wyclif, teólogo, reformista y hereje inglés, que había conseguido a un precio desorbitado, pues el Concilio de Constanza de 1414 había ordenado la quema de todas sus obras: «Para los injustos, poseer el señorío es mera usurpación, contrario a los primitivos principios de la ley e incompatible con los propósitos divinos...». Palabras e ideas que ardían como yesca en su mente; palabras e ideas que chocaban contra las expresadas un rato antes en el edificio nuevo del concejo; palabras e ideas que le hacían ansiar... ojalá supiera qué, un mundo mejor, un giro en la rueda de la Fortuna. Pero ¿quién era él, salvo un humilde escribano? ¿Qué podía él?

Un poco más adelante algo lo sacó otra vez de su ensimismamiento: voces, el destello de colores de un gorro con cascabeles, el inconfundible sonido de una flauta.

—¡Son juglares, señor! —exclamó Sancho con una sonrisa esperanzada. Pues tenía veinte años, y a esa edad un juglar era un regalo del cielo.

—Mal día han elegido. —Pero su cabeza necesitaba un poco de calma y distracción, por lo que dejó que sus pies lo condujeran al pequeño corro que se había formado en el atrio de la iglesia de Santa María do Azougue.

Se trataba de un teatrillo de títeres. Xoán, con un asomo de decepción, pues la función le parecía un tanto infantil, pensó en continuar su camino, pero al darse cuenta del interés con que Sancho atendía cambió de opinión. No le costaba nada hacer feliz al muchacho.

Al cabo de nada también él estaba subyugado. Aquellos toscos muñecos de madera se movían con gran habilidad, como si fueran de carne y hueso. Se fijó en los juglares; eran dos: un hombre delgado de cuarenta y tantos años, con hebras grises en el pelo, que llevaba recogido en una coleta, y una mirada inteligente que observaba con atención a los espectadores y que más de una vez se cruzó con la suya; el otro, un enano, un hombrecillo contrahecho que manejaba con sobrada destreza las marionetas.

De repente, en el teatrillo aparecieron unos jinetes con las armas desenvainadas. Un estremecimiento sacudió al público. Más de uno echó ojeadas furtivas a diestra y siniestra, como si temiera que también allí surgiesen caballeros por las calles. Retumbó un tambor, brotaron llamas de la aldea atacada, murió la muchacha enamorada en brazos de su amor.

Hubo algún abuceo aislado. Se fijó en que los juglares intercambiaban un fruncimiento de ceños, como si no acabaran de entender lo que pasaba. Probablemente fueran recién llegados, se dijo con el corazón encogido. No se habrían enterado del ataque de los Esquerdos.

Xoán pasó del horror a la sorpresa cuando aquellos diminutos villanos comenzaron a organizarse, se ilusionó al escuchar al campesino hablar con palabras de justicia y verdad, sintió esperanza cuando se alzaron las horquillas y redoblaron los tambores de la rebelión. Un relámpago iluminó su cabeza, un pasaje leído al cronista Froissart: «Y si todos nosotros descendemos de un padre y una madre, Adán y Eva, ¿cómo pueden los señores decir o probar que ellos son más señores que nosotros, salvo que ellos nos hacen cavar y cultivar el campo para que puedan despilfarrar lo que producimos?». Las palabras le turbaban; no, él no creía que el orden natural debiera ser subvertido, los señores habían de velar por la seguridad del rebaño de Dios. Pero, cuando se convertían en animales despiadados, ¿no era lícito alzarse contra ellos? Ya otras veces había sucedido, allí mismo en Betanzos, veintisiete años atrás, cuando la comarca se levantó en armas con Roi Xordo al frente contra Nuno Freire de Andrade el Malo. Claro que aquello acabó como acabó. Sin embargo, era una idea poderosa. Un rayo de luz en medio de la oscuridad. ¿Y si pudiera conseguir que la hermandad...?

Le llegaron gritos, el estrépito de pasos apresurados, el ruido inconfundible del metal contra metal. Inmerso en la representación, tardó en percatarse de lo que sucedía. Un tirón de las ropas le devolvió a la realidad.

—¡La guardia, señor! —alertó Sancho.

Irrumpieron por una calleja con las espadas desenvainadas, las libreas con la estrella y las ondas de Mariñas. Eran hombres del gobernador, alguien les había avisado.

—¡Corred, señor! —le urgió su criado, tirándole del brazo—. ¡Corred, por lo que más queráis!

Xoán titubeó. Los demás espectadores ya huían en desbandada de gorriones. Su mirada se endureció, la rabia le cegaba y ni siquiera se dio cuenta de lo que hacía. Corrió hacia los titiriteros.

—¡Seguidme! —les dijo.

Los juglares se lo quedaron mirando. Intercambiaron algunas palabras que se perdieron entre las órdenes de los hombres de armas y los gritos de los vecinos. El enano se aferró a sus marionetas, pero el alto observó de arriba abajo a Xoán, como dudando, y luego asintió.

—¡Vamos, Goros, déjalo todo y larguémonos! —gritó.

Xoán notaba que su corazón bombeaba con fuerza. Un soldado se dirigió hacia ellos con la intención de detenerlos, pero alguien se cruzó en su camino, tropezaron y cayeron al suelo en desorden. «Alabado sea el Señor», musitó.

Se internó por un pasadizo que mediaba entre dos casas y comprobó que los juglares le seguían. Corrió sin parar hasta alcanzar la trasera de las viviendas, un lugar de difícil acceso, con muretes que cerraban las huertas, y entraron en una de ellas por un pequeño postigo.

Por poco. Por muy poco.

—¿Están locas vuestras mercedes? —exclamó cuando, pasado un buen rato, recuperó el resuello—. ¿Acaso no sabéis lo que ha sucedido? ¡Ayer fue atacada una aldea!

No, no lo sabían, sus caras lo decían todo. Apresuradamente, Xoán les resumió lo que había oído sobre el asalto. El juglar delgado le lanzó una mirada dura y dijo:

—Razón de más.

—¡Tú y tus brillantes ideas, Guímaro! —barbotó el enano—. ¡Lo hemos perdido todo, el teatrillo, los instrumentos, todo! ¡Otra vez!

—No me eches la culpa a mí, Goros. No he sido yo el que ha disuelto la función. Al menos has conseguido salvar las marionetas.

—Está bien, está bien, no se encrespen vuestras mercedes. Aquí estamos seguros. Sancho vigilará si se acerca la guardia. —Miró al criado, que asintió ligeramente con la cabeza y se marchó. Se encaminó hacia la puerta trasera—. Entremos en casa, mi hermana nos atenderá, todos necesitamos descansar.

Le brillaban los ojos. Tenía cuarenta años y estaba un poco regordete, pero se sentía como un jovencuelo. Ansioso. Vivo, demontres, vivo, por fin vivo. Era lo que pasaba con las ideas nuevas, que cuando se aferraban al magín no había forma de librarse de su embrujo.

—¿Por qué nos habéis ayudado? —le preguntó el enano con desconfianza antes de entrar.

Xoán examinó el cuerpo giboso, los músculos retorcidos y poderosos de las extremidades, el pecho inmenso, la boca ancha. Qué feo era. Le invadió una oleada de simpatía. Tenía buen ojo con las personas.

—Porque me habéis abierto los ojos, maese. Me habéis dado esperanza.

El enano escrutó su rostro, abrió la boca y la volvió a cerrar, enfurruñado. Maese Guímaro, a su lado, sonrió.

—Ya habéis podido comprobarlo, pero aun así creo mi deber advertiroslo: me temo que somos algo conflictivos.

—Eso dilo por ti —rezongó su compañero, pero sonó más a vieja cantinela que a indignación auténtica.

—Eso es precisamente lo que me atrae de vuestras mercedes —asintió el notario con una sonrisa ancha, más feliz que un niño la noche de las hogueras de San Juan.

Y se dio cuenta, mientras guiaba a sus huéspedes al interior, de que era muy cierto. Se sentía como un caldo largo tiempo al fuego.

En ebullición.

Una proeza sin parangón

CADA vez que intentaba moverse, un latigazo de dolor le obligaba a quedarse quieto. Sentía un palpar intenso en las sienas. Lo habían tirado en un montón de basura. Percibía el hedor de los restos en descomposición y notaba su consistencia pegajosa. Cuando logró alzar con dificultad el párpado izquierdo distinguió muy cerca el ojo muerto de una cabeza de pescado.

En algún momento oyó unos pasos vacilantes que se acercaban. Hizo un esfuerzo por concentrarse, por cobrar fuerzas para levantarse y defenderse, pero su mente iba y venía. Sus oídos captaron un canturreo y la voz le resultó vagamente familiar.

Un chorro cálido cayó sobre él. Escuchó un largo suspiro de placer mientras le invadía el olor acre de la orina. Se le escapó un gemido.

—¡Arredemo, el Estevo! ¿Qué te hicieron, *meu*?

Tras el susto inicial, un Paio un tanto achispado cargó con él de vuelta a la posada.

—Suerte que te estaba por aquí, que te salí un ratito na más pa ver qué se cuece, que con la marcha del arzobispo te tengo el alma en vilo, allá se nos fue el mal señor, pero qué quieres, que una cosa llevó a la otra, y sin saber muy bien cómo te terminé en la taberna del Home Salvaxe, allá por la Porta de Mazarelos, que te es donde mejor vino te hay, eso lo saben todos. Y mira tú por dónde que con la cosa del vino se me entraron ganas de... bueno, ya sabes, y que fue así que te encontré, *arredemo*, qué susto que me diste, y mírate cómo estás, pero qué te pasó...

Estevo escuchaba aquel torrente de palabras con una mueca por sonrisa en el rostro herido y magullado.

—Adentro no. Al cobertizo, llévame al cobertizo. —No quería que lo vieran en aquel estado. No quería que lo viera Mencía—. Por favor, Paio, al cobertizo...

—Pos ya me dirás por qué... —gruñó el mozo de cuadra, aunque terminó por hacerle caso.

Cuando lo hubo tumbado en el catre, avisó a Mariña, su mujer, para que le curara los cortes de las mejillas y lo atendiera.

—¡Ay, muchacho! —exclamó la mujerona nada más verle. Humedeció un trozo de lienzo en una escudilla de orejas y empezó a limpiarle la cara con toquecitos suaves—. ¿Quién te ha hecho esto?

Pero Estevo se guardó para sí lo sucedido. Estaba dolorido y confuso, y solo deseaba descansar, recuperarse. Los hombres del Arcanxo eran eficientes. Le habían golpeado a conciencia.

—¿Y Mencía? —le preguntó a Mariña, la boca espesa por la sangre y la bilis—. ¿Está bien la doncella?

La criada se encogió de hombros, pero tenía una expresión alarmada.

—No te sé. ¡Quieto, no te muevas, o te haré daño sin querer! Algo pasó, eso seguro, que llegó con las ropas hechas una piltrafa en compañía de su hermano y del rubio ese, el hijo del cambista, pero no te sé nada más, el ama Einés se la llevó a sus habitaciones y no te salió más.

—Por favor, no digáis que estoy aquí.

Paio y Mariña se miraron extrañados.

—¡Bendito sea el Señor! ¿Cómo quieres que callemos algo así?

—No se darán cuenta, nadie viene por aquí.

—¿Y qué vamos a decir cuando pregunten por ti?

—Solo unos días, por favor. —Jadeó sin fuerzas—. Hasta que me encuentre mejor.

Mariña lo contempló con lástima, pero Estevo supo que no diría nada.

—¡Alma de Dios! —musitó ella mientras se le anegaban los ojos de lágrimas—. ¡Malnacidos, eso es lo que son los que hicieron esto! ¡Con lo buen mozo que te era, mira cómo nos lo han dejado!

Ahí partían los mozos de perros y los monteros. Iban a pie con sus boinas oscuras, sus barboquejos ceñidos, sus coletos de lana y sus polainas de cuero. Llevaban las armas y los cuernos de caza, yesca, pedernal y eslabón para encender fuego, el hilo y la aguja para coser los canes heridos. Faltaba todavía un buen rato para el amanecer; el patio era un helor de nieblas, la noche un cubil donde se agazapaban oscuras criaturas.

Bernal Eáns de Moscoso salió del edificio, saludó con la cabeza al conde de Trastámara y examinó la escena con expresión impasible, aunque distaba mucho de sentirse tranquilo. Había dormido poco y mal y tenía la cabeza repleta de presagios. Observó los rostros adormilados y ateridos de los monteros que, antorcha en mano, se internaban en el bosque a levantar las presas, a espantarlas y perseguirlas para fatigarlas y dejarlas listas para los cazadores. Alrededor de ellos, los lebreles, sabuesos y alanos, sujetos todavía por las traíllas, no paraban de ladrar, ansiosos y excitados, aguardando el momento de su liberación.

Cuando desaparecieron en la oscuridad, Bernal se acercó al conde. Una partida de gente les rodeaba. Pajes, lacayos y escuderos, caballeros que armaban a las bestias, criados que les ofrecían cuencos de vino caliente y especiado para entonar el cuerpo y cecinas, carnes adobadas, muslos de ave, quesadillas y empanadillas para romper el ayuno. Bernal cogió un cuenco, lo vació de un trago y dejó que el líquido le calentara las tripas.

Don Pedro Osorio pateó el suelo para entrar en calor. El vaho que salía de su boca

al respirar se confundía con la niebla. Con él se hallaban sus hijos Álvaro y Pedro.

—Lamento la ausencia de vuestro padre, Bernal —declaró don Pedro con un deje de pesar en la voz.

Bernal lo miró de reojo. «¿De verdad pretendéis que me trague ese sapo, conde?», pensó.

—También él lo lamenta —dijo en cambio.

Nadie nombraba lo innombrable. La lepra, la enfermedad de Lázaro. La sombra de la Parca. El tufo hediondo, dulzón. El cuerpo corrompido. A Bernal le ofendía la enfermedad de su padre, era un estigma para el linaje, como si también este estuviera corrupto. Y cada vez iba a peor, ya las carnes se le pudrían, los dedos se le engarfiaban, las fuerzas lo abandonaban.

—Lástima que vuestro hermano Alvar tampoco haya podido venir.

No había sido el conde sino su hijo Pedro el que había dejado caer esas palabras como si tal cosa. Rebosaban veneno, por supuesto. A la luz vacilante de las teas atadas a unos palos clavados en la tierra, Bernal creyó entrever un destello de burla en los ojos arrogantes del Osorio. Todavía tenía muy presente el enfrentamiento entre ambos cuando, unas semanas atrás, Trastámara los convocó en esa misma casona para decidir qué hacer con el arzobispo.

No lo soportaba. A él que le vinieran de frente y con el hierro en la mano, que no había nacido Cristo que le arredrara. Pero no soportaba las arterías, las mañas, los dobles sentidos. Estaba a punto de soltar una imprecación cuando por una vez su cabeza fue más rápida que su lengua y se contuvo. Su padre le había encarecido prudencia. Y él sabía que por el momento necesitaba a los Osorio.

—No se encontraba bien. —La voz le salió desabrida.

El conde arrugó el ceño.

—Espero que no sea nada grave.

«Así se pudra», pensó Bernal de su hermano. Se daba perfecta cuenta de que don Pedro imaginaba que también Alvar había contraído la lepra. «No, conde, no corréis peligro de contagiarnos», rumió con callado rencor. A Alvar no le pasaba nada, aparte de que tenía la cabezota llena de espantos. Era un pusilánime indigno de su sangre, siempre rodeado de curanderos y adivinos. Uno de esos le había convencido de que su aliento vital corría peligro de verse atrapado por las ánimas de la *fraga*, así que había decidido a última hora no acudir a la montería.

—Nada grave —aseveró, seco. Incómodo.

El conde le escrutó. Asintió, despacio.

—Agradecemos vuestra presencia, Bernal. Como veis, no he querido llamar a los demás. Solo vuestra familia y la nuestra. Moscosos y Osorios. —Lo observaba con atención, pero Bernal permaneció callado, a la expectativa—. A nosotros nos corresponde decidir qué hacer.

—Por el momento, conde, cazar.

Por respuesta recibió una mueca. Quizá de contrariedad, quizá de desdén. El muy

alto señor don Pedro Álvarez Osorio lanzó el muslo de pollo que estaba mordisqueando por encima de su hombro. Ni se percató de que fue a estamparse contra la librea de un lacayo poco atento.

—Antes y después, cazar, Bernal. Tal es el oficio de caballeros. Como bien sabéis.

Hizo un ademán. Sonó un cuerno.

La montería comenzaba.

De niño, Pedro Osorio era, de entre sus hermanos, el que más sobresalía en la caza. El que más disfrutaba con ella, también. No le importaban los duros ejercicios que su preceptor les obligaba a realizar, como partir muy de madrugada con una azcona en la diestra y un azor en la siniestra para acostumar los brazos o practicar hasta la extenuación su puntería. «Tales son las cualidades del buen guerrero y cazador —repetía su maestro una y otra vez—. No dolerse de andar en guerra, llevar buenas armas y ser acosador; no dormir mucho y hacerlo en cama que no sea confortable; sufrir en el comer, el beber, madrugar y aún trasnochar; a veces pasar frío y otras calenturas; encubrir el miedo y tener porfía para acabar lo comenzado...».

Pedro jamás se quejaba. Apenas sabía caminar y ya montaba a caballo con un hombre detrás para sostenerlo. A los seis años se empeñó en montar solo y se escapaba a las caballerizas cuando nadie lo veía para practicar, sin preocuparse por las broncas que por su culpa recibían después los mozos de cuadra. Y su impulso con la caza era irrefrenable. Gozaba con el esfuerzo y la persecución, con el acecho de la presa y el combate mortal. A los doce distinguía por el ladrido de los perros el tipo de animal que perseguían y se mostraba atento a las señales, las hierbas pisadas o mascadas, la blandura del terreno, la presencia de rocío en la huella. Cuando su hermano Álvaro gruñía porque le despertaban antes del alba, él daba un salto de la cama y corría a prepararse, feliz.

Mató su primer jabalí a los trece años, una bestia que surgió de la espesura cuando la partida desmontaba para descansar. Él fue el primero que se percató de su presencia.

Era un ejemplar de tamaño medio, aunque a él le pareció descomunal. No le importó. Sin abrir la boca ni alertar a los demás, temeroso de que se le escapara la oportunidad que llevaba tanto tiempo anhelando, sujetó su lanza con fuerza, se plantó en el camino del jabalí y afirmó los pies. Comprendió que lo iba a arrollar, que aunque consiguiera clavarle la lanza esta no detendría su peso y su empuje, y supo lo que debía hacer. No fue consciente de las voces de alarma ni de la confusión que se desató a su alrededor. Solo estaban la bestia y él. Actuó con frío cálculo. Hincó un extremo de la lanza en el suelo y aguardó a que el puerco salvaje se le echara encima.

Murió con el hierro atravesado en el pecho. Todavía recordaba el hedor de su aliento, el dolor en aquellos ojos miopes en los que latía el corazón del bosque, la

aspereza de sus cerdas. Después llegó la tormenta. El conde, allí mismo, con gélida furia, ajustició por su negligencia al montero mayor de un espadazo en el pecho. Luego le abroncó a él como nunca lo había hecho, pero Pedro pudo leer en su mirada lo que no decían sus labios: el orgullo, la admiración.

Nada le importó. Había sentido el placer de enfrentarse con una voluntad salvaje. Y había vencido. Desde entonces sabía que había nacido para la caza y para la guerra. Quería a sus hermanos, aunque a veces los despreciaba. Luis era más amigo de latines que de espadas y huía del esfuerzo como de la peste. Álvaro era buen guerrero y gustaba de la caza y del combate, pero su carácter arrebatado le perjudicaba; todo corazón, luchaba bien, pero nunca medía sus fuerzas. Y Pedro era muy consciente de que en el combate no triunfa el más arrojado, sino el que es capaz de mantener la cabeza fría y golpear primero.

—¡No entiendo tanta vacilación, conde! ¿Por qué tanto miramiento? —La voz de Bernal Eáns se elevó por encima de las conversaciones. Se habían detenido en un altozano para aguardar a que los monteros levantaran la pieza—. Son villanos, pardiez, nada más que villanos. Impongamos nuestras condiciones, ellos las acatarán.

Ya clareaba. La niebla se evaporaba sobre las copas de los árboles. La primavera cobraba fuerza. El bosque se extendía en todas direcciones y, al fondo, apenas perceptibles, se alzaban las torres y los campanarios de Santiago. En la distancia parecían pertenecer a otro mundo, tan lejano como las mismas estrellas.

Pedro dedicó un vistazo desganado a Bernal, pero enseguida volvió su atención al bosque. El Moscoso era como su hermano Álvaro pero peor. Más atolondrado e impulsivo.

—Nada me placería más, Bernal —dijo el conde con aparente calma, aunque Pedro percibió la tensión en la voz de su padre. Estaba conteniéndose—. Pero, por justas que sean nuestras reclamaciones y por vil que sea este prelado, don Enrique es demasiado prudente. No obtendremos su apoyo salvo que se sienta obligado. Y sin el apoyo real, Lemos y Pimentel se pondrán del lado del arzobispo en cuanto vean una oportunidad para medrar, lo que significa que enviarán a sus ejércitos a Compostela a cambio de las mercedes del arzobispo. Mercedes que tendrán forma de torres. Vuestras torres.

Pedro contrajo el ceño de forma involuntaria. Rodrigo Alonso Pimentel era conde de Benavente y uno de los señores más poderosos del reino, pero el que más le preocupaba era el conde de Lemos. El mayor enemigo de su familia. Tras la muerte del último representante del antiguo linaje de los Castro, el otrora inmenso condado de Trastámara, el principal de Galicia, había sido dividido entre su padre, Pedro Álvarez Osorio, señor de Villalobos, y su homónimo Pedro Álvarez Osorio, señor de Ribera y Cabrera. La coincidencia de nombres no era tal, pues ambos tenían parientes en común. Así que había dos Pedro Álvarez Osorio en Galicia, uno conde de Lemos y otro conde de Trastámara, y ambos enemigos irreconciliables, pues ambas familias ansiaban recuperar la unidad del antiguo señorío. El año anterior los Osorio de Lemos

les habían arrebatado Ponferrada y ellos habían conseguido apoderarse de Chantada. En aquellos momentos se enfrentaban por Sarria y la guerra devastaba la comarca. A Pedro le hervía la sangre al pensar en el alto precio que su familia estaba pagando por la villa, pues incluso si lograban hacerse con ella tardarían años en repoblarla y sacarle provecho. Motivos más que sobrados para que su padre odiara al conde de Lemos, al que había jurado arrastrar por el fango.

—¿Lemos y Pimentel juntos? —respondió Bernal con una mueca burlona—. Por Dios, conde, tales temores se me antojan infundados, no verán vuestros ojos a esos dos en el mismo bando. ¡Buenos pleitos tienen entre ellos! ¿Pues no llevan años luchando entre sí por Allariz y Ourense?

Un cernícalo levantó el vuelo desde una copa cercana. Pedro observó el batir de las alas bermejas con manchas negras. El plumaje azul grisáceo de la cabeza le reveló que se trataba de un macho. Trazó en el aire unos cuantos círculos amplios hasta que localizó un buen punto de observación. Entonces se detuvo en vuelo estacionario, casi inmóvil, a unas veinte varas del suelo. Observando.

Le agradaban los cernícalos. No eran halcones, sus preferidos, pero le gustaban porque eran aves astutas. Guardaban las energías para cuando las necesitaban, en vez de gastarlas en vuelos interminables. Acechaban a sus presas desde el aire y, cuando estas se confiaban, se lanzaban en picado sobre ellas. Sin piedad.

—Lemos y Pimentel se unirán si obtienen de ello algún beneficio, Bernal. —Su padre estaba mostrando una inusual paciencia, como un preceptor que trata de imbuir sentido común en un alumno especialmente obtuso.

—¡Zarandajas! ¿No será que os estáis echando atrás? ¡Voto al diablo, conde! Vos mismo nos asegurasteis que habíais enviado un memorial con los desafueros del arzobispo a don Enrique, nos obligasteis a enviarle dineros para atraer su voluntad. ¡Dineros que buen esfuerzo nos han costado! ¿Decís ahora que no basta? ¿A qué viene tanta prudencia? ¡Tomemos la ciudad mientras el arzobispo sueña con guerras de moros y ya hablaremos después de villanos y reyes! Si dejamos pasar esta oportunidad, los Ávila se harán con el control...

Pese a sus esfuerzos por permanecer tranquilo, Pedro estaba comenzando a irritarse. Aquel zopenco omitía que la mitad de cuanto se había enviado a don Enrique la habían puesto ellos, los Osorio, y que la otra mitad había salido de las faltriqueras de los mercaderes y artesanos que les apoyaban. Parecía incapaz de comprender que la fuerza bruta no siempre bastaba. Que a veces era mucho mejor atraerse las voluntades.

Las cosas estaban tan claras que solo un mentecato podía no verlas. En Santiago había dos fuerzas vivas, el cabildo arzobispal y el concejo. El primero estaba dividido entre los seguidores de Luna y los de Trastámara, y el segundo entre los de Luna y los de Moscoso. Juntos, Osorios y Moscosos tenían una oportunidad, aunque debían ganarse todavía algunas voluntades. Si entraban en la ciudad con tropas armadas sin el apoyo del cabildo y del concejo, tanto el rey como los demás nobles se les

enfrentarían. La clave estaba en el apoyo de la ciudad. Solo eso podía ganar para su causa a un monarca irresoluto cuya inclinación por los villanos era bien conocida.

Mientras su padre trataba de convencer a aquel cenutrio de que debían garantizarse el apoyo del cabildo y del concejo antes de actuar, Pedro se desentendió de la conversación. Pajes y criados revoloteaban en torno, sirviendo vino especiado. Tomó una copa y contempló una vez más el bosque.

Una columna de humo se elevó en la distancia sobre los árboles. La señal. Contó las ahumadas con creciente expectación. Una si los monteros levantaban un puerco; dos si este era de buen tamaño; tres, un oso. La esperanza se clavó en él como un aguijón. ¡Cuatro! Habían tenido suerte: se trataba de un oso de buen tamaño. Sintió la excitación que corría por sus venas. Hacía mucho que no levantaban una pieza así en aquellos bosques.

—Padre.

El conde ya había localizado las ahumadas.

—Hagamos una cosa, Bernal. —Se dirigía a su invitado sin apartar la vista de las señales que la brisa empezaba a dispersar—. Vos lleváis en vuestro escudo un oso, nosotros dos lobos pasantes de gules. ¿Osos o lobos? Aquel que cace hoy la bestia decidirá si entramos ya en Compostela o nos ganamos antes el apoyo de sus ricos hombres.

Bernal también miraba al frente. Pedro supo que examinaba el terreno, y anotaba mentalmente la disposición de pendientes y vaguadas para predecir la ruta que seguiría el animal. Él estaba haciendo lo mismo.

—Me parece justo, conde —respondió el Moscoso—, pero con una condición. Vos sois tres y yo estoy solo. Que la liz sea entre vuestro hijo Pedro y yo.

Su padre frunció el ceño y acalló con un ademán la protesta de Alvar, su hijo mayor.

—Justo es. Sea.

Pedro contuvo la sonrisa. Hora era de poner a aquel garañón en su lugar. Después, sin más preámbulos, clavó las espuelas en los ijares de su montura.

Un minuto antes, Bernal Eáns escuchaba con desprecio disimulado las palabras melifluas del conde y pensaba que así se llevaran los demonios a esos Osorios torticeros y remilgados como doncellas en el lecho nupcial. ¿A qué venía tanto miramiento con los villanos? «El villano y el labriego después del cerdo vienen, por su especie y sus maneras —recordó como si las estuviera oyendo las palabras del buen fraile que le enseñó las letras—. La vida moral les repugna profundamente. Si por casualidad alcanzan una gran riqueza, pierden la razón. Así pues, hace falta que sus bolsas estén siempre vacías. Quien no domina a sus labriegos y villanos, no hace más que aumentar su maldad». Bernal siempre lo había creído a pie juntillas. Por eso no comprendía tanto afán de conciliación.

Pero eso era un minuto antes. En ese momento cabalgaba flanqueado por sus hombres y ya no existía otro afán. Atravesaba el bosque sin pensar en nada salvo en la caza de la fiera. Sobre la cota de armas vestía pieles de carnero con el pelo a la vista; su caballo lucía en la gualdrapa el escudo familiar, un oso con la lengua fuera, y Bernal era muy consciente de lo imponente de la estampa: la gran bestia y el fiero caballero, grueso de cuerpo, ancho el pecho, fuertes los brazos diestros.

Estaba en su elemento y lo disfrutaba. Oyó a lo lejos los silbatos de los monteros, los ladridos de los perros, y supo que el oso descendía, buscando el valle. Manejaba su corcel con la soltura de una larga práctica, atento a las ramas de los árboles. Cabalgó largo rato, dio vueltas, necesitaba encontrar un camino por el que descender pero no daba con él. Encontró al fin una trocha y la siguió, un sendero abierto por animales en la maleza del sotobosque. Solo podía llevar a un lugar: al río, al fondo del valle, adonde las fieras acudían para abrevar.

Se detuvo y ordenó silencio a sus hombres. Un camachuelo común, el pecho de un vivo naranja, levantó alarmado el vuelo. Sí, se acercaban los ladridos, resonaban los pitos en la espesura. Sabía que Pedro Osorio conocía el terreno mejor que él, era su bosque; no podía perder un instante.

—¡Sigamos!

La pendiente era abrupta por ambos lados, solo por donde descendió se suavizaba la escarpa.

Y al final del paso aguardaba Pedro Osorio a caballo, justo en la ribera del río. El hideputa le divisó y compuso una mueca irónica. Se había apostado en la única vía de escape natural. Tras él las aguas bajaban mansas, sin excesiva profundidad.

Bernal maldijo en voz alta y refrenó su montura en seco. Conocía bien las reglas de la montería. Pedro había alzado bandera en el lugar y a él le correspondía la primera acometida. Tragó bilis y ladró órdenes a sus hombres, que se apresuraron a distribuirse por parejas en torno a la cañada. Ya los servidores del Osorio aguardaban, también repartidos, prestos para la acción.

Examinó a su contrincante. Montaba una buena bestia, de pies firmes; en una mano sostenía una ballesta armada, en la otra lanza en ristre.

Se cruzaron sus miradas. Callaron los hombres.

Bernal esbozó una media sonrisa. Después su vozarrón rompió el silencio de la ribera:

—¡A brazo y cuchillo!

Escuchó con delectación el murmullo de asombros y sobrecogimientos que recibió su anuncio.

También detectó la duda en los ojos de Pedro, en la repentina fijeza con que le observaba. El envite era brutal, un riesgo desmesurado. A brazo y cuchillo. Batir a la fiera sin montura ni ballesta.

Bernal soltó una carcajada.

Pedro sabía que no podía rechazar el reto. De pronto, comprendió que no quería rechazarlo. Quería hacerlo. Ya no por el Moscoso, así le dieran. Por él mismo. Nunca se había enfrentado a un oso a brazo y cuchillo. Nunca había enfrentado su voluntad de guerrero contra la más noble fiera del bosque en un combate desnudo.

Le inundó un torrente de excitación. Comprendió que Bernal lo había tomado por un temblor de miedo, pero le daba lo mismo.

Sonrió desafiante.

Desmontó. Arrojó la ballesta y la lanza, ordenó a un paje que se llevara la montura y afirmó la posición en la misma ribera. Bernal hizo lo propio, pero a unos pasos de distancia.

La jauría se acercaba.

Notó la humedad en el aire, los vapores fríos que emanaban del río justo a sus espaldas. Esperó a pie firme, el cuchillo de caza en la diestra. Solo el rumor de las hojas y el aleteo de algún pájaro quebraba el silencio de los hombres. Percibía el pulso de la sangre en las venas. El bombeo del corazón. El Moscoso creía que lo había atrapado y le contemplaba con sorna apenas reprimida. No comprendía. Ni se le pasaba por la imaginación que toda su vida había estado aguardando por esto. Hombre contra oso en igualdad de condiciones. Recordó a su primer jabalí, cuando solo era un crío. Ahora era un hombre. La fuerza contra la astucia, la brutalidad contra la inteligencia. Moscosos contra Osorios. No, Bernal no lo había atrapado, solo le había dado la oportunidad que anhelaba sin saberlo.

Se mantenía inmóvil, los músculos tensos, concentrado. Observaba el contorno de la selva, los hombres quietos. El vuelo de los insectos. Escuchaba. El tiempo se deslizaba con pasmosa demora.

Todo se detuvo.

El ladrar desaforado de los canes se oía cada vez más cerca. Una mancha pardusca brotó de la vegetación a toda velocidad, una masa de carne en movimiento. Pedro contuvo la respiración. Era un macho. Un enorme ejemplar de trescientas, quizá cuatrocientas libras, que se dirigía directo hacia él. Probablemente recorría la comarca en busca del celo de las hembras. Le sacudió un fogonazo de euforia.

La fiera olfateó la presencia humana y frenó en seco su acometida. Los hombres apostados a ambos lados de la senda aprestaron cuchillos, tocaron los silbatos para aturdirle, jalearon con los palos para provocar su desconcierto.

El oso no les prestó atención. Le había divisado. Y era él, Pedro, quien le cerraba la huida por el vado del río.

Avanzó hacia él, amenazador, precavido. Estaba a solo tres pasos cuando se irguió, Pedro no pudo menos que admirar su corpulencia. Era imponente, una mole de más de dos varas de altura. Las garras afiladas, las patas recias, el pelaje marrón oscuro. Desprendía un hedor a orina, a barro, a hojarasca. Y a miedo. Rugió con furia y el sonido fue un trueno que arrancó el silencio del bosque.

Pedro sabía qué debía hacer. Solo tenía una oportunidad: buscar el abrazo,

estrecharse contra él, proteger su cabeza de las quijadas del oso apoyándola en el cuello del animal mientras le hundía el cuchillo de caza en el costado. Todo su cuerpo transpiraba por la tensión, pero mantenía la mente fría. La excitación le traspasaba, había nacido para eso.

El oso todavía rugía cuando le embistió.

Todo sucedió demasiado rápido. Un terrible manotazo le golpeó, le arrancó de la tierra y le arrojó contra unas peñas a varios pasos de distancia. El yelmo con que se cubría impactó contra la piedra. Aturdido, oía los gritos de alarma, los ladridos de los canes, medrosos, valientes, que buscaban las patas del oso, le desgarraban el lomo. La algarabía era tremenda. La bestia se revolvió, lo agarró con las zarpas, lo volteó como a un espantapájaros y lo apartó.

La costalada le dejó sin respiración. Pedro, jadeando desfallecido, vio que Bernal gritaba y se lanzaba contra la fiera por la espalda. El impacto fue brutal. Ambos cayeron al agua, se zambulleron, se revolvieron, buscaron pie. Se dio cuenta de que Bernal había perdido el cuchillo en la caída.

Varios escuderos acudieron a socorrerle pero, aunque se sentía mareado, los detuvo, hipnotizado. No habría podido apartar la mirada. Nadie se atrevía a intervenir en aquel combate desigual que se desarrollaba a pocos pasos. Nadie se atrevía a lanzar una saeta al confuso revoltijo de hombre y fiera.

La lucha continuaba. Bernal hincó el pie, lidiaba a brazo partido, la sangre le manaba por diversas heridas, tenía las manos desnudas, la piel de cabra destrozada. Se apartó, se impulsó y consiguió desestabilizar al oso, que cayó de espaldas.

Y entonces sucedió algo que dejó boquiabiertos a Pedro y a cuantos allí estaban. La bestia se había hundido bajo las aguas. Tocó fondo, emergió nuevamente la cabeza y trató de tomar aire. En el preciso instante en que se abrían las poderosas mandíbulas, Bernal hundió su mano izquierda en la boca, agarró la lengua rosada y, haciendo fuerza con la diestra en el pecho de la bestia, fue llevándolo hacia atrás, a lo más profundo, a la poza, donde volvió a sumergirlo.

Lacayos, pajes, escuderos, monteros y hasta su padre y su hermano, que ya habían llegado a la ribera, guardaban el aliento, embrujados por el combate. Pedro comprendió lo que estaban pensando: presenciaban una liza de la que hablarían a sus nietos, que cantarían en gestas los juglares. Bernal presionaba, el animal forcejeaba, la cabeza hundida en la corriente, las zarpas como cuchillos, hasta que un siglo después cesaron las convulsiones.

Pedro apretó los dientes, pero estaba fascinado. Era, en verdad, una proeza sin parangón.

Los servidores ya habían montado las tiendas en la ribera. Los monteros desollaban la pieza, troceaban las carnes oscuras como las de buey, seleccionaban las tripas para embutidos y salazones, y cortaban los perniles con los que se hacía un

jamón muy apreciado, un sabroso manjar, alimento de príncipes. Los caballeros reposaban y bebían mientras los criados preparaban el yantar.

Bernal se sabía el centro de atención. Estaba herido, si bien no de gravedad. Las pieles de cabra y la cota de armas habían detenido las garras afiladas. Tenía mil cortes y rasguños, pero estaba vivo y ebrio de satisfacción. Bebía, se carcajeaba y todos le agasajaban y le observaban de reojo con las caras resplandecientes por la admiración. No era para menos, diantres.

—¡No os quejéis de vuestra suerte, Pedro! —voceó muy ufano—. ¡Peor le fue al rey Fávila! —Al tal monarca, según contaban las crónicas antiguas, lo mató un oso andando de cacería.

A su lado, el conde de Trastámara le miraba con aire resignado.

—Bernal, decidnos pues. Os corresponde decidir si entramos en Compostela o aguardamos a obtener el apoyo del concejo y del cabildo.

Se llevó un cuenco de vino caliente y especiado a los labios y dio un largo trago. Observó de reojo a Pedro Osorio y sonrió complacido ante su mirada hosca. Era tan clara la animadversión que tuvo que contener la carcajada. Jamás se había sentido tan pletórico.

Se volvió hacia el conde.

—Os diré lo que haremos, don Pedro. Dentro de dos semanas, con o sin el apoyo de los villanos, tomaremos la ciudad. —Advirtió su consternación, el meneo imperceptible de la cabeza, pero todavía no había acabado. Quedaba algo que a él mismo le costaba decir. Había discutido mucho con su padre. La sola idea le revolvía el estómago, cada fibra de su ser le decía que era un error del que se arrepentirían a no tardar. Su padre quería que ofreciera el mando al conde. Aseguraba que sin su influencia con el monarca nada conseguirían, sin el prestigio de su título los demás nobles de la Tierra de Santiago no se someterían. Bernal sabía que tenía razón, y también que aquella era una decisión por la que los Moscoso pagarían un alto precio. Pero en ese instante, con todas las miradas pendientes de sus palabras, excitado por la proeza que acababa de realizar, se sentía magnánimo como un rey ante sus súbditos —. Una vez conquistada, os abriremos las puertas para que vos en persona os pongáis al frente. Tal es la voluntad de mi padre.

El conde le dirigió una mirada apreciativa y sonrió. Álvaro y Luis, que se habían mantenido callados hasta el momento, no disimularon su sorpresa. Solo Pedro no reaccionó. Había sido ultrajado y no resultaba difícil leer en sus ojos un odio en carne viva.

Bernal le saludó con la cabeza.

La había visto esa mañana. Salió a la huerta con la dueña y no pudo apartar la vista. Escondido en el cobertizo, siguió sus movimientos a través de una rendija entre las tablas. Como un ladrón.

La vio discutir con el ama, que parecía enfadada y trataba de convencerla de algo, aunque Estevo no alcanzó a oír sus palabras. Al rato, la vieja Einés alzó las manos con exasperación y regresó a la posada. Mencía la observó marcharse. Dio unos pasos indecisos, respiró hondo y se quedó allí, de pie, con expresión ausente. Volvió la cabeza hacia el cielo y, por un instante, un rayo de luz iluminó sus cabellos. Estaba hermosa, así, sin percatarse de que la observaban, pese a su evidente tristeza. Después, sus ojos se dirigieron al cobertizo y Estevo contuvo la respiración, convencido de que le había descubierto. Pero no, se quedó mirando sin ver, con semblante abatido.

Deseó salir de su escondite y acudir a consolarla. No entendía qué le pasaba, pero la tristeza de aquel rostro le estrujaba el corazón. Sin darse cuenta, sus dedos recorrieron los costurones tiernos de sus mejillas. Estaban cicatrizando bien, aunque todavía sentía el palpitar.

Llevaba dos o tres días encerrado. Paio le llevaba comida, le contaba cosas del exterior. Santiago de Compostela estaba en ebullición. Los hombres del arzobispo, bajo las órdenes de los hermanos Sánchez de Ávila, controlaban las calles. Estaban deteniendo a mercaderes, había reuniones en tabernas y posadas, en los talleres de los artesanos, en las trastiendas de los comerciantes. Pocos se aventuraban a salir.

El mozo de cuadra se mostraba excitado como un niño cuando hablaba del ambiente de la ciudad, pero cuando su atención se volvía hacia Estevo le embargaba la preocupación. No entendía que se negara a salir de su escondrijo.

—Te atacaron, tú no tienes la culpa...

Pero él tenía muy presente la encomienda del Arcanxo. Y se sentía atrapado. No, no podía acudir a consolarla. «No eres más que un criado. Ni eso, un ladrón».

Entonces, de la posada salió el hijo del cambista. El joven rubio avanzó hacia la doncella con una sonrisa resplandeciente y Estevo vio que la tristeza huía del rostro de Mencía como una niebla que se levanta al sentir el abrazo del sol. Hablaron, él galante, ella atenta, el rostro vuelto y entregado. Arnao la atrajo hacia sí y acarició con ternura su pelo.

Estevo observó la escena con el corazón en un puño. En un momento determinado, Arnao sujetó las mejillas de la muchacha con sus manos y acercó los labios.

Estevo notó un rebullir en las tripas. «*O demo*. Ahí está *o demo*», pensó.

Acababa de decidir lo que tenía que hacer.

Unas horas después la ciudad dormía, ahíta de palabras y temores. Por las calles de tierra y barro se deslizaban sombras. Había antorchas en la praza do Campo, en la Quintana dos Mortos, en las puertas cerradas de las murallas, en las muchas iglesias de la urbe. Un gato maulló en alguna parte.

—¡Ay, muchacho! Paréceme mismamente una locura, bien lo sabes, el maese te es un buen hombre, te lo digo yo. Sus prontos los tiene, que no le faltan, no, pero bueno te es, él entenderá...

Paio se retorció las manos con aprensión y Estevo comprendió que temía que apareciera alguien.

—Debo hacerlo —susurró.

—¿Hacer qué, por todos los santos? ¡Ay, Señor! ¿Qué vas a hacer? Aquí te hay que trabajar mucho, bien lo sabes, pero no falta comida ni compañía. ¿De qué vas a vivir?

Estevo no dijo nada. No sabía qué decir. Solo sabía que no podía quedarse más en la posada. No podía traicionar a Mencía y al maese. Si se quedara, el Arcanxo le obligaría a morder la mano que le había acogido.

No, no podía traicionar a Mencía. Y tampoco quería verla día tras día y sentir aquel dolor.

—¿Estás decidido?

Les llegó, a lo lejos, el ruido de pasos y el chirrido de metales. La guardia de la ciudad hacía la ronda. Asintió. Le había entregado a Paio las calzas y el jubón de la posada, el que llevaba el león coronado en el pecho. Le costó arrancárselas, ya se había acostumbrado. Nunca antes había vestido prendas de tal calidad. Llevaba puesto un viejo jubón, unas calzas que habían conocido tiempos mejores. Eran de Paio.

—Gracias por todo.

—Ay, qué dices. Si... ya sabes, si... si te metes en algún problema, o si no tienes qué comer, no te olvides de mí. Bueno, y de la Mariña, que la bendita te tiene ley.

Paio le alargó un zurrón. Estaba lleno de comida.

Ya no quedaba más que decir. Abrió el portillo que daba al callejón trasero y salió al exterior. Sintió el frío de la madrugada y le invadió una oleada de aprensión. Pero no tenía opción. Echó un vistazo a diestra y siniestra. Temía que el Arcanxo hubiera apostado a un propio para vigilarle. Pero no, el callejón estaba desierto.

Se alejó.

Siguiendo un impulso, se dirigió al arrabal de Santa Susana, al chamizo de la Pascoala. Quizá buscaba una forma de romper con el pasado, o puede que fuera justamente lo contrario. Qué más daba.

Una llovizna persistente flotaba en el aire. No se veía a nadie en el exterior. Por un momento creyó que la choza estaba vacía y se le ocurrió que quizá la madre había muerto y alguien se había llevado a las niñas.

Una vocecita infantil. Una chiquilla. Había alguien dentro. Con cuidado de que no le descubrieran, se acercó y atisbó el interior a través de una rendija entre las maderas. Vio a la Pascoala, sentada en el catre, despiojando la cabeza de una de las crías. Le había vuelto el color a la cara. Parecía algo recuperada, había pasado lo peor.

Cogió el morral de comida que le había dado Paio y lo dejó en el suelo, en la entrada. Golpeó las endeblas maderas y corrió a refugiarse tras un chamizo vecino. Vio cómo se asomaba la mujer, su sorpresa al descubrir aquel tesoro, las miradas

asombradas a diestra y siniestra, la ancha sonrisa.

Estevo contempló la escena desde su escondite. Después se perdió en el arrabal.

La huida de las ratas

XAN CABREIRO cruzó los brazos, rotundos como perniles de cebón, y observó a los comensales para asegurarse de que todos estaban bien atendidos y satisfechos. Ese día había preparado caldo sarraceno, empanada de anguila, gratonada dorada de cabrito, codornices en salsa fina y crema de manzanas con leche de almendras. La empanada de anguila era una de sus especialidades, una succulencia que, desgraciadamente, solo se podía disfrutar unos pocos meses al año.

Deambuló entre las mesas. Charló aquí con un *concheiro*, recibió allá la felicitación de un sastre, preguntó un poco más allá a un calderero por su familia; le gustaba pasearse por el comedor a la hora del almuerzo, departir con unos y otros como un rey que se preocupa por sus súbditos. Bastaba un enarcamiento de cejas para que Antón metiera prisa a los criados o mandara corregir un error en el servicio, y la sensación de que sus indicaciones se cumplían con presteza y sin necesidad de mediar palabra siempre le calmaba.

Una calma que aquel día anhelaba, pese a que su semblante satisfecho hiciera difícil imaginar la tormenta interior. Pero ahí estaba, oculta tras la máscara: la preocupación le corroía las entrañas cada vez que respiraba, de igual manera que el aire corroe al vino hasta convertirlo en vinagre. Silenciosamente.

Los compostelanos llevaban mucho tiempo anhelando liberarse del yugo de los arzobispos y adquirir condición realenga, y la partida de don Rodrigo de Luna a la cruzada y el rechazo de los señores a acompañarlo había provocado un terremoto de sentimientos encontrados. «Mismos mulos con distintos arreos», decían muchos.

Quizá el pertiguero mayor, que al cabo era linaje de la tierra, pudiera enfrentarse al de Luna. Xan era hombre de don Roi de Moscoso, siempre lo había sido, desde que abrió la posada. De Roi y de Bernal, al que ahora llamaban el Bravo; no había nadie en la ciudad que no hubiera oído cien veces el relato de su hazaña con el oso. ¿Quién sino él podría plantar cara al infame Luna? Y ahí estaba también el Trastámara, poderoso señor, de los principales del reino, y decían que tenía mano con el rey. Si el conde apoyaba la causa de los compostelanos, ¿quién podría detenerlos?

Pero Santiago estaba dividida. Las reuniones del concejo y del cabildo menudeaban, se volvían interminables mientras por debajo fluía la corriente, recibían presiones unos y otros, hombres de Trastámara, de Moscoso, del arzobispo, todos recababan partidarios, aquí una amenaza, allá una promesa, todos calculaban sus fuerzas y contenían la respiración.

Pedro de Neveiro, escudero de Roi de Moscoso, acababa de salir de la posada.

Había llegado todo mieles, qué bueno veros, qué gran placer, y se marchó con el estómago lleno y la bolsa bien repleta. Una vez más. «Comprendedlo, maese Cabreiro, tenéis que sembrar para cosechar». Como si él fuera un maldito labrador. Pero el mensaje era transparente: si quería el cargo que Moscoso le prometió, había de pagar. Los Moscoso nunca habían sido ricos. Tenían sed de doblas, florines, castellanos, qué más daba el cuño mientras fueran de oro; necesitaban dineros para pagar mesnadas y torcer voluntades. «Todo está presto, maese, pronto llegará el momento, pero antes es preciso un último esfuerzo».

El problema era que Xan comenzaba a pensar que se había metido en camisa de once varas. Neveiro había acudido varias veces ya a sangrar su bolsa, y esta estaba cada vez más vacía. Como la sala de la posada, que ese mismo día distaba mucho de hallarse completa: en esos tiempos solo los más fieles acudían. Y encima los precios no paraban de subir. ¡Por lo más sagrado, que no hacía mucho estaban las anguilas a seis dineros la libra y ese día había pagado doce!

Una carcajada le hizo salir de sus reflexiones. Arnao Calteno entró en el comedor desde el interior de la posada. Vestía calzas de colores y zapatos de cuero rojo, como los que se decía que llevaban en la corte. Le acompañaba Martiño, que a su lado parecía un pollo desplumado. Xan se tragó un suspiro de decepción. ¡Él, amo y señor del León Real, con un hijo clérigo! Bien estaría si no fuera el único varón, pero la idea de que todo el fruto de sus esfuerzos fuera a parar a manos de la Iglesia... Antes habrían de pasar por encima de su cadáver.

Había hecho bien en exigirle al ama Einés que relajara la vigilancia sobre Mencía en lo que a Arnao se refería. Su hija no había salido de la posada desde el desastre del arrabal, a quién se le ocurría meterse por tales andurriales. Y el mozo aquel, ¿cómo se llamaba?, Estevo, ¡así se pudriera en un muladar!, desaparecido.

—Vaya, vaya, Arnao, muy contento me venís. —Le cerró el paso hacia la salida. El joven dio un respingo—. ¿Cómo habéis visto a Mencía hoy? ¡Seguramente más animada, a juzgar por vuestra sonrisa!

—Oh, maese Cabreiro, no penséis que yo... ¡No se me ocurriría faltar a vuestra confianza, y menos en vuestra misma casa!

—Diantres, Arnao, ya me lo supongo. —¿Qué se pensaba? ¿Que él no sabía cuidar de su hija? ¿En su propia casa? ¿Con la fama de calavera que tenía aquel mozo? Decidió pincharlo—. Entonces ¿no os gusta la muchacha?

El hijo del cambista se sonrojó. ¡Alabado fuera el Señor, se sonrojaba! Xan tuvo que contener una risa.

—¡Vuestra hija es la más hermosa de las ninfas! —le oyó exclamar con ardor.

Se tragó el exabrupto. ¡Otro sabiondo, con sus palabrejas de curas! Pero sonrió, obsequioso.

—Mi hija bebe los vientos por vos, os lo digo yo, sobre todo desde que le salvasteis la vida.

—Oh, maese, no tuvo importancia.

—Y parece que os lleváis bien... —Le dio una palmada amistosa que casi lo tumbó. Oyó el gruñido de Martiño tras él. ¿Qué demonios le pasaba ahora? ¿Por qué ponía esa cara de vino agrio? ¡No había quien lo entendiera!—. De hecho, querido Arnao, tal vez sea hora de que vuestro padre y yo hablemos.

El joven palideció. Xan se dio perfecta cuenta, por supuesto. «Así que pensabas que te podrías beneficiar a mi hija sin pasar antes por la vicaría, ¿eh, tunante?».

—¿Ha... hablar, maese?

—Comprended que Mencía ya no es ninguna niña, he de velar por ella. Sin antes aclarar las cosas, no podría permitir que os siguierais viendo —dijo, atento a sus reacciones—. Oh, seguro que la pobre os echaría mucho de menos, pero en fin. — Arnao fruncía el ceño, desconcertado y casi dolido. Atrapó la ocasión al vuelo—. Ea, no se hable más, hacedme el favor de decirle a vuestro padre que quiero hablar con él.

—Como... como digáis, maese Cabreiro.

Y, tras despedirse, Arnao y Martiño se dirigieron a la puerta, pálido el uno, sanguíneo el otro.

Fuera, el día era gris, de nubes bajas.

—Arnao...

—¿Y tú qué quieres ahora? —le espetó con aspereza a Martiño, que le devolvió una mirada de perro apaleado.

—No... no hagas caso, mi padre es un... un...

—¿Un qué?

—Un animal, eso es lo que es. ¡Un animal y un zafio!

—¿Por qué dices eso?

—¡Mira cómo te ha tratado! ¿Cómo se le ocurre?

Arnao se encogió de hombros.

—¿Qué querías que hiciera? Se trata de su hija, tu propia hermana.

Martiño hizo un gesto extraño, como si algo le molestase, y cambió de tema.

—¿Has hablado con tu padre?

—¿Con mi padre? Pero ¿qué le pasa hoy a tu familia que solo sabe pedir? ¡Primero Mencía, después el maese y ahora tú! ¿Y de qué tengo que hablar con mi padre, si puede saberse?

—¿Mencía?

—¡Oh, déjalo! —exclamó, hastiado. Estaba claro que aquel día los Cabreiro estaban empeñados en agriarle el humor, pues también Mencía le había hecho poco antes una extraña petición.

—He cumplido mi parte del trato, ¿no? Te estás viendo con mi hermana. Mi padre nunca accederá a que me ordene, pero si el tuyo me respaldara, podría obtener un beneficio del cabildo...

Arnao escrutó a su amigo. Le tenía aprecio, pero había días en que le resultaba tan tedioso...

Avanzaron por la rúa do Preguntoiro, entre gentes que caminaban un tanto cabizbajas, como si no quisieran llamar mucho la atención. Hasta los aguadores habían dejado de vocear su mercancía. Un perro esquelético husmeaba en un montón de desperdicios y un mendigo desnarigado canturreaba. Qué asco de fulano. ¿Por qué los dejaban vagar a sus anchas por la ciudad?

Era curioso lo que le sucedía. Al principio, Mencía no era sino la promesa de una aventura más. Estaba saturado de busconas y criadas. Por eso se habían encaprichado de la muchacha, todo un desafío. Pero le estaba pasando algo extraño. Cuando la visitaba, sobre todo si había pasado la noche anterior con Tareixa y Martiño, se sentía sucio. Qué cosas.

Todo era tan confuso. Mencía tenía carácter; Arnao jamás se había encontrado con alguien así. ¿Pues no se había enfrentado ella sola a los rufianes que asaltaban al peón aquel? Una doncella con redaños. Por no hablar de la aventura en el arrabal, ¡habrase visto!, ¡una muchacha de buena familia preocupándose por los desharrapados! Una cosa era dar una limosna en la iglesia y otra muy distinta meterse en las casuchas de los pobres, o dondequiera que estos viviesen, así, por las buenas.

Y sin embargo, qué arrojito, pardiez.

A ver, a ver. Resultaba que Mencía le había pedido que localizara a la mujeruca a la que fue a ayudar, ¿cómo dijo que se llamaba? Pascoala, o algo así. Que fuera a visitarla y se asegurara de que no le faltara de nada. ¡Por el Cristo, tamaña insensatez! ¿Es que creía que no tenía nada mejor que hacer? Las mujeres eran así, estaba en su naturaleza preocuparse por aquellas menudencias. Pero algo debió de ver Mencía en su rostro, porque sin venir a cuento dejó de sentir el calor de su cuerpo y la separación fue como si el viento se tornara de hielo. Uf, qué cara puso, una mezcla de rechazo y decepción, y aquellos ojos tan fríos...

En fin, que le había dicho que sí, qué podía hacer si no, que no se inquietara, que él se encargaría de todo. Como si no tuviera otra cosa en que pensar.

La próxima vez que la viera le diría que la mujeruca estaba muy bien, que le había llevado comida y eso. Ni se le pasaba por la cabeza hacerlo, pero tampoco le costaba nada tenerla contenta.

Lo extraño era que quería tenerla contenta. No entendía lo que le estaba pasando. Ay, Señor. ¿Se estaría enamorando? ¡Era una sensación tan nueva! No dejaba de pensar en ella. Incluso, ¿por qué no?, no le desagradaba la idea de convertirla en su esposa. Total, tarde o temprano tendría que casarse, y una mujer como Mencía, tan hermosa como valiente, luciría bien el nombre de Calteno. Y por fin podría cubrir de besos aquel rostro, aquellos labios, aquel cuello, aquellos pe...

—¿Arnao?

Debía de habersele quedado una sonrisa bobalicona en la cara. Qué narices. De repente se sentía bien, muy bien. Decidido. Generoso.

—De acuerdo, acompáñame a ver a mi padre —le dijo a Martiño, que le contemplaba con una mezcla de extrañeza y expectación. Quién sabía, a lo mejor la promesa de unas futuras nupcias calmaban a su padre, que últimamente no paraba de llamarle gandul y se empeñaba en que le ayudara en los negocios—. Pero has de prometerme algo.

—¡Solo tienes que decirlo! —asintió su amigo, feliz—. Nunca te agradeceré lo suficiente que hagas esto por mí.

—Dices bien, Martiño, por ti lo hago. ¡Voto al diablo que si por mí fuera te sacaría de la cabeza esa estupidez de ordenarte! Aun así, visto que eso es lo único que quieres...

—No es lo único que deseo, Arnao, pero sí, lo quiero.

Arnao echó a andar con paso firme hacia la praza do Paraíso, donde los cambiadores tenían sus puestos. Le gustaba aquella plaza, que siempre había sido el destino final de miles de romeros. La conocía desde pequeño, cuando acudía a avisar a su padre de esto o aquello o acompañaba al criado que le llevaba el almuerzo si la jornada era de mucho trajín. Se trataba de un espacio amplio entre el palacio arzobispal y la catedral de un lado y el monasterio benedictino de San Martiño Pinarío del otro. En el medio se levantaban la Cruz dos Farrapos y la Fonte dos Cabalos, en la que se bañaban los peregrinos para purificarse antes de entrar en la catedral.

En la plaza instalaban sus mesas los cambiadores, miembros de la cofradía del Santo Cirial, la más poderosa de la ciudad. Se asentaban desde las puertas del monasterio hacia arriba, por la rúa dos Cambeas, que comunicaba con la praza do Campo. Siempre había movimiento por allí. Los cofrades disponían los cambios o tablas en fila y se acomodaban en banquillos con las vestiduras que los identificaban, sus pesas, sus balanzas y sus huchas pintadas de colores, para canjear las monedas de los peregrinos por otras de curso ordinario.

Acababan de dejar atrás la praza do Campo y pasaban al lado de una de las dos carnicerías públicas de la ciudad cuando oyeron gritos procedentes de la zona de los cambistas. Arnao divisó entre la gente que abarrotaba la rúa dos Cambeas a Xoán de Monreal, un viejo cambiador de gruesa papada, que se apresuraba a recoger su tabla y su hucha.

—¡Maese Monreal! ¿Qué sucede?

Le rehuyó la mirada. Un poco más abajo, frente a la entrada del monasterio de San Martiño Pinarío, las voces se recrudecían.

—Se lo advertí, hijo, yo se lo advertí...

—¿Advirtió qué? ¿A quién?

—Tu padre, hijo...

Arnao ya no siguió escuchando. Corrió calle abajo, a la tabla de su padre, con el corazón en un puño. Un grupo de matones habían volcado la hucha y la tabla y pateaban a Airas Calteno, que yacía en el suelo. Alrededor, los mendigos se

apresuraban a recoger las monedas caídas. Todo era un desorden de empujones, gritos e insultos. Su padre gimoteaba, encogido sobre sí mismo, con el rostro ensangrentado. No se veía ni rastro de los guardias que siempre rondaban por la plaza.

Sin pensar, se echó sobre su padre para protegerlo de los golpes.

—¡Dejadlo! ¿Qué os ha hecho? ¿Os habéis vuelto locos?

Uno de los atacantes, un sujeto de nariz torcida, le agarró por el pelo y dio un tirón violento hacia atrás.

—¿Y tú quién eres, mendrugo? ¿Qué se te ha perdido en este entierro?

—¡Soy su hijo!

—Vaya, vaya, el cachorro del estafador...

—¡Mi padre no es ningún estafador! —Le salió un grito desesperado que desató una ráfaga de carcajadas—. ¿Cómo os atrevéis? ¡Mi padre es el mayordomo de la cofradía de los cambiadores! ¡Es regidor del concejo!

El fulano volvió a tirarle del pelo con fuerza y luego lo soltó, despectivo.

—Será lo que quieras, pero ha intentado estafarnos con el cambio. ¡Da gracias de que no avisemos a la guardia o terminaría en el cepo!

Arnao se irguió. Tenía miedo, cómo no iba a tenerlo, pero estaba fuera de sí. Jamás había imaginado que un día vería a su padre en esa situación.

—¿Cómo os atrevéis? —farfulló, sin saber siquiera lo que decía, consciente solo de la rabia que le embargaba.

De repente, recibió un puñetazo en el estómago que le dobló en dos y lo tumbó sobre su padre.

—Andaos con ojo, listillos —le dijo el de la nariz torcida al oído—. Que os sirva de advertencia. A ver si así aprendéis a quién debéis apoyar.

Arnao comprendió.

Era un aviso.

Cuando se marcharon, los cofrades comenzaron a acercarse como gorriones que regresan tras alzar el vuelo en desbandada al divisar al halcón. En medio de un coro de expresiones de enojo y condolencia, Arnao observó a su padre con ansiedad. Airas Calteno, un hombre espigado de cuarenta y pocos años, tenía la mirada desencajada, las ropas desordenadas, contusiones, y una brecha en el cuero cabelludo, por el golpe contra una piedra, que no paraba de sangrar, pero no parecía herido de consideración. Saldría de esa.

Otra cosa era la dignidad. Y la súbita conciencia de la fragilidad de su padre.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Arnao—. No eran asaltantes, eran...

—¡Calla! —Sonó como un latigazo. El joven cerró la boca—. Más tarde, hijo, más tarde. —Y se puso a tranquilizar a los cofrades como si ellos, y no él, fueran los agredidos.

—Moscoso, hijo. —Se retiraban ya hacia la casa familiar, en la Algara de Cima —. Uno de ellos era un hombre de Moscoso.

Airas Calteno cojeaba un poco pero caminaba erguido, con dignidad, tragándose el dolor. Era el mayordomo de los cambistas. Y un Calteno. Cada poco se veía obligado a detenerse para responder a la preocupación de colegas y vecinos. Era un hombre muy conocido, y quería pensar que también apreciado.

Aunque sabía de sobra que los aprecio eran tan mudables como la brisa. Se medio volvió para mirar a Martiño, el hijo del posadero, que les seguía un tanto distante, con aspecto alarmado, o quizá intimidado.

—¡Malnacidos! ¿Qué pretendían? —susurró Arnao.

Airas le observó con asombro. Diantres, aquel hijo suyo.

—¿En qué mundo vives?

Era evidente lo que pretendían. Los Moscoso querían que el concejo les apoyara, querían que renegara de su señor natural, el arzobispo. La mitad de los regidores lo habían hecho ya, pero Airas se resistía. ¿Qué posibilidades había de que perdurara la revuelta? La Iglesia no lo iba a consentir, y la Iglesia siempre terminaba imponiendo su ley. Los Calteno habían hecho su fortuna a la sombra de la Iglesia.

Tras llegar a la morada familiar, explicar lo sucedido a su mujer, calmarla y dejar que el físico llamado con urgencia le curara las heridas, Airas pudo al fin descansar. Se sentó en un saloncito, cerca del fuego del hogar, con un licor de hierbas en la mano. Observó al Martiño aquel. Estudiaba los discretos tapices y muebles de la estancia con un brillo en los ojos que a Airas, habituado a interpretar la expresión de las gentes, no se le escapó. Había estado alguna que otra vez en el León Real y le había abrumado su decoración recargada, su ostentosa vulgaridad. «Fíjate bien, muchacho. Aprende la diferencia». Sonrió para sí.

Pero el posadero, Cabreiro, era un hombre de Moscoso. Y los Moscoso estaban ganando. Al menos por el momento.

—Lamento que hayáis presenciado el incidente, Martiño —dijo con voz amable.

—Oh, señor, soy yo el que lamenta lo que os ha pasado.

Airas no perdió más el tiempo con él y se dirigió a quien realmente le tenía intrigado.

—¿Por qué me buscabas, Arnao? —Pues sabía que, desde que había crecido, su hijo no pasaría por la plaza a verle sin una buena razón.

—Quizá no sea el mejor momento...

—Tonterías, hijo. Habla, que no moriré de esta.

Y entonces Arnao comenzó a farfullar una buena cantidad de despropósitos. ¡Señor, qué había hecho él para criar un hijo como aquel! ¿De qué demontres le hablaba? ¡Quería casarse con la hija del posadero! ¿Se habría vuelto loco? ¿Un Calteno desposar con la prole de un advenedizo?

Luego fue el turno del otro, Martiño. ¡Por las barbas de los profetas, ese pretendía ordenarse! Al oír aquello, la mente de Airas comenzó a calcular. Quizá tal alianza no fuera tan desastrosa. Cabreiro era hombre rico y, si el mentecato aquel se ordenaba, sería hombre rico sin heredero.

Uf, cómo le dolía la cabeza.

Después de lo sucedido, era consciente de que tenía que hacer algo. Dar una señal.

Los Cabreiro eran de la cuerda de los Moscoso.

Y, si Airas Calteno había llegado a mayordomo del gremio más poderoso de Santiago, era por algo. Sabía navegar por aguas turbulentas.

Aunque para eso tuviera que tragarse el orgullo.

Una costra de mugre fue tiznando su piel. La grasa le pegaba las guedejas al cráneo, los piojos bailaban felices por el festín, las pulgas engordaban con su sangre. No le importaba. Ni siquiera se daba cuenta.

A veces, cuando tiritaba de frío en cualquier callejón en mitad de la noche, Estevo tenía la sensación de haber despertado de un sueño de calor y seguridad. En esas horas inciertas le venía a la mente la imagen de Mencía y Arnao. Entonces se le endurecía el gesto, se le perdía la mirada en la oscuridad.

Pensaba mucho en su familia, en su aldea de Moreda.

«¿Que quieres que faga, rapaz? Ou parir ou rebentar, non hai outro camiño por onde botar».

Las palabras danzaban como espectros olvidados. Recordaba la indignación que le hervía la sangre, la rabia que le embargaba cuando su padre pronunciaba aquella frase.

«Somos siervos, rapaz. Es lo que somos».

Pensaba en María. La brutalidad de la violación en el bosque, la indiferencia de Paio el Tuerto al matar al chiquillo.

«O parir o reventar, no hay otro camino por donde tirar». Y ahí volvía la rabia otra vez.

No tenía adónde ir. A veces pensaba en marcharse de la ciudad, regresar a Moreda, a Trobos, pero sabía que era un deseo imposible. Ni siquiera se trataba de un deseo, solo la añoranza de un hogar desaparecido. Allí no quedaba nada para él. Su casa había sido quemada. Su familia, asesinada. No tenía adónde ir.

«O parir o reventar, no hay otro camino por donde tirar».

No quería marcharse. Un odio negro le calentaba el corazón y le daba fuerzas.

Alonso de Lemos, el primogénito del conde de Lemos, muy noble señor de soga y cuchillo, del que su familia había sido sierva.

Paio el Tuerto, escudero, asesino, violador.

Desfeito.

Arcanxo.

Su padre se había pasado la vida tratando de domarle.

Pero ya no tenía padre.

—*Rebentar, pai. Rebentar.*

De día deambulaba por la ciudad. Se deslizaba como una sombra, atento a hurtarse de las miradas de mendigos y descuideros. No quería volver a caer en las garras del Arcanxo, aunque sabía que por el momento no le estarían buscando. Creían que seguía en la posada. Husmeaba desde los callejones, acechaba desde los pasadizos. Rondaba los mercados, cuando el sol se ponía, en busca de las verduras que los vendedores desechaban. Espiaba los figones a la espera de las sobras que solían echar en los muladares. De noche se refugiaba en cualquier escondrijo, se hacía un ovillo entre la paja podrida y pensaba.

Algo oscuro crecía dentro de su pecho. Comprendió que no podía renunciar a lo que era. Su padre decía que eran siervos, pero se equivocaba. Su padre había sido el mejor trampero que había conocido. Estevo había aprendido sus mañas. Se sentía en su elemento en el bosque, conocía los sonidos de la *fraga*, sabía leer las huellas y husmear un rastro en el aire.

Era un cazador.

Y había olfateado a su presa.

Durante días, aguardó en las cercanías del León Real. Vio alguna vez a Martiño y a Arnao. El rubio acudía todas las tardes a la posada de la rúa do Preguntoiro. Estevo procuraba no pensar en lo que hacía dentro, no era eso por lo que acechaba. Si aquel mequetrefe hacía feliz a Mencía, él no era nadie para impedirselo. Aunque cada vez que lo veía se le clavara una astilla en la piel.

Aguardaba. Sabía que el desnarigado volvería a por él. El Arcanxo lo había dejado muy claro: cada semana, Desfeito iría a buscarle para recoger el botín que se suponía él iba a robar.

Una mañana, por fin, apareció. Estevo lo descubrió cuando se acercaba al León Real para apostarse en sus cercanías. Fue una suerte que en ese momento pasara un carro, pues no había contado con encontrarlo tan temprano y avanzaba al descubierto. Con el corazón latiéndole salvajemente, se hurtó por un callejón y se dispuso a esperar.

Fue una larga jornada. El desnarigado aguantó firme, incesante su cantinela de mendigo, los ojillos negros atentos a quién entraba y quién salía de la posada. Apareció en la puerta Antón, acompañado de Mariña, para ir al mercado; llegaron y se marcharon los clientes; acudió Arnao y se fue horas después. Estevo, muerto de hambre, aguardó también.

Era ya de noche cuando Desfeito emprendió el regreso.

Fue tras él.

—¡Arrepentíos! ¿Acaso creéis que el Todopoderoso no sabe lo que hacéis? ¡El Señor lee en vuestros corazones y ve en ellos vuestro orgullo! ¡Arrepentíos!

A medida que pasaban los días, la inquietud se apoderaba de los ciudadanos y hacía brotar piedades de las piedras. Los franciscanos, cuyo convento se erguía nada más salir por la Porta de San Francisco, en la zona norte de las murallas, siempre habían tenido fama de buenos predicadores. Tiempo atrás, el cabildo de la catedral se había visto obligado a prohibirles la prédica durante las horas de misa, pues su palabra era tan seductora que despoblaba las iglesias y congregaba multitudes en las plazas. Desde la marcha del arzobispo, los frailes sacudían las conciencias y ganaban día tras día seguidores y limosnas. Muchos buscaban en la Iglesia la seguridad que el siglo no les daba.

—¡Desprendeos de los bienes terrenales! ¿Qué son sino tentaciones de Satanás? ¡Ofreced al Señor vuestras riquezas y os será entregado el Paraíso!

Las pías donaciones llenaban las arcas del monasterio de los pobres fráteres de San Francisco, las palabras de los predicadores provocaban lágrimas y arrepentimientos de beatas y ricashembras que escuchaban con arrobos a tan santos varones.

—¿De qué os sirve la riqueza si perdéis vuestra alma?

Se hablaba de prodigios y señales. La Fonte dos Cabalos de la praza do Paraíso había amanecido llena de sapos, y sabido era por todos que son animales ponzoñosos, demonios disfrazados al servicio de las brujas. Se decía que habían visto a la Roldiña, la mismísima Compañía dos Mortos, salir de las tumbas de la Quintana y rondar el palacio arzobispal. Las flores que los escasos romeros depositaban en ofrenda se pudrían de un día para otro, como si una peste soplara sobre la ciudad.

Estevo percibía la agitación. Escuchaba las conversaciones en las tabernas, veía a los agitadores que clamaban contra el arzobispo en las plazas, las patrullas de hombres de armas que, a las órdenes de los hermanos Ávila, disolvían con violencia los corrillos. Mas todo aquello no era sino un rumor de fondo. Había seguido a Desfeito hasta una casona del arrabal de San Pedro, el barrio extramuros por el que desembocaba el camino francés en el burgo.

Tenía que tratarse de la guarida del Arcanxo; allí debieron de llevarle cuando le taparon la cabeza con un saco.

Durante dos días enteros espía el ir y venir de las gentes. El lugar se hallaba algo apartado, en una callejuela lateral que daba a la rúa de San Pedro, rodeado de tabernas, lupanares, miserables posadas y mesones de tres al cuarto. Una zona frecuentada por aprendices y romeros pobres, una multitud sedienta y bullanguera entre la que no le costó pasar desapercibido.

Pronto se dio cuenta de que en la casona no paraban de entrar y salir cortabolsas, mendigos, santiguadores de bolsillos. No era difícil reconocerlos una vez se sabía lo que se buscaba. Fue tomando nota de sus costumbres y horarios. La casa era el punto

de encuentro de una amplia cofradía de maleantes.

Una mañana, al fin, distinguió al propio Arcanxo tras los postigos entornados de una ventana del primer piso. Tuvo que contener un grito de júbilo. Aquella era la confirmación que le faltaba. Había localizado a la presa.

—¡Eh, tú!

Reconoció al tipejo que salía en ese momento de la casa. Era uno de los que le habían tendido la celada en el arrabal de Santa Susana, un animal de músculos de herrero y cerebro de mosca.

Maldijo su torpeza. La capucha del manto se le había deslizado hacia atrás y había dejado su rostro a la vista. Un rostro fácil de recordar por las dos cicatrices que le cruzaban las mejillas.

—¡Eh, tú, ven aquí!

Echó a correr, seguido por aquel buey furioso que apartaba a empujones a cuantos se ponían en su camino. Estevo era más rápido, pero la paliza reciente y las privaciones mermaban sus fuerzas. Comprendió que iba a alcanzarle cuando apareció ante él la Porta do Camiño.

—¡Auxilio! ¡A mí la guardia! ¡Un ladrón!

Ante la entrada, labriegos con sus mercancías, lavanderas y viajeros aguardaban su turno. Los guardias salieron de sus garitas con las alabardas en mano para averiguar qué sucedía. Estevo aprovechó el momento para atravesar la puerta y perderse en la ciudad.

Ahora que sabía dónde se escondía, el Arcanxo podía esperar. Había cosas más urgentes. La lluvia empapaba sus ropas, el hambre le agujereaba el estómago. Por las noches se guarecía en cualquier rincón, pero pocos había que le mantuvieran a resguardo de la perpetua llovizna que ahogaba la ciudad. El mejor lugar, los soportales de la rúa do Vilar, era territorio prohibido, privilegio de mendigos con cédula.

También estaban la Pascoala y sus hijas. Con lo que conseguía arañar de mercados y figones, malamente le daba para alimentarse él. «No es cosa tuya», se decía. Pero no conseguía olvidarse de aquellas niñas hambrientas.

Una tarde, después de muchas horas de buscar sin éxito algo que llevarse a la boca, atravesó las murallas por la Porta Faxeira y comenzó a subir el Outeiro de Poldros, desde donde habían partido las mesnadas arzobispales. Tan solo buscaba un lugar aislado en el que descansar unas horas sin necesidad de mantenerse alerta.

Desde la capilla de Santa Susana, en la cima de la colina, contempló el amplio paisaje que se abría al sur de la ciudad. A lo lejos, algo a su derecha, distinguió las torres de una gran fortaleza: el castillo de Rocha Forte, que dominaba las rutas que iban al sur y al oeste y a cuyo frente se hallaba Álvaro Sánchez de Ávila. Detrás, el monte que llamaban de Pedroso ocultaba la vista hacia el sudoeste. El resto, todo cuanto abarcaba su vista salvo la cinta del camino real que llevaba a Padrón y algunas construcciones aisladas, era un inmenso bosque de robles, arces, nogales, hayas y

tilos.

Tardó un buen rato en asimilar lo que estaba viendo.

Un bosque. Un inmenso bosque a las puertas de la ciudad.

—¡Maldita sea, silencio!

La orden era un susurro, pero restalló en la quietud del alba como el siseo de una fusta. Bernal el Bravo se irguió en lo alto de su semental y permaneció inmóvil en la tenue claridad. La cota de mallas le oprimía la panza y le arañaba los costados, demasiado estrecha para una cintura en franca expansión.

El caballo zapateó el suelo con las manos. Bernal le palmoteó el cuello para calmarlo. También él estaba intranquilo. La noche era territorio de seres sin nombre. Inconscientemente, su mano se cerró sobre el puño de la espada. Vive Dios que no le daban miedo los enemigos de carne y hueso, aunque ¿quién sabía qué tenebrosas criaturas le rondaban en aquel preciso instante?

Pero ya estaban allí. Divisó las torres de la catedral, al fondo, recortadas contra la luz del primer amanecer. Compostela todavía dormía. Su ciudad, aunque se la fueran a entregar al Trastámara. Pero así había de ser. Que el conde pusiera arzobispo, que ellos seguirían siendo pertigueros. Los principales de entre los nobles. Sin tal componenda, Pedro Álvarez Osorio nunca les apoyaría.

—No deberíais haber venido, padre —susurró a la figura encabalgada que estaba a su lado.

Don Roi de Moscoso parecía un espectro negro bajo la capa y con la capucha alzada.

—No me digas lo que tengo que hacer —repuso con voz queda.

Encogiéndose de hombros, Bernal examinó a los caballeros que le rodeaban: allí estaba el grueso corpachón de Sueiro Gómez de Soutomaior, acompañado de su hijo y sus parientes. Allí también Pedro Bermúdez de Montaos, Lope Pérez de Moscoso y otros caballeros menores. Tras ellos, las mesnadas se agitaban entre el sonido de metales y el pateo de las monturas. Más de dos centenas de hombres. Y ahora que veían su destino, estaban deseando entrar en acción.

Bernal el Bravo sonrió. Le gustaba el apelativo con el que le conocían desde la cacería. La brisa fría le alivió el sudor del rostro y espoleó su impaciencia. También él estaba deseando entrar en acción. El mierda de Pedro Osorio iba a enterarse de una vez por todas de cómo se las gastaban los Moscoso.

Resopló con fuerza. Como en respuesta, un búho ululó desde la copa de un roble cercano.

Hizo un gesto y varios hombres a caballo se aproximaron.

—Apagad las antorchas —ordenó con voz ronca, un punto desabrida—. Seguiremos a oscuras.

Pocas horas después, los gritos y el entrechocar de espadas restallaban a su

alrededor. Unos labriegos que habían acudido temprano a Santiago porque había mercado huían con el espanto en los ojos. Bernal no perdía detalle mientras sus hombres prendían fuego a las puertas y aplastaban la débil resistencia.

La guardia de las murallas había conseguido cerrar las trancas antes de que la hueste las traspasara, pero permanecía indecisa. Había hombres en el paseo de ronda, gentes de los Sánchez de Ávila, aunque solo alguna saeta aislada trataba de detenerles. Sabían que no podían resistir y preferían no ponerse las cosas más difíciles.

Un grupo de peones golpeó con un madero las puertas que ya comenzaban a ceder. El fuego debilitaba las tablas, elevaba gruesas columnas de humo sobre la ciudad.

—¡Moscoso! ¡Adelante! —Cargó a través de las hojas vencidas, sin preocuparse de si sus hombres le seguían o no. Había distribuido las tropas y contaba con que en aquel mismo instante sus leales estuvieran entrando en tromba por las siete puertas de la ciudad—. ¡Adelante!

Asestó un mandoble que se hundió en carne. Sintió la euforia del combate. Por Dios, habría dado media vida por sentirse siempre tan bien.

—¡Cuidado, señor! —le avisó su escudero.

Un hombre de armas corría hacia él con el rostro desfigurado y una alabarda en las manos. El valentón de turno.

Los instintos de tantos años de entrenamiento le salvaron. Hincó la espuela derecha en el flanco de su semental, que se volteó bruscamente hacia su diestra. El filo de la hoja le pasó a un palmo del vientre. El soldado se desequilibró al no encontrar el obstáculo que esperaba y siguió corriendo, dos, tres pasos. Bernal le lanzó un mandoble del revés que se incrustó en el costado de su atacante. Cayó al suelo con el tronco convertido en un amasijo de huesos y sangre.

—Cabrón seboso —musitó. Había estado muy cerca. Alzó la voz—: ¡A la catedral! ¡A la catedral!

Los caballos avanzaron al galope entre los alaridos de los pocos villanos que estaban en las calles. Las criadas que habían abierto las puertas para vaciar los vasos de noche volvían a cerrarlas con el terror en el cuerpo. La guardia del arzobispo, incapaz de frenar la acometida, dejó caer las espadas, abandonó cotas y bacinetes.

Era la huida de las ratas.

Compostela todavía estaba despertando cuando ya había caído. Los suyos ocupaban el palacio arzobispal, el templo del apóstol, las torres de la plaza, la cárcel pública. Se veían libreas de osos por doquier, se alzaban estandartes y pendones. Los gritos se iban acallando.

A mediodía, en la Porta de Mazarelos, rodeados de una muchedumbre silenciosa, Bernal y sus caballeros aguardaban firmes, acompañados de sus hombres de armas.

Con dificultad pero sin dejarse ayudar, su padre desmontó. Don Pedro Álvarez Osorio, frente a él, le imitó.

Don Roi de Moscoso, pertiguero mayor de la Tierra de Santiago, hizo un ademán.
Una invitación.
Ambos atravesaron las puertas quemadas.
Santiago era Moscoso. Era Trastámara.

No hay mejor caldo que el bien revuelto

—¿SABÉIS qué sucede, padre? ¿A qué esperamos ahora?

El conde de Lemos, sentado en una silla de tijera en el exterior de su carpa, almorzaba arenques asados y pechos de carnero adobados. Tenía el rostro barbado y canoso y unos ojos castaños pequeños y vivaces. Dejó el trozo de carne en la tabla y se chupó los dedos con deleite. Agarró la copa de vino que tenía ante sí y la vació de un trago. Después se pasó la manga por la boca y alzó por fin la mirada hacia su hijo, que aguardaba de pie ante él con cota de malla y los brazos en jarras. Sin poder evitarlo, en los labios del conde asomó una mueca de diversión.

—Más vale que te pongas prendas más frescas, Alonso. Mucho me temo que esta guerra se ha acabado.

—¿Acabado? ¡Si todavía no ha comenzado!

Don Pedro Álvarez Osorio se encogió de hombros y echó un vistazo en derredor. Soplaban una brisa ardiente que levantaba las faldas de las carpas que les rodeaban. A poca distancia se erguía el pabellón real, en el que varios domésticos se afanaban de aquí para allá. Ante la entrada, un nutrido grupo de cortesanos simulaba encontrarse allí por pura casualidad. Ningún noble que se preciase sufriría de buen grado una espera como aquella, aunque el causante fuera rey. Y menos uno como aquel. Don Enrique IV, por la gracia de Dios monarca de Galicia, León, Castilla, Toledo, Córdoba, Murcia y Jaén, señor del Algarve, de Algeciras, de Vizcaya, de Molina y de quién sabía cuántas más tierras y señoríos, era blando de temperamento y suave de maneras, más amigo de la holganza que de las servidumbres de su dignidad. Un rey muy poco... regio.

—Si lo que se rumorea es cierto, hijo, esta guerra nunca dará comienzo.

Alonso de Lemos frunció el ceño y aferró el pomo de la espada con la mano izquierda:

—¿Y qué es lo que se rumorea?

—Que Enrique ha llegado a un acuerdo con los moros. Otra vez.

El semblante de su hijo se oscureció.

—¿Estáis seguro? Pero... ¡es una locura! Granada está indefensa y nuestro ejército es poderoso, ¿acaso no se da cuenta de que tiene al alcance de la mano culminar una tarea de siglos y que si lo hace su nombre quedará grabado en los anales del reino para siempre?

Don Pedro asintió. Su hijo tenía razón, pero Enrique no era amigo de espadas. No de las de ese tipo, al menos, pues se decía que de las otras, de las que se

desenfundaban en el lecho, era devoto. Al conde se le daba un ardite con quién yaciera el rey, pero eso explicaría que no tuviera hijos pese a haber estado trece años casado con doña Blanca de Navarra y llevar ya tres con la portuguesa doña Juana de Avis y Aragón.

Percibió que en el interior del pabellón real se producía por fin movimiento de gentes. Los cortesanos de la entrada también se habían percatado y sus conversaciones languidecieron, atentos a la entrada de la carpa. Pero el rey se demoraba. El rey siempre se demoraba.

Dirigió la vista hacia el amplio valle que se divisaba desde el altozano donde se hallaba asentado el ejército real. Al fondo, las casas blancas de Écija relumbraban como sábanas al sol del mediodía, y más allá, tras la Banda Morisca, el territorio fronterizo, aguardaba el tesoro del reino nazarí de Granada. La bella, la culta, la opulenta Granada. Granada la mora.

Su hijo le observaba con mal reprimida impaciencia. Había días en que don Pedro se levantaba de un humor despegado, como si el mundo no fuera más que una función de títeres y él un espectador poco atento, y ese era uno de tales días. Sin embargo, viendo la expresión exasperada de su hijo, hizo un esfuerzo y decidió ser franco con él.

—No habrá guerra, Alonso. ¿Sabes lo que respondió el rey cuando Juan Pacheco, el marqués de Villena, le dijo que deberíamos atacar sin demora? «No sufre mi ánimo ver derramada la sangre de mis súbditos», eso le respondió. Y se quedó tan ancho. El marqués porfió, bueno es él, que si es momento de conquista y no de diplomacia, que si ahora o nunca, pero Beltrán de la Cueva le llevó la contraria...

—¡Como siempre!

Don Pedro asintió.

—Sí, como siempre. —Pues aquellos dos no se soportaban. Pacheco procedía de una rancia familia castellana, estaba acostumbrado a imponer su voluntad a los mismos reyes y veía en Beltrán de la Cueva un competidor, no, peor todavía, un advenedizo que le hurtaba el favor real. Este, que había sido nombrado mayordomo real por el propio Enrique y tenía más ambición que años, veía en el marqués el obstáculo que le impedía medrar. Bastaba que uno dijera blanco para que el otro quisiera negro, y así el monarca se aseguraba de contar siempre con un aliado—. El caso es que el sultán Sa'd ha enviado embajadores para ofrecer jura de vasallo, y el rey se ha dejado tentar. Como siempre.

—Por las parias —adivinó Alonso, que descargó su enfado dándole una patada a una piedra.

Granada era la novia reclamada por tres pretendientes, tres débiles sultanes que guerreaban entre sí. Muhammad XI el Chiquito dominaba Granada, Málaga, Guadix y Almería. Abu Nasr Sa'd, al que llamaban Mulay Zad, era fuerte en Archidona y Ronda. Muhammad IX el Zurdo dominaba los castillos de Íllora, Moclín y Gibraltar. Y Enrique exigía parias a los tres para llenar sus arcas.

—Sa'd ha jurado pagar diez mil doblas y liberar a seiscientos cautivos cristianos cada año. Ese es el precio de la jura.

Alonso se le quedó mirando, sorprendido.

—¿Ya hay cifras? Pero ¿no decíais que era un rumor?

—El rey todavía no lo ha anunciado, pero es mucho más que un rumor. Es un pacto ya firmado.

—¡Maldición! —Otra patada furiosa. Después brotó en él la sospecha—. Y vos, padre, ¿cómo os habéis enterado?

El conde se encogió de hombros. Oyó el relincho de un potro incomodado por las moscas, que revoloteaban pegajosas y plumizas. De un descampado cercano le llegó el entrecocar de espadas y envidió el brío de los jóvenes, deseosos de entrenarse a pesar de aquel bochorno que pegaba las ropas a la piel.

—Hoy lo anunciará el rey. Y todos los nobles tendrán que darse la vuelta y regresar a sus feudos con un palmo de narices. Sin conquistas no hay tierras para repartir, y las parias se las quedará Enrique, aunque tendrá que compensarnos por los gastos de las mesnadas...

—No me habéis respondido, padre.

Observó con indisimulado orgullo a su hijo. Era todavía muy joven, solo diecisiete años, pero no le faltaba perspicacia, diantres, desde luego que no. Sería un digno titular del condado cuando él ya no estuviera. Dentro de mucho tiempo, esperaba.

—Me lo ha dicho el marqués de Villena —reconoció al fin.

—Muy bien os lleváis vos con Pacheco.

—Por eso tú debes llevarte bien con Beltrán... —Iba a decir algo más cuando vio que el rey acababa de salir del pabellón real.

Enrique era grande de cuerpo, con la cabellera rubia y la cintura desbordada por una barriga que no dejaba de crecer. Tenía la nariz aplastada por un accidente, pero la claridad de los ojos, la suavidad de las maneras y la sonrisa aliviaban la fealdad del rostro. De pie ante los cortesanos que le saludaban, bostezó con gusto y se desperezó. Después saludó a la concurrencia con un breve gesto de la mano y se sentó en un sitial dispuesto para las audiencias bajo un dosel con los leones y las torres del escudo de Castilla.

—Acerquémonos, Alonso.

En torno al rey se arracimaban nobles y señores principales. No le costó reconocer entre ellos a quien estaba buscando: una mancha de dorados y granates coronada por una mitra de oro, seda y piedras preciosas; Rodrigo de Luna, el arzobispo de Compostela. Solía vestir a la moda de los jóvenes cortesanos, con calzones cortos, jubones de seda y gorros emplumados, pero ese día había decidido adornarse con las vestiduras propias de su condición. Lo que, al menos, indicaba un destello de astucia.

Lo observó con interés: tenía el rostro congestionado y se retorció las manos sin

dejar de observar al monarca. Era evidente que estaba ansioso por intervenir, pero en aquel momento Enrique estaba ordenando algo a un lacayo y no podía interrumpirlo.

Don Pedro buscó la mirada del marqués de Villena, que se había colocado a la diestra del rey. Beltrán de la Cueva, por supuesto, se hallaba a la siniestra. Hasta físicamente eran opuestos aquellos dos: macizo el marqués, de pecho ancho y extremidades cortas y robustas, y espigado el mayordomo real, de miembros delicados y elegantes.

Cuando Pacheco le vio, le hizo un gesto leve de asentimiento. El conde se relajó.

—Alteza... —Rodrigo de Luna se había adelantado, incapaz de reprimir más su impaciencia. Don Pedro sonrió para sí, satisfecho. Quizá, después de todo, sacara algo en limpio de aquella absurda empresa de la cruzada—. Alteza, ha llegado un mensajero con graves nuevas...

Enrique suspiró audiblemente. Examinó el círculo de cortesanos con parsimonia, alargó la mano y un paje le acercó una copa de plata con vino especiado. Por fin, con evidente desgana, fijó su atención en el arzobispo.

—Decidme.

—¡Me han despojado! —clamó don Rodrigo con voz aguda—. ¡Se han alzado contra mí, contra... contra la Iglesia misma!

Mientras el de Luna relataba al rey la toma de la ciudad por el conde de Trastámara, los Moscoso y otros nobles menores, don Pedro daba vueltas con enojo a la sortija condal que llevaba en el dedo medio. La noche anterior el marqués de Villena le había contado lo sucedido. La noticia de que quien estaba detrás de un golpe tan audaz era el hideputa del conde de Trastámara le había sacado de quicio. Conocía bien a Rodrigo de Luna y sabía que era un tarambana poco fiable, pero en aquel momento el arzobispo era su mejor opción. No iba a dejar que el Trastámara se saliera con la suya.

Cuando el arzobispo terminó su angustiada relación, el rey titubeó. Como siempre. Enrique no soportaba la crispación, le aterraban los conflictos y bastaba que alguien se mostrara afligido o imperioso en su presencia para que se encerrara en sí mismo. Don Pedro se dio cuenta de que buscaba con la mirada a Juan Pacheco en demanda de auxilio.

Bien. Era justo lo que querían.

El marqués de Villena se dirigió al prelado con el tono de un preceptor que regaña a su pupilo.

—No es vuestra autoridad eclesiástica la que está en cuestión, don Rodrigo, lo que rechazan los conjurados es el señorío secular.

El arzobispo abrió con incredulidad sus ojos de sapo.

—¿Aplaudís que unos vasallos se alcen contra su señor? —Se volvió hacia el rey—. ¡Alteza, los rebeldes negaron sus mesnadas para vuestra gloriosa campaña contra el moro a pesar de que les advertí de que serían despojados de sus cargos y bienes en la Tierra de Santiago!

Lo que don Rodrigo no sabía pero sí don Pedro, pues el propio Pacheco se lo había confirmado la noche anterior, era que el Trastámara y sus compinches habían enviado contribuciones más que generosas al rey para compensar su ausencia.

—Diría que ha sucedido lo contrario. El despojado sois vos —replicó Enrique con un asomo de diversión en su tono. Una vez que el marqués de Villena había tomado las riendas, parecía más relajado y seguía el debate con indolente interés.

Pacheco atacó de nuevo.

—En cualquier caso, sabemos de vuestros abusos, don Rodrigo. Deberíais ser más prudente en el futuro.

—¿Cómo osáis?... —barbotó el prelado con la cara colorada. Don Pedro se preguntó si sería por la vergüenza o por la indignación.

—No os acaloréis. Pensadlo bien, si el rey accediera a despojarlos de sus cargos y arrebatarles sus señoríos, ¿con qué os encontraríais al regresar a vuestra sede? Con las puertas de la ciudad cerradas a cal y canto y la tierra entera contra vos.

—¿Qué proponéis entonces? —respondió don Rodrigo, respirando agitadamente—. ¿Debería darles las gracias por despojarme?

Juan Pacheco guardó silencio, consciente de que todas las miradas estaban pendientes de su boca. Se volvió hacia el rey.

—Con la venia, alteza, creo que lo adecuado será enviar un emisario real para negociar.

—¿Y proponéis a...? —preguntó Enrique con una sonrisa torcida. Sabía bien que el marqués no daba puntada sin hilo.

Juan Pacheco paseó su mirada por el círculo de cortesanos hasta detenerse en él. Incluyó la cabeza con cortesía.

—¿Don Pedro?

Dio un paso al frente. Un murmullo recorrió el círculo de cortesanos.

—A vuestro servicio, alteza. —Hizo una reverencia.

Enrique escrutaba su rostro. Imaginó que se estaría preguntando cuál sería el beneficio del marqués en el negocio, pero no le preocupaba. No rechazaría su nombramiento porque sabía que le era fiel, le debía el condado; él mismo se lo había otorgado dos años antes. Además, ¿quién si no podría apaciguar a los nobles compostelanos? Era el noble más poderoso de Galicia, con una milicia de ochenta escuderos y una mesnada de miles de hombres de armas.

—¿Estáis de acuerdo, don Pedro? —preguntó el rey, como si fuera ocurrencia suya el nombramiento.

—A vuestro servicio, alteza —repitió.

—Acudid pues a Compostela y transmitid mi mensaje: no toleramos usurpación alguna y exigimos restituir la situación a su natural ser. Vuestro pariente, el conde de Trastámara, ha de entregar la ciudad o enfrentarse a nuestra ira. Pero actuad como mediador, con tiento y mesura. No quiero más guerras, conde.

Don Pedro sonrió apenas con la comisura de los labios. Su pariente el Trastámara,

del mismo nombre que él. Su más encarnizado enemigo, con el que llevaba años enfrentado por los señoríos de Sarria, Ponferrada y Chantada.

—Dejadlo en mis manos, alteza. Seréis bien servido.

Maese Guímaro tenía un sueño. Un sueño que compartía con su compañero de fatigas, maese Goros, pese a que los reniegos y bufidos de este pudieran hacer pensar lo contrario. Ambos llevaban años recorriendo el país: de las tierras de los Sarmiento y los Soutomaioir al sur, a las de los Andrades y Mariñas al norte, desde las de Lemos, Ulloas y Pimenteles al este, hasta las del arzobispo compostelano en el oeste. Conocían bien el reino y llevaban detallada cuenta de los abusos, secuestros, violaciones y algaras que caballeros y bandidos perpetraban por todas partes con noble impunidad. Y cada atropello, cada violencia era un clavo en sus alforjas.

Los dos tenían un sueño, pero no eran hombres que se conformaran con soñar.

—¿Estás mal de la cabeza, Guímaro? ¿Cómo se te ocurre prender fuego?

La noche era un manto de grillos y estrellas. Guímaro sonrió y siguió alimentando con chasca la pequeña hoguera.

—Pretendo comer caliente, Goros. Este conejo agradecerá que le hagamos los honores. Y tu estómago también, a juzgar por los gruñidos que se le escapan.

—¡Yo lo que pretendo es llegar a viejo, demontres!

—Mucho no te falta, quizá lo consigas.

—No si tengo que aguantarte. ¿O es que no te has dado cuenta de que hay más soldados por los caminos que pulgas en tu cabeza?

—Soldados que pronto nos visitarán si sigues empeñado en demostrar que tienes buenos pulmones. —Con la habilidad de la larga práctica, desolló el conejo, lo ensartó en un espetón y lo colocó sobre el fuego—. Descuida, aquí estamos a salvo. Esas rocas ocultarán el fuego a quien pase por el camino. Eso espero, al menos —añadió, como si dudara, para hacer rabiar a Goros.

—¿No te basta con haberlo perdido todo en Betanzos? ¡Por mil demonios, hemos vuelto a quedarnos sin teatrillo ni títeres!

—Pero conservamos la cabeza.

—¡Para lo que la usas!

—Y hemos empezado a movernos. Por fin. Anda, siéntate de una vez.

Rezongando, Goros acabó por tomar asiento junto al fuego. El silencio, roto solo por las llamas y los chasquidos de los leños, cayó sobre el claro.

Guímaro sonrió para sí mientras la grasa del conejo comenzaba a gotear e inundaba el bosque con su aroma. Por primera vez en mucho tiempo se sentía vivo. Qué descubrimiento el escribano de Betanzos... Un hombre cabal donde los hubiera. Por no hablar de su hermana Leonor, ¡bendito fuera el Señor, qué mujer!

Sí, se sentía vivo otra vez. Los días en Betanzos habían sido placenteros y provechosos como pocos. Xoán Branco era una de esas personas en las que ardía el

afán de justicia. Y un hombre instruido, además. Habían compartido ideas y esperanzas, el escribano arrebatado por una pasión que desbordaba como un torrente demasiado tiempo reprimido. Les había presentado al zapatero Gonzalo de Vilasuso, al escribano Alonso de Carballido, al herrero Fernando Sobrado, al mercader Roi de Toar, todos alcaldes de la hermandad.

«¿Qué podemos hacer? —había preguntado el primer día el herrero, un hombretón de brazos enormes y pecho poderoso que contrastaban con la naturaleza serena y el humor pacífico que le caracterizaban—. Aunque el rey haya sancionado la Irmandade, Andrade y Mariñas la controlan. Me temo que estamos atados de pies y manos...».

Poco a poco habían ido convenciéndose de que no estaban solos. Había más como ellos por todo el reino, gentes con las que Guímaro y Goros se mantenían en contacto, a cuyas casas acudían en su deambular.

«¿Qué está sucediendo en Santiago?», quiso saber Alonso de Carballido, siempre pendiente de los detalles y muy consciente de que Compostela era la llave que abría las puertas del reino. El escribano tenía un rostro alargado y una expresión circunspecta que le daban un aire eternamente pesimista, pero su tesón y su meticulosidad eran sobradamente reconocidos.

«Revolta de señores», respondió el herrero, dubitativo.

«Por ahora», dijo en voz baja pero bien audible Gonzalo de Vilasuso. El zapatero, un joven de pelo castaño bien parecido, de quizá veinticinco años, tenía un carácter impulsivo y siempre se mostraba dispuesto a dar un paso adelante.

«Dicen que Trastámaras y Moscosos han tomado la ciudad, pero el concejo y el cabildo están divididos —explicó Guímaro—. Todavía no se han pronunciado. Si rechazaran a los nobles, estos tendrían difícil sostener la plaza con el rey, el arzobispo y las gentes del común en contra. Necesitan el apoyo de los burgueses para conseguir que el rey sancione lo sucedido».

Tarde tras tarde se reunían en casa de Xoán Branco. Nacían esperanzas, se hacían planes.

«Si Santiago se alzara en hermandad, si se uniera a la de A Coruña y Betanzos...», especuló Alonso de Carballido. Casi todos asintieron.

Hablaban de un mundo nuevo, sin amos ni señores. Xoán Branco de repente se levantaba y corría a coger un libro de un anaquel.

«*De civitate Dei* —informó una noche, y después, ante las miradas de extrañeza de los demás, aclaró—: *La ciudad de Dios*, de san Agustín. —Y, tras localizar una línea, declamó casi en éxtasis—: “Por la naturaleza en la que Dios creó originalmente al hombre, nadie es esclavo ni del pecado ni de otro hombre cualquiera”. ¡Y lo dice el mismísimo san Agustín!».

Conversaban hasta altas horas de la madrugada, soñaban con abolir tasas, rentas y gabelas, con librarse del yugo de los señores que se comportaban como perros de presa. Quizá fueran solo sueños, pero calentaban el corazón.

Oh, sí, cómo lo calentaban.

«Fijaos en Roi Xordo». Quizá porque era su tocayo, Roi de Toar sacaba a colación con frecuencia al hidalgo Xordo. El mercader siempre estaba de buen humor y su jovialidad servía para aligerar el ánimo de sus compañeros. Cuando hablaba de Xordo, sin embargo, se le encendían los ojos de pura fascinación.

No le faltaba razón, pues casi lo había logrado aquella hermandad que se levantara veintitantos años atrás contra Nuno Freire de Andrade el Malo, que esquilaba a sus vasallos para agasajar a la realeza. Un ejército de gentes del común había conseguido hacerse con el control de las tierras de Pontedeume y Betanzos y desde ahí se habían extendido por Lugo, Mondoñedo y el señorío de Santiago. Por unos meses pareció que la Irmandade Fusquenlla iba a hacerse con el control de todo el reino, pero el arzobispo de Compostela se había aliado con los Andrade y juntos habían conseguido desbaratar la revuelta. Roi Xordo había fallecido, pero seguía muy vivo en el recuerdo de las gentes.

«Fijaos en cómo terminó», intervino, pesimista como siempre, Alonso de Carballido. Guímaro los iba conociendo poco a poco.

Pero nadie asintió. Por un momento, el silencio se impuso en la confortable estancia en la que se hallaban y que Xoán Branco usaba como biblioteca. Más de uno se llevó la copa a los labios y dejó que su mirada huyera por las esquinas, como si las palabras del escribano hubieran conjurado los fantasmas colectivos. De repente fueron conscientes de que si daban el paso, si se lanzaban a la acción, sus mismas vidas estarían en juego.

«¡Por Dios, Alonso! ¿No es peor quedarse cruzado de brazos?», preguntó Viladesuso.

«Pase lo que pase, no puede ser peor que seguir sufriendo vuestro buen humor...», espetó con un encogimiento de hombros Roi de Toar, despertando sonrisas en derredor.

Sabían que no bastaba con indignarse ante los desafueros. Había que hacer algo. Y ese algo se había puesto al fin en marcha, aunque nadie supiera a ciencia cierta de qué se trataba. Planes, proyectos. Una hermandad verdadera. Por eso se dirigían a Santiago, para alentar la creación de una hermandad. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

—¡Guímaro!

No le hizo falta el aviso. El ruido era claramente perceptible. Con premura, echaron tierra sobre las brasas (¡maldición, el conejo se iba a echar a perder!) y se acercaron a las rocas que los separaban del camino.

Una hilera de antorchas culebreaba en la noche. Oyeron relinchos, el crujido de las ruedas de los carros, el tintineo del metal.

—Otra hueste.

Ya habían divisado varias. El día anterior, en una posada del camino, un labriego con la lengua desatada por el vino les contó que había guerra en el alfoz de Santiago.

Los hombres de los Trastámara y los Moscoso estaban tomando las torres del arzobispo y expulsando a los tenentes leales al prelado. Fortalezas como Borraxeiros, Benquerencia, Lobeira o Castro de Montes formaban una amplia red de torreones que se extendían por todo el territorio que dependía del señorío de Santiago. Quien dominara las torres, dominaría el feudo.

—Prisa se dan —murmuró Goros.

—Quieren enfrentar al rey con hechos consumados.

—Pues lo están haciendo bien.

Guímaro observó la serpiente de luz. Lo estaban haciendo bien, en efecto. Grupos de caballeros que se aproximaban de noche a las fortalezas y entraban en ellas antes de que los moradores se percataran. El Trastámara sabía lo que se hacía.

—Ya veremos —dijo en cambio, casi para sí—. Ya veremos. No hay mejor caldo que el bien revuelto.

Desde la penumbra del callejón, Estevo podía escrutar sin ser visto la praza de Mazarelos. Era todavía temprano y los mercaderes de vinos, verduras y cereales comenzaban a instalar sus puestos. Unos cerdos hozaban en un montón de desperdicios, al cuidado de un chiquillo de pocos años. Un muchacho algo mayor vestido con ropas harapientas remoloneaba cerca, observado con desconfianza por el porquerizo.

Se fijó en el pordiosero: era un mozo delgado, con la cara, de piel oscura, medio oculta bajo la capucha. Había algo silvestre en su forma de moverse que le recordaba a... sí, eso era, a un animal de caza.

Tuvo la impresión de que le miraba. Pero no, no podía verlo. Aquel muchacho le sonaba de algo. Pensó que se lo habría cruzado alguna vez deambulando por los mercados, siempre solo. No recordaba haberlo visto aparecer por el escondrijo del Arcanxo; además, los hombres del Arcanxo solían ir en parejas, o al menos se mantenían cerca uno de otro, así el primero podía distraer a la víctima mientras el segundo le hurtaba la faltriquera.

Al pensar en el Arcanxo se le contrajo el ceño y el demonio se le agitó dentro. «Maldito bastardo, hijo de mil padres», masculló. Allí seguía, en su reino de mendigos.

Por el momento.

El que sí pertenecía a la cofradía de los ladrones era Andresito el Fendas, un liberal que se hallaba plantado en el centro de la plaza con los brazos en jarras y un aire chulesco, como si los mercaderes siguieran con vida gracias exclusivamente a su buen corazón. Los liberales eran matones y cuchilleros por encargo, siempre dispuestos a agredir a quien fuese a cambio de unos maravedíes. Y el Fendas, además, era la mano derecha del mayordomo Arcanxo, así se lo llevara la Señora de la Guadaña al otro mundo.

Nada más traspasar la Porta de Mazarelos, de regreso de su expedición de caza nocturna, Estevo se lo había topado en medio del mercado, como una mala hierba que hubiera crecido durante la noche. Por suerte le daba la espalda y tuvo el tiempo justo de deslizarse por un callejón para evitar ser descubierto.

Debía tener más cuidado. Los hombres del Arcanxo habían estado a punto de descubrirlo dos o tres veces ya. Todavía le buscaban, siempre había un mendigo apostado frente al León Real, a la espera, por si se le ocurría volver.

Apartó de su cabeza el recuerdo de la posada. Las cosas no le iban del todo mal. La ciudad vivía distraída por las intrigas y las tensiones, y él era una sombra. Ver, oír, callar. Por eso sabía que el conde había ocupado el palacio arzobispal y depuesto a los hombres del arzobispo en el cabildo para colocar a los suyos, que había tropas por los caminos y que los hermanos Sánchez de Ávila se habían atrincherado en la fortaleza de Rocha Forte, al sur de la ciudad.

Día tras día llegaban a Santiago villanos y campesinos huyendo de la guerra, y entre tantas gentes era fácil pasar desapercibido. Todas las noches salía de caza por el bosque del sur de la ciudad. La caza le permitía comer y, si la jornada era afortunada, incluso le alcanzaba para vender una parte y obtener unas monedas. Dormía aquí y allá. Sabía que necesitaba buscarse un lugar. Hasta la Pascoala vivía en una choza. De vez en cuando le llevaba algo de la caza que tanto esfuerzo le costaba conseguir. No se preguntaba por qué lo hacía; la mujer ni sabía que existía.

Bueno, eso no era del todo cierto. Dos días atrás estaba a punto de dejar unos ratones de campo ante su choza cuando la Pascoala apareció de súbito en el umbral. La primera reacción fue de miedo, pero cuando vio lo que llevaba en la mano se dio cuenta de sus intenciones y Estevo le soltó lo primero que se le pasó por la cabeza: él solo era un mandado, la que le enviaba la comida era la hija del posadero del León Real. Ni siquiera sabía por qué había dicho aquello. ¡Por el Cristo, qué tontería! ¿Mencía enviándole ratoncillos de campo y liebres famélicas? Si se enteraba algún día, se iba a morir de vergüenza...

Apretó los dientes. Qué más daba. «El Fendas, concéntrate en el Fendas». Quería conocer todos los chanchullos en los que andaba metido el Arcanxo. Ya sabía que introducía contrabando en la ciudad, que tenía negocios con tabernas a las que les vendía el vino del Ulla y del Ribeiro —que conseguía entrar sobornando a guardias de la muralla— y que controlaba buena parte del negocio de las ramerías en los tugurios de las afueras. Esa mañana, gracias al Fendas, había podido comprobar que también cobraba a comerciantes y artesanos por su protección.

Se le ocurrió que el Arcanxo era como un señor al revés. También él exigía dineros a cambio de protección, también él impartía su justicia y recibía pleitesías.

La idea le sacudió. Sí, era verdad. Un señor como Alonso de Lemos, que había ordenado quemar vivos a sus padres y a su hermana. Como Paio el Tuerto, que había violado a María y asesinado a su hijo.

De repente, mientras observaba al Fendas en la plaza, las cosas se aclararon en su

mente y comprendió lo que quería hacer. Quizá no pudiera enfrentarse al hijo del conde de Lemos o al escudero Paio, pero el Arcanxo era como un señor entre los mendigos, tan violento y malhechor como los mismos señores...

Un roce en su cintura, leve, muy leve. Estaba tan abstraído que ni se había percatado de que alguien se le acercaba.

—¡Eh!

El muchacho aquel, el pordiosero, se había deslizado por la otra entrada del callejón, ¡y acababa de robarle la liebre que colgaba de un cordel de su cintura! El muy bastardo era hábil, había cortado la cuerda con un solo movimiento.

Echó a correr tras él. Lo persiguió por la rúa do Callobre, repleta de caldereros que a esas horas colocaban sus cacharros en el exterior de sus talleres. El ladrón era ágil como una ardilla y veloz como una liebre, volaba por las calles, trataba de despistarlo metiéndose por pasadizos y a cada segundo Estevo creía perderlo.

—¡Mira por dónde vas!

—Pero ¿qué diantres...?

El ladronzuelo se dirigía hacia el norte de la ciudad. Tras él, Estevo cruzó la praza do Campo y continuó por el barrio de las Algaras, por donde, un poco más arriba, se llegaba a la Porta da Pena, que ya habrían abierto a aquellas horas. ¿Adónde se dirigía? ¿Pretendía salir de la ciudad?

Se detuvo, jadeando y desconcertado. ¿Dónde se había metido? Estaba en una zona de viviendas destartaladas y calles casi desiertas a aquellas horas. Corrió de un lado para otro, tratando de localizarlo, cada vez más desesperado. ¡Maldita fuera su suerte, se le había escapado!

Un movimiento inesperado, percibido con el rabillo del ojo. Estevo se ocultó tras un carromato cargado con leña. ¡Allí estaba, sí! El ladrón se había escondido en un portal a la espera de que su perseguidor pasara de largo, y en ese momento, creyendo que se había librado de él, salía de su escondrijo. Estevo lo vio caminar como si tal cosa, aparentando ser un aprendiz cualquiera que se dirigía a hacer un recado de su maestro, y no pudo sino admirar su sangre fría. Lo siguió. De vez en cuando el ladronzuelo lanzaba miradas a los lados y hacia atrás, como para asegurarse de que no corría peligro, pero Estevo estaba prevenido.

Un poco más adelante, el muchacho se internó en un estrecho pasaje. ¡Lo tenía! Él solito se había metido en la boca del lobo. Estevo sabía que ese callejón no iba a ninguna parte porque un poco más adelante lo cortaba la muralla.

Se asomó con cuidado y atisbó en el interior. En efecto, más allá las viejas casas de madera se incrustaban en los sillares de piedra de la fortificación. Pero allí no había nadie.

Era imposible. No le había dado tiempo a escalar el muro. ¿Dónde se había metido? Agarró el cuchillo y entró en el pasadizo sin dejar de mirar a uno y otro lado. Las paredes de las casas eran sólidas, no había ningún resquicio por el que se pudiera haber colado, ninguna puerta o abertura. Intrigado, Estevo contuvo la respiración para

no hacer ruido. Lo había visto entrar, tenía que estar ahí, agazapado en algún lugar.

Pero no. Dio vueltas y vueltas, cada vez más frustrado. ¿Dónde se habría metido? Pasaron los minutos. Si había entrado, tendría que salir tarde o temprano. Palpó las maderas de las casas, siempre alerta, se acercó a la muralla.

Estaba a punto de abandonar cuando se dio cuenta de lo que estaba viendo. En el suelo, en la casa que se apoyaba en el muro, había un montón de paja removida. Se agachó y descubrió un pequeño túnel, un agujero bajo la madera.

—No te muevas.

Apenas le asomó la cabeza por el otro lado vio un palo con un pincho. El pordiosero, de pie, le amenazaba.

—No voy a hacerte daño.

—No voy a devolverte la liebre.

Estevo tenía medio cuerpo fuera, la humedad de la tierra en la barriga y un pincho a un dedo de la cara. ¿Se podía ser más estúpido?

—¿Puedo salir? Esta es una postura incómoda.

El ladronzuelo le observaba con recelo. Resultaba difícil distinguir sus rasgos con aquella cara tan sucia.

Apartó el pincho.

—Ya sé que no vas a hacerme daño. Te he estado observando.

Un tono desafiante, seguro de sí mismo, y un acento extraño.

—¿Qué?

—En el bosque cazarás lo que quieras, pero en la ciudad eres más patoso que una virgen en un prostíbulo.

—¿Qué?

—¿No sabes decir otra cosa, paleta?

Se retiró un poco, pero continuaba con el pincho alzado, precavido. Se movía con una elegancia natural, salvaje; Estevo pensó en un trasno del bosque. De repente, la rabia que había sentido mientras lo perseguía se evaporó. Era solo un niño.

Terminó de salir del agujero y observó con curiosidad el espacio donde se encontraban. Era un lugar sorprendente: una estancia de unos diez pasos de largo, muy estrecha junto al túnel pero más ancha al fondo. Un vistazo le bastó para comprender que a su derecha tenía la muralla de la ciudad y a la izquierda la pared de una casa. Entre ambas, un espacio triangular, una tierra de nadie protegida de la lluvia por el saledizo del tejado de la vivienda, que alcanzaba la muralla y protegía el cobijo casi completamente.

Un escondite perfecto. Y el ladronzuelo debía de llevar un tiempo ocupándolo, a juzgar por los restos de una pequeña hoguera junto a la muralla y un montón de paja y unas pieles ajadas en la parte de la casa.

—¿Y cómo es que estás tan seguro de que no voy a hacerte daño?

—¿Por qué le llevas comida a esa mujer del arrabal?

Estevo se quedó sin palabras. Por todos los diablos, había pensado que nadie le

veía y resultaba que un ratero cualquiera estaba al tanto de sus movimientos.

—¿Trabajas para el Arcanxo?

—Ya le gustaría a ese hideputa atraparme.

El muchacho, pincho en ristre, se mantenía alerta. Estevo lo examinó con más atención. Y entonces abrió mucho la boca. Se había dado cuenta de que, bajo la capa de mugre que le cubría, su piel era de color tostado.

—¡Eres...!

—Al final va a resultar que tienes ojos en la cara.

Alguna vez había visto musulmanes, uno o dos, esclavos que acompañaban a grandes señores cuando pasaban con sus cortejos por la ciudad. Pero encontrarse con uno así, de repente...

—¿Eres esclavo?

Un relámpago de ira.

—Ya no. —Apartó la vista y le enfrentó—. Andabas más perdido que un peregrino ciego. Alguien tenía que echarle una mano.

—Por eso me robaste la liebre. —De pronto Estevo comprendió—. ¡Me has dejado seguirte a propósito!

—Estás hecho un lince.

—¿Por qué?

—Si hubiera querido, no te habrías enterado de que te faltaba la liebre hasta que hubieras decidido llevártela a la boca.

Estevo se dejó caer, la espalda contra la piedra de la muralla. El ratero le observó en silencio. Al cabo, soltó el pincho y se agachó para recoger la liebre, que había dejado en un rincón.

—*Arredemo!* —gritó Estevo. Había visto su silueta de perfil. Una silueta inconfundible—. ¡Eres una mujer!

La muchacha se enderezó bruscamente y le dirigió una mirada feroz.

—No me digas.

Se sentó en la pared opuesta, con el pincho cerca. Sacó un cuchillo de un pliegue de las ropas y comenzó a despellejar la liebre. Estevo la observó, confundido, sin saber qué decir.

—Cuando cierres esa boca, puedes preparar el fuego. Tengo hambre.

Lo único que resta por hacer

POCO después del amanecer, Guímaro avanzaba con paso firme, volcado el cuerpo hacia delante y el rostro oculto bajo el capuz. Tras él renqueaba maese Goros, que no dejaba de mirar en derredor, como si temiera que le fueran a asaltar los campesinos que se dirigían también hacia la cercana Compostela.

—¿No puedes ir un poco más despacio? ¡No tengo tus patazas! —gruñó Goros.

Se veían obligados a viajar sin caballo ni carreta desde que los perdieran en Moreda. Ocultaban las vestiduras coloridas propias de su condición de juglares bajo capas grises.

—Deja de protestar. Pretendo encontrar en casa a mi amigo.

—¿No es cura? Pues entonces estará en casa, y bien abrigado además. ¡No conozco a ningún sacerdote que haga más esfuerzos que los imprescindibles! —respondió el enano, elevando la voz para que Guímaro le oyera por encima de los gritos de un carretero que maldecía a pleno pulmón a su mula plantada en medio del camino.

—Es cura, sí, pero muy distinto de los que conoces.

—Eso, si no te importa, esperaré a verlo con mis propios ojos para creérmelo.

Alcanzaron las murallas por la Porta da Pena, al norte. Se percibía una actividad desusada, un nerviosismo poco habitual. Aunque esa puerta no era de las más frecuentadas, tuvieron que ponerse a la cola y armarse de paciencia porque los guardas inspeccionaban minuciosamente a todos los que pretendían entrar.

—No parece que los señores se sientan muy seguros... —dedujo Guímaro.

Un poco después, un malhumorado guarda les obligó a detenerse.

—¿Juglares? Pa canciones estamos —exclamó cuando les exigió que se abrieran las capas.

—A fe que nunca vi unos tan desastrados —intervino un compañero.

Avanzaron por la rúa da Pena hasta los alrededores de la catedral. Guímaro iba atento a su alrededor y no le costó advertir la inquietud, las miradas suspicaces, la desconfianza. Hasta los mendigos parecían cohibidos, como si temieran atraer sobre sí atenciones indeseadas.

—Hombres de armas, Goros. La ciudad está plagada de hombres de armas.

Soldados, valentones, escuderos, caballeros. Se les veía por doquier a lomos de sus caballos o a pie, apostados en las esquinas, escrutando a los viandantes.

—Alguien tiene miedo —murmuró Goros, tenso—. Y más seso que tú, que te gustan las fauces del lobo más que la teta a un bebé.

Guímaro dejó escapar una carcajada.

—¿Qué me puede pasar, con tan hábil esgrimista a mi lado?

—No provoques, maese. No quiera el diablo que la diana seas tú... —repuso Goros, pero también él sonreía.

Avanzaban por la Quintana de Pazos hacia la entrada del monasterio de Antealtares cuando vieron salir a un fraile. Guímaro sonrió ampliamente y se apresuró a acercarse.

—¡Por los clavos de la Pasión! ¿De verdad sois vos, maese Guímaro? —Vasco Martíns era un benedictino enjuto de rostro demacrado, mirada astuta de miope, barba rala y muchos años a costas. Costaba adivinar por sus ropas remendadas la dignidad de su condición, pero aquel canónigo era hombre de letras, bachiller y justicia designado por el arzobispo, miembro del cabildo y alcalde del concejo de la ciudad, una de las personalidades más renombradas en la urbe—. Vive Dios que desconozco la razón, pero me alegra veros, granuja. ¿Habéis asistido estos últimos años a la Sagrada Eucaristía o seguís siendo un pecador irredento?

Guímaro sonrió. La Quintana comenzaba a llenarse de vecinos y peticionarios. En un extremo, ante el edificio de la Canónica, que cerraba la plaza por el sur, un estrado de madera con tejado de paja concentraba la mayor parte de la actividad: allí iban reuniéndose los ciudadanos que aguardaban la audiencia pública que el padre Vasco Martíns, en su calidad de alcalde, celebraba diariamente.

—El buen Dios cuida de sus criaturas, padre, aunque estas se muestren descuidadas en su devoción.

El rostro del anciano se arrugó un poco más.

—Espero que al menos habréis tenido ocasión de confesar vuestros muchos pecados. El sacramento de la confesión es una gracia divina, maese, que redime nuestra alma inmortal.

—Sin duda, padre. Pero tal confesión sería demasiado larga.

El benedictino soltó un gruñido de descontento; sus ojos, no obstante, contradecían su malhumor.

—Os tengo siempre en mis oraciones, golfante, aunque empiezo a sospechar que el Señor no me escucha.

—Si no os escucha a vos, padre, ¿qué esperanza nos puede quedar a los pecadores? —respondió Guímaro con una ancha sonrisa—. Pero permitidme que os presente a mi compañero de fatigas, maese Goros.

El fraile escrutó la pequeña figura con ojos miopes.

—Un enano. Y giboso, además.

El esgrimista torció el gesto como si le hubiera picado una avispa.

—Ya veis, padre. Un pecador impenitente, un enano giboso y un viejo gruñón. Menudo trío —soltó.

El rostro del anciano permaneció impertérrito, pero sus ojos brillaban como los de un chiquillo travieso.

—Solo he afirmado lo que cualquiera puede ver, no sé por qué ha de molestaros lo obvio.

—¿Os chanceáis?

—El Señor de los cielos os ha hecho así, ¿quién sois vos para despreciar su obra?

—El Señor de los cielos debía de estar distraído el día que me hizo, padre.

—Yo veo una criatura fuerte y sana. Dones que muchos querrían para sí. —
Sonrió—. Sed bienvenido, maese Goros. Si sois amigo de este pecador, sin duda
habréis de ser un gran rufián.

Guímaro rio con ganas.

—Me parece que haréis buenas migas con maese Goros, páter. Es tan suave de
maneras como vos.

—¿Querrían vuestras mercedes dejar de tocarme las narices? —barbotó el enano,
malhumorado.

El anciano rio a su vez. Después, su expresión se tornó seria.

—Me preguntaba cuándo apareceríais, maese Guímaro. Están pasando muchas
cosas.

—Y más que pasarán. Traemos noticias.

—Que escucharé con ansia, pero no ahora. Me esperan. —Señaló el estrado,
donde ya se habían instalado el escribano y los oficiales del concejo. Ante ellos, los
querellantes aguardaban, vigilados de cerca por dos guardas para evitar
enfrentamientos entre demandantes y demandados. En un lateral, el carcelero y el
verdugo charlaban, a todas luces aburridos. Su presencia era necesaria en las sesiones
de justicia, por si se requerían sus servicios.

Como alcalde, el padre Vasco tenía que juzgar los conflictos entre los ciudadanos.

—Temía que hubierais sido depuesto, páter. Oímos rumores de que el conde de
Trastámara y el señor de Moscoso habían expulsado a los canónigos afectos al
arzobispo —comentó Guímaro con interés.

—No pueden deponerlos, solo pueden hacerles la vida difícil, y eso sí que lo han
conseguido. Muchos han corrido a refugiarse en Padrón como si se hubiera desatado
el Apocalipsis sobre Compostela. ¡Ahí los tenéis, escondidos en el palacio episcopal
de Padrón justo cuando más se les necesita aquí! —refunfuñó—. Pero no os
equivocquéis, ¿qué os hace pensar que soy afecto a ese bastardo engreído que llamáis
arzobispo?

—Vaya, no tenéis pelos en la lengua —intervino Goros.

—Ni edad para andarme con tapujos, maese.

—Entonces ¿apoyáis al conde y al Moscoso?

—¿Por quién me tomáis? —gruñó el anciano—. ¿Es que no hay más opción que
apoyar a este o a aquel? Sirvo al Señor, que bastante carga es como para enredarme
en facciones.

—En ese caso corréis peligro —dijo Guímaro, preocupado—. Los señores os
tendrán por hombre del arzobispo y os harán la vida imposible.

—Soy hombre de Dios. Un hombre de Dios harto de violencias y brutalidades. Si quieren venir a por mí, que lo hagan. Con un poco de suerte, abreviarán mi entrada en el Paraíso.

Mecánicamente, Goros se persignó.

—El Señor no lo quiera. —Guímaro sonrió—. ¿Quién iba a rezar por nosotros, los pecadores?

—Oh, lo haría con gusto desde el cielo.

—Os necesitamos aquí, páter.

—Este mediodía hablaremos, si os place —dijo Vasco Martíns a modo de despedida—. Nos reuniremos en la posada del León Real. Ya que he de aguantar vuestra presencia, que al menos lo celebre el estómago.

—Sed bienvenido, maese Cabreiro.

La casa era grande, de piedra maciza, revestida con la dignidad que solo dan los años y el poder cuando andan de la mano. Nada más entrar, Xan Cabreiro se sintió intimidado, como si el peso de tanta historia le disminuyera. Era la primera vez que entraba en la morada de uno de los prohombres de la ciudad. Airas Calteno, nada menos. Él, que recibía a señores y dignidades de todas partes en su posada, nunca había visto correspondida su hospitalidad. Todos en Compostela le trataban como a un recién llegado, un don nadie. Pero eso estaba a punto de cambiar. Hinchó el pecho y espantó el nerviosismo.

—Bienhallado, maese Calteno —respondió con cordialidad, como si nada en el mundo le inquietara.

Se dejó conducir a un saloncito caldeado por el fuego de una chimenea mientras correspondía a las gentilezas de su anfitrión con el desenfado que da la práctica. Le llamó la atención la sencillez con la que estaban decoradas las estancias por las que pasó: unos pocos tapices aquí y allá; alguna pintura; hasta los muebles eran escasos, aunque de exquisita factura. Y aun así allí se respiraba un aire de riqueza mucho más evidente que en su posada, que rebosaba de tapices y oros. Aquello le provocó un malestar vago, indefinido.

Tras ofrecerle un exquisito licor francés que Xan nunca había probado, Airas Calteno se puso a charlar de naderías, como si en la visita del posadero no hubiera nada extraordinario. Casi, casi parecían viejos amigos que se visitaban con asiduidad, pensó. Tal desenvoltura consiguió que se sintiera torpe. La desenvoltura y el estrecho sillón que le habían ofrecido, que a todas luces estaba destinado a alguien menos corpulento que él. Se le pasó por la cabeza que la elección del asiento no había sido casual.

—¿... no os parece, maese Cabreiro?

Ni siquiera sabía de qué le estaba hablando, pero asintió con afabilidad. Se daba perfecta cuenta de que todo aquello no era sino tanteo, el cambista utilizaba aquella

charla banal para analizarle con detenimiento. Lo mismo que hacía él, por otra parte. Observó que todavía eran visibles en Calteno las señales de los golpes, la cicatriz en el cuero cabelludo y los moretones provocados por el ataque que había sufrido unos días antes.

Decidió ir al grano.

—Lamento mucho lo que os ha sucedido, Airas. ¿Permitís que os llame así, prescindiendo de formulismos? —El otro tragó saliva, claramente incómodo por la inesperada familiaridad, pero Xan continuó hablando sin esperar respuesta—: ¡Malos tiempos vivimos, tiempos de cambios en los que todo anda revuelto! —Hizo un gesto vago hacia las heridas de Calteno y le sonrió con benevolencia. Si no lo había calibrado mal, el cambista sería lo suficientemente astuto como para captar el mensaje implícito: «Eres vulnerable. Las viejas alianzas ya no valen».

Maese Calteno asintió con semblante comprensivo, pero el relámpago de sorpresa en su mirada le delató. «¡Ah, perillán! ¿Pensabais que por no poder hacer gala de un abolengo como el vuestro no iba a saber jugar vuestro juego?», se envaneció en silencio el posadero.

—Decís bien, pero recordad que, como afirmó el gran Ovidio, *nil homini certum est* —citó, ladino, y Xan se descubrió controlando sus rasgos para disimular su ignorancia. El cambista dejó que una sonrisa muy leve asomara a la comisura de sus labios y después, sin apartar la mirada, tradujo—: Nada hay seguro para el hombre, en efecto. Solo espero que nunca os veáis en una situación semejante. —Ahí estaba el mensaje: «No sabéis con quién habláis. Tened cuidado, nada está decidido todavía».

Xan entrecerró los ojos y se secó el sudor de la frente con una manga. El sillón quedaba muy cerca del fuego del hogar y su grueso corpachón no dejaba de transpirar. Otra sutileza que, sospechaba, tenía muy poco de casual.

—En fin. —Levantó las palmas de las manos—. Quién nos lo iba a decir, Airas. Parece que vuestro primogénito gusta de los manjares sencillos, naturales, pero de calidad... Le alabo el paladar, un hombre de mundo como vos sabe bien que las excesivas especias esconden con frecuencia la corrupción de la vianda. —O, dicho de otra forma, que era mucho mejor enlazar con alguien como su Mencía, cuya fortuna era evidente, antes que con la heredera de una familia de rancio abolengo con las arcas vacías.

Vio que sus palabras penetraban en el cerebro del cambista, que entrecerró también los ojos.

—Los Calteno siempre hemos tenido buen paladar, y vuestra hija tiene fama de ser hermosa como una flor silvestre...

«Poco refinada, queréis decir, maldito seáis», dijo Xan para sí.

—... aunque he de reconocer —continuó Calteno— que me sorprendió la elección de Arnao. En realidad comenzaba a desesperar de que algún día sentara la cabeza, pero vuestra Mencía parece que ha conseguido domarlo. Mi hijo, ya os habréis dado cuenta, es un joven... difícil de gobernar. —Se llevó a la boca la copa

de fino cristal y después la depositó con suavidad en una mesita auxiliar—. Aunque vos, según tengo entendido, habéis tenido una suerte envidiable con vuestros vástagos. He oído que vuestro Martiño quiere entrar en religión.

Aquello no se lo esperaba. El cambista sabía dónde clavar su pica, al parecer.

—La vida da muchas vueltas —respondió en un tono más seco de lo que pretendía—, y esa es una cuestión que está todavía por decidir. En cualquier caso, lo que ahora nos ha de importar es qué hacemos con Arnao y Mencía...

La conversación prosiguió por similares derroteros largo rato. Xan era un duro negociador, pero pronto comprobó que Calteno no le andaba a la zaga. Casi podía ver lo que pasaba por su mente, los cálculos que hacía. No hacía falta demasiada sutileza para darse cuenta de que en cualesquiera otras circunstancias habría rechazado de plano la idea de casar a su hijo con la hija de un posadero venido a más, pero en aquel instante, con la ciudad en armas, las cosas eran muy diferentes. Él lo sabía de sobra y por esa razón se había apresurado a concertar el matrimonio. Si la rebelión contra el arzobispo triunfaba, Calteno sería expulsado de sus cargos como mayordomo de la cofradía y regidor de la ciudad, sus negocios se resentirían y sus mercancías, pues también dirigía un próspero negocio de importación de vino y sardinas, encontrarían dificultades inesperadas. Casar a Arnao con Mencía sería un trago de vinagre para su gruesa dignidad, pero la amargura se endulzaba con miel: la herencia de la más próspera posada de Compostela (sobre todo si el botarate de su hijo se salía con la suya con aquel absurdo plan de entrar en religión, pero, tiempo al tiempo, ya le quitaría él de la cabeza aquella majadería) y el apoyo de los Moscoso a través de él. Ahí estaba la clave de todo el negocio: la boda permitiría al cambista seguir manteniendo su fidelidad al arzobispo y no sufrir los inconvenientes de tal lealtad. Airas Calteno, el representante de una de las más ilustres familias de Compostela, estaba en serios aprietos. Le necesitaba. Y el precio de Xan era esa boda que a él le permitiría acceder al selecto grupo de los más respetables ricoshombres compostelanos. La culminación de todas sus aspiraciones.

—Me agrada comprobar que estáis de acuerdo, Airas —aseguró mucho después, cuando, tras conseguir el firme compromiso del cambista de celebrar el enlace, comenzaban a discutir los detalles—. Pero he de advertiros de que mi situación económica es... delicada. Tened en cuenta que la protección de los Moscoso es un gravamen considerable, protección que sin duda os beneficiará también a vos, y en estas circunstancias, con la inseguridad de los caminos y la escasez de peregrinos... En fin, que el ajuar ha de ser, digamos, meramente simbólico...

Sabía que lo tenía atrapado. En realidad, estaba disfrutando de la sensación de encontrarse en aquella casa, tratando de igual a igual con Airas Calteno y haciéndole morder el polvo. Sí, aquella boda sería un buen negocio, aunque no se lo iba a poner fácil. Además, no todo era pura negociación, su situación distaba de ser tan firme como siempre: estaba apostando más de lo prudente al triunfo de los Moscoso. El escudero Pedro de Neveiro no paraba de saquear sus arcas con el pretexto de los

gastos de las tropas que habían de tomar las torres del arzobispado. Había conseguido sacarle la promesa de un sustancioso cargo cuando todo se encauzara, pero bien podría suceder que las cosas no se encauzaran por donde a él le convenía, y en ese caso se vería en serios problemas. Si el arzobispo conseguía retomar el control, ¡pardiez, una boda era una boda, nadie podría deshacerla! Él no se había convertido en el mejor posadero de Compostela por casualidad, sino porque sabía que siempre que se ponía una vela a Dios había que poner otra al diablo.

—En cualquier caso —prosiguió—, sea mayor o menor el ajuar, vuestro Arnao se lleva mujer hermosa como pocas, de buena crianza y regidora de su hogar. Y eso es lo que cuenta, dineros sobran en vuestra familia. De hecho, espero que las arras sean... dignas de vos. En doblas de oro de cincuenta Enriques, por supuesto.

Se quedó observando muy satisfecho a su anfitrión, que había enrojecido y tragaba saliva. La ofensa no era menor, desde luego: no solo le obligaba a transigir con un ajuar escaso, sino que exigía arras sustanciosas. Pero lo tenía bien atrapado, no le quedaba más remedio que aceptar.

Calteno se recuperó pronto. Pareció reflexionar, como si estuviese asimilando un pensamiento especialmente profundo, y le buscó la mirada.

—Oh, por favor, no os preocupéis por tales minucias ahora. Ya discutirán los detalles nuestros casamenteros... tras comprobar que la honra de la doncella está intacta, por supuesto.

Xan contuvo una maldición.

—La muchacha es más virgen que la madre de Cristo —espetó con sequedad.

—En ese caso, no habrá problema, ¿no es así? ¡Sea! ¡Alzad la copa y celebremos el acuerdo de desposorios! —Se puso en pie para acercarse al posadero.

—Con gusto, Airas —asintió, pero no se levantó. ¿Cómo se atrevía aquel desgraciado? ¿Cómo osaba insultar a su Mencía? Pese a sus palabras y a su semblante impasible, la ira le quemaba por dentro como un fuego. Observó al cambista, que había quedado en falso, de pie, aguardando a que correspondiera a su gesto. Continuó repantingado en el estrecho sillón, los ojos de acero, mientras se rascaba la sotabarba—. Claro que no hay prisa en acordar, como bien decís. Son jóvenes todavía, quizá debamos esperar...

—¿Qué...? —Sorpresa. Alarma.

Se quedaron inmóviles como estatuas, midiéndose.

«¿Queríais tomarme el pelo, cambista? ¡Pues tragad esa hiel, que con un Cabreiro no se juega! Me necesitáis. Por mucho abolengo que tengáis, soy vuestro escudo. No lo olvidéis».

Al cabo, Calteno prosiguió:

—No os entiendo. Los muchachos tienen edad de sobra. ¿Para qué aguardar?

Ah, qué placer exprimir aquel cofre. «¿Tenéis prisa por cobijaros bajo mis alas, Airas?».

—Si creéis conveniente celebrar ya la boda... En ese caso, deberíamos

amoldarnos a la nueva situación. Vos sois cambista, Airas, el más reputado del burgo. Y yo el más prestigioso posadero. Deberíamos estrechar lazos comerciales, ya sabéis, intercambiar clientes y, por qué no, trabar relaciones mercantiles. Al cabo, pronto seremos familia. Aquí donde me veis, llevo un tiempo introduciéndome en el negocio de los vinos...

La cara del Calteno era una máscara, pero a él no se le escapaba la ira que le hervía por dentro.

—Interesante..., Xan. Muy interesante cuanto decís.

—¿Desean algo más vuestras mercedes? —Desde la puerta del reservado, el maestresala del León Real paseó una sonrisa obsequiosa por los allí reunidos.

—Que nos dejes reposar el estómago, Antón —le respondió el padre Vasco Martíns con un gesto impaciente—. Cierra la puerta al salir.

—Como deseéis, páter.

Desde la sala principal les llegaba un rumor de voces en sordina. Cuando el maestresala salió, Guímaro observó una vez más a los presentes y evaluó las respectivas posiciones. Los hombres sentados en torno a la mesa llevaban ropas de buen paño, sin duda se trataba de ciudadanos de posición holgada. Los restos del almuerzo ya habían sido retirados y sobre la tabla solo quedaban los vasos con aguardiente para mejor pasar la digestión.

Se acercaba el momento clave.

—¿Os parece prudente hablar aquí? —preguntó en voz baja al padre Vasco un mercader de nariz prominente, ojos sagaces y cuidada barba entrecana—. Todos saben que Cabreiro es hombre de Moscoso.

—*Audaces fortuna iuvat*, maese Vinagre —respondió el beneditino, y acompañó la frase con una mueca que hizo que Guímaro pensase en un pillastre—. La fortuna ayuda a los audaces, nadie sospecharía de conjuras en su propia guarida.

Un boticario bajo y rechoncho que se llamaba Fernán Roderó aferró el vaso de orujo como si temiera que se lo fueran a robar y se echó hacia delante. Con el ceño fruncido, se volvió hacia el padre.

—¿Así que de eso se trata? ¿Es esto una conjura?

—Es una conversación, nada más. Si os he convocado es porque sé que puedo confiar en todos vos.

El padre los había elegido con cuidado: regidores y miembros del concejo que, sin ser afectos al arzobispo, todavía resistían las presiones de los nuevos amos.

—¿Y quién nos dice que podemos confiar en estos... juglares? —dijo en tono despectivo, arrugando la nariz, un hombre de cara ancha picada de viruela.

Guímaro se volvió hacia él, pero no dejó que su rostro trasluciera incomodidad alguna. Demasiado habituado estaba a despertar suspicacias. Iba a decir algo, pero el padre Vasco se le adelantó.

—¿Confiáis en mí, maese Veiga? Yo respondo por ellos. Conozco a maese Guímaro desde hace años y es alguien cabal.

Además de Goros, el páter y él mismo, había siete hombres; regidores, mayordomos de sus cofradías, comerciantes o artesanos. Todos ricoshombres con influencia y poder. Y con mucho que perder.

—Así están las cosas, pues —expuso el padre—. La ciudad se halla en manos de los Moscoso y los Trastámara, al igual que la mayor parte de las fortalezas de la Tierra de Santiago, salvo Rocha Forte. Pero la situación dista mucho de estar controlada.

—Y no lo estará mientras no obtengan la sanción real —asintió el boticario Rodero.

—El rey no dará su aprobación —intervino un hombre ya de edad, el cráneo mondo y con grandes bolsas bajo los ojos. Era Xoán de Monreal el Viejo, un rico platero. Sus palabras despertaron una ola de interés—. Acabo de enterarme de que ha ordenado a los tenentes de las fortalezas que obedezcan a su señor el arzobispo.

Se desataron murmullos, se cruzaron miradas preocupadas. Guímaro apretó los dientes. Aquello cambiaba las cosas, no eran pocos los que daban por supuesto el apoyo de don Enrique.

—Así pues, las posiciones están definidas —Vasco Martíns meditó en voz alta—. El rey y el arzobispo de un lado, los Moscoso y los Trastámara de otro, y nosotros en medio. La pregunta es, queridos amigos, ¿qué queremos nosotros?

La conversación se bifurcó, se enredó en debates particulares. Solo Goros, a su lado, y él mismo permanecían en silencio, escuchando. Guímaro se dio cuenta de que todos despotricaban del arzobispo, se quejaban de sus impuestos, de sus lujos y del desprecio que mostraba por los fueros de la ciudad. Eran ricoshombres de Compostela y lo tenían muy a gala; podían ser villanos, pero se mostraban orgullosos de su posición y de sus prerrogativas, que habían arrancado con dificultad a los sucesivos monarcas y que habían defendido con sangre y fuego una y otra vez. Supuso que la mayoría de ellos todavía tenía muy presente los sucesos de trece años antes, cuando el rey Juan II concedió por fin a los compostelanos lo que llevaban siglos reclamando: la incorporación de la Tierra de Santiago al señorío real. Pero Juan era hombre de escasa firmeza, y pocos meses después se desdijo y retornó el señorío al arzobispo de entonces, don Álvaro de Isorna. Aquello había sentado como una patada a los burgueses compostelanos.

—Por todos los demonios, si el de Luna regresa, la situación será todavía peor —exclamó el peletero Ares Afonso, un hombre enjuto que tenía una sorprendente mirada azul y no dejaba de moverse en su silla con impaciencia—. Se sentirá reforzado y exprimirá nuestras arcas con mayor afán.

—La cuestión es si podemos fiarnos del conde de Trastámara. ¿De qué nos vale sustituir una luna creciente por dos lobos? —Guímaro se dio cuenta de que maese Vinagre se refería a los escudos del arzobispo y de Osorio.

—La cuestión es conseguir el señorío real. Solo eso puede defendernos de los abusos.

—El rey está demasiado lejos...

—¡Y este rey es astilla del anterior! ¿Queréis que suceda lo mismo otra vez?

Tenían miedo, y Guímaro no se lo reprochaba: sabía bien que en guerras de señores los que más perdían eran los villanos.

—Roi de Moscoso no es mal hombre —terció uno—. Recio como todos los Moscoso, pero justo.

—Roi se muere. ¡Es un leproso, pardiez!

—¿Y el hijo, el Bravo?

—Arrestos no le faltan.

—No son sus arrestos lo que nos ha de preocupar, sino obrar en conciencia —intervino Vasco Martíns, que llevaba un rato en silencio, escuchando.

Dudas, dudas. La decisión era difícil. Se jugaban la vida: varios de ellos habían recibido amenazas, presiones, promesas.

Guímaro comprendió que se hallaban en un punto muerto. Sintió un hormigueo, la sensación de que estaba rozando con la punta de los dedos un sueño que llevaba años persiguiendo. Betanzos le había sentado bien, Xoán Branco había reavivado sus sueños. Guímaro conocía cada rincón del reino y era más consciente que nadie de la plaga de malhechores que la asfixiaban. Muchos de ellos, señores. Cuando aquellos que habían de velar por la justicia y la paz se convertían en halcones hambrientos, ¿qué habían de hacer los gorriones?

Por primera vez en mucho tiempo percibía que algo estaba cambiando. Las ideas, eran las ideas las que hacían mudar las tornas, eso lo sabían Goros y él desde tiempo atrás, de ahí que hubieran montado el teatrillo, el cuento de la rebelión. Sabían bien que no se produciría ningún cambio mientras no hubiera alternativas que prendieran la imaginación de las gentes.

Y Betanzos les había dado una alternativa. Un camino.

Había llegado el momento.

—Si me permitís, quizá haya una solución. —Era la primera vez que abría la boca. Su voz profunda, habituada a dominar a la audiencia, consiguió que todos se volvieran hacia él—. Ciertamente vuestas mercedes parecen estar en medio, pero eso no es necesariamente malo. Pensadlo de esta manera: los señores no podrán consolidar su posición sin el apoyo de los aquí presentes, y el arzobispo no podrá recuperar el señorío si la ciudad no le auxilia. Por tanto, en realidad estáis en situación de imponer condiciones.

—Explicaos.

—Proclamad una hermandad.

Estalló un vocerío. ¡Una hermandad! La idea era antigua, pero conservaba una frescura que la hacía poderosa. Guímaro los observó con atención. Una hermandad era un sueño de justicia: cuadrilleros para imponer la paz en los caminos, alcaldes con

varas de justicia, y leyes que obligaban a todos, nobles y villanos por igual.

—Solo el rey puede aprobarla. ¿Por qué iba a hacerlo? —inquirió Xoán de Monreal rascándose la calva.

Ares Afonso se llevó el vaso de orujo a los labios, lo vació de un trago y lo dejó con un golpe seco sobre la tabla.

—¿Y por qué habrían de aceptarla los señores? —preguntó.

Guímaro abrió los brazos con un gesto teatral y dejó que en su rostro asomara una amplia sonrisa.

—El rey no lo sabe, pero ya la ha aprobado. Hay hermandad en Betanzos y A Coruña. Lo único que resta por hacer es unirse a ella...

Con calma, asegurándose de que tenía la atención de todos, expuso su plan.

Los vio acercarse por la rúa do Franco, despreocupados y jactanciosos, muy seguros de sí mismos y de su posición en el mundo. La noche estaba ya avanzada y caminaban con las bolsas llenas, de regreso a la guarida con el producto de sus exacciones. Estevo sabía bien que aquellos dos dejaban tras de sí un rimerero de prostitutas y taberneros esquilmados. Eran hombres del Arcanxo. De Andresito el Fendas, en realidad, mano derecha de Gabriel el Arcanxo. Matones de la peor calaña que volvían de cobrar el peaje de la protección que supuestamente prestaban.

Respiró hondo una, dos, tres veces. No quería volver la cabeza, no fuera el demonio que le reconocieran pese al capuz que le disimulaba. Estaba apoyado en la pared de una casa, simulando hallarse demasiado borracho para andar, la cabeza gacha, el cuerpo inestable. Aguzó el oído, tratando de calcular el momento idóneo. Los rufianes avanzaban tan tranquilos, dueños del mundo, chachareando sobre hembras y conquistas. Se hallaban ya a dos docenas de pasos de su posición. Le retumbaba el corazón.

De un vistazo comprobó que Ramla... diantres, ¿de dónde había sacado aquel nombre?, estaba en el callejón, preparada. Envuelta en ropas oscuras como él, la cabeza oculta bajo el capuz, la muchacha le sonrió, como si quisiera darle ánimos. Y eso fue lo único que Estevo distinguió en la penumbra, el destello de aquellos dientes tan blancos que parecía cosa del diablo.

Lo que le faltaba, que se creyera en la necesidad de darle ánimos. Era sorprendente Ramla. A veces creía estar ante un animal salvaje, un felino de movimientos tan sutiles como precisos. Otras, cuando creía que nadie la observaba, se le perdía la mirada en nieblas, como si viajara por lugares muy lejanos. Entonces su cuerpo menudo se tensaba, el rostro se le crispaba y un sudor suave perlaba su piel aceitunada mientras mascullaba en un idioma de gatos.

Era asombrosa, sí. Asombrosa, desconfiada, siempre alerta y extraña, tan extraña. Hablaba poco y decía menos. Estevo había intentado que le contara su historia, pero Ramla se limitaba a observarle en silencio con aquellos ojos que parecían taladrar el

mundo.

No sabía si fiarse de ella. Aun así, aunque ni siquiera formulara el pensamiento, su presencia le reconfortaba. Espantaba su soledad, le acompañaba cuando iba de caza, respiraba a su lado en las noches frías.

«Voy contigo», le había espetado esa noche.

Estevo se sorprendió, pues no le había contado lo que se disponía a hacer. Había aguardado a que fuera bien entrada la noche, hasta que su respiración rítmica le indicó que dormía. Pero bastó un movimiento suyo para que ella despertara.

«Hoy no. Tengo algo que hacer».

En la penumbra de su escondrijo, Estevo solo alcanzó a distinguir el blanco de sus dientes.

«Serán dos —dijo ella—. Y con ambos tengo deudas que cobrarme».

Se quedó boquiabierto.

Ella sonreía. ¿Cómo podía haberse enterado? ¿Cómo podía saber cuántos serían? No le había contado sus planes, pero de alguna forma la muchacha los conocía. ¿Y si era una trampa? ¿Y si Ramla trabajaba después de todo para el Arcanxo?

Ya era demasiado tarde para andarse con sospechas. Los hombres se acercaban. Y sí, tenía razón Ramla: eran dos.

Que fuera lo que Dios o el diablo quisieran. Se persignó y, con disimulo, preparó la honda.

Seis pasos. Se irguió y se colocó en el centro de la calle. Solo los rufianes, a lo lejos algún borracho se perdía en las sombras. Un hachón, a la puerta de una mancebía, lanzaba destellos de fuego sobre el barro y la paja podrida del suelo. Con calma, hizo girar la honda y escuchó el familiar siseo.

—¡Eh!

Dos rostros sorprendidos. El que llevaba la talega era el de la derecha; había visto cómo se la introducía bajo el jubón al salir de la mancebía. Apuntó al otro.

El proyectil salió disparado.

Oyó un crac.

—¡La madre que...!

El de la izquierda se tambaleó mientras se llevaba las manos a la cara ensangrentada. A aquella distancia un proyectil bien lanzado podía matar a un hombre, pero el tiro le había salido algo desviado y solo le golpeó de refilón en la frente.

Aun así, se tambaleaba como si estuviera borracho. A Estevo le invadió la excitación. Echó a correr hacia el callejón donde aguardaba Ramla, perseguido de cerca por el compinche. Al entrar en el pasadizo dio un salto y se agazapó en un rincón. La oscuridad era casi total.

—¡Ahora!

A su lado, Ramla dio un fuerte tirón. Las piernas del grandullón tropezaron con la cuerda que habían colocado al través, y se estampó de bruces contra un montón de

estiércol.

Todo estaba saliendo como habían planeado. Más o menos. Antes de que el tipo se levantara, Ramla saltó sobre él y le echó un lienzo de cáñamo sobre la cabeza. El grandullón no paraba de vociferar y forcejear. Iba a despertar a toda la vecindad. Estevo se sentó en su espalda y le hundió la cara en el estiércol. Se retorció como una serpiente, medio ahogado, pero al menos los berridos disminuyeron en intensidad.

—¡La talega!

La muchacha hurgó en sus ropas.

—¿La tienes?

No llegó a oír la respuesta. Un grito, un cuerpo en la entrada del callejón, una mole que se les echaba encima.

—¡Estás muerto!

A partir de ese momento todo fue una confusión de brazos, puños, gritos. Maldita fuera su estampa, se suponía que iba a ser cosa fácil. Ni siquiera sabía a quién estaba golpeando. Alguien le agarró el cuello por detrás. Trató de desembarazarse, pero no quería soltar al matón que tenía debajo y que comenzaba a liberarse. Mierda. Mierda. Iba a asfixiarse. Mientras su atacante descargaba puñetazos en su hígado, lanzó la mano a la espalda y consiguió agarrarle el pelo. Dio un fuerte tirón, pero no logró desplazarlo. ¿Cómo iba a librarse de aquellos dos? Ni siquiera veía a Ramla, ¿dónde se había metido? ¿Era ahora cuando le iba a traicionar?

Oyó un golpetazo y, acto seguido, un estertor. El brazo que le asfixiaba cedió y pudo volver a respirar. ¿Qué había pasado?

Unos dientes blancos, blanquísimos, en un rostro atezado.

Ramla sonreía de oreja a oreja. Disfrutaba. ¡Dios, disfrutaba!

—¡Vamos, corre!

No hizo falta que se lo repitiera.

Pedro Osorio permanecía a lomos de su caballo, a las puertas de la ciudad, en compañía de su padre y sus hermanos. Inmóvil. Llevaba todo el día escuchando los rumores que circulaban por Compostela a través de los correveidiles.

«Por el camino real avanza con gran cortejo», decían.

«¡La corte en pleno le acompaña, las cabalgaduras van enjaezadas con oros y sedas!», se asombraban los villanos, las bocas abiertas.

«¡Alabado sea Dios, hay que engalanar la ciudad!».

«¡Viene nuestro señor don Enrique!».

Ni los más viejos recordaban la presencia de un rey en la ciudad.

«¡Con un ejército!».

Unos y otros se preguntaban si el monarca acudía a conceder o a reprobar. Habían pasado dos semanas largas desde la toma de la ciudad y la expulsión de los hombres del arzobispo, y los burgueses vivían sin saber a qué atenerse.

Todavía. Pronto lo sabrían, vive Dios que sí.

Llamada por nadie, una multitud había ido congregándose en el arrabal de San Pedro, en los alrededores de la Porta do Camiño, junto al monasterio de San Domingos. Mendigos, ramera, sirvientes, menestrales, clérigos, ricoshombres y hasta algún que otro peregrino aguardaban no sabían qué, disimulando, fingiendo asuntos de mucha importancia, como si su presencia allí fuera de estricta necesidad.

Pedro echó un vistazo en derredor. Bajo el arco de la puerta de la ciudad, sobre sus corceles con gualdrapas, rodeados por sus estandartes, sus hombres de armas, sus heraldos, sus pajes y sus escuderos, se hallaban todos: Moscosos y Osorios ataviados con gran esplendor, como correspondía a la ocasión. Al frente, su padre, don Pedro Álvarez Osorio, conde de Trastámara. Con semblante grave.

No era para menos.

Un estremecimiento sacudió a los congregados como la brisa mece las espigas maduras en el campo. Algo estaba a punto de suceder.

A lo lejos, hacia el este, se oyó un estruendo de clarines.

—¡El rey, el rey!

Emoción en las voces y las miradas...

Pedro mantuvo la vista al frente. Unas caballerías aparecieron tras el recodo.

—¡Viva el rey!

Gentes de armas, palafrenes, carros y enseñas. Y sí, allí, al frente, estaba el estandarte real: los cuatro cuarteles con las torres y el león. Pero tal divisa solo era una; el resto, un mar de escudos con campo de gules y trece bezantes de plata puestos en tres palos de cuatro, cinco y cuatro.

—¡Lemos! ¡Es el conde de Lemos! —susurró Roxer, su escudero, a su lado.

Don Pedro Álvarez Osorio, conde de Lemos, el más poderoso señor del reino, del mismo nombre que el conde de Trastámara, que aguardaba en la puerta de la ciudad. Un hideputa ambicioso, el usurpador de la mitad del condado de su familia. Y el rey lo enviaba para negociar con su padre. Si aquello no era una provocación, Pedro no había visto nunca una.

La multitud se volvió como una sola cabeza hacia el conde de Trastámara. Y todos pudieron ver entonces el ceño fruncido y la mandíbula prieta.

Pedro desvió su mirada hacia Bernal Eáns, al lado del conde sobre su inmenso semental. Roi de Moscoso agonizaba del mal de Lázaro y el hijo ejercía ya como cabeza del linaje.

El Bravo sonreía.

El momento de la verdad

BERNAL EÁNS irrumpió en la vivienda familiar de la praza do Campo y se dirigió a grandes trancos a las habitaciones de su padre. Nada más entrar se detuvo en seco, abrumado por lo que veía. Roi de Moscoso yacía sobre un colchón de plumas en un lecho de madera labrada con dosel. Tenía los ojos cerrados, el rostro como de cera y la piel sudorosa; cada respiración era un estertor que le alzaba el pecho con brusquedad, hambriento de aire. La amplia cámara permanecía bien cerrada; el aire estaba cargado de pestilencias y humores acerbos, del humo de los hachones, los pebeteros y los inciensos. Le asaltaron los gimoteos de las mujeres, las toses y los murmullos de los físicos y boticarios.

Un fraile franciscano dirigía las oraciones de espaldas a una hornacina que contenía una talla de la Madre de Dios con un ramo en la mano: el mismo que la Virgen entregó a aquella Beatriz emperatriz de Roma, una hierba de grandes poderes con la que la romana sanaba el mal de Lázaro. Ante el fraile, arrodilladas, rezaban y se mesaban los cabellos su madre Xoana, sus hermanas Inés y Urraca, las damas de compañía y las criadas, todas con paños oscuros y rosarios de buen azabache compostelano. Un viejo mastín dormitaba cerca de la puerta, entre la paja de juncias y tomillos que acolchaba el suelo.

Conteniendo el gesto de desagrado por el hedor, se fijó en el saquete que colgaba del cuello de su padre. Sabía lo que contenía: los huesos de un santo ermitaño que había vivido en una cueva cerca del castillo familiar de Vimianzo y que había ganado fama de gran sanador. También sabía lo que significaba que le hubieran colgado aquellas reliquias: su padre, pertiguero mayor de la Tierra de Santiago, señor de Altamira y tenente de muchas fortalezas, se moría. Su cuerpo era ya pura llaga, peste de úlceras, fetidez de tripas podridas. La vida se le iba.

Bernal se quedó muy quieto. Contempló al moribundo, ajeno a las miradas de reojo que le echaban los que lo atendían. Por mucho que se lo esperara, la certeza de su muerte inminente le provocó un estremecimiento. Le vino a la cabeza una copla que su preceptor le había hecho aprender de niño. Entonces no la había entendido, pero en ese momento comprendió por fin a qué se refería: «Hartos te vienen los días de congojas tan sobradas, que tus ricas moradas por las chozas de los pobres trocarías...».

—Hijos...

Fue un gemido sin fuerza, pero le sobresaltó como si hubiera sido un estampido. Su padre había abierto los ojos. Le pareció que le observaba desde un profundo pozo

de dolor. «Hijos». Buscó a su madre con la mirada y esta, que había interrumpido sus plegarias, le hizo una señal de negación con la cabeza.

Contuvo una imprecación. Su hermano Alvar no estaba. Y no iba a ir. «Maldito seas, Alvar, maldito seas...». Se mantenía lo más lejos posible de aquella lepra que le causaba pavor. Cuando su padre tenía todavía fuerzas para imponer su voluntad, a Alvar no le quedaba más remedio que obedecerle y acudir si le llamaba, pero desde que yacía en el lecho nadie lo había vuelto a ver. «Así se te pudra la sangre, hermano».

Se acercó al lecho y se inclinó sobre su padre. La podredumbre de las pústulas inundó sus fosas nasales, pero hizo de tripas corazón. Cualquiera otro habría confinado a su padre en un lazareto, ahí estaba el de Santa Marta en las afueras de la ciudad. ¿Quién le habría reprochado tal cosa? Muy al contrario, esa era la costumbre; la lepra a todos igualaba, como la misma muerte.

Pero él no. A su padre no. No a un Moscoso.

—Descansad, padre.

Los sonidos de la calle se colaban en la estancia a través de los postigos cerrados: el reclamo de los vendedores, las conversaciones de los viandantes, el gruñido de los cerdos que un porquero conducía al mercado. Bernal sintió un acceso de ira ante aquel ajetreo tan desconsiderado. Tuvo deseos de silenciar la voz de una mujeruca que cantaba una trova chusca, la risa estruendosa, al pie mismo de la ventana. Su padre se moría. El verdadero amo de la ciudad fallecía y las gentes todavía tenían ánimos para reír.

Le alcanzó un alboroto de voces. Creyó que procedían de la plaza y ya se disponía a ordenar que acallaran a aquellos malditos cuando se percató de que estaban muy cerca, en la antecámara.

—Mi señor... —Un doméstico se le había acercado—. El conde de Trastámara, mi señor.

Don Pedro Álvarez Osorio entró en el dormitorio para presentar sus respetos en compañía de sus hijos y un grupo de escuderos y criados. El espacio quedó atestado.

—Dejadnos —ordenó al aire Bernal. Cuando los boticarios, físicos y criados hubieron salido, se volvió hacia el conde—. Primo —saludó.

Hubo venias y respetos. Bernal espío los gestos: Álvaro y el canónigo torcían el hocico. Los otros dos, no; tenía que admitir que tanto al conde como a su hijo Pedro no les faltaban arrestos.

El conde de Trastámara se acercó al lecho. Roi de Moscoso le contempló con la mirada perdida.

—Primo —saludó Osorio.

—Primo —jadeó su padre.

Así se reconocían los caballeros entre sí, pues todos se tenían por iguales.

Más o menos.

—Deberíamos hablar, Bernal.

El Moscoso le observó con semblante inexpresivo. Echó un vistazo a su padre, como si temiera que se le escapara el último aliento si salía de la estancia, pero terminó por asentir.

—Acompañadme.

Los guio hasta un gabinete cercano, en realidad una estancia de paso decorada con tapices descoloridos y unas cuantas sillas contra las paredes.

Aunque se esforzó por que su rostro no lo delatara, el conde de Trastámara experimentó un profundo alivio al abandonar la habitación del moribundo. Le había afectado más de lo que había esperado verlo en aquel estado. Había tenido sus diferencias con Roi de Moscoso, pero se respetaban, siempre lo habían hecho.

—Mi padre os respeta, conde —dijo en ese momento Bernal, como si le hubiera leído los pensamientos. Hablaba con voz tensa, el ceño fruncido—. Os hemos entregado la ciudad y ocupáis el palacio arzobispal, pero eso no era lo acordado. Nos asegurasteis que tendríamos el apoyo del rey. Nos convencisteis de que con dineros podríamos comprar su voluntad. Dineros de los que no disponíamos, que han salido de las talegas de nuestros burgueses.

Estudió el rostro barbado de Bernal. Ni siquiera les había invitado a sentarse: todos permanecían de pie en medio de la habitación, midiéndose mutuamente. «Es como un animal de tiro —pensó—. No, como un toro de lidia: incapaz de hacer otra cosa que lanzarse sobre el capote del matador, sin reparar en el filo de la espada». La muerte inminente de don Roi no podía ser más inoportuna. ¿Cómo iban a mantener su alianza con un simple como aquel al frente de los Moscoso?

Pero en aquello tenía razón. Tampoco él estaba satisfecho con el curso de los acontecimientos, ni mucho menos. Había negociado, se había tragado su orgullo e incluso había accedido a recibir al conde de Lemos, pese al duelo jurado entre los dos. Quería a aquel perro bien muerto, pero el rey Enrique le había nombrado mediador y no le quedó otro remedio que transigir.

Aunque distaba mucho de mostrarlo, estaba preocupado. Se hallaba muy cerca de convertirse en señor de la Tierra de Santiago y de colocar a su hijo menor en el sitial del arzobispo, pero era muy consciente de que se movían sobre arenas movedizas. El rey había enviado cartas a los alcaides y oficiales de las torres de Rocha, Barreira, Lobeira, Castro de Montes, Rodeiro, Peñafiel, ordenándoles que se retiraran de ellas. Por el momento, los tenentes resistían las presiones y todas las fortalezas seguían bajo su control. Todas menos una: Rocha Forte, en el sur, la más poderosa, en manos de los hermanos Sánchez de Ávila.

—También os dije que para dominar el feudo necesitábamos el apoyo del concejo. Que la alianza con los burgueses daría más fuerza a nuestras reclamaciones ante el rey.

—Otra cuestión en la que habéis fracasado. —La voz de Bernal era dura como un punzón de hielo.

Don Pedro se envaró. Diablos, no estaba dispuesto a aguantar tanto reproche de un Moscoso. De nadie.

—Cuidad vuestras palabras, Bernal. —Habló bajo, el tono cortante—. Vuestro padre agoniza.

—Lo que quiere decir que casi soy el nuevo señor de Moscoso. Si queréis la ciudad, tendréis que entenderos conmigo.

Don Pedro se fijó en que sus dos hijos mayores apretaban los puños sobre los pomos de las espadas, pero Bernal ni les prestaba atención. Y hacía bien: pronto estaría por encima de ellos.

Decidió mostrarse conciliador. Se jugaba demasiado.

—Tenéis razón, deberíamos habernos asegurado antes el apoyo de los burgueses. Pero es tarde para lamentar errores. He propuesto al malparido de Lemos que negocie una tregua con el arzobispo.

—¿Que habéis qué?...

—Pensadlo, Bernal. El ejército de Lemos es fuerte. Ya sé que viene como árbitro, pero haríamos mal en fiarnos de él. Recordad que nos enfrentan viejos litigios. Lemos podría decidir que el arzobispo tiene razón y apoyar a los Sánchez de Ávila en la Rocha. Juntos, sus ejércitos no tendrían dificultad en poner sitio a la ciudad. Por eso la necesidad de la tregua.

—¿Para qué, por todos los demonios? ¿Acaso hay alguna salida? Además, ¿somos aliados, maldita sea! ¿No os parece que deberíais habernos consultado antes de adoptar una decisión así?

El conde respiró hondo, trataba de calmarse. Aliados, decía el muy zoquete. Aliados. Maldita fuera su estampa, ¿quién había pagado la mayor parte de los dineros que le habían enviado al rey? ¡Ellos, los Osorio, pese a que ni siquiera estaban llamados a aquella cruzada! Trató de que su indignación no se le notara en la voz.

—¿Para qué una tregua con el arzobispo, Bernal? —preguntó lentamente, separando las palabras, como si se dirigiera a un niño demasiado torpe—. Para alcanzar ahora lo que antes se nos resistió: el apoyo del concejo. Para conseguirlo necesitamos tiempo, de ahí la necesidad de una tregua. Con el concejo de nuestra parte será fácil convencer al rey para que ponga la Tierra de Santiago bajo realengo. Los burgueses llevan años pidiéndolo, así que no se negarán. Y nosotros seríamos los tenentes del rey en su nuevo señorío. ¿A quién, si no, va a nombrar?

Bernal le sostuvo la mirada y el conde se dio cuenta de que el argumento había hecho mella en él; luego dio unos pasos por la estancia, pensativo.

—Una vez más, conde, nos necesitáis —dijo de repente—. Somos nosotros, los Moscoso, los que tenemos el apoyo de la mitad del concejo. El resto apoya al arzobispo, como bien sabéis.

«Por supuesto que lo sé, mamarracho. Si no fuera así, a buenas horas estaría compartiendo Compostela contigo». Pero asintió.

—Repartiremos las torres y los beneficios. Cuando Luis sea nombrado arzobispo,

seréis pertiguero mayor. Y os resarciréis sobradamente de vuestras pérdidas.

—¡Me ofrecéis lo que ya es mío! —se indignó Bernal.

«Como un toro. Como un toro ciego».

—¿Creéis que si vuelve el de Luna os mantendrá en el cargo?

Bernal dudó. El conde se dio cuenta de que le tentaba la idea de mandarlos al infierno, pero confió en que le quedara algo de sensatez. Los Trastámara eran casa grande, principales entre los nobles, y los Moscoso no dejaban de ser una casa menor. Con su participación todo se legitimaba, pero si los Moscoso actuaran solos el rey enviaría a sus mesnadas para echarlos a los perros. Contra los Trastámara, poderosos condes, ni el rey se atrevía, por eso enviaba al de Lemos. ¿Es que aquel mentecato no lo entendía?

Pero Bernal le sorprendió.

—Dejad de mi mano al concejo. Tendréis vuestra mayoría. Y que sea lo que Dios quiera.

Don Pedro se lo quedó mirando, pasmado por la rápida claudicación y en el fondo aliviado. Quizá se había equivocado con él, después de todo.

—Que sea lo que Dios quiera —repitió.

Y se abrazaron como primos.

Notaba un aliento nuevo en el pecho. Como la barca que se libera de sus amarras y se adentra en el mar, como el lobato que sale al fin de la madriguera, Estevo se daba cuenta de que por primera vez en su vida dirigía las riendas de su destino.

Por los arrabales corría la voz de que alguien se estaba enfrentando al mayordomo de los ladrones. El Arcanxo estaba furioso. Sus hombres habían comenzado a ir en grupos y cada vez resultaba más difícil enfrentárseles, pero los comerciantes y las ramerías empezaban a despotricar a sus espaldas, les contemplaban con un nuevo desdén. Unos días atrás, espiando a través de los postigos de una taberna, había escuchado a unos criados hablar de los asaltos.

—Son mismamente lobernos, te lo digo yo, hijos de lobo y raposa, talmente así te son —decía muy convencido un mozo con la cara picada de viruelas y la boca abierta en franca admiración.

Aquello le gustó. Lobernos. Lobernos. Sonrió ampliamente.

Le gustaba pensar en sí mismo como en un lobo. Los lobos eran animales inteligentes, fuertes, audaces. Persegúan a su presa a distancia, sin desperdiciar energías, dejando sentir su presencia para ponerla nerviosa. Poco a poco se iban aproximando, aparecían y desaparecían de su campo de visión, veloces como centellas, a medida que el perseguido iba cobrando conciencia del peligro. Después se lanzaban a las piernas con carreras que rozaban las pantorrillas y volvían a desaparecer. Marcaban a sus presas. Las confundían, las ponían al borde de la histeria. Una y otra vez, una y otra vez, hasta que echaban a correr de puro pavor.

Entonces, solo entonces, los lobos atacaban. Al cuello. Una dentellada certera.

Sí, le gustaba pensar en sí mismo como en un lobo. O mejor un loberno, con la ferocidad del lobo y la astucia del zorro.

Y Gabriel el Arcanxo era su presa.

Habían asaltado a los hombres del mayordomo tres veces. Y las tres con éxito. Cada ataque había sido cuidadosamente planeado y ejecutado; el primero en la rúa do Franco, el segundo en un portillo de las murallas cuando introducían contrabando, el tercero al salir de una mancebía con los dineros de sus cobros.

Frunció el ceño al recordar esa última ocasión. En el suelo, tapado con paja, había colocado un lazo que antes había pasado por una argolla de una ventana del primer piso. El hombre, al salir, metió la pata donde no debía y quedó colgando boca abajo mientras una lluvia de cobros, maravedíes y aceros alfombraba el suelo. Todavía le resonaban en los oídos los gritos y las carcajadas sorprendidas de las prostitutas.

Y conservaba en la retina el asombro, teñido de horror.

Porque antes de que pudiera darse cuenta, Ramla se acercó al sicario cuchillo en mano. Fue todo muy rápido. Le rajó las calzas. Le agarró el miembro.

Y se lo cortó.

La vida en los callejones no era fácil. La vida no era fácil en ninguna parte, salvo para los caballeros y algunos burgueses afortunados. Estevo lo sabía de sobra. Había visto cómo apalizaban a las prostitutas cuando no ganaban lo suficiente. A los niños mendigos obligados a trabajar de sol a sol. A muchachas apenas púberes abrirse de piernas por un mendrugo. Y sonreír al hacerlo. ¿En qué se diferenciaban los matones de la ciudad de Paio el Tuerto, el escudero que había matado al bebé de María en Moreda? Eran lo mismo, las dos caras de la misma moneda.

Aun así, vomitó.

Después, desconcertado a su pesar, le costó mirar a los ojos a Ramla. No quería juzgar. A saber por lo que habría pasado. Era joven, pero se comportaba como si llevara un siglo a cuestas. Estevo quería entender. ¿De dónde salía aquella rabia?

—¿Qué mala pulga te ha picado? —preguntó al final, sin poder aguantarse. Uf, así no iba a llegar a ninguna parte.

Ramla le echó una mirada cortante.

—Se lo merecía.

Y él se merecía una explicación. Aquello era algo de dos.

—Estamos juntos en esto, ¿no? —Sí, así mejor.

Ramla se revolvió.

—¿Qué pasa contigo? ¿Crees que vamos a asustar al Arcanxo robándole cuatro cobros? ¡Despierta! Ese mierda era un hideputa de la peor calaña —soltó, fuera de sí—. Ese malnacido violaba a niñas de diez años hasta dejarlas sin sentido. ¿Y sabes lo que hacía después, cuando se cansaba de ellas? ¿Quieres saberlo? ¿De verdad quieres saberlo? ¿Es que no tienes ojos en la cara? ¿De dónde crees que salen tantos niños mendigos tullidos? ¡Cuando se cansaba de jugar con ellas, les rompía los pies y los

brazos para dejarlas contrahechas y después las volvía a entallar como quería, al revés o como fuera! Las vendía a ciegos hideputas que las ponían a pedir limosna. Una niña rota consigue más limosnas. Y el Arcanxo, él y Andresito el Fendas se llevan su parte. ¡Se llevan su maldita parte de todo! ¡Eso es lo que hacía ese hideputa! ¿Te basta eso para darme tu absolución? —Se dejó caer sobre la paja, el cuerpo un ovillo. Desmadejada.

Estevo la observó, anonadado. Tras un momento, se levantó y se sentó a su lado. Con cuidado. Ramla, por una vez, no se alejó.

—Y tú... A ti... —empezó a decir, pero cerró la boca. Fuera, muy lejos, la ciudad dormía el sueño de los justos. Se maldijo a sí mismo por su curiosidad.

Las lágrimas humedecían las mejillas de la muchacha. Sintió el deseo de protegerla, de acariciarla, de consolarla de alguna forma.

Y él pensando en lobos. «Menudo imbécil».

—Yo tuve suerte. No se cansó de mí.

Silencio. Bendito silencio.

Más tarde:

—Deberías haberlo matado.

A menudo Ramla se quedaba absorta, los ojos negros fijos en el vacío, como si estuviese hablando con algún ser que solo ella podía ver. En esas ocasiones musitaba palabras extrañas que a Estevo se le antojaban conjuros. Otras veces, cuando estaba distraído, sentía su mirada clavada en él, pero si se volvía, ella apartaba la vista. Sospechaba que era medio bruja, o como fuera que llamaran a las brujas en sus tierras, alguien capaz de hablar con los espíritus.

Pero no le importaba. Ahora la veía con otros ojos. No de lástima. Ni habría osado, ella no admitía compasiones. Salvo aquel momento de rara debilidad, Ramla no tenía nada de frágil. Al contrario, parecía poseer una fuerza sutil, un conocimiento vedado para el mundo. En la forma de moverse, en la forma de mirar. Habría querido saber todo sobre ella, de dónde venía, cómo había ido a parar allí, pero tras esa confesión..., un estallido, en realidad, atajaba cualquier intento que fuera en esa dirección.

Una noche, mientras estaba medio amodorrado, la oyó levantarse en la oscuridad y el roce de sus pasos aproximándose; se tumbó a un palmo de distancia. Hasta entonces siempre habían dormido en extremos opuestos, como si recelasen uno del otro. Él no le dijo nada, ni siquiera se atrevió a moverse, pero en las horas siguientes notó el calor cercano de su cuerpo y una alegría callada en el pecho.

Ramla era menuda, con la agilidad de una gata montesa y la esbeltez de un corzo. Tenía algo... El adjetivo le vino a la cabeza sin poder evitarlo: hermoso. Sí; hermosos su rostro afilado, su talle elástico... Nada más ocurrírsele, se sintió tonto. ¡Hermosa! Hermosa era Mencía, con aquella sonrisa radiante y aquella bondad en el corazón que le llegaba a los ojos.

Pero ¿qué sabía de la vida Mencía? Los ojos de Ramla eran tizones. Y siempre

parecía ir por delante. Apenas hablaba, pero lo observaba todo. Sin embargo, con ella Estevo no se sentía incómodo, como le sucedía cuando Mencía hablaba con él. Mencía era tan diferente, tan perfecta, que a su lado uno no podía sino sentirse desmañado. El simple recuerdo de la doncella le sacaba los colores. Seguía acercándose de cuando en cuando hasta la posada, con cuidado por si los hombres del Arcanxo la vigilaban, solo para verla un momento. «Para asegurarme de que está bien», se repetía.

Sí, solo para eso, por supuesto. Unos días atrás incluso había hablado con Paio. Le apetecía saber de él, así que esperó hasta que el mozo de cuadra salió a hacer un recado y entonces se le apareció de sopetón. El pobre diablo casi se murió del susto, pero después los dos estuvieron charlando de esto y aquello, y Paio no paró de incordiarle hasta convencerse de que estaba bien. Tanta preocupación le emocionó.

Pero aquel no era su mundo. Ahora su familia era Ramla. La idea le cosquilleó en la piel y le humedeció los ojos. Qué tonto era. Su familia. Una mujer mora que a saber de dónde salía y un siervo huido. Su hogar: un cubil destartalado en tierra de nadie.

Y, sin embargo, allí estaba aquel calorcillo.

Los días pasaban con celeridad. La ciudad hervía. Oía palabras extrañas. Veía aglomeraciones, ejércitos tras las murallas, reuniones clandestinas. Los hombres de Trastámara y Moscoso campaban a sus anchas con aquel aire de superioridad tan... noble. Tan arrogante. Eran caballeros, escuderos, hidalgos, simples peones. Estevo percibía el temor de las gentes, pero apenas prestaba atención.

Tenía su propia guerra.

Una mañana se despertó tarde y comprobó que estaba solo. No era la primera vez, Ramla desaparecía cuando le venía en gana y nunca decía adónde iba. Pero hacía solo tres o cuatro días desde lo de la mancebía y Estevo se preocupó. Los hombres del Arcanxo estaban furiosos. Ramla y él habían acordado no salir del escondite durante unos días, hasta que las aguas se calmaran.

Llevaba un rato tratando de decidir si salir a buscarla o no cuando oyó pasos que se acercaban por el callejón. Más de una persona.

Agarró el cuchillo y se agazapó al lado de la entrada.

Era Ramla, pero no iba sola. Le acompañaban un mozalbete y un crío de siete u ocho años, ambos mendigos, a juzgar por su aspecto. Estuvo a punto de abroncarla, enfadado, porque se suponía que aquel era su escondite y su seguridad dependía del secreto. Pero se lo pensó mejor. Afortunadamente.

Al más pequeño le habían cegado los ojos con un hierro candente.

Sin darle explicaciones, Ramla lo acomodó en una esquina y encendió la lumbre para preparar algo de comida. El otro, el mayor, permaneció de pie, las manos unidas por delante, sin saber qué hacer y echándole miradas de reojo.

Estevo observó a Ramla en silencio. Ardía en deseos de preguntarle, pero se forzó a esperar. ¿Qué pretendía?

El mayor no apartaba la vista de él.

—¿Qué miras?

El otro desvió la mirada, pero no tardó en volver a posarla en Estevo.

—Ramla me ha contado lo que haces —le espetó.

¡Por Dios! ¿Cómo que Ramla...? Entonces se fijó en el ladronzuelo y algo le revolvió por dentro. Había admiración en aquella mirada. La sorpresa le dejó boquiabierto.

—¿Y qué se supone que hago?

—Nadie se había enfrentado nunca al Arcanxo.

Estevo meneó la cabeza, confundido por el destello de esperanza que brillaba en las pupilas del muchacho. Ramla seguía con sus preparativos sin decir nada, pero él sabía que no perdía ripio.

—No hago nada distinto de lo que ella misma hace —dijo. Y después añadió—: ¿Cómo te llamas?

—Xocas. —Tenía la cara tiznada, el torso esquelético, la cara marcada por la viruela y el hambre. Pero le brillaban los ojos—. Y tú eres...

—Loberno —le cortó. Fue impremeditado, pero le gustó. Estaba bien así: había dejado de ser Estevo el día en que dejó atrás la posada.

—Loberno —repitió el otro.

—Loberno. —Ramla había alzado los ojos y le miraba con una sonrisa.

Oh, diantres.

—Estaban mendigando —se dignó explicar Ramla al cabo de un largo silencio—. Son mis amigos. No podía dejarlos allí.

—¿Y pretendes que se queden aquí? —preguntó, desconcertado.

—Quiero ayudar —intervino Xocas.

Estevo le echó una mirada de extrañeza.

—Ayudar... ¿a qué?

—A darle su merecido al Arcanxo.

Oh, mierda. Pero ¿qué estaba pasando?

—Haré lo que me digas. Puedo hacerlo, de verdad. No soportaría volver con él. Él nos... —Enmudeció de golpe.

Estevo meneó la cabeza. Se volvió hacia Ramla.

—El crío. No puede quedarse.

Esperaba un estallido.

—Lo sé —fue la inesperada respuesta.

Si habían trabajado para el Arcanxo, sus hombres los buscarían. Xocas era casi de su edad y podía defenderse solo, él sabría lo que se hacía, pero el crío era ciego. No podía valerse por sí mismo.

Se le ocurrió una solución.

—La Pascoala. Ella lo cuidará.

Tenía sentido. En el arrabal de Santa Susana sería mucho más difícil encontrarlo,

y la Pascoala cuidaría de él. Oh, no lo haría voluntariamente, bastante tenía con lo suyo. Le costaría convencerla, pero ahora dinero no les faltaba. «El dinero del Arcanxo», pensó, y la idea le hizo sonreír. Hablaría con ella, le daría unas monedas a cambio de que cuidase al niño. Con ellas podría alimentar a sus niñas sin necesidad de vivir de la caridad ajena. Sería un acuerdo, un trabajo.

Ramla le observó largo rato.

Estevo se descubrió pensando que le gustaba su sonrisa.

Bernal Eáns de Moscoso despertó con un fuerte dolor de cabeza y el cuerpo dolorido por el fatigoso duermevela. Abrió los ojos y contempló el artesonado. Una luz grisácea, de cielo encapotado, perseguía a las tinieblas por las esquinas. La boca pastosa le recordó los excesos del vino ingerido la noche anterior.

Gruñó y se desperezó. Sentía la vejiga a punto de estallar, pero la mera idea de salir de la cama superaba sus fuerzas. «Levántese vuesa merced, señor de Altamira», pensó para darse ánimos. Mas ni siquiera la perspectiva de su nuevo título despejó su mal humor.

Su padre había fallecido. Lo habían enterrado la tarde anterior con gran ceremonia. El cortejo fúnebre había recorrido la rúa do Camiño hasta el monasterio de San Domingos de Bonaval, a las puertas de Compostela. Todo se había desarrollado como correspondía. Al frente el pregonero, con gramalla negra y rostro adusto, tocando una campana. Tras él, un carro cuyas ruedas se hundían por el peso de los pellejos de vino, los sacos de pan, dos cuartos delanteros de buey y dos carneros: los derechos parroquiales para pagar el entierro. Por doquier hachones, cirios, los pífanos roncós, los atabales destemplados, las enseñas arrastradas en señal de duelo. Los corceles con sus negras gualdrapas y sus colas cortadas, a lomos la viuda y los hijos, con él, Bernal, presidiéndolo todo. Había tenido que mandar a sus hombres a por su hermano, pero también Alvar estaba allí, pálido y aterrorizado por la posibilidad de contagio aunque don Roi ya estuviera muerto. Tras ellos, también a caballo, el conde de Trastámara y sus hijos. Bernal había recibido sus pésames con fría dignidad.

«Así que ahora sois el cabeza de vuestro linaje», le había dicho Pedro Osorio con una media sonrisa, como si le divirtiera tal posibilidad.

Bernal se había mordido la lengua. No iba a permitir que aquel hideputa desmereciese el entierro de su padre.

La multitud se apelonaba a lo largo del camino. Gentes humildes y burgueses, todos destocados y con las cabezas humilladas. Las lloraduelos se mesaban los cabellos al paso a hombros del cadáver, envuelto en brocado, sábana blanca, túnica morada bordada con hilo de oro de Chipre. Estaban atravesando la Porta do Camiño cuando se oyeron algunos gritos aislados. Absorto como estaba, tardó en comprender lo que decían.

«¡El Bravo! ¡El Bravo! —gritaban. Pronto el gentío era un clamor—. ¡El Bravo!».

Sin poder evitarlo, con el pecho henchido, se había vuelto hacia Pedro Osorio y le había devuelto la sonrisa.

Después, la misa de difuntos, los interminables latines. «*Judica me, Deus, et discerne causam meam de gente non sancta: ab homine iniquo et doloso erue me...*».

Una punzada de dolor en las sienes le sacó de sus divagaciones. El banquete fúnebre se había prolongado hasta la madrugada. Y había bebido más de la cuenta, mucho más de la cuenta.

¡Ah, maldito fuera su padre! Lo había querido y respetado, pero le había dejado una herencia envenenada. Las mandas testamentarias, las donaciones a monasterios e iglesias, las cláusulas para el mantenimiento de su madre doña Xoana de Castro y demás disposiciones le dejaban muy cerca de la miseria en el momento en el que más necesitaba de todos sus recursos. Oh, de acuerdo, las oraciones y demás eran necesarias, había que ganarse el cielo, los curas sabían de eso. Sobre todo en el caso de su padre, que muchos pecados debía de esconder a juzgar por el castigo divino de la lepra...

Un movimiento en el lecho le devolvió a la realidad. Judith se había despertado y le contemplaba con expresión pícara. La cabellera castaña se arremolinaba alrededor de su rostro y le daba un aspecto extrañamente angelical.

Bernal se rió quedamente. Si algo no era Judith era precisamente eso, angelical. A menos que los ángeles tuvieran unos pechos que diera gloria verlos, unas nalgas rotundas y una sonrisa capaz de excitar a los muertos. Llevaba con ella tres o cuatro años y todavía la deseaba como el primer día. Para gran consternación de su padre, un usurero que se había atrevido a negar un préstamo a los Moscoso si no le aportaban alguna garantía. Cuando se enteró de la osadía del judío, Bernal acudió a su casa dispuesto a arrancarle los dineros a punta de espada, pero allí se encontró con Judith. La muchacha era esbelta y tenía un descaro tan fresco que le cautivó nada más verla, así que decidió hacerla suya para vengarse del padre. Para su sorpresa, Judith se había mostrado más que dispuesta a dejarse seducir. Anhelaba escapar del ambiente mojigato de su casa, y Bernal la convirtió en su barragana. «¿No queríais una garantía, Simón? —le había espetado al prestamista con una carcajada—. ¡Bien, os garantizo que cuidaré de vuestra hija como si fuera de mi propia familia! Aunque me sentiría mucho más inclinado a hacerlo si mi faltriquera estuviese bien repleta...». El judío les había dado el préstamo y durante tres años los Moscoso exprimieron aquella fuente hasta que acabó por secarse. El muy memo había terminado arruinado. Una pena, porque en aquel momento a Bernal le vendrían muy bien sus dineros...

Notó que la mano de Judith hurgaba entre las sábanas en busca de su miembro. Iba a apartarla cuando las sábanas dejaron ver la curva de sus caderas.

—¡Berto, jamelgo!

Se levantó con pesadez, la cabeza un tambor, y aguardó a que su criado le sostuviera el orinal. Descargó su vejiga con un gruñido de satisfacción.

—¿Qué miras, estúpido? —dijo al tiempo que le soltaba una colleja; Berto se ruborizó—. Fuera de aquí, ve a buscarme el almuerzo.

El criado asintió sin despegar los ojos del cuerpo de Judith, que al percatarse se tapó nuevamente. Bernal rio. Berto rondaba los treinta años. Era enjuto, tenía aire de comadreja y se pasaba las horas protestando por lo bajo, pero llevaba media vida con él y a Bernal se le daba un ardite que se deleitara con las formas de la mujer.

—Pero no te apresures, antes tengo algo que hacer...

Mientras el criado salía de la estancia, Bernal se puso a cuatro patas en el lecho, con Judith debajo, que le miró con una mueca de picardía.

—¿Es por esto que ahora te llaman señor de Altamira?

Bernal soltó una carcajada y se rascó el velludo pecho. Paseó la vista por el cuerpo desnudo y decidió que el dolor de cabeza podía esperar.

Todo podía esperar.

Más tarde, cuando hubo descargado la presión de sus ijares, echó a Judith y aguardó a que Berto dispusiera el almuerzo. Persistía el dolor en las sienes. Tenía la boca pastosa y sentía cierta intranquilidad. Aun así, trató de analizar su situación. Le rondaba la desagradable sensación de estar a punto de repetir viejos errores. Oh, entendía las razones que había esgrimido su padre para firmar aquella alianza con los Osorio, desde luego; el prestigio y el poder de la casa de Trastámara eran muy superiores a los de la suya. Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza que esa misma alianza había fracasado anteriormente.

Por entonces Bernal ni siquiera había nacido, pero conocía de sobra la historia. A principios del siglo, su abuelo Roi Sánchez de Moscoso había incitado al concejo compostelano a rebelarse contra el arzobispo de entonces, don Lope de Mendoza, que estaba empeñado en recortar los privilegios de la nobleza y las libertades de los gremios. Los Trastámara no habían tardado en subirse al carro de los Moscoso y todo había salido a pedir de boca... para los Trastámara, que habían terminado apropiándose de las fortalezas del señorío y del cargo de pertigueros mayores. Solo la caída en desgracia del entonces conde de Trastámara, don Fadrique Enríquez, les había permitido recuperar la pertiguería.

Su padre conocía aquel precedente, y aun así le había hecho jurar que respetaría el pacto. Y lo haría... mientras los Osorio se mostraran dignos de ello. Pero no pensaba quedarse cruzado de brazos viendo cómo su casa languidecía. Ahora era el señor de Altamira, le correspondía a él tomar las decisiones. Si iba a mantener la alianza, debía asegurarse de que los beneficios se repartían equitativamente.

Solo tenía que encontrar la forma de conseguirlo.

Vasco Martíns no las tenía todas consigo. Pese a su condición de canónigo y alcalde, llevaba horas aguardando a que el señor de Moscoso le recibiera. La antesala estaba llena. A los habituales peticionarios se sumaban caballeros, escuderos y

burgueses que querían presentar sus respetos y renovar pactos con el nuevo cabeza de linaje.

Cada vez estaba más convencido de que no debería haber acudido. En Santiago todo el mundo le conocía, y la mayoría le tenía por hombre del arzobispo, así que no eran pocos los que lo miraban de reojo con curiosidad y animadversión. Se imaginaba perfectamente lo que estaban pensando: «Se cree muy digno pero aquí está, ha venido a rendir pleitesía al nuevo señor ahora que el arzobispo ya no cuenta». El solo pensamiento le revolvía las tripas. Despreciaba profundamente la rapacidad y la ceguera de los nobles. Pero él no era nada, solo un simple peón del ejército de Dios, y si este le pedía que se humillara, Vasco Martíns lo hacía. Sin discusión.

Hasta el momento todo estaba saliendo como habían planeado. Los mensajeros habían partido ya a Noia, Muros, Padrón, Muxía, Fisterra, Pontevedra. Los juglares habían conseguido atraer a dos miembros más del concejo para su causa. Si su entrevista con Bernal Eáns de Moscoso transcurría bien, tenían el éxito en las alforjas.

Aun así, la idea de negociar con Bernal Eáns no le agradaba en absoluto. Era noble. Y uno no podía fiarse de la palabra de un noble.

—Toda una sorpresa, fraile. ¿Qué queréis?

Bernal observó con desconfianza al peticionario, le extrañaba su presencia allí.

Maldita fuera su estampa, cada vez que movía la cabeza le dolía como si la tuviera repleta de alfileres.

—Veo que lo que se dice de vos es cierto. No perdéis el tiempo en cortesías —replicó Vasco Martíns con una mueca.

—Me aburren las sutilezas, fraile.

Bernal se hallaba apoltronado en un sitial en el centro de la estancia. A su vera, un secretario aguardaba, pluma en mano, sentado ante un escritorio. No había sillas para los peticionarios.

—Mejor así, lo prefiero, a mí tampoco me gusta andarme con rodeos. Vengo a ofrecer lo que ansiáis, don Bernal. Otra cosa es que lo merezcáis, pero eso lo dejo en las manos del Señor.

Aquello desconcertó al Moscoso. ¿Quién se creía que era?

—¿De qué demontres habláis? ¿Qué puedo querer de vos? ¡Un simple fraile aliado de esa rata que llamáis arzobispo! —espetó para ponerlo en su lugar. Sabía de sobra que era mucho más que un simple fraile, pero no estaba dispuesto a concederle la menor ventaja.

Martíns pareció dudar. Lanzó una ojeada al secretario, que permanecía a la espera, observando su pupitre.

—¿No os parece que dais demasiadas cosas por ciertas, don Bernal? Mi único aliado es el Señor. Bastante más de fiar que cualquier noble, así sea eclesiástico o

caballero, por otra parte. Rodrigo de Luna ha demostrado demasiadas veces que está más interesado en satisfacer sus apetitos que en guiar a su rebaño.

Bernal alzó una ceja.

—No tenéis pelos en la lengua, pardiez.

Estaba desconcertado. Siempre había tenido a aquel fraile por hombre de Luna. Al verlo en la antesala se había preguntado qué diablos querría de él. Por muy humildes que fueran sus hábitos, aquel viejo era miembro del cabildo y alcalde del concejo de la ciudad. Un concejo que se le resistía. Había dado su palabra al Trastámara de que conseguiría que les apoyara, pero hasta el momento sus esfuerzos no habían conseguido atraerse más seguidores. La partida continuaba más o menos en tablas, con una mitad de los alcaldes y regidores de su parte y la otra reacia a apoyar una sublevación contra su señor natural. Y el tiempo corría en su contra, con el ejército del conde de Lemos a las puertas.

Por un momento aleteó en él la esperanza. Si aquel fraile le apoyaba, el concejo sería suyo. Y con el apoyo de la ciudad, el rey concedería el realengo... administrado por los Trastámara y los Moscoso.

—Los Trastámara no conseguirán nunca el apoyo de la ciudad sin vuestra ayuda —replicó el fraile.

Aquello le interesó.

—¿Estáis aquí para ofrecerme vuestro apoyo, fraile? ¿Vos, un hombre de paz?

Vasco Martíns meneó la cabeza.

—*Vim vi repellere licet* —soltó, como murmurando para sí. Bernal le miró sin entender, dudando de si se estaba burlando de él. El fraile pareció volver a la realidad, hizo un gesto de disculpa y se tradujo a sí mismo—: Lícito es repeler la fuerza con la fuerza. Estoy aquí para llegar a un acuerdo con vos..., si es que podéis entender las ventajas que eso supone.

La sangre le encendió el rostro. ¿Quién se creía que era aquel vejestorio para tratarle como a un igual, burlarse de él y hablarle en aquel tono? ¡Un acuerdo! Pero hizo un esfuerzo por contenerse. Había conseguido despertar su curiosidad.

—Hablad, pues.

El corazón le dio un vuelco. Arnao contemplaba a su flamante esposa con una mirada que Martiño conocía muy bien. Saltaba a la vista que estaba deseando que terminara el banquete nupcial para llevársela al lecho. Para llevarse a su hermana, a Mencía, al lecho. La idea hizo que el nudo en su estómago se cerrara un poco más.

La semana anterior se habían celebrado los desposorios y esa misma mañana, con los principales mercaderes y burgueses presentes, el sacerdote había bendecido a los novios en la ceremonia de las velaciones. Mencía había intentado que la ceremonia se celebrara en la Corticela, pero su padre se había puesto hecho una furia ante la idea de casar a su hija en un templo tan pequeño. Quería una gran ceremonia, quería que

asistieran todos los cofrades de su gremio y del de los cambiadores, quería que los ricos hombres de la ciudad le saludaran como a un igual. Estaba eufórico, ensoberbecido, la sonrisa inmensa en la cara rechoncha. No dejaba de tejer futuros en el aire, convencido de que aquel desposorio le abriría las puertas de la respetabilidad. Cuando Martiño lo oía hablar así, no podía evitar sentir un profundo desprecio por él. Aunque por una vez su padre tenía razón: aquella boda era la comidilla de toda la ciudad, no había palurdo o señor que no hablara de ella. Habría sido impensable celebrarla en la Corticela.

Sacudió la cabeza, sin dejar de observar a Mencía y Arnao. Su hermana estaba radiante, con el cabello entrelazado de flores y aquel brillo de emoción en los ojos.

«Con este anillo me caso con vos, Mencía, y con mi cuerpo os honro...». Al recordar las palabras pronunciadas por Arnao durante la ceremonia se le hincaron una vez más en la carne. A su alrededor, la sala principal de la posada era una algarabía de bailes y cantos, hacía rato que los saltimbanquis habían terminado su actuación. Los criados recogían ya los restos del banquete. Su padre se había esmerado y por la mesa habían desfilado perdices y becadas, faisanes asados en su jugo, cochinillos de leche rellenos, quesadillas, pasteles... Martiño apenas había probado bocado.

Paseó la mirada por la estancia: los convidados se hallaban en ese estado de embriaguez que desata las lenguas y enardece las pasiones. Algunos hablaban ya sin recato de la situación de Compostela y de la noticia que corría de boca en boca: el concejo había convocado una reunión para unos días después en la Quintana dos Vivos y se encarecía a la gente a que acudiera. Se rumoreaba que se iban a tomar importantes decisiones y que todos, regidores, alcaldes y señores, estarían presentes.

La mayor parte de los convidados, sin embargo, ya habían dejado atrás los debates y se dedicaban a cantar, beber y soltar grandes risotadas al escuchar las más necias chanzas. Su propio padre no paraba de carcajearse y cantar con aquel vozarrón que tenía, tan feliz como un mozo en la fiesta de la cosecha, mientras daba palmetazos en la espalda de Airas Calteno, que se sentaba a su diestra con su mujer, doña Guiomar. Ambos soportaban los excesos del posadero con cara de circunstancias.

—Estáis tan hermosa, Mencía... —no pudo evitar escuchar que decía Arnao—. Estoy deseando que termine el banquete.

Mencía sonrió con timidez y apartó la mirada de su esposo. Impremeditadamente, sus ojos se cruzaron con los de Martiño.

—¿Qué te pasa, hermano? ¿Te encuentras bien? —preguntó, extrañada, al reparar en su expresión.

Martiño se dio cuenta de que estaba observándolos con atención reconcentrada. Notó que la rabia le burbujeaba en el pecho.

—Estarás contenta —soltó con ira apenas contenida.

A ella se le apagó el brillo de los ojos y en su lugar apareció un destello de preocupación.

—No te entiendo. Pensaba que te hacía ilusión...

Martiño tragó bilis. Notaba el pecho destrozado, los pensamientos eran un runrún que nunca se detenía. Ni siquiera la oración le calmaba, pese a que la lengua se le trababa de tanto repetir avemarías y paternósters. Como si no le bastara con la alegría de Arnao, que miraba a Mencía embobado, además tenía que soportar la evidente felicidad de su hermana.

Por mucho que le desagradaran las hembras, podía entender a su amigo: Mencía era hermosa. Los clientes de la posada la devoraban con los ojos cuando la veían pasar, como si escondiera el secreto del Paraíso bajo las faldas. Y los invitados al banquete nupcial no paraban de soltar obscenidades, relamiéndose solo de imaginarse la suerte del hijo del cambiador. Y lo peor era su carácter dulce, su insoportable buen humor, su ánimo siempre bien dispuesto. ¿Quién podía contemplarla sin sentirse arrobado? A su lado él era un sapo torpe y grueso, sin gracia alguna. Sabía que no era así, por supuesto. Él valía mucho más que su hermana o que el propio Arnao. Él no se dejaba guiar por los instintos, como su amigo, ni por los sentimientos, como su hermana. No, él utilizaba la cabeza. Pero, aun sabiéndolo, no podía evitar estar profundamente frustrado. Que pudiera poner nombre a lo que sentía no le evitaba sentirlo. Lo corroía la envidia. Unos celos impotentes, pues nacían del convencimiento de que nunca podría ver satisfechos sus anhelos. Era esa imposibilidad la que lo sacaba de quicio.

Contempló con repulsión a su hermana.

—¿Tú qué sabrás lo que yo pienso? Solo eres una mujer ciega y necia.

El insulto la cogió desprevenida. Abrió mucho los ojos y el rostro se le descompuso. Allí estaba ese estúpido sentimentalismo, otra vez.

—Oh, hermano, ¿por qué dices eso? —Le puso la mano en el brazo con ánimo de consolarle—. Martiño...

—¡Déjame! —siseó airado, apartándola de un empellón.

Mencía se quedó muda. Sus pupilas se humedecieron. Martiño la observó con las mandíbulas apretadas. Quería hacerle daño. Que le doliese.

—Te crees muy especial, ¿verdad? —dijo con un susurro envenenado—. ¡Oh, Arnao, mi amado! ¡Arnao, el hermoso! ¿Crees por un momento que le va a gustar una doncellita timorata como tú? A tu maridito le gustan las busconas. Pregúntale por Tareixa si no me crees, pregúntale. —Sonrió con acidez—. Si se ha casado contigo es solo para que su padre no tenga problemas con los Moscoso, ¿o qué te creías? Sí, ya sé que crees que es un santito que se desvive por satisfacer tus caprichos, como la estupidez esa de ayudar a la ramera del arrabal. ¡Por Dios, Mencía, despierta! ¿De verdad crees que se le ha pasado por la cabeza acercarse por allí? ¿En qué mundo vives? Cada vez que te decía que iba al arrabal, terminábamos los dos juntos en una mancebía del Franco. ¡Ese es tu maridito! —escupió. Su hermana tenía el rostro desencajado. Martiño se levantó con una sonrisa torcida en los labios—. ¡Pobre infeliz! —Y se dirigió a la puerta sin mirar atrás.

Todavía le alcanzaron las voces de los invitados.

—¡Eh, mirad a la novia! ¡Está a punto de llorar de emoción!

Un grito beodo, un estruendo de carcajadas.

—¡No ve llegado el momento!

—¡Arnao, muéstrale el látigo que tienes entre las piernas, ya verás como entonces llora con motivo!

—Como no sea de pena...

—¡Híncale las espuelas!

Arnao se sentía a punto de estallar. Las nieblas del alcohol nublaban su visión. Fuera, en el exterior de la casa de sus padres, sus amigos berreaban como descosidos, animándolo a desflorar a su esposa. Los habían seguido con palmas y silbidos desde la posada.

Su esposa. ¡Por Dios que nunca había visto nada tan bello! El deseo le traspasó.

—Ahora eres una Calteno —afirmó con inesperado orgullo.

Era curioso, jamás había imaginado que se sentiría así. Orgulloso de ser un Calteno, orgulloso de tener una mujer como aquella y de poder ofrecerle su apellido. ¡Quién le iba a decir a él que terminaría sentando la cabeza! Qué diantres, la suya era familia principal. Mencía debería sentirse feliz de formar parte de ella.

Pero, por algún motivo, ella no reaccionó a su declaración. Continuó callada, sentada en el borde de la cama. Ni siquiera le miró. Algo iba mal. A través de los vapores del vino, pensó que se trataría de la timidez propia de una doncella. ¡Oh, demonios, hacía mucho que no estaba con una doncella! Más aún con una tan hermosa como Mencía. Y era toda suya.

Se sentó a su lado, dispuesto a tomárselo con calma.

—No tengas miedo, yo te enseñaré —dijo todo sonrisas y ternezas. Se le hacía extraño que una hembra tan brava, capaz de hacer frente ella sola a unos matasietes, se mostrara tan sumisa. La idea le provocaba una picazón en la entrepierna.

—¿Y a ti quién te ha enseñado? ¿Tareixa?

Arnao abrió la boca, la cerró, volvió a abrirla; no daba crédito a lo que acababa de oír. No podía ser. ¡Maldito Martiño! ¡Se lo había contado a su hermana!

—Oh, tontita... —Le cogió la cara con la mano, dulcemente, acariciándola. ¿Cómo podía ser tan bonita? Aquellos ojos inmensos, aquella expresión tan dulce—. No sé qué te habrá contado Martiño, pero eso no tiene ninguna importancia. ¡Solo es una..., una fulana cualquiera!

—¿Eso somos las mujeres para ti?

¿Qué estaba pasando allí? Luchó por despejarse, pero el vino trababa sus palabras. Sus manos acariciaban la espalda, los brazos de Mencía, como si tuvieran vida propia. Ahí estaba el carácter endiablado. ¡Y él que acababa de pensar que se mostraba sumisa!

—¡Demontres, Mencía! ¡Eso es normal en un hombre! Los hombres tenemos necesidades. —¿Por qué se sintió tonto al decir eso? Había tanta desilusión en su mirada. Le dolió. No estaba acostumbrado a que las mujeres se sintieran decepcionadas con él.

Incapaz de contenerse, le apretó un pecho y buscó su boca. Mencía respingó, pero Arnao siguió adelante. ¡Era su mujer, qué diantres! La empujó hacia atrás para recostarla sobre el colchón mientras la manoseaba. Llevaba meses deseándola y no iba a detenerse ahora. Con urgencia, enredándose con faldas y corpiños, fue desvistiéndola.

Cuando tocó la piel de sus muslos, el calorcillo, la suave pelusa de terciopelo de sus piernas, pensó que iba a estallar en ese mismo momento. Los pechos eran lo más hermoso que había visto jamás, dos melocotones duros y dulces como la misma miel. Se arrancó las calzas, tirando las ropas de cualquier manera, liberando el pene erguido y dispuesto. Mencía le observaba con expresión rara, pasiva, como si fuera un muñeco de trapo. ¡Maldita fuera su sombra, eso no estaba bien! Ella era ardiente, lo sabía, bien se lo había demostrado cuando se besaban a hurtadillas. ¿Adónde había ido aquella luz que incendiaba sus ojos?

Fuera proseguían los gritos, las chanzas, un estruendo amortiguado por los postigos vedados. Estaban esperando.

Mencía se sentía confusa. Había soñado tanto con aquella noche... Había imaginado mil veces cómo sería. Pero en sus fantasías nunca aparecía el aliento a vino, el sudor, los gritos destemplados del exterior. La brusquedad. Cuando Arnao le apretó los senos, le hizo tanto daño que tuvo que contener las lágrimas. La visión de su miembro erecto, el deseo animal que percibió, la sumieron en un trance en el que se mezclaban su propio anhelo con la aprensión. Las palabras de Martiño rebotaban en su cabeza. No cesaba de repetirse que eran mentira, que no podía estar tan equivocada. Arnao era un buen hombre. Tenía que serlo. ¡Se había casado con él!

Las manos de su esposo recorrían su cuerpo con avidez. Quería pedirle que se detuviera, hablar con él, darse tiempo para cobrar confianza y olvidar sus dudas, quería palabras y besos dulces y suaves, pero Arnao parecía poseído por una fiebre. Con movimientos bruscos, se puso sobre ella. Al sentir el peso de su cuerpo, el contacto de su piel desnuda, la recorrió una sombra de deseo. Era una tonta. Una tonta de remate. Era su noche de bodas y solo pensaba en tonterías.

Notó que los dedos de su marido hurgaban en su sexo y se quedó paralizada. Arnao acercó el miembro a su vagina, completamente seca, y dio un fuerte golpe de cadera. Mencía apretó los labios para no gemir de dolor al sentir que algo se le desgarraba por dentro. Arnao, el cuerpo sudoroso, comenzó a bombear sobre ella.

No estaba resultando agradable. No tenía experiencia, no podía saber si siempre era así, pero algo le decía que aquello estaba mal. Su cuerpo se crispaba ante cada

embestida, el pecho se ahogaba por la presión, el torso de Arnao le impedía respirar.

—¡Aaah!

Se derrumbó sobre ella.

—¡Ah, pardiez! —jadeó—. Mi mujercita. Mi hermosa mujercita.

Mencía volvió el rostro al otro lado. Notó en los labios el sabor salado de las lágrimas que le corrían por las mejillas.

Un mar de ropas pardas, justillos sobre túnicas y capas sobre los hombros, medias de colores, harapos. Desde el estrado, Vasco Martíns contempló la Quintana de Pazos con emoción apenas contenida. O, al menos, lo que podía distinguir. Cada vez veía peor de lejos. Se celebraba reunión del concejo y nadie quería perdérsela. Muchos permanecían agrupados por gremios; aquí los caldereros, allá los carpinteros, más allá los tejedores... También había mujeres y niños, y algún que otro peregrino recién llegado al burgo.

A su alrededor, sobre el estrado, se sentaban en círculo los doce regidores vitalicios, los justicias y los alcaldes; tras ellos, al fondo, los hombres buenos que representaban a las distintas colaciones, el notario, los procuradores anuales. Los conocía a todos de largo: un rebaño de pellizas de piel, jubones de color, túnicas con mangas acuchilladas, una bandada de gruesas barrigas, cabelleras canas y portes dignos. Eran los representantes del burgo, las fuerzas vivas de la ciudad. Charlaban entre sí en un tono distendido, a la espera de que comenzara la sesión, pero él sabía que era pura apariencia. Uno pateaba repetidamente el suelo con su botín, otro se rascaba sin cesar la sotabarba, un tercero sonreía a diestro y siniestro pero mantenía una postura rígida que delataba su nerviosismo. Todos estaban tensos, conscientes de lo que se jugaban ese día. «Bueno, quizá todos no», se dijo con sorna al fijarse en un viejo regidor que dormitaba en el banco, la cabeza caída hacia delante y vigilado de cerca por un criado que temía que de un momento a otro el hombre fuera a parar al suelo.

La muchedumbre se impacientaba. Se oían los chillidos de las gaviotas que revoloteaban entre las torres de la catedral. Miró al durmiente con un aguijonazo de envidia.

El estrépito de los clarines acalló las voces en la plaza. De la calle que mediaba entre la catedral y la Corticela surgieron hocicos y cascos, gualdrapas con lobos y osos. «El conde, el conde», escuchó que repetía la gente. Sí, allí estaba Trastámara, al frente de la comitiva.

Vestía yelmo, cota de malla, capa con los dos lobos de su enseña, escudo en la diestra y espada al cinto. Sujetaba con firmeza las bridas y escrutaba a los presentes con ojos de halcón. Tras él, sus hijos: Pedro, Álvaro, el canónigo Luis.

Y más. Los Moscoso, el Bravo junto al conde, el resto a un lado, Soutomaioir, Pérez, Montaos, Mera, Xunqueira, caballeros todos, tenentes de torres y vasallos del

arzobispo. En armas.

Vasco Martíns tragó saliva y rogó a Dios que les guiara. «Pero en la buena dirección, Señor, que nos conocemos...».

Todo estaba a punto de comenzar.

—Esa es la cuestión.

Don Pedro Álvarez Osorio y don Bernal Eáns de Moscoso, ambos cabezas de linaje, ambos señores principales, se habían despojado de escudos y yelmos y ocupaban sendos sitios cual si fueran ya amos de la ciudad. Rodeada por hombres de armas, la plaza entera guardaba silencio, expectante y temerosa al tiempo. Vasco Martíns, muy próximo a los dos señores, escuchaba con atención al conde de Trastámara.

—El arzobispo es el señor espiritual de la ciudad —decía este—, pero lo que aquí se decide es otra cosa. Este prelado lleva demasiado tiempo despreciando los usos y costumbres de nuestros padres. Atropella nuestros derechos, mete la mano en nuestras bolsas, destruye libertades y franquicias. ¿He de recordaros el abuso del *ius primae noctis*? ¿Las cargas y los gravámenes con que ha pagado su campaña contra el moro? ¿La inseguridad de los caminos, la mengua del comercio, los mil desafueros de su guardia?

Se oyó un grito al fondo de la plaza:

—¡Viva la casa de Trastámara!

Algunos lo corearon aquí y allá, pero enseguida brotó otro, «¡Viva el Bravo!», con idéntico resultado. Vasco se fijó en el ceño fruncido de los mentados y comprendió que ambos habían distribuido a los suyos por la plaza para que jalearan a la multitud; que en su mayor parte permanecía silenciosa.

El conde de Trastámara se volvió hacia los alcaldes y regidores. En silencio, paseó su mirada de halcón de uno a otro, tomándose su tiempo. Vasco se fijó en que maese Vinagre y alguno más le mantenían la mirada, pero la mayoría torcían la cabeza como si se hubieran quemado.

«Qué astuto es —pensó—. Sabe que tiene que ganarse nuestra voluntad si quiere instalar sus posaderas en el corazón del burgo más poderoso de Galicia. Y que el camino más fácil pasa por intimidarnos». También se dio cuenta de que el conde no dejaba de removerse en su sitio, lo que quería decir que estaba incómodo. Que no las tenía todas consigo. «Eso espero, conde. Eso espero».

—Así pues —dijo don Pedro al cabo—, ¿apoyará el burgo lo que es de justicia? —Inesperadamente, se levantó, enfrentó al concejo y se llevó la mano al puño de la espada—. ¿Me juraréis lealtad como vuestro señor temporal? —El mensaje no podía ser más claro.

Vasco Martíns se percató de que, pese a que el día no era especialmente cálido, estaba transpirando. Volvió a observar a los miembros del concejo. Vinagre, Roderó,

Veiga, Afonso y Monreal le devolvieron la mirada. Vinagre y el viejo Xoán de Monreal con una sonrisa que pretendía ser animosa, los demás con el semblante grave. Bernal de Moscoso seguía despatarrado con aire indolente, pero sus ojos no paraban de indagar con atención a los reunidos. Cuando sus miradas se cruzaron, el Bravo le hizo una leve inclinación de cabeza.

Tragó saliva. Era el momento.

Se levantó y, al hacerlo, se dio cuenta de que le temblaban las rodillas. Se reprochó su cobardía. Diantres, no era fácil enfrentarse a las iras de un noble armado. Las espadas rodeaban la plaza.

La muchedumbre contenía el aliento.

Respiró hondo.

—Todo hombre es obligado a morir por tres cosas: la primera, por su ley; la segunda, por su rey; la tercera, por su grey o por la cosa pública de su ciudad y la libertad della...

—¡Viva el rey! —interrumpió una garganta entre el gentío.

Siguió un silencio. Después prorrumpieron cien voces, una, dos, tres veces.

—¡Viva el rey!

El conde de Trastámara observaba a la multitud con los ojos entrecerrados y la extrañeza pintada en la cara, como si tratara de identificar a los que gritaban aquello. Vasco localizó a maese Guímaro y sonrió imperceptiblemente. Tragó saliva de nuevo.

Había llegado el momento de la verdad.

—He aquí la propuesta de este concejo, nobles señores. —Se había vuelto a los dos nobles, que le escuchaban expectantes—. Juraremos lealtad al rey nuestro señor. Cierto es que este arzobispo es como un lobo hambriento, pero ni el más feroz de los lobos se enfrentará a un rebaño unido y bien guardado por bravos canes. Por ello, para acabar con las violencias y garantizar la seguridad de los caminos y el bien del reino —hizo una pausa. «Ahí va. Que sea lo que Dios quiera»—, hemos decidido unirnos en santa hermandad de concejos y villas de las tierras de la mitra compostelana con las villas de A Coruña y Betanzos, a las que el señor rey don Enrique el Cuarto concedió tal derecho hace ya cuatro años.

Por un instante, nada sucedió. El conde le observaba sin acabar de comprender. En la plaza, las gentes repetían sus palabras a los que se hallaban más alejados. Luego se hizo un silencio momentáneo, mientras todos parecían digerir el significado. Y de pronto...

—¡Irmandade! ¡Viva la Santa Hermandad!

El clamor fue en aumento. Vasco, de pie en el estrado, se dio cuenta de que ya no temblaba. La emoción le atenazaba la garganta. Allí estaba su sueño de justicia, materializándose ante sus ojos. «Alabado seas, Señor...». Maese Vinagre, en su asiento, era incapaz de contener la gran sonrisa que le abría la boca de oreja a oreja.

Pero todavía no habían ganado. El conde de Trastámara tenía un rictus de incredulidad en el rostro. Vasco vio que el aturdimiento inicial había sido sustituido

por una furia sorda, creciente, el puño aferrando el pomo de la espada, y que se disponía a hablar.

Se le adelantó:

—Hemos enviado mensajeros a las villas del alfoz. Noia y Muros se han unido a nuestra hermandad y aguardamos que Pontevedra y otras villas pronto lo hagan. — Nuevos gritos, aleluyas. La plaza entera rugió de pura excitación. Alzó la mano y aguardó a que menguaran los vivos. Enfrentó al Trastámara—. Así pues, conde, en bien de esa justicia que decís anhelar, en procura del bien del reino, ¿aceptáis de buen grado uniros a la hermandad y defender las leyes y pragmáticas de nuestro señor el rey?

Todo el mundo contuvo la respiración. Don Pedro permanecía inmóvil, pálido pero imponente, en el centro del estrado.

Vasco lo observó. «No lo habéis visto venir». El noble dudaba. Sabía, cómo no iba a saberlo, que al jurar la hermandad se pondría bajo su ley. En verdad, la mera existencia de la hermandad le obligaba a integrarse en ella, lo contrario sería posicionarse contra el rey. Todos debían estar dentro de la hermandad, todos debían acatar sus leyes.

Pero Vasco también era consciente de que la cuestión no era tan clara. Ni siquiera estaban seguros de que el rey fuera a sancionar la decisión de unirse a la hermandad de Betanzos. Si lo hiciera, los *irmandiños* se convertirían en la máxima autoridad, con potestad incluso sobre la nobleza. Todos deberían someterse a sus juntas, sus alcaldes y sus milicias, que serían las encargadas de imponer la paz, cobrar los tributos, juzgar los crímenes y defender la Tierra de Santiago. Actuarían como auténticos señores. No, el conde no podía aceptar aquello sin oponerse, Vasco contaba con su rechazo.

—¿Es eso lo que quiere el concejo? —preguntó el conde, saliendo de su estupor.

Vasco recorrió los rostros tensos de los alcaldes y regidores. No eran necios: a nadie le gustaba enfrentarse a tan poderoso señor.

—Así lo ha votado... —Iba a decir algo más, pero el conde, altivo, hizo un gesto de guadaña con la mano.

—¡Silencio, fraile! ¿Es que nuestros conciudadanos no tienen voz? El concejo está presente. ¡Que se pronuncie! Exijo una votación. ¡Ahora!

La plaza se había sumido en un silencio de cementerio. Un niño, en alguna parte, se echó a llorar.

Vasco Martíns contempló a los regidores y alcaldes. Algunos le rehuieron la mirada; otros se hallaban demasiado nerviosos para hacer otra cosa que retorcerse las manos con aprensión. Comprendió la inteligencia de la jugada del conde: una cosa era votar a solas y otra muy distinta hacerlo en presencia del Trastámara. Confiaba en Vinagre, Rodero, Veiga, Afonso y Monreal, sin duda, pero para ganar la votación habían tenido que atraerse más voluntades, algunas de ellas demasiado inciertas.

—El concejo ya ha votado —insistió.

—Pues que vuelva a hacerlo. ¿Cómo sé que no me engaáis?

—Hay acta notarial.

Se dio cuenta de que el conde dudaba. Los semblantes de los alcaldes y regidores estaban sudorosos. La muchedumbre no perdía ripio, muda.

De repente se oyó otra voz:

—Que así sea. —Bernal Eáns de Moscoso, indolente, casi se diría que aburrido, alzó su mano derecha—. El conde exige una votación y justo es que la haya. Una cuestión de tal magnitud bien lo merece.

Trastámara no se esperaba el apoyo del Moscoso. Inclino la cabeza hacia él en señal de reconocimiento. Vasco Martíns dudó. ¿Sería posible que...? Olía la traición, pero estaba atrapado. Se encogió de hombros.

—Votemos, si así lo deseáis.

Un gemido de animal acorralado recorrió la plaza.

Uno tras otro, divididos entre la presión de la multitud y la de los hombres de armas, los regidores se fueron poniendo en pie.

—¿Maese Xoán Vinagre?

—Apruebo.

—¿Maese Mero Sánchez?

—Deniego.

—¿Maese Ares Afonso?

—Apruebo.

Vasco siguió la votación con el corazón en vilo. Nada más terminar tuvo que tragarse una maldición. El recuento había dado como resultado un empate. Dos regidores acababan de cambiar su voto.

El conde fijó su mirada de halcón en él.

—Parece, fraile, que no está tan claro como parece. Así pues...

—Un momento. —Bernal Eáns de Moscoso se puso en pie—. Antes de proseguir, don Pedro, considero necesario declarar mi postura. Yo, Bernal Eáns de Moscoso, como pertiguero mayor de este señorío y cabeza de mi casa, acepto someterme a la voluntad de la Santa Hermandad.

Hubo un respingo colectivo. La multitud comenzó a murmurar.

—¡El Bravo! ¡El Bravo! ¡Viva el Bravo! —Pronto la plaza entera fue un estruendo.

Bernal dejó escapar una carcajada. La mirada del conde era de puro hielo. El griterío impedía oír sus palabras, pero la expresión de furia era evidente.

Poco a poco, los vivos menguaron. Don Pedro Álvarez Osorio, conde de Trastámara, dio unos pasos hasta el borde del estrado y contempló a la muchedumbre. Levantó la mano.

Se hizo el silencio.

Un largo silencio.

—¡Juro hermandad! —exclamó el conde.

Estalló un fragor de vivas y aleluyas.

Vasco Martíns se dio cuenta de que estaba empapado en sudor, pero le dio igual. Alabado fuera el Señor. Alabado fuera, pues aquel día del santo Isaac de Córdoba, 7 de junio del año del Señor de 1458, no se olvidaría fácilmente.

La hermandad de concejos y villas de la mitra compostelana acababa de nacer.

TERCERA PARTE

La ciudad de los hermanos

De junio de 1458 a septiembre de 1459



Un ejército de villanos

—HA de pagar su felonía. El hideputa nos ha vendido —exclamó Álvaro Osorio.

Don Pedro Álvarez Osorio descansaba en una de las salas del palacio arzobispal, en el que residía desde que los Moscoso le abrieron las puertas de la ciudad. Sentado en un lujoso sillón de guadamecí cordobés y rodeado por sus tres hijos, acariciaba al mastín que dormitaba a su lado.

—No digas sandeces, Álvaro.

La cara de su primogénito se arreboló de indignación, pero no osó chistar. Álvaro era valiente, sólido y dispuesto a esforzarse por el bien de la familia, pero en su mollera solo había blanco o negro. Habían pasado semanas desde la creación de la hermandad y él seguía dándole vueltas a la misma cuestión, como un oso enjaulado. Pedro, en cambio, ah, qué gran cabeza de linaje sería...

Tal cosa no era posible. Álvaro era el mayor y el heredero del condado, y estaba bien que así fuera, pues no era dado a aventuras ni temeridades. Para aconsejarle y guiarle ya estaría Pedro, a quien le sobraban ingenio y maneras para ayudar a su hermano a sortear las celadas de los adversarios, siempre y cuando no lograra hacerse con un título. Tendría que velar por que así fuera: Pedro habría de contentarse con la tenencia de alguna torre de la familia. Si lo dejaba volar solo, no le cabía duda de que terminaría consiguiendo un señorío propio. En el fondo le dolía tener que cortarle las alas, era el hijo con el que más se identificaba, pero el bien de la familia estaba por encima de cualesquiera otras consideraciones.

Y después estaba Luis. El menor tenía la cabeza llena de grillos, pero poseía un verbo fluido, capaz de convencer al mismo diablo de que se arrodillara ante un crucifijo. Además adoraba a Pedro. Que los tres hermanos se llevaran tan bien le enorgullecía más que ninguna otra cosa. Sabía muy bien lo fácil que era que los herederos de un condado terminaran enfrentándose por las armas. Pero no, no sería ese el caso. Con Luis convertido en arzobispo... ¿quién se les resistiría? Hasta el hideputa de Lemos tendría que agachar la testa.

Claro que para llegar a ese punto todavía quedaba un trecho por recorrer. Y lo primero era lidiar con aquel fastidioso asunto de la hermandad. Aunque la cuestión le escocía como la picadura de una avispa, tenía sus ventajas. Al día siguiente de la proclamación, él mismo, al frente de una comisión de ricoshombres y caballeros, se reunió con el conde de Lemos, cuyas tropas aguardaban en el Outeiro de Poldros, a un tiro de piedra de las murallas. Allí, entre grímpolas y gallardetes, rodeados por lanceros, ballesteros y hombres de armas, ante la expectante observación de cientos

de curiosos desde el adarve, le informó de la creación de la Santa Hermandad.

Esa parte la había disfrutado.

El conde de Lemos había guardado silencio. Hasta un mamarracho como él comprendía que aquel giro de los acontecimientos ponía a la ciudad lejos de sus manos ávidas. No estaba en su poder afirmar o negar la Irmandade, pues tal privilegio correspondía únicamente a don Enrique. Dos días después, al alba, su ejército había abandonado Compostela.

Hizo un gesto. Sirvientes y secretarios abandonaron la habitación, en la que quedaron únicamente sus hijos. Dio un sorbo de la copa de hidromiel que descansaba sobre una mesa auxiliar y encaró al mayor.

—Nos ha vendido, Álvaro, tienes razón. Bernal nos ha clavado una espuela para ver si salíamos de estampida.

—¡Pues démosle su merecido, padre!

—Pero no lo hemos hecho. No hemos salido de estampida, seguimos al frente de la ciudad por mucho que hablen de hermandades y zarandajas.

—¡Es un hideputa felón!

—Es mucho más que eso, Álvaro —continuó, armándose de paciencia—. ¿Acaso no estabas a mi lado en la cacería, cuando él solo se enfrentó al oso y salvó la vida a Pedro? —Echó un vistazo al mentado, pero este no reaccionó. Don Pedro contuvo su sonrisa. Le gustaba que no saltara a la menor provocación. Y era cierto lo que decía: Bernal les había dejado claro con el oso que tenía arrestos sobrados, y con la jugada de la hermandad demostraba su sagacidad. No pensaba caer en el error de despreciarlo. En el fondo, admiraba su temple y su coraje—. Es bravo y astuto como un hurón. Uniéndose a la hermandad pretendía dejarnos fuera de juego, pero hemos reaccionado a tiempo y ahora somos nosotros los que estamos al frente de esta estupidez, no él.

—¡Un ejército de villanos!

El conde inspiró hondo. Su primogénito siempre requería explicaciones en demasía, lo que resultaba irritante.

—Míralo desde otro lado, Álvaro. En el fondo, nos ha hecho un favor. Queríamos el apoyo de los villanos, pero no iban a dárnoslo por las buenas. Y la situación dista mucho de estar controlada. El rey está indeciso, ha enviado al perro de Lemos porque quería husmear el terreno y acaba de comprobar que la protesta contra Luna está más extendida de lo que imaginaba. No se atreverá a rechazar la hermandad. Pero los Ávila todavía controlan la fortaleza de Rocha Forte. Tendremos que asediarla, y eso supone gastos. Impuestos que los villanos pagarán con gusto, pues serán para la Irmandade. ¿Crees que nos los darían tan alegremente a nosotros o al propio Bernal? Pensarían que habían sustituido un dogal por otro y habría problemas. De este modo, en tanto que capitanes de esa hermandad, tenemos su beneplácito... y sus bolsas. La jugada de Bernal ha sido hábil, muy hábil.

—¡Por Dios, padre! ¿Es que no habéis oído al fraile ese, Martíns, hablando de

justicia y de igualdad por las calles, como si todos fuéramos villanos?

No le faltaba razón. Vasco Martíns era un incordio. Como alcalde de la recién constituida hermandad, estaba en todas partes. A él acudían los demás alcaldes en busca de consejo, y con él se reunían tanto los diputados que representaban a los hermanos como los cuadrilleros que se encargaban de organizar las milicias concejiles. La multitud bebía sus palabras como agua de manantial. «Esto es la Santa Irmandade, la unión de los comunes para imponer la paz, la justicia y la seguridad en el reino. Esta es la fuerza de los menudos, y así lo quiere Dios nuestro Señor, que fue el primero en defender a los débiles y reclamar justicia...». Sus palabras revolvían a las gentes, que jamás habían escuchado cosa igual. De un día para otro todos se llamaban hermanos y se trataban con muchas cortesías, como si un espíritu de unidad se hubiera apoderado de Compostela.

—Ya nos ocuparemos de ese fraile cuando llegue el momento, Álvaro. Ahora necesitamos consolidar lo ganado. El hideputa de Lemos ha partido, pero no se quedará quieto. Tratará de convencer al rey de que apoye al arzobispo, aunque solo sea para sacar tajada. Así que debemos movernos rápido. Enrique es débil de carácter e indeciso como una doncella. Si se da cuenta de que se enfrenta a una oposición fuerte, se pondrá de nuestro lado para evitar males mayores.

—«Aborrece Yahvé al de altivo corazón; pronto o tarde no quedará sin castigo»
—interrumpió Luis, la sonrisa torcida.

El conde se volvió hacia él.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó, provocador.

Luis se encogió de hombros.

—Si el arzobispo falleciera intempestivamente, digamos que por causas naturales, el rey no tendría más opción que dar por bueno lo sucedido.

—¿Y el nombramiento de un nuevo prelado zanjaría la cuestión? —dudó Álvaro.

El conde de Trastámara se reclinó en el sillón y observó a sus hijos, pensativo.

—¿Tú que opinas, Pedro? —No había abierto la boca—. No hace mucho acusabas de cobardía al propio Bernal por sugerir esto mismo.

Pero Luis volvió a intervenir:

—*Malum consilium quod mutari non potest*, padre.

Mala decisión es la que no puede cambiarse.

El conde sonrió. Aquel hijo tenía el caletre lleno de latines, pero sabía lo que se decía.

Pedro llevaba un buen rato en silencio, escuchando a su padre y a sus hermanos con semblante mortalmente serio. Detestaba a Bernal. Lo aborrecía con todo su ser desde la cacería del oso. No le gustaba su jactancia, su carácter bravucón, su astucia perruna. Pero, mal que le pesara, le reconocía el arrojo. Comprendía que su resentimiento nacía de la humillación, que le quemaba como cera ardiente sobre la

piel. Y no solo eso: Bernal era ya cabeza de su linaje mientras él seguía siendo un simple segundón.

Bernal había jugado bien sus cartas. Al apoyar a la hermandad había evitado que los Trastámara se hicieran con el control de la situación. Bernal se sabía popular entre los villanos, que apreciaban en él lo mismo que Pedro despreciaba: su fanfarronería campechana, su brutalidad, su prepotencia. Los villanos siempre admiraban la fuerza y temían la inteligencia.

La propuesta de su hermano Luis de envenenar al arzobispo le desagradaba tanto como lo hizo en su día la del propio Bernal. No le sorprendía, conocía demasiado bien a Luis, pero le dolía que alguien de su familia se planteara siquiera una felonía tal. A él le gustaba el juego limpio. Apoyaba la sublevación porque sabía que la suerte del hombre de armas se gestaba en la batalla, y él necesitaba labrarse su propio destino. Si su hermano se convertía en arzobispo, le juraría vasallaje para conseguir su propio feudo.

Pero no había sido esa la única razón de su apoyo. Le repugnaban profundamente los modos del arzobispo y su rapacidad sin límites. Don Rodrigo de Luna padecía la misma ceguera de topo que muchos otros señores en esos días viles... Sin poder evitarlo, sus ojos se volvieron hacia su padre, y desvió rápido la mirada. Creían que el linaje les autorizaba a tomar cuanto se les antojara sin responder ante nadie. Pero ese camino conducía al precipicio. Los abusos y los desafueros solo creaban miseria. Si los villanos se morían de hambre, ¿cómo iban a poder hacer frente a los tributos? Si los villanos veían que quienes debían defender el orden y la justicia se comportaban como malhechores, ¿qué les impediría actuar del mismo modo? Sentía que la hermandad era un delirio *contra naturam*, una aberración que contradecía sus convicciones más arraigadas, pero comprendía que los responsables de tal descarrío no eran los villanos, sino un prelado indigno de tal nombre. La expulsión del arzobispo era justa y necesaria. Salvo que ellos comenzaran a comportarse del mismo modo, sin honor alguno.

—¿Y bien, Pedro? ¿Qué opinas? —insistió el conde, impaciente.

Apoyó la mano en el brazo del sillón y enfrentó la mirada de su padre.

—Sigo pensando lo mismo que cuando la propuesta la hizo Bernal. Si actuamos como aquel al que hemos expulsado, ¿qué derecho nos amparará?

—¡Maldita sea, Pedro! —saltó Álvaro, intempestivo—. ¿A qué vienen esos remilgos? ¡La fuerza de nuestro brazo nos amparará, no necesitamos más!

El conde ni siquiera se volvió hacia su primogénito.

—No hemos llegado hasta aquí para retroceder. Mientras ese arzobispo siga con vida, el futuro de nuestra casa estará en entredicho. Y eso, Pedro, es algo que no estoy dispuesto a consentir. Me gustaría que hubiera otro modo, pero el tiempo corre en contra y a veces hay que admitir un mal menor en la búsqueda de un bien mayor. Así pues, habrá que acelerar el encuentro de don Rodrigo de Luna con el Todopoderoso. Y, mientras tanto, ya que el rebaño ha quedado sin pastor, es preciso nombrar un

administrador de la sede apostólica, alguien que esté en el lugar adecuado cuando haya que conseguir el beneplácito de Roma para el nombramiento de un nuevo arzobispo.

Luis, vestido con ropas talaes, dejó escapar una risita.

—Oh, padre, qué taimado sois. Descuidad, los canónigos del cabildo que apoyaban a Luna han huido con las sayas entre las piernas a refugiarse en Rocha Forte o en Padrón. Los que quedan son de nuestra cuerda. En su mayoría, al menos.

—Entonces no esperes más. Convoca reunión del cabildo —ordenó el conde—. Consigue ese nombramiento.

—Dejadlo de mi mano.

—Hay algo más. —Pedro trató de disimular su enojo por la poca consideración que habían recibido sus objeciones—. Bernal. Desde la proclamación de la hermandad hace cuanto está en su mano por ganarse a los villanos.

—Ese es su juego. Aparentemente sigue siendo nuestro aliado, pero en cuanto se sienta seguro utilizará a los menudos contra nosotros.

—¿Y el nuestro, padre? ¿Cuál es nuestro juego? —interrumpió Álvaro, que escuchaba con el ceño fruncido—. ¿Proponéis que sonriamos y aguardemos la puñalada?

Pedro se adelantó.

—Haremos lo mismo que Bernal. Nos ganaremos a los villanos. Esos Moscoso se dan muchos aires, pero son más pobres que mendigos. Y sin dineros, es difícil atraerse simpatías. Si Bernal quiere hacerse popular, comprobará que tiene una dura competencia.

—Por de pronto —intervino el conde—, le nombraremos capitán general de la hermandad, para que se encargue de la defensa de la ciudad.

—¿Os habéis vuelto loco, padre?

—Piénsalo, Álvaro —respondió este. Pedro se dio cuenta de que hacía esfuerzos por contener su impaciencia—. Con tal cargo solo tendrá bajo su mando a las milicias, que no dejan de ser villanos sin experiencia. Estará obligado a utilizar la fuerza y a mantener el orden en los caminos, por no hablar del sitio a Rocha Forte. Y nosotros podremos dedicarnos a ganar apoyos dentro de la ciudad sin que Bernal nos moleste. Dejemos que se desgaste en empresas sin tino. Si emplea la fuerza, se ganará enemigos. Si no consigue despejar los caminos o vencer la resistencia de Rocha Forte, se ganará enemigos. Así que habrá que ponerle las cosas difíciles, para enajenarle la voluntad de las gentes. Cuando vean que no cumple su cometido, estaremos ahí para recibir a cuantos le abandonen.

Luis sonrió.

—Dejadlo de mi cuenta —dijo—. Sé con quién debo hablar.

Álvaro miró al conde con perplejidad.

—Sois sagaz, padre.

—Soy conde. Ya puedes aprender. Cuando esto acabe, seremos el principal linaje

del reino de Galicia, con hermandad o sin ella.

—Hermanos, ¿te das de cuenta? ¡Hermanos! *Arredemo!*

Estevo no podía apartar la vista de Paio, el criado del León Real. El casco abollado que le cubría la cabeza, la brigantina improvisada que le protegía malamente, la sobreveste blanca con la concha de Santiago pintada en la pechera, el símbolo de la Irmandade. El mozo de cuadra se había alistado en la milicia de la hermandad.

Se encontraban en las afueras de Santiago, al sur, ante la mole de Rocha Forte, una fortaleza recia como ninguna. Constaba de dos murallas, una exterior con foso y puente levadizo y una interior con siete torres almenadas: cuatro redondas en las esquinas y tres cuadradas, una en la mitad de cada muro excepto en el noroeste, donde se abría la entrada. En el centro se alzaba una maciza torre del homenaje con las paredes encaladas por el exterior.

Estevo llevaba días inquieto, entre asombrado y receloso. Todo aquello de la hermandad tenía una potencia extraña. Era fácil contagiarse: la ciudad parecía transformada. Había visto mercaderes que compadreaban con simples aguadores. Se producían debates espontáneos en las plazas en los que todos querían participar y todos tenían algo que decir. Había desconocidos que arengaban a los viandantes y peregrinos que contemplaban con la boca abierta la ciudad en armas. Los milicianos recorrían las calles con el orgullo pintado en el rostro y una marea de camaradería derribaba las barreras. Hasta Ramla se mostraba excitada. Claro que Ramla disfrutaba con el caos y la libertad.

«Si no fuera por los nobles...», pensó con un regusto amargo. Decían que ahora estaban de su parte. Estevo había visto varias veces a don Bernal Eáns de Moscoso en las plazas, en las murallas, al frente de soldados. El Bravo, le llamaban, y lo contemplaban como si el mismísimo Cristo hubiera bajado de las alturas para pasearse entre ellos. Había sido nombrado capitán general de la hermandad y estaba al frente de las milicias. El Moscoso era de carácter franco y expansivo, charlaba aquí con unas dueñas, allí con unos servilones, rodeado de cuadrilleros y hermanos.

«¡Es tiempo de acabar con la rapacidad del obispo! —afirmaba con voz estentórea—. ¡Hemos jurado hermandad para imponer la justicia!».

Impartía órdenes y arrimaba el hombro, revisaba la reparación de las defensas, supervisaba el entrenamiento de las milicias que salían a los caminos para despejarlos de bandoleros y maleantes.

Pero Bernal no era el único. Pedro Osorio también se dejaba ver por todas partes y compartía su tiempo con los *irmandiños*. Más asombroso todavía: se le veía interesarse por los más humildes y repartiendo alimentos aquí y allá, cual si en verdad le preocupara el bienestar de las gentes.

«Son nobles», le decía Estevo a Ramla. No podía evitar recelar de ellos. Se

resistía a ver gorriones donde había halcones.

«¿Preferirías que rechazaran la hermandad y se nos enfrentaran?», replicaba ella.

Las gentes, sin embargo, se maravillaban de tan inesperada cercanía. Estaban habituados a agachar la cerviz, a someterse a caballeros y señores. Que uno de ellos confraternizara tan gentilmente reforzaba el milagro de la Irmandade y la esperanza en un mundo de justicia.

—Mírate —le dijo a Paio.

Tenía un aspecto estrafalario con su boca desdentada y su sonrisa infinita. Bailaba de contento, no paraba de dar saltitos, pavoneándose como un muchacho con calzas nuevas, mientras se rascaba el sudor bajo el casco.

Estevo se había acercado hasta allí para ver con sus propios ojos los preparativos para el asedio de Rocha Forte, que había ordenado el nuevo capitán general de la hermandad. El tenente del castillo, Álvaro Sánchez de Ávila, se mantenía fiel al arzobispo, y dentro de sus murallas se refugiaban muchos servidores de Luna que habían huido de Santiago.

Pero no era fácil cercar una fortaleza como aquella. Faltaban bastimentos, máquinas de guerra, soldados. Las milicias estaban compuestas en su mayoría por villanos, poco duchos en el arte de la guerra, así que Bernal había ordenado a sus hombres que los entrenaran. Y allí estaba Paio, tan feliz, instruyéndose en el uso de las armas. Un poco más allá, los nuevos miembros de las milicias se ejercitaban con hachas y escalas. A la derecha de donde se hallaban, un arquero gritaba insultos a un grupo de villanos con arcos. El sol del verano inminente bañaba el cielo de luz.

—¿Y maese Xan? ¿Ya no trabajas para él? —Paio le había abrumado a preguntas, ahora le tocaba a él.

—¡Oh, sí, claro! ¿No lo sabes? El maese te es un hombre de recursos, te lo digo yo. Pues mismamente acaba de ser nombrado procurador del concejo, así que apoya a la hermandad y me deja servir en la milicia.

—¿Procurador?

—La hermandad ha impuesto nuevos tributos para los gastos, la defensa y esas cosas, yo no te sé. Y él es uno de los dos procuradores que se encargan de la recaudación, así que ya ves, tan contento está, te es un cargo de mucha responsabilidad...

Estevo guardó silencio. Le costaba hacer la siguiente pregunta.

—¿Y Mencía? ¿Está bien?

—Oh, imagino, pero claro, doncella ya no te es... —Una sonrisita tonta. Una gaviota soltó un áspero chillido sobre sus cabezas—. Ahora no te para mucho por la posada, que vive con su señor esposo, como es de ley. Eso sí, mírate tú que todos la echamos de menos, que otra como ella no te hay.

Estevo apretó las mandíbulas. Había oído los rumores, toda la ciudad había hablado de la boda de Mencía con Arnao. Algo dentro de él no había querido creerlo, pero allí estaba. Forzó una sonrisa.

—Seguro que le va bien. —Y cambió de tercio para alejar la desazón—. Así que al final has conseguido lo que querías, ¿eh, Paio? ¡No parabas de quejarte del arzobispo!

—¡Mala landre le lleve al infierno!

El mozo de cuadra siguió parlotando, pero a él la cabeza se le iba por otros derroteros. Hasta que una palabra se le atravesó.

—¿Qué dices?

—Pos eso, hombre, que ese Loberno te debe de ser alguien muy valiente. ¡Mírate que enfrentarse al mismísimo Arcanxo, que te es un bicho malo de roer! —Metía la mano bajo el casco y no paraba de rascarse—. Te tiene que ser *irmandiño* el Loberno, bendito él. ¡Alabado sea el Señor! ¡Parece el mundo al revés! Ahora, también te digo que ese Loberno o te es muy listo o muy tonto, que el Arcanxo te es peor que el *diaño*...

Allí estaba la ancha sonrisa.

Un sargento de armas se les acercó.

—¡Eh, tú! ¿Crees que has venido aquí de paseo? ¡Mueve el culo de una vez!

—¡Ay Dios, que me se fue el santo al cielo! —Paio salió corriendo, sujetándose el casco para que no se le cayese.

Estevo se quedó largo rato allí, contemplando las evoluciones de los milicianos.

Guímaro dio unos pasos distraídos por el jardín del monasterio de Antealtares. Nacía el mes de julio, la estación más hermosa del año en Santiago; el sol lo bañaba todo con una luz resplandeciente. La placidez de aquel recinto le subyugaba, un vergel a un tiro de piedra de la catedral, cuyas torres podían verse por encima de la tapia al otro lado de la Quintana dos Mortos.

—¿Y bien? ¡Me tenéis en ascuas, maese Guímaro!

El padre Vasco Martíns estaba sentado en un banco de piedra y le contemplaba con evidente expectación. Guímaro se guardó la sonrisa que le afloraba al rostro y siguió dando pasos breves, los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada vagando por el suelo, mientras ponía en orden sus pensamientos.

—¡Maese Guímaro! —insistió el padre.

—Ha sido un viaje interesante, padre —comenzó Guímaro. Acababa de regresar de Betanzos, adonde había acudido en compañía de un ejército de *irmandiños* compostelanos—. Y provechoso, diría...

—¿Queréis provocarme, maese? —refunfuñó el padre Vasco—. ¡Contádmelo todo de una vez, por Dios!

—Nos recibieron a las puertas de la villa y nos invitaron a entrar...

—Entonces ¿nos han aceptado? —le interrumpió Vasco Martíns con una expresión ilusionada en su rostro arrugado.

Guímaro meneó la cabeza.

—No vayáis tan rápido, padre. Dejadme que os lo explique...

Habían sido en verdad unas jornadas apasionantes. Cuando llegaron a las puertas de Betanzos, sucios y sudorosos, vestidos con las sobrevestes blancas, se encontraron con una multitud. La junta local de la hermandad les había recibido en la Porta da Vila con las varas de justicia de sus cargos en la mano. Guímaro iba al frente, pues era el único que conocía a los *irmandiños* de Betanzos. El herrero Fernando Sobrado se había adelantado para darles la bienvenida.

«En nombre de la junta de esta villa, doy la bienvenida a los hermanos de Compostela, Muros y Noia, que hoy se suman a nuestra hermandad», había proclamado con una ancha sonrisa.

Guímaro apenas podía creer que aquello fuera tan fácil. Había esperado resistencia por parte de los tapados de los señores, los mismos que llevaban cuatro años poniendo palos en las ruedas de la hermandad de Betanzos. Pero las palabras del herrero fueron saludadas con exclamaciones de alegría y vivas al rey y, por un instante, sintió que el pecho se le llenaba de esperanza.

Solo por un instante.

«¡Alto!», gritó alguien.

Un individuo al que no conocía, de piel cetrina, grandes bigotes y ropas de buen paño, avanzó a través de la multitud hasta quedar al frente.

«Herrero, ¿cómo osáis dar la bienvenida a estos... —les echó un vistazo despectivo— a estos villanos armados sin consultar antes con la hermandad? ¿Queréis poner en peligro a Betanzos?». Alrededor estallaron voces airadas y Guímaro se dio cuenta de que se mezclaban las que le increpaban con las que exigían que le dejaran seguir hablando. «¿Hemos de fiarnos de quienes llegan armados? ¿Conocemos sus intenciones? ¡Esto es muy irregular, hermanos! ¡Lo preceptivo es que se reúna la junta para adoptar una decisión común! Aunque fuera cierto cuanto afirman, que quieren unirse a nosotros, ¿acaso no tenemos amor propio? ¿Queremos que unos foráneos nos digan lo que hemos de hacer? ¡Quién sabe si detrás no se esconde la mano del arzobispo, o la de caballeros ajenos que solo mal nos desean!».

Fuera quien fuese, tenía un verbo ágil que caló en las gentes. Vio que muchos vacilaban. En algunos rostros asomó un temor que reconoció inmediatamente y que le hizo comprender que aquel era hombre de Mariñas o de Andrade, los dos nobles que se habían apoderado de la hermandad de Betanzos. Era el miedo de los humildes ante los señores.

Un individuo bajo y algo rechoncho con gorro emplumado y pellón forrado de cendal hasta la rodilla se abrió también paso entre la multitud y se aproximó al que acababa de hablar. Al reconocerlo, Guímaro no pudo evitar que se le ensanchara la sonrisa en la cara. Xoán Branco le hizo una leve inclinación de cabeza y habló en voz alta sin dirigirse a nadie en particular.

«Una de las cláusulas de nuestra Santa Hermandad dice que si un ladrón se acoge en casa fuerte, el señor deberá entregarlo a los alcaldes del pueblo. Y si el señor no lo

hiciera, tendrá la hermandad venia para actuar contra él».

Una gaviota, en el cielo nuboso de Betanzos, lanzó un estridente chillido.

«¿Cómo osáis? ¿Acusáis acaso a nuestro gobernador?», exclamó el hombre de los grandes bigotes.

«Así que es hombre de Mariñas», decidió Guímaro sin perder ripio de lo que sucedía.

Xoán Branco simuló extrañeza y dijo: «Es curioso que deduzcáis que hablo de don Gómez Pérez das Mariñas».

El otro abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir y barbotó algunas incoherencias.

«¡Los Esquerdos!», exclamó alguien entre la multitud, y el grito se repitió aquí y allá. «¡Sí, los Esquerdos! ¡Asesinos!».

Guímaro recordaba perfectamente de quiénes hablaban: los bandidos que se habían instalado en una fortaleza cercana, desde la que asolaban la comarca.

Asintiendo con la cabeza, el escribano había alzado la mano para pedir silencio.

«Los Esquerdos, en efecto. Bandidos que roban, violan y secuestran. Forajidos que se esconden en la torre de O Baroço..., que es del señor de Suevos».

La multitud repetía las palabras de Branco a los que estaban más alejados y, a medida que lo hacían, los gritos eran más fuertes.

«¡Muerte a los Esquerdos!».

«¡Irmandade!».

«¿Cuánto tiempo llevamos alzados en hermandad? —prosiguió el notario; entre su aspecto bonachón y su serenidad, parecía que charlara del tiempo con sus vecinos—. Pero los desmanes prosiguen, no contamos con hombres suficientes para imponernos, ¿y queréis negar la entrada a quienes nos ofrecen ayuda?».

Guímaro veía que el ánimo de la gente volvía a mudar, Xoán Branco era hábil. Estaba enfrascado en esos pensamientos cuando oyó un alboroto tras las puertas, en el interior. La multitud se abrió como si la vara de Moisés se hubiera alzado sobre ella. Y a Guímaro se le quedó la boca tan abierta como las aguas bíblicas, pues por el pasillo que se formó apareció alguien a quien había visto por las calles de Betanzos en su anterior visita. Se le cayó el alma a los pies. Aquello era lo último que esperaba.

El caballero don Fernán Pérez de Andrade el Mozo se les aproximó, seguido por escuderos y caballeros de su casa. Al descubrir de quién se trataba, muchas manos se cruzaron el pecho.

El silencio se extendió.

El señor de Andrade se detuvo a unos pasos de donde se hallaban. Tenía los ojos claros, la frente despejada y un gesto altanero y despectivo. Pasó una mirada burlona por la hueste de compostelanos y después se fijó en las ropas de Guímaro.

«Peculiar ejército es este, formado por villanos y comandado por un bufón», comentó con sorna.

Guímaro le mantuvo la mirada. Por dentro le corría la indignación y la furia, el miedo a que aquella ocasión se malograra, pero no dejó que trasluciera. Se inclinó en

una reverencia burlona.

«Las palabras, quizá lo sepáis, también tienen filo. Como las guadañas».

Andrade entrecerró los ojos. Un niño rompió a llorar. Y entonces, sorpresiva, una carcajada.

«Sois atrevido, juglar. —Se volvió hacia la multitud, calculador, sonriente—. ¡Como miembro de esta Santa Hermandad, celebro la llegada de estos hermanos de Compostela! ¡Con su ayuda podremos expulsar a los forajidos del alfoz! ¡A todos los forajidos!».

La multitud titubeó, pasmada. Alguien soltó un viva desmadejado. Pronto, otro viva brotó de otra garganta. El clamor fue creciendo a medida que las palabras del caballero penetraban en los presentes.

Guímaro escrutó a don Fernán Pérez de Andrade el Mozo, que sonreía con condescendencia, como si no se considerara digno de tanta alabanza. Sus ojos, sin embargo, eran duros, de ave de presa. Y no se apartaban de los suyos.

«Así que este es tu juego —pensó—. Quieres utilizarnos para acabar con Mariñas». Una vez más, los nobles pretendían utilizar la Irmandade en su propio beneficio.

Tendrían que lidiar con aquello a su debido tiempo. Ni Andrade ni los Moscoso ni los Trastámara parecían comprender que la hermandad los colocaba al mismo nivel. Y que esta vez no estaban dispuestos a dejarse amedrentar.

El padre Vasco Martíns llevaba un buen rato sin abrir la boca, absorto en el relato de Guímaro.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó en ese momento—. Entonces, entonces... ¿es cierto? ¿Betanzos nos ha abierto las puertas?

Guímaro asintió. Betanzos y Santiago eran ya una misma hermandad.

Al fraile le brillaban los ojos. Se inclinó hacia delante, sujetó las manos de Guímaro entre las suyas y las apretó con fuerza.

—¡Bendito seáis! Teníais razón, maese Guímaro, desde el principio teníais razón...

No respondió. Sí, las cosas estaban saliendo como habían calculado. Sin embargo, debían estar prevenidos: los planes siempre se torcían. Solo hacía falta saber cuándo.

Cuadrilleros

OSCURECÍA. UNA brisa fría se coló bajo su ropa. Las sombras poblaban el bosque de pinos. Algo en los viejos troncos conseguía que se le erizase el vello de los brazos. Frente a él, en una rama baja, ululó una lechuza y echó a volar. La palidez espectral de su vuelo le provocó un estremecimiento involuntario.

Andresito el Fendas frunció el ceño y se obligó a concentrarse en la tarea que tenía por delante. Vestía ropas pardas, llevaba la cabeza embozada y el puñal al cinto. Era buen conocedor de su oficio, y aun así no podía evitar sentirse algo intranquilo. Estaba hecho a los callejones oscuros, no a lugares de postín. «Si yo te sabiera, a buenas horas te iba a venir...», se dijo, pero era una queja sin sentido. Las órdenes del Arcanxo no se discutían.

Se agazapó tras un tronco y observó con atención. Se hallaba en las estribaciones del Guadarrama, en el palacio de Valsaín. Frente a él, el pabellón de caza real, la Casa del Bosque, como la llamaban, relucía en la creciente penumbra. «*Arredemo*, mira que te hay antorchas...». Jamás había visto tantas luces de noche. Lo que era una maldita jodienda. «¿Cómo mierda quieren que un honrao liberal cumpla con su faena así?».

Pese a hallarse lejos, hasta él llegaban los sonidos del interior del pabellón: el rumor de voces y carcajadas, la melodía de flautas y fídulas, la algazara de la fiesta. Alrededor del edificio, las tiendas de los nobles formaban una pequeña ciudad repleta de estandartes. Supuso que el pabellón no tenía cabida para tanta gente, los nobles con sus escuderos, pajes, lacayos y demás, de ahí ese maldito collar de luces: las carpas, los corrales para los caballos, los fuegos donde criados y palafreneros preparaban su cena.

«Mira que si te consigo ver al rey...», pensó. Estaría bien, aunque solo fuera echarle un vistazo, para saber qué pinta tenía. ¿Cuántos podrían decir lo mismo? Pero no era eso lo que le había llevado hasta allí. Tenía un encargo, y no era uno común. Ni por asomo.

Examinó el lugar con atención. El perímetro estaba vigilado por centinelas, pero nadie esperaba un ataque allí, en el mismo centro del reino. Unos cuantos guardas jugaban a los dados a la luz de un fanal; otros dormitaban apoyados en los troncos de los árboles, y algunos paseaban aburridos, más pendientes de las rameras que se dedicaban a sus mañas entre los árboles que de la custodia del campamento.

La brisa le llevó el hedor de las letrinas. Estaban a una veintena de pasos de la zona de las carpas y allí la vigilancia era todavía más relajada. Sonrió para sí. Por lo

que llegaba a sus narices, de algo podía estar seguro: la mierda de los nobles olía igual que la de los plebeyos.

Andresito el Fendas, cuchillero por encargo, mano derecha del Arcanxo, rodeó con tiento el contorno y se agachó a unos pasos de las letrinas.

Solo tenía que esperar.

El conde de Lemos ahogó un bostezo y asintió afablemente, aunque maldita fuera su estampa si sabía lo que le estaba diciendo aquel... quienquiera que fuese. Se había levantado antes del alba y había pasado media jornada a caballo, de caza. Le dolía la espalda como si le hubieran golpeado con una tabla, pero todavía quedaba noche por delante y no tenía otro remedio que aguardar con paciencia.

Tras el petimetre que hablaba con él distinguió a Enrique, rodeado como siempre del marqués de Villena y de Beltrán de la Cueva. Aburrido, se dedicó a observarlo en la distancia. El rey parecía sentirse a sus anchas. La Casa del Bosque, que él mismo había mandado edificar, era el único lugar en el que Enrique podía relajarse y disfrutar de la caza, de los juegos de cañas, de torneos y carreras de sortijas, de trovadores y jolgorios. Al parecer la tranquilidad de la sierra le agradaba sobremanera, y siempre que tenía un hueco acudía a Valsaín. Poseía una envidiable colección de aves de presa, azores, halcones bornies y neblies, con los que se dedicaba a la caza de tordos, alondras, grullas y patos salvajes. En una ocasión, el monarca le había confesado que le fascinaban los halcones: sus manos grandes, los dedos delgados, el talle gentil y la cabeza pequeña y firme, su bravura y su gran corazón.

Aquel día habían practicado la cetrería por la mañana y por la tarde se habían entregado a otra de las aficiones preferidas de Enrique: los juegos de cañas; caballeros contra caballeros en dos cuadrillas, los unos a acometer, los otros simulando huida, cubiertas las espaldas con adargas y broqueles, todos montados a la jineta.

Cuando el juego terminó, estaba agotado y tenía un buen moretón en un costado por culpa de un golpe de caña. Afortunadamente, el rey decidió descansar a la sombra de unos pinos. Mientras los criados les servían bebidas y dulces, don Pedro se había acercado al marqués de Villena para enterarse de si sus asuntos progresaban. Llevaba dos semanas allí, desde su regreso de Compostela con las nuevas de la creación de la Santa Hermandad. Entonces Enrique había escuchado su relato con muestras de contrariedad, pero ahora actuaba como si nada sucediera.

Sonrió para sí al recordar la escena. Cuando estaba relatándole al rey lo sucedido, el arzobispo Rodrigo de Luna había irrumpido en el pabellón con la faz arrebolada por la indignación.

«¡Hermandad! ¡Esos malsines han proclamado hermandad! Alteza, esto es una ofensa contra la Iglesia y contra la Corona. ¡Afirman que vos mismo habéis

concedido hermandad y que a ella se acogen!».

El rey había observado al arzobispo con expresión impertérrita mientras este se desgañitaba. Enrique era indolente, pero no necio. Sabía bien que el poder era una balanza que debía mantenerse en perpetuo equilibrio. Por eso procuraba ganarse a los burgos, porque eran los únicos que podían contrarrestar la influencia de la nobleza. Y vive Dios que en Galicia todos actuaban como si el rey no existiera, él también, por supuesto. Por esa razón había concedido Enrique hermandad cuatro años antes en las tierras de Betanzos y A Coruña. Para ganarse la voluntad de las villas.

«¡Debéis enviar un ejército para aplastar la rebelión! —había clamado don Rodrigo de Luna, vestido con jubón de seda y un gorro repleto de plumas, casi chillando—. ¡Alteza, esto es una ofensa contra Dios!».

Las conversaciones se habían acallado. El rey, de pie frente al prelado, rebulló con fastidio y por su rostro atravesó la duda. Don Pedro comprendía su vacilación: por mucho que le costara reconocerlo, el conde de Trastámara era señor principal, muy capaz de movilizar ejércitos y voluntades. Peor todavía, el Trastámara le agradaba. El arzobispo, sin embargo, era un fantoche que despreciaba sus deberes eclesiásticos, imponía cargas e impuestos indebidos y se pasaba la vida pleiteando con el concejo y el cabildo de Compostela.

«Lo que ofende a Dios, don Rodrigo, es un pastor que descuida a su rebaño», había respondido entonces el rey. Luna palideció y farfulló algo que no llegó a entenderse, y Enrique se apartó de su lado.

Desde entonces la situación permanecía en tablas. Supuestamente, su Alteza estaba meditando qué hacer.

«No os preocupéis, conde —le había dicho unas horas antes el marqués de Villena—. Enrique, al cabo, hará lo que le digamos. Como siempre».

Don Pedro suspiró.

Su interlocutor, que no había parado de hablar de quién sabía qué, interrumpió, extrañado, su perorata.

—¿Os sucede algo? —preguntó.

Contuvo un nuevo suspiro.

—No, no, seguid, lo que me decís es muy interesante...

Era ya noche cerrada cuando al fin la suerte visitó a Andresito el Fendas. Un criado se dirigía a las letrinas y esta vez era el que buscaba: en su jubón, a la luz de las antorchas, distinguió la luna creciente del escudo de armas de don Rodrigo de Luna.

Le bastó un vistazo para cerciorarse de que todo estaba tranquilo. Las hogueras menguaban y los hombres dormitaban; solo en el interior del pabellón real proseguía la fiesta. El criado se bajó los calzones y la blancura de leche de su culo destacó en la noche.

Lo demás fue tan fácil como respirar. Se acercó con sigilo por la espalda, el puñal en la zurda. Le tapó la boca con la diestra y le puso el filo en el cuello. «No te hay nada como la práctica».

—Ni te muevas.

El pobre diablo dejó escapar un gemido.

—Quítate el jubón.

De espaldas a él, las nalgas al aire, el pobre diablo hizo lo que le decían.

—No me mates, por favor. Te daré lo que quieras.

El Fendas sonrió.

—Oh, no te preocupes. Yo mismo lo cogeré. —Y con un certero movimiento rajó el cuello del infeliz. La sangre manó a borbotones, pero el jubón ya estaba a buen recaudo. Tampoco era cuestión de que se le manchase.

Arrastró el cuerpo tras unos matorrales y se puso la prenda. «Si alguien te viera con esta facha, Andresito...».

Rebuscó en su morral y extrajo una anforilla. Le quitó el corcho, olisqueó el contenido. Un tufillo amargo. No tenía ni idea de qué podía ser aquello, aunque sí la tenía, y muy clara, de sus efectos. Al menos, si lo que le aseguró la curandera era cierto. Y Andresito sabía que no había nada como la reputación para estar bien seguro de que no le estafaran a uno.

En realidad, la cosa aquella del veneno no le gustaba nada. Él prefería la cuchillada limpia, más rápida y efectiva, no había comparación, y si no que se lo dijeran al pobre diablo que estaba a sus pies. Pero el Arcanxo había sido categórico: tenía que parecer un accidente. Un alimento en mal estado, una desgracia.

Se encogió de hombros. Qué más daría..., un arzobispo muerto era un arzobispo muerto. Le fastidiaba que le robaran la ocasión de ver de qué color tenían la sangre tan altos señores. No todos los días se presentaba la oportunidad de cargarse a un arzobispo, rediós.

Comprobó que el cadáver del paje quedaba bien oculto. Después, tan tranquilo, se adentró en el campamento.

—Fijaos, doña Guiomar no aparta la vista del rey —comentó en voz baja el marqués de Villena.

El banquete estaba en su apogeo: un estruendo de voces y cantos, requiebros y jolgorios. Las damas portuguesas de la reina Juana eran el centro de todas las miradas, como siempre. Formaban una animada camarilla de hermosas mujeres, tan ajenas a la rígida etiqueta castellana, tan libres en su alegría y en sus mañas seductoras, que eran pocos los nobles castellanos que no habían caído rendidos a sus pies. Y entre ellas, la más hermosa, la hechicera de talle de gacela y risa tan fresca como una fuente: doña Guiomar de Castro.

El conde de Lemos observó a la dama y después al rey. Toda la corte daba por

hecho que Enrique y doña Guiomar tenían un romance. Le divirtió comprobar que, en efecto, el rey la estaba devorando con la mirada.

Mientras unos criados comenzaban a retirar las viandas, otros depositaban en las tablas grandes bandejas de dulces y pasteles.

—Deleítadnos con una de vuestras canciones, doña Guiomar —pidió el rey con voz un tanto ebria, y miró de refilón a la reina, sentada muy tiesa a su lado.

Doña Guiomar se levantó y las voces se acallaron. Hizo una venia y comenzó a cantar. Tenía una voz que seducía y embelesaba y había elegido el cantar con pícaro intención: era el romance de la linda Alba, una bella condesa que había engañado a su marido cuando este se fue de caza a los montes de León.

*Que me vía en un monte,
en un desierto lugar,
y de so los montes altos
un azor vide volar,
tras del viene una aguililla
que lo ahincaba muy mal.
El azor con grande cuita
metiose so mi brial;
el águila con gran ira
de allí lo iba a sacar;
con las uñas lo despluma,
con el pico lo deshace...*

Estallaron gruesas risotadas. Doña Guiomar dirigía al rey una mirada cautivadora que prometía placeres infinitos. El propio don Pedro se descubrió tan embelesado como el mismo monarca.

Un grito herido rompió el encantamiento. La reina se había levantado y corría hecha una furia hacia su dama. Ante el pasmo general, la agarró del cabello sin dejar de gritar obscenidades en portugués, la arrastró al suelo, le arañó la cara, le rasgó el vestido. Doña Guiomar solo acertaba a cubrirse el rostro con los brazos para resistir aquella furia desatada.

—¡Zorra! *Putaria!*

La sala enmudeció. Doña Juana tiraba de los pelos de la mujer en medio de un revuelo de sedas. Nadie osaba moverse.

Don Pedro paseó la mirada por los rostros de los presentes y descubrió más de una sonrisa divertida. No era para menos, él mismo tuvo que hacer un esfuerzo para contener la risa. ¡Mujeres!

—¡Doña Juana! —demandó el rey, tras reponerse del susto.

Pero doña Juana en ese instante estaba bastante ocupada.

—¡Don Beltrán! —gritó de nuevo el monarca, y con un gesto ordenó a su favorito que se llevara a la reina de allí.

Don Beltrán de la Cueva se acercó a doña Juana y, con gran galanura, le susurró unas palabras tranquilizadoras —«Venid conmigo, mi reina, venid. Tanto más hermosa sois vos, ni sombra os puede hacer la Guiomar, dejad que os acompañe

vuestro más leal servidor...»— y se la llevó de la sala.

«Y después se extrañan de que las gentes murmuren», pensó don Pedro, que ahora sí sonreía ampliamente.

Don Rodrigo de Luna meneó la cabeza con enojo y escrutó el semblante del conde de Lemos.

—Me lo asegurasteis, conde. Afirmasteis que no habría problema, que esta fantochada no seguiría adelante. ¡Y encima ahora el rey está a punto de confirmar esa... esa... hermandad!

Tras el berrinche de la reina, don Enrique había tardado poco en retirarse y la fiesta había terminado. Rodrigo aprovechó la ocasión para acercarse al conde de Lemos y al marqués de Villena y pedirles que le acompañaran. Los tres habían abandonado el pabellón para evitar que les escucharan oídos indiscretos.

Era una noche hermosa. El cielo estrellado y la fresca brisa resultaban reconfortantes tras los humos y aromas cargados del pabellón real. No obstante, Rodrigo estaba muy lejos de apreciarlos.

El conde de Lemos le observó con extrañeza.

—¿No oléis algo raro? —inquirió, haciendo caso omiso de lo que acababa de decir el arzobispo.

—¿De qué demontres habláis? —replicó este, molesto.

Lemos olisqueaba el aire con el ceño fruncido.

—Huele a... ¡Sí, a vinagre! Huele a vinagre, qué raro...

Rodrigo abrió la boca para decir algo, pero la cerró de golpe. Acababa de darse cuenta de qué era lo que olía Lemos. Esa misma tarde su ayuda de cámara le había teñido el cabello con una pasta elaborada con ceniza de sarmientos macerada en vinagre que servía para disimular las canas. Sintiendo un súbito arrebol, espetó:

—¡Por Dios, conde! ¿Queréis responderme? ¡Os estoy hablando de esa maldita hermandad!

Don Pedro Álvarez Osorio suspiró. A su lado, el marqués de Villena le miraba el pelo con aire divertido y consiguió que a Rodrigo le ardiera el rostro.

—Ilustrísima, he hecho cuanto estaba en mis manos —replicó Lemos—. Pero ¿qué queréis? Solo el rey tiene capacidad para afirmar o negar hermandad. ¿Qué puedo hacer yo?

—¡Algo, maldita sea! ¡Algo!

El semblante del conde se endureció.

—Don Rodrigo, seamos francos: no estáis en la mejor posición para exigir. Deberíais mostraros algo más paciente, ¿no os parece?

Le mantuvo un instante la mirada, pero terminó desviándola hacia don Juan Pacheco.

—¿Y vos, marqués?, ¿creéis que el rey sancionará esa hermandad?

Este se encogió de hombros.

—El rey tiene preocupaciones más acuciantes en mente, como bien habéis podido comprobar. —Se le escapó una risita—. Lo que quiere decir que dejará las cosas como están salvo que le resulte más cómodo hacer algo.

—¡No puede ser! ¡Es una usurpación! ¡Si no envía un ejército se convertirá en cómplice!

Don Juan Pacheco alzó las manos en señal de impotencia.

—Un ejército cuesta muchos dineros, ilustrísima. Y vos no estáis en disposición de sufragarlo, me temo. ¿De dónde los sacaríais, si no podéis desplumar a vuestros vasallos?

Se tragó las ganas de soltar un exabrupto. ¿Por quién le tomaba aquel mentecato? ¡Diablos, él era arzobispo de Compostela, no podía tratarle como si fuera un paje cualquiera! Respiró hondo dos, tres veces. Necesitaba calmarse.

—No se trata solo de dineros —dijo, tratando de parecer razonable—. Es una cuestión de justicia. Si el rey permite que los villanos despojen a un príncipe de la Iglesia, ¿quién estará seguro?

—Un príncipe de la Iglesia que ha forzado a la esposa de un vasallo.

—¡No la forcé! ¡Ejercí el *ius primae noctis*, y solo lo hice en el ejercicio de mis deberes como señor!

—Un derecho que hacía tiempo que nadie osaba ejercer. Aunque reconozco que es una lástima que se pierdan los antiguos usos.

El conde de Lemos les interrumpió con un gesto de cansancio.

—Don Rodrigo, vayamos al grano. ¿Qué estaríais dispuesto a ofrecer a cambio de ayuda?

Pacheco asintió.

—He aquí un hombre práctico. Siempre se puede llegar a algún acuerdo con un hombre práctico, ilustrísima.

«Así que era esto», pensó don Rodrigo. Claro, cómo no. Siempre se trataba de lo mismo.

—¿Qué sugerís? —preguntó; no le cabía duda de que aquellos dos ya tenían preparadas sus demandas.

Lemos y Villena intercambiaron una mirada.

—¿Estáis dispuesto a negociar? —quiso saber el conde—. Si es así, tiempo habrá para concretar. Por de pronto, aguardemos la decisión real. Si aprueba la hermandad, de nada valdrá seguir hablando. Pero, si la deniega, entonces habrá llegado el momento de hablar en serio. Mañana será otro día. Decidme, ¿estáis dispuesto a negociar?

Se dio cuenta de que apretaba los puños. Malditos. Malditos fueran los dos. Pero no tenía más remedio.

Asintió.

Un poco después, tras las venias y los que descanséis bien, don Rodrigo los vio

partir hacia sus respectivas carpas. La noche se cerró a su alrededor. El campamento respiraba sosiego, pero su cabeza hervía. Sin saber por qué, se acordó de su primer secretario, Afonso Sánchez de Ávila, y deseó tenerlo a su lado. Había hecho mal en permitir que no le acompañara. Afonso podía ser un grano en el culo, pero era hábil como ninguno a la hora de negociar pactos y acuerdos. Pero se había quedado en Santiago. «En una Compostela perdida», recordó con un estremecimiento de frustración. Sus propios le habían informado de que Afonso y su hermano se habían encastillado en Rocha Forte. Algo era algo, no todo estaba perdido. Rocha Forte era una fortaleza sólida.

Su carpa estaba iluminada. Entró y llamó a su criado, enfadado porque este no se hallaba aguardando por él en la entrada, como debía. Nadie le respondió.

—Maldito gandul —masculló.

Dio una nueva voz, atravesó las telas de su cámara y se dirigió abstraído a una mesita auxiliar, donde siempre había dispuesta una jarra de vino para calmar la sed.

Y entonces comprendió por qué su criado no le respondía. Yacía en el suelo, retorcido, el rostro desencajado. Su mente registró los detalles: el vino derramado, la vasija rota, el rictus de la expresión.

Un sudor frío le brotó en las sienes y un estremecimiento de alivio le recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies. El desdichado había probado el vino destinado a él. Y eso le había salvado la vida.

Soltó un alarido.

La vida, a veces, podía ser tan sorprendente como una barragana feliz. Estevo se sentía vivo. Rediós, desde luego que se sentía vivo. Ramla, quién si no.

A menudo, cuando ella estaba distraída, se la quedaba mirando con fascinación. Su piel morena, su silueta de junco, sus dientes que brillaban como lunas de plata. Estaba convencido de que tenía alguna clase de poder sobre los espíritus, que trataba con ellos de igual a igual.

Todo había comenzado de noche. De madrugada, en realidad, cuando más frescas eran las horas y el cuerpo, pese al verano que florecía, echaba de menos algo de calor.

Un roce, una sombra, una caricia. La piel. Percibió una suavidad que inflamó sus sentidos adormecidos. Abrió los ojos, creyéndose en un sueño, y se encontró con los de Ramla muy cerca.

—Shhh...

Ramla la hechicera, Ramla la de fuego. Su mano de duende se deslizó bajo el jubón, le acarició el vientre, el pecho, mientras aquella mirada seguía taladrándole, hipnótica. A su alrededor, sueños de mendigos, susurro de respiraciones rítmicas.

—Ramla...

Estevo buscó su boca, saboreó la miel de sus labios y ella se estremeció bajo su contacto. Y entonces se liberaron también las manos del Loberno, hurgaron con

creciente frenesí bajo las ropas, encontraron los pechos, se apoderaron de ellos con ansia, los pezones pequeños y duros, la cintura un arco de suavidad. Le llenó la piel de besos y urgencias, la nariz y la frente, las orejas, el aliento denso, el olor seductor de aquel cuerpo del sur, de canela y soles desconocidos. Besó sus pechos, se deslizó por su vientre, la volteó, atrapó las nalgas firmes mientras ella se retorció de placer. De su boca salían palabras exóticas silabeadas como ensalmos en una lengua que Estevo no comprendía, ni le importaba.

Rodaron por el suelo, olvidada la presencia de los demás, a la luz tenue de las hogueras moribundas. Ella se tumbó de espaldas, desnuda, la color atezada, el talle elástico. Sus piernas le abrazaron las caderas para atraerlo hacia sí, para hundirlo en su sexo húmedo y rizado. El descubrimiento lo excitó hasta más allá de lo soportable. Las uñas de Ramla se clavaron en su espalda, se hundieron en sus nalgas, acompañaron el movimiento que se hizo rítmico. Ella siguió murmurando conjuros hasta que su aliento se convirtió en jadeos y gemidos de placer.

Estevo se abandonó. Dejó que le inundara el sudor de los cuerpos, un fulgor de risas, la suavidad de las caricias al amanecer. Se dejó llevar, no quería despertar, no fuera a ser un sueño aquel regalo repentino.

—Loberno... —El aliento de Ramla en la oreja le provocó un estremecimiento de placer.

Todo habría sido perfecto de no haber sido porque ahí, en algún recodo de la noche, vislumbró otro rostro de cabellera castaña y ojos verdes.

No solo Ramla dejaba perplejo al Loberno. El grupo crecía. Día tras día se les unían más. Algunos llevados por Ramla, que reía con una felicidad salvaje y se encogía de hombros cuando le preguntaba qué iban a hacer con ellos.

—Son tus lobos.

Otros llevados por Xocas o por cualquiera de los demás, que buscaban a sus amigos y les llevaban a la guarida como si allí fueran a encontrar el paraíso.

—¿Qué dices? ¿Estás loca?

Ramla le sonreía y su mirada encendía el aire.

Algunos se quedaban, otros terminaban con la Pascoala, según su edad y condición. El grupo se hacía más fuerte.

—Lo he soñado, Loberno. Son tus lobos.

Estevo meneaba la cabeza y la confusión crecía como un gusano en sus tripas. Percibía el respeto de los recién llegados y se sentía un fraude. ¿Qué podía ofrecerles él? Tenía la sensación de que se movía por un terreno sembrado de estacas afiladas y de que en cualquier momento daría un mal paso y arrastraría a todos al abismo. Pero allí estaban las palabras de Ramla, su voz firme y sus pechos de miel, confundiéndole el sentido y embarullándole el pensamiento.

—Piensas demasiado, Loberno.

Se pasaba los días en ascuas, tratando de comprender. Los lazos que mantenían unida la banda del Arcanxo estaban trenzados con crueldad y violencia. Nadie los

había cuestionado nunca porque con el sometimiento llegaba también la seguridad, algo para llenarse el buche, la pertenencia a un lugar. Pero desde la aprobación de la hermandad el aire de Compostela estaba lleno de palabras nuevas que hurgaban en las cabezas y despertaban ansias. El espectáculo de una ciudad en la que todos se llamaban hermanos no dejaba indiferente.

«Son tus lobos». Por eso acudían a él. Los más débiles, los que recibían palizas si no conseguían robar lo suficiente. Le entregaban su confianza como si depositaran su vida en sus manos. Estevo tragaba saliva. Él, un simple siervo. Procedía de una aldea remota, una casa en la ribera de un río. Su vida había estado llena de madrugadas con el estómago vacío, de acatamiento y humillaciones.

Y, ahora, de repente, la libertad. En cuanto cumpliera un año y un día en Santiago, dejaría de ser siervo.

La palabra se deshacía en su boca, tan deliciosa como el vino caliente y especiado en una mañana invernal. Sentía vértigo. Sentía que el destino le acariciaba las sienes.

La banda del Arcanxo se deshilachaba. Estevo se tocaba las dos cicatrices que le cruzaban las mejillas para celebrar cada derrota del mayordomo, pero era consciente de que tarde o temprano darían con ellos. Y entonces tendrían que enfrentarse al Arcanxo y a los liberales de Andresito el Fendas. ¿Cómo, maldita fuera su estampa, cómo iban a hacer eso?

—Utiliza esa cabeza que tienes. —Ramla se encogía de hombros—. Piensa, ¿qué puede hacer? ¿Qué harías tú si fueras el Arcanxo?

Eso era, precisamente, lo que más miedo le daba. Que el Arcanxo también tuviera un demonio dentro.

Bernal Eáns de Moscoso estaba agotado. Y preocupado. Sin embargo, se notaba pletórico. A medida que el verano maduraba, la hermandad de Santiago iba extendiendo su influencia. La Xunta da Irmandade se reunía cada mañana en la Quintana dos Vivos, y a ella acudían gentes del burgo y del alfoz para ver de cerca a alcaldes y cuadrilleros, como si no acabaran de creerse que aquello de la hermandad fuera verdad. La plaza rebosaba de puestos de comida, saltimbanquis, recitadores, curanderos, aguadores y toneleros que aliviaban la sed por unos cobres, clérigos, mendigos y pedigüeños, rameras y labriegos asombrados por una libertad que nunca habían imaginado. Frente al estrado se formaban largas colas de peticionarios. Unos denunciaban abusos, otros informaban de que en tal o cual villa se había reunido junta local, y los alcaldes de la hermandad, con la vara de justicia que daba fe de su cargo, y acompañados por escribanos, tomaban nota, emitían dictados, organizaban cuadrillas de *irmandiños*, recibían a los delegados de las parroquias y de las otras villas e impartían justicia. Por todas partes campaban las sobrevestes blancas con la vieira.

En los primeros días de agosto, sin embargo, algo comenzó a cambiar. Bernal se

enteró del rumor cuando oyó por casualidad a uno de sus hombres.

—¡El arzobispo! ¡Han envenenado al arzobispo!

—¿De qué hablas? —interrogó al soldado—. ¿De dónde sacas eso?

—Lo oí en una taberna, mi señor, lo dice todo el mundo —respondió el hombre. Y, tras un momento de duda, añadió—: También aseguran que el rey ha negado la hermandad.

—¡No me vengas con bobadas! —replicó Bernal.

Pero se había quedado preocupado. Unos días después se confirmaron sus peores conjeturas: el arzobispo no había muerto, mala landre le llevara al otro mundo, pero el rey sí había denegado la Santa Hermandad. Lo que dejaba a Bernal con el culo al aire.

«¡Protégenos, Señor!». «¿Qué va a ser ahora de nosotros?», escuchaba aquí y allá. Hasta los villanos se daban cuenta de que sin la aprobación real el futuro se presentaba negro para la hermandad. Y para él.

Fue entonces cuando el fraile aquel, Vasco Martíns, se dirigió a la multitud que llenaba la Quintana dos Vivos.

—¿Qué mal hacemos? —El canónigo, de pie sobre el estrado, con los brazos alzados, tenía una expresión tan serena que Bernal se quedó impresionado incluso a su pesar—. Yo os digo que esta Santa Hermandad busca una sola cosa: imponer el orden y la justicia. Cuando los que fueron designados por Dios para cuidar de su rebaño se comportan como lobos, ¿no debemos los menudos hacer cuanto esté en nuestras manos para restaurar la paz, la justicia y la seguridad en el reino? Si el rey nuestro señor es aconsejado por malhechores sin escrúpulos, ¿no es deber de sus fieles vasallos sacarlo de su error?

Bernal no estaba muy seguro de que el fraile no les hubiera clavado una puñalada en el pescuezo con aquellas palabras, pero la multitud le vitoreó como si fuera el mismísimo Redentor. Muchos cayeron de rodillas y se persignaron, convencidos de que el rey estaba en peligro y de que ellos debían defenderlo. Varios monjes comenzaron a dirigir los rezos.

Estaba a punto de arrodillarse a su vez cuando las palabras de don Pedro Álvarez Osorio, que estaba a su lado, le detuvieron.

—Sois astuto, cura —dijo.

El canónigo hizo caso omiso del conde y se volvió hacia él.

—Sois capitán general de la hermandad.

—Lo soy —asintió Bernal.

—¿Qué creéis que va a pasar?

Bernal meditó. El cielo de agosto era una pátina lechosa sobre las torres de la catedral. Intercambió una mirada con el conde, pero este ni siquiera parecía prestar atención.

—Vendrán ejércitos —dijo, preocupado—. Asediarán Compostela.

—No os precipitéis, don Bernal —intervino el Trastámara, que al parecer sí

estaba escuchando—. Vendrán, sí, pero no es tan fácil mover las voluntades. Antes, el arzobispo deberá conseguir aliados. Y estos poco podrán hacer cuando lleguen si dominamos todas las fortalezas del alfoz.

—Menos Rocha Forte —terció Xoán de Monreal, el viejo platero.

El conde meneó la cabeza.

—Tenéis razón, menos Rocha Forte. Parece que la Rocha se resiste a nuestro flamante capitán. —Le señaló y se dirigió a él con un alzamiento de cejas—: Me pregunto si sois el hombre adecuado para tal empresa.

Bernal se tragó la cólera. El Trastámara no perdía oportunidad para ningunearle. Como si no hubieran sido ellos, los Moscoso, los que le habían abierto las puertas de la ciudad. «Mala herencia me habéis dejado, padre», pensó, pues aquella alianza contra toda razón le había sido impuesta.

—¿Insinuáis algo, conde? —espetó, desabrido. Y después decidió atacar—. Quizá deberíamos preguntaros si sabéis algo de ese chapucero intento de envenenamiento...

El conde se encogió de hombros, como si aquello no tuviera la menor importancia. Los alcaldes guardaban un silencio de sepulcro.

—¿Qué os preocupa, el veneno o que haya sido una chapuza? —dijo con una sonrisa torcida. Ni siquiera se molestó en negar la acusación—. Sigamos con lo que os atañe. Si no sois capaz de tomar la fortaleza, solo tenéis que pedirnos ayuda. Mi hijo Pedro puede echaros una mano.

Bernal el Bravo detestaba las sutilezas de salón. Lo suyo era la batalla, el enfrentamiento directo. Llevaba las armas en la sangre, y aquellas palabras eran un insulto que solo se podía lavar con la espada.

En ese instante, al ver la mirada que intercambiaban padre e hijo, algo se le iluminó por dentro. Las milicias de la ciudad y sus propios hombres llevaban semanas tratando de cerrar el cerco alrededor de Rocha Forte, pero siempre sucedía algo. Pequeños accidentes, pérdidas de bastimentos, retrasos inexplicables. Al principio achacó los problemas a la ineptitud de los villanos, pero había algo más. Supuso que los hombres de armas de la fortaleza enviaban partidas nocturnas para retrasar el asedio y dispuso que se vigilara el perímetro durante la noche, pero sus hombres no habían detectado movimiento alguno. Los que patrullaban los caminos para alejar a los bandoleros también sufrían ataques inesperados. Asaltos en mitad de la noche, robos de armas, caballos que se escapaban en medio de la oscuridad. Como si supieran exactamente cuándo y dónde atacar.

Demasiados percances. Las gentes de Santiago comenzaban a murmurar, los alcaldes y cuadrilleros de la hermandad le lanzaban miradas suspicaces, como si lo culparan de tanto desastre. Ya no le aclamaban cuando lo veían pasar. Unos días atrás su escudero se había peleado con un tipejo que, en una hoguera de campamento, mascullaba que al Bravo le habían echado el mal de ojo.

Demasiados sucesos fortuitos que quizá no lo fueran. La sospecha estalló en su cerebro como el proyectil de una catapulta contra el lienzo de la muralla. Dudó,

todavía incrédulo, pero la evidencia era incontestable. «¡Sois vos! Teméis que si consigo dominar la Rocha os haga sombra. ¡Sois vos, maldita sea vuestra negra alma!».

Respiró hondo para darse tiempo de digerir aquello.

—Os lo agradezco, don Pedro, pero vuestra ayuda no será necesaria. Rocha Forte caerá en nuestras manos antes de que lleguen los ejércitos del arzobispo. Si es que llegan.

El conde asintió.

—Eso espero, Bernal. Me uní a esta hermandad porque vos lo hicisteis. Afirmasteis que contaba con el apoyo real. Pero el rey no la sanciona. Cumplid vuestra promesa o empezaré a replantearme si mi decisión fue la correcta.

Bernal, con un tremendo esfuerzo, se tragó la respuesta.

Había estado un buen rato dando vueltas por la Algara de Cima. Las calles compostelanas eran en aquella zona pasadizos de fango que raras veces veían el sol. Los balcones de madera de los pisos sobresalían de las fachadas, se convertían aquí y allá en puentes que comunicaban las casas de ambos lados y creaban túneles bajo ellos.

Aquella mañana Estevo se había despertado con una presión en las sienes, una añoranza en el pecho. Al abrir los ojos había percibido el calor de Ramla, que le rodeaba con sus brazos. En la palidez del alba su piel oscura apenas se distinguía, pero su contacto le enardecía. La acarició sin prisas, deleitándose en la elasticidad de sus músculos y en su asombrosa tersura. Ramla ronroneó, medio dormida todavía, y buscó su boca. Se besaron largamente, con la ternura de la confianza, rodeados por las respiraciones rítmicas y sosegadas de los demás. A Estevo le arrebatava el sabor de su piel, la firmeza de sus pechos. Se había apretado a su cuerpo menudo, a sus nalgas vivas y a su espalda de gata y la había penetrado con un deseo profundo, intenso, que empapó sus cuerpos de sudor y les dejó un regusto salado en la boca.

Pero después, cuando todo terminó, se dio cuenta de que todavía sentía aquella presión en las sienes. Se levantó antes de que los demás comenzaran a rebullir. Ramla lo siguió con la mirada, pero no dijo nada.

Se dirigió a la Algara de Cima. Allí, en una casa señorial de piedra, de dos plantas, vivía Mencía desde que se había casado con Arnao Calteno. De vez en cuando se acercaba hasta su calle. «Para comprobar que está bien», se repetía siempre. Ella le había cuidado en la posada, así que de alguna forma se lo debía.

En aquella ocasión, sin embargo, no había conseguido verla. Regresaba ya al refugio cuando Xocas le dio alcance.

—¡Loberno, tienes que venir! —Estaba muy alterado y jadeaba por la carrera, pero sonreía de oreja a oreja.

Aunque Estevo le preguntó de qué se trataba, el muchacho no quiso adelantarle

nada.

Le siguió hasta el arrabaldo das Hortas, una zona de cultivos y huertas más allá de las murallas, en el lado oeste de la ciudad, en la bajada hacia el río Sarela. Entraron en una caseta desvencijada. El contraste entre la luz exterior y la penumbra del interior le cegó momentáneamente.

Distinguió sombras, siluetas. Un hombre yacía recostado contra la pared de madera, rodeado por varias personas. Su rostro y su jubón estaban ensangrentados, como si le hubieran dado una paliza. Tenía el gesto desencajado; alguien le apretaba un cuchillo contra el cuello. Estevo se fijó en que el del cuchillo era el Raposo, un joven de unos veinte años, el pelo rojo y la cara repleta de forúnculos, que se les había unido días antes. Tenía la boca entreabierta, la lengua asomaba entre los labios, y la mirada fija, brillante de emoción contenida. Le golpeó la certeza de que estaba disfrutando, pero un instante después se volvió hacia él y su expresión se diluyó en una mueca de fastidio.

—Hemos cogido a este pajarito y ahora está muerto de miedo —le informó el Raposo, casi como si escupiera las palabras.

Estevo ya había reconocido al prisionero: el Viruelas. Era uno de los que le habían capturado en el arrabal de Santa Susana para llevarlo ante el Arcanxo. Pero, sobre todo, era uno de los que violaban niñas y rompían huesos a los chiquillos para que dieran lástima al limosnear. Un mal bicho.

Atropelladamente, Xocas le contó que lo habían visto salir de un prostíbulo y que lo habían seguido hasta un callejón. Los demás corearon sus explicaciones, todos hablando a la vez. Todos menos el Raposo. Permanecía con el cuchillo en el cuello del matón, con los ojos turbios y una media sonrisa despectiva en los labios.

—Vamos a darle su merecido —dijo un muchacho al que le faltaba el brazo izquierdo, amputado desde el hombro. Se movía con evidente nerviosismo, como si no pudiera creerse que hubieran cazado al Viruelas.

Estevo no respondió. Llevaba días con la sensación de que las cosas se le escapaban de las manos. Su inquietud crecía a medida que aumentaba el número de los que se les unían. ¿Adónde iba todo aquello? Lo que había comenzado como una venganza personal se estaba convirtiendo en... ¿en qué? ¿En otra banda de mendigos y robabolsas, como la del Arcanxo? Sabía que algunos de los que se les habían unido seguían hurtando talegas y morrales. ¿Quiénes eran ellos para imponer justicia?

Todo iba demasiado rápido. Deseó no estar allí, largarse, desaparecer. Volver a su aldea. Le halagaba el respeto que veía en los ojos de sus compañeros, pero también le incomodaba. No sabía cómo había llegado a aquello. Él era un siervo fugitivo, no el jefe de una banda de ladrones. No era otro Arcanxo.

Todos le miraban. Estaban orgullosos de lo que acababan de hacer y le ofrecían al prisionero como si aquella caseta fuera el altar de un sacrificio pagano. Querían que fuera él quien le cortara el pescuezo al Viruelas. Le cedían el honor.

Lo observó: la cara picada, el pelo negro y corto pegado al cráneo por el sudor,

las ropas desgarradas y ensangrentadas. Le faltaban tres dientes y tenía una barba rala y descuidada. Y estaba aterrorizado. «Te lo mereces, hideputa». Sintió el demonio en las tripas, el odio enquistado que le abrasaba la garganta. Aquel malnacido era uno de los lugartenientes del Arcanxo, un violador, un mierda. ¿Cuánto daño había hecho? Se dejó arrastrar por la rabia.

¿Por qué no? Se llevó la mano a su cuchillo en la cintura.

Estaba a punto de sacarlo cuando su mirada se cruzó con la del Raposo, que le observaba con intensa atención.

—Esperad —dijo para su propia sorpresa—. No podemos...

Le miraron incrédulos, desconcertados.

—¡Es uno de los hombres del Arcanxo!

Haciendo caso omiso de las exclamaciones de extrañeza y las protestas de los demás, observó con aparente atención al Viruelas, aunque en realidad ni siquiera le veía. Trataba de tomar una decisión. Se le acababan de venir a la cabeza unas palabras oídas días atrás.

—¿Te da miedo, Loberno? —Se oyó una risita mordaz—. Bueno, no pasa nada. Lo capturé yo, así que yo me encargo —dijo el Raposo, poniéndose en pie y acercándose a Estevo. Era más alto y más fuerte que él—. No necesito que nadie me diga lo que puedo o no puedo hacer. Tengo cuentas pendientes con esta basura. Si no tienes valor, no te preocupes, yo sí tengo. Tú no te metas y ya está.

Oyó gemidos de asombro. Vio incredulidad y temor en los rostros que le rodeaban. Temor a que los defraudara. Ya los habían defraudado demasiado.

Hasta el momento se habían enfrentado varias veces a los miembros de la cofradía de ladrones, pero siempre se habían limitado a robarles o a impedir que extorsionaran a comerciantes. Salvo la vez aquella en que Ramla...

Tiempo, necesitaba tiempo. Aclarar su mente.

Sin previo aviso, se volvió hacia el Raposo y le descargó un puñetazo en la boca del estómago. Este se dobló sobre sí mismo y cayó al suelo, boqueando.

—He dicho que esperemos.

Aquel era un lenguaje que todos entendían. Nadie osó moverse. El Raposo se retorció de dolor.

—Atadlo y amordazadlo —ordenó, haciendo una seña hacia el Viruelas.

Se apresuraron a obedecer. Le asquearon las expresiones de conformidad, de sumisión. Estaban tan acostumbrados a obedecer al más fuerte que les parecía algo natural. Cuando el Viruelas estuvo atado, se dirigió al mendigo al que le faltaba un brazo. Todos le llamaban el Manco, pero Estevo sabía que el apodo no le gustaba.

—Antón, tú te vas a quedar aquí vigilándolo. Te vas a encargar de que no se escape. ¿Lo harás? —El otro asintió, los ojos como platos—. Bien. Más tarde hablaremos. Esta noche. Hasta entonces asegúrate de que no le pase nada, ¿está claro?

El Manco volvió a asentir, orgulloso de que le encargaran una tarea de tanta

responsabilidad.

El Raposo comenzaba a recuperar el aliento. Todavía en el suelo, le dirigió una mirada asesina.

—Y ahora, todos fuera de aquí. Esta noche hablaremos.

Uno tras otro, fueron abandonando el cobertizo. Tras asegurarse de que el Viruelas estaba bien atado y amordazado, se despidió de Antón y salió de allí.

Deambuló durante horas por la orilla del río Sar, que cercaba la ciudad por el sur. No tenía demasiado claro por qué se había opuesto a enviar al Viruelas al otro barrio. Solo sabía que aquella situación se le escapaba de las manos. No quería convertirse en el mayordomo de una nueva cofradía de ladrones. No quería ser un maldito verdugo ni cargar sobre sus hombros la responsabilidad de deshacer cuantos entuertos hubiera en la ciudad.

Se sentía atrapado. Pensó en largarse de allí, en escapar a... a alguna parte. Pero no podía. Tenía que pasar un año entero en la ciudad para convertirse en un hombre libre, y ni siquiera sabía si el tiempo había empezado a contar. Tal vez no lo hiciera hasta que el burgo lo reconociera como ciudadano. Era un mendigo. No era nadie. Pero fuera de la ciudad era menos todavía. Además, estaba Mencía.

Y Ramla. Nada más pensar en Ramla, se acrecentó su preocupación. Ramla no habría dudado: le habría cortado la garganta al Viruelas sin titubear un instante. ¿O se equivocaba?

Las horas pasaban. Tenía que tomar una decisión, pero ni siquiera sabía cuáles eran las opciones. ¿Qué iba a decir esa noche a los demás? Pensó en acercarse a la caseta y obligar a Antón a dejarlo libre antes de que los otros pudieran oponerse, y pensó en hacer lo contrario: cortarle ya el cuello y acabar con aquello.

Confuso, cansado, con la cabeza a punto de estallar, regresó a la ciudad. Sus pasos aturdidos le llevaron hasta la Quintana dos Vivos. De repente se encontró ante el estrado sobre el que se realizaban las reuniones de aquella hermandad y los juicios públicos.

Los juicios. Aquellas eran las palabras que le habían acudido a la cabeza en el cobertizo. Algo que había dicho uno de los alcaldes de la hermandad, el fraile, ¿cómo se llamaba? Sí, Vasco Martíns. Algo sobre la justicia y una ley para todos.

¿Serían verdad? Le habían sonado tan nuevas, tan frescas...

Meneó la cabeza. Tal vez.

Tal vez.

—¿Cómo se te ocurre presentarte aquí?

El conde de Trastámara estaba sentado a la cabecera de una gran mesa. Dos grandes hogares, a ambos lados de la amplia sala, permanecían apagados. Era agosto y el calor abría los ventanales y empapaba los cuerpos.

Gabriel el Arcanxo no era hombre que se dejara intimidar fácilmente. Mientras el

criado de librea que le había acompañado se retiraba, paseó la mirada en derredor. La estancia estaba iluminada con candelabros de plata y cobre con forma de media luna. «El emblema del arzobispo», pensó. Lo que no era de extrañar, pues se hallaban en el palacio arzobispal. Contempló las fuentes rebosantes: cochinitos de leche rellenos, civet de corzo, codornices y, ¿eso qué era?, escabeche de conejos, parecía. Todo un banquete.

Los comensales lo miraban incrédulos a medias, alguno con la boca entreabierta y restos de comida entre los dientes: el conde y su tercera esposa, la duquesa de Vilalba doña Inés de Guzmán, sus hijos Álvaro y Pedro (faltaba Luis, el canónigo), sus hijas María y Constanza. Le hizo un guiño a esta última, una muchacha de pelo oscuro y cara rechoncha que se ruborizó y apartó la vista con una risita.

—Vos me habéis convocado, conde —dijo, y acto seguido, con una confianza que estaba muy lejos de sentir, añadió—: ¿O es que la edad os debilita la memoria?

El lujo de la sala, los destellos de las joyas de las damas, la calidad de los muebles y tapices con todos esos escudos de armas y toda esa gloria guerrera... Por las pulgas de su barba, nunca antes había entrado en un sitio así. Gabriel el Arcanxo jamás lo reconocería, pero tanto lujo le intimidaba. No, no era el lujo. Era algo distinto, algo más profundo, ese aire inconfundible del que se erguía sobre los huesos de sus antepasados.

La expresión del conde era más fría que el hielo. A una seña suya, un paje se aproximó con un aguamanil y don Pedro se lavó las manos.

—Ven, Pedro —ordenó a su hijo mientras se levantaba.

Gabriel les siguió hasta un gabinete próximo. Nada más entrar, el conde se le enfrentó.

—¡Una chapuza! ¡Una maldita chapuza! Dos criados asesinados, el rey furioso y el arzobispo clamando venganza al cielo. ¡Por tu ineptitud, el rey ha rechazado la hermandad! ¿Tienes idea de en qué situación nos deja eso?

Don Pedro daba vueltas de un lado para otro de la pequeña cámara. Su hijo Pedro se había apoyado en un escritorio y observaba la escena sin abrir la boca. Gabriel, de pie, examinaba los tapices de las paredes y descubrió el escudo nobiliario, los dos lobos pasantes de gules de los Trastámara. Se habían dado prisa en colgarlos.

Se encogió de hombros con displicencia.

—Mala suerte. ¿Quién iba a imaginar que al criado le gustaba empinar el codo?

—¿Mala suerte? ¡No juegues conmigo! ¿Tengo que recordarte ante quién estás?

Gabriel apretó las mandíbulas e hizo un esfuerzo por contener la respuesta que le llegaba a los labios. Por muy conde que fuera, le necesitaba. Y los dos lo sabían. No estaba acostumbrado a recibir rapapolvos, vinieran de donde viniesen.

Pero había mucho en juego, así que se tragó la furia. Había hecho bien acercándose al Osorio, no quería echarlo todo a perder por un pronto. Sabía de sobra que los tiempos revueltos eran los mejores para medrar. Era bueno con los cálculos, las estrategias. Y estaba convencido de que esa vez había acertado de pleno.

Los Trastámara necesitaban apoyo. ¿Qué mejor que un ejército de alborotadores que se dedicara a alterar los ánimos y sembrar el descontento contra los Moscoso, una hueste oculta preparada para asaltar la ciudad? Solo él podía brindarle al conde un apoyo así. Nadie en sus cabales rechazaría tal oferta. Lo había planeado todo meticulosamente. Quería que el Trastámara triunfara. Los favores se pagaban con favores, y a Gabriel le había llegado la hora de prosperar. De prosperar de verdad.

Llevaba diez años al frente de la cofradía de San Dimas. Diez años como mayordomo de sportilleros, mendigos, corredores, busconas, avispones, rufianes y hurtadores. Su nombre era temido en la ciudad y en el alfoz. Su estrategia era tan simple como efectiva: «No hay nada como el miedo para mantener despierta la fidelidad», solía decir. Tampoco es que hiciera falta esforzarse: más de un artesano había tenido ocasión de descubrir las consecuencias de negarse a pagar por la protección del gremio; los mismos cofrades habían aprendido rápido que un enfrentamiento por territorios o presas o un navajazo por un quítame allá esas pajas se zanjaba con los huesos de los alborotadores pudriéndose en el desolladero de la ciudad. Era la única forma de que todos le respetaran.

Y lo hacían. «Casi todos». El pensamiento le atravesó con la molestia del zumbido de una avispa. Estaba el Loberno. Un mierda que se atrevía a enfrentar su autoridad. Domedio, Xavai, el Olláparo... El hideputa estaba dejándole sin hombres. Y, lo que era mucho peor, estaba consiguiendo que le cuestionaran. Hasta entonces los mercaderes nunca se habían atrevido a chistarle, pero en las últimas semanas se habían producido varios enfrentamientos.

Eso se iba a acabar. Iba a atrapar a aquel malnacido y a darle un escarmiento tal que nadie osaría volver a cuestionar su autoridad.

Él se había hecho a sí mismo. Había unido a los cofrades y se había ganado el respeto a fuerza de sangre y voluntad. Una tarea de la que se enorgullecía, pero ya estaba harto. Él valía mucho más que toda aquella canalla. Tenía aspiraciones, y su momento había llegado.

Por eso, ante la mirada insistente del conde, decidió tragarse su orgullo y darle lo que quería.

—No volverá a suceder —masculló.

—De eso puedes estar seguro. ¡No volverá a suceder! ¡Por tu ineptitud he tenido que soportar las insinuaciones de ese mamarracho de Moscoso! Peor todavía, tú solito has convencido al rey de que deniegue la hermandad. Empiezo a preguntarme si eres el hombre adecuado para esta tarea.

Un destello de hielo en los ojos azules.

—¿Qué insinuáis? —No pudo contenerse.

—No estamos ciegos. No se trata solo de la metedura de pata con el arzobispo. Sabemos que tus hombres están siendo atacados. Estás perdiendo autoridad, Gabriel. Los Trastámara no tratamos con perdedores.

Notó cómo el aire huía de sus pulmones. Respiró profundamente y habló con

calma exagerada, eligiendo cada palabra.

—Mis hombres han estado muy ocupados haciendo vuestro trabajo sucio, don Pedro. Molestando al Bravo como si fueran malditos moscones. Yendo de aquí para allá por los caminos para incordiar a las patrullas de la Irmandade. No creo que hasta ahora tengáis queja de ese resultado. Y en cuanto a esos ataques que decís...

—Te ha salido un competidor. Quizá deberíamos hablar con ese tal Loberno en vez de contigo, parece que sabe lo que se hace.

—Ese cachorro no durará mucho —dijo despacio—. Pondré patas arriba la ciudad hasta dar con él, de eso podéis estar seguro. Levantaré cada piedra hasta dar con sus ratoncitos.

Con un gruñido de malhumor, el conde se sentó en un sillón y fijó la vista en el hogar apagado como si se hubiera olvidado de su presencia. Su hijo Pedro rompió el repentino silencio:

—No lo harás.

Gabriel frunció el ceño. ¿Qué decía aquel? ¿Es que no le llegaba con el padre, que también el hijo le venía ahora con exigencias?

—¿Qué decís? —preguntó entre dientes.

Pedro seguía apoyado en el borde de la mesa, con las manos sobre esta, a ambos lados. Le examinó tranquilamente, sin dar muestras de lo que estaba pensando.

—Que no lo harás. Eres un hombre inteligente, si no lo fueras no habrías llegado a donde has llegado. Por eso te limitarás a seguir como hasta ahora: incordiando al Moscoso hasta que no le quede ni un seguidor en la ciudad.

Gabriel lo miró como si acabara de oír hablar a un ratón.

—¿Tenéis idea de lo que me estáis pidiendo?

—No te confundas, no te pido nada: te lo ordeno.

Nadie le hablaba así, por muy hijo de conde que fuera. O era un completo majadero o tenía muchos más arrestos de lo que había supuesto.

—Tened cuidado con vuestras palabras —replicó en un tono cargado de amenaza.

Pedro le mantuvo la mirada.

—Gracias a tu hombre, el rey ha denegado la hermandad. Tarde o temprano el arzobispo conseguirá el apoyo de unos cuantos nobles que vendrán con sus ejércitos. Cuando eso suceda, necesitamos que la ciudad esté dispuesta a defenderse. Algo que no sucederá si te dedicas a asesinar mendigos y conviertes los sueños de esta Irmandade en pesadillas.

—¿Estáis diciéndome que tengo que quedarme sin hacer nada mientras atacan a mi gente?

—Estoy diciéndote que no nos conviene desatar una guerra dentro de Compostela. Lo último que nos interesa es un enfrentamiento entre mendigos. Una cosa es sabotear discretamente a Bernal fuera de las murallas, donde siempre se puede acusar a los hombres de Ávila. Pero dentro de la ciudad esta hermandad debe mantenerse viva y dispuesta a defenderse. Ahora más que nunca, gracias a tu

metedura de pata.

—Si tanto os preocupa la unidad de los *irmandiños*, aplicaos el cuento. Desacreditando a los Moscoso la dividiréis.

—Nada más lejos de la realidad. Una guerra entre mendigos crearía descontento y malestar. ¿Qué sentido tiene una hermandad si no mejora las cosas? Pero el descrédito de Bernal solo le afecta a él... y cuando las gentes se den cuenta de que no vale para nada, se volverán hacia nosotros, los únicos capaces de garantizarles su hermandad, y los recibiremos con los brazos abiertos, por supuesto.

—¿Pretendéis que permita que el Loberno siga cazando a los míos?

—¡Basta, maldita sea! —zanjó entonces el conde—. Gabriel, te quiero concentrado en lo importante. Harás como dice mi hijo, te dedicarás a sabotear a Bernal hasta que los villanos escupan al oír su nombre. Y dejarás en paz a ese Loberno. Si ataca a tus hombres, envíalos de dos en dos, o de cuatro en cuatro. O limita tus negocios a los arrabales, fuera de las murallas. Me da lo mismo, pero no respondas. ¡No quiero una guerra dentro de mi ciudad!

—Todo el mundo sabe a qué te dedicas —siguió el hijo, Pedro—, pero una cosa es saberlo y otra que te enzarces en una matanza en público. Los Trastámara siempre hacemos honor a nuestra palabra y somos generosos con nuestros amigos. Cuando tengamos el control de Compostela, obtendrás lo que te hemos prometido, Gabriel. Entonces podrás librarte de ese grano que te ha salido en el culo.

Gabriel miró al conde y a su hijo. Hacía tiempo que no se sentía tan humillado. Pero no tenía sentido enfrentarse abiertamente con aquellos dos. No por el momento, se jugaba demasiado. «Nadie trata al Arcanxo como si fuera un criado, Trastámara. Nadie. Recordadlo». Y, respecto de aquella mosquita muerta, el Loberno de marras... Bien, había muchas formas de evitar una guerra abierta. Sí, muchas.

—Como queráis —dijo en cambio.

—Es un mierda —espetó el Raposo, lanzándole una mirada venenosa—. ¿Y tú pretendes dejarlo ir como si nada? ¿Para que siga haciendo lo mismo?

Estaban en la ribera del río Sarela, en las afueras de Compostela. Ya había oscurecido, pero la noche era clara, una luna creciente llenaba el cielo. De todas formas, habían prendido una pequeña hoguera para que les diera algo de luz.

Estevo examinó el círculo de rostros iluminados por las llamas. Tras ellos, amordazado y atado a un árbol, se hallaba el Viruelas. El Raposo había buscado el enfrentamiento desde el primer momento. Llevaban ya un buen rato discutiendo. Estaba retándole, poniendo en duda su autoridad. Y lo hacía bien: llamaba a los demás por sus nombres, se ganaba sus voluntades diciéndoles lo que querían oír. Explotaba el rencor.

Echó un vistazo inquieto al camino que subía hasta la ciudad. Estaba desierto, una cinta lechosa en la noche. «¿Vais a fallarnos? —pensó, sintiendo que le corroía la

impaciencia—. ¿También vos vais a fallarnos?».

—Si le matamos, no seremos mejores que el Arcanxo —respondió, preocupado, medio ausente—. Pero no digo eso, lo que estoy...

—Si le dejamos vivir, nadie nos respetará —le interrumpió el Raposo—. Si lo matamos, los hombres del Arcanxo nos temerán. —Una ráfaga de asentimientos y sonrisas. La idea de que les temieran era seductora. Sí, el Raposo jugaba bien sus bazas—. ¡Déjalo libre! ¿Es eso lo que quieres? Pues déjalo ir. ¿Cuánto crees que tardará el Arcanxo en matarnos a todos? ¡Y será todo culpa tuya! ¿O es que solo tienes arrestos para pegar a los de tu banda?

La alusión al golpe que le había dado aquella tarde le hizo reaccionar. Estaba perdiendo apoyos. Veía las dudas, la decepción en las caras de muchos, que no entendían adónde quería ir a parar. Tenía que cortar la discusión de raíz. De una vez por todas. Echó un vistazo a Ramla, buscando su apoyo. No había abierto la boca en todo el rato.

Tenía una mirada dura, impenetrable.

—No digo que lo dejemos libre —replicó, ahogando un suspiro. Estaba pensando en qué más decir para ganar tiempo cuando distinguió una luz en el camino. Una antorcha, alguien se acercaba. Conteniendo su alegría, siguió hablando con mayor energía—: No lo vamos a dejar libre. Vamos a entregarlo a la hermandad.

Le miraron sin entender. Hubo exclamaciones de sorpresa e incredulidad. Hasta Ramla pareció salir de su hermetismo y le observó intrigada.

—Lo vamos a entregar a la Xunta da Irmandade. Ellos lo juzgarán. Es lo que hacen con los bandoleros.

El Raposo se puso en pie de un salto.

—¡Y una mierda! ¿Crees que nos harán caso? ¿A nosotros? ¡Abre los ojos! ¡Somos mendigos y ladrones! ¿Cómo puedes ser tan pánfilo? ¡Esa Xunta da Irmandade tuya nos pondrá en el cepo antes de que digamos hola, y dejará libre al Viruelas porque es un hombre del Arcanxo y nadie se atreve a tocarle!

—Si es culpable, no lo dejará libre —dijo una voz.

Estaban tan atentos que no se habían percatado de que alguien se aproximaba. La luz de la antorcha le iluminaba el rostro. Más de uno dio un respingo.

El padre Vasco Martíns observó uno a uno los rostros de los reunidos con una chispa de diversión en la cara.

—Vaya pintas tenéis... —comentó con una mueca afectuosa—. ¡Vaya grupo de benditos de Dios! ¿Es que ninguno de vosotros se ha restregado jamás la cara con un poco de jabón? —Todos cruzaron miradas de extrañeza—. Bueno, bueno, pues aquí el Loberno tiene razón. La Irmandade no os pondrá en el cepo, al menos no lo hará si abandonáis la mala costumbre de meter la mano en la faltriquera ajena. Y juzgaremos al Viruelas. Si es un criminal y se demuestra, pagará por ello. Como tiene que ser.

Estevo respiró hondo. Había acudido. Había cumplido su palabra.

Aquella tarde se había dejado llevar por un impulso. Conocía al padre Vasco

Martín, todos lo conocían en Santiago. Era uno de los alcaldes de la Irmandade y, como tal, juzgaba a los criminales, y era el que había dicho las palabras aquellas de justicia y ley. Por eso se le había ocurrido ir a visitarle al monasterio en el que vivía.

Lo que no dejaba de sorprenderle era que el fraile le había creído. Le había hecho caso. «Así que tú eres el Loberno ese...». Estevo se quedó asombrado de que alguien como él supiera de su existencia.

—¡Y una mierda! —espetó el Raposo, enfrentándose al fraile—. ¿Vais a creerle? ¿Que no nos harán nada? ¡Y una mierda! ¡Pues no dice que dejemos de meter la mano en faltriquera ajena! ¿Y entonces? ¿Nos va a dar él de comer?

Vasco Martín negó con la cabeza, en absoluto molesto.

—No, yo no lo haré.

—¡Ja! ¡Por supuesto que no...!

—Pero podréis ganáros el pan —prosiguió, muy tranquilo. Todos estaban pendientes de sus palabras, incapaces de creerse que todo un alcalde hubiera ido a verles—. Al menos, podréis hacerlo los que aceptéis convertirlos en cuadrilleros de la hermandad.

Sus palabras desataron un torbellino. ¡Cuadrilleros! Se miraron confusos, incrédulos. Los cuadrilleros eran la milicia de la Irmandade, los soldados que imponían el orden y vigilaban las calles y los caminos. Ellos, mendigos, rateros y cortabolsas, ¿cuadrilleros? La propuesta era tan insólita como si el mismísimo Papa se les hubiera aparecido para lavarles los pies.

El propio Estevo estaba completamente desconcertado. El padre no le había dicho nada de aquello, solo habían hablado de qué hacer con el Viruelas.

¿Cuadrilleros? Meneó la cabeza. ¡Cuadrilleros! Sería ciudadano del burgo. Y en unos meses dejaría de ser siervo. ¿Podría ser cierto?...

El fraile los contemplaba con una amplia sonrisa satisfecha.

El ruido de los martillos

AFONSO SÁNCHEZ de Ávila se arrebujó con la gruesa pelliza de piel. Pese a que se acercaba el mediodía, allí fuera, en lo alto de la torre del homenaje del castillo de Rocha Forte, el frío de enero era cortante. El nuevo año de 1459 había llevado vientos gélidos. El secretario arzobispal odiaba el invierno. Odiaba los días tristes y breves, la humedad interminable, la frialdad de la piedra en los huesos. «Por lo menos, hoy ha parado de llover», se dijo.

—¡Malditos perros! —ladró su hermano Álvaro, a su lado, al tiempo que señalaba con el mentón al frente.

Alrededor de la fortaleza se movía un ejército de carpinteros, soldados y peones. En la distancia parecían hormigas laboriosas. Llevaban meses cavando fosos, aserrando troncos, cortando maderas, construyendo arietes, levantando torres de asalto.

—Hoy están muy activos —observó Afonso.

Su hermano se acarició la gruesa panza, preocupado.

—En toda la semana no han podido hacer casi nada por la lluvia, querrán aprovechar que ha escampado.

Afonso contempló la escena e intentó morderse la lengua. No lo consiguió.

—Están a punto de completar el cerco... —Él no sabía de cosas de armas, pero le parecía evidente que el bloqueo estaba muy avanzado.

Álvaro soltó un rezongo.

—No me digas.

Llevaba meses tratando de dificultar la tarea de aquellas hormigas: los acosaba con flechas, encabezaba cargas de caballería, por las noches enviaba a sus soldados para que destrozaran los esfuerzos de la jornada. Sin embargo, los trabajos habían seguido progresando y ya se veían trabuquetes y catapultas en los altozanos que circundaban el castillo y en la explanada que se abría ante la puerta principal. Listos para entrar en acción.

—¿No deberías ponerles las cosas difíciles? —preguntó Afonso, extrañado. No entendía por qué ese día su hermano no ordenaba a los arqueros que hostigaran a los *irmandiños*. ¿Se habría rendido a la evidencia?

—¿Te digo yo lo que tienes que hacer? —fue la respuesta desabrida que recibió.

Álvaro estaba furioso. Era comprensible, desde luego. Le encrespaba la idea de quedarse encerrado. Con el cerco completo ya no podría salir de cabalgada con sus hombres para atacar a los *irmandiños* que patrullaban los caminos o asaltar a los

mercaderes que intentaban llegar a la ciudad. Ni abalanzarse sobre villas y aldeas para sembrar el terror entre los campesinos.

—No entiendo cómo puedes estar tan tranquilo —le espetó de súbito—. ¿Es que no te preocupa que esos perros consigan cercarnos?

Mientras su hermano se dedicaba a las cabalgadas, Afonso no se quedaba de brazos cruzados. Se empleaba en ganar voluntades para el arzobispo. También él dirigía un pequeño ejército, aunque el suyo no estaba formado por hombres de armas sino por mensajeros e informantes. Las guerras no las ganaban solo los ejércitos. Era necesario alcanzar pactos, atraerse voluntades. Por ello se dedicaba a esparcir promesas y apalabrar prebendas como si asperjara agua bendita. Negociaba con Lemos, con Mariñas, Pimentel... «Todo por un arzobispo indigno», pensó. Un arzobispo que tras volver de la corte se había refugiado en el palacio arzobispal de Padrón, en vez de quedarse allí, en Rocha Forte, al frente de sus hombres de armas. No, don Rodrigo de Luna no pensaba correr el riesgo de que le alcanzara una flecha perdida. Prefería la comodidad del palacio de Padrón, a media jornada a caballo de allí. Pero no era por el arzobispo por lo que se esforzaba tanto. Era por la Tierra de Santiago.

Su hermano esperaba su respuesta. Dudó un momento, pero comprendió que ya no tenía sentido seguir ocultándole lo que había descubierto. No se lo había dicho hasta entonces porque lo quería concentrado en la tarea de retrasar los trabajos de la hermandad, pero a esas alturas...

—Hay algo que no te he contado, Álvaro. He encontrado... —En ese momento divisó a un grupo de hombres a caballo que se acercaba a la zona del asedio y se interrumpió—. Mira allí —dijo, en cambio.

Su hermano hizo lo que le decía y dejó escapar una risa amarga.

—¡Ahí están esos mierdas!

—¿Quiénes son? —Afonso no distinguía las figuras a aquella distancia.

—Bernal Eáns de Moscoso y Pedro Osorio. Vienen a inspeccionar el asedio.

Afonso lo miró con nuevo respeto.

—¿Por eso no ordenabas atacar a los arqueros? Sabías que iban a venir.

Álvaro rio estruendosamente. Su panza se estremeció.

—Con las obras a punto de terminar, no costaba mucho imaginárselo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Dejarles inspeccionar el cerco tan tranquilos?

—Voy a intentar pescar, Afonso. Quizá la suerte lleve algún grueso mero hasta mis anzuelos...

Pedro Osorio refrenó su montura y le dio unas palmadas en el cuello mientras esperaba que Bernal Eáns de Moscoso le alcanzase.

La Xunta da Irmandade le había comisionado para inspeccionar el cerco. Aquella hermandad de Compostela no dejaba de asombrarle. En verano, cuando llegaron las

nuevas de que el rey denegaba su constitución, pareció que todo se desmoronaba, pero había sido al revés. Los alcaldes habían reaccionado dando un paso al frente. Convocaron una Xunta da Irmandade general, a la que acudieron delegados de Noia, Muros, Pontevedra, Betanzos, A Coruña y Pontedeume. Juntos, como si en verdad tuvieran potestad para ello, habían aprobado los capítulos de gobierno de la hermandad, reclutado milicias, impuesto gabelas para costear los gastos comunes... Y le habían nombrado a él capitán general de la ciudad intramuros. La maniobra había sido cosa de su padre, por supuesto, que buscaba contrarrestar la influencia de Bernal entre los villanos. De ese modo, la autoridad de Bernal había quedado limitada al exterior de la ciudad, el territorio más conflictivo, aquel en el que podía perder prestigio más rápidamente. Como capitán general extramuros, estaba al frente del asedio, pero los preparativos de este no avanzaban. De eso se encargaban los hermanos Sánchez de Ávila... y el Arcanxo.

El plan de su padre había funcionado. Bernal perdía apoyos a medida que sus hombres sufrían ataques y el cerco tardaba en cerrarse, y él lo ganaba intramuros mostrándose amigable y cercano con los villanos, atendiendo personalmente a los campesinos que llegaban del alfoz, asistiendo a las asambleas de la hermandad y organizando el aprovisionamiento de alimentos. En el fondo, aquello era una guerra de prestigios: el que ganara se llevaría el premio de la Tierra de Santiago.

Lo realmente asombroso, lo que no dejaba de admirar a Pedro, era ver que pescadores, artesanos, mercaderes y simples villanos se comportaban como... como si en verdad fueran hermanos, rediós. Ricoshombres y simples jornaleros desembolsaban los impuestos que les correspondían sin protestar, y el blanco que la hermandad utilizaba como enseña llenaba las calles, colgaba de los balcones, iluminaba los ojos. Simples aguadores vestían con orgullo las sobrevestes de la hermandad, subían a púlpitos improvisados y arengaban a los ciudadanos. Ni siquiera el invierno conseguía enfriar los ánimos.

«¡Es el tiempo de la hermandad! —gritaban por las calles—. ¡El tiempo de la hermandad!».

Y más pasmoso todavía era que hasta los mendigos y los cortabolsas se dejaban atrapar por la fiebre. El Loberno aquel que se había enfrentado al Arcanxo había formado una cuadrilla y se dedicaba a vigilar las calles. ¡Mendigos, rateros y descuideros se encargaban de que nadie cometiera delitos! Al principio habían saltado recelos, pero pronto mercaderes y artesanos comprobaron que las calles eran ahora más seguras. Incluso los escasos peregrinos que conseguían llegar podían portar sus faltriqueras a la vista sin que nadie osara molestarles. Alabado fuera Dios, era el mundo al revés.

«¡Es tiempo de hermandad!».

Pedro se preguntaba de dónde salía aquella fuerza. Siempre había dado por sentado el derecho natural de los señores a gobernar. Y seguía creyéndolo así, pero a la vista de los muchos desafueros de sus iguales y de la ilusión que se respiraba en la ciudad, comenzaba a replantearse muchas cosas.

Se fijó en un grupo de peones que cargaban con unas maderas en la explanada frente al castillo. Le echaron un vistazo indiferente, alguno se llevó la mano al sombrero y siguieron con su trabajo. Bernal, a su lado, guardaba silencio.

Examinó las obras y comprobó, con contrariedad, que estaban muy avanzadas. La explanada se hallaba repleta de catapultas y trabuquetes listos para entrar en acción, se habían cavado zanjas, los grandes escudos de madera estaban en su sitio... Distinguió en un altozano varias bombardas trabuqueras, fascinantes inventos de pólvora cuyo tiro corto permitía superar el obstáculo de las murallas y atacar el interior.

Mantuvo la mirada fija al frente, muy consciente de que Bernal le observaba de reojo. ¡Así que lo había conseguido! Sabía por sus hombres que desde hacía varias semanas los peones del Moscoso hacían guardias nocturnas para vigilar las obras. Ahora comprendía la razón por la que aquella mañana Bernal había simulado ceder a regañadientes a las demandas de la Xunta da Irmandade, que llevaba tiempo solicitando una inspección del cerco.

Se volvió hacia él. Aunque el Moscoso apretaba los labios en un intento de mantenerse impasible, saltaba a la vista que estaba a punto de soltar una carcajada. Le faltó poco para echarse a reír él mismo, tan evidente era la satisfacción de Bernal. Pensó que en realidad se lo merecía. Pedro sabía reconocer los méritos ajenos, y conseguir completar aquel cerco pese a todo era sin duda un buen trabajo. Aun así, decidió incordiarle un poco más.

—Parece que las obras han avanzado algo, pero desde aquí es difícil apreciarlo. Será mejor que nos aproximemos —dijo, al tiempo que espoleaba a su montura.

Al acercarse, se fijó en las dos figuras que se hallaban en lo alto de la torre del homenaje. A pesar de la distancia, reconoció a los hermanos Sánchez de Ávila. Los conocía desde siempre, en más de una ocasión habían sido invitados de su padre en su propia casa. Pero ahora estaban en bandos opuestos.

—He de admitir que habéis hecho un buen trabajo, Bernal —dijo tras recorrer la zona. El Moscoso alzó las cejas, sorprendido de que le felicitara—. Si lo llego a saber me habría traído un buen barril de vino para celebrarlo, tengo entendido que le habéis cogido gran aprecio.

El rostro de Bernal se endureció por la furia. Pedro, para disimular su mueca divertida, volvió otra vez la atención hacia la torre del homenaje.

Uno de los Sánchez de Ávila, le pareció que Álvaro, el más grueso, alzó la mano como en un saludo. Pedro levantó el brazo para responder, pero entonces vio que el otro lo bajaba. Demasiado rápido.

Dos hileras de arqueros aparecieron en el paseo de ronda de cada muralla y un enjambre de flechas emprendió el vuelo hacia ellos. ¡El hideputa no les estaba saludando! Oyó el grito de Bernal tras él.

—¡Corred! ¡Nos atacan, corred!

Se hizo el caos; los peones buscaban refugio bajo las plataformas de madera,

clavadas en ángulo en la tierra, que se utilizaban como protección frente a los ataques. Pero estaban demasiado lejos de donde él se encontraba.

Instintivamente, alzó el brazo para protegerse... y se dio cuenta de lo absurdo del gesto, pues no embrazaba el escudo. Las flechas comenzaron a caer a su alrededor. Oyó el repiqueteo de las puntas de metal contra las maderas y las piedras y sintió una oleada de pánico. Vio que a algunos hombres les brotaban penachos de plumas del pecho, de la cabeza, de la espalda. Todo se llenó de sangre y de alaridos.

Todavía estaba volviendo grupas para escapar cuando notó que su caballo se desplomaba. Luchó por sacar los pies de los estribos y por hurtar las piernas, para que no las aplastara el peso del animal. Salió despedido y rodó sobre sí mismo hasta que una roca lo detuvo. El topetazo fue tremendo.

Las flechas cesaron tan rápidamente como habían comenzado. Tras unos instantes, se palpó el cuerpo sin acabar de creerse que estuviera ileso. Un sudor frío le helaba la piel. Alzó la cabeza y echó un nuevo vistazo al castillo.

Los arqueros habían desaparecido. Desde lo alto de la torre, Álvaro Sánchez de Ávila le saludaba con la mano.

—Ojalá supiera lo que le pasa. Antes era un muchacho alegre como ninguno. ¡Y tan afectuoso! ¿No es así, doña Branca? ¡Oh, era adorable! Pero ahora... —Doña Guiomar dejó escapar un suspiro cargado de intención.

Mencía apretó los dientes y siguió con la mirada fija en el bastidor de su bordado. Al ver que no reaccionaba, su suegra soltó un nuevo suspiro y dejó caer los hombros como si cargara con todo el peso del mundo.

El fuego del hogar caldeaba la estancia, una confortable habitación abuhardillada en la casa de los Calteno. Los tapices florales que decoraban las paredes creaban una atmósfera de eterna primavera que contrastaba con el frío desapacible del exterior. Sin embargo, Mencía distaba mucho de hallarse a gusto.

Se sentía atrapada. Estaba harta de puntos cruzados, de cadeneta y de margarita, hastiada de los pinchazos en sus dedos y del malestar en su pecho, de las sonrisas hipócritas de doña Guiomar y de los desplantes de su ama doña Branca, una vieja perpetuamente avinagrada que aprovechaba la menor ocasión para restregarle su origen.

—Antes, al menos —siguió doña Guiomar con tono amable, casi bondadoso—, podíamos cuidarle como es debido. Los hombres, ya se sabe, necesitan nuestras atenciones. Pero, claro, ahora ya no nos corresponde a nosotras esa tarea, ¿no es así, doña Branca? Lo último que desearía es meterme donde no me llaman, por supuesto, pero...

—Quizá no nos corresponda a nosotras, pero alguien debería preocuparse más por el señorito Arnao —espetó doña Branca, alzando la vista y mirándola directamente.

Antes de que Mencía pudiera decir algo, doña Guiomar se apresuró a intervenir:

—Oh, doña Branca, no digáis eso. Mencía hace lo que puede, estoy segura. Pero hay que recordar que la pobrecita se crio prácticamente sola en una... —dudó, como si lo que iba a decir a continuación le produjera cierta repugnancia— en una *posada*, alabado sea el Señor. —Una nueva sonrisa para restar hierro a sus palabras. Mencía ya había tenido muchas ocasiones de comprobar que su suegra era una maestra consumada del fingimiento. Nunca dejaba que la sonrisa se le desvaneciese de los labios, pero sus palabras estaban cargadas de veneno—. Me imagino que en un sitio así las costumbres son mucho más... liberales, por decirlo de alguna forma, y sin una madre que le enseñara a estar en su lugar, en vez de corretear por ahí... —Doña Guiomar solía hablar de ella en tercera persona, como si no estuviera delante.

Mencía sabía de sobra que no valía la pena responderle, pero se le revolvían las tripas de tanto tragar bilis. La última obsesión de su suegra era que pasaba demasiado tiempo fuera de casa y por eso no podía atender a su hijo como debía.

Era cierto, cada vez pasaba más tiempo fuera. Durante los primeros meses de casada había tratado de hacer lo que se esperaba de una esposa, convertirse en una buena ama de su casa, pero pronto había comprobado que no le iba a resultar fácil. Doña Guiomar y doña Branca no le daban la menor oportunidad. Si se ponía a organizar la despensa o a airear la ropa, aparecían al instante y le decían que esas tareas eran propias de sirvientas, no de señoras. Si empezaba a disponer la preparación del almuerzo, las criadas asentían, pero se quedaban de brazos cruzados hasta que doña Guiomar les decía lo que debían hacer.

No se le oponían frontalmente, pero nunca le dejaban hacer otra cosa que bordar y aburrirse. La actitud de su suegra, por debajo de las cortesías, era diáfana: ella era la señora de la casa, a Mencía no le quedaba más remedio que esperar su turno.

El problema era que Mencía estaba acostumbrada a llevar la posada, a organizar y decidir, y las horas de inactividad le pesaban como losas. No tenía carácter para quedarse mirando al vacío, sin más ocupación que esperar a que su marido regresase. Y darle hijos. ¡Hijos! Apartó aquel pensamiento incómodo, no tenía ganas de enfrentarse a él en ese momento. Ese era otro de los dardos preferidos de doña Guiomar.

No, no soportaba quedarse de brazos cruzados, y menos con la de cosas que estaban pasando en la ciudad. Por eso había comenzado a echar una mano en el hospital de peregrinos de la rúa da Moeda Vella, al norte de la catedral. Todas las mañanas, en cuanto Arnao salía de casa para ir a trabajar con su padre, ella se iba al hospital. Nadie lo sabía, aparte del ama Einés, y eso porque la necesitaba para que le cubriera las espaldas; a la pobre le costaba un mundo mantener la boca cerrada.

Más de una vez había imaginado la cara que pondrían doña Guiomar y doña Branca si llegaran a enterarse de lo que hacía en realidad. Mencía les decía que iba a misa, o al mercado, o a la posada, o a cualquier parte. Se había convertido en una experta mentirosa. A su marido no le gustaba que saliera tanto de casa, si fuera por él se pasaría la vida entre aquellas paredes, bordando y esperándole. A Arnao no le

gustaban muchas cosas. ¡Si llegara a enterarse de que ayudaba en el hospital!... Soltó un bufido.

—¿Te sucede algo, querida, te encuentras bien? —preguntó doña Guiomar—. ¿Quizá estés...? —La mirada a su vientre fue suficientemente explícita.

Mencía dejó el bastidor en una mesita auxiliar con un poco más de fuerza de la necesaria. Captó la mirada preocupada del ama Einés, pero hizo caso omiso. También ella le exigía que se comportara de forma acorde a su nueva posición y le recriminaba que no parara en casa, pero al menos en su caso los reproches se debían a que se preocupaba por su bienestar.

Estaba harta. Las tardes eran siempre así: un silencio de velatorio, un desfallecer entre hilos y caras arrugadas. Su suegra seguía bordando, aunque no paraba de observarla con el rabillo del ojo. Tomó una decisión.

—Ahora que habláis de salir... —dijo con aparente desenfado—, acabo de recordar que había quedado en pasarme por el León Real para saludar a mi padre y a mi hermano. ¡No sé qué haría sin vos, doña Guiomar! —Le dedicó una dulce sonrisa y se puso en pie. Al ver la cara de escandalizado disgusto de su suegra, no consiguió reprimirse y añadió—: Puede que tarde, ya sabéis lo mucho que me necesitan allí ahora que mi padre es procurador de la hermandad y está tan atareado... —Lo que era un recordatorio muy claro de que gracias a él habían evitado los Calteno el despojo de sus bienes y la expulsión de la ciudad, como seguidores declarados del arzobispo. Se sintió mala, pero no le importó. Haciendo caso omiso de la cara de vinagre de doña Branca, se volvió hacia su ama y dijo—: No hace falta que me acompañes, Einés. Estaré bien, no te preocupes.

Necesitaba estar sola. Respirar. Vive Dios que lo necesitaba. Abandonó la estancia antes de que doña Guiomar o el ama alcanzaran a formular sus objeciones. Casi a la carrera, se puso una pelliza de piel y salió a la calle.

Le golpeó un viento helado, pero no le importó. No había quedado en pasarse por la posada. Aun así, pensó en acercarse por allí. No estaba muy lejos, solo tenía que llegar a la praza do Campo y bajar por la rúa do Preguntoiro.

Una o dos veces a la semana iba al León Real. Era cierto que su padre estaba muy atareado con sus funciones de procurador de la hermandad, y ella intentaba echarle una mano a Antón, el maestresala. Aquello le permitía fantasear con que las cosas no habían cambiado, que seguía viviendo allí, que no estaba casada...

Al pensar en su padre le vino a la cabeza Martiño. Le preocupaba su hermano. Antón le había dicho que se pasaba los días encerrado en su cuarto, con sus libros y sus oraciones. Desde la boda se mostraba esquivo con ella, cuando no declaradamente hostil. Había tratado más de una vez de acercársele, pero estaba claro que su presencia le molestaba y se mostraba arisco, incómodo. Mencía imaginaba que debía de sentirse avergonzado por su comportamiento en el banquete de bodas. Martiño era así: podía pasarse meses rumiando un mismo pensamiento, hasta que convertía algo nimio en una montaña. Debería decirle que no pasaba nada, que le

había perdonado.

Pero no ese día. La idea de ir a la posada ya no le parecía tan atractiva. No tenía ganas de encontrarse con Martiño.

Al llegar a la praza do Campo se detuvo, de repente indecisa. Aunque había parado de llover hacía horas, la humedad rezumaba por las viejas piedras. De la fuente del centro de la plaza manaba un chorro de agua que hacía poco por mitigar la frialdad de la jornada. Aquel lugar solía estar animado, pues allí se mezclaban los peregrinos que subían desde la Porta do Camiño con las gentes que acudían a los puestos del mercado de la plaza. Aquella tarde, sin embargo, había poca gente.

Si seguía recto llegaría al Preguntoiro y a la posada, pero si torcía a la derecha se toparía con el hospital de Moeda Vella. Pensó que podría acercarse al hospital a ver cómo iban las cosas. Había sido el padre Vasco Martíns el que le había sugerido que colaborase con el hospital cuando acudió a él hastiada de pasarse horas encerrada y deseando formar parte de aquello que tenía revolucionada a toda la ciudad. La hermandad. La palabra ya no se le hacía extraña después de tantos meses, pero todavía le dejaba un regusto de asombro en el paladar. ¡Hermandad!

«Así que queréis ayudar —había dicho el canónigo con una sombra de sorna en su mirada—. Oh, bien, hay mucho que hacer, desde luego que sí...». La había llevado al hospital para ponerla a prueba, convencido de que una damita tan delicada no podría enfrentarse a la miseria y de que su capricho duraría lo que un avemaría.

Y había estado a punto de tener razón. El edificio rebosaba de niños, mendigos, mujeres, ancianos, campesinos recién llegados a los que la Xunta da Irmandade alojaba allí hasta que encontraran otro lugar donde instalarse. La guerra del alfoz obligaba a muchos a refugiarse en Compostela. Llegaban con lo puesto y, en numerosos casos, heridos o desnutridos.

Al ver el estado de aquellos infelices había estado a punto de dar media vuelta, pero algo se había rebelado en su interior. Se tragó sus ascos y sus remilgos, se arremangó y se puso a limpiar úlceras y a cuidar heridas, a preparar pucheros, a lavar a los chiquillos y a echar una mano donde podía. Al principio le había costado un mundo, pero era obstinada. Aquellas gentes necesitaban ayuda. Y ella también. Se dio cuenta de que le hacía bien sentirse útil. Además, aquello le daba una excusa ante sí misma para escapar de la prisión en que se había convertido su casa.

Seguía indecisa cuando un grupo de cuadrilleros con las sobrevestes blancas de la hermandad atravesó la plaza. Mencía se fijó en ellos. Con un atisbo de decepción, comprobó que Estevo no era uno de ellos.

Qué sorpresa se había llevado al enterarse de que estaba al frente de una cuadrilla de hermanos... ¿Cuántas veces se había acordado de él, preguntándose dónde estaría, qué le habría pasado desde su desaparición en el arrabal? ¡Y resulta que era un cuadrillero *irmandiño*! En el hospital decían que se había enfrentado al Arcanxo, muchos le consideraban algo parecido a un héroe. ¡Alabado fuera el Señor! Y pensar que no hacía un año que lo había encontrado en aquel callejón... Le parecía una

eternidad. Ahora ella estaba casada y Estevo ya no era un siervo huido.

Unos días atrás se hallaba con otras mujeres en las cocinas del hospital, pelando cebollas para el potaje, abstraída en sus propios pensamientos, sin prestar demasiada atención a la cháchara general, cuando una de ellas, la mujer de un pescadero, dijo algo que la sacudió: «Pa comérselo. Sería mendigo, no te digo que no, pero está pa comérselo. Y valor no le ha de faltar, si se te enfrentó al Arcanxo. Lástima que una ya tenga sus años, que si no... Va, una sus años y él a su hembra. Ramla le dicen, una hechicera mora que no se despega de él, si hasta te es cuadrillera también, fíjate tú...».

Comprendió que hablaban de Estevo. Se le despertó una incomodidad en el pecho. Se preguntó cómo sería esa Ramla. Nunca lo había pensado, pero esa mujer tenía razón, Estevo era muy atractivo...

Llevaba un buen rato parada en medio de la plaza, con sus pensamientos errando como saltamontes atolondrados. No tenía ganas de ir ni a la posada ni al hospital. Se sentía muy sola... Necesitaba hablar con alguien de lo que le pasaba por dentro, pero no tenía con quién. Pensó en acercarse hasta la Corticela, pero entonces tendría que pasar por delante de las tablas de cambio de su suegro y de su marido. No, lo último que deseaba era ver a Arnao. Decidió entrar en la iglesia de San Bieito do Campo, que tenía a unos pocos pasos, en la misma plaza en la que se hallaba, y se dirigió hacia allí.

El interior estaba desierto. Hacía un frío intenso. Se arrebujó con la capa de piel y percibió el olor a cera vieja y humedad. Se arrodilló en un reclinatorio frente a la imagen de la Virgen, se persignó y comenzó a rezar una oración. Sin embargo, sus pensamientos seguían vagando, inquietos y confusos.

Arnao, Arnao. Cada vez que pensaba en la ilusión con la que se había casado, en lo enamorada que creyó estar... A esas alturas lo conocía mucho mejor y se daba cuenta de que la única culpable había sido ella misma. Se había casado con un ensueño de su imaginación en vez de con un hombre de carne y hueso. La idea de que seis meses atrás era tan ingenua se le hacía difícil de aceptar. Una y otra vez se repetía que la vida era así y que había que asumirla como venía. Pero eso no evitaba que la decepción la corroyera por dentro.

Tonterías. ¡Bastante peor lo tenían aquellas mujeres que se refugiaban en el hospital! Muchas lo habían perdido todo. Hasta a sus hombres y a sus hijos, asesinados por soldados de uno u otro bando.

No, Arnao no era como ella había imaginado. Deslumbraba por su apariencia y su desparpajo, pero solo pensaba en divertirse, en hacer lo que le venía en gana sin parar mientes en nada más. Se negaba a aceptar responsabilidad alguna, y cuando le forzaban a hacerlo, se volvía huraño y malhumorado. Y eso era lo que estaba sucediendo. Tras la boda, se había visto obligado a empezar a trabajar con su padre y las discusiones eran continuas. Su humor se había agriado, y era ella, Mencía, la que pagaba las consecuencias. Apenas lo veía, pero cuando lo hacía todo eran quejas y

palabras duras. Entre ellos no existía la menor complicidad.

Las cosas no iban bien ni siquiera en el lecho matrimonial. La brusquedad de la noche de bodas no había sido una excepción. Estaba demasiado habituado a pensar solo en sí mismo. Había tratado de hacérselo entender, de hablar con él, pero siempre que comenzaba a sincerarse él se lo tomaba por la tremenda, se sentía atacado y se cerraba en banda.

Y después estaban los hijos. O su ausencia. Pese a que llevaban seis meses de matrimonio, Mencía no había tenido ni una sola falta. Doña Guiomar estaba siempre dispuesta a recordarle, con falsas sonrisas y supuesta aflicción, que no estaba cumpliendo con su único deber, parir sus nietos. No era extraño que se ahogara en aquella casa.

—¡Basta! —Su voz resonó en la nave.

Había hablado en voz alta sin darse cuenta. Avergonzada, miró a un lado y a otro, por si alguien había entrado sin que ella se percatara. Por fortuna, la iglesia seguía vacía. Pero su ánimo no había cambiado: estaba harta. No iba a seguir por ese camino. Enfadada consigo misma, meneó la cabeza con furia. Ya estaba bien de quejas y reproches. Aquella era su vida, y por Dios que debía considerarse muy afortunada. Podía echar de menos su niñez en la posada, sus sueños de cría y sus fantasías, pero su vida real era esa y Arnao era su marido. Tenía que conseguir que las cosas funcionaran. Como fuera.

Arrodillada frente a la imagen de la Virgen, agachó la cabeza y, ahora sí, comenzó a musitar con fervor una oración para pedirle a la dulce María, que también había sido esposa, que la ayudara a amar a su marido.

Apenas había empezado a rezar cuando oyó gritos y pasos precipitados en el exterior. Quiso seguir rezando, pero los gritos continuaban y le venció la curiosidad. Se levantó y se acercó a la puerta de la iglesia.

Se estaba asomando cuando alguien se le echó encima. Sintió un golpetazo en el pecho y un tremendo empujón. Gritó, trató de agarrarse al marco de la puerta, pero cayó de espaldas. Su cabeza se estampó contra la base de una columna. La taladró un intenso dolor y perdió el conocimiento.

—¡Allí! —gritó Pero el Tiñas—. ¡Se ha metido en la iglesia!

Estevo se detuvo en seco y maldijo de viva voz. El ratero se había metido en la iglesia de San Bieito, lo que quería decir que se acogía a sagrado, nadie podría ponerle la mano encima hasta que saliera del recinto.

Con la carrera apenas notaba el frío. Puso los brazos en jarras.

—Ramla, ¿vas tú? —le pidió.

Ella era la que siempre se encargaba de hablar con los que se refugiaban en una iglesia. Al descubrir su piel oscura y sus ojos fieros, muchos la tomaban por una meiga y se mostraban mucho más dispuestos a entregarse, lo que les evitaba unas

cuantas noches de guardia a las puertas del templo. En verano daba más o menos lo mismo, pero en invierno era una faena. Si Ramla no conseguía convencerle, tendrían que quedarse allí, a la espera de que el hambre o el aburrimiento animaran al ratero a intentar la huida.

Ramla puso cara de exasperación, pero se dirigió hacia la iglesia y Estevo no pudo reprimir una sonrisa: a ella le encantaba aquella parte..., y más si el ratero resultaba ser un hombre del Arcanxo. Aunque en los últimos meses parecía que a estos se los hubiera tragado la tierra. La hermandad estaba empeñada en demostrar que podía imponer el orden y se mostraba muy estricta con los delitos, tanto que muchos terminaban colgando de una soga o asaeteados. Eso y el hecho de que la Xunta da Irmandade se preocupase de alimentar a todos los que llegaban a Compostela en busca de refugio explicaba que apenas se produjeran delitos.

Pero tanta tranquilidad le ponía nervioso. ¿Dónde se había metido el Arcanxo? No era de los que se dejaban intimidar tan fácilmente. Ni de los que olvidaban una venganza. Él lo sabía bien, llevaba la prueba en sus mejillas. Sin embargo, los meses pasaban, ellos recorrían abiertamente la ciudad y los hombres del Arcanxo parecían haberse evaporado. Comenzaba a pensar que los milagros sucedían. Hasta el demonio que llevaba dentro parecía haberse echado a dormir una siesta.

Observó a sus cuadrilleros. Allí estaban Xocas, Antón, Fedorento, Raposo, Marelo, Pero el Tiñas... Todos vestían las sobrevestes blancas de la Irmandade, pero eso era lo único que les identificaba como hombres de armas. Bajo las sobrevestes, las ropas eran paños del común, pellizas de cueros remendados y polainas de tela gruesa enrolladas en las piernas por toda protección. Dos o tres llevaban celada o barbote, y Xocas incluso se había agenciado, mejor no preguntar dónde, una brigantina de piel. Distaban mucho de parecer soldados, pero eran sus cuadrilleros. Así lo atestiguaba la vara de hermandad que llevaba en la mano.

Todavía le duraba el asombro, y eso que habían pasado meses. La propuesta de Vasco Martíns de que se unieran a la hermandad le había cogido de sorpresa, pero con el tiempo había comprendido la astucia del padre: de esa forma convertía un problema en parte de la solución. Se libraba de un puñado de mendigos y cortabolsas y los convertía en *irmandiños* que velaban por la seguridad de la ciudad.

Habían prestado juramento. El padre les había puesto la vara de hermandad sobre el hombro, uno por uno, y habían repetido las mismas palabras: «Juro ante los ojos de Dios y ante los aquí presentes derramar mi sangre en defensa de la Santa Irmandade, de las mujeres, los huérfanos y los oprimidos; juro obedecer a mi cuadrillero y a mis capitanes, ser como un hermano con todos, luchar con valentía, no mancharme los labios con mentiras ni faltar jamás a mi palabra».

—¡Loberno! —Ramla le hacía señas desde la entrada. Le extrañó: no había tenido tiempo de convencer al ladrón de que se entregara—. ¡Loberno, corre!

Se acercó, intrigado. La nave de la iglesia era baja y pequeña y se hallaba en penumbra. Vio que Ramla, la cabeza vuelta hacia él, lo miraba con expresión

preocupada. Estaba arrodillada al lado de una mujer que yacía tendida en el suelo. Más allá, el ratero contemplaba la escena con la cara desencajada por el miedo. Apenas había podido echarle un vistazo cuando un comerciante gritó «¡Al ladrón, al ladrón!» y este salió corriendo. Era muy joven, casi un chiquillo. Pobre diablo, no le envidiaba su suerte. Pero ¿qué había pasado allí?

Se fijó en la sangre que manchaba el suelo bajo la cabeza de la mujer. Su mirada se deslizó hacia su cara.

Se le escapó un gemido.

—¡Holgazán, eres un holgazán! ¿Es que nunca te vas a tomar en serio el trabajo?

Arnao apretó los dientes y respiró hondo para contenerse.

Alzó las manos y trató de componer una sonrisa.

—Vamos, padre, no es para tanto. Solo me he demorado un poco, me encontré con un conocido y me enredó... —Iba a explicarle que no tenía intención de retrasarse pero que hacía mucho que no veía a su amigo y que una cosa había llevado a la otra, que de todas formas había servido para algo porque Fernando era el hijo de uno de los azabacheros más reputados del burgo y le había contado que estaban buscando un socio para vender sus mercancías en la corte y... Observó la expresión de su padre. Se dio cuenta de que en realidad no estaba enfadado, pero lo que vio en su cara le dolió todavía más: estaba decepcionado. Cerró la boca.

—¡Media tarde, Arnao! Y apestas a vino. Maldita sea, siempre te pasa algo, siempre tienes una excusa. ¡Eres un inútil!

Aquella palabras le dolieron. No era justo. Él estaba esforzándose. Odiaba ser cambista, estaba claro que no se le daban bien los números y las tablas y le aburría mortalmente pasarse los días pesando monedas en la balanza, pero hacía lo que podía. Su padre nunca estaba contento, siempre había algún pero. Se le ocurrió que quizá debería haberle avisado de que iba a llegar tarde, y al punto se dijo que no: ¡no era ningún criado, maldita fuera! Era un Calteno, no tenía que estar dando explicaciones si se le antojaba tomarse un vino en una taberna con un amigo.

—¿Por qué nunca confías en mí? —exclamó, dolido.

—¡Porque no te lo mereces! ¡Diantres, Arnao, te comportas como un zascandil cualquiera!

Hizo un esfuerzo por contener la ira. Pensó otra vez en explicarle lo que había pasado, seguro que en cuanto lo supiera le felicitaría, pero en ese momento alzó la vista y se dio cuenta de que los demás cambistas no les quitaban ojo. Cuchicheaban entre sí sin dejar de observarles. Vio que algunos ponían los ojos en blanco y soltaban risitas cómplices. Aquello le sacó de sus casillas. Estaba harto. Por más que se esforzara, nunca iba a ser el hijo que su padre deseaba. Nunca iba a ser nadie en aquel gremio de estirados.

Se dio la vuelta y se alejó.

—¿Y ahora adónde vas? ¡Arnao! ¡Arnao, vuelve aquí inmediatamente!

No hizo caso. Cruzó la praza do Paraíso sintiendo que le seguían todas las miradas. Pasó al lado de la Cruz dos Farrapos y de la Fonte dos Leóns y se dirigió, sin saber bien qué hacía, hacia la rúa da Moeda Vella, perpendicular a la de los Cambeas, para quitarse de en medio cuanto antes.

Caminaba con paso vivo, furioso y dolido. ¡Maldita fuera su estampa, no era justo! ¿Es que nada le iba a salir bien? ¿Es que nadie apreciaba sus esfuerzos? Desde su boda, su vida se había ido al garete. Se pasaba las semanas sentado ante una mesa que odiaba, haciendo cálculos que se le antojaban más oscuros que el latín que hablaban los curas y soportando las continuas quejas de su padre. Y todo para llegar a casa y encontrarse con la mirada decepcionada de Mencía. ¡Si al menos supiera qué le había hecho él para que se sintiera decepcionada! ¿Dónde se había metido aquella adoración que asomaba a sus ojos antes de la boda? Ahora todo eran reproches callados y miradas de desilusión, como si él fuera responsable de... ¿de qué, por Dios? ¡Ni siquiera disfrutaban en la cama! Ella nunca le rechazaba, pero se comportaba como si fuera una tabla, un témpano de hielo.

Sentía que el mundo se le caía encima. ¿Cómo había llegado a esa situación? No hacía un año ahí estaba él, Arnao Calteno, el hijo del mayor cambista de la ciudad, adorado por la gente, idolatrado por las mujeres, disfrutando de la vida. Y ahora...

Si no se hubiera casado... La culpa la tenía Martiño, el diablo se lo llevara. Él lo había enredado con la boda. Menudo era el Martiño. Ahora lo entendía todo, pero le había costado darse cuenta.

Unos días atrás, Martiño había pasado a visitarle. Por una vez, su padre se mostró comprensivo y aceptó que fuera a dar una vuelta con su cuñado. Se habían acercado hasta la taberna del Home Salvaxe, cerca de la Porta de Mazarelos. Allí, entre vino y vino, a Arnao se le soltó la lengua y terminó contándole... ni sabía qué. Que se sentía frustrado, que no soportaba las exigencias de su padre, que no acababa de entender a Mencía... La comprensión de Martiño le reconfortó. Su amigo le daba la razón, incluso había llegado a decir que su hermana estaba demasiado acostumbrada a hacer lo que le venía en gana, que no era consciente de que era una mujer y que necesitaba que la disciplinaran.

«¡Eso es, Martiño! ¡Eso es justo lo que le pasa!», había exclamado Arnao. Aunque nada más decirlo se dio cuenta de que nunca se le ocurriría hacer algo así. No iba con él, para qué se iba a engañar. Además, con eso no se ganaría su amor. Desanimado, dejó que se le hundieran los hombros.

«No sabes cuánto te entiendo, Arnao. Mencía es testaruda y retorcida, lo sé de sobra...», había insistido Martiño. Y de repente Arnao se dio cuenta de que Martiño, a su lado en la tosca tabla que les servía de asiento, le acariciaba la cara. Sorprendido por su cariño y su cercanía, se volvió hacia él lleno de gratitud para decirle que parara, que iban a pensar que...

Martiño le miraba con arrobos, como si estuviese contemplando una imagen de la

Virgen o... a su enamorada. La comprensión le golpeó como un mazo en la frente.

—*Fodidincule!* —Lo empujó con violencia, profundamente asqueado.

Había salido de la taberna a toda prisa, con la cabeza convertida en un torbellino. ¡Por supuesto! ¡Era un *fodidincule*, un perverso! ¿Cómo podía haber tardado tanto en darse cuenta?

Nada más entrar en la rúa da Moeda Vella se detuvo en un lateral, al comienzo de la bifurcación de la rúa das Campás de San Xoán. Tenía a la vista el hospital de peregrinos del arzobispo. En la entrada jugaba un grupo de arrapiezos campesinos. La ciudad estaba repleta de aldeanos que acudían en busca de refugio desde todo el alfoz. Sus gritos alegres se le antojaron casi un ataque personal.

Apretó los dientes. ¿Qué estaba pasando con su vida? La ciudad parecía haberse vuelto del revés con aquella estupidez de la hermandad.

Incómodo, sin saber qué hacer, se adentró unos pasos por un callejón para quitarse de la vista y se dejó caer en el suelo.

Mencía oía voces a su alrededor. Abrió los ojos y vio sombras confusas. Se dio cuenta de que yacía en el suelo. Todavía aturdida, intentó levantarse. Un trallazo de dolor en la parte posterior de la cabeza la hizo desistir.

—¡Está despierta! —dijo una voz a su lado.

Hizo un esfuerzo por enfocar la visión y distinguió un rostro negro que se inclinaba sobre ella. Aquello la sumió en la perplejidad. Recordó el golpe y la caída. ¿Dónde estaba? ¿Habría muerto y estaría en el infierno?

—Estad tranquila, no os mováis —dijo la voz—. Descansad un momento antes de levantaros, os habéis dado un golpe muy fuerte.

Era una mujer. Una mujer de piel morena, no un demonio. Sintió una oleada de vergüenza por haber pensado que era un demonio. Se acordó de lo que habían dicho las mujeres del hospital y abrió mucho los ojos.

—¡Estevo! —Allí estaba, arrodillado a su lado, con expresión preocupada. Tremendamente azorada, se irguió y se sentó—. Pero ¿qué...? ¿Qué haces aquí?

—¡Cuidado, cuidado! ¿Os encontráis bien, Mencía? —Estevo no apartaba sus ojos de ella. Estaba cambiado. Llevaba la sobreveste de la hermandad, pero no era eso. Parecía... mayor, sí, eso era. Más seguro de sí mismo. Se fijó en las cicatrices que le cruzaban las mejillas y se preguntó qué le habría pasado.

Se dio cuenta de que también ella estaba observándolo fijamente. Apartó la vista y se cruzó con la expresión socarrona de la mujer. Se ruborizó.

—Sí, sí, no ha sido nada... ¿Qué ha pasado?

Estevo señaló a un muchacho que, un poco apartado, seguía con atención la escena.

—Has tenido un mal encuentro con él...

Mientras le contaba lo sucedido, Mencía sentía que el corazón le golpeaba en el

pecho. La cabeza le dolía. Se la palpó con cuidado y se manchó los dedos con sangre todavía fresca.

—Debéis poneros un emplasto para que deje de sangrar —dijo la muchacha mora. Era menuda y extraña, tenía la piel de un hermoso tono oliváceo y los ojos grandes, inmensos. La observaba con curiosidad, con intensa atención—. Os acompañaremos a vuestra casa.

Su casa. El pensamiento hizo que le asomaran lágrimas a los ojos. «Oh, estúpida, ¿cómo puedes ser tan estúpida y ponerte a llorar ahora?». No podía ir a su casa en aquellas circunstancias, sería lo mismo que darle la razón a doña Guiomar. Si Arnao se enteraba, le prohibiría salir, le obligaría a quedarse encerrada.

—No, no. —Al menear la cabeza le sobrevino otro trallazo de dolor. Se mordió los labios para contener el grito—. No, al hospital, prefiero acercarme al hospital, allí me pondrán el emplasto. Pero puedo ir sola...

—De eso nada —intervino Estevo—. Os acompañaré, no estáis en condiciones de ir sola. —Se volvió hacia la mora, como buscando su apoyo, y ambos se miraron a los ojos—. Ramla, ¿te puedes encargar tú de ese? —Hizo una seña hacia el ratero.

Ella asintió con una media sonrisa de burla... y de ternura. De pronto Mencía fue consciente de la complicidad que fluía entre ellos y sintió un doloroso vacío en el pecho.

Un estremecimiento de frío le hizo salir de su aturdimiento. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, sentado en aquel callejón, escuchando las risas y los gritos de los niños que jugaban ante el hospital y sintiéndose la persona más desgraciada del mundo.

Estaba exhausto. Tenía que reaccionar. Por mucho que se lo negara a sí mismo, en el fondo sabía que había algo más. Mencía. Quizá solo se había casado con ella porque quería hacerla suya y ella se le resistía, pero las cosas ya no eran así. No podía dejar de pensar en ella. Adoraba su figura esbelta y su cara de ángel, la forma en que se mordía el labio inferior cuando estaba concentrada en algo y su carácter decidido y valiente.

«La amo». Las palabras le resultaron extrañas, hechiceras. La amaba. Por eso le dolía tanto ver la decepción en su rostro.

Eso iba a cambiar. No sabía cómo, pero conseguiría que ella le mirara como antes, como al principio. La cuidaría mucho y volvería a conquistarla. Eso se le daba bien, era lo que mejor sabía hacer. Claro. Ahí estaba. Si la trataba como si no estuvieran casados, como si estuviera cortejándola...

Repentinamente animado, Arnao decidió volver a casa. Iba a empezar una nueva vida. Iba a hacer feliz a su esposa. Le diría cosas bonitas y la haría reír, seguro que eso le gustaba.

Se puso en pie con una nueva resolución. Se disponía a salir del callejón cuando

se percató de que alguien se aproximaba al hospital. Decidió esperar un momento, no quería que le vieran.

Algo hizo que se fijara en ellos.

—¿Mencía? —musitó, confuso, incapaz de dar crédito a sus ojos.

Mencía. Su mujer. Muy arrimada a un hombre. Por la calle, como una vulgar prostituta. Con la boca abierta, aturdido, se fijó en el individuo que la sujetaba por el brazo. Su rostro le resultó conocido. ¡Estevo! ¿Qué hacía Mencía con el mendigo aquel? ¿Qué hacía fuera de casa a esas horas y sin la dueña a su lado?

Trastornado, incapaz de reaccionar, los vio entrar en el hospital. La ira le inundó. Su esposa le engañaba. Con un mendigo. Y a la vista de todos. ¡Le ponía los cuernos a él, a Arnao Calteno! La vergüenza y la humillación estallaron en su cabeza.

Le estaba bien empleado. ¿Qué podía esperar de la hija de un posadero? Oh, había sido un imbécil, un completo imbécil, un ingenuo, un... ¡Y pensar que un momento antes se había sentido enamorado de ella! ¿Cómo podía haberse enredado con tal gentuza? Un *fodidincule* y una ramera, esos eran los Cabreiro. El dolor, como una cuchilla, le apretó la garganta. Y él que pensaba que su vida era un asco.

Acababa de convertirse en un infierno.

Vasco Martíns asentía sin dejar de observar a su visitante. Hacía mucho tiempo que tenía ganas de conocerlo, había oído decir muchas cosas de él, todas buenas. Aquel día, por fin, lo había conocido.

Y distaba mucho de decepcionarle. Muy al contrario, Xoán Branco era un bendito del Señor, un espíritu culto e iluminado y una fuente de indomable energía.

—Hay un derecho natural —decía el escribano en aquel instante, las manos gordezuelas tan vivas como ascuas, las pupilas un fulgor— que los santos padres de la Iglesia defendían. Un hombre que quiera imitar la justicia de Dios debería compartir todas sus posesiones con sus hermanos. ¿Pues no afirma san Ambrosio que la naturaleza ha producido todas las cosas para los hombres, para que sean tenidas en común, y que el Señor de los cielos ordenó que el alimento y la tierra que lo produce a todos por igual pertenezcan? ¡Pues yo afirmo que la naturaleza creó un derecho común, pero el uso y la costumbre crearon un derecho particular!

Poseía un verbo alentado por el espíritu de Dios. Tras su aspecto pacífico y bonachón ardía el fuego de los justos. Sus palabras hurgaban en las conciencias, despertaban el ansia de un mundo nuevo, sin amos ni señores. Su entusiasmo desbordaba y se vertía sobre la piel de cuantos le escuchaban.

—Dios hizo la viña, los cereales y los demás frutos en beneficio de todos, y en el principio de los tiempos se ofrecían libremente a toda ave y todo caminante. Pero las leyes humanas han socavado la ley divina y han destruido el orden comunitario. Fueron las leyes humanas las que crearon la distinción entre lo mío y lo tuyo, de modo que las cosas que por derecho pertenecen a todos ya no pueden ser disfrutadas

en común. ¡Es esta violación de la comunidad la que ha dado origen al robo y a toda clase de crímenes!

Sus palabras nacían de sus muchas lecturas, de sus profundas meditaciones. Escuchándolo, Vasco Martíns percibía la profunda fe en la justicia que alentaba su corazón. Se habían sentado a conversar frente al fuego del hogar en una de las cámaras para visitantes del monasterio de Antealtares, donde Vasco vivía.

—En cualquier caso, ¿hemos de soportar la violencia de quienes afirman haber sido designados por Dios para defender a los débiles? Si los nobles renuncian a su función, ¿hemos de contentarnos con sufrir sus abusos?

Xoán Branco tenía una visión. Y su visión era contagiosa. Llenaba los oídos de palabras y las tripas de esperanza, la cabeza de sueños y el pecho de arrojo. Al escucharlo, Vasco Martíns comprendió el verdadero poder de aquel hombre: no era solo la fuerza de sus palabras, era la fuerza de su convicción. La visión de maese Branco abarcaba el reino entero. Quería que todos los hombres y las mujeres vivieran en paz.

—Nada conseguiremos mientras nuestra hermandad no se extienda hasta la última aldea. ¡Necesitamos un ejército de palomas blancas que porten laureles en sus picos!

Vasco soltó una alegre carcajada.

—Maese Branco, estáis completamente chiflado.

El escribano se sonrojó, pero también él soltó una carcajada.

—¿Creéis que no lo sé?

Callaron un momento, felices por la mutua compañía. Después, Vasco se puso serio. Xoán Branco llevaba meses recorriendo el reino, estableciendo alianzas, tratando de atraer a otras villas y ciudades a la hermandad.

—Decidme, ¿cómo van vuestros esfuerzos? —inquirió.

El escribano, ya con los pies de vuelta en la tierra, le refirió sus gestiones y sus esperanzas. Costaba convencer a las villas, una vez que el rey había denegado aquella hermandad.

—Es pronto. Todavía podemos conseguir que el rey cambie de opinión.

Después le llegó el turno a Vasco de exponer la situación de Compostela: la tensión y la rivalidad entre los nobles, el cerco que acababa de completarse.

—Tarde o temprano el arzobispo conseguirá que el conde de Lemos u otros nobles le apoyen, y entonces enviará su ejército para reconquistar Compostela. Pero si logramos hacernos con Rocha Forte, tendrá muy difícil enfrentársenos.

—¿Qué sabéis de los juglares? —preguntó el escribano tras un momento.

Vasco Martíns contempló el fuego del hogar. Pensó en Guímaro y Goros, a los que no veía desde hacía meses. Y tardaría otros tantos en verlos, ambos estaban realizando una difícil e inestimable labor. Protegidos por la máscara de su profesión, que les permitía entrar en villas y palacios, eran los ojos y oídos de la hermandad. Incluso habían osado presentarse en la misma Padrón, donde se refugiaba el

arzobispo, para ofrecer sus servicios.

—Lo mismo que vos, maese Xoán, lo mismo que vos: andan de un lado para otro y con la cabeza repleta de pájaros.

Branco puso una mueca divertida.

—Pero qué bien cantan esos pájaros, pardiez.

Rieron.

Vasco Martín notó que le invadía una sensación ominosa. De repente adoptó un semblante grave.

—Soñamos, maese, todos soñamos. Y, mientras lo hacemos, en las forjas de nuestros enemigos resuena el ruido de los martillos.

El camino, el lodo y la sangre

LA posada había conocido tiempos mejores. Un edificio de madera de dos plantas con techo de colmo, una cuadra para las monturas de los viajeros y una pocilga; eso era todo. Pero la madera estaba reseca, la paja del techo podrida y el gorrino que hoxicaba en el albañal era más escuálido que un pollo desplumado.

—No entiendo cómo consigues enredarme siempre, Guímaro. Maldita sea, esta es la última vez que te hago caso, no volveré a subirme a un caballo. Tendremos que volver a viajar en carromato. ¡Estás avisado!

El enano se aferraba a su espalda con los músculos crispados por la tensión. Guímaro obligó a la montura a dar unos pasos y observó los edificios que tenían delante. La posada estaba flanqueada por un bosque de robles y espesos matorrales. Tras ella entrevió unas cuantas chozas de labriegos que se apiñaban alrededor de una pequeña iglesia de madera. Un perro se puso a ladrar.

—Descuida, Goros, mi espalda agradecerá librarse de tus zarpas. ¡Tienes un peculiar modo de demostrarme tu afecto, diantres! —replicó, divertido, mientras el enano se deslizaba desde la grupa hasta el suelo. Al sentirse libre, Guímaro estiró los músculos con satisfacción. Se acercaba la noche y llevaban cabalgando desde la madrugada.

—Pues te aguantas. Eres tú quien se empeña en ir a caballo a pesar de que sabes de sobra que no lo soporto —repuso Goros, ya con los pies en la tierra, estirándose a su vez.

Guímaro suspiró. Cuando su compañero se ponía pesado no había quien lo soportase.

—El caballo es más rápido, Goros —explicó por enésima vez—. Hala, no lloriquees tanto, dos días más y habremos llegado a Santiago.

—Dios mediante.

—No metas a Dios en esto, que bastante ocupado estará.

Un anciano y un muchacho salieron de la cuadra y se les acercaron. Guímaro iba a saludarles cuando el viejo se le adelantó.

—Serán cuatro maravedíes por la cama —espetó por todo saludo—. Y otros cuatro por el crío.

A Guímaro se le escapó una carcajada. Goros masculló una maldición que hizo que el viejo entrecerrara los ojos y se acercara más.

—¿No me reconocéis, viejo Tomás? —preguntó.

El hombre dudó, como si la voz le sonara de algo, y escrutó su rostro.

—¡Lo que nos faltaba, el juglar y el esgrimista! —exclamó—. ¡Pos anda que estamos pa jolgorios! Si esperáis que mi hijo os deje alojaros a cambio de unos romances, mejor haréis en seguir vuestro camino. —Arrugó el ceño, repentinamente desconfiado—. No vendréis a llenar de pájaros la cabeza de nadie, ¿no? Se dice que os habéis unido a esos gorriones chiflados de Compostela.

—Solo queremos algo para engañar el estómago y un catre para dormir —respondió Guímaro, encogiéndose de hombros.

—Suerte tendréis si conseguís un caldo de agua sucia y un poco de paja podrida. No están los tiempos pa fiestas. —Se volvió hacia su nieto—. Ea, Tomasito, atiéndelos tú. —Y, sin más, se alejó murmurando hacia la posada.

Guímaro lo siguió con la mirada, preocupado. El viejo Tomás nunca había sido un ejemplo de cortesía, pero jamás se había mostrado tan arisco. Lo peor era que no le faltaba razón. Al acercarse por el camino real habían visto que los campos que rodeaban la aldea estaban abandonados, y eso en pleno mes de agosto, cuando deberían haber rebosado de campesinos atareados con la siega. En ese momento se fijó en que dos o tres chozas de la aldea, tras la posada, parecían haber sufrido un incendio recientemente.

—¿Qué ha pasado?

Tomasito les miraba con los ojos muy abiertos. Tenía unos doce años y el cuerpo delgado, casi escuálido. Al fijarse en la dirección de su mirada, se le oscureció la expresión.

—Los soldados vinieron y se llevaron todo lo que encontraron. Pa'l arzobispo, dijeron, p'alimentar a sus hombres. Algunos mozos se les enfrentaron y eso les enfadó. Les enfadó mucho, así que te prendieron fuego a las casas, mataron a los hombres y se llevaron a las mujeres. Ahora solo hay niños y viejos. Y la hambre, pero esa no te es nueva.

—¿De dónde venían los soldados?

—Mi padre dice que de la Rocha, que te andan por toda la zona. ¿Es verdad que sois *irmandiños*?

—¿La Rocha? ¿Estás seguro? —se extrañó Guímaro. Rocha Forte llevaba medio año sometido a cerco.

—Pos qué te sé yo. Eso dice mi padre.

Aquella noticia le preocupó. Si era cierto que los hombres de armas llegaban del castillo, eso quería decir que el cerco no era completo. Que los hombres de los Sánchez de Ávila conseguían burlar la vigilancia, quizá sobornando a algunos de la hermandad.

—¿Para qué queréis una jaula vacía? —le preguntó Tomasito a Goros, que estaba desanudando de la grupa una pajarera de barrotes de madera.

—Es para palomas mensajeras. Andando, que tengo los huesos molidos y mi garganta está seca.

—Pero no hay palomas.

—Vaya, nos ha salido listo. Eso es algo que debemos agradecer a maese Guímaro, que envió la última dos días atrás. Si necesitamos enviar otro mensaje, tendremos que ir nosotros mismos volando.

El muchacho se rió. Guímaro alzó los ojos. Había días en que deseaba ahogar a su amigo.

—Como sigas rezongando, me va a estallar la cabeza. Estamos a dos días de camino, menos si apuramos el paso.

—Pues ya ves, dos días perdidos.

Tomasito movía la cabeza de uno a otro, pendiente del intercambio.

—¿Vais a Compostela? ¿Es verdad que allí ya no te hay siervos? ¿Y que los villanos se sientan con los señores en el concejo? ¿Sois enviados de la Irmandade? Mi padre dice que los *irmandiños* son unos locos, pero yo creo que te tienen que ser muy valientes, ¿verdad?

—¡Demontre, mira que haces preguntas!

—¡Yo quiero ser *irmandiño*! —dijo el muchacho, muy convencido—. Me gustaría tanto ir a Santiago..., pero mi padre me mataría. —Se le entristeció el semblante.

Goros se dirigía ya hacia la posada.

—No te preocupes, Tomasito —dijo Guímaro, revolviéndole el pelo—. Espero que cuando crezcas los *irmandiños* sigan en Santiago.

El chiquillo se revolvió y puso cara enfurruñada.

—¡Ya soy mayor! ¡Puedo ser *irmandiño*!

Guímaro lo miró con una seriedad nueva y asintió despacio, sin dejar de observarlo.

—Sí que lo eres. Y nos has hecho un buen favor al decirnos quién ha asaltado la aldea. Ojalá hubiera muchos como tú, Tomás.

El muchacho se irguió, tremendamente orgulloso.

—¿Queréis que atienda al caballo?

—Puedo hacerlo yo, pero dime dónde hay heno y agua.

Guímaro cogió las riendas del animal y lo llevó hasta la cuadra. Lo que Tomasito les había revelado le había dejado preocupado. La posibilidad de que los hombres de armas de Rocha Forte estuvieran burlando el cerco le inquietaba, pero era solo una gota entre muchas. La marea retrocedía, lo sentía en los huesos. Compostela resistía, pero en el resto de las villas las cosas eran distintas. Si en los primeros meses habían conseguido la adhesión de Muros, Noia, Betanzos, A Coruña y Pontevedra, desde que el rey rechazó sancionar la Irmandade el verano anterior las sonrisas habían mudado en recelos y excusas.

Las gentes tenían miedo. Por todo el reino de Galicia los nobles recrudescían la vigilancia sobre sus villanos para extirpar la insurrección. Bastaba una palabra fuera de lugar para terminar balanceándose al extremo de una soga.

La cuadra estaba vacía. Los rayos del sol moribundo atravesaban los agujeros de

la pared de madera y creaban lanzas de luz en las que brillaba el polvo en suspensión. Condujo el caballo hasta uno de los cubículos y le desató las cinchas.

Pese a todo, él y Goros insistían. Llevaban un año entero de aquí para allá, recorriendo villas y ciudades. Santiago necesitaba hombres, así que ellos los buscaban en las plazas, en las tabernas, en los mercados. A unos los atraían con palabras, a otros con la promesa de una soldada o de un caldo con el que llenarse el estómago. Para muchos, Compostela era el paraíso soñado, la ciudad de los hombres libres. Cuando dejaban un lugar, siempre había hombres y mujeres que, hatillo al hombro, encaminaban sus pasos hacia Santiago.

—¿Vais a actuar? —Se había olvidado de Tomasito. El muchacho cargaba una brazada de heno para el caballo.

—Me temo que no, hoy no vamos a actuar... —La expresión de decepción del chiquillo le hizo sonreír. Le revolvió el cabello y añadió—: Claro que quizá logres convencer a Goros para que te haga una demostración con los cuchillos, es un estupendo esgrimista.

Tomasito abrió unos ojos como platos.

—¿Lo hará?

—Tú pídeselo. Puede que le convenzas, puesto que también eres *irmandiño*. ¡Anda, ve, que ya lo cepillo yo!

No tuvo que repetírselo. El muchacho salió corriendo. Guímaro, tras dar de beber al caballo, se puso a cepillarlo.

«Es cuestión de resistir —pensó, abstraído—. No hay marea que no vuelva a subir».

El problema era que Rocha Forte resistía también. Bernal el Bravo llevaba meses asediando el castillo, golpeando sus muros con bolaños, arrojando animales muertos por encima de las murallas para esparcir pestes...

La última vez que habían estado en Compostela, a principios del verano, Goros y él habían ido al cerco. Hedía a mierda de caballo, a corrales de gallinas y a sudor. Taberneros, prostitutas, gaiteros, pasteleros y mercaderes habían trasladado sus negocios al camino que separaba la ciudad del castillo, más allá de la carballeira de Santa Susana. El lugar parecía un hormiguero. Desde un altozano, una gran catapulta enviaba por encima de las murallas barriles de brea ardiendo. Un grupo de *irmandiños* protegidos por gatos de madera y cuero empapados en agua se esforzaba por cegar el foso con tierra mientras otro grupo excavaba un túnel, por si fuera menester derribar los muros de la fortaleza.

Bernal Moscoso, que había instalado su cuartel general en unas grandes carpas frente a la fortaleza, urgía a los alcaldes de la hermandad a lanzar el ataque definitivo. Vasco Martíns les contó que la Xunta da Irmandade se había reunido en el estrado de la Quintana dos Vivos, pero que no se alcanzó ninguna decisión. El Bravo había estallado: «¿Qué sabéis vosotros de guerras? Llevamos meses aguardando este momento. Con la Rocha en nuestro poder, el arzobispo jamás podrá recuperar

Compostela. ¡Dejad estos negocios a los que sabemos de ellos!».

Pero la Xunta prefería esperar a que el hambre y la sed debilitaran a los defensores, convencida de que tarde o temprano cederían. Temía que un ataque precipitado se saldase con una gran mortandad entre los *irmandiños*, así que la situación se mantenía en tablas. El verano corría hacia su final y el reino entero contenía la respiración.

Guímaro temía que las reticencias de la Xunta no se debieran a los motivos que aducía sino a que el conde de Trastámara estuviera maniobrando en la oscuridad. Desde que había completado el cerco, Bernal había recuperado su popularidad entre los villanos. A los Osorio no les interesaba un Bernal triunfante, vencedor de Rocha Forte. «Tendré que hablar con el padre Martíns de esto», decidió.

Dejó el cepillo en su lugar y salió de la cuadra. Notaba el cansancio en los huesos y un agujero en las tripas. Con el estómago lleno se sentiría más optimista.

La posada era un cuartucho de madera, humo, telarañas y suelo de barro. Unos pocos parroquianos jugaban a los dados en una mesa. Goros ya estaba devorando un guiso de aspecto no demasiado apetecible en otra. Saludó al posadero, un tipo delgado y ceñudo que le dedicó una mirada de desconfianza. Se conocían desde hacía años, pero seguía mirándolos con recelo. Suspiró para sí. «Menuda diferencia con el hijo». Se obligó a intercambiar unas cuantas frases de cortesía con él y después se sentó al lado de su compañero.

—¿Le has estado calentando la cabeza a Tomasito? Me ha dicho que él también es *irmandiño*...

Guímaro sonrió.

—Es un muchacho estupendo. ¿Dónde está ahora?

—Y yo qué sé. Cuidando a los animales o cualquier otra cosa. He tenido que prometerle que después de cenar le haría una demostración con los cuchillos. Gracias por abrir la boca.

Comieron sin prisa, en silencio, dejando que los músculos se relajaran. De cuando en cuando, algún labriego entraba, les echaba una mirada recelosa y se acomodaba ante una taza de vino. A través de la puerta llegaba el cri-cri de grillos de la anochecida, algún ladrido distante.

Y, de súbito, un estruendo de caballerías.

María estaba deseando que la columna se detuviera de una vez. Tenía los pies repletos de llagas y ampollas que convertían cada paso en un suplicio, pero mantenía la boca cerrada y procuraba no quejarse. Hacía mucho tiempo que había aprendido a no quejarse. Viajaba detrás, con los buhoneros, los chiquillos, los carros de aprovisionamiento y la multitud que siempre acompañaba a un ejército en marcha.

Y las prostitutas. Al principio las había mirado con recelo: formaban un grupo escandaloso, con aquellos vestidos chillones, los corpiños que mostraban más de lo

que ocultaban y los afeites de sus caras. Caminaban siempre juntas, charlaban a voz en grito y se carcajeaban a costa de los hombres a la menor oportunidad, una burla aquí, una obscenidad allá, igual les daba que fueran soldados que curas, como si en el mundo no hubiera nada sagrado.

«¿Qué crees que esconden los frailes bajo las faldas? —le había dicho Dona, una ramera judía de la que se había hecho amiga—. ¡Y sus bolsas están más llenas que las de los soldados, que se lo gastan todo a los dados!». Tendría unos veinte años, hoyuelos, una boca en la que solo faltaban dos dientes y una cabellera castaña que era la envidia de sus compañeras. Ni recordaba el tiempo que llevaba en los caminos. De cría la había forzado un rabino de Allariz que se encaprichó de ella, con tan mala suerte que una vecina los pilló en plena faena. El rabino la denunció por prostitución, así que la azotaron y la expulsaron de la villa. Pero era bonita y regordeta, por lo que no le costaba ganarse el sustento.

Dona era simpática y, al menos, no la miraba por encima del hombro, como muchas de sus compañeras.

«¡Mira la gran dama! —decían a sus espaldas, aun a sabiendas de que ella las oía—. ¡Se cree muy especial porque caliente la cama de un escudero!».

María se tragaba la rabia porque se daba cuenta de que en el fondo la envidiaban. ¡Si ellas supieran! Paio de Baz el Tuerto era un tipo brutal. Escudero, sí, pero brutal. La golpeaba, la follaba como si fuera un saco de huesos cuando le venía en gana y después la echaba de su cama y la enviaba a dormir en el suelo, con los perros. María había aprendido a mantenerse callada y a pasar inadvertida, a prepararle la comida y servirle como si solo fuera una sombra.

Al menos seguía viva. No como el Xosé, su marido. O como su hijito. A veces le parecía que nunca había estado casada, que toda su vida había sido un sueño hasta que se topó con el Tuerto.

Pero sabía que no era verdad. Había pecado. Había matado a su marido. Sin querer, pero lo había matado. Y, en castigo, el Señor se había llevado a su hijito y la había condenado a soportar al asesino de su criatura. No pasaba un día sin que le asaltara la imagen de su bebé golpeado contra el carro de los titiriteros por Paio el Tuerto.

De su niño muerto en el barro del camino.

Ella tenía la culpa. Había pecado contra Dios y tenía que pagar por ello. En lo más profundo de la noche se despertaba con la imagen del infierno en sus pupilas. Le aterrorizaba la idea del fuego eterno, del castigo por su pecado. El escudero se enfurecía con ella, la insultaba porque no se quedaba preñada y amenazaba con entregarla a sus hombres para que se la follaran. El Tuerto no tenía hijos. No tenía herederos que llevaran su nombre cuando se pudriera en el infierno, y la idea de que su linaje muriera con él le quemaba como un hierro al rojo. «¿Por qué te crees que te aguantó? ¡Has parido hijos antes, zorra! Como me entere de que tomas hierbas para no quedarte preñada, te arranco la piel a tiras».

Lo que no sabía el Tuerto era que ese mes María no había sangrado. Y la idea de estar preñada despertaba en su vientre una quemazón angustiosa. La idea de tener otro hijo en sus brazos, aunque fuera del escudero, era tan dulce que sabía que no podía ser real. No, el Señor no la perdonaría; había matado a su marido y ni siquiera se había atrevido a confesarse. Pero ¿y si el niño conseguía aferrarse a su vientre y salía adelante?

—¡Eh, parece que por fin nos detenemos!

Dona señalaba al frente, a la cabeza de la columna. Los hombres de armas se arremolinaban en torno a una posada y los carromatos de pertrechos comenzaban a agruparse en un campo cercano.

—Hora de ganarse el pan. —Su amiga le guiñó el ojo con una mueca—. ¡Tú sí que tienes suerte con tu escuderito!

Don Pedro Álvarez Osorio, conde de Lemos, desmontó y esperó a que sus escuderos le despojasen de la cota de mallas y las botas altas con espuelas. Llevaba todo el día a lomos de caballo y tenía los músculos agarrotados. Se estiró con placer, sintiendo que le crujían todos los huesos.

—Os estáis haciendo viejo, padre —se burló Alonso con malicia.

Su hijo había cumplido ya diecisiete años. Se fijó en sus labios finos, la nariz desmesurada y las facciones alargadas; parecía que nada más nacer le hubieran metido la cabeza en una prensa. Sus ojos se apretaban contra ambos lados de la nariz, tan cerca uno del otro que sus cejas se unían en una sola. No era agraciado, ni falta que le hacía. Tenía carácter y sabía imponer su voluntad, que era lo que se esperaba de un conde. Aunque también era impetuoso. «Demasiado impetuoso», se dijo. Poco dado a la reflexión. Y don Pedro sabía bien lo necesario que era calcular cada movimiento para aplastar al adversario, para saber cuál era el momento justo para lanzar el ataque.

Echó un vistazo en derredor. Sus caballeros de acostamiento estaban quitándose los hierros y los criados comenzaban a montar las carpas del campamento. Se fijó en un muchacho de unos diez o doce años, probablemente el hijo del posadero, que le observaba con intensa atención. Se disponía a espantarlo cuando el posadero salió de su covacha y se deshizo en zalemas ante él.

—Menos cháchara y tráeme una jarra de vino, posadero —cortó.

Tenía ganas de llegar a Santiago. Tenía ganas de ver la cara del conde de Trastámara cuando descubriera el ejército que le acompañaba. Si jugaba bien sus cartas, aquella era su oportunidad de reunificar las tierras de los Trastámara y las suyas propias en un solo condado. «Este es nuestro momento», pensó.

La noche estaba ya avanzada. Los fuegos de campamento rompían la oscuridad

de los campos, un rumor de canciones ebrias, risas y chasquidos de ramas. Habían levantado varios pabellones para los caballeros, pero el grueso de los hombres dormía al raso, bajo las estrellas del verano.

Un búho ululó y Goros dio un respingo. Guímaro sonrió, pero no dijo nada. Su compañero veía espíritus por todas partes.

—Unos tres centenares, quizá más, entre hombres de armas y peones. Y el propio conde de Lemos al frente.

Desde donde estaban, en la linde de la fronda, podían observar el campamento.

—Esto solo puede significar una cosa —respondió Goros. Habían salido a toda prisa de la posada nada más oír el ruido de caballerías. Afortunadamente, un ejército como aquel no pasaba desapercibido—. Te dije que deberíamos habernos guardado una paloma.

Aunque Guímaro suspiró, sabía que el enano tenía razón. Tenían que informar a la Xunta cuanto antes. Durante meses habían oído rumores de que el arzobispo estaba negociando el apoyo de los nobles, tratando de reunir un ejército para tomar Compostela. Que el conde de Lemos se dirigiera hacia el oeste solo podía significar que había llegado a un acuerdo con Luna.

—Son lentos. Una columna así tardará tres o cuatro días en alcanzar Santiago. Olvídate de descansar esta noche, Goros. Míralo por el lado bueno; a este ritmo, puede que incluso aprendas a cabalgar...

—Eso será si conseguimos recuperar esa maldita bestia. —Con las prisas, habían dejado zurrónes y montura en el establo.

El chasquido de una rama les hizo callar. Un soldado se aproximaba en la oscuridad. Contuvieron el aliento hasta que oyeron el revelador sonido de un chorro de orina.

—Aguarda aquí —susurró Guímaro cuando el hombre de armas se hubo ido—. Iré a por el caballo.

María no sabía qué hacer. Llevaba un buen rato en el patio de la posada, medio amodorrada por el canto de los grillos y la suave brisa de la noche de verano. Hasta ella llegaban amortiguadas las voces ebrias de los caballeros en el interior del edificio de madera, el resplandor de las antorchas, el rumor del campamento.

Escuchó los jadeos fingidos de una prostituta tras la pocilga. No era Dona, esta tenía la voz más grave, quemada por el aguardiente. Euloxia, probablemente. Una mujeruca gorda como un cochino cebado y de permanente mal humor. Escuchó las risas beodas de los hombres, las canciones obscenas. Le asaltó el pujo de una lágrima traicionera. Pensó en acercarse a una hoguera, pero Dona estaría ocupada y ninguno de los hombres le haría el menor caso. Nadie tonteaba con la barragana del Tuerto. Jugó con la idea de irse a dormir, pero sabía que no lo haría pese a que el cansancio atenazaba sus músculos. El Tuerto seguía con su señor. Bebiendo, fanfarroneando. De

cuando en cuando distinguía su vozarrón en el interior. Y el Tuerto siempre quería que estuviese cerca de noche, por si le entraba una urgencia.

Esas eran las peores horas. Se sentía tan sola... De un momento a otro el escudero saldría y querría follarla. El Tuerto no era hombre paciente ni se andaba con remilgos.

Suspiró. En el cielo brillaba una luna plena. Una cinta lechosa atravesaba el firmamento de este a oeste, un gigantesco camino de luz. Se preguntó qué seres viajarían por aquella senda celestial. ¿Irían los ángeles de un lado a otro, a visitar a sus parientes o a conocer los rincones del cielo? Quizá, si se fijaba mucho, vería a su bebé volando, como los querubines de las iglesias con sus hermosas alitas.

Un resplandor, el rastro de una estrella fugaz. Decían que eran almas benditas que corrían por el cielo, o quizá ánimas extraviadas. Se persignó y deseó con todas sus fuerzas volver a estar en su casa de Moreda, con su marido y su bebé. Se llamó tonta: ninguna estrella le otorgaría ese deseo. «Que sea niño. Que la criatura de mi vientre sea niño». Si tenía un varón, quizá el Tuerto dejaría de tratarla como a un perro. Quizá incluso se casara con ella y no volviera a pegarle. Sacudió la cabeza, enfadada por su propia necedad, y formuló para sí el tercer deseo: «Que hoy no me golpee, *estrelaña*, que hoy sea bueno conmigo».

No, ella no se merecía que le concedieran ningún deseo. El Tuerto se lo repetía una y otra vez: «¡No vales para nada, estúpida! ¡No sé por qué te soporto!». Volvió a persignarse y, con voz queda, repitió tres veces: «Dios te guíe bien guiada, que en el cielo has nacido».

Un movimiento cerca de los establos. «Un soldado borracho», pensó. Llevada por el hastío y la curiosidad, se levantó y se acercó con precaución. Eran pasos subrepticios. «¿Será un ladrón?». Las monturas de los señores estaban en el establo. Si alguien se atrevía a robar con ella cerca, el escudero le echaría la culpa.

Una lechuza ululó en la linde del bosque.

En el interior del establo, la luz de la luna trenzaba hilos de plata a través del techo de paja. Se agazapó en el quicio, trató de contener la respiración y aguardó a que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. El intruso se movía con mucho cuidado, con pasos medidos y seguros. Distinguió una cabellera cana, un perfil.

Algo se removi6 en su vientre. La bruma de un recuerdo. Dio un paso y penetró en el establo. Avena y polvo, paja fresca, la respiración nerviosa de alguna bestia. El hedor de los excrementos. El palpitar alocado de su corazón. Con la espalda contra la pared, indiferente a las telarañas que se aferraban a su pelo, se acercó al sujeto.

Maese Guímaro dio un respingo y maldijo para sus adentros. En la entrada del establo acababa de aparecer una figura.

—¡Virgen santísima! —murmuró una voz de mujer.

—No os alarméis, os lo ruego, no soy un ladrón, solo quiero coger mi caballo...
—explicó con voz suave, tratando de tranquilizar a la mujer. Si daba un grito, estaría

perdido—. Solo quiero recuperar mi caballo...

La recién llegada no se movía. Permanecía inmóvil en el quicio de la puerta, mirándolo atentamente. La mayor claridad del exterior envolvía en la oscuridad sus rasgos.

—¡Sois el juglar! —la oyó decir con el asombro plasmado en la voz—. ¡Sois el juglar! ¿Qué hacéis aquí?

—¿Os conozco? —preguntó Guímaro, mascullando una maldición para sí. Llevaban demasiado tiempo recorriendo los caminos. Aunque consiguiera escapar, aquella mujer podía denunciarle.

Un caballo relinchó, inquieto por las voces.

—Yo... —la oyó dudar—. Soy María... ¿No me recordáis? Los hombres del Tuerto nos asaltaron, mataron a mi hijo.

El recuerdo acudió como una lanza. Se acercó a ella en las tinieblas, turbado. La mujer no apartaba los ojos de él.

—¡Vos! —La reconoció al fin—. ¿Qué hacéis aquí?

—Yo... El escudero, el Tuerto...

De repente, como si se hubiera abierto una espita, las palabras comenzaron a brotar de la mujer, un río de susurros y angustias, y era de nuevo el camino, el lodo, la sangre, el filo de espadas, la brutalidad.

Guímaro, abrumado por los duros recuerdos de aquel día, la rodeó con sus brazos e intentó que se calmara. Poco a poco las palabras se transformaron en un gímoteo deshilachado.

—Nos liberó un muchacho en el camino, pero vos estabais... —La recordaba claramente, su figura vencida en el carro, la mirada alucinada, todavía bajo el impacto de la violación y el asesinato de su hijo.

María apartó la cabeza y buscó sus ojos en la penumbra.

—¿Un muchacho?

—Un siervo. Un tal Estevo.

La mujer se llevó la mano a la boca. Su pecho subía y bajaba muy agitado.

—¡Estevo!

Paio de Baz tenía la vejiga a punto de reventar.

—¡Por las pulgas de mi barba, padre, ese maldito molinero pretendía hurtarnos dos sacos de trigo candeal! —Don Alonso Osorio tenía una voz estridente y espumilla en los labios. Para enfatizar su relato, se inclinaba hacia el conde, que seguía su discurso con el ceño fruncido—. El muy patán creyó que podía burlarnos, así que ordené al Tuerto que pusiera el molino patas arriba. ¿Y a que no sabéis qué encontramos? ¡Un maldito agujero bajo las tablas del suelo! ¿Cómo se puede ser tan necio? Estos villanos no tienen imaginación, y encima no paraba de repetir que lo había excavado para proteger el trigo de los ladrones y que no pretendía

ocultárnoslo...

Una carcajada general interrumpió el relato. Paio prestaba atención solo a medias. No se atrevía a abandonar la sala de la posada antes de que su señor terminara de contar su anécdota.

—¿Y qué hicisteis? —preguntó el conde tras beber un trago de vino.

Paio se fijó en su ceño fruncido y se dio cuenta de que no le estaba haciendo gracia el cuento.

—Darle una lección, ¿qué si no? —Alonso le buscó con la mirada—. ¿A que sí, Tuerto? ¡Os aseguro que se le han quitado las ganas de engañar a su señor!

El ceño del conde se ahondó, pero Alonso estaba demasiado hinchado de palabras. Relató cómo habían pasado a cuchillo a la mujer y a los hijos del desdichado.

—Primero permitimos que el pobre diablo disfrutara del espectáculo, a él lo dejamos para el final. Y después lo metimos en el maldito agujero, cerramos la trampilla y prendimos fuego a la aceña. ¡Buen pan debió de salir de aquel horno, el rústico gritaba como un cerdo ante el matarife!

—Así que quemaste el molino y mataste al molinero —interrumpió el conde con tono seco—. ¿Y quién se supone que aprendió la lección, si todos están muertos? —Sus palabras segaron las carcajadas como una guadaña—. Dime, hijo, ¿y ahora dónde vas a moler el grano?

La vejiga iba a reventarle y no necesitaba mucho sentido común para darse cuenta de que aquel era el mejor momento para vaciarla. Tratando de pasar desapercibido, se levantó con dificultad y salió al exterior.

La brisa nocturna era suave como la caricia de una virgen. Uf. Menudo era el conde, así se lo llevaran mil demonios. ¿Pues qué quería? ¿Que dejaran que el maldito molinero se saliera con la suya?

Trastabillando por el alcohol, se sacó el miembro y se acercó a la pared del establo. Daba igual el conde. Él era hombre de Alonso y este sería conde algún día. Entonces sería armado caballero, vaya si lo sería.

—Aaah. —El alivio de la vejiga, la mano en la pared. Una niebla lechosa en los márgenes de la visión, como danza de ánimas errantes. Se soltó el miembro y se persignó, no fuera el diablo—. ¡Mierda! —Se había mojado las botas.

Un murmullo de voces. «¡Las ánimas!». Su pecho comenzó a palpar con fuerza. «San Jorge bendito...». Entonces reconoció la voz de María y se dio a todos los diablos, avergonzado de haber pensado otra cosa. Se subió las calzas y echó mano del puñal. La María con un hombre. «¡Mala zorra! Vas a aprender de una vez por todas quién es el Tuerto».

Una lechuza ululó en la linde del bosque.

«*Demo Negro!*». Maese Goros no conseguía quedarse quieto. Desde su escondrijo

en la espesura había visto a aquella mujer dirigirse al establo. Había imitado el canto de la lechuza, pero maese Guímaro estaba más sordo que una mula vieja. Con el corazón en un puño, dejó pasar los minutos mientras se retorció las manos. Y entonces el gigantón aquel. Lo había reconocido al instante: el mismo matón de ceja espesa que les había asaltado en el camino hacía más de un año. El fulano era de los que no se olvidan fácilmente.

Cuando lo vio entrar con la daga en la mano, comprendió que estaban en problemas. Volvió a ulular como una lechuza para advertir a maese Guímaro, pero ya era tarde. «Malditos sean mis muertos». Se estaba haciendo viejo para aquello. Entonces escuchó el grito de la mujer.

Echó a correr con sus cuchillos prestos.

Guímaro no lo vio venir. Trataba de consolar a María rodeándola con sus brazos cuando una mole se les arrojó encima entre reniegos y juramentos. Apenas tuvo tiempo de volverse cuando una tremenda morrada en la cara lo levantó en el aire y lo lanzó contra la pared del establo. Aturdido, jadeando, intentó levantarse, pero un puñetazo en el estómago hizo que se doblara en dos. La mujer gritaba, los caballos relinchaban, el mundo entero se había llenado de alaridos.

—¡Zorra piojosa! ¡Así me pagas lo que hago por ti, ramera!

—¡No, no, el ni...! —Un golpe en el vientre cortó la respiración de María. Cayó al suelo y se llevó los brazos al estómago. Su hijito. Su hijito. El Tuerto, fuera de sí, comenzó a patearla—. ¡Mi hijo! —gritó, encogida sobre sí misma.

El bigardo se quedó paralizado.

—¿Qué has dicho?

—¡Estoy preñada!

Guímaro, todavía aturdido por el golpe, vio el estupor en su cara. Y, de nuevo, la ira.

—¡Mentirosa, te voy a...!

—¡Déjala, animal! —se interpuso Guímaro.

—Quién te... —Un rayo de luna le iluminó el rostro—. ¡Tú! ¡Pedazo de mierda parido por una zorra! ¡Tú eres el titiritero!

Un silbido atravesó el aire. Un puñal pasó a un dedo de las narices del Tuerto y de Guímaro y fue a clavarse en la pared de madera.

—Déjalo.

Los tres se volvieron hacia la puerta.

—¡Y el jodido endriago!

—Vas a dejarnos marchar. —Goros ya tenía otro puñal en la mano.

—Y a María también —jadeó Guímaro al tiempo que daba las gracias a todos los santos por la oportuna aparición de su compañero. Cogió a la mujer del brazo y la alejó del escudero.

Al dar unos pasos para no entorpecer la línea de tiro del enano, percibió un movimiento repentino en la penumbra. Vio unos ojos desorbitados, un cuerpo escuálido. Reconoció con sorpresa a Tomasito. «¿Qué diantres hace aquí?», se preguntó. Estaba acurrucado en una esquina, sobre un montón de paja; una manta raída le tapaba medio cuerpo. Comprendió que el chiquillo dormía allí cuando la posada estaba llena. Le hizo un gesto discreto de silencio y se volvió hacia el Tuerto.

Paio de Baz no apartaba su único ojo del cuchillo del enano. Ambos se escrutaban, retándose a hacer algún movimiento.

Se oyeron pasos, voces de alarma. El alboroto había alertado a los hombres del conde.

Goros masculló una maldición.

La hora de las armas

EL padre Vasco Martíns sudaba bajo la camisa de lana y la cogulla negra de su orden. Se había bajado la capucha, pero el calor de media tarde apretaba. Se hallaba sentado al aire libre, con los demás alcaldes, diputados y cuadrilleros de la hermandad a su lado y una multitud rodeándolos.

Observó con inquietud el espectáculo que tenía delante. Su miopía le impedía apreciar los detalles, pero un rato antes le había pedido a un muchacho que le describiera el estado de Rocha Forte. El castillo estaba herido tras meses de asedio. Los impactos de los bolaños y las bombardas habían agrietado algunos lienzos y abierto boquetes aquí y allá, y los matacanes de la puerta principal y los tejados de las torres esquineras habían ardido. Los barriles de brea habían prendido fuego en el interior y hasta él podía ver las columnas de humo negro que se elevaban hacia el cielo matutino. Sin embargo, era una construcción sólida y todavía se mantenía en buen estado.

La multitud, de espaldas al castillo, prestaba atención a lo que se decía en la asamblea. En el centro del semicírculo que formaban los representantes de la Xunta se sentaban el conde de Trastámara y el señor de Altamira.

Bernal había jugado bien sus cartas. Sus hombres llevaban días encrespando los ánimos de las gentes para que exigieran la toma de la Rocha. Finalmente, el Bravo había convocado a la Xunta da Irmandade ante el castillo. La ciudad entera estaba allí.

La mayoría quería atacar. Querían arrasar aquellos muros y acabar de una vez por todas con el símbolo de la opresión arzobispal. Los únicos que se oponían abiertamente eran el conde de Trastámara y sus partidarios. Don Pedro tenía el ceño fruncido y expresión malhumorada.

Vasco masculló para sí una maldición, y al punto se arrepintió y pidió perdón al Señor. Pero es que no podía comprender tanta ceguera. Estaba harto de aquella riña de halcones entre los Moscoso y los Trastámara. El conde se negaba a dar el brazo a torcer porque temía que si Bernal conseguía su propósito, si tomaba la fortaleza, la popularidad de los Moscoso crecería como la leche que hierve. «¡Abrid los ojos, pardiez!», quería gritarle mientras la preocupación le corroía por dentro. Si no tomaban Rocha Forte antes de que el arzobispo reuniera su ejército, estarían perdidos. Se verían obligados a replegarse a Santiago, donde serían como gorriones en una jaula.

—Hace dos meses ya que el cerco está completo. ¿Debemos seguir aguardando?

—clamó Bernal en ese momento.

Don Pedro meneó la cabeza con una media sonrisa en el rostro, como si solo él comprendiera lo obvio.

—No se vence a una colmena de la misma forma que a un oso. —Sus palabras levantaron sonrisas.

El Trastámara era astuto. Recordaba, en clara alusión a la figura maciza de Bernal, que la fuerza bruta no siempre era suficiente, que la astucia tenía el filo más agudo. En ese momento el conde se levantó y se dirigió a la multitud, que guardó silencio. Explicó lo que Vasco ya le había oído decir muchas veces: él era partidario de vencer la resistencia por el hambre y la sed; el verano estaba siendo seco y pronto el hambre haría mella en los defensores. Sus palabras eran juiciosas. Su aspecto de hombre de guerra y su serenidad encandilaban al gentío.

—Contemplad la fortaleza. ¡Es demasiado sólida! Si atacamos ahora, se cobrará un costoso tributo en vidas.

Muchos asintieron embobados, pero Vasco meneó la cabeza, desesperado. ¿Es que el conde no se daba cuenta de que hacían equilibrios sobre una delgada cuerda? ¿Para eso se habían esforzado tanto, para eso habían sufrido y soñado tanto? Tenía que intervenir. Tenía que hacer algo, lo que fuera. Rocha Forte debía ser *irmandiña*.

Alguien le llamó en voz baja. Se volvió y descubrió muy cerca al Loberno. A su lado, un chiquillo de unos diez o doce años lo miraba con ojos asombrados.

—Ahora no, Estevo —dijo con malhumor.

—Padre, disculpad, pero creo que debéis escuchar lo que tiene que decirnos.

Examinó al rapaz, escuálido como una comadreja en invierno. Parecía extenuado. Suspiró.

—¿Qué sucede? ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Tomasito, señor cura —jadeó, la cabeza gacha como si estuviera ante el mismísimo arzobispo—. Tomasito, pa servirle a usted.

La noticia de que el conde de Lemos se aproximaba al frente de un ejército cayó como un barril de brea ardiendo sobre un montón de paja reseca. Bernal dejó que el fuego se extendiera. Escuchó las discusiones, los murmullos. Paseó la mirada en derredor. Los cuadrilleros y los diputados discutían, las gentes tenían la preocupación pintada en los rostros.

—Berto, jamelgo, tráeme una copa de vino, ¡presto! —Dio un manotazo en la cabeza a su criado, que soltó un rezongo y le dedicó una mirada asesina. Bernal, habituado a su mal humor, no le hizo caso.

Estaba seguro ya de que había conseguido su propósito. Sin embargo, distaba mucho de sentirse triunfante.

Tras vaciar la copa, se levantó y se acercó al extremo del estrado. Alzó la mano. Poco a poco los presentes fueron guardando silencio.

Se volvió hacia el Trastámara y, con voz mesurada, engañosamente tranquila, dijo:

—¿Y ahora, conde? ¿Seguiréis resistiéndoos a lanzar el ataque?

Don Pedro observó la fortaleza y después escrutó a la multitud, que aguardaba sus palabras en súbito silencio.

Bernal le dio la espalda y se dirigió al gentío:

—Solo tenemos una posibilidad: conquistar la fortaleza antes de que llegue el ejército del conde de Lemos. —La multitud rugió su aprobación. Bernal asintió y elevó más la voz—: Al amanecer. Si la Xunta lo aprueba, atacaremos al amanecer.

Una aclamación brotó de mil gargantas.

—¡Irmandade! ¡Abajo Rocha Forte!

Todo estaba sentenciado.

Estevo tenía la espalda recostada contra un petate y la mirada perdida en la oscuridad cuando Ramla se sentó delante de él y se reclinó contra su pecho. La abrazó y percibió el calor de su cuerpo, el familiar olor a especias de su pelo. La brisa nocturna de agosto les acarició la piel.

Ya estaba avanzada la noche, pero el campamento bullía por el desasosiego de la espera. Las horas se eternizaban. Todo se hallaba a punto: las escalas y las picas para trepar estaban dispuestas, las flechas en las aljabas, los trabucos preparados. Los hombres de Bernal habían colocado frente a la entrada de la fortaleza un gran ariete protegido por una marrana de madera y cuero.

Todo estaba preparado, pero pocos conseguían conciliar el sueño. Los curas recorrían el campamento confortando almas, perdonando pecados y redactando últimas voluntades. Los taberneros vaciaban sus barriles, las rameras trabajaban a destajo. Los capitanes habían ordenado descanso, pero el temor y la emoción marcaban sus propias reglas.

—¿Qué te pasa, Loberno?

Le hizo gracia que le preguntara tal cosa cuando era ella la que llevaba días inquieta. Dormía mal y despertaba en mitad de la noche con el cuerpo bañado en sudor. Estevo creía que la sangre mora le llenaba el alma de visiones.

Pero tenía razón. Estaba preocupado. Y no solo por la inminencia del asalto.

—Nada, no me pasa nada... —susurró, en un intento por tranquilizarla.

Tenía que tomar una decisión. Llevaba horas dándole vueltas. «Juro ante los ojos de Dios y ante los aquí presentes derramar mi sangre en defensa de la Santa Irmandade...». Las palabras se enredaban en su cabeza.

Ramla se estremeció contra su piel.

—No sabes mentir, Loberno —murmuró.

Guardó silencio. A veces le entraba un temor. Fuerzas extrañas rondaban a la mora, un baile de espíritus. Como si los espectros pudieran entrar a través de ella en

el mundo mortal.

—No, no sé mentir. —Sonrió en la oscuridad, trató de quitarle hierro al asunto. Sus dedos acariciaron sus mejillas, se deslizaron por su frente, por su nariz, se detuvieron en sus labios. Incluyó la cabeza para besarla y se encontró con sus ojos.

Hasta ellos llegó el ruido de una carcajada beoda.

Volvió a recostarse contra el petate. Ramla apoyó la cabeza en su pecho. El corazón de Estevo latía con fuerza.

Sus pensamientos se agitaban. Guímaro y Goros. El muchacho aquel, Tomasito, había dicho que estaban en manos de la misma rata que mató a sus padres, Paio de Baz el Tuerto. Y de Alonso Osorio, el hijo del conde de Lemos. Su propio señor. El que ordenó quemar viva a su familia.

El odio, una vez más. Como si un espíritu soplara sobre sus brasas. De pequeño, allá en Moreda, los caballeros, imponentes en sus caballos de batalla, acorazados con hierros y cueros, se le antojaban fuerzas de la naturaleza. Ahora los veía a diario. Conocía a Bernal Eáns de Moscoso, recibía órdenes de Pedro Osorio como capitán dentro de la ciudad. No se fiaba de ellos, pero había comprendido que eran solo hombres. Él era un cuadrillero, llevaba una espada al cinto. Y estaba luchando. Eso debería bastar.

Pero todavía tenía cuentas que ajustar con su pasado.

Guímaro y Goros. El padre Vasco le había contado qué hacían los juglares por la hermandad. Y Estevo recordaba el teatrillo que llegó a Moreda y puso del revés su vida. Un año y medio atrás, solo eso. Hacía tanto tiempo...

Paio el Tuerto, Alonso Osorio. Esas eran sus cuentas pendientes.

Llevaba horas dudando, dividido entre el deseo de marcharse y el deber de quedarse con sus cuadrilleros. No podía abandonarlos cuando más le necesitaban. No podía traicionar la confianza del padre Vasco justo antes del asalto a la Rocha. Sería un traidor. Le llamarían cobarde. Maldita fuera su estampa, ¿por qué tenía que pasar aquello justamente entonces?

Se separó de Ramla, que se aovilló contra el petate y le observó sin decir nada. Se puso en pie. No podía quedarse quieto un instante más.

Dio una patada a una piedra, frustrado. Observó el resplandor de las hogueras por todo el campamento.

—Tengo que intentarlo.

Ramla no dijo nada, ni siquiera se movió.

Una vez tomada la decisión, le entraron las urgencias: se ató las polainas de tela gruesa en las pantorrillas, se enfundó la brigantina de piel, se enroscó la honda en el brazo y se puso el talabarte con la espada. No acababa de acostumbrarse a la espada. Roxer, uno de los escuderos de Pedro Osorio, les hacía practicar cada mañana en la campa de Santa Susana. Jamás imaginó que un día podría portar espada por derecho propio. La contempló, el brillo del acero pulido, las toscas guardas, la sensación en su puño. *Libertad*, así la llamaba. Porque la libertad se ganaba a golpe de espada. Iba a

ponerse la sobreveste de la hermandad, pero se lo pensó mejor; la prenda blanca le delataría en la oscuridad.

—Guárdamela —le pidió a Ramla.

Ella no dejaba de mirarle. Estevo sintió flaquear su voluntad. Deseó abrazarse de nuevo a aquel cuerpo menudo y flexible.

—Vuelve, Loberno —susurró ella—. No te olvides de volver.

La devoró con los ojos.

—Diles a los demás que... —Se calló. ¿Qué podía decirles? Iba a vengar a su familia. Sentía el demonio negro gritando de alegría en sus tripas.

Se alejó del campamento en la oscuridad y enfiló la cinta lechosa del camino real. Poco a poco fue dejando atrás casales aislados, aldeas dormidas y ladridos de perros intranquilos. El chiquillo, Tomás, le había indicado el camino. «Además, un ejército no pasa desapercibido», se dijo.

Continuó adelante durante horas, paso a paso, atrapado en la telaraña del bosque, la noche y el pasado. De cuando en cuando percibía un deslizarse en la fronda, el rastro de animales de presa que buscaban su alimento, el vuelo rasante de una lechuza. De cuando en cuando se le aparecía el rostro de Ramla, el de sus lobos. Sus hombres. Sintió una oleada de remordimientos. Iban a enfrentarse a un asalto mortal y él no estaría con ellos.

En algún momento, perdida ya la noción del tiempo, se dio cuenta de que una tenue claridad por el este anunciaba el nuevo día. El mundo se desperezaba. Desde la espesura, al pasar por una aldea perdida, vio a un muchacho labriego con un cubo lleno de leche recién ordeñada. Un chucho ladró al advertir su presencia.

Estaba exhausto. Pensó que el asalto estaría a punto de comenzar. Notó un nudo en la garganta.

Tenía hambre, sed. Se sentó a la sombra de un grueso roble, extrajo del morral un trozo de queso y una manzana.

El alba.

Todavía era muy temprano. El amanecer del verano llenaba el cielo de tonalidades rosa que atravesaban los vitrales de la catedral. Una muchedumbre colmaba la amplia nave del templo. Una niña lloraba sin que nadie le hiciera caso mientras su madre parloteaba en voz baja con otras mujeres. Dos perros se gruñían sobre la paja podrida ante la indiferencia general. Un artesano de gruesa panza, con la cadena de los orfebres al pecho, discutía a media voz con unos cofrades.

Con esfuerzo, Martiño se tragó las ganas de darse la vuelta y gritarles que se callaran, que respetaran la casa de Dios. Arrodillado ante el altar principal, en primera fila, se persignó y rogó al Señor que le diera fuerzas. Aquel día iba a decidirse su futuro.

Clavó la vista en el suelo, ante el reclinatorio. Todos le habían fallado, pero ya no

le importaba. Su hermana, Arnao... Se obligó a acallar el latigazo de odio. Recordaba aquella palabra, el desprecio en la voz de Arnao: «*Fodidincule!*». Apretó los dientes. Un día, poco después de que Arnao comprendiera por fin cuáles eran sus inclinaciones, Martiño se acercó por su casa. Estaba desesperado, necesitaba ver a su amigo, pedirle perdón, rogarle que le permitiera... Arnao ni siquiera le recibió. Se limitó a ordenar a sus criados que lo echaran a la calle como si fuera un perro y que nunca volvieran a dejarlo entrar.

Una mueca de rencor se dibujó en su cara. Los Calteno ya no le ayudarían a conseguir un beneficio del cabildo para mantenerse mientras estudiaba la carrera eclesiástica. Y menos aún su padre, por mucho que estuviera lucrándose con el puesto de procurador de la Xunta da Irmandade, al frente de la recaudación de impuestos. No, él nunca permitiría que se ordenara sacerdote. El muy memo incluso creía que Martiño había cambiado de idea.

Nada más lejos de la verdad. Durante meses había disimulado, calculado, espiado a su padre, sopesado sus opciones. Hasta que se le ocurrió la única salida posible. Él serviría al Señor, así se opusieran todos los Calteno y todos los posaderos del mundo.

Arrodillado ante el altar mayor de la catedral, encima del habitáculo donde reposaban los restos del apóstol, oró con fervor pidiendo fuerzas a Dios.

El runrún en la nave se acrecentó. Don Luis Osorio, administrador apostólico de la Santa Iglesia Metropolitana de Santiago de Compostela en ausencia del arzobispo, hacía su entrada en la catedral para officiar la sagrada eucaristía en demanda de la ayuda de Dios en esos momentos de tribulación. Fuera, más allá de las murallas, estaba a punto de comenzar el asalto a Rocha Forte.

Martiño asistió al oficio con el ánimo inquieto, dividido entre la devoción y el nerviosismo. Se jugaba mucho con lo que iba a hacer. Ni siquiera quería imaginar que algo no saliera como había calculado. Varias veces palpó la faltriquera que colgaba de su cinturón. Su peso le tranquilizaba.

Le pareció una eternidad, pero finalmente don Luis pronunció el «*Ite, missa est*». El corazón le latió con ferocidad. Aguardó a que el administrador apostólico desapareciera en la sacristía. Se persignó, elevó una última plegaria a los cielos y se levantó.

—Ilustrísima...

Don Luis, enfundado todavía en sus ropajes eclesiásticos, se volvió hacia la entrada de la sacristía. Al ver a Martiño se le agrió algo el gesto, incomodado por la inesperada interrupción. Dejó escapar un suspiro de resignación.

—¿Quién sois?

—Un humilde servidor vuestro, ilustrísima.

El canónigo agitó su diestra, como si espantara una mosca.

—No me corresponde tal tratamiento, deberíais saberlo. Solo soy un simple canónigo y un humilde administrador de esta santa Iglesia.

—Oh, ilustrísima, sois mucho más. Vuestras palabras durante el sermón han sido

tan inspiradas... —Era simple adulación, pero Martiño reconoció en los ojos del canónigo un brillo de satisfacción.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó con un tono de voz algo más amable.

Era el momento de la verdad. Martiño tragó saliva. Se adelantó unos pasos, se inclinó con humildad y le ofreció la faltriquera.

Don Luis la sopesó con una mirada de extrañeza. Le observó sin decir nada. Ordenó a sus acólitos que les dejaran.

Cuando se quedaron solos, el canónigo abrió la faltriquera. Sus pupilas se dilataron al percibir el brillo del oro: doblas del rey Juan, Enriques de oro, doblas de veinte maravedíes... Se volvió hacia Martiño, que no perdía ripio, con renovado interés.

—La Santa Madre Iglesia os agradece la donación, sin duda aliviará el sufrimiento de los más necesitados...

—Oh, ilustrísima, no... no es una donación. Yo... yo deseo fervientemente ordenarme sacerdote. Si con esto bastara...

Don Luis alzó una ceja, perplejo.

—¿Quién sois?

—Martiño Cabreiro, ilustrísima.

—¿El hijo del posadero? —Martiño asintió—. Vuestro padre podría acudir a don Bernal Eáns. Una suma como esta sería suficiente para ganarse su voluntad... Pero supongo que no es eso lo que vos deseáis. —Entrecerró los ojos, y Martiño supo que estaba ganando.

—Ilustrísima, preferiría que mi padre no se enterara hasta que...

El canónigo asintió, comprensivo. Se guardó la escarcela en un bolsillo de la sotana y dio unos pasos por la estancia, las manos en la espalda, meditando. Martiño siguió su deambular con mal disimulado nerviosismo.

—Comprendo. Vuestro padre no aceptaría de buen grado que vos... —Dejó en el aire la frase—. Lo que no entiendo es de dónde habéis sacado estos dineros. Si vuestro padre no os los ha dado, ¿no se los habréis robado! —Fingió escandalizarse.

—¡No se puede robar a un ladrón! —replicó Martiño, indignado.

Luis Osorio le clavó la mirada en las pupilas.

—Me parece que vos y yo tenemos mucho de que hablar...

Alboreaba. Vestido con cota de malla, peto, espaldar, grebas y celada, la espada en la vaina, Bernal permanecía muy quieto sobre su gran corcel de batalla. Hasta él llegaban toses, oraciones, el chirrido de las piedras de amolar, las órdenes tensas de sus hombres que se aprestaban para el ataque.

Echó un vistazo en derredor: un enjambre de mesnaderos, peones, arqueros, zapadores. Notó la tensión en el estómago. Siempre le sucedía lo mismo, así fuera un torneo, una cacería o una batalla: era la tensión previa a la lucha. Sintió la sangre que

corría veloz por sus venas.

En lo alto de la torre del homenaje de Rocha Forte resonó un cuerno. Su sonido se extendió por el campamento; muchas cabezas se volvieron hacia el castillo. Una fila de arqueros brotó del camino de ronda. En el centro, sobre la barbacana del portón de entrada, apareció Álvaro Sánchez de Ávila, tenente del castillo en nombre de don Rodrigo de Luna. También él estaba embutido en hierros.

—Comencemos el baile —masculló Bernal con expresión fiera.

Espoleó su montura y se acercó al puente levadizo. Un rumor se levantó entre sus hombres y supo por qué: estaba entrando en el alcance de los arqueros. En aquel momento, cualquier saeta podía acabar con el cabeza de linaje de los Moscoso.

Se sintió vivo, tremendamente vivo.

Vio que Álvaro Sánchez de Ávila le observaba acercarse. Pensó que bien podía ordenar a sus hombres que lo acribillaran. De hecho, los arqueros estaban tensando los arcos, apuntándole. Oyó los murmullos alarmados de los escuderos e infanzones que le seguían.

El tenente del castillo alzó la diestra y sus hombres destensaron los arcos. Bernal contuvo un jadeo de alivio.

Se detuvo al pie del foso y paseó la vista en derredor. Atacantes y defensores observaban cada uno de sus gestos. Había cientos de ojos clavados en él. Muchos, llevados por la curiosidad, también habían traspasado la línea del alcance de las saetas, que sus hombres habían marcado en el suelo con gallardetes.

—¡Todavía estáis a tiempo, don Álvaro! —bramó—. ¡Rendid la fortaleza, aceptad esta Santa Irmandade y se os respetará la vida!

El tenente no respondió. Se volvió hacia atrás e intercambió unas palabras con alguien a quien Bernal no podía ver. Un instante después, su hermano Afonso apareció en la barbacana e hizo una seña a un heraldo que aguardaba a escasa distancia. Este desplegó un pergamino y alzó la voz:

—«¡Sepan cuantos esta vieren que yo, *Rodericus archiepiscopus compostellanus*, hace mucho que tengo noticia de las equivocadas opiniones y la errónea conducta de mis súbditos compostelanos y que por diversos medios y advertencias he tratado de apartarlos del mal camino...!».

Bernal frunció el ceño, desconcertado. ¿A qué venía aquella patochada? A su alrededor, sus hombres susurraban. Algunos repetían las palabras del heraldo a los que estaban más lejos.

—«... El diablo, con sus perfidias y su maldad, ha arrastrado tras de sí a nobles y villanos y los ha apartado de la debida obediencia a su señor espiritual y terrenal. Por ello, por el poder que la Santa Madre Iglesia me ha otorgado, resuelvo que aquellos que osen alzar sus armas contra mí o cualesquiera de mis fieles servidores sean excomulgados y expulsados del pueblo de Israel, según el siguiente decreto de excomuni3n: por la decisi3n de los ángeles y el juicio de los santos, Nós, *Rodericus archiepiscopus*, excomulgamos, expulsamos, execramos y maldecimos a cuantos tal

infamia cometan, con la aprobación del santo Dios y de toda esta santa comunidad, ante los santos libros de la ley con sus seiscientos trece prescripciones, con la excomunión con que Josué excomulgó a Jericó, con la maldición con que Eliseo maldijo a sus hijos y con todas las execraciones escritas en la ley. Maldito sea de día y maldito sea de noche; maldito sea cuando se acuesta y maldito sea cuando se levanta; maldito sea cuando sale y maldito sea cuando regresa. Que el Señor no lo perdone. Que la cólera y el enojo de Dios se desaten contra cualquier hombre que a mi sagrada autoridad se enfrente y arrojen sobre él todas las maldiciones escritas en el libro de la ley. El Señor borraré su nombre bajo los cielos y lo expulsaré de todas las tribus de Israel abandonándolo al Maligno con todas las maldiciones del cielo escritas en el libro de la ley. Nós, *Rodericus archiepiscopus*, ordenamos que nadie mantenga con los excomulgados comunicación oral o escrita, que nadie les preste ningún favor, que nadie permanezca con ellos bajo el mismo techo».

La voz murió.

Bernal escrutó a los Sánchez de Ávila, que seguían de pie en la barbacana, impasibles, inmóviles. Miró hacia atrás y contempló a su propio ejército: las caras pálidas, las cruces sobre los pechos, el silencio ominoso. El temor de Dios. Oyó un lamento escapado de alguna garganta. Un mesnadero cayó de rodillas con las manos unidas en oración.

Alzó la voz, para que todos pudieran oírle.

—¿Excomunión? ¿Y qué cosa es la excomunión? ¿Es blanca o negra? ¿Alguien la puede ver? ¡Traédmela, que quiero catarla!

Por unos instantes eternos, nada sucedió. Después uno, otro, otro más, sus escuderos, los caballeros que le rodeaban, rompieron a reír. El hechizo del anatema se diluyó en un chaparrón de carcajadas.

—¿Qué cosa es? —repetían.

Bernal espoleó su montura para volver a tierra segura. Ya no tenía nada más que hacer allí. El ejército *irmandiño* le aclamaba, los peones y los ballesteros sonreían de oreja a oreja.

Todo estaba dispuesto. Por fin iba a atacar. Llevaba meses esperando ese momento, desde que se dio cuenta de las artimañas del Trastámara y de sus intentos por desprestigiarle. Su padre, Roi de Moscoso, que en paz descansara, se había equivocado. Don Roi confiaba en el conde. Creía que a su lado los Moscoso medrarían.

No, el linaje de los Moscoso nunca prosperaría a la sombra de tales aliados. Pero la llegada del ejército del señor de Lemos cambiaba las cosas. El arzobispo estaba consiguiendo el apoyo de los grandes señores, y un prelado fuerte era lo último que Bernal deseaba. Por eso iba a tomar Rocha Forte, costara lo que costase. Porque con el castillo en su poder, Santiago de Compostela sería inexpugnable. Y entonces ni el conde de Trastámara podría hacerle sombra.

Examinó las filas de soldados, los trabucos, los rostros de los hombres de armas y

de los *irmandiños*.

Hizo una señal al maestro de arqueros. Este dio un paso al frente.

—¡Arqueros! —gritó el hombre. Una larga hilera de hombres de armas avanzó, hincó la rodilla en la tierra tras los grandes paveses de cuero reforzado instalados para protegerles de las flechas enemigas—. ¡Cargad! ¡Disparad!

Cien saetas de fresno volaron hacia las murallas. Bernal observó el cielo y su mirada captó una flecha que atravesó a una alondra en pleno vuelo. Después, un granizo de hierro sobre las piedras de la fortaleza, gritos en el patio de armas.

—¡Trabucos! —vociferó.

Los arqueros del castillo lanzaron sus propias flechas desde el adarve. Sus hombres corrieron a refugiarse tras los manteletes. Vio a un muchacho ensartado en el vientre, una flecha que hacía aflorar una rosa roja en la mejilla de otro. Escuchó los gritos de dolor, las órdenes.

Localizó al conde de Trastámara con sus hijos Pedro y Álvaro, montados los tres sobre caballos de batalla a unos cientos de metros. Incluyó la cabeza en burlona deferencia.

Era la hora de las armas y él se sentía tremendamente vivo.

Un infierno de sangre y muerte

EL mercader Xoán Vinagre, regidor del concejo de Compostela y alcalde de la Irmandade, miró a su alrededor: todo eran gritos, sangre, el caos más absoluto que hubiera podido imaginar.

—¡Cuidado! —le previno alguien a su lado.

Antes de que pudiera comprender a qué se refería, un empujón lo arrojó al suelo y rodó sobre sí mismo. Una roca cayó a plomo en el lugar en el que había estado un instante antes. Se la quedó mirando, aturdido, con el corazón desbocado y la garganta reseca.

Alzó la mirada para buscar a su salvador, pero quienquiera que fuese ya se había perdido en la vorágine de la batalla. Se levantó tambaleante, con un estúpido temblor en las piernas. Agarró el pomo de su espada y examinó la inmensa muralla que tenía a escasos palmos. Era una mole de granito que se elevaba hasta oscurecer el sol. En la parte superior luchaban los *irmandiños* que trataban de abrirse paso hacia el camino de ronda. Llovían cuerpos de las alturas. El aire estaba plagado de alaridos. ¿Cómo diablos se habían metido en tamaña locura? ¿Cómo iban a escalar aquello?

«*Audaces fortuna iuvat*, maese Vinagre». De repente le vinieron a la cabeza, incongruentes y burlonas, las palabras del padre Vasco Martíns el día en que se reunió con unos cuantos regidores de la ciudad para presentarles a los juglares y convencerlos de sumarse a la hermandad de Betanzos. El día en que comenzó todo.

Grupos de una veintena de hombres portando grandes escalas trataban de acercarse a los lienzos de las murallas bajo una nube de flechas y piedras. Un poco más atrás, una línea de arqueros de la hermandad disparaba sin tregua hacia el adarve para dificultar la defensa. Buscó con la mirada su propio grupo de asalto, pero solo vio un par de rostros conocidos. Los demás se habían dispersado o yacían en el suelo, muertos o heridos. A pocos pasos reconoció a un mercader de vinos con el que había tenido tratos en el pasado. El hombre, de unos treinta años, la boca abierta, la cara hacia el cielo, yacía con una flecha certera clavada en su garganta. Ya no volvería a tener tratos con él.

—¡Arriba! —Un grupo de asalto trataba de levantar la escala a poca distancia.

Apretó los dientes y se dirigió hacia allí. Oyó un alarido infernal, algo le salpicó en la cara y sintió una quemazón. Sorprendido, alzó los ojos. A solo una vara de distancia, un muchacho humeaba y se agitaba espasmódicamente. Le habían arrojado aceite hirviendo. La expresión de su rostro mostraba el suplicio que sufría.

No podía hacer nada por él. Se obligó a continuar adelante. Se hizo un hueco

entre los que portaban la escala y avanzó con ellos hacia la inmensa muralla. Solo de mirar hacia arriba le dolía el cuello. Le reconfortó la cercanía de los cuerpos de los demás *irmandiños*, el sudor y la determinación. Dieron unos pasos más, hasta que oyeron la orden de detenerse y empujar. La escala se clavó entonces en el suelo y comenzó a alzarse. El sol del mediodía caía a plomo sobre los cascos y las brigantinas.

La escala se apoyó contra el muro. Alguien ordenó acercarla un poco más para que por arriba alcanzara la parte superior de la muralla. Mientras maniobraban, un grupo de hermanos, rodilla en tierra, comenzó a disparar flechas hacia el adarve para protegerlos.

—¡Arriba!

No se lo pensó. Afirmó el pie contra el primer peldaño y se impulsó. El suelo se alejó y de repente, a medida que ascendía, tuvo la absurda sensación de ser un pájaro. Un pequeño gorrión en medio de un vendaval.

Oculto el rostro bajo la capucha, el Raposo se rascó un forúnculo de la mejilla mientras observaba la praza do Campo desde un lateral de la capilla de San Bieito. Pese a que se acercaba el mediodía, el mercado estaba casi vacío. Un silencio espeso dominaba la ciudad, que contenía el aliento a la espera de las noticias del asalto.

Tenía la cara roja de tanto rascarse. Cada vez que le venía a las mientes lo que tenía que hacer se le tensaba el cuerpo como la soga de un ahorcado. Se apoyaba alternativamente sobre uno y otro pie, incapaz de quedarse quieto, y maldecía para sus adentros su suerte.

No podía dejar de pensar en que, cuando el Arcanxo le ordenó infiltrarse en la banda del Loberno, le había asegurado que sería cosa de unos días, los necesarios para averiguar dónde se ocultaban, dejar que se confiaran y tenderles una celada. «Tráeme la información y la mora será toda tuya», le había prometido. Y aquello le había gustado mucho. El Raposo llevaba mucho tiempo con ganas de hincarle los dientes a Ramla.

Pero justo entonces el padre Vasco Martíns se había metido por el medio con la estupidez aquella de los cuadrilleros. Al principio se había alegrado, estaba seguro de que el Arcanxo aprovecharía la ocasión para cazar uno por uno a todos los traidores, pero en vez de eso le había ordenado que siguiera con ellos como si nada.

No lo entendía. Por más vueltas que le daba, no se le ocurría por qué el Arcanxo no machacaba a todos aquellos cagarros de rata. Ahora ya no se escondían, al contrario, se alojaban en un antiguo hospicio de la rúa de Ciquelo, y todos lo sabían. Nadie tosía al Arcanxo, pero el Loberno y los demás lo habían hecho y no pasaba nada.

«Tse, tse —le había soltado maese Gabriel cuando el Raposo le preguntó cómo iban a cargárselos—. Vas a seguir con ellos y me vas a informar de todos sus

movimientos. Ahora te eres todo un cachorrillo del Loberno...», y había soltado una risotada de las suyas, de esas que helaban el mismo infierno.

«Pero... ¡no podéis dejarlo tan tranquilo mientras se carga a los nuestros!», barbotó el muy necio, sin recordar que estaba delante del mismísimo Arcanxo.

Las risas habían cesado abruptamente. Gabriel le clavó los ojos y el Raposo se encogió. Aquella mirada era tan afilada como la hoja de un matarife.

«Lo harás —dijo y, de súbito, otra vez la sonrisa de ángel, la gloria de aquel rostro perfecto—. Anda, elige a la que quieras y disfruta a mi salud».

De modo que el Raposo se había beneficiado a una ramera. Eso había estado bien, aunque no fuera Ramla. Pero después había regresado con la banda y cada noche tenía que morderse las ganas al ver a la mora con el hideputa del Loberno. El mismo que osó darle un puñetazo cuando lo del Viruelas. Eso no podía olvidarlo.

Y así durante meses.

Hasta la semana anterior. La semana anterior, finalmente, el Arcanxo le había mandado llamar. «Al fin», pensó. Pero después le dijo lo que tenía que hacer.

Y desde entonces apenas podía pegar ojo.

Echó un nuevo vistazo a la plaza, aunque sabía que era demasiado pronto. «Aguarda, Raposo, solo un poco más». Tenía que procurar no fastidiarla. La orden era muy clara. Tragó saliva y se preguntó por centésima vez si sería capaz de hacerlo.

Al menos ese día lo de no pegar ojo le había venido bien: estaba despierto cuando el Loberno se había escapado con el rabo entre las piernas. ¡El muy gallina se había esfumado justo antes del asalto! Oh, sí, Ramla había querido taponarle con no sé qué cuentos de una misión... ¿Es que creía que se chupaba el dedo como un niño de teta? Estaba claro que al héroe se le habían aflojado las tripas y había salido por piernas.

Tras su desaparición se dio cuenta de que no tendría mejor oportunidad que aquella. Con el asalto, la ciudad estaba vacía. Y de paso se libraba de aquella locura. Cada vez que veía los muros de la fortaleza se le encogía el estómago. Iba a ser una escabechina.

Le había bastado mezclarse con la masa de peones, *irmandiños* y soldados para desaparecer. ¡Que asaltaran el maldito castillo sin él!

Un movimiento le arrancó de sus cavilaciones. El mercader al que estaba vigilando se disponía a cerrar su establecimiento para el descanso del mediodía. Era un tipejo panzón de unos cincuenta años, nariz porcina y boca grande. «Un gordinflón atiborrado de comida que se queda tan tranquilo en su tienducha mientras otros defienden su ciudad», pensó. Era el momento.

La tensión le nublabla la vista.

Echó a correr.

—¡Eh, aguardad!

El mercader dio un respingo y la desconfianza asomó en su cara al ver que se le acercaba una figura encapuchada.

—¿Qué quieres?

Antes de que pudiera decir algo más, el Raposo se coló dentro del establecimiento y cerró la puerta.

—Pedirte tu colaboración como buen *irmandiño*. Porque eres un buen *irmandiño*, ¿verdad?

La estancia había quedado en la penumbra. Se trataba de un almacén con barriles de vino y sacos de cereal medio llenos alineados en un lateral. Echó un vistazo al interior, no fuera el demonio que apareciera algún aprendiz.

—¿Quién diantres eres tú?

El Raposo se dio cuenta de que el hombre no parecía intimidado en absoluto y aquello le encorajinó. «Una mole de carne muy segura de sí misma». Estaba claro que nunca había pasado hambre.

—Eso no te importa una mierda —respondió, acercándose a él.

El mercader retrocedió hasta un arcón que hacía las veces de mostrador sin apartar los ojos de él.

—¿Qué quieres?

Le estaba costando decidirse. Nunca antes había hecho algo así. La sangre galopaba por sus venas. La visión se concentraba, los contornos se difuminaban y todo adquiriría un deje de irrealidad. Aquel tipo era grande. «Un gordinflón de mierda —pensó para darse ánimos—. Uno de esos que nos tratan como si no tuviéramos derecho a vivir en la misma ciudad». Echó mano al cuchillo que llevaba en la cintura y lo sacó. Descubrió con agrado la alarma en los ojos del tipejo.

—¿Por qué no estás en la Rocha? —preguntó por decir algo, por ganar tiempo—. ¿Tienes miedo?

Antes de que el Raposo pudiera reaccionar, el mercader se inclinó sobre el arcón y sacó un garrote que escondía detrás.

—Mira, vamos a dejarnos de juegucitos —dijo—. No sé qué quieres, pero ya estás saliendo por la puerta, malnacido, y si te vuelvo a ver por aquí... —Dio un paso hacia él, amenazador.

El desprecio era tan evidente que el Raposo notó que le crecía una rabia honda. Sujetó con fuerza el cuchillo.

Se lanzó hacia delante.

La hoja se deslizó sin dificultad en la carne blanda del vientre. Hubo un grito de sorpresa y dolor. Un borbotón de sangre le empapó la camisa. El mercader cayó hacia atrás por el impulso y le arrastró con él al suelo. Se le aplastó la cara contra su pecho; olía a vino y sudor. Oyó un golpetazo. El corpachón quedó inerte.

Jadeando, se levantó como pudo y contempló el cuerpo tendido. Se había golpeado la cabeza contra un barril de vino. Tenía el puñal clavado en el vientre como una flor de sangre.

Lo había hecho. Lo había hecho. Todo había sido muy rápido.

Estaba muerto. Así de fácil.

Notó que los nervios le aflojaban las tripas. Tenía que irse de allí cuanto antes.

Sentía una mezcla de asombro y regocijo. Llevaba una semana temiendo aquel momento, pero todo había resultado tan fácil que se preguntó, aturdido, por qué se había preocupado tanto. Era fácil matar.

El dinero. ¿Dónde tendría escondido ese cerdo el dinero? Frenético, con la urgencia en las sienes, rebuscó entre sus ropas hasta que encontró una faltriquera con unas pocas monedas. No, no, tenía que haber más...

Oyó pasos en el piso superior. Si la mujer del mercader había oído voces o ruidos podía bajar en cualquier momento. «Mierda, mierda». Estaba tan nervioso que no se lo pensó.

Abrió la puerta y salió corriendo.

Avanzó muy agitado por las calles casi vacías de la ciudad. Lo había hecho. ¡Oh, sí! El Arcanxo estaría contento. Todo había terminado ya.

Aquel pensamiento le trajo el asalto a la cabeza. ¡Rocha Forte! Era ya pasado el mediodía, ¿qué habría sucedido? Tenía que regresar cuanto antes y simular que había participado en el combate. Con el jaleo, hasta era posible que nadie se hubiera percatado de su ausencia.

Apretó el paso y se dirigió al castillo. Ya desde lejos, el espectáculo le dejó con la boca abierta. Todo estaba sumido en el caos. El primer asalto ya debía de haber concluido, no se veían hombres en las escalas ni arqueros en el paseo de ronda. Del interior del castillo brotaban gruesas columnas de humo, pero las enseñas del arzobispo seguían ondeando en lo alto de la torre del homenaje.

De cerca, el lugar era un infierno de sangre y muerte. Por doquier se afanaban hombres y bestias retirando a los heridos, peones con la mirada perdida, el sabor ácido de la derrota.

—Eh.

Casi tropezó con Ramla. Estaba de rodillas, inclinada sobre Pero el Tiñas. El pobre diablo tenía un tajo que le cruzaba la cara. Ya no se daba cuenta de nada, solo era un gemido continuo. Alrededor, desperdigados por la campa, se hallaban Fedorento, Xocas, Antón, Marelo. Sucios, agotados, bañados en sangre.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó Ramla con suspicacia.

Bajó la vista, incómodo. Y en ese momento descubrió la mancha de sangre en la pechera de su camisa.

—Me fui a dar un paseo por el campo —respondió con una mueca de sorna.

Fedorento vio la sangre y soltó una risa cansada.

—¡Habrás matado algún bicho!

—Chillar, chillaba como un cerdo —dijo el Raposo.

Eso no era cierto, pero sí lo otro. Había matado a un bicho bien gordo.

Ramla parecía traspasarle con aquellos ojos inmensos que tenía. Al cabo la muchacha se volvió hacia la Rocha.

—Terminará por caer —afirmó—. La fortaleza.

«Y a mí qué cojones me importa la maldita fortaleza», pensó él, pero era su

oportunidad para contraatacar.

—Lo que se ha perdido el Loberno... —dejó caer.

Algunas miradas se escaparon por el suelo. No sabían qué pensar. «Bien, pues habrá que darles en qué pensar».

—Volverá —dijo Ramla apretando los dientes.

El Raposo la miró. Tenía el pelo alborotado, la cara sucia y fiera. Estaba preciosa.

—Ya. Quién sabe.

Arnao Calteno despertó cerca del mediodía. Con los ojos todavía cerrados, la boca pastosa y el malestar en los huesos le hicieron recordar la borrachera de la noche anterior.

Lo que quería decir que no estaba en su casa sino en la de Tareixa. En fin, en una de las casas de su familia en la que había instalado a Tareixa. La había sacado de la tabernucha de mala muerte en la que se ganaba la vida para convertirla en su barragana, y era lo mejor que podía haber hecho. Tareixa nunca le decía lo que debía hacer ni protestaba si bebía demasiado. Al contrario, bebía con él. Y era una maravilla en la cama, siempre dispuesta...

Palpó el colchón, buscándola, pero al darse cuenta de que no estaba a su lado abrió los párpados. La luz del mediodía le hirió los ojos. «¿Dónde se ha metido?», se preguntó, extrañado. Tareixa nunca desaparecía así.

Le vino a la cabeza la estupidez aquella de los *irmandiños*. El asalto a Rocha Forte. Sí, toda la ciudad hablaba de ello. Hasta Tareixa no paraba de hablar de la maldita Irmandade, como si fuera una gran cosa. «Es capaz de haberse acercado hasta allí para ver qué está pasando en el castillo...», se dijo. Pues bueno, a él todo eso le importaba un ardite.

Se levantó, se vistió y salió de la casa. Al ver que las calles estaban medio vacías, pensó que la ciudad se había vuelto loca. Echó de menos los tiempos en que cada uno estaba en su lugar, cuando podía pasarse la noche entera de juerga sin que nadie le mirara con altivez y le recordara la existencia de aquellos malditos fanáticos.

El pensamiento le trajo a la cabeza a su mujer... y se le avinagró el gesto. Mencía. Con razón no paraba mucho por su propia casa. Cada vez que pensaba en el día en que la había visto con aquel mierda, aquel mendigo cuadrillero de la hermandad, se le subía la ira a las sienas. Su esposa le engañaba a la vista de todos.

No, ya no era ira, esa estaba gastada. Era amargura, que le quemaba por dentro. La sensación de que todo podría haber sido diferente. Mencía seguía siendo tan dolorosamente hermosa...

Nada más entrar en su casa, llevado por el hilo de sus pensamientos, preguntó por su mujer. Quizá fuera hora de tratar de reconducir la situación. Era su mujer, qué diantres. Si se mostrara un poco comprensiva, él dejaría de ver tanto a Tareixa, y entonces...

—Disculpe, señor, la señora Mencía ha salido, aunque volverá enseguida... —le respondió el ama Einés.

Arnao examinó aquel rostro arrugado y le brotó una sospecha. ¿Adónde podría haber ido en un día como aquel, con la ciudad paralizada y la Rocha bajo asalto?

—¿Dónde está? —preguntó, seco. Como vio que la vieja dudaba, se encrespó—. Decidme dónde está, vieja, u os aseguro que hoy dormís en un muladar.

—¡Oh, señor, es que no os va a gustar, yo...!

—¡Decídmelo!

—¡En la Rocha, ha ido a la Rocha!

—¿Qué? ¿Qué hace allí?

Pero no hizo falta que la vieja le contestara. De repente lo comprendió todo. El mendigo. El maldito *irmandiño*.

—Preparad el petate. Esta misma noche os quiero fuera de esta casa.

El ama Einés lo miró con los ojos desorbitados.

Arnao se dio la vuelta y salió a la calle de nuevo.

Le despertó el estruendo de un ejército en marcha. Aturdido, Estevo tardó un momento en comprender dónde se hallaba. Masculló una maldición y se levantó precipitadamente. A unos cien pasos, el camino era un trasiego de caballerías, carromatos y hombres de armas.

Desde la espesura, vio pasar a las tropas del conde de Lemos con el corazón en un puño. Perdió la cuenta cuando llegó a diez veces los dedos de las manos, y todavía siguieron pasando durante un buen rato peones de armas, arqueros y mulos cargados con pertrechos. La larga fila la cerraban los carromatos de los mercaderes, las prostitutas, los taberneros, las mujeres y los niños de los soldados, la recua de pillos y mendigos que se pegaban a todos los ejércitos como las pulgas a los perros.

Al fin el camino quedó desierto. Nunca había visto una hueste tan numerosa. Una hueste que se dirigía a Santiago. Se persignó. Los *irmandiños* iban a necesitar la ayuda del cielo.

Debía de ser cerca del mediodía. Se deslizó a través del bosque tras el ejército señorial mientras su cabeza trataba de vencer al desánimo. Qué ingenuo había sido al imaginar que podría vengarse de Paio el Tuerto y su señor o rescatar a los juglares. ¿Qué podía él contra un ejército así? Estuvo a punto de desistir y regresar directamente a Santiago. Pero entonces se le ocurrió que a aquellas horas era muy posible que la toma de la fortaleza ya se hubiera decidido. «Tal vez los lobos estén muertos».

No, allí no podría hacer nada. Tenía que continuar. En algún momento aquel ejército se detendría. Quizá de noche tuviera una oportunidad.

Pedro Osorio, a lomos de su corcel de batalla, contempló el desastre con el ceño fruncido y los dientes apretados. A su alrededor todo eran gritos, columnas de humo, hedor, sangre: el caos de la batalla. Rocha Forte resistía. Sus defensores habían rechazado ya dos asaltos y causado gran número de bajas entre los hermanos. La marrana que protegía el ariete con el que habían intentado derribar las puertas había sido destrozada por una piedra lanzada desde las almenas. Desde su posición podía ver los restos astillados de las maderas, los cuerpos aplastados de los peones, el ariete convertido en un despojo en el suelo. Por doquier yacían heridos y moribundos que trataban de regresar a tierra segura mientras los cuadrilleros se desgañitaban para reagrupar a sus hombres.

La fortaleza estaba dañada. Varias columnas de humo brotaban de su interior, allá donde habían impactado las balas de estopa empapada en brea e inflamadas, lanzadas desde el armadijo. Pero el adarve seguía repleto de arqueros y peones. Por dos veces, Bernal Moscoso había ordenado el asalto con escalas. Y por dos veces habían sido rechazados. Avanzaba la tarde y todo seguía sin decidirse.

Vio que Bernal impartía órdenes a un grupo de caballeros y comprendió que iba a lanzar otro ataque. Espoleó a su corcel. Aquella locura debía terminar.

—¡Bernal!

El Moscoso se volvió hacia él. Se había quitado el casco, tenía el rostro manchado de sangre y el pelo le colgaba en guedejas sudorosas. La cota de malla mostraba un desgarrón a la altura del brazo, allá donde un lance de ballesta había impactado. Podía ser un mastuerzo descerebrado, pero había que reconocer que no le faltaba valor. Había encabezado los dos asaltos a las murallas y solo Dios sabía por qué seguía vivo. Pese a que era señor principal y caballero, había estado al frente de sus hombres en las escalas. Al verlo en las escalas, codo a codo con sus hombres, había sentido el intenso deseo de estar allí también. Bien sabía Dios que le había costado refrenar su impulso.

—¿Qué queréis, Pedro?

—¡No podéis lanzar otro asalto! ¿Queréis dejarnos sin hombres?

El Bravo le dedicó una mueca burlona.

—¿Teméis por vuestra vida, Pedro? —espetó—. No os preocupéis, ni una flecha perdida podría alcanzar el lugar en el que os refugiáis. Espero que al menos os estemos dando un buen espectáculo. —Sus caballeros rieron la pulla. Los Trastámara colaboraban con sus tropas, pero no participaban en el combate. Tampoco se esperaba que lo hicieran: los caballeros atacarían después, una vez el puente levadizo fuera abatido. Pero la implicación de Bernal los estaba dejando en entredicho—. Quizá no os hayáis dado cuenta, pero estamos en medio de un asalto. En un asalto mueren hombres. ¿Pretendéis que nos vayamos a dormir como si nada?

Pedro se tragó la furia y trató de razonar.

—Mirad a vuestro alrededor. —Señaló el campamento repleto de heridos—. No están preparados para un nuevo ataque.

Bernal endureció el tono:

—¿Y qué sugerís? Mañana o pasado mañana tendremos aquí al conde de Lemos. Si para entonces no hemos ocupado Rocha Forte, deberemos replegarnos a Santiago. Seremos como conejos atrapados en su madriguera.

Varios miembros de la Xunta se aproximaron, ansiosos por escuchar el intercambio de pareceres. Pedro los observó y después se volvió hacia el Moscoso.

—Dad un respiro a los hombres. Ordenad que el armadijo y los trabucos machaquen la fortaleza lo que resta de día y durante toda la noche. Eso debilitará a los defensores —sugirió, tratando de parecer calmado. Si seguían dándose cabezazos contra las murallas, aquel mentecato iba a llevarles directamente al fracaso.

—Cuantos defienden el castillo son hombres de armas, no simples villanos, como nuestro ejército. No se dejarán vencer tan fácilmente —replicó Bernal, desdeñoso.

En eso tenía razón: los hombres de los Sánchez de Ávila estaban habituados a la guerra. Pero Pedro no podía dejar que aquella matanza continuara.

Se volvió hacia los miembros de la Xunta da Irmandade. Algunos se habían limitado a presenciar el asalto como si se tratara de un espectáculo, pero otros, descubrió con sorpresa, mostraban en sus ropas la evidencia de la participación. Se fijó en uno de ellos, el mercader Xoán Vinagre. Tenía la brigantina desgarrada y cubierta de sangre reseca, el rostro sucio, el pelo desgreñado bajo el morrión y un brazo en cabestrillo, probablemente por un golpe o una caída. Era alcalde de la hermandad. Nadie le exigía que participara en el asalto, pero lo había hecho. «Son gente brava estos *irmandiños...*», pensó.

Y él de brazos cruzados.

Pero quizá todavía pudiera hacer algo. Una posibilidad que le había estado rondando toda la jornada.

Habló en voz alta, para todos:

—Decidle que pare esta locura. Hay otra forma.

El mercader Xoán Vinagre preguntó con voz rota:

—¿Qué proponéis?

Bernal miró a Pedro con desconfianza.

—¿Qué pretendéis?

Sin hacerle caso, Pedro habló para los miembros de la Xunta:

—Haced lo que os digo y yo mismo os entregaré la fortaleza al amanecer. —Vio el destello en las pupilas del Moscoso. Se preguntó si no estaría errando. Era consciente de que, si fallaba, Bernal no desaprovecharía la ocasión de dejarle en evidencia y, de paso, culpar a otro de su fracaso. Aun así, él no era de los que se echaban atrás—. Os doy mi palabra como caballero.

—¿Qué pensáis hacer? —preguntó uno.

—Eso dejadlo de mi cuenta.

Los miembros de la Xunta dudaron, pero la oferta era demasiado tentadora.

—¿Estáis seguro de que podréis cumplir lo que prometéis?

Pedro asintió, aparentando más seguridad de la que sentía.

Le sorprendió ver que Bernal se encogía de hombros. Estaba exhausto tras tantas horas de lucha, y tenía que saber que el castillo no estaba maduro.

—Si ese es vuestro deseo, no seré yo quien os impida deshonraros —dijo.

—Sea, pues —asintió Xoán Vinagre—. Aguardaremos hasta mañana. Pero tened en cuenta, don Pedro, que es vital que honréis vuestra palabra. El conde de Lemos se acerca.

Pedro dio la vuelta a su corcel y se alejó del grupo.

—¡Hasta la madrugada, Pedro, tenéis hasta la madrugada! —escuchó gritar a Bernal.

No respondió. El pequeño Tomás, el muchacho que los había alertado de la llegada del ejército de Lemos, había dicho algo que no conseguía sacarse de la cabeza. Que los hombres de Rocha Forte habían atacado su aldea. Pero eso no podía ser, porque la fortaleza llevaba desde principios del verano completamente cercada.

«Es una apuesta. Una maldita apuesta».

Nunca le habían gustado las apuestas.

A media tarde, sobre el campamento de la hermandad flotaba un tufo a orines y heces de hombres y bestias, a sudor y muerte, a miedo y desconcierto. Mencía escuchaba el fragor intermitente de las catapultas que castigaban la muralla, los gemidos de los heridos, los lamentos de las mujeres. Estaba al borde del agotamiento. Tenía el brial desgarrado por varios lugares y repleto de lamparones, manchas de sangre y fluidos que prefería no identificar. Unos mechones castaños escapaban de la cofia de casada. Hacía ya muchas horas que había dejado atrás el espanto, la repugnancia. Jamás imaginó que la guerra fuera tan cruel.

«Debo seguir».

Le pidió ayuda a la mujer que tenía al lado y esta aupó el torso desnudo del herido mientras Mencía deslizaba un paño por su espalda. El hombre tendría unos cuarenta años y gemía, al borde de la inconsciencia.

Mencía hizo acopio de valor. Apretó los dientes, recogió como pudo los intestinos y los introdujo en el abdomen para protegerlos con la venda. La sangre pegajosa empapó el lienzo. El pobre diablo no tenía salvación.

—Un cura... —gimoteó.

Le dirigió palabras tranquilizadoras y le aseguró que llegaría enseguida, pero sabía que era una promesa vana. Los curas estaban demasiado atareados. O escondidos en sus sacristías. Posó la mano en la mejilla del desdichado.

—Descansa.

Estaba tan volcada en el moribundo que no lo vio venir. Alguien la agarró por la

pechera y la alzó en volandas.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo osas desobedecerme? ¿Qué mierda te crees que estás haciendo aquí? —gritó Arnao, fuera de sí.

Pedro Osorio acababa de dejar a Bernal Moscoso y cabalgaba ensimismado cuando oyó los gritos. Al principio no hizo caso: la explanada estaba saturada de lamentos, los gemidos de los heridos y el llanto de las mujeres.

Pero aquello no era un grito de dolor. Alzó la mirada y se topó con una escena que le hizo hervir la sangre: un hombre con gorro emplumado sujetaba a una mujer por el pecho y le gritaba a la cara. Frunció el ceño, profundamente disgustado.

—¿Qué sucede aquí?

El tipo estaba a punto de responderle cualquier impropiedad cuando lo descubrió en lo alto de su corcel. Sin soltar a su mujer, todavía con la ira en la mirada, dijo:

—Es mi esposa, mi señor. ¿Acaso no tiene derecho un hombre a disciplinar a su esposa?

Pedro contempló la escena con estupefacción. ¿Una disputa conyugal en medio de un campo de batalla?

Iba a proseguir su camino cuando posó la mirada en la mujer y sintió que le sacudía un estremecimiento. Era joven, quizá de dieciséis o diecisiete años. Tenía el semblante descompuesto y estaba manchada de barro y sangre, pero saltaba a la vista que era muy hermosa. Una criatura deliciosa a la que ni el polvo ni la suciedad restaban un ápice de belleza.

Tenía el talle grácil, los huesos largos y finos, el rostro perfecto. Y la mirada... Pese a los gritos de su marido, a la guerra y al caos por doquier, tenía una mirada firme y decidida. Algo se le revolvió por dentro.

—¿Quién sois? ¿Qué ha pasado aquí?

Pensó que sus ropas, pese al lamentable estado en que se encontraban, indicaban a las claras su condición: era hija de un artesano o de un comerciante, y no de mediocre fortuna.

—¡Es mi derecho! —repitió el marido con voz aguda.

—¡Callaos! ¡Se lo he preguntado a ella!

La mujer se recompuso como pudo el vestido. Le miró con sorprendente calma y Pedro sintió que aquellos ojos le traspasaban.

—Os pido disculpas, mi señor, no es nada que sea de vuestra...

—¡Me ha desobedecido! —gritó el hombre, empujándola.

Pedro notó de nuevo que le hervía la sangre.

—Si volvéis a empujarla o a abrir esa boca sin mi permiso, os corto la lengua —dijo con voz mucho más tranquila de lo que se sentía.

El otro cerró la boca.

—No es nada que os ataña, mi señor —continuó la mujer mirándole a los ojos—.

Os agradezco vuestro interés, pero no es de vuestra incumbencia —respondió sin arrogancia, como si enunciara una verdad obvia.

Pedro sentía en las tripas un anhelo tan nuevo como poderoso. No tenía nada más que hacer allí, debía espolear su montura y continuar su camino, pero algo se lo impedía.

Examinó al marido. Saltaba a la vista que era de familia acomodada. Se fijó en que sus ropas, de buen paño, contrastaban fuertemente con las de los que le rodeaban.

«Porque están limpias», comprendió de golpe. Cuantos allí estaban, el cadáver del suelo, las mujeres que los observaban con curiosidad, la esposa, todos tenían manchas de sangre y de suciedad en las ropas. Todos menos él.

—¿Quién es vuestro cuadrillero? —le preguntó. El hombre se le quedó mirando sin comprender—. ¿Y bien?

El otro farfulló algo incoherente y Pedro no necesitó más para confirmar sus sospechas. Todos los hombres jóvenes de la ciudad habían recibido órdenes de alistarse en las milicias *irmandiñas* y ponerse bajo las órdenes de un cuadrillero, pero no era difícil esquivar tal deber si se poseía una faltriquera bien repleta.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Arnao Calteno, mi señor —respondió, ahora sumiso.

Así que se trataba nada menos que del hijo del principal cambiador de la ciudad. Partidario del arzobispo, por más señas. Y su jubón impoluto hablaba bien a las claras. Ni siquiera llevaba la sobreveste blanca de la Irmandade.

—¿Y vos? —le preguntó a la mujer.

—Mencía Cabre... Mencía Calteno, mi señor.

Pedro había oído hablar de esa boda desigual, la hija de un posadero con el vástago de una de las familias burguesas más asentadas.

—¿Qué hacíais?

Mencía desvió la vista hacia el cadáver del hombre en el suelo.

—Solo trataba de ayudar.

Pedro devoró el óvalo del rostro, la cascada de los cabellos. ¿Cómo podía ser tan hermosa? No era mujeriego. No tenía por costumbre abusar de su posición para meter a las mujeres en su lecho. Y, sin embargo, deseaba a aquella hembra como nunca había deseado a ninguna. Supo que haría cualquier cosa por conseguirla.

—Seguid con vuestra labor, Mencía. Los heridos no pueden esperar.

—Pero ¡mi señor! ¡Es mi esposa, tengo todo el derecho de...!

—¡Silencio! —Un ladrido seco. «Cualquier cosa». Se decidió—. Vos, Arnao, vendréis conmigo. No me cabe duda de que estáis deseando hacer algo por nuestra hermandad, ¿no es cierto?

—Yo... —Murió la voz.

—Os necesito. ¿Desobedeceréis las órdenes de vuestro capitán?

Se volvió hacia sus hombres.

—Pongámonos en marcha. Nos espera una noche muy ajetreada.

Pues, aunque noble, era capitán *irmandiño*. Y tenía que conquistar una fortaleza.

Ese frágil equilibrio

BERNAL MOSCOSO, de pie en el centro de la amplia carpa que usaba como alojamiento, se hallaba rodeado por un enjambre de escuderos y pajes que, como abejas laboriosas, procedían a quitarle la armadura. Un físico judío, su médico personal, preparaba ungüentos en una mesa cercana. El aroma amargo de los bálsamos llenaba la estancia.

Se respiraba un ambiente tenso, un aliento de conversaciones a media voz y de silencios que escondían desánimos. La jornada había sido un desastre y el buen nombre de su señor estaba en entredicho.

—Una locura...

—¡Ese maldito conde!

El Bravo escuchaba solo a medias. La luz del atardecer se filtraba a través de la tela y creaba una atmósfera irreal de tornasoles. Mecánicamente, se llevó a los labios una copa que le alcanzó el judío. Se atragantó, tosió y escupió el contenido.

—¿Pretendes envenenarme? ¿Qué brebaje es este?

El físico ni siquiera pestañeó, harto habituado a los humores del Moscoso.

—Corteza de sauce, mi señor. Os calmará el dolor de la herida.

—¡Eso seguro! Los muertos no sienten.

—En ese caso, ¿por qué os preocupáis? —Esbozó una media sonrisa—. Pero habréis de permitirme que termine de mataros, debo aplicaros tintura de árnica y ungüento de semilla de lino y caléndula sobre el corte. Con vuestra venia.

Bernal rezongó pero se dejó hacer. El judío no era amigo de sangrías y hechizos, como muchos físicos cristianos. Y no se arredraba. Le gustaban los hombres que no se arredraban, mal que fueran judíos. Además, tenía otras preocupaciones más acuciantes. No paraba de darle vueltas a la propuesta de Pedro Osorio. Algo tramaba, y no saber qué era le traía a mal llevar. Solo le faltaba que el hijo del conde lograra hacerse con el castillo, después de lo mucho que había bregado él para conseguirlo. Pero ¿de qué diablos podría tratarse?...

—Mi señor... —Berto, su criado, acababa de entrar en la carpa.

Bernal intercambió con él una mirada.

—Salid todos —ordenó—. Tú también, físico.

—Como deseéis —replicó este, encogiéndose de hombros—. Pero no me vengáis con demandas si se os pudre la sangre.

Cuando la carpa quedó vacía, Bernal se dirigió a Berto:

—¿Y bien? ¿Has averiguado algo?

Observó que la cara de comadreja de su criado sonreía de forma aviesa.

—El Osorio prepara algo. No sé muy bien qué, pero ha reunido un grupo de hombres de armas.

Se le escapó un improperio. En calzas y con las pantorrillas al aire, comenzó a dar vueltas de un lado a otro, mesándose las barbas con la diestra.

—¿Qué puede estar preparando, diantres? Si se hace con el castillo, no habrá quien mueva al conde de Santiago.

Berto no respondió.

—¿Cuántos hombres?

—Diez, puede que una docena.

—¿Intentará asaltar el castillo él solo? —especuló—. Quizá esté planeando escalar los muros aprovechando la oscuridad...

—Eso no os conviene, mi señor. No os conviene nada. —Berto negó con la cabeza—. He escogido a veinte hombres.

Alzó la cabeza y escrutó a su criado. Veinte hombres... Dudaba. Si aquello llegara a saberse, todo estaría perdido. Pero si Pedro Osorio se hacía con la Rocha, la posición de los Trastámara sería incontestable.

—Sus hombres han estado enfrentando a los nuestros durante meses simulando ser mesnaderos de Ávila —arguyó Berto—. Ha hecho todo lo posible por desprestigiaros.

Aquello era bien cierto. Aun así...

—No tenemos ninguna prueba de que vaya a intentar escalar los muros.

Berto se encogió de hombros.

—Pero sí fundadas sospechas.

Tenía razón: llevaba demasiado tiempo enfangado en una situación hartamente incómoda. Estaba cansado de los ardides de Pedro Osorio.

—Que respeten a Pedro —decidió; lo despreciaba con toda su alma, pero era noble.

—Así su humillación será mayor —asintió Berto.

Contempló a su criado.

—Eres retorcido, Berto —dijo, pero sus labios sonreían.

El Osorio había dado su palabra de caballero de que tomaría el castillo.

Y un caballero sin honor era un halcón sin garras.

El atardecer era fuego de leña, aromas que diluían la boca en jugos, algarabía de hembras, carcajadas de peones alrededor de las hogueras, soldados que afilaban espadas.

Estevo se deslizó con ligereza. Era un cazador. Conocía el bosque y las estrategias para pasar desapercibido. Mezclarse, mimetizarse. Estrategias de supervivencia que llevaba observando desde niño. Había dejado el talabarte, la espada y la brigantina en

un escondrijo en el bosque y, con un cubo de agua en la mano, iba de un lado a otro fingiéndose muy atareado. Un siervo más en un campamento bullicioso.

Se acercó a un grupo de soldados que haraganeaba alrededor de un fuego. Un odre de vino pasaba de mano en mano.

—¿Con la barragana del Tuerto? ¡*Arredemo*, hay que tenerlos bien puestos!

Tuvo que esforzarse por disimular la impresión, el hielo súbito en el pecho.

—¡No por mucho tiempo! A esos no les queda un suspiro, el conde los va a entregar al arzobispo.

—¿Por tirarse a una furcia?

—¡Quia! Esos dos son gorriones, te lo digo yo. Dicen que con el cuento de sus trovas van de villa en villa calentándoles los cascos a las gentes.

—Pos mira que te es una pena, unas trovas estarían bien.

El Tuerto. Había imágenes que abrasaban, demonios que nunca lo abandonaban.

—¡Eh, tú, *paspán*!

Se sobresaltó. Se había quedado allí plantado, el cubo en el suelo, aturdido por lo que acababa de escuchar.

Agachó la testa y compuso un ademán servil.

—¿Qué *merda* haces ahí parado?

—Disculpe vuesa merced, solo descansaba un momento.

Un tipejo barbudo, el gesto malencarado.

—¡Pues arreando, que aquí no pintas nada!

Se alejó. Las sombras se alargaban. El Tuerto. Su familia encerrada en una casa en llamas. El bebé de María. Se ocultó tras un carromato, el río de recuerdos lo ahogaba.

Los juglares estaban ahí. Antes de nada, tenía que encontrarlos. Respiró hondo y trató de tranquilizarse. Frente a él, a no más de treinta o cuarenta pasos, vio una iglesia desvencijada, soldados de guardia, carpas de lona. A su izquierda, algo separado, se hallaba un corral con caballos de guerra.

El campamento de los caballeros. La iglesia era el único edificio sólido en la aldea abandonada donde se habían detenido las mesnadas del conde. El resto eran chozas quemadas, esqueletos negros. No resultaba difícil imaginar dónde se habían metido sus moradores, tan cerca de Santiago, en una zona devastada por la guerra. La mayor parte habría huido a la ciudad y el resto habría corrido a ocultarse en el bosque al ver aproximarse un ejército.

En el campamento, en alguna parte, estaban el Tuerto y el hijo del conde. Y también los maeses Guímaro y Goros.

Solo necesitaba un plan.

—¡Ha de estar por alguna parte!

La noche caía con rapidez y llenaba de sombras la ribera. A lo lejos se oía el

retumbar de las piedras contra las murallas y se percibía el resplandor de los fuegos del asedio de Rocha Forte. Pedro Osorio había ordenado envolver en lienzos las armas para evitar ruidos. Todos llevaban ropas negras, como lobos al acecho de una jugosa presa.

Arnao no se sentía como un lobo, precisamente, sino aturdido, incapaz de entender qué hacía allí.

La espesa vegetación de sauces, laureles, abedules, alisos, fresnos, helechos y zarzas que flanqueaba el río Sar convertía el avance en una tortura. Eran una docena de hombres de armas. Sus siluetas se recortaban contra la penumbra del atardecer.

Arnao avanzaba a trompicones, con la espada colgándole de la cintura como un apéndice extraño y el alma en un puño. No acababa de creerse lo que le estaba pasando. El perfil de la Rocha era una mole de granito erizada de almenas. Desde donde se encontraban, a la vera del río, podía distinguir las siluetas de los hombres de armas en el paseo de ronda. Rezó para que no les descubrieran. Nunca había rezado con tanta devoción.

—Ahí está el regato de Vilar —escuchó que susurraba alguien—. Estamos donde desemboca en el Sar.

El zumbido de una libélula en su oído casi le arrancó un grito.

—Desplegaos —ordenó la voz de Pedro Osorio—. Ya sabéis lo que tenéis que buscar: una cavidad en el terraplén, alguna señal de tierra o de rocas removidas. ¡Y que no os vean desde el castillo!

El caballero les había explicado sus sospechas: en alguna parte de aquella espesura debía de abrirse la boca de un túnel, un pasadizo que llevaba directo al interior del castillo. A Arnao le parecía una completa locura. ¿Cómo iban a encontrar algo así con tan escasa luz? En pocos minutos no distinguiría su propia nariz. No sabía qué pintaba él ahí, y mucho menos qué hacer con la espada que le habían dado.

Se quedó muy quieto mientras los hombres de armas se dispersaban. Solo era un mal sueño. Aguardaría y todo pasaría.

—¿A qué esperas? —La voz de Pedro Osorio en su oído, un ladrido seco—. ¡Muévete! ¡Busca el maldito túnel!

—¡Es imposi...!

—¡Silencio, majadero!

Se alejó de allí. Sus borceguíes se hundieron en el cieno de la orilla. Percibió el helor del agua, el zarpazo de los espinos, la amenaza de la fortaleza a un ciento de pasos. «Ave María Purísima, que salga de esta, virgencita». El miedo era una zarpa en su garganta.

—¡Aaah! —exclamó al darse un golpe contra una piedra.

La espesura se llenó de susurros apremiantes, órdenes como latigazos. El dolor le llegaba en destellos intensos. «¿Quién ha sido el mastuerzo?». Arnao se mordió los labios para no aullar de dolor y se dejó caer en el suelo. Se había destrozado los dedos del pie, seguro que se los había destrozado.

«A la mierda», pensó. Ya estaba bien. Él era un Calteno, no un peón cualquiera. Se quedaría allí, donde nadie lo veía, hasta que aquella locura terminase. Solo quería desaparecer. «Diré que me he perdido». ¿Cómo no iba a perderse en aquella espesura? «¡Que les den a los *irmandiños* de los cojones!».

Avanzando casi a tientas, rodeado por todas partes de vegetación, localizó una pequeña hondonada en la quebrada que descendía hasta el río. Se sentó apoyado contra una piedra y se abrazó las piernas. Se sentía desgraciado.

Dos guardias. Espadas, petos de cuero, las armas de Lemos en las sobrevestes. De pie, contemplaban con aburrimiento los fuegos del campamento. Entre ellos, los maeses Guímaro y Goros, con los pies y las manos presos del cepo y los cuerpos doblados, como animales en una trampa.

Estevo llevaba un buen rato observándolos. De vez en cuando los que pasaban cerca les insultaban, les arrojaban salivazos o piedras. Había visto a un arrapiezo orinar encima del enano.

El cepo estaba en un lateral de la iglesia, entre las carpas de los caballeros y los fuegos de los mesnaderos. El olor de los guisos le hacía salivar.

Tenía que aguardar a que terminara de hacerse de noche, así que decidió alejarse de allí. No quería despertar sospechas.

Vagó por el campamento en la creciente oscuridad fingiéndose atareado, como un siervo cualquiera, con el cubo a cuestas, el cuerpo encorvado y el capuz sobre la cabeza. Liberar a los juglares no sería difícil... si conseguía alejar a los guardas. Pero ¿cómo?

—¡Eh, hermoso!

Sobresaltado, hizo como que no oía y apresuró el paso.

La mujer fue tras él.

—¿Estás sordo o es que te dan miedo las hembras de verdad? —Una risa estridente.

Estevo comprendió que si no se detenía llamaría más la atención que si se paraba a hablar con aquella mujer. Se detuvo y se volvió con la cabeza gacha.

—¿No tienes un poco de agua para una dama sedienta?

El corpiño ajustado, los afeites de la cara y los pechos provocadores revelaban su condición. Tras ella, a unos pasos, un grupo de compañeras rio con desparpajo.

—¡Parece que no le gustas, Dona!

—¡Déjame a mí, que yo le haré perder el sentido!

Estevo le acercó el cubo y dijo con sequedad:

—No tengo cazo.

La que se llamaba Dona soltó una carcajada.

—¡Pues anda que es un problema! —Cogió el cubo y se lo llevó a la boca. El agua se derramó por su garganta y le empapó el corpiño. Lo dejó en el suelo y le

sonrió con picardía mientras le tomaba la mano y se la llevaba a los pechos—. ¿Vas a dejarme así? ¿No ves que estoy empapada?

Sus compañeras soltaron una carcajada escandalosa. Un par de soldados se detuvieron y contemplaron la escena con guasa.

—¡Esa es toda una declaración! —dijo uno.

Estevo comprendió que no tenía opción.

—Así que quieres pasar un buen rato, ¿eh? —La agarró por la cintura y la atrajo hacia sí—. ¡Pues vente conmigo, hermosa, que vas a saber lo que es bueno!

Dona le agarró los genitales, la sonrisa ancha.

—Ya verás como no te arrepientes... —Se dio la vuelta y gritó a sus compañeras—: ¡Este sabe apreciar lo que es bueno!

Se alejaron unos pasos. La mujer le empujó contra un árbol.

—Bájate las calzas, guapito...

Le acarició la cicatriz de la mejilla derecha.

Estevo le sujetó la mano.

—Aquí no. ¿No tienes un carromato?

—¡Vaya! ¡Me has salido tímido! —Pero se encogió de hombros, estaba acostumbrada a peticiones similares—. ¿Sabes que eres muy guapo a pesar de esas cicatrices? Anda, ven conmigo.

La brisa nocturna susurraba entre las ramas. Las estrellas brillaban en la noche. Arnao oía murmullos apagados en la espesura. No sabía cuánto tiempo había pasado. Posó la mano en el suelo para reacomodarse, pero el tacto de una sustancia viscosa le obligó a apartarla con violencia y se le escapó un gemido del susto. Estaba a punto de levantarse con precipitación cuando vislumbró el corpachón fofo de un sapo.

Tiritando, harto, se recostó de nuevo contra el terraplén. Pese a la noche de verano, una brisa fría le helaba el pescuezo. ¿De dónde diablos salía aquella maldita brisa?

Un alarido atravesó las tinieblas y su corazón comenzó a galopar salvajemente. La ribera se llenó de bramidos. Le alcanzó un entrechocar de espadas. Le inundó un sudor frío, de puro terror. Se arrastró hacia la espesura, gateando con frenesí. «¡A las armas, nos atacan!», oyó gritar. ¿Qué estaba pasando? Se puso de pie para atisbar entre la vegetación, pero solo veía sombras, confusión. Aterrado, convencido de que los defensores de la torre los habían descubierto, retrocedió unos pasos en busca de la protección del terraplén, tratando de confundirse con la piedra. ¡Lo que habría dado por desaparecer! Se persignó compulsivamente. Su cuerpo temblaba de forma incontenible. Le goteaba el sudor por la frente y tenía las palmas húmedas.

Al retroceder, tropezó con una piedra y cayó de espaldas al suelo. Las zarzas le desgarraron la piel, pero estaba sumido en un frenesí tal que ni siquiera se percató.

Notó una brisa helada y se dio cuenta de que estaba rodeado por una boca de

negrura. De súbito comprendió que se hallaba dentro de una cueva. No, no era una cueva. Parecía... un túnel. ¡El pasadizo! ¿Sería posible que existiera, después de todo?

Se adentró unos pasos.

—Detente.

La mujer se lo quedó mirando sin comprender.

—¿No te gusta, cariño?

—¡Mucho! Pero solo te quiero descansar un rato. ¿Te importa?

Dona entrecerró los ojos con suspicacia.

El carromato era una estructura de madera cubierta, un espacio atiborrado por las pertenencias de las mujeres: ropas en hatillos, afeites, unos cuantos frascos y ampollitas de contenido desconocido, un aguamanil. En un rincón, sobre una diminuta peana de madera, una imagen de la Virgen con unas flores delante. Olía a sudores y a fluidos, a ajo y a la lejía que usaban para teñir los cabellos.

Estevo extrajo unos maravedíes de la faltriquera.

—Anda, bonita, esto pa ti.

La muchacha sonrió y le acarició el pecho.

—Gracias, generoso. Venga, déjame hacer, que lo vamos a pasar muy bien...

Estevo rio pero negó con la cabeza.

—No, de *verdade*. —La apartó con suavidad—. No hace falta que hagas nada. Es que aquí me escapo de la vista de mi señor por un rato...

—Eres muy rarito, ¿sabes? —Suspiró—. ¡Con esa mirada te lo haría gratis!

Estevo acercó el rostro al de Dona y le acarició la mejilla.

—¡Anda que lo que yo te haría a ti! Pero hoy no te puede ser, que... —No terminó la frase. Una voz le interrumpió.

—¡Dona! ¿Estás ahí?

Antes de que esta pudiera responder, la tela del carromato se apartó.

—¡Oh! No sabía...

Estevo se volvió hacia la entrada. Allí, con la boca abierta por la sorpresa, los ojos clavados en él, se hallaba María.

Temblaba. Acurrucada en el carromato, no podía dejar de contemplar el rostro de Estevo.

Había algo en él que la destrozaba por dentro. Le había costado demasiado alcanzar ese frágil equilibrio. ¡Y había cambiado tanto! Parecía mucho más hombre, más seguro de sí mismo. Tenía el rostro cruzado por dos cicatrices. Apenas reconocía en él al muchacho que fue, al siervo que vivía en Moreda. La luz de su mirada le dolía. Compasión. Era eso lo que veía, ya no aquel deseo en sus pupilas que la llevó a

abandonarse.

No quería su compasión.

Estevo no paraba de hacerle preguntas. Qué hacía allí, por qué tenía un moretón y un ojo hinchado, cómo se encontraba. María callaba, incapaz de responder. Dona los observaba sin entender, se daba cuenta de la conmoción, miraba con desconfianza a Estevo imaginando quién sabía qué. Quizá que se trataba de un antiguo amante. O algo peor. «Si tú supieras, Dona...». Era una buena amiga, Dona. «Pero no puedes protegerme. No de Estevo».

Nadie podía. Había pecado contra Dios. Pensó en entregarse al sayón y eso estuvo mal. Después aparecieron los juglares, el teatrillo aquel. Y Estevo. Llevaba meses atesorando aquel recuerdo. «¡Alejaos de las tentaciones del diablo! ¡Satanás sabe que la mujer es débil y os tentará para apoderarse de vuestra alma!». Las palabras del sacerdote, tan ciertas. Había cedido al deseo. Y Satanás entró en su cuerpo y se apoderó de ella. El Xosé.

El Xosé se había vuelto loco al descubrir su infidelidad. Y entonces... entonces el demonio. El cuchillo en su vientre, las tripas como las del cerdo en la matanza. Y ella pagaría su pecado con las llamas del infierno.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Estevo para alejar de sí su curiosidad.

Entonces fue él quien guardó silencio. María sintió su mirada escrutadora y vio que echaba un vistazo primero a la puerta, después hacia Dona.

Comprendió lo que temía.

—Puedes hablar. Es una buena amiga. —Dona le dedicó una sonrisa agradecida.

Estevo se decidió.

—¿Habéis oído hablar de la Irmandade?

Y entonces, con voz firme, mirándolas a los ojos, les abrió las puertas de un mundo nuevo. A las dos: Dona también bebía sus palabras como si fueran agua fresca.

De pronto María notó que le brotaban las lágrimas. Las mejillas se le humedecieron. Se sentía muy, muy desdichada. Se levantó y, dejando a Estevo con la palabra en la boca, se dirigió a la puerta del carromato y salió.

Sin decir nada, sin responder a las preguntas que le perseguían.

Inmóvil en un lateral del exterior de la iglesia, Estevo apretó los dientes. Estaba ya muy avanzada la noche. El campamento dormía un sueño de espadas. Aquí y allá, desperdigados por los prados, los rescoldos de las hogueras eran luciérnagas de fuego. Un rumor de brisas estivales, insectos nocturnos y ronquidos lejanos envolvía la oscuridad con una ilusión de placidez.

La mancha fantasmal de una lechuza atravesó la espadaña de la destartalada iglesia y pasó sobre su cabeza. Uno de los guardas de los juglares dormitaba junto a una hoguera. Su compañero daba pasos cansinos cerca del cepo.

María había salido corriendo. «Es una buena muchacha, pero tiene miedo del Tuerto», había dicho Dona.

Le había contado que era su barragana, que viajaba con él y que iba a darle un hijo. La noticia le descerrajó las mandíbulas.

«¡Eso es imposible!», acertó a balbucir el Loberno.

Dona se encogió de hombros. «No la juzgues. No es fácil para ella», dijo.

Se obligó a concentrarse en lo que tenía por delante. Antes de que amaneciera debían estar lejos de allí.

—¿Estás segura? —susurró.

Dona, a su lado, sonrió nerviosa.

—Si esa hermandad es como dices, no quiero perdérmela. Además, nunca me gustaron los soldados —susurró.

La mujer se apartó de la pared de la iglesia y avanzó despreocupadamente hacia el guarda. Este se llevó la mano a la empuñadura de la espada, pero al percatarse de quién era relajó el gesto.

Dona le sonrió y continuó su camino como si tal cosa. El soldado se le acercó.

—¡Eh, Dona! ¿De dónde sales tan tarde? —La agarró por el brazo.

—¡A ti te lo voy a contar, guapo! —le dijo con una sonrisa lasciva y pegándose a él como si temiera que pudieran oírles. Sus pechos se apretaron contra el cuerpo del soldado—. ¡Anda, déjame, que como te vean te vas a meter en un buen lío!

—¿Y quién me va a ver? —Echó un vistazo a su compañero, que seguía roncando junto a los restos de la hoguera—. Ese no despierta hasta mañana. Venga, bonita, vamos a divertirnos un poco.

Estevo sentía el latir desbocado de su corazón. El sudor helaba su piel. Se deslizó en la oscuridad, el cuchillo en la mano. Era otra vez la caza. El bosque. La voz de su padre tantos años atrás: «*Ou parir ou rebentar...*».

Se acercó al guarda por la espalda. Era un tipo musculoso, más alto que él. Apresó su boca con una mano, la torció violentamente hacia un lado y le puso el cuchillo en la garganta con la otra:

—Ni te muevas —susurró en su oreja.

Dona le ayudó a amarrarlo y amordazarlo. Cuando terminaron, lo ataron a un árbol. Una vez que se habían puesto en acción, Estevo notaba la sangre veloz, la mente lúcida. Los ojos de Dona brillaban en la penumbra. Excitada y temerosa al tiempo, no acababa de creerse lo que estaba haciendo.

Le sonrió para darle ánimos.

—El otro —susurró ella.

—Yo me encargo. Tú libéralos del cepo.

Se sentía dueño de sus actos. Aquellos hombres eran peones del conde de Lemos, su señor natural. El padre del asesino de su familia.

Él ya no era siervo. Él era el Loberno. Y estaba de caza.

En el suelo, sobre la paja, María tenía los ojos abiertos, la mirada clavada en la oscuridad. Aunque hubiera habido luz, no habría visto nada: estaba muy lejos de allí. El olor ácido del sudor y del vino invadía sus fosas nasales, aunque ya no lo percibía. Sobre el catre de campaña, Paio de Baz roncaba un sueño pesado. Esa noche no le había pegado. Desde que le dijo que estaba preñada no le había vuelto a pegar.

No sabía qué pensar. Su cabeza era un nido de serpientes. Sueños y oraciones cruzaban su mente como nubes de tormenta. Una angustia en las tripas. Estaba aterrada. Si Estevo liberaba a los juglares y el Tuerto se enteraba de que ella lo sabía...

Se llevó las manos al vientre. Ahí dentro estaba su niño. Su bebé. «Quizá Dios me ha perdonado...». La esperanza era tan intensa que hacía brotar lágrimas de sus ojos.

Estevo. Le hacía daño verlo, le traía el recuerdo de un tiempo que quería olvidar. ¡Y pensar que entonces, cuando el hambre apretaba, creía que su vida era un infierno!

Sin embargo..., su rostro, su mirada firme, sus palabras sobre esos *irmandiños*... ¿Sería cierto lo que había dicho? Deseaba levantarse. Sabía que ahí fuera estaba Estevo. La esperanza era como el aliento de Satanás. Quizá.

Si tuviera valor.

Pero no lo tenía.

Temía que el Tuerto se enterara.

Debería hablar con él.

Por su bebé.

—¡Alabado sea el Señor! ¡Estevo!

—Y Dona —la presentó con un susurro—. Vamos, apurad, tenemos que salir de aquí.

Los juglares tenían el cuerpo agarrotado. Apestabán a orina y sudor y la sangre formaba costras en sus caras.

—Te pasas la vida sacándonos de apuros, muchacho. —El juglar sonreía de oreja a oreja.

Estevo señaló con el mentón hacia los corrales.

—Los caballos. Coged dos o tres y abrid el cercado para que el resto pueda escapar.

—No se moverán.

—Eso dejádmelo a mí. —Sonrió en la oscuridad—. Esperadme en el camino.

—¿Qué pretendes?

No les dio opción a replicar. Se alejó de ellos y se internó en el campamento. Notaba la corriente de energía que recorría su cuerpo. Aquella tarde, al inspeccionar las carpas, había comprendido que era una locura intentar saldar cuentas con el hijo del conde. Estaba demasiado protegido, para eso tendría que esperar a mejor ocasión. Pero Dona le había indicado dónde descansaba María.

Con el Tuerto.

Espada en mano, avanzó por un delicado tapiz de emociones. Las tardes de verano en Trobos, jugueteando con su hermanita en el exterior de la cabaña mientras el sol teñía de naranja el mundo. La dulzura de su madre, que le acariciaba el pelo. El olor de la leña en invierno. La voz grave de su padre, el cuerpo vencido, contando historias al calor de la *lareira*. El cielo luminoso de verano. El contacto del agua fresca cuando se zambullía en el río.

Alzó la lona de la carpa y se quedó muy quieto, a la escucha. El olor a sudor era denso. Oyó la respiración pesada de un hombre.

María estaba recostada en el suelo, al lado del catre de campaña del Tuerto. Vio que ella le reconocía y echaba una mirada nerviosa al escudero. Se le acercó con mucho cuidado de no hacer ruido. Notó el calor de su cuerpo y se dio cuenta de que estaba temblando.

—Ven conmigo —le susurró al oído.

Estaba llorando. La abrazó y sintió que su cuerpo se estremecía bajo sus brazos.

Tenían que ponerse en movimiento. El Tuerto dormía a solo unos pasos. Estevo percibía sus ronquidos plácidos, el sueño de un hombre con la conciencia tranquila.

Se le nubló la vista. Ahí estaba, a unos pasos. Uno de los hideputas que quemaron a su familia. Solo tenía que clavarle el puñal en la garganta.

—Sal, María, espérame fuera —musitó.

Ella hipó entrecortadamente.

—No, no, déjame...

Estevo, que ya estaba separándose de ella, se detuvo y susurró:

—Nunca más volverá a ponerte la mano encima.

Pero ella se estremecía, incapaz de moverse, entre convulsiones cada vez más intensas.

—No entiendes, no entiendes nada. Es el padre de mi hijito. Mi hijito —murmuró—. Mi hijito.

Estevo apretó las mandíbulas.

—Es el asesino de tu hijito.

—No, no... —Sacudió la cabeza—. No, no. Fui yo. Pequé, el cura lo dijo, Satanás tienta a las mujeres. Fui yo, pequé...

Estevo se tragó una maldición. Tenía que tomar una decisión, hacer lo que había ido a hacer y escapar antes de que le atraparan. Prefería no pensar en la suerte que correría si le cogían.

El Tuerto se dio la vuelta en la cama. Estevo pensó en acercarse a él y despertarlo. Quería que supiera por qué moría. Quería que supiera quién le arrebatava la vida.

Un gallo madrugador cantó en alguna parte y Estevo dio un respingo. Sintió la presión de la urgencia.

—Ya no me pega, ya no me pega. Ahora ya no me pega. Mi bebé. ¡Vete! ¡Fuera de aquí o le despierto! —musitó ella con un tono al borde de la histeria.

No entendía nada. Quería gritarle que reaccionara, que la pesadilla se había acabado, que... María se acurrucó en la paja sucia, se abrazó las piernas. Comenzó a gemir.

Estevo se puso en pie. Se acercó al catre y apretó el puñal en su mano. El deseo de matarlo era tan intenso que dolía.

Un crujir de maderas en el lecho. Instintivamente, Estevo retrocedió hasta la negrura de un rincón.

—¿Qué cojones...? —La voz aguardentosa, la mano voló presta a la espada en el suelo—. ¿Quién anda ahí?

Los gemidos cesaron. El escudero se revolvió.

—Soy... soy yo...

—¿Con quién mierda hablabas? ¿Quién está ahí?

Estevo contenía la respiración y el deseo de abalanzarse sobre el Tuerto, de arrancarle el alma y enviarlo al infierno.

—Na... Nadie, mi señor, nadie. Estoy... rezando. Por nuestro hijito. Por nuestro bebé.

El escudero farfulló una maldición, pero soltó la espada y volvió a recostarse. Un instante después, su respiración volvió a acompasarse.

Estevo dejó escapar el aire. Echó una última mirada a la mujer.

Abandonó la carpa y apuró el paso. No quería darle vueltas a lo que acababa de suceder. No quería pensar que el Tuerto seguía vivo. Con María.

Todavía tenía cosas que hacer.

—¡Alabado sea el Señor! —susurró Goros—. ¿Dónde te habías metido?

Los juglares y Dona aguardaban en el camino real. Por el este comenzaba a despuntar una pálida claridad.

—¿Estás bien?

—¿Y María? —preguntó Dona.

—Partamos ya a Santiago, esto va a ponerse feo —dijo Estevo.

Y, como si sus palabras hubieran sido un conjuro, comenzaron a oírse gritos de alarma aquí y allá. Un resplandor rojizo se elevaba sobre algunas carpas.

—¡Bendito endriago, has prendido fuego! —masculló maese Goros, contemplando las llamas que se alzaban avivadas por la brisa de la mañana.

—Eso nos dará algo de tiempo.

—Pero no iremos a Santiago —dijo entonces maese Guímaro.

—¿Qué decís?

—Que hayas venido quiere decir que en Santiago ya saben que se acerca el conde. ¿Me equivoco?

—No, pero...

—Debemos ir a buscar ayuda. Convocar a las villas para que envíen refuerzos.

El Loberno guardó silencio. Pensaba en Ramla. En los lobos.

—Como queráis —asintió.

Hacía un buen rato, ni sabía cuánto, que Arnao no se movía. Seguía en la entrada de... de lo que fuera aquello, una cueva, un túnel. Inmóvil, con el corazón agitado, sin saber qué hacer. Los ruidos de la refriega habían cesado y un sosiego de insectos nocturnos se había apoderado de la ribera. Al fondo, lejano, se oía el resonar de los trabuquetes que atacaban la Rocha. De vez en cuando le alcanzaba un murmullo, un gemido, la luz repentina de un fanal. Algo se movía en la espesura.

Estúpidamente, en medio de su confusión, no podía dejar de pensar en Mencía. No conseguía quitársela de la cabeza. El recuerdo de las miradas arrobadas que le dirigía cuando se conocieron llenaba su mente como una luna llena. ¿Qué les había pasado? ¿Por qué había desaparecido esa Mencía? ¡Si pudiera volver atrás! Pero algo se había torcido y no sabía cómo enderezar su vida. Sentía la añoranza de lo que podría haber sido, el dolor que le llenaba el pecho cuando percibía su desprecio.

Pensó que si ella le viera en ese momento le despreciaría para siempre. La ocurrencia restalló en su cabeza como un latigazo. Era un cobarde. No se la merecía.

Impelido por ese pensamiento, se puso en pie. La brisa nocturna alivió el sudor de su cara. Su mano agarró la empuñadura de la espada. Ya estaba bien. Tenía que averiguar lo que había pasado y decirle al conde que había encontrado el túnel.

La esperanza le dio fuerzas. Hasta era posible que se convirtiera en un héroe. Vaya, él, Arnao Calteno, un héroe de la Irmandade. ¡Arnao, el descubridor del túnel, el conquistador de Rocha Forte! Casi le entraron ganas de reír.

Pero quizá, de esa forma, Mencía le mirase con otros ojos. Quizá.

Avanzó en medio de las tinieblas, con precaución, tratando de orientarse. Ya no se oían gemidos, solo murmullos en la espesura. ¿Habrían vencido los suyos?

Distinguió unas siluetas cercanas. Dos hombres de armas entre la vegetación. El mayor portaba un fanal ciego. El otro, espada en mano, movía algo con el pie. Arnao distinguió un cuerpo ensangrentado y reprimió un jadeo.

—Todavía vive.

—Remátalo.

El soldado se encogió de hombros y clavó la punta de la espada en la garganta.

Arnao contuvo un grito. Se le escapó el coraje y comenzaron a temblarle las piernas. En eso distinguió el rostro del hombre de armas: ¡alabado fuera el Señor, lo conocía! No era un soldado de la Rocha, era un peón *irmandiño*, el hijo de un tabernero de Porta Faxeira. Eso quería decir que los hombres del conde habían rechazado el ataque.

Tragó saliva y dio un paso adelante.

—¡Hemos vencido! —exclamó con un entusiasmo fingido mientras se acercaba. Los otros dos se volvieron hacia él con celeridad—. ¡No sabéis cuánto me alegro de veros!

—¿Y tú de dónde sales?

—Me atacaron —improvisó—. Eran cuatro al menos, pero conseguí machacarlos.

¡Teníais que verlos correr! Después... no sé, me perdí. Esta maldita selva... — balbuceó. Los dos soldados lo miraban con recelo—. ¡Pero los hemos derrotado! ¡Ahora podremos tomar la torre! —Estaba a punto de contar lo del túnel cuando se le ocurrió que si lo hacía aquellos dos eran bien capaces de arrogarse el mérito, así que preguntó—: ¿Y don Pedro? El hijo del conde, ¿está bien? ¡Tengo que decirle algo que le va a agradar mucho!

—¿Don Pedro? Don Pedro, dices. Ven, te llevaremos hasta él. Seguro que se alegra de verte.

Arnao se sintió más tranquilo. Todo iba a salir bien. ¡Todo iba a salir bien! Después de aquella noche, Mencía le vería con otros ojos, estaría orgullosa de su esposo. Iba a darse la vuelta para seguir a los soldados cuando su mirada se fijó en el cadáver que yacía a sus pies, el que uno de los peones acababa de rematar. Se extrañó: aquel era uno de los hombres de Pedro Osorio, se había fijado en él porque tenía un labio leporino.

—¡Este es uno de los...!

El mayor, el que portaba el fanal ciego, tenía la espada en la mano. Erguida.

—Lo sabemos. —Sonrió.

Y clavó el hierro en su garganta.

Un vacío bajo los pies

A primera hora de la mañana, maese Vinagre, sentado en una piedra con la vista al frente, observaba las murallas de Rocha Forte. El dolor del brazo era agudo. Se lo había roto por varios sitios al caer de la escala, y aun así sabía que podía considerarse afortunado. ¿Cuántos habían muerto en el asalto? Pero si querían librarse de una vez por todas del arzobispo no había vuelta atrás: tenían que conquistar aquella fortaleza fuera como fuese.

La noche había sido un duermevela de gemidos, estruendos y restallar de trabuquetes y catapultas. Don Bernal Eáns de Moscoso había dado orden de castigar la Rocha sin tregua para debilitar la resistencia.

«Ojalá el hijo del conde tenga éxito», se dijo con escasos ánimos. Pedro Osorio se había comprometido a entregarles la fortaleza esa mañana, pero había amanecido y la Rocha seguía en manos de los Sánchez de Ávila.

A unos cien pasos de donde se encontraba se produjo un revuelo. Oyó voces de alarma. ¿Qué estaría pasando? «No, por favor, más malas noticias no...», pensó.

Pero aquel día Dios no debía de estar escuchándolo.

—¡Muertos! ¡Están todos muertos! —explicaba atropelladamente un rapaz.

Con dificultad, maese Vinagre fue entendiendo lo sucedido. De madrugada, el chiquillo había bajado a pescar al río Sar y se había encontrado con una docena de cuerpos diseminados por la ribera.

La matanza sacudió sueños y fatigas y llenó de aprensión los pechos.

—*O Demo! Foi o Demo Negro!*

El Bravo encabezó la marcha hacia el río, y Xoán Vinagre fue detrás. En la orilla, desperdigados como broza arrastrada por la crecida, vieron los cuerpos sin vida.

—Son hombres de Trastámara —afirmó un soldado.

—¡Es la excomunió! ¡La maldición del arzobispo! —gritó alguien.

Bernal se retorció en la grupa.

—¡Memeces! ¡Han sido los hombres de Sánchez de Ávila! ¡Y os aseguro que lo pagarán con sus vidas!

Maese Vinagre se dio cuenta de que un poco más abajo se producía una nueva conmoción. «¡Es don Pedro, el hijo del conde!», oyó.

—Don Pedro está vivo, mi señor —le anunció a Bernal un físico que acudió a examinarlo—. Ha recibido un fuerte golpe en la cabeza y ha perdido la conciencia, pero respira.

El Bravo asintió.

—Llevaldo al campamento. —Y después, hacia la muchedumbre, dijo—: ¡Les haremos pagar cara esta afrenta!

A media mañana, con el sol fuerte en lo alto, Bernal ordenó un nuevo asalto.

—¡Cargad las escalas!

Cabalgaba de un lado a otro, jaleaba a sus hombres con el coraje de la determinación. Era muy consciente de que bailaba sobre el filo de una guadaña. Los rumores se extendían, hablaban de maldiciones y espíritus. Decían que la torre estaba cercada, que nadie podía salir de ella y que aquellas muertes solo podían ser causadas por espectros del inframundo. Que todo se debía a la excomunión del arzobispo.

Sentía la presión de las miradas, los pensamientos que se escondían tras aquellos rostros terrosos. Le acusaban. «Los malditos Osorio han hecho bien su trabajo», pensó. Obstaculizando la toma de la torre habían sembrado la duda en los villanos. Pues era él, Bernal, quien estaba al frente del asedio, era él el responsable de que la fortaleza no hubiera caído todavía.

El conde de Trastámara acudió a verle fuera de sí.

—¿Espíritus? ¡Nunca he visto espíritus con espadas! ¿De dónde han salido? ¡Se suponía que vos asegurabais el cerco! ¿A qué esperáis, Bernal? ¡Haced vuestro trabajo de una vez o dejad que lo hagamos los demás! ¡Han estado a punto de matar a mi hijo!

Bernal contempló al conde con altivez.

—Es vuestro hijo quien debe dar explicaciones —espetó con voz gélida—. Comprometió su honor de caballero a que hoy al alba rendiría la plaza. Por eso detuvimos los ataques ayer, por eso hemos perdido un día. Quizá deberíais preguntarle dónde esconde su honor.

No le dio tiempo a responder. Le bastó el destello de ira en sus ojos para comprender que aquel puente se lo había llevado la crecida. Ahora se trataba de Trastámaras o Moscosos.

—¡A las escalas! ¡Vamos a tomar esa torre de una maldita vez!

Pues el conde de Lemos se acercaba con un ejército y él tenía que conquistar una fortaleza.

Estevo apretó el paso a través de campos y bosques. Los juglares habían partido hacia Muros y Noia, y Dona les acompañaría hasta Santiago. Guímaro le había pedido que se dirigiera a Betanzos en busca de auxilio para la Irmandade. «Encuentra al escribano Xoán Branco, él sabrá qué hacer», le había dicho.

Avanzaba todo lo rápido que podía, pero era muy consciente del peligro en que se hallaba. Quizá los hombres de Lemos estuvieran buscando al autor del incendio, o quizá María hubiera hablado y el Tuerto ya supiera que tenía que ir a por él.

Caminaba muy atento a cualquier presencia y abandonaba la senda a la menor sospecha. Sin embargo, los caminos permanecían desnudos de viajeros, como si el reino entero contuviera el aliento.

La primera noche buscó refugio en una aldea de tres o cuatro chozas que se alzaba al lado de un río. El único habitante que quedaba en ella era un anciano labriego desdentado.

—Malos tiempos, rapaz —le dijo con voz amarga tras compartir un caldo aguado y unas manzanas ante la cabaña destartada—. Si los señores se comportan como bandidos, ¿qué esperanza nos queda?

La aldea estaba abandonada y las tierras yermas.

—Son los tiempos de la Muller Enloitada. La dama te ha de tener mucho trabajo para llevar tantas ánimas al otro mundo... —murmuró con la mirada perdida—. Siempre fuimos buenos vasallos. Pagábamos los tributos, incluso la fonsadera y la luctuosa, y cumplíamos con nuestros deberes. ¿Y de qué nos sirvió? Los hombres del señor aparecieron un día y mataron a los que se les pusieron delante. Dijeron que éramos *irmandiños*, dijeron que no respetábamos la ley de Dios. ¿Qué ley es esa que mata inocentes por la espada, digo yo?

Allí, en aquella aldea perdida, bajo el cielo estrellado del verano, Estevo guardó silencio. Pensó en la hermandad. En Ramla, en su mirada de sueño y en la alegría salvaje que la impulsaba. En Mencía también, y al hacerlo percibió en el pecho la habitual incomodidad, como si su simple evocación fuera una traición a Ramla. Pensó en el padre Vasco Martíns y en sus palabras de justicia.

Al día siguiente continuó su camino. En una encrucijada, cerca de los restos chamuscados de un casar, se topó con dos cadáveres colgando de las ramas de un roble. Debían de ser labriegos, a juzgar por sus ropas, aunque sus rasgos eran ya irreconocibles. Los cuervos se habían encargado de desfigurarlos y las moscas los cubrían como una nube negra. Murmuró una oración, pero no se detuvo. Tenía que llegar a Betanzos cuanto antes.

A media tarde alcanzó la cumbre de una montaña y un paisaje amplio se abrió ante sus pies. La vista era una paz de fogones y neblinas. Al frente distinguió un burgo encaramado en una colina rodeada por ríos. Al fondo se abría una marisma y, tras las bandadas de aves, el azul del mar.

Betanzos, al fin.

El griterío lejano no dejaba lugar a dudas: la batalla estaba en su apogeo.

—¡Los gorriones están atacando la Rocha, padre! —gritó Alonso.

Antes de que el conde de Lemos pudiera abrir la boca, su hijo clavó las espuelas en su montura y galopó hasta la cima del altozano. Tras un instante de duda, don Pedro fue tras él.

La vista alcanzaba un paisaje alomado, un panorama de casares desperdigados y

campos de cultivo. A la derecha, a una media legua, distinguió las murallas de Compostela y, asomando por encima de ellas, las torres de la catedral. El camino real que salía desde la ciudad pasaba bajo ellos aprovechando la hendidura del valle y continuaba a través del Milladoiro, ya a la izquierda de su posición, hacia Iria y Padrón.

Al frente, a unos mil pasos, del otro lado del camino real, en una vaguada, distinguió el castillo de Rocha Forte.

El viento del oeste llevaba hasta la cima del monte do Conxo el fragor de la batalla. Don Pedro se removi6 en su silla, tratando de distinguir los detalles del combate, pero era demasiada la distancia y solo veían un desorden de cuerpos, las filas de arqueros como hormigas, la colmena que se agitaba ante las murallas. Y el humo de los fuegos en la fortaleza.

—¡Padre! —Alonso se volvió hacia él con la alarma en la cara.

El conde acarici6 el cuello de su montura y no le hizo caso. Un criado le acerc6 una copa de vino. Repar6 en la fortaleza de los muros, en la desorganización de los asaltantes, en la potencia de las catapultas.

Sonri6. Era la segunda vez que acudía a Santiago desde que el hideputa del conde de Trastámara hacía y deshacía en la ciudad. La primera había tenido que volver grupas, pero ahora regresaba como árbitro de aquella disputa entre el arzobispo y sus vasallos, lo que le convertía en el fiel de la balanza del reino de Galicia. La idea de vengarse del Trastámara y obtener de paso jugosas prebendas le hacía sonreír.

Ech6 un vistazo en derredor para comprobar si sus estandartes eran visibles. Allí estaban los dos lobos pasantes de su casa y los seis roeles correspondientes a las armas de su esposa Beatriz Enríquez de Castro. Satisfecho, elev6 la voz:

—¡Heraldos! ¡Que se enteren de que hemos llegado!

Al momento, ocho lacayos se adelantaron y los clarines resonaron sobre el valle. Cuando el sonido alcanz6 la fortaleza, las hormigas se detuvieron cual fulminadas por un rayo. El conde no distinguía los rostros, apenas insectos en la lejanía. Pero sí oy6 el griterío de los defensores, que celebraban con aullidos su llegada.

Lemos alz6 la mano en gesto burl6n, como si saludara a un viejo conocido. Después se volvió hacia su intendente de armas.

—Montaremos el campamento allí. —Señal6 una pequeña elevación situada a no más de doscientos pasos al este de la Rocha—. Disponedlo todo.

—¿Campamento, padre? —le interrumpió Alonso—. Todavía quedan horas de luz; ¡ataquemos ya a esos bastardos y antes de que se ponga el sol dormiremos en Compostela!

Lemos neg6 con la cabeza.

—No haremos tal, Alonso. Al contrario, nos limitaremos a observar.

—¿Qué? No son más que gorriones, padre. ¡Villanos y siervos!

—Razón de más. Una victoria tan sencilla restaría mérito a nuestra intervención, ¿no crees? —Sonri6, ladino, acariciándose la barba canosa—. No, no haremos tal.

Avisaremos al arzobispo de nuestra presencia. Que salga de su escondrijo de Padrón y acuda presto.

—¿Qué tramáis?

El conde no pudo reprimir una carcajada.

—Cobramos bien nuestro auxilio, Alonso, eso pretendo. El de Luna no ha de obtener de balde lo que tantos réditos pueden proporcionarnos. Que venga, que compruebe con sus propios ojos lo cerca que está de perder su querida Compostela. Veremos si entonces sigue jugando al despiste.

—¿Y si entretanto esos bastardos conquistan la Rocha?

Don Pedro se encogió de hombros.

—Es un riesgo que debemos correr. Pero no lo harán. Con nuestros hombres asentados vigilándoles, se limitarán a aguardar.

Alonso le observaba con preocupación.

—Espero que no os equivoquéis, padre. Si toman la Rocha, Santiago será inexpugnable.

El conde contempló en la distancia aquella fortaleza erizada de torres, la más recia del entero reino.

—Yo también lo espero, hijo. Yo también.

Mencía avanzaba tras los criados que cargaban con el cadáver. No había servidor con gramalla negra que tocara la campana por las calles para convocar a los deudos, ni menestrales de la cofradía de los cambistas acompañando a la familia, ni hachones que iluminaran el cortejo, ni lloraduelos o convites de muertos. Solo una triste comitiva, unas cuantas mujeres enlutadas.

El cortejo fúnebre entró en la Quintana dos Mortos y se dirigió hacia el rincón en el que iban a enterrar a su marido. Mencía vestía luto riguroso, como el ama Einés y los padres de Arnao, delante de ella. Incluso su padre se había puesto un amplio jubón oscuro. Caminaba a su lado con expresión un tanto perpleja, como si no acabara de creerse que Arnao hubiera muerto.

Mencía lo entendía muy bien. Tampoco ella acababa de creérselo. No dejaba de pensar en que tenía quince años. Quince años y era viuda. Las imágenes atravesaban su cabeza como destellos. Curiosamente no se acordaba de su marido, sino del Arnao anterior al matrimonio, el que la hacía despertarse en medio de la noche con su imagen en las retinas, el que le abría el cielo cada vez que sonreía.

El dolor y la confusión la aturdían. ¡Y pensar que dos días antes Arnao estaba vivo! Se acordó de su catorce cumpleaños, el día en que había estallado la rebelión contra el arzobispo. El mismo en que Arnao la rescató de la multitud y ella, un poco después, vio a Estevo en un callejón. Ese día Einés y ella habían atravesado la catedral desde Ourives hasta Paraíso para no pisar la Quintana dos Mortos. ¡Pensar que ahora estaban enterrando allí a Arnao!

El dolor, el dolor. Y también, con un aguijón de culpabilidad, en lo más hondo, donde moraban los secretos inconfesables, el alivio.

Echó un vistazo alrededor. Tenía la esperanza de que en el último momento apareciese Martiño, pero era una esperanza vana. No, su hermano no acudiría. No entendía qué les había pasado, por qué se habían alejado de aquella manera. Pero lo echaba de menos. Le habría gustado tenerlo allí, a su lado.

Se detuvieron al lado de una fosa recientemente excavada. El sacerdote comenzó a rezar una oración. Mencía observó a doña Guiomar. Su suegra estaba destrozada; abatida, silenciosa, llorosa. Parecía haber envejecido varios años en unos días. Su marido la sostenía del brazo, con una mano sobre la de su mujer. Mencía sintió lástima por ellos. Parecían perdidos, anonadados.

Los criados empezaron a introducir el cuerpo en la fosa y Mencía se persignó. Los llantos de doña Guiomar y del ama Branca se intensificaron. También ella notó que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. «Oh, Arnao...».

Unos susurros la arrancaron de su ensimismamiento.

—Don Pedro, cuánto honor... —oyó decir a su padre.

Se dio la vuelta y descubrió a Pedro Osorio con jubón negro y gesto grave. Un poco más atrás, un escudero sujetaba las riendas del caballo del noble. Mencía se preguntó qué haría allí. Los Calteno eran partidarios del arzobispo. ¿Uno de los hijos del conde de Trastámara en el entierro cuando toda la ciudad les había dado la espalda?

—Os acompaño en vuestro duelo —dijo Pedro.

Airas Calteno inclinó la cabeza.

—Os lo agradecemos.

A Mencía no se le escapó el rechino de su voz. Su suegro pensaba que Pedro Osorio era el responsable de la muerte de su hijo, pues había sido él quien lo había reclutado para aquella desafortunada aventura.

—Sois muy considerado, don Pedro —dijo en cambio su padre con tono obsequioso.

Xoán Cabreiro dio un paso hacia el caballero, como si pretendiera recibir sus condolencias en nombre de toda la familia. Pero Pedro Osorio lo detuvo con un gesto y se acercó a Mencía.

—Mi señora, lamento profundamente vuestra pérdida. Si yo no hubiera intervenido...

Mencía no supo qué responder. Se fijó en que era un poco más alto que ella, tenía el talle delgado y elástico del que está habituado a la vida al aire libre, la piel del rostro tostada por el sol y una expresión de sincera preocupación que la conmovió. Se acordó de que también él había resultado herido.

—¿Os encontráis bien?

El hidalgo la contemplaba con tanta intensidad que Mencía se ruborizó. Pedro se llevó las manos a la parte posterior de la cabeza y frunció la frente con un gesto que

le resultó simpático.

—No ha sido nada, un golpe en la cabeza, eso es todo —dijo—. Pero vos habéis perdido a vuestro esposo. Si precisáis de consuelo, sabed que tenéis en mí a un amigo. —Se inclinó e hizo una reverencia. Después, con un ademán, se despidió—: Mis señoras, mis señores, comparto vuestro duelo.

Tras montar en el caballo, volvió a inclinar la cabeza en su dirección. Mencía lo observó alejarse, prendida de su estampa.

Cuando se volvió hacia los demás se dio cuenta de que doña Guiomar tenía los ojos clavados en ella.

El Fedorento se llevó una manzana a la boca y le dio un mordisco furioso. Era menudo y de ingenio avisado, tenía los huesos como alambres y unos cabellos negros que se le pegaban al cráneo. Estaba sentado en el borde del lecho donde yacía Pero el Tiñas y no paraba de revolverse. Su compañero le contemplaba a través de los agujeros de las vendas que abultaban su cabeza. Nadie daba un maravedí por él, pero ahí estaba, resistiendo, haciendo frente a las fiebres, recuperándose del espadazo en la cara.

—No te es cierto, no puede serlo. Él no haría algo así, ¿verdad? ¡No lo haría! —masculló el Fedorento con la boca llena sin dirigirse a nadie en especial.

Estaban en el hospital de pobres de San Miguel, en la rúa do Camiño, uno de los lugares a los que llevaban a los heridos del asedio. Mientras duró el asalto, una hilera de carros de mulas comunicó la ciudad con Rocha Forte, pero ya se había detenido. Desde la llegada del ejército del conde de Lemos, dos días antes, los combates se habían interrumpido. Todo el mundo estaba en tensión, mirándose de reojo, pero nadie atacaba, más allá de una escaramuza aislada o un robo de provisiones.

—No lo haría, ¿verdad? —insistió el Fedorento.

Los heridos llenaban la sala. Los más afortunados descansaban sobre catres, el resto yacía sobre la paja que alfombraba el suelo, entre madres, esposas y parientes que los velaban. Flotaba en el aire un tufo a sangre y humores malsanos, pero el Fedorento ni se daba cuenta. Estaba habituado a la fetidez del pudridero de la ciudad, donde había pasado la mayor parte de su vida, allá por el lado de las tenerías, rebuscando entre tripas y verduras rancias algo que llevarse a la boca.

Claro que eso era antes. Ahora era un *irmandiño* del Loberno. Un lobo. Por eso se le revolvían las tripas cuando escuchaba los chismes de la ciudad.

Habían aparecido tres cadáveres en Compostela. Dos mercaderes y un artesano asesinados. Aparecía uno cada día desde que se lanzó el primer asalto contra la Rocha. Ellos eran cuadrilleros y debían velar por la seguridad, así que muchos les acusaban de no hacer lo que debían. ¡Como si hubieran estado de brazos cruzados en vez de dejándose la piel en el asalto! Era tan injusto que cada vez que lo pensaba se encorajinaba. Peor todavía, se había corrido la voz de que el Loberno había

desaparecido y más de uno se preguntaba si no tendría algo que ver.

—El Raposo dijo que por qué no. Que si había desaparecido antes del asalto era por algo. Y que justo la mañana del asalto apareció el primer cadáver. —El Fedorento meneó la cabeza como si quisiese negar lo que él mismo decía—. Que todo es demasiado sospechoso, que tiene que ser el Loberno el que está matando a esa gente. Pero ¡no puede ser! ¿Por qué haría algo así?

El Tiñas tenía la mirada perdida. El Fedorento suspiró y dio otro mordisco a la manzana.

Tras dejar atrás el cortejo fúnebre, Pedro Osorio apuró el paso de su montura. Por un momento había temido que todo hubiera sido un embrujo, un engaño producido por la tensión del asalto, y que al volver a verla se llevara una decepción. No había sido así. Al contrario, era todavía más hermosa de lo que la recordaba. Había algo en ella que le nublabla la razón y le despertaba un intenso deseo.

Quería hacerla suya. Quería escuchar su voz y acariciar sus pechos, bañarse en aquella mirada verde como el mar.

Cabalgando ensimismado, sonrió para sí. El destino parecía dispuesto a satisfacer sus deseos y se adelantaba a sus propias decisiones. Con un amago de remordimientos, pensó en la orden que le había dado a uno de sus hombres de confianza el día del desastre del río. No había hecho falta que la cumpliera porque aquel ataque traicionero se había encargado de llevarse por delante a Arnao. Y a todos sus hombres. Le parecía irónico alegrarse por ello, pero en cierta forma así era. Al menos, algo bueno había salido del desastre. Le había evitado cometer una acción que le degradaba.

Apretó los dientes. Había abandonado el cerco, con muchas reticencias, por requerimiento de Luis, empeñado en que se reuniera con él en el arrabal de San Pedro de Fóra. ¿Qué estaría tramando su hermano?

De todas formas, la situación en la Rocha permanecía estancada. Desde la llegada de las tropas de Lemos, dos días atrás, ambos ejércitos se limitaban a observarse en la distancia. ¿A qué aguardaba el conde para atacar? Tenía con él soldados de verdad, no un simple rebaño de labriegos y menestrales. Y contaba además con el apoyo de los hombres de los Sánchez de Ávila en la Rocha, que podían atacar por la retaguardia y aplastarlos. ¿Por qué entonces la dilación?

Meneó la cabeza mientras atravesaba la ciudad seguido de cerca por su escudero Roxer, también a caballo. Quería conquistar aquel maldito castillo, solo aquello le permitiría reparar su honor. Por más vueltas que le daba, no entendía por qué le habían dejado con vida cuando el resto de sus hombres estaban muertos. Si los atacantes se habían dado cuenta de que era noble, ¿por qué no se lo habían llevado con ellos a la Rocha para negociar un rescate? Un Trastámara podía suponer una cuantiosa suma para su captor. Y si en la oscuridad no distinguieron su condición,

¿por qué seguía vivo? ¿Había sido una mera cuestión de suerte que todos menos él hubieran muerto? Le costaba tragarse aquel sapo.

Fuera como fuese, el maldito Moscoso se había encargado de humillarle con comentarios ofensivos y medias sonrisas. Por eso había cedido a los requerimientos de su hermano Luis; alejarse unas horas del cerco le vendría bien.

Bien, por eso y por el deseo de ver a Mencía, claro. «Menudo mamarracho estás hecho, Pedro —se recriminó—. ¿Cómo puedes estar pensando en faldas en un momento como este?». Bufó audiblemente, asustando a una vieja que pasaba cargada con un cubo de despojos, pero no podía quitarse de la cabeza a la muchacha.

—¿Decís algo, mi señor? —Su escudero lo miraba con expresión preocupada.

—Nada, Roxer, nada.

El arrabal de San Pedro de Fóra bostezaba a la luz del sol. Algunas miradas torvas desde las sombras, algún perro famélico revolviendo entre las basuras y poco más. Sin peregrinos, Santiago era una vaina sin grano.

Localizó sin dificultades el edificio que buscaba.

—Me están esperando —espetó al matasietes que vigilaba la entrada. Y después, dirigiéndose a Roxer, le pidió que aguardara allí. Notaba una rana en las tripas, la sensación de que caminaba sobre arenas movedizas. Demasiadas cosas pendían de un hilo.

La estancia se hallaba a media luz, iluminada por unas candelas sobre la mesa. Tras los postigos, la noche había caído ya y las calles permanecían vacías.

—Esa es la situación de Compostela. —El loberno se hallaba sentado en compañía del notario Xoán Branco y un grupo de alcaldes y cuadrilleros de la hermandad de Betanzos. Observó los rostros barbados, las expresiones graves, y tragó saliva antes de proseguir, incómodo ante tanta atención—. El conde de Lemos se aproxima, a estas alturas ya debe de estar a las puertas. Quizá ya esté todo decidido, pero también es posible que la hermandad resista tras las murallas de Santiago. Necesitamos vuestra ayuda.

Unos asentían, otros dudaban. Murmuraban entre sí, los semblantes graves.

—¿Qué podemos hacer cuando nuestra propia Irmandade está en manos de Fernán Pérez de Andrade? —dijo el herrero Fernando Sobrado. Tenía una voz profunda que parecía retumbar contra las paredes de la estancia—. El hideputa simuló apoyarnos, pero solo para deshacerse de Gómez Pérez das Mariñas, el señor de Suevos. Nos hemos librado de la banda de los Esquerdos, es cierto, pero ahora los enfrentamientos entre los hombres de uno y otro asolan el alfoz.

Estevo recordó los campos quemados, las tierras sin cultivar. Betanzos rebosaba de campesinos de las aldeas cercanas que habían acudido a la villa en busca de protección.

—Mariñas es hombre del rey —intervino Gonzalo de Vilasuso—, es el

gobernador de la villa nombrado por Su Alteza. Y Andrade nunca lo tragó. Ahora que el rey ha denegado la hermandad ya ni se preocupa por disimular... Sigue hablando de confraternidad, pero es él quien domina la Xunta. Nada se hace sin que él lo apruebe. Estamos amordazados, mal que nos pese.

Estevo escuchaba con el alma en vilo. Él no sabía nada de Andrades ni Mariñas, pero sí sabía que Santiago estaba a punto de caer. Tenía que convencerlos como fuera.

—Acudimos cuando nos necesitabais —dijo—. La hermandad de Santiago os apoyó.

Un silencio apesadumbrado siguió a sus palabras, un mesar de barbas y dudas.

—Debemos hacer algo —habló al cabo Xoán Branco—. Es cierto que Santiago nos ayudó, pero lo es más que si la Irmandade fracasa, los señores recrudescerán sus desafueros. Volverán los tiempos de los malhechores. Si Santiago triunfa, habrá llegado el momento de que los menudos gobiernen el reino. Esta vez de verdad, sin tutelas de caballeros como el de Andrade. ¿Quién dijo que el camino sería fácil? —Alzó la mirada y la paseó por los allí reunidos.

Sus palabras eran suaves, reflexivas; sus ademanes, gentiles, pero su convicción era tan firme que todos guardaron silencio. Estevo los observó: el escribano Carballido con la mano en el mentón, la mirada perdida; el herrero asintiendo inconscientemente; Roi de Toar mordiéndose los labios.

—Podría hacerse en secreto —aportó uno de los mercaderes—. Reunir algunos hermanos y salir de la villa sin que Andrade se percate...

El antro, por fuera, no se diferenciaba de los demás que atiborraban el arrabal de San Pedro: una construcción tosca de madera y piedra, dos pisos con buhardilla y una taberna del montón en la planta baja. El barrio entero estaba preñado de tales covachas, a medias hospederías, a medias lupanares, en los que barraganas de ínfima categoría y escuálidas muchachas campesinas alquilaban sus carnes por un mendrugo de pan y unos cobres para sus chulos de mancebía. Era la parte sórdida de la ciudad, la Compostela miserable, al acecho de la que se tenía por santa, un espectáculo de cucarachas y ratas triponas, un lugar que a Pedro jamás se le ocurriría visitar. Pero que su hermano Luis, al parecer, cumplimentaba con frecuencia.

Para su sorpresa, la impresión de miseria se desvanecía al acceder al primer piso del tugurio. Ahí una exuberancia de paños y tapices, dorados, granates. El pasillo y las habitaciones estaban alfombrados con juncias, tomillos y otras hierbas olorosas. Un pebetero dejaba escapar aromas demasiado dulzones para su gusto. Los muebles recargados, los tapices de ninfas semidesnudas, toda la decoración semejava una parodia desafortunada del buen gusto. «Un lupanar para mercaderes acomodados», decidió.

El valentón que le guiaba le condujo ante una puerta, la abrió para él y se quedó

fuera. Pedro entró sin tenerlas todas consigo. En el interior, dos muchachas desnudas, con los cuerpos relucientes por los afeites, movían lánguidamente sus caderas al compás de la música que interpretaba una tercera. Era una visión tan inesperada y seductora que se detuvo en seco.

—¿Qué diantres...? —Pero entonces distinguió a su hermano Luis recostado en un diván de estilo moro. Ajeno a su presencia, se dejaba cabalgar con furia por una hembra de voluminosos pechos. Pedro se enojó—: ¿Para esto me has convocado?

Una de las danzantes se le acercó. Tenía el pelo castaño y una bonita cara, los pechos pequeños y el vientre todavía plano de la primera juventud. Alargó su mano y le acarició el torso con una mueca lasciva mientras le susurraba al oído:

—Mi único deseo es servirlos, mi señor.

Pedro, con evidente turbación, notó que le crecía el miembro bajo las calzas.

«Por el Cristo», se dijo con cierta vergüenza, a punto de atrapar con sus manos la promesa de aquellas caderas.

Apartó a la muchacha con brusquedad.

—Estás como una cabra, Luis... —masculló de mal humor, hipnotizado por el frenético ritmo de la hembra que cabalgaba a su hermano.

Luis Osorio tuvo una convulsión. Su cara se crispó de puro placer y durante un instante cerró los ojos, saboreando el momento, con la boca entreabierta. Era una imagen obscena, pero Pedro no conseguía apartar la mirada. Tras dejar escapar un largo jadeo, su hermano le dio una palmada a la mujer, que se levantó y se apartó a un lado. Se volvió entonces hacia él y le sonrió beatíficamente, tan satisfecho como un mendigo después de un banquete.

—Espero que tengas un motivo de peso para convocarme a este antro —dijo Pedro, pensando que su hermano siempre anteponía el placer a cualquier otra consideración—. No sé si te has dado cuenta, pero ahí fuera estamos librando una batalla.

—No seas aguafiestas, Pedro, que no te arrepentirás de haber venido. Nuestro común amigo maese Gabriel, amo y señor de esta distinguida mancebía, quería mantener una conversación contigo, eso es todo. Una conversación privada; ¿y qué mejor lugar que este? —Señaló con ambas manos la estancia.

El Arcanxo estaba sentado en un sillón de cuero en una esquina, observándole. Había permanecido tan quieto y silencioso que Pedro no había reparado en él hasta ese momento. Allí recostado, el talle elástico y el cuerpo espigado, la color tan pálida como la nieve y la pelambre de oro pálido, semejaba una cobra acechando a su presa.

Le desagradaba ese sujeto, sus sonrisas taimadas y el hielo de sus ojos. No se fiaba de él, y en más de una ocasión había intentado convencer a su padre de que prescindiera de sus servicios. Hasta el momento les había sido útil para contener a Bernal, pero la situación había cambiado.

Pese a la sorpresa, Pedro no se iba a dejar amilanar tan fácilmente. Decidió jugar un poco.

—He de reconocer que tu desahogada situación me sorprende, Gabriel —dijo con mayor desenfado del que sentía—. Daba por hecho que ese tal Loberno había desbaratado tus fuentes de ingresos, pero... —Hizo un gesto vago abarcando los aposentos.

En realidad, sabía que no era ni mucho menos así. En el palacio arzobispal, en un arcón de madera labrada, su padre había encontrado documentos que mostraban que don Rodrigo de Luna era propietario de la mayor parte de los edificios de la ciudad que alojaban mancebías. De ahí a deducir que el Arcanxo, en realidad, no era más que el administrador de los lupanares en nombre del arzobispo solo había un paso. Por eso Gabriel había apoyado a los Trastámara: con esa maniobra, el rufián buscaba librarse de la tutela de un señor que se quedaba con una considerable parte de sus ingresos. Ingresos que cobraba íntegros desde que el arzobispo había huido de Compostela.

El Arcanxo entrecerró un poco más los ojos y en la comisura de sus labios apareció una mueca de diversión.

—¿Y esa posibilidad os placía?

A Pedro casi le entraron ganas de reír. Dio unos pasos y se sentó en un sillón cerca del Arcanxo. El tipo era listo, eso estaba claro.

—Me temo que tienes mucha imaginación. —Se encogió de hombros.

—Ese Loberno, como lo llamáis, no es más que una pulga, don Pedro. Unas cuantas picaduras no hacen daño a nadie. Si le he dejado en paz hasta ahora fue porque vos lo sugeristeis, por el bien, supongo, de esa hermandad vuestra. —Hizo un ademán displicente—. Aunque me da la sensación de que la hermandad no parece tener muy buena salud. Esos asesinatos están provocando gran inquietud...

Pedro sabía a qué se refería, por supuesto. Tres villanos asesinados en tres días y nadie sabía quién estaba detrás.

—Son un problema. —Le preocupaba lo que estaba pasando. El único motivo que justificaba la creación de una hermandad era garantizar la justicia, la paz y la seguridad, pero si continuaban esos asesinatos, ¿cómo podrían defenderla ante el rey?

—Un problema vuestro, no mío. —El Arcanxo fingía despreocupación.

—¿Estás seguro, Gabriel? Tenemos al ejército de Lemos a las puertas y solo Dios sabe por qué no ha atacado todavía. Si la hermandad permanece unida, tendremos una oportunidad de librarnos de ellos, pero si los villanos empiezan a pensar que la Irmandade no ha cambiado sus vidas para mejor...

—Comenzarán a abandonarla.

—Exacto. Y el arzobispo regresará. Un asesino suelto no es la mejor bandera.

—Dicen que el Loberno desapareció el día en que comenzó el asalto a la Rocha, el mismo en que mataron al primer artesano. Y que nadie lo ha visto desde entonces. —El Arcanxo no apartaba la mirada de él, los ojos entrecerrados—. Es una curiosa coincidencia, ¿no os parece?

Aquello sorprendió a Pedro.

—¿Estás seguro? ¿Puede tener algo que ver? —Le parecía difícil de creer. Había visto varias veces al Loberno aquí y allá, en la ciudad, con sus lobos, como les llamaban. A fin de cuentas, era un cuadrillero y él, Pedro, el capitán general de la hermandad dentro de Santiago. No le había parecido alguien capaz de asesinar a sangre fría a nadie.

—Supongo que lo mejor que podemos hacer es atraparlo y que él mismo resuelva la duda. Si no lo he hecho es porque vos me pedisteis que lo dejara en paz.

Reflexionó sobre las palabras del Arcanxo. Estaba claro que le interesaba librarse del Loberno. Necesitaban atrapar al asesino, fuera quien fuese. Y la desaparición del cuadrillero lo convertía en sospechoso.

De repente comprendió la jugada del mayordomo.

—Eres tú quien está difundiendo esos rumores.

El Arcanxo ni siquiera pestañeó.

—Digamos que me gusta adelantarme a los problemas.

Demontres. Volvió a experimentar una mezcla de fascinación y repulsión. Lo observó con atención. Con razón su padre había pensado que el Arcanxo podía ser un enemigo endiablado... o un aliado valioso. Era artero como una zorra preñada, pero no le faltaba razón. Fuera el Loberno el asesino o no, necesitaban un culpable para que la hermandad tuviera la sensación de que estaban haciendo algo. De ese modo, al menos, ganarían tiempo mientras averiguaban qué estaba pasando realmente.

—¿Qué propones?

El Arcanxo cogió una copa de una mesita adyacente y se la llevó a los labios.

—Los esfuerzos de mis hombres por localizar al Loberno serían más eficaces si algo los estimulara.

—¿A qué te refieres?

—Si ofrecierais una recompensa por el Loberno, digamos mil maravedíes, no solo animaríais la caza. También crecería vuestra fama de grandes defensores de la hermandad.

Así que a eso se reducía todo. No tenía que sorprenderse. Pero quizá esa recompensa sirviera para acrecentar la popularidad de los Trastámara y, con algo de habilidad, también para desprestigiar al Moscoso. Mil maravedíes —el sueldo de un oficial artesano de todo un año, calculó— eran un escaso peaje por ganarse un aliado.

—Mil maravedíes que te embolsarás tú —replicó.

El Arcanxo se encogió de hombros.

—Digamos que es una forma de resarcirme por las pérdidas que sufrí por vos. Pero cumplirá su función igualmente.

—¿Y cómo lo harás?

—Eso dejádmelo a mí.

—¿Como dejamos en tus manos a Bernal?

Una ancha sonrisa le desconcertó.

—Por fin llegamos a lo importante. Hasta ahora han sido mis hombres los que

han frenado al Moscoso..., pese a vuestro desastre de la otra noche.

La alusión al ataque del río le encrespó, pero consiguió apretar los dientes y mantener la calma.

—Los hombres de Ávila nos atacaron por sorpresa.

—¿Estáis seguro de que fueron los hombres de Ávila?

—¿Qué quieres decir?

El Arcanxo afiló una fría sonrisa.

—Don Luis, decídselo vos, si sois tan amable.

Pero el canónigo, tras el esfuerzo amatorio, dormía plácidamente en el diván. Pedro envidió la capacidad de su hermano para disfrutar de la vida sin más preocupaciones que satisfacer sus apetitos.

—En fin, lo haré yo. No fueron los defensores del castillo, don Pedro. Tengo un infiltrado entre los Moscoso y, según él, fueron los hombres de Bernal los que os atacaron.

Muy a su pesar, el estupor le abrió la boca. La cerró al punto mientras su cabeza volaba analizando lo sucedido.

—Eso explicaría por qué me dejaron con vida. ¿Puedes demostrarlo? —Si desvelaban aquello, el Moscoso estaría perdido. ¡Por todos los diablos! ¿Sería cierto? ¿Sería Bernal el culpable de la muerte de sus hombres?

—Tse, tse. Pensadlo bien, don Pedro.

—¿Pretendes hacer como si no hubiera pasado nada? —Era su honor el que estaba en juego.

—Lo que pretendo es aguardar el momento justo. Para hundir definitivamente a los Moscoso hay que restarles apoyos poco a poco. Con calma.

—¿Cómo? —Estaba claro que el Arcanxo lo tenía todo pensado.

—El cargo de capitán general de la hermandad permite a don Bernal repartir mercedes entre los suyos como si fueran agua bendita. ¿No consiguió el nombramiento de procurador para ese posadero, Cabreiro? Un puesto muy lucrativo, por cierto, al cargo del cobro de impuestos. Y ese Cabreiro tiene un hijo.

A Pedro le dio un vuelco el corazón. «Y una hija».

—¿Adónde quieres llegar? —Ahora sí que se había perdido.

—Martíño es un sujeto ambicioso. Está dispuesto a hacer lo que sea por entrar en la carrera eclesiástica, pero no como un simple párroco. Su ambición es hacerse con un beneficio del cabildo. Y, para nuestra fortuna, no se le ocurrió mejor cosa que acercarse a don Luis.

—¿Eso qué tiene que ver con Bernal?

—Pensadlo. Si Martíño acusa a su padre de meter la mano en la caja de los tributos, los Moscoso no saldrán muy bien parados, pues ellos lo nombraron. ¿Quién nos dice que no son sus bolsillos el destino final de esos dineros? —Se inclinó hacia delante en el sillón y Pedro se descubrió atrapado por la intensidad de su mirada—. Pero hay que encontrar el momento oportuno. Tened paciencia, yo me encargaré del

Loberno y de los Moscoso. Solo se trata de esperar un poco más. Después, vuestra familia estará al frente y los compostelanos os seguirán como corderillos. Confiad en mí.

«Antes confiaría en una víbora», pensó Pedro mientras analizaba las implicaciones de cuanto acababa de escuchar. Mencía. ¿Sacrificaría a Mencía por su familia? Atacar a Cabreiro acabaría con ella.

Pero también pondría a Bernal en sus manos. Si sabían manejar bien la situación, se librarían de una vez por todas de los Moscoso. Santiago estaría en sus manos. Definitivamente.

—¿Y tu precio, Gabriel? Dudo mucho que te conformes con esos mil maravedíes.

—¿Mi precio, don Pedro? ¿Qué te estáis dispuestos a conceder a quien os libre de vuestros rivales y os entregue la ciudad?

—Decidlo de una vez.

—Me nombraréis procurador en sustitución de Cabreiro, me concederéis una casa fuerte... y me armaréis caballero.

Pedro recibió la demanda con estupor. Pero ¿qué se había creído, cómo osaba? ¡Caballero un rufián de su calaña!

Sin embargo, le entraron ganas de reír. Acababa de comprender que tras aquella fachada de hielo y prepotencia el Arcanxo era como los demás: ansiaba convertirse en lo que no era. En lo que solo un caballero podía concederle.

—Mi padre nunca lo aceptaría —rechazó.

—En ese caso...

—Pero yo quizá sí. —Él también había sido armado caballero. Y aquella era la trailla que ataría el perro a su mano. El Arcanxo no le gustaba, pero para hacerse un nombre no era suficiente con el coraje en la batalla. Había que tener aliados en todas partes. Aliados propios, no solo de la familia.

El mayordomo trabó su mirada con la de Pedro, sopesando las implicaciones de lo que acababa de oír.

—¿Y vuestras condiciones?

Se relajó. Lo tenía en sus manos. «Ahora me toca a mí».

—En primer lugar, Gabriel, recuperaremos el acuerdo que mantenías con el arzobispo Luna.

La fugaz expresión de sorpresa del mayordomo le hizo apretar los labios para que no percibiera su satisfacción.

—¿Qué queréis decir? —murmuró el Arcanxo, la voz tan tensa como la piel de un tambor.

—Sabes bien lo que quiero decir. Me entregarás las dos terceras partes de tus beneficios de las mancebías. A mí, Gabriel, no a mi familia. A cambio tendrás inmunidad. Además, te convertirás en procurador y te armaré caballero con casa y estado.

El mayordomo le mantuvo la mirada largo rato.

—La mitad.

«Has mordido el cebo, Arcanxo».

Simuló meditarlo.

—La mitad, sea —dijo al cabo. Aquello le permitiría a él, Pedro Osorio, disponer de unas rentas holgadas. Rentas que alejarían la penuria de su condición de segundón —. Y, cuando te arme caballero, me jurarás lealtad como vasallo.

Un brillo de... ¿admiración? en las pupilas.

—Así será.

Pedro sonrió, relajándose.

—Ahora explícame con detalle tus planes.

No eran muchos, apenas medio centenar. La mayoría vestían gámbax de cuero forrados con estopa o trapos viejos, y solo unos cuantos, como el herrero Fernando Sobrado, portaban lorigas o casacones de armar, de cuero con placas de hierro. También distinguió algunos bacinetes y seseras, unas grebas aquí, unas canilleras allá, una mezcla heterogénea de guadañas de armas, espadas, dagas, hondas y arcos.

Formaban un ejército desgarbado, de rostros sudorosos y edades dispares, reclutado con sigilo y celeridad: aprendices, labriegos y artesanos que habían ido abandonando la ciudad en grupos y por distintas puertas para no alertar a la guarnición.

Estevo avanzaba al frente, junto al herrero, que ejercía de capitán. Tras ellos iban los hermanos, unos pocos caballos y unas cuantas mulas con bastimentos, las mujeres con capachos de provisiones, gallinas, patos y verduras. Su intención había sido partir de madrugada, pero entre unas cosas y otras no consiguieron ponerse en marcha hasta bien pasado el mediodía, y el sol ya se estaba poniendo. Estevo notaba el cansancio en los huesos; además, le habían salido varias ampollas en los pies tras la caminata para llegar a Betanzos. Pese a ello, se encontraba animado. Quizá los hermanos de Betanzos no supusieran gran diferencia, pero confiaba en que los juglares hubieran conseguido levantar también a las hermandades de Muros y Noia. Estaba inquieto, deseoso de saber qué había pasado en la ciudad en su ausencia.

—Debemos buscar un lugar para acampar —dijo el herrero.

Un poco más adelante alcanzaron un ribazo que descendía hasta un río. El agua corría entre rápidos mientras un rumor de libélulas y moscardones flotaba en el aire calmo de la tarde.

—Nos detendremos aquí —ordenó.

Estevo apretó los dientes. Por él habrían seguido marchando toda la noche. Notaba en las tripas un apremio, un barrunto indefinido.

—¿No sería mejor que nos alejáramos un poco más de Betanzos?

Fernando Sobrado se rascó la barba y examinó a los hombres.

—Nos hallamos a unas buenas tres leguas. La tarde ha sido calurosa, los hombres

están cansados y aquí tenemos agua fresca.

—¿Cuánto falta para Santiago?

El hombretón contempló el río, pensativo.

—Dos jornadas, con suerte. Una larga si viajas solo.

Estevo asintió con renuencia y se acercó al río. La comezón persistía, pero se encogió de hombros. Tenía razón, ese era un buen sitio. De nada serviría que llegaran exhaustos a Santiago.

Pronto, la corriente se convirtió en un alboroto de cuerpos, risas y jadeos. Un poco más abajo del campamento había una pequeña cascada que muchos utilizaron para refrescarse. Estevo se dejó caer en la hierba de la orilla y contempló cansado la escena. Los últimos rayos de sol asomaban por el oeste, un cielo de rojos matices que bañaban la tarde de melancolía.

Se le cerraban los ojos.

Despertó de súbito, rodeado por la noche. Todavía estaba tratando de recordar dónde se hallaba cuando oyó los gritos. Comprendió inmediatamente lo que sucedía: estaban atacando el campamento.

Se puso en pie a toda prisa mientras buscaba la espada con precipitación. De las sombras salían relinchos y alaridos. Distinguió un círculo de antorchas. De pronto percibió una masa oscura que se abalanzaba sobre él, una bestia acorazada con el yelmo emplumado. Un caballo de guerra. Echó a correr en la negrura, con el corazón en un puño, sin pensar hacia dónde se dirigía, desorientado, desesperado por escapar de su perseguidor.

Sintió un impacto en la espalda y le sobrevino un dolor intenso, agudo. Un filo abrió brecha en sus carnes, le atravesó la espalda, lo arrancó del suelo, lo lanzó hacia delante.

El frío del agua le golpeó y entumeció sus sentidos. Luchó contra la corriente, tratando desesperadamente de aferrarse a las rocas, pero la fuerza del agua le arrastraba, le arañaba la piel, le magullaba la carne, le desgarraba el cuerpo.

Manoteó, pero no conseguía agarrarse a nada. Tragó agua, la escupió, pateó intentando hacer pie, sintió que le faltaba el aliento. «La cascada», acertó a pensar.

Un vacío bajo los pies.

Su cuerpo cayendo como un fardo.

El impacto brutal de su cabeza contra una roca.

Un destello de dolor.

Nada más.

CUARTA PARTE

La ciudad de los halcones

De septiembre de 1459 a enero de 1460



¿Es esta la voluntad de la Irmandade?

EL FARRAPOS se rascó la cabeza y escrutó la ribera desde su escondrijo entre los árboles. Comenzaba a clarear. Era la hora en que los gallos rompen a cantar y las campanas de las iglesias tocan anunciando el nuevo día. O al menos así había sido en otra vida. Hacía mucho tiempo que no se oían gallos ni campanas en la comarca.

Durante la noche, un manto de nubes negras había cubierto el cielo. El otoño se acercaba.

—Mierda de nubes —masculló. No le gustaba el otoño. No le gustaba el frío, la lluvia ni el hambre. Y el invierno era todavía peor.

El apodo le encajaba bien al Farrapos. Era un hombre enteco, un pellejo hambriento que se cubría con retales de pieles mal curtidas. Tenía la faz consumida, los huesos prominentes y el pelo escaso, pero conservaba sus buenos seis o siete dientes, algo por lo que daba gracias a Dios. Un diente era un regalo del Señor, y él tenía media docena. Media docena de regalos. «Pa quejarse».

Un ruido a sus espaldas hizo que se volviera como una centella.

—¡Shhh!

Los demás aguardaban impacientes. Todos habían oído el jaleo de la noche anterior. Como para no enterarse. Los relinchos de los caballos, el ruido de espadas, los gritos. Las antorchas como un círculo de espectros.

Y, donde las espadas cantaban, quedaban despojos.

La luz del alba comenzó a desvelar los secretos de las tinieblas. Cuerpos rotos y bultos dispersos; un hedor a sangre, heces y vísceras flotaba sobre el prado como los vapores malsanos de una ciénaga. Los pobres diablos no habían tenido ninguna oportunidad. Los habían atacado cuando dormían y muchos ni siquiera habían tenido tiempo de despertarse.

Los hombres del señor de Andrade. Los indicios eran claros: aquí una gualdrapa con su escudo de armas, allá una sobreveste desgarrada. Escasas pruebas, pero el Farrapos no necesitaba ninguna: conocía bien los modos de Fernán Pérez de Andrade. Los había sufrido en carne propia. Se preguntó qué habrían hecho aquellos pobres diablos para incomodarlo. Pero eso, al cabo, no era cosa suya.

Los cuervos habían comenzado ya su trabajo. Que los cuervos comieran era señal de que no había peligro. De todas formas, se persignó, no fuera el diablo.

Buscó a los suyos entre los árboles.

—¡Despejado!

Uno tras otro salieron del bosque hombres, mujeres y niños harapientos. Se

dispersaron por la ribera y empezaron a despojar a los cadáveres de sus ropas y avíos. El Farrapos los vio hacer mientras escrutaba el sendero. Alerta, siempre estaba alerta.

Había sido una escabechina concienzuda. El de Andrade no solía dejar testigos. Y, fuera cual fuese el motivo, no había sido el saqueo. Por todas partes había fardos y cestas con vituallas.

La desgracia de unos era la suerte de otros, así era la naturaleza de la vida. Aquellos víveres les permitirían sobrevivir al invierno del bosque. Fugaz como una exclamación se le pasó por la cabeza un tiempo que creía enterrado. El tiempo en que dormían bajo techo, cultivaban los campos, rezaban al Señor los domingos y fiestas de guardar y cumplían con los tributos.

Sacudió la cabeza con enojo. ¿Qué sentido tenía recordar aquello? ¡Pensar que entonces se tenían por míseros!... Pero la brutalidad de los caballeros les había sacado de su error. El Farrapos no pretendía entender el mundo. Solo quería que él y los que de él dependían sobrevivieran. Pero el bosque y el invierno se cobraban su tributo año tras año. El anterior había perdido a siete.

—¡Farrapos!

La Xoana le hacía señas de que se acercara a la ribera, aguas abajo.

—Este todavía respira.

Examinó el cuerpo. Un joven de unos dieciséis o diecisiete años con un profundo corte en la cabeza y un tajo en el costado. Estaba magullado por todas partes. Tenía la piel desgarrada y, probablemente, varias costillas rotas. Yacía boca arriba y su respiración era tan tenue como el aliento de un gorrión.

Era un milagro que siguiera vivo. Si hubiera caído boca abajo, a esas horas estaría muerto, asfixiado por el barro. Pero ese mismo barro había taponado el corte en el costado y evitado que se desangrara.

Se puso en pie y se cruzó el pecho con la señal de la cruz.

—No hay nada que hacer. —No viviría para ver otro día. Y, aunque lo hiciera, no podían permitirse alimentar otra boca más.

La mujer observaba al herido con expresión de profundo pesar.

—Te es tan buen mozo...

El Farrapos no pudo evitar una mueca. La Xoana vivía para cuidar a los demás, como una mamá gallina con sus polluelos. Pero sus polluelos yacían bajo tierra, asesinados por los hombres que habían asaltado su aldea. Habían pasado años y la mujer todavía los lloraba.

—No sobrevivirá.

—Gracias a estos *pobriños*, este invierno tendremos comida.

El Farrapos examinó la ribera. Los suyos estaban cargando fardos, ropas, armas. Un día afortunado. Deberían dar gracias a Dios.

Se encogió de hombros.

—Tú lo cuidarás.

La Xoana asintió. Cuando sonreía parecía casi hermosa.

Un cielo de nubes grises sobrevolaba Compostela. Tres días llevaban de septiembre y el verano ya huía, hurtaba sus calores e instalaba sobre los tejados un frío húmedo. El padre Vasco Martíns salió temprano del monasterio de Antealtares y se dirigió a la catedral para officiar misa. Tras largas semanas de cielos despejados y calores había comenzado a caer una lluvia menuda.

Sentía la humedad en los huesos. Los pies y la rutina guiaban su cuerpo, pero su espíritu se hallaba muy lejos de allí. «*Dulce bellum inexpertis*», hermosa es la guerra para los que no la han vivido. Las palabras del Píndaro revoloteaban incómodas en su cabeza. Así lo habían creído cuando la imaginaban, que la guerra sería una dulce liberación.

Pero la guerra estaba en las puertas y había dejado de ser dulce. Los asaltos a Rocha Forte habían dejado un rosario de muertos y heridos. Los heridos gemían en el hospital, los deudos lloraban ante las tumbas de sus seres queridos y la parálisis sobrecogía los corazones. Por todas partes brotaban desconfianzas y temores. Se hablaba de espías y de señales, de centellas en el cielo y de castigos divinos. ¿Estaba Dios con el arzobispo? La duda alimentaba los miedos. La ilusión de los hermanos se teñía de amargura y él no sabía qué hacer. El ejército del conde de Lemos permanecía al acecho y la ciudad contenía la respiración.

La noche anterior había llegado un mensajero con noticias que le habían impedido dormir. Los maeses Guímaro y Goros habían sido traicionados por un felón en la villa de Noia cuando recababan apoyo para salvar Compostela. Los hombres del arzobispo les habían tendido una celada. No podía dejar de pensar en el destino que les esperaba a los juglares en manos de Luna.

Entró en la praza do Paraíso. En otros tiempos aquel espacio era el corazón del burgo, con sus puestos de cambiadores, sus ciegos mendigando y sus pícaros al acecho del peregrino. Pero en ese momento los cambistas languidecían en sus puestos sin nada que hacer más que recontar sus monedas.

Un alboroto le arrancó de sus cavilaciones. Frente a la entrada de la Corticela, un monje de anchas mangas, sandalias mal ajustadas, hábito grosero y panza bien cebada se dirigía a un coro de piadosas gentes que, de rodillas, como si se hallaran ante el mismísimo Salvador en la cruz, contemplaban algo que tenía en sus manos. Frunció el ceño al reconocerlo: era un sarabaíta, uno de esos monjes relajados que vivían por su cuenta, sin prestar obediencia a regla ni superior alguno, llenándose el bandullo con la credulidad de las gentes.

Se acercó hasta oír sus palabras.

—... pues esta sagrada reliquia ha obrado milagros incontables por el mundo, ha bastado su contacto para que los ciegos vieran y los desahuciados recuperaran la salud. ¿Qué puede haber más sagrado que una pluma del mismísimo arcángel san Miguel, que por encargo de Dios Nuestro Señor está al frente de las huestes que combaten a Lucifer? ¿No ha de obrar milagros tal maravilla en quienes, como

nosotros, luchamos contra la encarnadura del diablo, ese arzobispo felón? ¿Quién de vosotros quiere asegurar la vida de sus seres queridos convirtiéndose en poseedor de esta pluma?

Notó que le cegaba la ira, pero hizo un esfuerzo para calmarse.

—¿Me permitís contemplar de cerca tan asombroso objeto?

El rostro del sarabaíta se demudó al verle, pero era un trapalón habituado a los embustes y la falsedad, y una sonrisa piadosa iluminó su faz.

—Venerable padre, con gusto lo haría. Pero habéis de comprender que tan sagrada reliquia ha de ser tratada con extremo cuidado.

Mientras el otro hablaba, Vasco Martíns atravesó el círculo de devotos y agarró la pluma con un movimiento inesperado. Cogido de sorpresa, el sarabaíta amagó una reverencia, como si él mismo hubiera decidido cedérsela. Un murmullo de espanto sacudió al público. Temían que pudiera dañar la reliquia.

La examinó con fingida atención.

—Por lo que parece, el arcángel san Miguel tiene las patas amarillas y un pico afilado.

Se levantó un bisbiseo de inquietud, pero el charlatán no dio su brazo a torcer.

—¿Quiénes somos nosotros para dudar de la sabiduría divina? ¿Acaso no es esta una muestra de que las aves del cielo son ánimas benditas, suspiros divinos cuya misión es recordarnos la belleza de los ángeles? ¿No será al revés, venerado padre? ¿No será que las gaviotas están hechas de la misma materia que los ángeles? —Y sonrió beatíficamente, las palmas unidas en oración.

El murmullo de las gentes iba en aumento. Observó que muchos asentían, arrebatados por la fuerza de sus palabras. Le cegó la ira.

—¿No veis que este farsante solo pretende embaucaros? ¡Si buscáis la intercesión divina, entrad en el templo del Señor y rezad vuestras oraciones!

—Y de paso llenaréis las insaciabiles arcas de la Iglesia —apostilló el otro ladinamente.

—¿Cómo osáis...?

No terminó de hablar. De entre los fieles se alzó una voz:

—¿Quién sois vos para recriminarnos nuestra fe, padre? —espetó un zapatero que más de una vez había acudido a Vasco Martíns en busca de consejo—. ¡Confiábamos en vos, pero nos habéis traicionado! ¿Quién trajo a ese Loberno a Santiago sino vos? ¡Y ahora lo protegéis mientras honrados artesanos pagan su codicia con la vida! ¿O es que planeáis guardaros los mil maravedíes que el conde ofrece por su cabeza?

Vasco Martíns se quedó con la boca abierta, anonadado por lo injusto de la acusación. Los rumores volaban por las calles. Decían ya abiertamente que el causante de aquellos asesinatos era el Loberno, al que nadie había visto desde el primer día del ataque a la Rocha.

—¡Dejadnos en paz, padre! ¿Hacemos mal buscando el consuelo divino?

—¡Largaos!

El charlatán le contemplaba con una media sonrisa en los labios.

—¡No podéis dar crédito a esos bulos! ¡El Loberno jamás haría daño a nadie! — exclamó, desconcertado—. ¿Acaso no os ha protegido del Arcanxo?

—Entonces ¿dónde está, padre? ¿Por qué se esconde? ¡Entregadlo para que sea juzgado!

La misma duda que le carcomía por dentro desde hacía días. Sacudió la cabeza, confuso, mientras arreciaban los gritos. Trató de hacerse oír por encima de la algarabía.

—¡No sé dónde está, pero estoy seguro de que hay una explicación! Su paradero nada tiene que ver con esta... —señaló al fraile, que permanecía impertérrito a su lado, las manos en oración y expresión beatífica— esta mamarrachada. ¿Es que no distinguís una pluma de gaviota cuando la tenéis delante?

Un grupo de caballos irrumpió en la plaza. Reconoció al frente al grandullón de Roxer, el escudero de Pedro Osorio. Su presencia tuvo la virtud de sosegar los ánimos.

—Padre Martíns, debéis acompañarme. La Xunta da Irmandade os espera. Ha convocado a los alcaldes y cuadrilleros.

—¿La Xunta? —preguntó extrañado, pues no estaba prevista ninguna reunión ese día—. ¿Qué ha pasado?

—Han llegado unos emisarios del arzobispo, padre. Piden parlamento.

El campo de Mazarelos se abría nada más traspasar las murallas por la Puerta del Mercado, en el sudeste de la ciudad. Era un espacio amplio y generalmente despejado, aunque en aquel momento estaba a rebosar. La muchedumbre de ganapanes, pillastres, esportilleros y pobres de pan pedir con sayos cortos, camisas y bragas hasta las rodillas contrastaba con el grupo de mercaderes y burgueses acomodados que vestían sobretodos con mangas acuchilladas, gorros emplumados y túnicas ribeteadas. Aquí y allá se veían también las sobrevestes blancas de los cuadrilleros y, en el centro de la plaza, los paños bordados en oros, los dedos ensortijados, los pechos cargados de collares y las espadas al cinto de los nobles.

Pedro Osorio, a la diestra de su padre, apartó la mirada de la multitud y la volvió hacia el grupo que tenía delante. Desde el arco de Mazarelos, la gente había abierto un camino para dejar paso a una tropa armada, que acababa de atravesar aquel mar con evidente incomodidad. Se trataba de una delegación del arzobispo presidida por dos clérigos de mediana edad: el arcediano de Nendos don Fernando de Castro y el licenciado Francisco Rodríguez de Toledo, maestrescuela de la catedral. Ambos habían escapado de Compostela tras declararse la hermandad. Ambos regresaban ahora como emisarios del arzobispo felón.

Su padre dirigía el parlamento mientras el gentío aguardaba sin dejar de murmurar. Los más adelantados aguzaban el oído y pasaban a los de atrás las hebras

sueñas de cuanto allí se exponía. Se daban cuenta de que algo gordo se cocía en el caldero y no querían perderselo.

Y tenían razón, Pedro lo sabía bien.

—A todos conviene, conde. —El arcediano era de maneras suaves y voz calmada, reflexiva—. Pensadlo bien, una tregua no solo beneficiará a mi señor el arzobispo, también a vos.

Su padre escuchaba impertérrito. Era consciente de que toda la plaza le observaba. «Ah, padre, qué gran comediante estáis hecho...», pensó Pedro, pues sabía que todo aquello no era sino un paripé. Un paripé perfectamente orquestado e interpretado, hasta el momento.

—¿Por qué habríamos de acceder? —preguntó su padre muy erguido, imponente en su dignidad, la mano sobre el pomo de la espada. Alzó la voz para que la multitud le oyera—. Es la Rocha la que está asediada, y sabéis que no tardará en caer.

Un suspiro colectivo. El arcediano le mantuvo la mirada. También él era un gran fingidor.

—Olvidáis que las fuerzas del conde de Lemos os superan. —Meneó la cabeza, como si tal cosa le causara aflicción—. Podrían aplastaros contra las murallas. Pero nuestro señor el arzobispo no desea más muertes.

Trastámara simuló reflexionar sobre aquellas palabras y acabó por asentir.

—Puede que el arzobispo no las desee. Pero ¿y el conde? Ese malnacido no tiene escrúpulos, bien lo sé. ¿Por qué no ha atacado ya? Quizá no esté tan seguro de la victoria.

Bernal Moscoso, a la siniestra del conde, no pudo contenerse.

—¿Qué proponéis exactamente, arcediano?

—Un armisticio, eso propone mi señor. Una oportunidad para recuperar la cordura. Seis meses a partir de hoy, durante los cuales Rocha Forte estará en manos de un tercero, ni en las del arzobispo ni en las de la hermandad. El teniente Ávila la abandonará y será ocupada por alguien neutral. Seis meses para reconducir esta situación que nadie desea. Si al término del plazo no hubiera acuerdo, la Rocha retornará a don Álvaro Sánchez de Ávila y, a través de él, a su ilustrísima don Rodrigo de Luna.

Pedro se volvió hacia su padre, que parecía estar considerando pros y contras con grave seriedad. Aunque Pedro estaba tenso, el giro de los acontecimientos le llenaba de satisfacción.

Todo iba según sus planes. Tras hablar con el Arcanxo le había contado al conde lo acordado. La mayor parte, al menos. Y tenía que reconocer que la intervención del Arcanxo no podía haber sido más oportuna. Los hombres de Gabriel se habían puesto en contacto con el arcediano y le habían instado a que sembrara la semilla en el arzobispo. ¡Quién le iba a decir que don Fernando de Castro, descendiente del más ilustre linaje de Galicia, tenía tratos con el maestro de los ladrones! Pero así era: al parecer, ese hombre reflexivo y sereno que parecía la viva estampa de la dignidad se

entregaba en privado a placeres inconfesables... que Gabriel satisfacía. El Arcanxo se estaba revelando como un valioso aliado, después de todo.

Y este era solo el primer paso de su plan.

Sin embargo, aún faltaba lo más importante: convencer a la Irmandade de que aceptara la tregua. Observó de refilón a Bernal, su ceño marcado, la exasperación que le invadía. El mamarracho llevaba largo rato oponiéndose, pues el acuerdo dejaba en evidencia el fracaso de sus esfuerzos por tomar la fortaleza.

Observó también una clamorosa ausencia: no había allí ningún emisario de Lemos. Habían hecho bien en proponer que el encuentro tuviera lugar ahí, en el campo de Mazarelos, dentro de la ciudad, en vez de ante el castillo de Rocha Forte: Lemos no debía enterarse de nada de cuanto se cocía en el perol hasta que el condumio estuviera servido.

—Comprenderéis, don Fernando —dijo su padre al arcediano—, que es la Xunta da Irmandade la que ha de tomar esta decisión.

El caballero asintió y se retiró unos pasos mientras el conde se reunía con los alcaldes, procuradores y cuadrilleros. Cientos de miradas le siguieron.

Era el momento crucial. Hasta ahí todo estaba hablado, pero lo que seguiría a continuación era un misterio. Oh, algunos de los hombres de la Xunta da Irmandade les eran fieles y votarían lo que su padre dijera, por supuesto, pero ¿serían suficientes? Pese a las nubes que cubrían el cielo, Pedro sentía calor. Un calor íntimo, producto de la tensión.

Descubrió a Bernal a su lado. El Moscoso también se había acercado para hablar con los miembros de la Xunta. Cada vez que se acordaba de lo que le había dicho el Arcanxo, que habían sido sus hombres los que lo habían atacado en el río, le entraban ganas de desenfundar el acero y metérselo en las tripas. Pero eso no sería nada más que un desahogo. No, prefería verlo hundido, miserable, sin nada. Se vengaría. Y cuando lo hiciera, no quedaría ni el recuerdo de los Moscoso.

Su padre debatía con los representantes de la hermandad. Examinó sus rostros: había alguno que dudaba, pero la mayoría agradecía la oportunidad de la tregua. Eran mercaderes, artesanos, clérigos. No eran hombres de armas. No llevaban la guerra en la sangre. «No debería haber problemas...», se dijo. El único que parecía oponerse con determinación era el Moscoso.

Tenía que hacer algo.

—Me extraña que no apoyéis esta tregua, Bernal —dijo, sibilino—. Si se aprueba ya no quedaréis en evidencia por vuestra incapacidad para conquistar la Rocha.

El Moscoso se volvió hacia él con mirada iracunda y apretó los puños.

—¡Guardad vuestra lengua! ¿Creéis que no sé quién estaba detrás de...? —Se calló de repente, como si acabara de darse cuenta de que había estado a punto de decir algo inconveniente.

«Vaya, vaya —pensó Pedro—, así que has acabado por comprender que tanto accidente no era casual». Tuvo que aguantarse una risotada; disimuló. Solo había una

posible razón por la que Bernal cerraba la boca: debía de haberse acordado de repente de que también él había jugado sucio. Y temía que el acaloramiento de una discusión le hiciera hablar más de la cuenta.

—¿Detrás de..., Bernal? —le tiró de la lengua con expresión de pura inocencia.

El Moscoso rebulló sobre sus pies. Pedro se fijó en que el debate de la Xunta estaba llegando a su fin; la mayor parte asentía. «Un poco más».

—Yo que vos no hablaría tan alegremente, Pedro. Sobre todo cuando tenéis un asesino intramuros que se os escurre de las manos.

Pedro puso cara de enfado. Simulado, por supuesto. Y contraatacó:

—Algún malnacido. —Hizo como si una idea repentina le atravesara la cabeza y miró con desconfianza a su interlocutor—. Oh, solo espero que vos...

—Acuerdo, entonces —interrumpió de pronto la voz de su padre, que alzaba las manos con satisfacción.

Pedro cerró la boca. «Hala, osezno, ya podéis bramar lo que queráis».

—Vaya, Bernal. Parece que nos hemos distraído y... —Sonrió ampliamente.

Vio que el otro comprendía su jugada. Y vio el odio y la furia en sus pupilas, la vergüenza al sentirse burlado.

Los miembros de la Xunta repartían sonrisas y palmadas en las espaldas. El conde de Trastámara se dirigió a los representantes del arzobispo, que aguardaban a cierta distancia.

—¡Sea! ¡Habrà tregua!

La multitud acogió la noticia con indecisión, como si no supiera todavía qué pensar de aquello. Pedro asintió para sí. Era igual, lo habían conseguido. Habían establecido la tregua, ganado tiempo y dejado en evidencia al Moscoso. Y burlado de paso a Lemos, que ahora tendría que volver grupas con su ejército. ¡Lo habían conseguido! La euforia corrió por sus venas.

Pero todavía no estaba todo hecho. Faltaba el golpe de gracia.

La reunión se prolongó largo rato debatiendo plazos y condiciones. Pedro aguantó a pie firme, aunque estaba ya harto de tanta palabrería. Al fin se convino un armisticio de seis meses con extensos capítulos y condiciones por los cuales la fortaleza pasaría a manos del señor de Rubiáns, don García de Caamaño, que era conocido por ser hombre de gran rectitud. Don García, allí presente, juró por el honor de su linaje mantenerse neutral y no ofender ni molestar mientras durase el plazo establecido a los sitiadores. Se acordó también la puesta en libertad de los vecinos y moradores de Santiago que los Sánchez de Ávila tenían prisioneros en el castillo y la entrega de tres hidalgos de la guarnición de la casa de Caamaño como rehenes de la hermandad.

El sol declinaba ya cuando un solemne cortejo encabezado por el conde de Trastámara se dirigió a la catedral. Cuando terminó la solemne Eucaristía, salieron de la gran nave por la puerta que daba a la praza da Trindade. En el exterior aguardaban cuantos no habían tenido cabida en el templo. Toda Compostela se hallaba en aquella

plaza, ante la entrada principal de la inmensa catedral. Desde lo alto de la escalinata se veía un mar de cabezas.

Pedro observó a su padre y este le devolvió la mirada sin hacer gesto alguno. Era el momento. El conde alzó las manos y las voces se acallaron. Estaba imponente con su capa sobre los hombros, el pelo cano y la dignidad en la apostura.

—¡Yo os digo, hermanos, que este es el comienzo de un tiempo nuevo! Juntos nos hemos alzado contra la tiranía de la injusticia y la avidez de prelados indignos, y ahora nuestras tribulaciones están llegando a su fin. ¡En este instante, ante la morada de nuestro amado apóstol, hago solemne promesa de que daré mi vida y mi hacienda por esta Santa Irmandade!

El clamor de la plaza hizo levantar el vuelo a cientos de palomas, y tal muestra del amor divino recrudeció los aleluyas. Pero el conde no había concluido.

—¡Como muestra de esta hermandad que nos une con profundos lazos de amor, yo os digo que en adelante velaré por vosotros como si de mi misma casa fuerais, que no consentiré injusticias ni desafueros, no toleraré que sufráis hambre ni penurias! Por eso os anuncio: he ordenado a mis servidores que abran mis almacenes y repartan buenas hogazas y caldos, pues hoy es día de celebración.

Aquello, como Pedro esperaba, hizo que los aleluyas y los vivas atronaran la plaza.

—¡Viva don Pedro! ¡Viva el conde!

Los correveidiles, repartidos por entre la multitud, habían hecho bien su trabajo dejando caer aquí y allá que el mérito del acuerdo de tregua era solo del Trastámara, que llevaba tiempo negociando bajo cuerda con el arzobispo y que solo gracias a su astucia y su determinación se había obrado el milagro.

El conde volvió a alzar su mano y, poco a poco, el bullicio remitió.

—No es día para reproches, lo sé. Pero nuestra hermandad se basa en la justicia y no puede hacer distinciones entre grandes y pequeños, entre nobles y villanos. —Cientos de rostros seguían con expectación sus palabras—. Por eso he de denunciar aquí que estoy descontento con los esfuerzos de uno de nuestros más esforzados caballeros.

Pedro se volvió hacia Bernal, que observaba al conde sin acabar de comprender lo que se le venía encima. «Comienza vuestra caída, Moscoso».

—Don Bernal —exclamó el conde, y la multitud se volvió entera hacia el mentado—. Soy consciente de que habéis hecho todo lo que estaba en vuestras manos para tomar Rocha Forte. Pero vuestra demora, prolongada más de un año, nos puso en un brete. —El Moscoso callaba, la faz encendida, los nudillos blancos sobre la empuñadura de la espada—. Sabemos que sois uno de los pilares más firmes de esta hermandad, pero no podemos cerrar los ojos ante este fracaso. —La palabra flotó sobre la plaza, que guardaba un silencio expectante. El conde desvió la mirada hacia Pedro—. Por ello, con el acuerdo de cuantos estáis presentes, nombro capitán general de nuestra hermandad, con potestad tanto intramuros como extramuros y en todo el alfoz, a don Pedro Osorio, mi hijo, aquí presente. Vos, don Bernal, seguiréis como

capitán extramuros, pero desde hoy os someteréis a las órdenes de vuestro superior. —Paseó su mirada de águila por la plaza. Y entonces llegó el golpe de gracia—. ¿Es esta la voluntad de la Irmandade?

Un fragor de vivas, un clamor que estremeció las piedras.

—¡Viva don Pedro!

—¡Viva el conde!

Pedro se sabía el blanco de cientos de miradas, por lo que permanecía con el semblante inexpresivo. Si acaso, un rictus de sufrida aceptación, como el que accede a cargar sobre sus hombros con una responsabilidad excesiva y no deseada.

Pero estaba exultante. Todo había salido como querían: su padre acababa de alzarse como cabeza indiscutible del señorío. Si la aventura de la hermandad de Compostela había comenzado gracias al apoyo de los Moscoso, aquel día el conde se hacía definitivamente con las riendas. Bernal quiso intervenir, pero su propia furia y el griterío de la muchedumbre acallaron sus palabras.

Entonces, como si de un mecanismo de precisión se tratara, varios carros tirados por bueyes, cargados hasta los topes con gruesas bollas de pan, redondos quesos y barriles del Ribeiro, entraron en la praza da Trindade.

Sí, lo habían conseguido. Santiago estaba en sus manos.

El otoño más extraño

*Pola gracia de Deus e da Virxe María,
un painoso e un avemaría,
que este mal vaia pra abaixo
e nunca veña pra riba...*

La letanía era un desgranar de cuentas. Xoana velaba día y noche al moribundo, olvidada de sí y del mundo, entregada a conjuros, pócimas y oraciones.

—*Ai, filliño. Ai, filliño...*

De cuando en cuando, el Farrapos se acercaba a la choza y se quedaba en la puerta en silencio, con semblante preocupado. El poblado se escondía en lo más profundo del bosque, una espesura de robles, avellanos, arces, tilos, fresnos, castaños y nogales; a sus pies, un sotobosque de zarzas, brezos y arbustos espinosos ocultaba los senderos y confundía los pasos de carboneros, cazadores, proscritos o guardas forestales. Un círculo de hechizos y maldiciones protegía el contorno. Xoana sabía que en la comarca se hablaba con temor de los espíritus que poblaban el bosque. Eso estaba bien: así les dejaban en paz.

—Ay, Xoana... —murmuraba el Farrapos cada vez que se acercaba.

Los días iban pasando y el herido no mejoraba. Tenía varias costillas rotas, el cuerpo magullado, una brecha en la frente y un tajo en el costado por el que supuraba un líquido pestilente. La Xoana lo intentaba todo, se le iban las jornadas elaborando pócimas y solo se alejaba de su lado para buscar más hierbas con las que preparar sus ungüentos. Tres candelas iluminaban la covacha permanentemente.

*Luciña aquí,
luciña dalí,
luciña do alén,
cura as doenzas
que esta criatura ten.
En nome de Deus e da Virxe María,
un painoso e un avemaría.*

Había guardado siete escarabajos en un saquito de paño que colgó del cuello del herido para que, al secarse, se llevaran consigo los malos humores. Pero los remedios que conocía no bastaban para calmar las fiebres que estremecían el cuerpo del desdichado.

—Se va, Xoana, se va...

Ella apretaba los dientes y redoblaba las oraciones.

El otoño convirtió el bosque en un murmullo. Los días se sucedían entre lluvias y vientos, el barro cubría los senderos y los animales del bosque se agazapaban en sus madrigueras. Durante semanas, el herido se debatió entre la vida y la muerte. Xoana se percataba de que se le iba y venía la conciencia, de que de vez en cuando fruncía el ceño al oír un ruido, el rumor de la lluvia, los olores de las pócimas. Luego le volvían las fiebres y se perdía otra vez por los caminos del delirio.

El tiempo fluía alrededor de Xoana en duermevelas y esfuerzos, en cuidados y ternezas mientras el organismo del herido entablaba un duro combate. Lentamente, su juventud fue imponiéndose. A medida que se acercaba el invierno fueron remitiendo las fiebres.

—¿Dónde... dónde estoy?

La sonrisa se abrió como una flor en el rostro de Xoana. El Buen Dios perdonaba sus blasfemias y los espíritus de la fraga obraban el milagro. La mujer, con lágrimas en los ojos, no fue capaz de responder.

—*Ai, filliño. Ai, filliño...*

El Raposo tosió y maldijo por centésima vez la humedad que se le metía en los huesos. El mes de diciembre había traído un frío de mil diablos. Asomó la cabeza con precaución por encima del murete de piedra para ver si alguien le había oído. No, la trasera de la vivienda seguía envuelta en la oscuridad. En la ventana superior se veía la luz de una candela. ¿Es que nunca se iban a ir a dormir?

Ni siquiera estaba nervioso, pero le fastidiaba tener que esperar. En realidad, aguardaba con expectación el momento. ¿Cuántos llevaba ya? Ni se acordaba, diez o doce. Todos mercaderes y artesanos fatuos, gordinflones, convencidos de que el mundo entero les debía pleitesía. Hasta que se encontraban cara a cara con él.

Rio por lo bajo. Al punto se dio cuenta de que se le había escapado la risa y de que alguien podía oírlo. «Bah, bah». Nadie lo iba a atrapar, no a él, no al Raposo. Además, era cierto: cuando lo veían se les escapaba la vanidad piernas abajo y comenzaban a suplicar por su vida como cerdos el día de san Martiño. El zapatero al que iba a mandar al otro barrio esa noche haría lo mismo. Siempre lo hacían.

Se sentó en el suelo, apoyó la espalda contra el muro y pensó en lo mucho que habían cambiado las cosas en los últimos meses. ¿Dónde diantres se habría metido el Loberno? Oh, no es que le importara una mierda, por él ya podía pudrirse en el infierno. Su desaparición era lo mejor que podía haberle pasado. Desde entonces era él quien estaba al frente de los lobos. Y le encantaba. Le gustaba que le obedecieran, casi se sentía como el mismísimo Arcanxo, con todos los lobos haciéndole reverencias. También le gustaba ir de un lado para otro con la espada al cinto y la sobreveste de la hermandad, aunque se le dieran un ardite todas esas estupideces con las que se llenaban la cabeza de pájaros los hermanos. Hasta Ramla comenzaba a verle con otros ojos. La mora creía que él no se daba cuenta, pero de vez en cuando la

descubría mirándole fijamente. Solo hacía falta que terminara de olvidarse del Loberno y caería en sus brazos. Eso sí que estaría bien. ¡Si todavía iba a tener que agradecerle al Arcanxo que le hubiera obligado a unirse a la banda del Loberno!

Había sido el otoño más extraño de su vida. En septiembre, el conde de Lemos se había retirado con su ejército. Decían que se había marchado a Padrón, a negociar con el arzobispo de los cojones, y que allí seguía, dale que dale a la lengua con el de Luna y un montón de nobles. Al parecer todos los malditos señores de Galicia estaban en Padrón tratando de arrancar del arzobispo feudos y derechos a cambio de sus mesnadas. Lo que no sabían era que, mientras negociaba con ellos, el arcediano de Nendos seguía tratando de llegar a un acuerdo de paz con los procuradores de la hermandad.

Pero lo mejor era lo que pasaba en Compostela. Ahora el que mandaba era Pedro Osorio, el hijo del conde. Bueno, y el propio conde, claro, pero a ese no se le veía tanto por la calle. Al Raposo no acababa de caerle bien el hijo porque le había ordenado que quitase a los lobos del medio. Le había dicho que con lo de las muertes aquellas prefería que no se les viera de ronda por la ciudad, que muchos acusaban al Loberno y que la presencia de los lobos podía provocar altercados. ¡Si él supiera quién se estaba encargando de darles su merecido a los mierdas de los artesanos y los mercaderes! Volvió a reír por lo bajo. Ya puestos, ¡si supiera que era él, el mismísimo Raposo, quien se encargaba de esparcir los rumores que acusaban al Loberno!

Pero no, qué va. El fulano solo veía lo que quería ver, como todos los nobles: «Dad gracias porque soy un hombre justo —les había dicho—. No tengo pruebas de que lo estéis apoyando, pero andaos con ojo. Estaré vigilándoos». Y después les había ordenado hacer guardia en la muralla, entre San Francisco y la Porta da Pena, en una zona apenas frecuentada. Donde nadie les podía ver.

Eso fastidiaba al Raposo porque no podía pavonearse por la Quintana, como le habría gustado, pero al menos dejaba la mayor parte de la ciudad libre de lobos. Pedro Osorio había jurado llevar al Loberno ante la justicia, e incluso había doblado la recompensa por su captura. ¡Dos mil maravedíes! Jamás había visto tanto dinero junto. «En realidad soy yo quien vale todo eso, no el Loberno», se dijo. Aquel pensamiento le calentó las tripas.

Estaba harto de aguardar agazapado en la oscuridad. Maldita fuera su estampa, a él no le hacía esperar un zapatero de mierda. Se levantó. Se hallaba en el pequeño espacio que quedaba entre los patios traseros de las casas que daban a dos calles paralelas, en el barrio del gremio de los zapateros, cerca de la Porta da Mámoa.

Echó un vistazo por encima del muro, que le quedaba a la altura del pecho. La luz de la candela seguía encendida en el primer piso. «A la mierda», se dijo. Pensaba aguardar a que el zapatero saliera a la trasera para orinar antes de acostarse, pero ya estaba harto. Se apoyó en el murete y, de un salto, estuvo dentro.

La sangre comenzó a bombear con rapidez en su pecho. La expectación era siempre lo mejor. Le encantaba esa sensación de poder, saberse dueño de la vida y de

la muerte. Lo que había comenzado como un encargo incómodo del Arcanxo había terminado convirtiéndose en todo un descubrimiento.

Se embozó el rostro y sujetó con firmeza el cuchillo con la diestra. Se deslizó por en medio del pequeño huerto hasta la puerta de la casa. Se detuvo a escuchar.

Estaba a punto de colarse dentro cuando tuvo un golpe de suerte: alguien bajaba las escaleras.

«Siempre es igual», se dijo muy ufano. Salían a la trasera para orinar antes de irse a la cama. No a todos los mataba así, no quería que algún listo le pillara el truco, pero el método era infalible.

La puerta se abrió y una figura apareció en el umbral. Se disponía a poner el cuchillo en el cuello del zapatero para alargar un poco el momento, darle tiempo a que suplicara y llorara como el cerdo que era, cuando se dio cuenta de que no era un hombre.

Una niña de doce o trece años lo miraba con la boca abierta y el espanto en los ojos. Comprendió que estaba a punto de soltar un grito.

«Oh, mierda, mierda».

Ramla no conseguía dormir. Siempre había vivido en la niebla en la que se mezclaban los mundos. De pequeña, cuando notaba la brisa del mar en el rostro, le decía a su madre que los espíritus le susurraban al oído, le contaban secretos y reían con ella. Ya entonces sentía cosas que no conseguía poner en palabras y veía las fuerzas que pugnaban tras el velo de la realidad. Apenas recordaba nada de aquella época, solo imágenes sueltas, la fragancia de los naranjos en flor, el rostro dulce de su madre, el sol inmenso en el cielo.

Los gritos. La sangre, la muerte. El rostro barbado del monstruo de metal que atravesó con una espada el vientre de su madre cuando esta intentaba defenderla. Los pies y las muñecas ensangrentados por los hierros que le aprisionaban. Los gemidos de los espíritus que la rondaban. Los golpes. El pene duro y retorcido del mercader que la violó por primera vez. El dolor. El asco. La habían llevado lejos, muy lejos de su mar y de sus naranjos, a una tierra donde siempre llovía y el frío le hería la piel, y la habían vendido como esclava.

Últimamente dormía mal. Siempre había sabido que no existían fronteras entre los mundos, que los espíritus creaban los sueños para encontrar a través de ellos un camino hacia el mundo de los vivos, pero últimamente no conseguía refrenarlos. Tenía la cabeza llena de presagios y el pecho en un puño. Pasaban los meses, el invierno ya había llegado y todo seguía igual.

Se levantó y se puso a reavivar las llamas del hogar para calentar la estancia. Desde que el capitán Osorio les había ordenado que hicieran guardia en la muralla, se habían instalado en una vivienda abandonada muy cerca de la Porta da Pena. La casa estaba destartada, el techo dejaba entrar más agua de la que detenía y el frío se

colaba por las rendijas de madera, pero al menos el hogar era de piedra y podían prender el fuego para mantener a raya al invierno.

No dejaba de pensar en el Loberno. Se estaba volviendo loca, llevaba meses sin saber nada de él. Tenía que empezar a aceptar que lo más probable era que estuviera muerto.

El dolor la traspasó como una daga al rojo. Muerto, sí. Se había marchado para enfrentarse él solo a un ejército entero. No podía estar vivo. Ella tenía la culpa. Debería haberlo detenido.

Y luego estaban las acusaciones. ¿Cómo era posible que alguien se creyera que el Loberno estaba detrás de todas aquellas muertes? Hasta los lobos dudaban. Ramla les había hablado de los juglares, les dijo que Estevo había partido para intentar liberarlos, pero el Raposo había soltado una carcajada: «¿Nos quieres hacer creer que se marchó para enfrentarse él solo a todo el ejército de Lemos? ¡No somos tan estúpidos! ¿Por qué lo proteges, mora? ¡Seguro que sabes dónde se esconde!».

Sus palabras suscitaban dudas en los demás. Hasta ella se daba cuenta de que sonaba absurdo.

«Que no esté muerto, que no esté muerto...». Rezaba a espíritus sin nombre, a los *djinns* del desierto, al Alá de su infancia.

Apretó los dientes para detener las lágrimas. Escuchó las respiraciones acompasadas de los lobos. Todos dormían cerca del hogar. Les echó un vistazo, preocupada por si alguno se había despertado. Eran su familia. La única que había tenido, la única que recordaba, salvo aquellas imágenes dispersas. Se aferraba a ellos con uñas y dientes porque también eran la familia del Loberno.

Se dio cuenta de que el Raposo no estaba. Otra vez. ¿Dónde se habría metido? Frunció el ceño mientras removía las ascuas y echaba algo de hojarasca para reavivar las llamas. Era el único que no le gustaba. Desde que Estevo se había marchado actuaba como si fuera el mismísimo rey. Le repelía que siempre anduviera pavoneándose como si se creyera el tipo más fascinante del mundo y los demás no le llegaran ni a los talones. Por no hablar de las miradas que le echaba cuando creía que ella no se daba cuenta.

Conocía demasiado bien aquellas miradas. Las había sufrido durante mucho tiempo y sabía cómo acababan. El Arcanxo se lo había enseñado con pelos y señales.

Apretó los dientes. La furia estaba bien. La furia era mejor que la pena. Pero tenía que andarse con ojo con el Raposo.

Como si hubiera conjurado un espíritu, la puerta se abrió y entró el Raposo. Al verla despierta se sorprendió y un destello de alarma le atravesó el rostro.

—¿Qué haces despierta, mora? —espetó en voz alta, sin preocuparse por los que dormían. Parecía muy agitado, nervioso.

Ella se preguntó otra vez de dónde venía a aquellas horas.

—¿Dónde estabas, Raposo?

Él sonrió con arrogancia, pero tenía la mirada huidiza.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué insinúas?

«No te he acusado, Raposo. ¿Por qué estás a la defensiva?». No le gustaba. No le gustaba nada.

—Parece que te gusta mucho salir de noche —dijo—. ¿Tienes una amiguita y no quieres decírnoslo?

Xocas se había despertado y estaba incorporándose.

—Es cierto, últimamente no paras quieto —dijo medio adormilado.

El Raposo se revolvió hacia él, pero pareció pensarse mejor lo que iba a decir. Soltó una risita.

—Sí, sí. Una amiguita. A vosotros os lo voy a contar. —Se volvió hacia Ramla y en su rostro apareció un rictus soberbio—. ¿Tenéis miedo de que os deje como hizo el Loberno? No os preocupéis, yo no os abandonaré. Confiad en mí.

Ramla notó que las lágrimas pugnaban por regresar a sus ojos. Observó al Raposo y después examinó a los demás. La mayoría ya estaban despiertos.

Eran su familia. Tenía que dejar de lado sus fantasmas. Sobrevivir.

—Tienes razón. Debemos permanecer unidos.

En la cara del Raposo apareció la sorpresa, la duda, y al fin una sonrisa tan ancha que pareció que le iban a estallar los forúnculos. Se acercó a Ramla y dijo:

—Ay, morita, si tú quisieras...

Ella no se apartó.

—¿Buscas algo, Raposo? —le provocó. Le agarró por la pechera del jubón y lo atrajo hasta que sus caras estuvieron muy cerca—. A esta morita hay que ganársela. ¿Tienes lo que hay que tener?

Un ráfaga de carcajadas.

El otro no dijo nada. Se quedó mirándola fijamente.

—¡Eso, eso! —corearon los lobos, contentos por la inesperada diversión—. ¿Tienes lo que hay que tener?

La posada del León Real había conocido tiempos mejores. Todo parecía andar patas arriba, y Mencía no daba abasto. Desde que había regresado, era ella la que se ocupaba de todo. Su padre apenas paraba en casa. Con el cargo de procurador de la hermandad parecía haber descubierto un mundo nuevo. Atrás quedaban sus guardapolvos y sus bien templados cuchillos, sus peroles y sus tridentes para trinchar. Ahora vestía paños de grana y telas de Gante y se pavoneaba seguido por una cohorte de secretarios y alguaciles, tan arrogante como abad de monasterio principal. Por no hablar de su cruzada contra los Calteno, de su lucha por reclamar lo que, aseguraba, le correspondía a Mencía como viuda de Arnao y heredera. Mencía apenas lo reconocía.

Y también estaba Martiño. Su hermano se había convertido en un extraño. Había tanto dolor, tanta rabia y tanto desprecio en él... Mencía suponía que la culpaba de lo

sucedido, de la muerte de su amigo Arnao, aunque llevaban meses distanciados. Pero ella seguía sintiendo cariño por él. Además, creía que no le faltaba razón. ¿Cuántas veces se culpaba ella misma? Martiño le preocupaba, pero cualquier intento de romper su silencio se encontraba con una barrera de desprecio. Se pasaba los días encerrado en su habitación o fuera, quién sabía dónde, y apenas se dirigían la palabra.

Pese al vivo fuego de la *lareira*, Mencía se estremeció. La noche había caído ya y la gran sala de la posada permanecía casi vacía, solo ocupada por los pocos parroquianos que buscaban alivio tras las celebraciones familiares de la Navidad. Los criados y las doncellas tenían el día libre, y su padre, por una vez en casa, se había encerrado en sus aposentos tras la comida. Así que era ella la que atendía a los clientes.

Habían sido las Navidades más tristes que recordaba. La noche anterior, al ver que su padre no daba señales de vida, se había esforzado por preparar una buena cena de Nochebuena: el bacalao con coliflor, las castañas verdes, el vino con especias calentado en las brasas de la *lareira* y los pestiños bañados en miel. Pero la cena había transcurrido en un silencio tenso, el padre absorto, Martiño hosco y sin dejar de echar miradas a la escudilla reservada para Arnao. Eso había sido un error; sencillamente se le ocurrió que a su hermano le gustaría que respetara la costumbre de poner un servicio para los ausentes, por si su alma acudía esa noche a calentarse en la *lareira*, pero Martiño lo había interpretado como un insulto.

Cuando la dueña Einés y ella salieron para la misa del Gallo, había respirado con alivio. En las calles las gentes bailaban y cantaban villancicos, y por doquier se veían tambores, panderos, flautas y pitos. Había una alegría especial, una camaradería contagiosa. El conde de Trastámara había repartido comida y vino entre los refugiados del alfoz y todos le vitoreaban.

El conde sabía ganarse a las gentes. A Mencía no acababa de gustarle, tenía una mirada calculadora que le hacía pensar en un zorro alimentando a las gallinas, pero lo cierto era que desde que se había puesto al frente las cosas iban mejor. Los negocios reverdecían y los peregrinos volvían a afluir. Muchos mercaderes le apoyaban abiertamente, y su hijo Pedro parecía preocuparse de verdad por la suerte de la hermandad. Había hablado con él en varias ocasiones cuando el caballero se acercaba por el hospital de pobres a interesarse por los enfermos y heridos.

Uno de los clientes le hizo una seña para que le sirviera más vino. Mencía le llevó una jarra y volvió a sentarse al lado del ama Einés, que pasaba en silencio las cuentas del rosario.

Ese mediodía, la comida de Navidad había sido otro desastre. Martiño y su padre se habían enzarzado en la misma discusión de siempre. Peor que siempre. Su padre le había pedido a Martiño que le echara una mano a Mencía con la posada, pero este se puso furioso. «¡No lo haré! ¿Es que no lo entiendes? ¡Me importa una mierda esta pocilga! Voy a ser canónigo de la catedral, de una u otra forma lo seré. Ya verás. Tú solo espera y ya verás». Su padre había reaccionado con gritos: «Harás lo que yo te

diga, para eso eres mi hijo. ¡Estoy harto! ¡Desde hoy, te encargarás de llevar la posada!». La tormenta había terminado con el primero gritando y el segundo marchándose con un portazo.

¿Qué le pasaba a Martiño? En los últimos días se le veía más reconcentrado y nervioso que nunca.

La sala estaba silenciosa. La dueña Einés seguía pasando las cuentas del rosario en una silla junto al fuego, sumida en su mundo. Reparó en su aspecto frágil, en la red de venillas azules que se transparentaban a través de la piel de las manos y el rostro. ¿Cuándo se había convertido en una anciana?

Unos golpes enérgicos en la puerta la sobresaltaron. La dueña salió de su sopor y contempló la sala con desconcierto.

—¿Qué sucede, niña?

Los golpes arreciaron.

—¡Abran! ¡Abran a la guardia!

En el exterior aguardaba una cuadrilla de hombres de armas con las sobrevestes de la hermandad.

—¿Dónde está maese Cabreiro?

—¿Sucede algo, Cibrán? —Mencía se dirigió al que comandaba el grupo, un esportillero al que conocía de vista.

—Disculpad, Mencía, me limito a cumplir órdenes. —La mirada huidiza, incómoda.

Comenzó a preocuparse. Algo no iba bien.

—¿Qué órdenes?

El otro rebulló sobre sus pies.

—Venimos a detener a vuestro padre.

La noticia la dejó boquiabierta.

—¿Os habéis vuelto loco? ¡Es procurador! ¡No podéis hacer eso! ¿Qué sucede?

—Es la Xunta da Irmandade la que lo ha ordenado —se disculpó el esportillero, claramente incómodo.

—¿La Xunta?

Alguien más entró en la sala. La muchacha no reparó en él hasta que oyó su voz.

—Está arriba, en sus habitaciones.

Martiño.

Su hermano la miró y sus labios formaron una mueca de desdén.

Anonadada, Mencía solo acertó a devolverle la mirada.

Era de cuerpo pequeño, enjuto y consumido como un ratoncillo en invierno, el rostro cetrino y los huesos prominentes. Decían que había sido franciscano, abad de un monasterio allá por las tierras de Lugo, hasta que un día el mismísimo Cristo se le había aparecido. «¿Quién vela por mis pequeños, Bernabé? ¿Por qué mi Iglesia los ha

abandonado?». Decían también que ese mismo día el fraile se había echado a los caminos para predicar el amor de Dios. Amor que repartía generosamente doquiera que iba, el espíritu vivaracho y el verbo inquieto, siempre con una sonrisa dispuesta. Usaba palabras sencillas, pero tenían la fuerza de un bofetón. Cuando predicaba, las gentes se prendían de su boca, bebían de aquellas aguas con la sed del que se topa con un manantial en pleno estío.

—Pues yo os digo que muchos que en la tierra reciben el nombre de nobles se sonrojarán con vergüenza cuando llegue el Juicio Final. ¿No era Jesús el hijo de un humilde carpintero? ¡Prelados y abades son como los mercaderes del templo, y Cristo los volverá a expulsar y sufrirán en el infierno cuando llegue la hora!

Palabras que atravesaban las mentes, zarandeaban los corazones y hacían brotar la esperanza. Pues fray Bernabé, al que todos llamaban el Abade, no era uno de esos predicadores que por el día recorren los caminos y por las noches se refocilan entre barraganas y manjares. Vivía con los humildes, pasaba sus mismas penurias y compartía cuanto tenía como si la necesidad ajena fuera más importante que la propia.

—Si la tierra y cuanto contiene, los campos y las mieses, los animales que nos alimentan y nos proporcionan abrigo, las casas y las flores de los campos, han sido creados por Dios, ¿quién ha otorgado a los nobles sus derechos? ¿No somos todos criaturas del Señor?

Estevo disfrutaba de su compañía. Sus historias y su alegría le avivaban el espíritu. A medida que entraba el invierno el joven iba recuperándose de sus heridas, pero las semanas de inmovilidad pasaban factura y hasta las tareas más sencillas le dejaban exhausto. La Xoana le vigilaba como una madre celosa para evitar que se esforzara más de lo debido.

Su cabeza, no obstante, hervía. Y ahí la Xoana no podía hacer nada. La lluvia, el frío y la oscuridad de las largas noches no hacían sino aumentar su preocupación. Pensaba en Ramla y en los lobos, en Mencía, en la vida que continuaba más allá del bosque.

—Todo llega, muchacho —decía fray Bernabé meneando la cabeza cuando percibía su inquietud—. ¿Por qué has de preocuparte si todo llega?

Por la noche se reunían todos en una cabaña de paja y madera que habían construido a la sombra de una gran roca. Allí compartían canciones e historias. El que más y el que menos había perdido hijos, padres, hermanos, pero allí, en lo profundo del bosque, habían encontrado un mundo que nunca habían imaginado. El Farrapos era un hombre justo que velaba por los suyos; se preocupaba por que cada uno cumpliera con sus tareas y por repartir lo que tenían entre todos. Y aquellas gentes, habituadas al hambre y al frío, descubrían que el mundo de igualdad y justicia con el que soñaban se convertía en realidad. Emanaban una alegría serena, una camaradería que a Estevo, que sabía lo suyo de injusticias, dejaba con la boca abierta.

—Hubo un tiempo, en el albor de la creación —contaba el Abade en esas noches

en torno al fuego—, en que, como los rayos del sol o la humedad del agua, los campos sembrados y los pastos, incluso los mismos matrimonios, eran todos en común. Ninguno sabía decir «mío», antes bien llamaban a todo lo que tenían «nuestro», y lo decían con la lengua, el corazón y el alma. Nadie cerraba sus puertas al necesitado porque no había ladrones, ni asaltantes, ni pobres...

Se oían suspiros. Unos y otros imaginaban cuán distinto sería el mundo si los hombres se comportaran de ese modo. ¿No ponían ellos en común lo poco que poseían y compartían alegrías y sinsabores?

—Menos cuentos, Abade —barbotaba entonces el Farrapos, enfadado—. No hay nada más peligroso que la esperanza —protestaba; el hombre tenía los pies en la tierra y era muy consciente de lo precario de su situación—. ¿O crees que tu santa Iglesia y esos malditos nobles van a cedernos alegremente sus castillos y sus despensas? ¡Menos pájaros!

El Abade, lejos de enfadarse, asentía. Después añadía con serenidad:

—Pues habrá que arrebatarlos.

Estevo se habituó a pasar las tardes con el fraile. Sus palabras hurgaban en su mente inquieta.

—¿No persigue la Irmandade ese mundo de igualdad?

El fraile meditaba. Había pasado mucho tiempo por los caminos, pero nunca había estado en Compostela.

—Cuando uno quiere construir una casa, ¿qué es lo primero que hace?

Estevo se encogió de hombros.

—Despejar el terreno, supongo.

Una ancha sonrisa.

—Pues eso. El terreno está usurpado por nobles, monjes y clérigos indignos. Esa hermandad tuya es un hermoso sueño, pero está viciada por dentro. ¿Crees que esos caballeros que la forman cederán sus tierras libremente y renunciarán a sus privilegios para compartirlos con los villanos?

—¿Qué deberíamos hacer?

—¡Abolir tasas, rentas e impuestos, abolir la propiedad privada! ¡Suprimir toda autoridad humana, del tipo que sea! ¿No dijo el Señor: «Todos vivirán juntos como hermanos, ninguno estará sujeto al otro»?

Recordaba el teatrillo de los juglares, las palabras de Xoán Branco, las charlas con el padre Vasco Martíns. Y le venía a la cabeza que ya no era siervo. Había descubierto que las cosas podían cambiar.

Los meses se deslizaban entre los dedos como granos de arena. Recuperaba las fuerzas poco a poco. Y a medida que su cuerpo se fortalecía, se incrementaban también su impaciencia y su ansiedad.

—¿Y bien? —preguntó el conde de Trastámara.

Se hallaban en el salón de banquetes del palacio arzobispal celebrando la llegada del nuevo año. La familia presidía el festín en la mesa alta y en las tablas de la parte baja se apiñaban pajes, escuderos, hombres de confianza, canónigos, mercaderes, ricos hombres y artesanos prominentes, damas y cortesanas. Todos se afanaban por dar cumplida cuenta de capones, perdices y faisanes en escabeche, truchas guisadas y gratonadas de conejo. El vino corría a raudales y, en el espacio entre las mesas, unos malabaristas se esforzaban por conseguir la atención de los asistentes.

—¿Cuándo, Pedro? —insistió—. ¿Cuándo daremos el golpe de gracia a ese bastardo de Moscoso?

Pedro posó la copa de plata en la tabla.

—Pronto. Gracias a la denuncia de su propio hijo, el posadero ya está en la torre de la Trindade.

En la torre anexa a la Porta da Trindade, que abría la ciudad hacia el oeste, se hallaban los calabozos del concejo.

Su padre torció el gesto.

—Todo un hijo amantísimo ese Martiño. Espero que no toméis ejemplo... —Dedicó una mueca de sorna a sus hijos.

—Sea como fuere —prosiguió Pedro—, nadie dudará del testimonio de Martiño. Cabreiro todavía no ha confesado, pero estoy seguro de que lo hará pronto. Y, cuando lo haga, tendremos pruebas más que sobradas contra Bernal.

—¿Y entonces?

—Dejaremos que el posadero se cueza en su jugo antes de juzgarlo. Así, más de uno comenzará a preguntarse si es tan buena idea apoyar a los Moscoso cuando no es capaz de defender a los suyos. Mientras tanto le he ordenado que se encargue de aprestar la ciudad contra un posible asedio. Y para ello hay que limpiar las murallas.

—¿Limpiar las murallas?

—Derribar las chozas que se han ido levantando contra ellas.

El conde dejó escapar una carcajada.

—Dudo que eso le granjee muchas simpatías... Lo que no me cuadra es que se haya quedado tan tranquilo después de que lo humilláramos convirtiéndolo en tu segundo. Esos Moscoso no son gente que traguen con algo así.

—Y no lo han hecho.

—¿Entonces?

—El arcediano de Nendos, don Fernando, me acaba de informar de que ha enviado un hombre a negociar con el arzobispo.

—¡Por las barbas de Cristo! ¿Quiere volver al redil?

—Eso parece.

Aquello, en realidad, era buena señal. Pedro estaba satisfecho. Poco a poco, todas las piezas iban encajando. El Arcanxo se estaba mostrando como un sujeto lleno de recursos y un aliado muy ventajoso. La promesa de convertirlo en caballero estaba llenando las arcas de Pedro con los beneficios de las mancebías. Una vez que

consiguieran expulsar a los Moscoso, los castillos del arzobispado pasarían al control de los Trastámara. Su hermano Álvaro se convertiría en pertiguero mayor, Luis sería arzobispo y él conseguiría lo que más ansiaba: su propio feudo como vasallo de la Iglesia de Compostela. Sí, las cosas iban bien.

—Hay que calcular el momento —siguió su padre—. El tiempo de la tregua se acaba y antes de que expire debemos tener la ciudad en nuestras manos.

—En manos de la hermandad, querréis decir.

La carcajada del conde consiguió que muchos rostros se volvieran hacia la mesa principal. El conde devolvió sonrisas y venias, todo cordialidad.

—¡Quién me lo iba a decir! ¡Aliado de los villanos! —masculló entre dientes.

—No menospreciéis su fuerza, padre. Cuando consigamos de Roma la deposición del arzobispo, deberemos hacer concesiones. Ningún perro acepta la trailla de buen gusto tras saborear la libertad.

—Oh, estoy muy seguro de que sabrás manejarlos... —De repente se puso serio—. Pero me preocupan esos asesinatos. La gente tiene miedo, acusa a ese Loberno y nos culpa por no dar con él. Lo de la niña esa, la hija del zapatero... —Meneó la cabeza.

Pedro asintió, también preocupado. Había sido un asesinato absurdo, brutal. Una niña acuchillada en su propia casa. Ya no mercaderes o artesanos, una niña. Sintió que le invadía la rabia. Había ordenado extremar la vigilancia y duplicado la recompensa, pero nada. Su única opción era Gabriel, quien le había asegurado que estaba tras su pista.

—El Arcanxo terminará dando con él... —Se interrumpió porque algo en el exterior de la sala llamó poderosamente su atención. El atisbo de una cabellera castaña. ¿Sería posible que...? Impelido por una repentina urgencia, se levantó—. Disculpad, padre, he de salir un momento.

Y se dirigió con paso vivo hacia la puerta.

Mencia sentía una comezón de nervios en la punta de los dedos. Colarse en el palacio arzobispal no había resultado difícil, no ese día, con medio burgo invitado. Vestida con su brial de terciopelo verde y su tabardo de brocado carmesí, los guardas la habían tomado por una convidada más. Había roto el luto para no llamar la atención. No podía presentarse de negro en un banquete.

Le había costado decidirse, pero no sabía qué otra cosa podía hacer. Aquella era su única oportunidad. «Tenéis en mí a un amigo», había dicho don Pedro en el entierro de Arnao. Era como agarrar una tea ardiendo con las manos desnudas, pero no tenía opción. El día anterior había visitado a su padre en la torre de la Trindade y se le había caído el alma a los pies. Estaba en un agujero apestoso, tenía los cabellos pegados al cráneo y expresión abatida. «Ay, niña...». El guarda aceptó las monedas pero solo le permitió quedarse unos minutos.

Por eso estaba allí. Se había dado cuenta del interés de Pedro Osorio por ella, sabía que le había caído en gracia. Y a ella también le agradaba. Parecía diferente, alguien de quien quizá podría fiarse. Quizá. También creyó que Arnao era diferente.

—¡Mencía, qué placer veros! —La sonrisa ancha, el gesto galante—. ¡Qué sorpresa, cuánto me alegra que hayáis venido!

Un silencio nervioso. Ahora que lo tenía delante, imponente con su jubón de raso, se preguntó si estaría haciendo lo correcto. Pero el recuerdo de su padre en la celda cortó sus dudas.

—No he venido por el banquete, don Pedro.

Este asintió. En su cara apareció un gesto de compasión.

—No sabéis cuánto lo lamento, Mencía... Acompañadme, querréis hablar con algo más de privacidad.

Pedro precedió a Mencía hasta un pequeño gabinete adornado con tapices de Santiago Matamoros. En un lado había unos divanes y un fuego encendido. La invitó a sentarse y ordenó a un criado que les sirviera vino. El hombre dejó las copas en una mesita a su lado y salió de la estancia.

—Decidme qué puedo hacer por vos.

Mencía escrutó su rostro. Aquello le dio la oportunidad de contemplarla a gusto. Tenía los párpados hinchados por haber estado llorando, pero aun así era la criatura más hermosa que había visto nunca. El cuello fino, los pómulos llenos..., transmitía una lozanía casi dolorosa.

—¿Qué le va a pasar a mi padre, don Pedro?

Ahogó un suspiro. Había estado deseando y temiendo aquella visita. Estaba atrapado entre dos fuegos: necesitaba mantener a Cabreiro en prisión para vengarse de Bernal... y tenía que liberarlo para acercarse a Mencía.

—Vuestro padre ha traicionado la confianza que la Xunta depositó en él. Escondía en un arcón dineros que no le pertenecían, de la recaudación de impuestos.

Se dio cuenta de que las lágrimas afluían a los ojos de Mencía y que esta luchaba por contenerlas. Le gustó su coraje, su control.

—¿Qué le va a pasar? —repitió ella, apartando la mirada hacia el fuego.

—Será juzgado por la hermandad.

—¿Y si lo declaran culpable?

Pedro guardó silencio.

—¿Qué le pasará? —insistió ella, tenaz.

—Si se demuestra que ha robado, será ajusticiado —respondió al cabo en voz baja.

Durante unos instantes, ninguno de los dos habló. Mencía contemplaba las llamas, erguida en el diván, muy quieta. Cuando se volvió hacia él, Pedro notó que algo había cambiado en su expresión.

—¿No hay nada que podáis hacer? —preguntó.

—Mi querida Mencía... —Posó una mano en su brazo. Percibió el calor de su cuerpo a través de la tela y sintió que le invadía un deseo voraz. Se esforzó por hablar con voz calmada—. Nada me gustaría más que ayudaros, pero eso significaría traicionar los principios de la hermandad. ¿Podrías vivir con ese cargo en la conciencia?

Se sentía hipnotizado. Percibía la respiración que agitaba el corpiño, sus pechos como promesas. Jamás había experimentado un deseo tan vehemente. ¿Qué tenía esa mujer que hacía que se le nublara la vista?

—Yo... —dijo ella en un susurro, dudando. Pero de pronto reafirmó la voz y le enfrentó—. Es mi padre. ¿Qué no haríais vos si vuestro padre estuviera en prisión?

Se hallaba muy cerca. Sus labios temblaban imperceptiblemente. Iba a ceder al impulso de abrazarla, pero una imagen desagradable cruzó por su cabeza: su hermano Álvaro la forzaría sin pensárselo dos veces, su hermano Luis la forzaría y después se olvidaría de ella.

Él no era como sus hermanos. No quería que se viera obligada a yacer con él para salvar a su padre. Quería consolarla. Deseaba conquistar su corazón. Desde que la había conocido luchaba con sueños esquivos, se despertaba en mitad de la noche, creía verla en todas partes.

—Mencía, no tenéis que pedirme nada. Haré lo que esté en mi mano para que vuestro padre no sufra. Debe ser juzgado, pero intentaré que su condena no sea... cruel.

Ella asintió y Pedro creyó ver un destello de vergüenza en sus pupilas.

—Don Pedro, yo...

Pero también había en ellas un brillo nuevo. Notaba el corazón en la garganta. Nunca había imaginado que el embrujo de una mujer pudiera ser tan poderoso. Le parecía que lo que sentía en ese instante era más verdadero que el mismo sol y las estrellas.

Su mano se movió por voluntad propia. Le acarició una mejilla con ternura, mirándola intensamente. Mencía respiró hondo, pero no se apartó. Le devolvió la mirada, inmóvil, la boca entreabierta.

Pedro se inclinó hacia delante y sus labios se unieron.

La humedad, la tersura de su piel, el calor de su aliento le enervaron.

Su mano la aferró por la cintura y la atrajo hacia sí.

Todo saldrá bien, ya verás

LA mujer era gorda, tenía las mejillas coloradas y el pelo hecho un manojito de greñas que escapaban de la cofia. Cargaba con un barreño de agua sucia con la misma facilidad que si se tratara de una jarra de vino.

—¡Eh, *paspán!* ¿Has echado raíces en la puerta?

Estevo se disculpó y le cedió el paso. La taberna era un antro lleno de gente apiñada alrededor de la chimenea. El aire estaba cargado de humo y del vapor que desprendían las ropas mojadas. Enero moría entre lluvias sin fin. Los campos eran lodazales de hierbas podridas, el cielo pesaba gris sobre las cabezas y los pájaros eran espectros ateridos y mudos en las ramas.

Se arrebujó en la capa que le había dado Xoana y entró en la semioscuridad del figón. Se abrió paso entre los cuerpos hasta encontrar un hueco en una pared, no demasiado lejos del fuego. Se acomodó en el suelo, al lado de dos labriegos. Ambos le echaron un vistazo poco interesado, saludaron con un movimiento de cabeza y volvieron a enfrascarse en sus pensamientos. Acostumbrado al bosque, se sintió incómodo entre tanta gente, pero estaba ya a media jornada de Compostela y quería olfatear el aire antes de llegar.

—¿Qué va a ser? ¡Esto no es un hospital de caridad! —le espetó desde el otro extremo de la sala el tabernero, tan grueso como su mujer.

Estevo se limitó a señalar la jarra del hombre que tenía a la diestra y contempló la sala: rostros picados de viruela, bocas huérfanas de dientes, harapos y pelos grasientos atados con cáñamos. No eran los clientes habituales de una posada.

Dio un trago de un vino tan ácido como el vinagre, reposó la cabeza contra la pared y simuló dormir. Escuchó el rumor de las conversaciones, un runrún de voces cascadas y alientos vencidos.

Estaba a punto de quedarse dormido cuando una conversación le espabiló.

—¿Qué tipo de hombre será el tal conde? —dijo una voz cercana.

—Yo no te sé. Dicen que a todos acoge por igual.

Labriegos que se dirigían a Santiago huyendo de los campos anegados, del hambre y de la miseria, supuso Estevo. El invierno era un agujero en las tripas.

Los meses en el bosque le habían cambiado. Había crecido dos o tres dedos y su cuerpo era ahora más ancho, más robusto. La Xoana le había cuidado como a un hijo. La mujer se había despedido de él con lágrimas en los ojos y estrujándole las manos entre las suyas, como si no fuera a verlo nunca más. Y quizá fuera así, quizá no volviera a verla.

También a él le había costado dejar el bosque. Iba a echar de menos al Farrapos y su sensatez, al Abade y su cháchara interminable, a los mozos a los que había enseñado a usar la honda y a tender trampas. Y a la Xoana, claro. Sobre todo a la Xoana.

Pero tenía que volver a Santiago. En las últimas semanas la necesidad de saber lo que estaba pasando había ido creciéndole por dentro hasta llenarle. Las preguntas eran zumbidos en su cerebro. Ramla. Se descubría continuamente pensando en su piel oscura y su mirada penetrante, a veces hasta le parecía percibir su olor picante, y entonces se daba cuenta de que estaba sonriendo como un idiota. Era curioso. Cuando la tenía a su lado todo el día apenas reparaba en ella, pero desde que se habían separado se daba cuenta de hasta qué punto la añoraba. Y a los lobos también.

Al bosque llegaban jirones de rumores. Una tregua con el arzobispo, quizá un acuerdo. Gentes que acudían del alfoz y eran acogidos como hermanos. En la distancia, Santiago era un sueño poderoso, la única esperanza de los desesperados.

Mencía. También ella le rondaba, una y otra vez. Mencía. Ramla. Ramla y Mencía. Durante la larga convalecencia no había parado de darle vueltas. Demasiado tiempo sin otra cosa que hacer, salvo el runrún de los pensamientos. Ramla era su refugio, su compañera, el abismo de su cuerpo. Mencía le rondaba los sueños y aceleraba la sangre en su corazón.

«¿Se puede saber qué te pasa?». El Abate era un hombre perspicaz.

Estevo llevaba tanto tiempo encerrando sus pensamientos que cuando las palabras comenzaron a fluir se convirtieron en un torrente antes de que se diera cuenta de lo que estaba haciendo. No había podido evitarlo.

«No puedo dejar de pensar en ella —susurró, meneando la cabeza—. Pero Ramla no se merece una traición así».

Era fácil hablar con el Abate. Lo contemplaba con expresión indulgente y lo escuchaba en silencio, asintiendo de vez en cuando para animarle a continuar mientras Estevo daba forma a sus sentimientos más ocultos.

«Tú mismo dices que esa Ramla es un espíritu libre».

«Nunca conocí a nadie tan libre, pese a que fue esclava».

«¿Y aun así crees que aceptaría tenerte atado contra tu voluntad?».

Aquello le sorprendió. Nunca lo había pensado.

«Lo último que deseo es herirla».

«Más la hieres engañándola; esa es la verdadera traición».

«¿La engaño? Mencía solo es un sueño, Abate. Es una rica burguesa, la esposa de otro hombre. Ramla es muy real».

«Quizá, pero solo si esa es también la verdad de tu corazón».

Santiago estaba cerca. Deseaba intensamente volver. Recuperar a sus lobos y su lugar en el mundo. El Abate tenía razón cuando decía que para construir una casa había que despejar antes el terreno. El discurso igualitario del fraile había calado en él. Los meses del bosque le habían servido para ir madurando la amalgama de ideas

que le llenaban la cabeza. Merecía la pena luchar por abolir las injusticias. Por terminar con los abusos y los desafueros, por construir un lugar donde ninguna María tuviera que ver cómo asesinaban a su hijo.

—¡Mal rayo le parta! Dicen que tiene tratos con el diablo.

—¡Quia! No te es cosa de diablos, ¿no le llaman el Loberno? ¡Hijo de lobo y raposa!

Estevo se enderezó, completamente despierto. Unos carreteros charlaban a media voz con un grupo de labriegos. Uno de ellos, el que llevaba la voz cantante, comenzó a hablar de asesinatos en Santiago. Escuchó el relato con el corazón en un puño, todos sus sentidos alerta. No podía ser cierto. Le acusaban a él. ¿Cómo diantres era posible?

—El que lobo nace, lobo muere.

—Nadie da con él. ¡Bien engañados tenía a todos! ¡Simulaba ser cuadrillero y defender a unos y otros del Arcanxo!

—Malo vendrá que bueno te hará. A su lado, el Arcanxo es un bendito de Dios.

—¿Es cierto que el conde de Trastámara ofrece dos mil maravedíes por su cabeza?

¡Dos mil maravedíes! Una fortuna inconcebible.

—Te es cierto, pero no seré yo el que lo busque.

—No sabrías que es él ni aunque lo tuvieras delante. ¡Si no reconoces ni a tu mujer cuando bebes!

Carcajadas. El campesino se llevó el gollete de la jarra a la boca y dio un largo trago.

—Eso te crees tú —dijo luego—. Ese Loberno lleva las marcas del diablo en la cara, ¿no lo sabes? Dicen que el mismo Can Negro le cruzó las mejillas y que tiene una cicatriz a cada lado.

Estevo se llevó la mano al rostro en un acto reflejo. De pronto cobró conciencia de su vulnerabilidad. Le había crecido la barba, pero los costurones le cruzaban las mejillas hasta los pómulos. Agachó la cabeza y se puso la capucha, como si tuviera frío.

El movimiento llamó la atención del paisano que tenía a su derecha.

—¿De dónde sales tú? —le preguntó de repente, quizá cansado de guardar silencio.

Se encogió de hombros y murmuró lo primero que le vino a la cabeza. El otro se le quedó mirando con una mezcla de despecho y desconfianza.

—Pos no te eres muy *falador*.

—Necesito mear —dijo como si hablara para sí mismo.

Se levantó y salió de la posada. Se alejó de allí apresuradamente, echando de cuando en cuando miradas atrás para asegurarse de que no le seguían. La lluvia caía con fuerza y, por primera vez desde que había partido, lo agradeció. La lluvia despejaba los caminos.

Dos horas después entró en Santiago por un postigo poco vigilado. Las callejas rezumaban fango y una peste de pudridero se elevaba en miasmas. Era muy tarde ya, noche cerrada, y la ciudad parecía desierta.

Redobló las precauciones cuando entró en la Quintana. Un perro famélico holicaba en un montón de verduras podridas. Gruñó al verlo, temeroso de que le robaran su botín. Estevo lo dejó atrás y se coló por una gatera del monasterio de Antealtares.

Lo había pensado durante el camino. Tenía que ver al padre Vasco Martíns. Era la única persona que se le ocurría que podría explicarle lo que pasaba. El único que lo creería. O eso esperaba.

Atravesó el claustro. En la entrada del corredor de las celdas localizó al monje que guardaba el sueño de los hermanos por las noches. Estaba sentado a una mesa baja y dormía profundamente con la espalda apoyada en la pared; las tres velas que marcaban las horas nocturnas frente a él se consumían en el olvido. Era el encargado de despertar a los demás para los rezos nocturnos.

Estevo se movió con extrema lentitud. Fue avanzando paso a paso, sin dejar de observar al vigilante, atento a la menor señal. El corazón le palpitaba con violencia, pero la respiración pesada del fraile no se alteró.

Empujó con cuidado la puerta de la celda del padre Vasco. Afortunadamente, nadie cerraba las puertas con llave en el monasterio. Se abrió con un crujido de maderas viejas que le hizo detenerse, los sentidos alerta, conteniendo la respiración.

—¿Quién es?

Distinguió un resplandor de rescoldos en el hogar. El viejo fraile se incorporó en el catre con expresión desorientada y el gorro de dormir ladeado.

—Padre... No temáis, soy yo, Estevo, soy yo, el Loberno... —susurró, acercándose a él.

—¡Alabado sea el Señor! ¡Loberno!

Vasco Martíns lo contempló como si estuviera delante de un fantasma.

Dos horas después, ambos estaban sentados en el catre con una manta por encima para alejar el frío. En el hogar ardía una llama moribunda. Se les estaba acabando la leña, pero el padre no quería salir a buscar más para no alertar a nadie.

Estevo escuchaba el relato del fin del cerco, de las negociaciones, de todo lo sucedido en su ausencia.

—¡Prendidos! ¡Los juglares, prisioneros del arzobispo! —exclamó, preocupado.

—Nunca llegaron a Compostela, no hubo auxilio para la ciudad. De ahí que nos urgiera firmar la tregua con el arzobispo. Pero la situación es complicada. —El padre Vasco meneó la cabeza, se mesó las barbas blancas—. El conde ha ganado popularidad, y eso me preocupa. Antes Bernal hacía de contrapeso, las ambiciones de uno y otro se contrarrestaban. Pero ahora los Moscoso ya no cuentan. Se rumorea incluso que Bernal está negociando con el arzobispo, que piensa abandonarnos. Y luego está el juicio contra maese Cabreiro...

—¿Juicio? ¿De qué habláis?

La cara del padre reflejaba su amargura. Despeinado, somnoliento, transparentaba su verdadera edad. El albor a través del ventanuco anunciaba el amanecer. En alguna parte comenzaron a repicar las campanas que llamaban a la oración de prima.

Con voz cascada por el cansancio de la noche en vela, el padre le relató el prendimiento del posadero unas semanas atrás.

—Llegas justo a tiempo —añadió con ironía—. Hoy mismo, dentro de unas horas, la Xunta da Irmandade lo juzgará por apropiarse de los tributos de la ciudad. —Estevo escuchó al fraile con el corazón en un puño—. Denunciado por su propio hijo. Y la pobre Mencía entre dos fuegos, como si no tuviera suficiente con lo de su viudez.

Un ahogo.

—¿Qué decís?

Oyeron pasos en el corredor; un susurro de hábitos y carraspeos mañaneros. Los dos guardaron silencio. Los monjes se dirigían a la capilla.

—Arnao murió durante el asalto —dijo al rato Vasco Martíns—. Fue un suceso desafortunado.

Estevo escuchaba conmocionado. La jornada había sido muy larga, estaba exhausto y, sin embargo, se sentía más despierto que nunca. Su cabeza bullía, febril. ¿Cómo podía haber muerto Arnao en el asalto si nunca había participado en el asedio? La idea de que Mencía fuera viuda le retumbó en el pecho. Notó un anhelo oscuro, el deseo de verla.

—¿Ha vuelto a su casa?

—Lo hizo, sí. Pero desde que prendieron a su padre la posada está cerrada.

—¿Dónde está entonces?

—En el palacio arzobispal.

Estevo, atónito, dio un respingo.

—¿Está retenida? ¡Dudo mucho que ella supiera de las actividades de su padre, por Dios!

—No, retenida no... —Unos golpes en la puerta lo interrumpieron—. ¡Voy, voy! —dijo, y acto seguido susurró—: Has de marcharte. Aprovecha prima para desaparecer. Y, por lo que más quieras, no te dejes ver: toda la ciudad te busca. Ve con Ramla y los lobos. Con ellos estarás bien, por ahora.

Le explicó apresuradamente dónde se alojaban y después abrió la puerta de la celda y salió.

Ramla. Estevo notó el aguijón del remordimiento.

Mencía abrió los ojos y su mirada se posó en el dosel que cubría el lecho. La habitación era una amplia estancia de techos artesonados con las paredes repletas de viejos tapices. Sobre un arcón de madera repujada, en un lateral, se hallaba el

talabarte con la espada de Pedro Osorio. Las calzas y el jubón estaban tirados en el suelo.

Se volvió hacia él. Observó sus músculos bien formados, el pecho fuerte del que está habituado al ejercicio físico. Sumido en el sueño, con el pelo alborotado y el cuerpo relajado, tenía una expresión de placidez y abandono que Mencía le envidió. Le dio un vuelco el corazón y tuvo que hacer un esfuerzo para dominar el impulso de acariciarle. Se imaginó deslizando los dedos por el vientre firme hasta su sexo. Había algo físico entre los dos, un impulso irresistible, una pasión que le arrebatava y le nublaba la visión.

Cerró los ojos. ¿Qué le estaba pasando? Los criados y las doncellas del palacio arzobispal la trataban con respeto, le decían señora y agachaban la cabeza cuando pasaba, pero ella percibía su desprecio e imaginaba sus sonrisas burlonas, sus palabras hirientes. «Ahí va la barragana de don Pedro», dirían.

Y lo era. Una barragana. Una ramera.

Ojalá fuera tan fácil como eso. Ni siquiera ella sabía qué hacía ahí, entre sábanas de Flandes, mimada por Pedro Osorio. Era apuesto, gentil y apasionado, y eso lo hacía todo más difícil. Ella no había querido que pasase nada de eso. Había acudido a él porque no sabía a quién más recurrir, pero al sentir la fuerza de su deseo algo la había arrebatado. Un anhelo tan intenso... Descubrió con sorpresa el deleite de las pieles encendidas, el gozo íntimo y profundo que podía proporcionar el sexo. Con Arnao, su cuerpo se contraía involuntariamente, se volvía hielo, piedra. Con Pedro se derretía por dentro de puro placer.

Era un amante extraordinario. Sus caricias descubrían lugares ocultos que Mencía ni sospechaba que existieran. Sus dedos y sus labios la exploraban con ternura, con codicia, y le arrancaban gemidos entrecortados. Se descubría soñando con su contacto, ansiando besar su pecho, apretarse contra su vientre. Quería que le estrujase, que su boca le succionara los pezones, que sus manos fuertes le apretaran las nalgas, quería sentirlo muy dentro.

Abrió los ojos, algo avergonzada por sus pensamientos, y contempló su rostro atezado, todavía dormido. Había tantas cosas que la confundían. Pedro la escuchaba con atención e interés y Mencía dejaba que las palabras que llevaban tanto tiempo retenidas la desbordaran. Percibía que entre los dos fluía una suerte de complicidad, de entendimiento, que la desconcertaba y la asustaba. A veces pensaba que él era capaz de ver en su interior, y esa idea le azoraba, pero también le calentaba el pecho.

Después se acordaba de la razón por la que estaba con él y el dolor y la confusión regresaban. Tenía miedo. Miedo de sí misma, de sus sentimientos confusos. En unas horas se celebraría el juicio de su padre. Esa noche apenas había pegado ojo, dividida entre la preocupación y un remordimiento persistente, la sensación de estar traicionándole. Pedro se había encargado de que a su padre no le faltaran comodidades, pero seguía encerrado en la cárcel de la Trindade.

La mano de él se movió y se posó sobre uno de sus pechos. Los dedos acariciaron

el fino camisón y buscaron el camino hacia la piel. Estaba despierto y la observaba con un brillo avaricioso en las pupilas.

—Ven aquí... —susurró Pedro.

Pero ella se apartó. Se levantó para alejarse y resistir aquella ansia que le llenaba el estómago de hormigas. Dio vueltas por la habitación, inquieta, nerviosa, sin atreverse a mirarlo. Se acercó a la ventana. Desde allí no se alcanzaba a ver la Porta da Trindade, aunque estaba cerca.

—Todo saldrá bien, ya verás.

La reconfortó que supiera lo que le pasaba sin necesidad de recordárselo. Pero ella no estaba tan segura de que todo fuera a ir bien. La preocupación la reconcomía. ¿Y si no era así, si no salía todo bien? ¿Si lo condenaban a muerte por hurtar los dineros de la hermandad? Cada vez que pensaba que Martiño lo había denunciado le invadía un rencor que la asustaba.

Pedro se incorporó, se recostó contra los almohadones y la miró con expresión preocupada. Para escapar de su escrutinio, observó la praza do Paraíso, a sus pies, del otro lado de la ventana.

Era muy temprano todavía, pero los primeros cambistas comenzaban ya a instalar sus mesas. Un cerdo de la piara del arzobispo hociaba en un montón de basuras. Una vieja se dirigía con pasos lentos a la catedral. Se descubrió buscando al padre de Arnao entre los cambistas, aunque sabía que no había vuelto a abrir su negocio desde...

Una figura había llamado su atención. ¿Sería posible?... De pie junto a la fuente de los leones había un hombre con el rostro medio oculto por la capucha. El pulso se le aceleró. Había algo en él que le resultaba tan familiar...

El embozado alzó la vista y sus miradas se cruzaron. Mencía dejó escapar una exclamación ahogada.

—¿Qué sucede? —preguntó Pedro. Se levantó con agilidad y se acercó.

—Nada, no es nada... —balbució, nerviosa—. Es solo que me ha parecido ver a... la dueña. La dueña Einés.

La anciana había vuelto a la posada tras la muerte de Arnao.

Pedro Osorio echó un vistazo por la ventana.

—La echas de menos, ¿verdad? —La ciñó por la cintura y la atrajo hacia él—. Pues dile que venga. El palacio es grande y así te sentirás más acompañada.

Se libró del abrazo, todavía aturdida.

—Debo... Debo prepararme. Para el juicio.

Él ahogó una mueca de fastidio.

—Todo saldrá bien, ya verás.

Pero Mencía ya no le escuchaba. Pues no era a la dueña a quien acababa de ver.

Era a Estevo.

La praza do Paraíso iba despertando a la vida poco a poco entre conversaciones, ruido de monedas y reclamos de mercaderes. Había vuelto a empezar a llover. Una lluvia mansa flotaba en el aire y empapaba el alma. Estevo, refugiado en la Corticela, pateaba el suelo para entrar en calor. No paraba de moverse, apoyándose alternativamente en uno y otro pie. Estaba nervioso.

La pequeña iglesia permanecía vacía y en un silencio frío y pesado como una losa. En un lateral de la capilla había un sarcófago de piedra con la efigie de una dama yacente. Un tocado de estrellas le enmarcaba el rostro e inclinaba la cabeza hacia la pared, como si pretendiera ocultar algún secreto.

Como Mencía. También ella ocultaba un secreto. Se sentía crispado, enfadado consigo mismo, con ella, con el mundo entero, agitado por dentro por las imágenes que había entrevisto. Ni siquiera sabía qué hacía allí. La silueta tras la ventana. Al verla, algo agudo y afilado como un sueño roto se le había clavado en el pecho. Porque también había visto a Pedro Osorio, que se le acercaba y la atraía hacia él en un gesto inequívoco.

No conseguía pensar con claridad. Así pues, a eso se refería el padre Vasco. No entendía cómo Mencía... ¡Oh, no, maldita fuera! ¿Quién era él para decidir lo que ella podía o no hacer?

Tenía que marcharse de allí. Qué estúpido había sido. Llevaba toda la noche sin dormir. En algún lugar de sus entrañas siempre había querido imaginar que era posible. Que Mencía también se sentía atraída por él, que entre los dos había... algo.

Fruunció el ceño y apretó la mandíbula. ¡Nada menos que Pedro Osorio, un caballero!

Una barragana.

La palabra le atravesó, brutal, despiadada.

No tenía sentido seguir rondando la plaza. Ojalá nunca la hubiera visto. Ojalá.

Ramla. Sintió un anhelo intenso, y también un rubor avergonzado. Necesitaba verla. Necesitaba su sonrisa de dientes blancos, su fuerza, su energía desbordante. Echaba de menos su cercanía, su complicidad, la mutua devoción que los embargaba cuando estaban juntos. Qué tonto había sido dejándose arrastrar por los sueños.

Se disponía a salir de la iglesia cuando Mencía apareció en el quicio. Se detuvo en seco y la contempló con la boca abierta.

Nada más verlo, Mencía sintió que algo se le rompía por dentro. Se abalanzó sobre él y le abrazó con fuerza mientras su cuerpo entero se estremecía y las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Estevo, Estevo... ¿Dónde estabas? ¿Dónde te habías metido?

Caían las lágrimas, se le escapaban las palabras, y antes de que se diera cuenta se

convirtieron en un borbotón de preguntas.

Estevo, sorprendido, la contemplaba con tal intensidad que se obligó a hacer un esfuerzo por calmarse. Se sentía exultante, nerviosa, angustiada, confundida. Estaba más alto, más fuerte, más hombre. Con un aplomo que antes solo se intuía.

Fue respondiendo a sus preguntas sin apartar los ojos de ella. Desgranó una historia de traiciones, de bosques, asaltos y heridas mortales. Mencía le escuchaba asombrada y aliviada porque Estevo estaba allí, frente a ella, y verlo y escucharlo era como recuperar una parte de su propia vida, un tiempo en el que todo era mucho más inocente. Aquella era la prueba de que no tenía nada que ver con los asesinatos de la ciudad.

—El padre Vasco me contó lo de vuestro padre —dijo él cuando terminó su historia.

Mencía notó que las lágrimas regresaban. Él la abrazó.

—Todo saldrá bien, ya veréis.

Eran las mismas palabras que acababa de decirle Pedro Osorio.

La asociación de ideas le provocó un estremecimiento y la obligó a apartarse de él. Pedro. Pedro. ¿Qué le estaba pasando? Observó a Estevo, incapaz de comprender las corrientes que la atravesaban.

—Mencía... —murmuró él.

No podía pensar con claridad. Un torbellino de sentimientos confusos y de emociones se le enredaba en el pecho. Había pensado muchas veces en Estevo. En su serenidad, en su forma de escucharla cuando ella le contaba cualquier cosa, en lo cómoda que se sentía en su presencia. Sintió un deseo intenso: escapar con él, alejarse de Santiago, ir juntos a cualquier parte, lejos, muy lejos de allí, del infierno de su vida en la ciudad, de los Calteno, de Martiño, de...

Pedro. Algo se le retorció en el vientre. ¿Qué le pasaba? Veía el rostro de Estevo en tensión y tenía ganas de acariciarle la barba crecida, las cicatrices de las mejillas. Quería que la abrazara.

Pedro.

—Será mejor que me vaya —dijo haciendo un tremendo esfuerzo—. Ten cuidado, te lo ruego. Te está buscando toda la ciudad.

Dio media vuelta y abandonó apresuradamente la Corticela.

Roxer, el escudero de Pedro Osorio, estaba sentado en el murete de piedra de la fuente de los leones de la praza do Paraíso en compañía de dos hombres de armas. No apartaba la vista de la entrada de la Corticela.

Las órdenes de su señor habían sido tajantes. Debía seguirla, ver adónde iba con tanta urgencia. La moza era un dulce que ya le gustaría catar a él; no le extrañaba que su señor quisiera tenerla vigilada. Si por él fuera, la tendría encerrada tras siete llaves. Con una hembra así había que estar vigilante.

La vio salir de la Corticela. En el fondo sintió cierta decepción. Se le había ocurrido la posibilidad de que estuviera engañando a don Pedro y que este, al enterarse, la repudiara.

Pero no, qué va. Solo había ido a la iglesia. A rezar por su padre, imaginó. «Buena falta le hace». Estaba más claro que el agua que el posadero acabaría el día bailando en el extremo de una sogá.

La observó dirigirse de regreso al palacio arzobispal. Caminaba con prisa, la cabellera oculta bajo la toca, el rostro vuelto hacia el suelo. En fin, que allí él ya no tenía nada que hacer. Les hizo una seña a sus hombres para que espabilaran y se dispuso a regresar al palacio.

Pero no llegó a hacerlo, porque acababa de reparar en la figura embozada que salía de la iglesia. Un hombre.

«Vaya, vaya». Aquello tenía que ver con Mencía. ¿Qué iba a hacer un hombre en una iglesia a esas horas de la mañana? Y con esas pintas de mendigo.

—Traédmelo —ordenó a sus hombres.

Los observó correr hacia el fulano. El tipo se llevó un susto de los buenos, pero no le dieron tiempo de reaccionar. Roxer sonrió al verlo forcejear. Algún mercader curioso lanzó una ojeada en aquella dirección, pero al reconocer las sobrevestes con las armas de los Trastámara apartaron la vista. A Roxer le gustaba ese respeto de los villanos.

—Mira tú por dónde la santita es de las que no se conforman con calentar una sola cama —masculló, displicente, mientras los hombres de armas arrastraban al pobre diablo hasta él—. Veamos quién es el afortunado.

Le apartó la capucha y la sorpresa le abrió la boca. Conocía bien aquel rostro marcado, vaya si lo conocía. Durante meses él mismo lo había instruido en la campa de Santa Susana en el uso de la espada. A él y a sus lobos.

—¡Por todos los diablos! ¡El jodido Loberno, ni más ni menos!

Era su día de suerte. Así, sin esperárselo, acababa de embolsarse dos mil maravedíes.

Traición y felonía

LE despertó el repicar de las campanas. Rompieron el silencio las de la catedral y le siguieron al punto las de Santa María Salomé. Después tañeron las de San Fiz de Solovio, las de San Bieito do Campo, San Miguel dos Agros, Santo Martiño Pinario... Las últimas, casi indistinguibles, eran siempre las de Santa Clara y San Francisco. Xan Cabreiro las diferenciaba perfectamente: más graves las de la catedral, tímidas las de San Bieito, dignas y serenas las de San Fiz... Llevaba toda la vida oyéndolas, pero ese día consiguieron que un puño se le atravesara en la garganta. Ese día anunciaban que su juicio estaba a punto de comenzar.

Cuando callaron las campanas, Xan oyó un ruido de pasos y llaves. Dos carceleros entraron en la celda.

—Es la hora, Cabreiro.

Ramla había dormido mal. La noche había estado cargada de premoniciones. La preocupación le rondaba las sienas y le mordía el alma. Hacía semanas que se le había metido en las entrañas una sensación fugitiva, un barrunto de calamidades. A veces era un susurro de *djinns*, otras un escalofrío. Y Ramla había aprendido a hacer caso de sus presentimientos.

—¿Qué pasa, Raposo?

Llevaba toda la mañana nervioso. Cada vez que volvía la cabeza hacia él lo descubría observándola. Al sentirse cazado, apartaba la vista, como si le hubiera sorprendido tratando de robarle la bolsa.

—¿Eh? ¡Nada! ¿Qué mierda me va a pasar?

No confiaba en él. Sabía que ocultaba algo, pero no se le ocurría de qué podía tratarse. Desconfiaba de sus misteriosas idas y venidas nocturnas. Las últimas semanas habían sido un toma y daca, un juego esquivo para ganarse su confianza y conseguir que desvelara sus secretos.

Había visto esa mirada muchas veces en los hombres con los que la obligaban a yacer en el burdel. El Raposo la devoraba en su imaginación, buscaba el roce de su cuerpo con torpeza, se hacía el valentón cuando ella estaba cerca. Y Ramla le seguía el juego, ahora sí, ahora no, «A esta mora hay que ganársela, Raposo». Quería abrir una brecha para escudriñar sus secretos.

Esa mañana la mirada del Raposo ocultaba algo más. Una impaciencia, como si se relamiera por anticipado del plato que iba a engullir.

—¿Qué pasa, Raposo, te pica el cuerpo?

Él se acercó con aire bravucón. La repasó de arriba abajo con lascivia.

—¿Quieres saber lo que es bueno, morita? —Se llevó la mano a los genitales, la lengua entre los labios.

—A esta mora hay que ganársela, Raposo. —Pero faltaba la confianza de siempre en su voz. Eran los presagios.

El Raposo se percató de su vacilación y se aproximó más.

—Tú déjame a mí. Pronto verás quién soy —dijo, y le robó una caricia furtiva.

Estalló un fragor de campanas. Los lobos se pusieron en movimiento, había que acudir a la praza dos Ourives. Era la llamada de la hermandad.

Ramla se encogió de hombros. Ojalá estuviera tan tranquila como aparentaba. Había soñado con el Loberno, y el sueño estaba teñido de sangre.

Alguien iba a morir.

Xan Cabreiro sentía que las maderas del carro se clavaban en su espalda. El clamor de las trompetas ahogaba gaitas y malabares. Vio a un chiquillo que estiraba el cuello para verle y desaparecía engullido por la muchedumbre. Un perro ladraba, furioso y asustado. Un borracho orinaba en una esquina y se reía él solo, como si algo le hiciera mucha gracia. Una panadera que conocía, a la que le compraba el pan a menudo, le señaló con una mueca de desprecio en su rostro.

Los bueyes se movían lentamente, indiferentes al bullicio que les rodeaba como un enjambre. Unos guardas rodeaban la carreta, que cargaba con varios reos, descuideros y estafadores.

—¡Fillo de puta!

Tenía la ropa rota, sucia. Su cabeza trataba de mantener la cordura, pero las semanas en la celda pesaban sobre su ánimo. No acababa de creerse que le estuviera pasando aquello. Le habían dicho que su propio hijo, Martiño, lo había delatado.

Alguien le arrojó una col podrida.

—¡Ladrón!

Pensó con amargura que ya nadie parecía acordarse de que en su mesa siempre había un plato para los hambrientos.

—¡Así te lleven mil demonios!

Llovieron bostas de vaca y verduras podridas. El grupo de guardas trataba de contener con la punta de las picas al gentío.

De pronto una voz se elevó por encima del griterío.

—¡El Loberno! ¡Mirad, es el Loberno!

Cabreiro se volvió hacia la voz pensando que el Loberno de marras estaría entre la multitud, pero vio que señalaban el carro. A un joven sentado a su derecha, con las manos atadas a la espalda. Ni se había fijado en él cuando los habían subido, pero en ese momento reconoció al criado que había trabajado en su posada.

Alrededor, la multitud guardó silencio. De súbito brotó un gemido animal de cien gargantas. Arreció la lluvia de insultos y despojos.

—¡Asesino!

La muchedumbre se agitó, temblaba de indignación. Los guardas se emplearon a fondo con las picas y pronto la sangre tiñó de rojo el barro de la plaza.

—¡Traidor!

—¡Malnacido!

Los hombres de armas, incapaces de contener a la turba, comenzaron a recular. Xan vio con terror que el círculo en torno a la carreta se estrechaba.

Sonaron los clarines. El gentío dudó. Se oyó un retumbo de caballerías y metales.

—¡El conde! ¡El conde de Trastámara!

Un grupo de señores a caballo cruzó la Quintana. Era una estampa imponente, con sus cotas y sus celadas, sus armas, sus gualdrapas y sus enseñas, sus cadenas de oro, sus plumas y sus sedas. Respiró aliviado. La multitud ya no luchaba por acercarse al carro.

—¡Viva el conde! ¡Vivan los Trastámara!

El Raposo observaba el espacio delante de la Porta dos Ourives de la catedral, a la que se accedía por unas amplias escaleras. Allí, bajo un toldo blanco con la vieira de la hermandad, se hallaban los caballeros, los procuradores y los alcaldes que ese día iban a ejercer de jurados.

El conde de Trastámara se dirigía a la multitud y todos le escuchaban como si fuera un profeta de esos tan tiosos del Pórtico de la Gloria, en la entrada principal de la catedral.

Él ni siquiera le oía, pero se le daba una higa. No conseguía quedarse quieto. Sentía que su momento estaba a punto de llegar. Y por todos los demonios del infierno que nunca había soñado con un éxito tan rotundo. ¡El mismísimo Loberno! Lo tenía a unos metros, en el carro de los cautivos, rodeado por los guardas.

Un hombre de Osorio se le había acercado un momento antes para darle instrucciones. Sonrió al recordar las caras de los lobos al verlo, al darse cuenta de que iba a hablar con él y con nadie más. Mientras hacían un aparte, el Raposo no había dejado de vigilar a Ramla y a los demás, que le observaban a hurtadillas, las bocas abiertas por el asombro ante aquella demostración de confianza.

Sí, sí, faltaba muy poco para que todos se enteraran de quién era de verdad el Raposo. Y la captura del Loberno haría más completo su triunfo. ¡Ni que lo hubiera planeado así! Le bastaba ver la expresión de Ramla para saborear por anticipado su triunfo.

—Conque no estaba en la ciudad, ¿eh, morita? —Le dedicó una sonrisa torcida—. Conque el gran héroe había ido a rescatar a unos juglares...

Los lobos contemplaban a Estevo atónitos.

El Marelo se volvió hacia Ramla.

—¡Nos has engañado! No era verdad lo que decías, ¡no era verdad que se hubiera ido! ¡Nos ha traicionado!

Ramla no apartaba la mirada del carro.

El conde de Trastámara dio unos pasos y examinó la muchedumbre que se agolpaba en la plaza. Desde su posición, en lo alto de la escalinata de acceso a la Porta dos Ourives, veía los rostros atentos, las bocas desnudas de dientes, las mejillas barbadas y las greñas de las mujeres y contuvo una mueca de asco.

Se acercaba el momento. Había discutido los detalles con su hijo Pedro, por supuesto, pero también con Luis y con Álvaro. Todo estaba dispuesto.

El gentío aguardaba a que siguiera hablando. Se sintió como uno de esos histriones que iban de corte en corte declamando gestas y dramas. Era una sensación de poder que le tensaba el cuerpo y le hacía vibrar. Descubrir que podía provocar en ellos odios y arrebatos le producía un placer inesperado.

—¿Cómo es posible? —clamó tras la larga pausa dramática—. Confiamos en este hombre, le nombramos procurador de nuestra Santa Irmandade para que reuniera vuestras contribuciones. —Señaló con un dedo acusador hacia Xan Cabreiro. Lo habían subido al cadalso y permanecía en pie, encadenado y temblando, observando al gentío con ojos desorbitados—. Contribuciones que os cuestan sudor y esfuerzo... ¿Y qué recibimos a cambio? ¡Traición! ¡Traición y felonía! —Un bramido brotó de las gargantas. Cuando le pareció que la indignación ya no podía crecer más, alzó la diestra y mostró la palma a la multitud. El silencio se extendió como el aceite. Bajó la voz para obligar a todos a guardar un silencio aún más intenso—. Pero yo os digo que hoy haremos justicia. No solo juzgamos a un posadero felón, también os traemos la prueba de que el brazo de la hermandad es fuerte y recto. Mi hijo Pedro os prometió que capturaríamos al rufián asesino de artesanos y mercaderes. ¡Y ahí está el que llaman el Loberno! ¡Los Trastámara siempre cumplimos nuestra palabra! —Aquello había sido un golpe de suerte, pero no pensaba desaprovecharlo. Arreciaron los vítores—. ¡Contemplad a los culpables de vuestros sufrimientos! ¡Hoy se hará justicia! Y hoy también os desvelaré la verdadera naturaleza de quienes se agazapan entre nosotros como la cizaña entre el trigo. ¡Limpiaremos nuestra casa para que todo reluzca como el día de la Creación!

Don Bernal Eáns de Moscoso se removi6 en su sitial. Tenía una expresión apacible y atenta, o eso esperaba, pero por dentro la furia le quemaba. El conde era un tipo artero como una hiena hambrienta.

Los Trastámara llevaban demasiado tiempo buscándole las cosquillas, despreciándolo como si en vez de señor principal fuera un simple mandadero. Notó el

sabor ácido de la amargura.

El juicio a Cabreiro todavía no había comenzado. El conde era listo; primero encendía los ánimos y después juzgarían al posadero y a ese Loberno. Aquella era otra ofensa. Juzgar a uno de sus leales era lo mismo que darle una bofetada a él. Si no hacía nada por defender a los suyos, ¿quién le respetaría?

No le gustaba el cariz que estaban tomando los acontecimientos, pero ya le daba igual: hasta ahí habían llegado. Toda esa pantomima estaba a punto de acabar. Dos días antes había rubricado por fin un acuerdo secreto de reconciliación con el arzobispo. Don Rodrigo le había ofrecido la mano de su hermana doña María de Luna y había jurado mantenerlo en el cargo de pertiguero mayor de la Tierra de Santiago. En ese mismo momento las tropas del arzobispo esperaban fuera de las murallas a que sus hombres les franquearan la entrada.

«Tú lo has querido, conde».

Echó un vistazo a las casas que bordeaban la plaza e hizo un gesto discreto a uno de sus escuderos, el cual se inclinó a su lado.

—¿Está todo preparado? —le preguntó en voz baja.

—Los hombres están en sus puestos, mi señor.

El Bravo asintió. Ese día terminaría de forma muy diferente de lo que el conde imaginaba. Ese día los Moscoso verían restablecido el honor de su casa y los Trastámara morderían el polvo. Se habían acabado las humillaciones.

—Aguardad mi señal.

El conde había terminado de hablar y observaba los juicios desde su sitio. Ya habían comenzado. Primero los rateros y alborotadores, para calentar el ambiente; después llegarían los platos principales, Cabreiro y aquel Loberno.

La muchedumbre estaba entregada, y los alcaldes también. Habían comprendido de qué lado soplaban el viento. En su mayoría eran mercaderes y artesanos acomodados que tenían mucho que perder si se arrimaban al ascua equivocada.

Todos menos el padre Vasco Martíns. Lo examinó con los ojos entrecerrados. Había sido él quien había enredado al Moscoso para que acogiera la hermandad. Él había convencido a los miembros del concejo. Aunque ya había pasado año y medio, recordó el momento como si lo estuviera viviendo en ese instante: el fraile dirigiéndose a la gente y proclamando la Santa Irmandade.

Con la ayuda de Bernal, que había roto el empate cuando exigió repetir la votación del concejo en su presencia. Entonces la maniobra le había desconcertado, pero ahora ya sabía quién estaba detrás: el fraile. Se habían enterado de lo sucedido gracias a un criado de Bernal demasiado codicioso: antes de la proclamación de la Irmandade, Vasco Martíns había visitado al Moscoso para convencerle de que apoyar su creación restaría apoyos a los Trastámara. De no haber sido por el fraile, las cosas habrían sido muy diferentes desde el principio. Con sus años y sus barbas parecía

inofensivo, pero era el alma de todo aquel despropósito. Por fin lo había comprendido.

Así pues, en breve se iba a llevar su merecido.

Dirigió su atención a Bernal. Mantenía la expresión imperturbable, pero advirtió el puño crispado, la rigidez de la postura. «A ti también, Moscoso, a ti también está a punto de llegarte el turno. Mucho antes de lo que imaginas».

Cruzó una mirada con su hijo Pedro, que asintió discretamente. «No me falles, Pedro, no me falles ahora». Pero no, su hijo no le fallaría. Lo de aquella mocita, la hija del posadero, solo podía ser un capricho pasajero. «Fóllatela todo lo que quieras, pero que eso no te impida hacer lo que tienes que hacer», le había espetado. «Sé bien lo que nos jugamos, padre», había respondido él.

Bien. Sus hombres estaban listos.

Ahora solo quedaba disfrutar de la función.

El Raposo vio que dos soldados sujetaban al Loberno y lo llevaban a empujones hasta la parte superior de la escalinata. Este se dejó hacer sin oponer resistencia. La gente le tiraba porquerías. Algo le golpeó en la cabeza y se deslizó por su frente, tapándole un ojo, y el Raposo soltó una carcajada. Ramla lo miró furiosa, pero a él no le importó. Ya no le importaba nada. Pronto la morita sería suya y solo suya. El Arcanxo se lo había prometido.

Arrastraron al Loberno al centro del espacio y un procurador de la Irmandade comenzó a enumerar las acusaciones.

—Por lo que hemos podido averiguar, no ha actuado solo —concluyó el procurador tras recitar la retahíla de asesinatos. Hablaba con voz nerviosa y no paraba de echar miradas de refilón al preso, como si temiera que de un momento a otro fuera a abalanzarse sobre él—. Para cometer sus crímenes y escapar de la justicia durante tanto tiempo se necesita ayuda...

Alguien tocó el hombro derecho del Raposo. Roxer, el escudero de Pedro Osorio, lo empujó hacia la escalinata. Ramla y los lobos se percataron de lo que sucedía y le miraron con extrañeza.

«Merda», estaba muy, muy nervioso. La idea de subir aquellas escaleras hacía que le temblaran las piernas. Avanzó entre la multitud, con Roxer siguiéndole de cerca. Cuando llegó arriba, se dio cuenta de que el Loberno lo reconocía y le dedicó una mueca de desdén.

—¿Tienes algo que decir? —le preguntó el procurador.

Soltó una risa nerviosa y asintió. Iba a abrir la boca cuando de súbito sintió la presión de toda aquella gente, el mar de cabezas que llenaba la plaza. Comenzaron a sudarle las manos y notó una palpitación en las sienes. Pensó que hacía calor, mucho calor, aunque estaban a finales de enero. Su vista se convirtió en un túnel, capaz solo de enfocar al frente mientras lo demás se volvía borroso.

Tenía la boca seca, la lengua pegada al paladar. Se le escapó un sonido inarticulado.

—¿Y...?

—¿Y qué? —consiguió graznar al cabo.

Oyó algunas risas.

—¿Qué tienes que decir? —insistió el procurador, que lo observaba con el ceño fruncido.

—Eeh... Yo... yo sé... —Echó un vistazo a la gente, cada vez más nervioso.

—¿Qué es lo que sabes?

Nuevas risas. Comenzó a enfadarse. No conseguía dejar de pensar en que todos le estaban mirando.

—Pos eso, que yo lo sé, yo lo vi. Al Loberno, digo —se arrancó al fin, incluso se atrevió a enfrentar a la multitud—. Nunca me pareció trigo limpio... —De puro nerviosismo le salió un gallo que desató unas cuantas risas. Aquello le indignó. ¿Cómo se atrevían a reírse de él?—. ¡No es cosa de broma! —increpó a la multitud. Las carcajadas arreciaron. Se puso rojo y la cólera le inundó. Aquello, al menos, tuvo la virtud de aplacar los nervios. Sus palabras salieron en una retahíla—. ¡Es verdad! ¡Yo lo vi! Hace dos noches, cuando volvía de mi guardia, vi a un hombre en la praza do Campo. Encapuchado, por eso fue que al principio no lo reconocí, pero andaba de esquina a esquina, y yo me dije: «Raposo, el que así va, algo esconde», ya me entiende vuesa merced —exclamó, muy alterado, buscando la complicidad del procurador.

—Prosigue.

—Eso hice.

—¿Qué?

Más risas.

—¡Es cierto! —gritó hacia la multitud—. Me dije que era muy rara esa forma de andar, como si fuera un ladrón. Y lo seguí. Fue derecho a la Quintana. Al monasterio de Antealtares.

La gente, de repente, le escuchaba con interés, y le invadió un calorillo por dentro. Buscó a los lobos y los vio al pie de las escaleras, con las bocas abiertas, desconcertados. Ramla no apartaba sus ojos de él.

—¿Algo más? —le animó el procurador.

Tuvo que hacer un esfuerzo para continuar, sacudido por la intensidad de aquellos ojos negros.

—Pos... justo cuando estaba a punto de entrar en el monasterio, el viento le apartó la capucha. Y era él. —Señaló a Estevo con el brazo extendido y ademán triunfal—. Era el Loberno.

Se oyeron murmullos, algunos gritos airados. El Raposo se dio cuenta de que ahora sí le hacían caso, le creían, y tuvo que reprimir la satisfacción que le inundaba por dentro.

El procurador dejó que crecieran las protestas y después levantó una mano para reclamar silencio. Habló entonces para la plaza:

—Cuando este cuadrillero informó a nuestro capitán general, don Pedro Osorio recordó la amistad que unía al Loberno con el padre Vasco Martíns y envió a unos hombres a hablar con él... —Hizo un gesto y un paje se adelantó con un saco de arpillera—. Y esto fue lo que encontraron en la celda del padre Vasco.

Teatralmente, vació el saco a sus pies. Los cuellos se estiraron y las gargantas estallaron a medida que se corría la voz.

En el suelo de piedra brillaba un pequeño montón de joyas y monedas.

—¿Qué puede ser esto, sino el producto de los robos del Loberno y la prueba de la complicidad del padre Vasco?

El griterío hizo retumbar la plaza.

El padre, sentado junto a los demás alcaldes, miraba con expresión de desconcierto.

El conde de Trastámara asintió con gesto compungido. Luego, como si le costara un mundo aquello, hizo un gesto a dos de sus hombres, que se acercaron al fraile y lo apresaron.

La multitud rugía. El Raposo se volvió hacia Estevo y le sonrió de puro regocijo.

—No es verdad. —Ramla apretaba los puños, tenía todo el cuerpo en tensión.

Los lobos estaban atónitos. No sabían qué hacer o creer. El Tiñas, Fedorento, Marelo, Xocas, Antón el Manco, todos con semblante desencajado, como si les hubieran hurtado la tierra bajo los pies.

—¡No es verdad! —repitió Ramla—. ¿Vais a creer a ese mierda? ¿El padre robando? ¡Anda ya! —Se acordó de los sueños, la premonición que no le abandonaba últimamente. Alguien iba a morir. Sus compañeros la miraban, aturcidos, todavía con la duda en la cara—. ¿Quién os protegió cuando estabais en manos del Arcanxo? ¡El Loberno! Y el padre nos convirtió en cuadrilleros. ¡El Raposo está mintiendo!

—Pero, entonces... —Marelo la miraba confundido—. ¿Por qué lo acusan? ¡Lo han juzgado!

Ramla no lo sabía. No entendía quién estaba detrás de todo aquello, pero estaba seguro de que si no hacía algo, lo que fuera, el Loberno y el padre terminarían el día bailando de una soga.

—Tenemos que hacer algo. ¿Os vais a quedar de brazos cruzados? —La contemplaban sin acabar de comprender—. Tiñas, Fedorento..., ¿ya no recordáis el juramento? ¡Juramos que seríamos como hermanos! ¡El Loberno es inocente, tenemos que ayudarlo! —exclamó con desesperación.

—¿Estás segura? —El Fedorento dudaba.

—Así me muera aquí mismo.

El otro alzó las manos con las palmas hacia arriba.

—Pero... ¿qué podemos hacer nosotros? —dijo.

Ramla respiró hondo. Ojalá lo supiera.

Mencía tenía el corazón en un puño y las pupilas anegadas. No quería llorar, estaba harta de llorar, pero ver a su padre y a Estevo aherrojados y a la gente arrojándoles desperdicios y escupitajos le oprimía el pecho y le robaba el aliento.

Una y otra vez se preguntaba qué iba a pasar. ¿Cuándo habían capturado a Estevo? No podía creerse que fueran a colgarlo. Lo habían condenado a muerte y cuando concluyeran los juicios lo ejecutarían.

—Tranquila, *neniña*, tranquila... —le dijo el ama Einés.

Mencía se había empeñado en asistir al juicio, y Pedro había aceptado, pero con la condición de que la dueña la acompañara y varios de sus hombres la protegieran.

A Einés le espantaba que viviera con el noble, pero no podía negarse a acompañarla. Ambas estaban en un lateral de la plaza, rodeadas por hombres de armas. Más de un villano las contemplaba de reojo, más de uno la reconocía como la hija del posadero al que estaban juzgando, pero no se atrevían a molestarla.

—Me lo ha prometido —murmuró Mencía, más para sí misma que para Einés—. Pedro me ha prometido que no le pasará nada a mi padre.

Pero comenzaba a dudarlo. Tenía el corazón en un puño. Un momento antes, su propio hermano había subido la escalinata y en aquel momento comparecía ante el tribunal de la Xunta da Irmandade.

Se obligó a prestar atención.

—¿Entonces? —apremió el procurador a Martiño—. ¿Confirmáis que este cofre —señalaba un arca que unos peones acababan de depositar en el suelo y que Mencía conocía bien— fue requisado en la posada de vuestro padre, maese Cabreiro, aquí presente? ¿Confirmáis que los dineros que contiene pertenecen a la hermandad?

La gente, a su alrededor, contuvo la respiración, fascinada por la posibilidad de que un hijo acusara a su padre. Martiño tosió y se rascó los antebrazos. Mencía clavó la mirada en él. «No lo hagas, Martiño, no lo hagas, no lo hagas...».

—Así es —dijo su hermano con un hilo de voz.

—¡Más alto! ¡Que lo oigan todos!

Martiño se puso colorado. Carraspeó, alzó la voz.

—Digo que así es. Mi padre robaba a la hermandad.

Estalló un clamor.

—¿Hacen falta más pruebas que la acusación de un hijo? —preguntó el procurador a los jurados.

Un tejedor, fuera de sí, trató de subir la escalinata, pero dos hombres de armas se lo impidieron. Una bosta de caballo alcanzó la pechera de Cabreiro, que parecía ido.

—¡Oh, pobrecito! —exclamó Einés.

Mencía se volvió hacia ella y se dio cuenta de que la dueña estaba mirando a

Martiño, no a su padre. «Pobrecito». Sintió una furia tan intensa contra el ama que tuvo que apelar a todas sus fuerzas para controlarse. «¿Pobrecito?». Ella lo había malcriado, permitiéndole hasta el menor capricho desde niño.

—Ni se te ocurra volver a decir algo así —le espetó con la voz tensa como un látigo—. Ni se te ocurra volver a nombrarlo en mi presencia. ¡Nunca!

Pedro Osorio cruzó una mirada con el conde y después observó la plaza. Todo su cuerpo estaba en tensión. Localizó a Mencía con el ama Einés, ambas rodeadas por sus hombres. Incluso en la distancia le pareció la mujer más hermosa que había conocido. Adoraba su cuerpo y la pasión que ambos compartían, pero también su conversación, el brillo de su mirada, su vehemencia y su determinación. Escuchándola, había llegado a comprender mejor el anhelo de justicia de la Irmandade. Más extraño todavía, tenía la sensación de que ella le había llegado a conocer en tan breve tiempo de una forma tan íntima que no necesitaba fingir nada a su lado. De alguna forma, su presencia le hacía mejor a sus propios ojos.

No conseguía quitársela de la cabeza. Estaba fascinado por ella. Fascinado y preocupado. Mal que le pesara, Cabreiro era la pieza clave de todo el plan y él no había podido más que aliviar las condiciones de su prisión. Solo esperaba que lo que se disponía a hacer en ese instante sirviera para alejar la atención del posadero. Lo suficiente, al menos, para liberarlo discretamente en unos días. Si no salvaba al padre, Mencía nunca se lo perdonaría.

Se obligó a concentrarse en lo que tenía por delante. Había llegado el momento de intervenir.

Le bastó un vistazo para comprobar que Bernal Eáns de Moscoso seguía en su sitial, sin reaccionar. Incapaz de imaginar lo que estaba por venir.

Había llegado el momento, sí.

Se levantó y se acercó al procurador que dirigía los juicios.

—¿Mi señor?

Se detuvo al borde de las escaleras, con el mar de cabezas a sus pies, y aguardó a que se apagarán los murmullos.

—Afirmáis que este hombre, maese Cabreiro —lo señaló, sin mirarlo—, ha robado a la hermandad. Y es muy posible que sea así, pero quizá deberíamos preguntarnos si fue la codicia la que guio su mano o si, por el contrario, actuó en nombre de alguien más poderoso que él.

Hizo una pausa.

La multitud aguardaba y lo miraba con extrañeza.

Entonces Bernal Eáns de Moscoso se levantó, airado, y le enfrentó.

—¿Qué insinuáis? ¿Qué memez es esta?

Pedro puso su mejor cara de sorpresa.

—*Excusatio non petita, accusatio manifesta...* —Una sonrisa mordaz. Alzó la

voz, para que todos le oyesen—: ¡El que se excusa, se acusa! ¿Tenéis algo que ocultar, Bernal? ¿Sois un miembro leal de esta Santa Irmandade?

—¿Cómo osáis? —Se le subió la sangre a la cara—. ¡Por supuesto que lo soy!

Pedro asintió. La plaza guardó un silencio casi reverente.

—En ese caso, nada tenéis que temer. —Se encogió de hombros. Estaba disfrutando como nunca—. ¿Por qué os encrespáis?

El Bravo vaciló. Vio que en sus ojos se dibujaba la comprensión. Se estaba dando cuenta de que le habían tendido una celada. «Ya era hora, mamarracho». Contuvo las ganas de soltar una carcajada. Dios, cómo había deseado aquello.

—Con la venia de la hermandad, de sus alcaldes y autoridades, convoco a comparecer ante esta asamblea en calidad de testigo a maese Gabriel, conocido por el Arcanxo...

Aquello sí que provocó el desconcierto general. Vio que muchos se estremecían de puro asombro. Una mujer con una pañoleta roja en la cabeza se llevó la mano a la boca. Oyó exclamaciones ahogadas.

Era un movimiento arriesgado. Conocía bien la animadversión que despertaba el mayordomo de la cofradía de los ladrones, pero el Arcanxo había sido inflexible en ese punto. Si querían contar con su ayuda, debían presentarse juntos ante la ciudad entera. «La mejor manera de comenzar mi rehabilitación pública...».

—¡El Arcanxo!

Maese Gabriel se abrió paso desde la rúa do Vilar, erguido y seguro de sí mismo, hermoso como una estatua romana. A su paso, las gentes callaban. Pedro no pudo menos que admirar su dominio teatral de la escena. Atravesó la multitud con la misma confianza que si se hallase dando un paseo mañanero por el Outeiro de Poldros. Los hombres que lo acompañaban se mostraban inquietos y no paraban de escudriñar a diestra y siniestra con las manos prestas sobre los puñales, pero el Arcanxo no. Su aspecto causaba un vivo efecto en aquel gentío de pieles marcadas por la viruela, bocas desdentadas y miseria.

—¿A qué viene esto? ¿Qué pretendéis? —preguntó Bernal.

—Aguardad un instante, os lo ruego. En breve tendréis todas las respuestas que buscáis —respondió con una mueca condescendiente.

El Arcanxo subió la escalinata con calma. Su mirada recorrió la plaza, que seguía cada uno de sus movimientos hipnotizada. Observó a los jurados con atención, como si buscara a alguien. Después se volvió hacia Bernal y habló con voz clara y bien modulada:

—Decidme, ¿conocéis a ese hombre?

Bernal, perplejo, se fijó en el criado que señalaba el Arcanxo, un hombrecillo menudo, de mediana edad, con cara de comadreja, que se hallaba a su lado.

—¿Eh? ¿Qué memeces...? ¡Claro que lo conozco, es Berto!

—¿Y qué es lo que hace para vos?

—¿Qué hace un criado? —preguntó Bernal—. Atender a su señor, ¿qué mierda

quieres que haga?

Maese Gabriel asintió, como si lo dicho por Bernal fuera una gran verdad. Dio la espalda al noble para dirigirse a la multitud.

—Acabáis de escuchar las palabras del pertiguero mayor de Compostela. Este hombre —señaló a Berto— conoce bien a don Bernal, pues atiende sus necesidades a diario. Estaba presente en su carpa el día en que don Pedro Osorio intentó tomar la fortaleza de Rocha Forte. Un intento que, de tener éxito, habría evitado muchas muertes. —Todos los presentes le escuchaban con atención—. ¡Muchas cosas serían diferentes si don Pedro hubiera alcanzado su propósito ese día! Pero lo que no podía imaginar era que el verdadero enemigo se ocultaba entre los que se decían amigos...

Bernal se puso en pie de nuevo, como accionado por un resorte.

—¡Esto es intolerable! ¿A qué viene esta farsa? ¿Por qué hemos de prestar atención a los desvaríos de un rufián? ¡Exijo que sea detenido!

Pedro Osorio asintió. Esperaba aquella demanda, por supuesto.

—La costumbre de esta Santa Irmandade es escuchar a todos sin distinción, así sean grandes o humildes, y solo después juzgar. Decidme —se dirigió a los jurados, que seguían la escena con evidente desconcierto—, ¿debemos romper esta tradición o aceptáis escuchar lo que este hombre tiene que decirnos?

Los jurados asintieron.

—Que hable, que hable.

El Arcanxo ni se había inmutado. Su sonrisa era un filo cuando se volvió hacia el criado.

—Berto, ¿qué pasó ese día, antes del intento de asalto a la Rocha?

El criado observó a Bernal en silencio un instante y después se volvió hacia el mayordomo.

—Don Bernal estaba en su tienda. Los físicos estaban tratando sus heridas cuando entré para decirle que don Pedro Osorio se preparaba a salir del campamento con una docena de sus hombres. Don Bernal me había ordenado que le mantuviera informado de los movimientos de don Pedro...

Se levantaron voces. El Arcanxo asintió y le animó a seguir.

—¿Y qué más?

Berto clavó la vista en Bernal, que le contemplaba con la quijada medio vencida. Pedro distinguió la inquina de aquella mirada, una sensación tan intensa como evidente una vez que comenzaba a desbordar. Aquel hombre odiaba a Bernal con todo su corazón. Probablemente llevaba años guardándose su aborrecimiento, y ahora borbotaba como el agua ponzoñosa en un pantano.

—Ordenó salir a todos, y cuando estuvimos solos me indicó que reclutara a veinte hombres.

Una gaviota lanzó un chillido agudo. La plaza era un mar de orejas y susurros. Los de atrás pedían a los más cercanos que les repitieran las palabras de Berto.

—¿Por qué querría hacer algo así?

—Mi señor me dijo que si don Pedro se hacía con el castillo, no habría quien moviera a los Trastámara de Santiago. Que tenía que impedir que eso pasara. Por eso quería atacar a los hombres de Osorio, en la oscuridad, como si fueran gentes de la Rocha.

—¡Mentira! ¡Embustero! ¿Cómo te atreves?

Un rugido de rabia brotó del pecho de la multitud y ahogó las palabras de Bernal. Pedro no apartaba la vista de él, fascinado por la representación. El Moscoso se sabía atrapado. Se revolvía furioso, sin saber cómo escapar de la trampa. Se volvió hacia el conde de Trastámara, que le observaba con semblante fingidamente apenado.

Al verlo, Bernal tomó una determinación. Desenvainó su espada. Por un instante pareció que iba a avanzar hacia el conde y varios hombres de armas se apresuraron a rodear al Trastámara. Pero no era ese su objetivo.

Se volvió hacia su criado Berto y de un mandoble sajó el cuello del infeliz. La cabeza venció en un ángulo imposible, solo sujeta por tendones. Un borbotón de sangre salpicó la pechera y la cara de Bernal. El cuerpo se desplomó despacio, casi con desgana.

La muchedumbre gimió.

—¡A mí mis hombres! ¡Acabemos con esta bufonada! —gritó el Moscoso. Parecía una fiera infernal, bañado en sangre y con los ojos inyectados en sangre.

Un grupo de caballeros ascendía por la escalinata con las espadas desenvainadas. Hombres de Bernal.

Don Pedro Álvarez Osorio se puso en pie y gritó:

—¡Traición! ¡Muerte a los Moscoso!

El grito sobrevoló la plaza. Alguien lo repitió y, como si hubiera prendido en la yesca, se extendió con rapidez. Estallaron peleas aquí y allá. El gentío comenzó a agitarse.

Una saeta atravesó el espacio, casi invisible, mortífera. Pasó a dos dedos de la sien del conde de Trastámara, que ni siquiera se percató. Tras él se oyó un grito ahogado. Uno de los hombres de armas contempló con incredulidad el astil que sobresalía de su vientre.

Pedro se volvió hacia el origen de la flecha y localizó a un arquero en la ventana de una casa de la parte posterior de la plaza. Aquello le sorprendió, pero pronto comprendió lo que sucedía. Así que, después, de todo, también Bernal les había preparado una sorpresa.

—¡Arqueros! —alertó.

Una lluvia de flechas se abatió sobre la plaza. El pánico se desató. Un aprendiz de carpintero se volvió para proteger a su hermana, pero su movimiento se detuvo cuando se le clavó una flecha en la boca y se desplomó en un charco de sangre. La gente corría, gritaba, se empujaba, huía en busca de refugio. En la parte superior de la escalinata, la lluvia de flechas era más intensa. Alcaldes y dignidades escapaban entre empujones, tratando de ponerse a salvo.

El terror voló libre, feroz, inmisericorde.

Se oyó un retumbar de cascos. Por la rúa do Vilar irrumpió al galope un grupo de jinetes acorazados, espadas en mano y yelmos cerrados, un oso con la lengua fuera en las sobrevestes. Hombres de Moscoso.

Pedro no aguardó más: también sus hombres estaban alerta, a la espera. Bernal se les había adelantado, pero nada estaba perdido. Por un momento pensó en Mencía, preocupado, pero la había dejado en manos de Roxer. Su escudero la sacaría de allí.

Era la hora de la batalla.

—¡Mi caballo! —gritó a uno de sus hombres.

Ramla, rodeada por los lobos en medio de la confusión y los alaridos, percibía un tumulto de espíritus sobrevolando la plaza.

—¿Qué está pasando? —Xocas había desenvainado la espada. Tenía los ojos desorbitados y no paraba de mover la cabeza de un lado para otro.

Ramla no le prestó atención. Los *djinns* danzaban alrededor. Todo era caos, gritos, carreras. Un orfebre, en su huida, se estampó contra ella, que lo apartó con un empujón y trató de orientarse en el remolino de cuerpos.

El Arcanxo. Intentó localizarlo. Nunca aparecía, nunca se dejaba ver, permanecía escondido como una rata en su guarida. Pero ahí estaba, rodeado de nobles como si fuera uno de ellos. Le sacudieron recuerdos que creía enterrados y notó que el odio se hundía en su carne con un filo agudo. Volvió a sentir el dolor. Las violaciones interminables, los cuerpos sudorosos sobre el suyo, las grasas vencidas, las miradas lascivas.

El Arcanxo.

Se obligó a prestar atención al caos que la rodeaba. El Loberno se hallaba a la derecha del espacio que se abría ante la puerta de la catedral, con el racimo de prisioneros que esperaban la ejecución de las sentencias.

Aquella era la oportunidad que había estado esperando.

—¡Seguidme! —gritó.

Estevo oía los gritos, el entrecocar de espadas, el llanto de un niño en alguna parte. A su lado, Vasco Martíns permanecía atado y tirado de cualquier forma con el resto de los prisioneros.

—¡Padre! —gritó, para hacerse oír por encima del estrépito reinante—. ¡Padre, tenemos que huir!

Una soga aprisionaba sus brazos y sus pies por la espalda. Se revolvió en el suelo, tratando de pasar las manos atadas bajo las piernas.

De repente, mientras se retorció sobre la piedra, divisó a Mencía entre la multitud. Un instante y desapareció engullida por el caos. La impresión le paralizó unos

segundos. ¿Y Ramla? ¿Estaría Ramla en la plaza? Durante el juicio la había buscado con la mirada, pero en vano.

Alguien se le acercó por la espalda.

—¿Necesitas ayuda, bastardo?

El Raposo estaba tras él con un cuchillo en la mano. Por un momento pensó que se disponía a cortar sus ligaduras y sonrió, pero después se fijó en su mirada biliosa.

Su antiguo compañero se inclinó sobre él y le agarró por la pechera con la mano izquierda.

—¿Tienes miedo, Loberno? —preguntó, con la boca muy cerca de su oreja—. ¿Un lobito como tú, muerto de miedo? —Había tanto odio en su voz que Estevo no supo reaccionar—. Quién te lo iba a decir cuando te acostabas con esa zorra mora, ¿verdad? ¡Tan seguro de ti mismo!

Intentó librarse de la presa, pero el Raposo le tenía bien sujeto.

—¿Qué tienes contra mí?

Trataba de ganar tiempo, tenía el cuchillo a un palmo de su garganta.

—¿Qué tengo contra ti? —Le tembló la voz. Apretó el cuchillo contra el cuello—. Te crees muy listo, ¿verdad? ¡El Loberno siempre dispuesto a ayudar a los demás! Pero eras tú el que se quedaba con la mejor tajada, ¿verdad? ¡Tú...!

No llegó a terminar la frase. Una rosa de sangre brotó de su garganta y le salpicó la cara a Estevo. Los ojos del Raposo se abrieron, incrédulos, y cayó al suelo con suavidad.

—¡Estevo! —gritó Ramla tras él, con un cuchillo en la mano.

Se abalanzó sobre él y le abrazó febrilmente.

—Pensé que te perdía. Pensé que te perdía...

Estevo percibió el calor de su cuerpo, su olor familiar, y le inundó una dicha honda, tan intensa que se sintió mareado. Los lobos le rodearon, le desataron y le ayudaron a levantarse entre sonrisas algo amedrentadas, inseguras.

—Son tus lobos —dijo Ramla, sonriendo de oreja a oreja.

—Tenemos que salir de la ciudad —urgió Pero el Tiñas.

Estevo asintió. Se frotó las muñecas y pensó en las opciones que tenían.

—Por el portillo de la Mámoa —decidió mientras ayudaba al padre Vasco Martíns a levantarse—. No estará vigilado.

Ramla no le escuchaba. Acababa de distinguir al Arcanxo tratando de abrirse paso entre la multitud. Alejándose, escapando. Oyó gritar en su mente a las niñas violadas. A los críos con los brazos rotos y las piernas mutiladas para que despertaran la caridad. El mundo alrededor se difuminó y ya no fue consciente de nada más. El Arcanxo.

Se deslizó entre los cuerpos que huían. Todavía sujetaba el puñal, empapado con la sangre del Raposo. Apretó la empuñadura con tanta fuerza que le dolió.

—¡Arcanxo! —gritó.

El mayordomo la oyó y se giró hacia ella. Vio en sus ojos que la reconocía al instante y su boca se abrió en una mueca de soberbia. Tan altivo, tan impoluto. Empezó a decir algo, pero las palabras se convirtieron en un gemido. Su cabeza se volvió hacia su pecho con incredulidad. El mango de trapo de un puñal sobresalía de su jubón.

—Ah...

Ramla descargó su ira, su dolor, su puñal, una y otra vez, ciega al mundo. El Arcanxo trastabilló, se desplomó sobre ella, cayeron los dos al suelo.

—¡Ramla!

El grito de Estevo se coló en su cabeza. De repente lo vio a su lado, tirando de ella.

—¡Vamos! ¡Tenemos que largarnos de aquí!

Nada más comenzar el ataque, Mencía echó a correr hacia la escalinata, incapaz de pensar en otra cosa que no fueran su padre y Estevo.

—¡Alto, alto ahí! —La manaza de Roxer la agarró por el brazo—. ¿Adónde creéis que vais, mujer? ¡Tenemos que salir de aquí!

Los caballos de batalla de los Moscoso se abrían paso a empujones. Mencía intentó zafarse de la presa del escudero para llegar hasta su padre y Estevo, olvidados en medio del torbellino, pero Roxer era un hombre fuerte y estaba decidido a escapar de la trampa mortal en que se había convertido la praza dos Ourives.

—¡Estaos quieta, maldita sea! —La agarró por la cintura y cargó con ella como si fuera un saco.

—¡El ama! ¡El ama Einés! ¡Deteneos, Roxer, tenéis que rescatarla!

El escudero no refrenó la huida.

—Me importa un ardite la vieja. Don Pedro me ordenó cuidar de vos y eso es lo único que voy a hacer.

El gentío se acumulaba en las entradas de las calles que desembocaban en la plaza. Los hombres de armas de los Osorio, espadas en mano, lanzaban mandobles a diestro y siniestro. Una muchacha de su edad trató de evitarlos, pero un tajo le abrió el vientre, cayó al suelo y desapareció de su vista. Mencía, horrorizada, se revolvió para librarse de la presa del escudero, pero este la sujetaba con fuerza.

Poco a poco dejaron atrás el escenario de la carnicería. Roxer la posó nuevamente en el suelo, pero no dejó de sujetarla con firmeza por el brazo. Sus hombres jadeaban, tenían las espadas ensangrentadas. Mencía avanzó a trompicones, casi a rastras, con el corazón en la garganta.

Estaban a punto de alcanzar la praza do Campo cuando una tropa armada al galope salió del Preguntoiro y se les echó encima. El escudero gritó algo y la empujó con violencia a un lado. Mencía percibió el olor de los animales. Los belfos de una

bestia le rozaron la piel. Se pegó una costalada contra la pared.

Se dio cuenta de que estaba libre de la zarpa del escudero.

Echó a correr.

—Seguid vosotros —dijo Estevo.

Habían alcanzado el portillo de la Mámoa. La ciudad era un campo de batalla en el que se enfrentaban los hombres de los Moscoso y los Trastámara. Los combates se extendían y las gentes corrían a refugiarse en sus casas y en las iglesias.

Xocas, Ramla, Marelo, el padre Vasco, todos se lo quedaron mirando sin comprender.

—Refugiaos en la ermita de Santa Susana, es tierra consagrada. Esperadme allí, no tardaré.

—¿Qué pretendes? —preguntó el Fedorento.

—Refugiaos allí, volveré pronto —repitió.

No podía marcharse, no todavía. Había visto a Mencía en la plaza, pero después la perdió en la turbamulta. Tenía que volver.

Echó una mirada a Ramla. Esta lo contempló sin decir nada.

Se dio la vuelta y echó a correr.

La sangre empapaba el barro. Escuchaba los ayes de los moribundos y le parecía caminar a través de una espesa niebla. No quedaba nadie en la plaza, solo los heridos que no se podían mover. Y los cadáveres. Decenas de cadáveres desperdigados como muñecos rotos. Mencía avanzaba horrorizada entre ellos.

—¡Ayuda! ¡Ayuda!

Cerró los oídos a las súplicas y siguió andando, buscando desesperadamente.

Distinguió un brial verde y el corazón le dio un vuelco. El ama Einés yacía sobre la piedra con el terror congelado en los ojos abiertos. Tenía el pecho hundido. Había muerto aplastada, pisoteada por la muchedumbre en su huida. La cabellera blanca, liberada de la toca, se desparramaba como una nube de algodón sobre el barro.

La angustia le atenazó la garganta, le costaba respirar. Se dejó caer a su lado, mientras por su cabeza desfilaban los mil y un momentos que ambas habían compartido. Einés era mucho más que su ama. Desde que podía recordar la había protegido, cuidado, mimado. Sujetó su mano, que todavía conservaba un resto de calor, y la besó. Pensó que la última vez que le había dirigido la palabra había sido para recriminarle que se compadeciera de Martiño. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Se quedó de rodillas, inmóvil, traspasada por el dolor. En algún momento pensó que debería marcharse, moverse, hacer algo. Le costaba concentrarse, tomar una decisión.

Alzó la cabeza al cabo de un rato. La plaza seguía vacía. Tenía que buscar a alguien que la ayudara con el cuerpo de Einés.

Entonces lo vio. Yacía a pocos metros, con el torso retorcido, la cara vuelta hacia ella. Inmóvil. El jubón se le había levantado y dejaba al descubierto la gruesa barriga. En su cuello se abría, obscena, una boca de sangre.

—No, no...

Destrozada, se arrastró entre los cuerpos hasta el cadáver de su padre.

Lo abrazó, estremecida por los sollozos. Acarició sus cabellos lacios, el rostro inerte. Su padre. Estúpidamente, le vino a la cabeza una imagen de mucho tiempo atrás. Su padre la cogía en brazos y ella, todavía una niña, creía que la aupaba hasta el mismo cielo.

Su padre. Aquello no podía estar sucediendo.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí cuando una mano se posó con suavidad en su hombro. Resignada a enfrentar al escudero, le costó un tremendo esfuerzo darse la vuelta, pero ya no le quedaban fuerzas para resistirse.

No era Roxer.

Pedro Osorio se agachó a su lado. Tenía el semblante mortalmente serio, y por unos segundos dudó de si era una aparición. Las palabras lucharon por abrirse paso a través de su mente.

—Mencía... —se le adelantó él.

Se echó en sus brazos. Le inundó su olor, tan intenso, tan conocido. Las lágrimas volvieron y dejó que fluyeran.

—Está bien, está bien... —le susurró Pedro al oído—. Yo estoy aquí, mi amor...

Mencía apenas distinguía su rostro a través de las lágrimas. Sin saber por qué, se acordó del día de su decimocuarto cumpleaños, el mismo en que estalló el motín contra el arzobispo, el día en que conoció a Arnao y salvó a Estevo del Arcanxo y sus hombres. Habían pasado dos años, pero se le antojaron una vida entera. Aquella mañana, antes de que todo comenzara, había estado en ese mismo lugar contemplando la imagen del tímpano izquierdo de la Porta dos Ourives. La figura de una mujer semidesnuda, sentada como la Virgen Madre en su trono, con una calavera en su regazo. La doncella que había dado a luz una cabeza parlante que predecía el futuro. Le había predicho que conocería al amor de su vida. Y ese mismo día había conocido a Arnao.

Arnao, muerto en la flor de la juventud. El ama Einés. Su propio padre, ahí, tan cerca. Martiño, su hermano, a quien ya no reconocía.

La hermandad rota.

Pedro la observaba en silencio. Ella alzó la mano y acarició su mejilla con ternura.

Aquel día la Santiña se había equivocado. O quizá se había equivocado ella, que tenía la cabeza llena de gestas y amores corteses.

No, Arnao no había sido el amor de su vida. Ni tampoco Estevo. En algún

momento había confundido el cariño, la simpatía y la necesidad de afecto con amor. Lo había comprendido esa misma mañana, al regresar al palacio desde la Corticela.

Entonces entendió el estremecimiento en las entrañas, el deseo voraz, la complicidad. El vuelco en el corazón.

Amaba a Pedro.

Estevo recorrió la rúa do Vilar con mucho cuidado, deslizándose por los soportales sin dejar de mirar en todas direcciones. Por todas partes se enfrentaban Moscosos y Trastámaras, a caballo y a pie. Aquello era el final de la hermandad. Comprendió que el Abade tenía razón cuando decía que no podían fiarse de los señores, que solo buscaban su propio interés. Cuando ese día terminase, Compostela sería Moscoso o Trastámara, pero ya no sería *irmandiña*.

La praza dos Ourives estaba tranquila. Estevo se detuvo en seco, sorprendido por el repentino silencio.

Y por algo más. En medio de la plaza, Pedro Osorio y Mencía estaban arrodillados, abrazados, con las caras muy juntas.

Ambos permanecían ajenos a la plaza, a los cadáveres que les rodeaban, al mundo entero. Mencía apartó un poco el rostro y posó una mano sobre la mejilla de Pedro. Había tal ternura en aquella caricia que Estevo se sintió incómodo, como si estuviese espionando la intimidad de una pareja.

Había creído estar enamorado de Mencía, pero no era amor lo que sentía por ella. Era cariño, era gratitud, pero no amor. Ella le había salvado y le había cuidado cuando estaba solo, y él había confundido el agradecimiento con el amor.

Un rato antes, en esa misma plaza, al ver a Ramla, al abrazarla y percibir su olor y su calor, le había inundado una sensación tan intensa de dicha que despejó cualquier duda que pudiera restarle.

En ese momento, en medio de la plaza, Mencía acercó su boca a la de Pedro y lo besó.

Estevo contempló la escena un instante. Después, dio media vuelta y echó a correr.

EPÍLOGO

La chispa que prende los anhelos

**Primavera de 1460,
algún lugar del reino de Galicia**

LA primavera se abría paso poco a poco en su lucha por liberar la tierra de las garras del invierno. El carromato avanzaba pesadamente por el camino embarrado. Maese Guímaro se arrebujó en la vieja capa encerada, en un intento vano de resguardarse algo más de la lluvia. Paseó la vista por la alfombra de hojas, los troncos musgosos y el ramaje repleto de brotes nuevos que formaba un dosel sobre su cabeza. Después echó una mirada furtiva a su compañero, sentado a su lado en el pescante, con las riendas en la mano. La cabezota de maese Goros se movía con aprensión de un lado para otro, atenta a todo menos al sendero.

Pronto se haría de noche. Tenía ganas de secar sus huesos frente a un buen fuego mientras se echaba un trago de vino caliente y especiado al coletto.

—Maldita sea mi estampa, qué ganas tengo de llegar —murmuró Goros, como si le hubiera leído el pensamiento—. ¡Estoy harto de esta maldita lluvia!

Guímaro se volvió hacia él con una mueca divertida.

—¿Preferirías seguir disfrutando de la hospitalidad del arzobispo? —replicó. Al punto se compadeció del semblante fatigado de su compañero y añadió—: De todas formas, ya no falta mucho, estamos llegando.

—Espero que no nos llevemos ninguna sorpresa.

Guímaro asintió, súbitamente preocupado.

—Yo también, Goros, yo también —musitó. Pero sonrió, animoso, y palmeó la espalda del enano, que dio un respingo—. ¡Ea, no seamos agoreros! Después de todo hemos tenido una suerte de mil demonios, ¿no te parece?

—¡Calla, por Dios, no mientes al diablo! —Goros se santiguó, visiblemente alarmado, y susurró, mirando en derredor—: ¿Acaso quieres tentar a la suerte?

Guímaro soltó una carcajada.

—¡Por mis muertos, Goros! ¿Acaso no es eso lo que llevamos haciendo toda la vida? ¡A fe verdadera que no se nos da nada mal!

Era muy cierto que habían tenido una suerte del demonio. Tras firmar un pacto con el arzobispo, Bernal Eáns de Moscoso había tratado de hacerse con el control de Santiago por las bravas. La lucha se desató en el interior de la ciudad mientras las tropas de Luna esperaban tras las murallas a que les abrieran las puertas, pero de

alguna forma el conde de Trastámara consiguió hacerse con la victoria. Bernal y los suyos habían huido a refugiarse en la Rocha Branca de Padrón. El Moscoso dirigía ahora los ejércitos del arzobispo y estaba preparando una gran ofensiva contra Compostela. La ciudad seguía en manos del conde de Trastámara, pero la Santa Irmandade ya no existía.

Pese a todo, habían sido muy afortunados. Un criado del arzobispo, *irmandiño* en secreto, había aprovechado la confusión del ataque y la marcha de los soldados de Luna a Santiago para liberarlos. Desde entonces iban de aquí para allá, siempre huyendo, refugiándose en casas de hermanos sin detenerse mucho en ninguna parte.

Las noticias eran tan preocupantes que Guímaro estaba abatido, desalentado, con la sensación de que el esfuerzo de tantos años no había servido para nada. La Tierra de Santiago se desangraba. Por todas partes los partidarios del conde de Trastámara se enfrentaban a las tropas de Moscoso, Lemos y el arzobispo. Una vez más, guerras de señores, guerras ciegas, guiadas por la codicia y la más desmedida ambición, guerras que sufrían en sus espaldas los campesinos.

Una vez más, guerras de halcones.

Contempló el paisaje que les rodeaba. A través de la lluvia se vislumbraba un terreno suavemente ondulado. Los brotes verdes de las hojas nuevas contrastaban con viveza con los tonos plomizos del cielo.

Por fin dio con lo que buscaba: el leve resplandor de unos fuegos entre las ramas de un bosque, no muy lejos.

—Allí está —señaló.

Maese Goros aguzó la vista.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó, y azuzó al caballo con renovado brío.

Un poco después abandonaron el camino y se internaron por un sendero repleto de hierbas crecidas.

—Detén el carro, Goros. Es mejor no alertarlos, por si acaso.

El enano hizo lo que le pedía y ambos se apearon. Avanzaron con precaución hacia una casona grande de piedra rodeada de bosque por todas partes. Aunque todavía había algo de luz, en el exterior dos antorchas lanzaban destellos solitarios.

Se agazaparon entre unos matorrales y aguardaron. Permanecieron en silencio, los oídos atentos, los músculos alerta. Guímaro tenía el corazón en vilo. Escrutaba la casa con ansiedad apenas contenida, tratando de descubrir la menor señal de vida.

Ojalá no fuera una trampa. Ojalá el mensaje fuera cierto.

De repente oyó con claridad una voz del interior. Se volvió hacia Goros. Este también la había oído y sonreía de oreja a oreja.

Se acercaron a la puerta. El aldabonazo resonó en la creciente oscuridad. Tras unos segundos eternos, se oyó el descorrer de una tranca.

La puerta chirrió.

—¡Alabado sea el Señor! ¡Pensábamos que no llegaríais nunca!

Les recibieron con sonrisas, abrazos, exclamaciones de júbilo. Guímaro se dejó

abrazar, invadido por una dicha profunda. La sensación de abatimiento que le aplastaba el ánimo se evaporó. Santiago podía haber caído en manos de los Trastámara, pero allí delante tenía la prueba de que la Santa Irmandade no había desaparecido.

Recorrió la estancia con la mirada: allí estaban el padre Vasco Martíns, el escribano Xoán Branco, el Loberno y sus lobos, el mercader Xoán Vinagre... La sala estaba repleta de cuadrilleros, alcaldes y hermanos llegados de todas las partes del reino.

No, la Santa Irmandade no había desaparecido. Santiago era la semilla que no tardaría en germinar. La primavera se acercaba.

En el exterior, en la oscuridad de la noche, una bandada de gorriones alzó el vuelo.

Unas notas sobre la historia

A mediados del siglo xv, el mundo medieval agoniza. La nobleza, que durante centurias ha campado a sus anchas, comienza a ser consciente de que su tiempo se acaba. Los reyes europeos están iniciando el camino que llevará a una nueva concepción del Estado: las monarquías absolutas, caracterizadas por una concentración del poder inédita en la Edad Media. Los burgueses, que en los siglos finales del Medievo han ido adquiriendo cada vez más importancia social y, sobre todo, económica, claman por que se respeten sus fueros. Las ciudades se enfrentan a sus señores para obtener libertades y el derecho de gobernarse a sí mismas, y los reyes, que intentan domeñar a una nobleza habituada a actuar como auténticos monarcas en sus territorios, buscan el apoyo de los burgueses en esta lucha de largo alcance.

En el siglo xv, Galicia estaba en pie de guerra contra sí misma. Cien años antes, las guerras entre Pedro I el Cruel y su medio hermano Enrique de Trastámara (que acabaron con la muerte del rey Pedro y la subida al poder de Enrique y, con él, de una nueva dinastía) habían supuesto la desaparición de la nobleza tradicional y la llegada de una nueva casta de señores guerreros que luchaba, en una interminable espiral de violencia, por afianzar su poder e influencia.

Pero, cuanto más se empeñaban, más difícil les resultaba. Se trataba en realidad de un círculo vicioso: mantener un ejército era muy caro, y las guerras provocaban un gran número de muertos entre los campesinos y hacían que estos huyeran a las ciudades, con lo que los campos quedaban vacíos y, en consecuencia, los nobles obtenían menos rentas... con las que mantener sus ejércitos. No les quedaba otra opción que subir los impuestos y atacar territorios de otros nobles para hacerse con nuevas tierras y vasallos que les permitieran mantener su estilo de vida. Pero cuanto más presionaban, menos obtenían, pues hasta las ubres más repletas acaban por secarse. Entonces, muchos nobles comenzaron a atacar directamente a mercaderes, a secuestrar viajeros para pedir rescates, a alojar bandoleros en sus castillos (como los Esquerdos de la novela, en Betanzos, que fueron personajes reales) para que hicieran por ellos el trabajo sucio a cambio de una parte del botín. Y se cierra el círculo vicioso: cuanto más insegura era la situación, menos mercaderes arriesgaban sus vidas para comerciar y más campesinos huían a las ciudades. La interrupción del comercio provocaba escasez de alimentos y aumento de los precios..., con lo que los nobles, y con ellos toda la sociedad, se empobrecían.

Son los «tiempos rotos» de los que hablan los cronistas, tiempos de calamidades y desgracias sin fin que han dejado su huella en los documentos de la época.

Los vecinos de la dicha ciudad de Betanzos no osaban salir de la dicha ciudad a cavar sus viñas ni a trabajar en sus haciendas sin salir diez, quince o veinte juntos, armados con sus lanzas y escudos y aun así tenían espías para ver si venían algunos

de los dichos malhechores [...] y era fama pública que los dichos ladrones y malhechores se acogían con caballeros y señores.

Existía un sentimiento generalizado de agravio, de estar viviendo en un mundo injusto, de que los nobles señores y prelados eran bandidos. Los testimonios de los campesinos afirman textualmente:

Los señores prelados y caballeros del dicho reino [...] les hacían muchos agravios y daños y males en sus personas y en sus bienes, robándoles sus bueyes y bestias y forzándoles sus mujeres e hijas, y muchos de estos daños los hacían las gentes que vivían en sus casas y fortalezas.

La Santa Hermandad de los Concejos y Villas de las tierras de la Mitra Compostelana fue solo un episodio en este larguísimo enfrentamiento. Las hermandades eran organizaciones con larga tradición. Desde que se creó la primera en 1167, cada vez que la violencia de los poderosos se hacía insoportable, el pueblo formaba una hermandad. Eran asociaciones de individuos que, al margen de su profesión o riqueza, se reunían para defenderse, perseguir malhechores y criminales e imponer la justicia. O intentarlo, al menos. Su estructura, alcance y organización variaba mucho de un lugar a otro, pero su actividad solía estar regulada por unos «capítulos», unas normas o leyes redactadas en común tras los correspondientes debates.

La mayor parte de las veces, las hermandades nacían de la voluntad popular, aunque después buscaban la aprobación real para legitimarse. Era un detalle importante: si se conseguía el reconocimiento oficial, todos, nobles también, estaban obligados a acatar las órdenes de la hermandad y sus miembros podían arrestar a quienquiera que alterase el orden público, ya fuese labriego o gran señor; si no se conseguía, los nobles la consideraban ilícita y actuaban contra ella.

En circunstancias normales, a los reyes no les gustaba nada esto de aprobar hermandades, pues suponían una alteración del «orden natural» de las cosas y un menoscabo de su poder (en realidad, un reconocimiento de su incapacidad para mantener la paz, lo que no les hacía ninguna gracia por mucho que la situación fuese una calamidad).

En el caso que nos ocupa, parece que sí hubo una hermandad aprobada por la Corona en Betanzos hacia 1454. Pero esta hermandad no debió de alcanzar sus objetivos, librarse de la brutalidad de los nobles de la zona, los Andrade y los Mariñas, que siguieron campando a sus anchas.

No está claro, aunque algún cronista así lo sugiere, si la hermandad de Betanzos y la de Santiago de 1458 actuaron unidas en algún momento. Esta parte de la novela es, pues, una simple suposición por mi parte. Pero no me extrañaría que así hubiera sido, pues ambos movimientos están muy cercanos en el tiempo y en la distancia.

Sea como fuere, estas dos hermandades sentaron las bases de la revolución que, solo unos años después, levantó en armas a todo el reino: la gran revuelta *irmandiña* de 1467, un hito fundamental de la historia no solo de Galicia, sino de las

revoluciones modernas europeas, un fenómeno transversal que aglutinó las ansias de paz, orden y justicia de amplios sectores sociales.

Tradicionalmente, la historiografía ha considerado que la gran revuelta *irmandiña* comenzó en 1467. Sin embargo, me resulta muy difícil tragar ese sapo. Me resulta muy difícil creer que un movimiento de tal magnitud, que levantó en armas a más de ochenta mil gallegos, derribó más de un centenar y medio de fortalezas en unos pocos meses y consiguió expulsar a toda la nobleza del país, se gestó de un día para otro, máxime en una época en que las noticias podían tardar meses en llegar. Mucho más lógico resulta suponer que la revuelta de 1467 fue el resultado de la labor callada de hombres como Vasco Martíns o Xoán Branco (que después sería capitán general de la hermandad), hombres buenos, obsesionados por la justicia, que durante años irían preparando el terreno, reuniéndose en conciliábulos, estableciendo contactos y alianzas y aprendiendo de sus errores.

Quizá lo sepamos algún día. Mientras tanto, permitidme aclarar que cuanto aquí habéis leído es, salvo las licencias propias de una novela, históricamente cierto. Hubo, sí, un llamamiento de cruzada, un rechazo de los nobles a participar y una hermandad en Compostela que se alzó en armas para luchar contra el arzobispo Rodrigo de Luna, entre otros muchos motivos debido a que este ejerció el *ius primae noctis*, el derecho de pernada, con la mujer de un vasallo. Don Roi de Moscoso, que en efecto era leproso, murió poco después de iniciada la revuelta y le sucedió su hijo Bernal. Los Moscoso y los Trastámara dominaron la hermandad, se enfrentaron entre sí duramente y fueron, muy probablemente, la causa de su fracaso. También se produjo un largo asedio a Rocha Forte, la mayor fortaleza del reino, de la que hoy solo quedan unas cuantas piedras en un nudo de carreteras y vías férreas al sur de la ciudad. Y hubo combates en las calles de Compostela cuando Bernal, como aquí se narra, pactó en secreto con el arzobispo, se cambió de bando y trató de hacerse con el control de la ciudad.

Algunos personajes no sobrevivieron mucho tiempo a los hechos que narro en los capítulos finales: don Rodrigo de Luna falleció unos meses después, el 30 de junio de 1460, en medio de un banquete, ante los ojos espantados de los presentes y entre grandes convulsiones. Si fue por obra de un huesecillo que se le atragantó o debido a algún veneno es algo que la historia no registra, aunque no deja de ser curioso que justo al día siguiente, 1 de julio, fuera a lanzarse el gran asalto final contra Compostela con un ejército formado por más de seiscientos caballeros y tres mil infantes.

Otros personajes, como Bernal Eáns de Moscoso o Pedro Osorio, no solo continuaron vivos y activos durante mucho tiempo, sino que tuvieron un relevante papel en los acontecimientos de los siguientes años y protagonizaron hechos asombrosos. Pedro, por cierto, fue años después uno de los capitanes generales de la gran revuelta *irmandiña* de 1467.

He tratado de reflejar con la mayor verosimilitud posible los hechos de este

convulso siglo xv. Además de los ya mencionados, muchos otros personajes son históricos o, al menos, son históricos sus nombres y los hechos que protagonizaron, como el padre Vasco Martíns o el escribano Xoán Branco. Otros, como Estevo o el Arcanxo, son evidentemente producto de mi imaginación, aunque no del todo: la «cofradía de los ladrones» está inspirada en las que un siglo más tarde actuaron en varias ciudades de la Corona, como Sevilla, a tenor de lo que los textos literarios de la época nos cuentan. También hay sucesos que, aunque a primera vista parezcan pura invención, tienen una base real. Así, la cacería en la que Bernal Eáns de Moscoso se enfrenta con las manos desnudas a un oso (y su sorprendente final) está basada en un hecho recogido por la prensa de principios del siglo xx en algún lugar de Asturias. Y es que, con frecuencia, la realidad supera la ficción...

He intentado reflejar con verosimilitud la propia ciudad de Santiago de Compostela. La documentación medieval es amplia y muchos lugares están localizados más allá de toda duda, como la praza do Campo, actual praza de Cervantes, o la del Paraíso, hoy praza da Inmaculada, en el lado norte de la catedral, así como la existencia de las puertas o el emplazamiento de las mesas de los cambistas, por citar solo algunos ejemplos. Los nombres de las calles, plazas, puertas de la ciudad y lugares mencionados, como la ermita de Santa Susana o el arrabal de San Pedro de Fóra, son todos históricos y, la mayoría, perfectamente reconocibles hoy en día. En otros casos la documentación aparece embrollada y las referencias son contradictorias. Así, por ejemplo, no está demostrada la existencia de un arrabal de casuchas pegadas a las murallas más allá de la Porta Faxeira, pero aprovechar los muros para adosar chozas y casas era una práctica muy habitual en la época.

Sea como fuere, mi intención no era tanto reproducir con precisión matemática la ciudad medieval como recrear un ambiente, revivir su atmósfera y tratar de plasmar la vida de Santiago en un momento especialmente convulso.

Solo espero que hayáis disfrutado de la lectura. Y que, quizá, esta os haya despertado la curiosidad por bucear en la historia, en nuestra historia común, que tantas veces es maestra olvidada de nuestro presente.

FRAN ZABALETA

Los imprescindibles agradecimientos

SI todas las obras literarias son hijas de un padre oficial, su autor, y muchos no oficiales, los que han colaborado de una u otra forma en su elaboración, en el caso de la novela histórica las paternidades se multiplican de forma exponencial.

Para tener la osadía de dar vida a una época tan distante (en el tiempo y en la mentalidad) como el siglo xv es imprescindible formarse una idea lo más clara posible sobre mil cuestiones relacionadas no solo con los hechos narrados, sino también con aspectos que en una novela contemporánea se dan por supuestos. Por ejemplo: ¿cómo vestían los burgueses y los artesanos de la Compostela del siglo xv? ¿Cuáles eran las costumbres funerarias cuando fallecía un noble o un burgués acomodado? ¿Qué comían, cómo eran las tabernas, estaban empedradas las calles, cómo se gobernaban las ciudades, qué diablos hacía un alcalde, cómo eran los caminos y por dónde pasaban, qué herramientas usaba un campesino, cómo eran las casas, cómo se ejercía el oficio de cambista, utilizaban ya el tenedor, qué se bebía?...

Antes de ponerse a escribir, más vale tener resueltas estas y mil dudas más, y aun así con toda seguridad irán surgiendo en cada página nuevos interrogantes. Para resolverlos hay que recurrir a los especialistas: los historiadores. La relación de los libros que he devorado para documentarme es demasiado grande, pero no quiero dejar de mencionar algunos especialmente útiles, como *A cidade medieval galega*, *O reino medieval de Galicia* y *Os irmandiños*, tres magníficas, amenas e imprescindibles obras del profesor Anselmo López Carreira; el volumen colectivo *Historia de la ciudad de Santiago de Compostela*, coordinado por Ermelindo Portela Silva y editado por el Concello de Santiago; los estudios clásicos de Antonio López Ferreiro, *Don Rodrigo de Luna, estudio histórico* y *Galicia no último terzo do século xv*; el esclarecedor análisis de Fernando Lojo Piñeiro, *A violencia na Galicia do século XV*; el detallado e imprescindible estudio de la vida cotidiana *El medievo cristiano*, de Mario Merlino, que me ha sacado de más de un apuro a lo largo de los años; los trabajos de José García Oro sobre la Galicia de la Baja Edad Media... Son solo unos pocos, pero ahí quedan mencionados. En ellos podréis encontraros de nuevo con esta fascinante época de nuestra historia.

Pero los escritores no solo nos alimentamos del trabajo de los historiadores y divulgadores, también nos nutrimos del esfuerzo de muchas otras personas. Esta novela no habría llegado vuestras manos sin la profesionalidad y el entusiasmo de Marta Higuera y Ángela Reynolds, mis dos magníficas agentes literarias, que no sé por qué extraña razón apostaron por mí desde el principio y siguen mostrando día tras día una confianza en mis capacidades muy superior a la que yo mismo tengo.

También quiero mostrar mi aprecio por Mònica Tusell, mi editora de Grijalbo, sin la cual esta obra sería completamente diferente, y mi agradecimiento a todo el equipo de Penguin Random House Grupo Editorial, especialmente a los diseñadores,

ilustradores, redactores y correctores que han hecho posible esta estupenda edición de la novela.

No puedo dejar de mencionar a Manuel Sánchez y Aida Jover, amigos de los de verdad que siempre desempeñan con admirable disposición su función de lectores de prueba de mis textos.

A ellos y, por supuesto, a vosotros, mis lectores, que me demostráis una inmerecida fidelidad, va dedicada esta novela.

Guía de personajes

LOS HALCONES

RODRIGO DE LUNA: arzobispo de Santiago de Compostela de 1451 a 1460, capellán del rey, notario mayor del reino de Galicia y oidor de la Real Audiencia y del Consejo. Sobrino del condestable de Castilla don Álvaro de Luna.

AFONSO SÁNCHEZ DE ÁVILA: primer secretario de Rodrigo de Luna, contador mayor y chantre de la catedral de Santiago.

ÁLVARO SÁNCHEZ DE ÁVILA: hermano de Afonso, tenente de la fortaleza de Rocha Forte.

ÁLVARO DE LUNA (1390-1453): condestable de Castilla, maestro de la Orden de Santiago y favorito de Juan II de Castilla; ejecutado en 1453. Tío de Rodrigo de Luna.

MINGOS (DOMINGOS): curandero y adivino del arzobispo Rodrigo de Luna. *Personaje de ficción.*

FERNANDO DE CASTRO: arcediano de Nendos, descendiente de la casa de Castro, la estirpe más poderosa de Galicia durante los siglos XIII y XIV, fiel a Rodrigo de Luna.

FRANCISCO RODRÍGUEZ DE TOLEDO: licenciado, maestrescuela de la catedral de Santiago de Compostela, fiel a Rodrigo de Luna.

PEDRO ÁLVAREZ OSORIO (1430-1483): señor de Ribera y Cabrera, Caldelas, Triacastela y primer conde de Lemos desde 1456; uno de los señores más poderosos de Galicia, mantuvo una dura pugna con su pariente Pedro Álvarez Osorio, conde de Trastámara, con el que compartía el nombre, por reunificar el antiguo señorío de los Castro, que se había dividido entre los condados de Lemos y Trastámara.

BEATRIZ ENRÍQUEZ DE CASTRO: hija de Pedro Enríquez de Castilla, conde de Trastámara, y heredera única del linaje de los Castro; primera esposa de Pedro Álvarez Osorio; condesa propietaria de Lemos.

ALONSO OSORIO DE CASTRO (1442-1467): primogénito varón del conde de Lemos, señor de Ponferrada, Villafranca, Sarria y Lemos.

PAIO DE BAZ: llamado el Tuerto. Escudero de Alonso Osorio. *Personaje de ficción.*

MENDO: hombre de armas al servicio de Alonso Osorio. *Personaje de ficción.*

RUDESINDO: hombre de armas al servicio de Alonso Osorio. *Personaje de ficción.*

ROI DE MOSCOSO Y LIMIA: señor de Moscoso, Altamira, Ulloa y Monterrei y

pertiguero mayor de Santiago de Compostela entre 1456 y 1458.

XOANA DE CASTRO: esposa de Roi de Moscoso y madre de Bernal, Alvar, Inés y Urraca. Era de familia noble vinculada con la Corona castellana y aragonesa.

BERNAL EÁNS DE MOSCOSO: primogénito de Roi de Moscoso y heredero de los señoríos de Moscoso, Altamira, Ulloa y Monterrei, de los que fue titular entre 1458 y 1466.

ALVAR PÉREZ DE MOSCOSO: segundo hijo de Roi de Moscoso.

INÉS: hija de Roi de Moscoso.

URRACA: hija de Roi de Moscoso.

ROI SÁNCHEZ DE MOSCOSO (1402-1456): padre de Roi de Moscoso, señor de Altamira, Ulloa y Monterrei, casado con Inés de Limia y uno de los caballeros más renombrados de su época.

PEDRO DE NEVEIRO: escudero de Roi de Moscoso.

JUDITH: barragana de Bernal. *Personaje de ficción.*

BERTO: criado de Bernal. *Personaje de ficción.*

PEDRO ÁLVAREZ OSORIO: señor de Villalobos, Valderas, Castroverde, Burón, Cervantes y Traba, alférez mayor del Pendón del Rey y primer conde hereditario de Trastámara entre 1445 y 1461. Fue uno de los señores más poderosos de Galicia; mantuvo una dura pugna con su pariente Pedro Álvarez Osorio, conde de Lemos, con el que compartía el nombre, por reunificar el antiguo señorío de los Castro, dividido entre los condados de Lemos y Trastámara.

INÉS DE GUZMÁN: duquesa de Vilalba y señora de Belmonte, Cangas y Tineo, tercera esposa de Pedro Álvarez Osorio.

ÁLVARO OSORIO: primogénito y heredero del conde de Trastámara.

PEDRO OSORIO: segundo hijo varón del conde de Trastámara.

LUIS OSORIO: tercer hijo varón del conde de Trastámara.

MARÍA: hija mayor del conde de Trastámara.

CONSTANZA: hija menor del conde de Trastámara.

FADRIQUE ENRÍQUEZ (1388-1430): noble castellano, hijo del conde Pedro Enríquez de Castilla; fue duque de Arjona y conde de Trastámara, Lemos, Sarria, Viana y O Bolo y pertiguero mayor de Santiago. Bisnieto de Alfonso XI de Castilla.

ROXER: escudero de Pedro Osorio. *Personaje de ficción.*

LOS ANDRADE: familia noble gallega con señoríos en A Coruña y Lugo.

FERNÁN PÉREZ DE ANDRADE EL MOZO (1441-1470): sexto señor de Pontedeume, Ferrol y Vilalba. Mantuvo una dura disputa por el control de la villa de realengo de Betanzos con Gómez Pérez das Mariñas, señor de Suevos.

NUNO FREIRE DE ANDRADE EL MALO: señor de Pontedeume y Ferrol, padre de Fernán Pérez de Andrade el Mozo. Contra él se levantó la Irmandade Fusquenlla en 1431.

GARCÍA DE CAAMAÑO: señor de Rubiáns, en Vilagarcía de Arousa, desde 1458.

LOS LANZÓS: familia noble de la zona de A Coruña, vasallos de los Andrade. Uno de sus miembros, Alonso de Lanzós, se alzó contra Fernán Pérez de Andrade el Mozo y fue uno de los principales dirigentes de la Gran Revuelta Irmandiña entre 1467 y 1469.

LOS MARIÑAS: familia noble gallega con señoríos en A Coruña.

GÓMEZ PÉREZ DAS MARIÑAS: señor de Suevos, Oseiro, Erboedo, Torás y Orto y gobernador de la villa real de Betanzos en nombre del rey, paje de Juan II en Castilla y acreditado maestro de armas y ganador de torneos.

LOS ESQUERDOS: familia de bandoleros a las órdenes de don Gómez Pérez das Mariñas.

LOS MENDOZA: familia noble de origen andaluz; algunos de sus miembros se asentaron en la Tierra de Santiago cuando Lope de Mendoza fue nombrado arzobispo de Santiago (1399-1455).

LOPE DE MENDOZA: obispo de Mondoñedo (1393-1399) y arzobispo de Santiago de Compostela de 1399 a 1445.

LOS MERA: familia noble de la Tierra de Santiago, tenentes de torres.

LOS MONTAOS: familia noble de la Tierra de Santiago, tenentes de torres.

PERO BERMÚDEZ DE MONTAOS: señor menor de la casa Moscoso, señor de Montaos y tenente del castillo de Penaflor.

LOS PIMENTEL: familia noble castellana instalada en Galicia en el siglo xv.

RODRIGO ALONSO PIMENTEL (1441-1499): cuarto conde y primer duque de Benavente, ricohombre de Castilla y comendador vitalicio de la ciudad de Ourense.

LOS SARMIENTO: familia noble del sur de Galicia, con señorío en Ribadavia.

DIEGO PÉREZ SARMIENTO: señor de Ribadavia, adelantado mayor de Galicia y primer conde de Santa Marta.

LOS SOUTOMAIOR: familia noble muy influyente en el sur de Galicia dividida en dos ramas, los Soutomaior de Toroño al sur y los de Lantaño al norte. Dominaron importantes villas, como Tui, Baiona, Vigo, Redondela o Pontevedra.

SUEIRO GÓMEZ DE SOUTOMAIOR: cabeza de los Soutomaior de Lantaño, hijo de Paio Gómez de Soutomaior, embajador de Enrique III en Tartaria. Señor de cuatrocientos vasallos.

ALVAR PAES DE SOUTOMAIOR (1435-1468): cabeza de los Soutomaior de Toroño, enfrentado a los Sarmiento de Ribadavia y los Pimentel de Benavente.

LOS ULLOA: familia noble de la zona de Lugo entroncada con los Soutomaioir de Toroño y los Moscoso.

LOS XUNQUEIRA: familia noble de la Tierra de Santiago, tenentes de torres.

LOS GORRIONES

GUÍMARO: juglar y titiritero itinerante. *Personaje de ficción.*

GOROS: esgrimista y titiritero, compañero de maese Guímaro. *Personaje de ficción.*

Moreda

ESTEVO DE TROBOS: siervo de Trobos, junto a la aldea de Moreda, perteneciente al condado de Lemos. *Personaje de ficción.*

MARÍA: aldeana y mujer libre de Moreda. *Personaje de ficción.*

XOSÉ: labriego, esposo de María. *Personaje de ficción.*

PADRE BERMUDO: cura de Moreda. *Personaje de ficción.*

PASCOAL: tabernero. *Personaje de ficción.*

BARTOLOMEU: anciano. *Personaje de ficción.*

MIGUEL: amigo de Estevo. *Personaje de ficción.*

LOURENZO: hermano de Miguel. *Personaje de ficción.*

Santiago de Compostela

MENCÍA CABREIRO: doncella libre. *Personaje de ficción.*

MARTIÑO CABREIRO: hermano de Mencía. *Personaje de ficción.*

XAN CABREIRO: posadero, propietario de la posada del León Real, padre de Martiño y Mencía. *Personaje de ficción.*

EINÉS: ama de Mencía y Martiño. *Personaje de ficción.*

ANTONIA: criada de Xan Cabreiro. *Personaje de ficción.*

ANTÓN: criado de Xan Cabreiro, lacayo principal (maestresala). *Personaje de ficción.*

PAIO: mozo de cuadra de Xan Cabreiro. *Personaje de ficción.*

MARIÑA: criada de Xan Cabreiro, esposa de Paio. *Personaje de ficción.*

FLORINDA: criada de Xan Cabreiro. *Personaje de ficción.*

ARNAO CALTENNO: joven estudiante, amigo de Martiño Cabreiro e hijo del cambista Airas Caltenno. *Personaje de ficción.*

AIRAS CALTENNO: padre de Arnao, cambista más rico de Santiago, regidor del concejo de Santiago, mayordomo de la cofradía de los cambiadores. *Personaje de ficción.*

GUIOMAR: madre de Arnao. *Personaje de ficción.*

BRANCA: dueña de doña Guiomar. *Personaje de ficción.*

GABRIEL EL ARCANXO: malhechor de Santiago, mayordomo de la cofradía de San Dimas, formada por los ladrones, estafadores, mendigos, cortabolsas y prostitutas que operan en la ciudad. *Personaje de ficción.*

DESFEITO: pordiosero a las órdenes del Arcanxo. *Personaje de ficción.*

XOANA: compañera de Desfeito. *Personaje de ficción.*

VIRUELAS: hombre del Arcanxo. *Personaje de ficción.*

PALANTE: hombre del Arcanxo. *Personaje de ficción.*

ANDRESITO EL FENDAS: hombre del Arcanxo. *Personaje de ficción.*

RAMLA: muchacha musulmana, antigua esclava del Arcanxo y miembro de la banda del Loberno. *Personaje de ficción.*

XOCAS: miembro de la banda del Loberno. *Personaje de ficción.*

RAPOSO: miembro de la banda del Loberno. *Personaje de ficción.*

ANTÓN EL MANCO: miembro de la banda del Loberno. *Personaje de ficción.*

PERO EL TIÑAS: miembro de la banda del Loberno. *Personaje de ficción.*

FEDORENTO: miembro de la banda del Loberno. *Personaje de ficción.*

MARELO: miembro de la banda del Loberno. *Personaje de ficción.*

VASCO MARTÍNS: monje benedictino, miembro del cabildo catedralicio y alcalde del concejo de Santiago de Compostela.

XOÁN VINAGRE: regidor de Santiago.

MERO SÁNCHEZ: regidor de Santiago.

ARES AFONSO: peletero y regidor de Santiago.

XOÁN DE MONREAL EL VIEJO: cambiador de Santiago de Compostela.

FERNÁN RODERO: boticario de Compostela.

FERNANDO: hijo de un azabachero de Santiago. *Personaje de ficción.*

CIBRÁN: sportillero de Santiago de Compostela. *Personaje de ficción.*

TAREIXA: prostituta de Santiago de Compostela. *Personaje de ficción.*

PASCOALA: mujer del arrabal de Santa Susana. *Personaje de ficción.*

Aldea en el alfoz de Betanzos

ROI: chiquillo de una aldea en el alfoz de Betanzos. *Personaje de ficción.*

PERO: amiguito de Roi. *Personaje de ficción.*

XOCAS: amiguito de Roi. *Personaje de ficción.*

CATALINA: hermana de Roi. *Personaje de ficción.*

PADRE CRISTOVO: cura. *Personaje de ficción.*

ESCRAVITUDE: anciana. *Personaje de ficción.*

Villa real de Betanzos

XOÁN BRANCO: notario y *home bo* (hombre bueno) del concejo de la villa.

LEONOR: hermana de Xoán Branco. *Personaje de ficción.*

FERNANDO SOBRADO: herrero, mayordomo de su gremio y jurado del concejo de Betanzos.

PEDRO GONZALO DE VILADESUSO: zapatero, jurado del concejo de Betanzos.

ALONSO DE CARBALLIDO: escribano, jurado del concejo de Betanzos.

ROI DE TOAR: mercader, jurado del concejo de Betanzos.

Bosque cerca de Santiago

FARRAPOS: aldeano refugiado en el bosque que está al frente de un grupo de villanos huidos. *Personaje de ficción.*

XOANA: aldeana refugiada en el bosque. *Personaje de ficción.*

FRAY BERNABÉ: llamado el Abade, predicador errante, antiguo abad de un monasterio. *Personaje de ficción.*

DONA: ramera en el ejército del conde de Lemos. *Personaje de ficción.*

EULOXIA: ramera en el ejército del conde de Lemos. *Personaje de ficción.*

OTROS

ENRIQUE IV DE CASTILLA (1425-1474): hijo de Juan II de Castilla, reinó de 1454 a 1474. Hermano por parte de padre de Isabel I de Castilla.

JUANA DE AVIS Y ARAGÓN (1439-1475): segunda esposa de Enrique IV, hija póstuma del rey Eduardo I de Portugal y madre de Juana la Beltraneja.

BLANCA DE NAVARRA (1424-1464): primera esposa de Enrique IV.

JUAN PACHECO (1419-1474): señor de Belmonte, marqués de Villena, conde de Xiquena y duque de Escalona, valido de Enrique IV.

BELTRÁN DE LA CUEVA (1443-1492): conde de Ledesma, Huelma y Alburquerque, maestre de la Orden de Santiago y valido de Enrique IV.

GUIOMAR DE CASTRO: dama de la reina Juana de Avis.

JUAN II DE CASTILLA (1405-1454): monarca de Castilla entre 1406 y 1454, padre de Enrique IV e Isabel I.

JUAN II DE ARAGÓN (1398-1479): rey de Navarra de 1425 a 1479 y rey de Aragón de 1458 a 1479.

MUHAMMAD XI: apodado el Chiquito, rey musulmán de la dinastía nazarí de Granada entre los años 1453 y 1454. Dominaba Granada, Málaga, Guadix y Almería.

ABU NASR SA'D: también llamado Mulay Zad, rey musulmán de la dinastía nazarí de Granada en dos períodos, entre los años 1454 y 1464. Sultán de Archidona y Ronda.

MUHAMMAD IX: apodado el Zurdo, rey musulmán de la dinastía nazarí de Granada que reinó entre 1419-1427, 1429-1431, 1432-1445 y 1447-1454. Dominaba los castillos de Íllora, Moclín y Gibraltar.

CALIXTO III (1378-1458): nacido Alfonso de Borja, fue papa de Roma entre 1455 y 1458.

ÁLVARO DE ISORNA: arzobispo de Santiago de Compostela de 1445 a 1449.

ROI XORDO: hidalgo de la casa de Andrade que en 1431 encabezó la Irmandade Fusquenlla en su revuelta contra Nuno Freire de Andrade el Malo.

JUAN DE MEUN (1250-1305): poeta francés del siglo XIII, autor del *Roman de la Rose*.

JUAN WICLIF (1320-1384): teólogo inglés del siglo XIV, autor de *De civili domino*.

JUAN FROISSART (1337-1405): cronista francés del siglo XIV.

Eran tiempos duros. Tiempo de halcones. Despiadados, los últimos señores feudales sometían al antiguo reino de Galicia a una creciente espiral de violencia. Hasta que la indignación estalló.

Una historia de juegos de poder, traiciones y sed de venganza, amores apasionados y odios enconados, de hermanos contra hermanos, villanos contra nobles y nobles enfrentados entre sí, en el apasionante marco de la revuelta de Santiago de Compostela contra su amo a finales de la Edad Media.